

Carlos Marzal



NUNCA FUIMOS MÁS FELICES

colección andanzas



Lectulandia

Este libro es un tratado literario de filosofía epicúrea que reivindica la felicidad y ensalza el amor, la amistad, los libros, la bondad... a partir del fútbol. El narrador parte de los entrenamientos y partidos de su hijo, pero también de la pasión hacia las grandes ligas, los jugadores míticos o sus recuerdos infantiles como aficionado, con la «liturgia» que significaba ir al campo, y en cada uno de estos aspectos, en cada anécdota, en cada rememoración, abandona el fútbol para adentrarse en temas universales. Carlos Marzal va y viene, cuenta ritos de paso, escenas divertidísimas con padres que animan a sus hijos, conversaciones con otros escritores aficionados, historias sin fin que culminan en un capítulo emocionante, el del homenaje a su amigo Antonio Cabrera. El lector descubre entonces que el libro es en realidad un recorrido por la vida, y una invitación a lo mejor de ella, porque para una mirada entusiasta todo forma parte de un mismo universo.

Carlos Marzal

Nunca fuimos más felices

ePub r1.0

Titivillus 15-11-2022

Carlos Marzal, 2021
Ilustración de la portada: Graham Hughes

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

Índice de contenido

[Cubierta](#)

[Nunca fuimos más felices](#)

[Calentamiento](#)

[Primera parte](#)

[1](#)

[2](#)

[3](#)

[4](#)

[5](#)

[6](#)

[7](#)

[8](#)

[9](#)

[10](#)

[11](#)

[12](#)

[13](#)

[14](#)

[15](#)

[16](#)

[17](#)

[18](#)

[19](#)

[20](#)

[21](#)

[22](#)

[23](#)

[24](#)

[25](#)

[26](#)

[27](#)

[28](#)

[29](#)

[30](#)

[31](#)

[32](#)

[33](#)

[34](#)

[35](#)
[36](#)
[37](#)
[38](#)
[39](#)
[40](#)
[41](#)
[42](#)
[43](#)
[44](#)
[45](#)
[46](#)
[47](#)
[48](#)
[49](#)
[50](#)
[51](#)
[52](#)
[53](#)
[54](#)
[55](#)
[56](#)
[57](#)
[58](#)
[59](#)
[60](#)
[61](#)
[62](#)
[63](#)
[64](#)
[65](#)
[66](#)
[Segunda parte](#)
[67](#)
[68](#)
[69](#)
[70](#)
[71](#)
[72](#)
[73](#)
[74](#)
[75](#)

[76](#)
[77](#)
[78](#)
[79](#)
[80](#)
[81](#)
[82](#)
[83](#)
[84](#)
[85](#)
[86](#)
[87](#)
[88](#)
[89](#)
[90](#)
[91](#)
[92](#)
[93](#)
[94](#)
[95](#)
[96](#)
[97](#)
[98](#)
[99](#)
[100](#)
[101](#)
[102](#)
[103](#)
[104](#)
[105](#)
[106](#)
[107](#)
[108](#)
[109](#)
[110](#)
[111](#)
[112](#)
[113](#)
[114](#)
[115](#)
[116](#)
[117](#)

[118](#)

[119](#)

[120](#)

[121](#)

[122](#)

[123](#)

[124](#)

[125](#)

[126](#)

[127](#)

[128](#)

[129](#)

[130](#)

[131](#)

[132](#)

[133](#)

[134](#)

[Prórroga](#)

[Primera parte](#)

[Segunda parte](#)

[Sobre el autor](#)

Para Carlos Navarro Martínez.
The Child is father of the Man.

Pero de flores y de perlas hecho,
entraba Carlos a llamarme, y daba
luz a mis ojos, brazos a mi pecho...

LOPE DE VEGA

Tout ce que je sais de plus sûr à propos de la moralité et des obligations des hommes, c'est au football que je le dois.

ALBERT CAMUS

I pomeriggi che ho passato a giocare a pallone sui Prati di Caprara (giocavo anche sei-sette ore di seguito, ininterrottamente: ala destra, allora, e i miei amici, qualche anno dopo, mi avrebbero chiamato lo «Stukas»: ricordo dolce bieco) sono stati indubbiamente i più belli della mia vita. Mi viene quasi un nodo alla gola, se ci penso.

PIER PAOLO PASOLINI

Calentamiento

En los últimos años he dedicado mucho tiempo al fútbol. Mucha energía física e intelectual, pero no por el hecho de que haya vuelto a jugarlo, como cuando era joven, sino porque lo ha jugado y lo sigue jugando mi hijo. He sido un futbolista consorte —digámoslo así—; por persona interpuesta.

Pero además he trabajado como entrenador, pelotero, fisioterapeuta, utillero, chófer —sobre todo chófer—, ojeador, agente, psicólogo, espectador, hincha, periodista deportivo ocasional, recuperador, masajista, traumatólogo, árbitro, recoge-pelotas, nutricionista. Quien lo probó lo sabe.

Nadie ha averiguado hasta la fecha en qué consiste ser padre, igual que nadie termina de descubrir en qué consiste ninguna de las cosas en que nos convertimos. Ahora bien, no me cabe la menor duda de que los padres, al menos durante la infancia, debemos ejercer todos los oficios conocidos, aunque los desconozcamos, para tratar de que nuestros hijos sean felices. Cualquier padre es una suerte de diminuto y satisfecho taumaturgo doméstico encargado de satisfacer los caprichos de pequeños tiranos, que no son nuestros hijos, sino el amor: el amor que profesamos a nuestros hijos.

La única forma de no arrepentirnos de nuestras acciones reside en acometerlas por amor. Esa es la única fórmula conocida para no equivocarnos jamás, por más que nos equivoquemos a toda hora. Quienes aman son los sin culpa. Los felices.

Siempre he sabido que escribiría un libro sobre fútbol, porque entiendo la literatura como una actividad obligatoriamente autobiográfica. O autobiográfica por convenio, como dicen los axiomas matemáticos, y que yo interpreto igual que si fueran un mandato de la divinidad.

Cualquier escritura pertenece al género de la confesión, ya sea de forma encubierta o declarada: las novelas, los poemas, los tratados de aeronáutica, las enciclopedias de animales, los prospectos farmacéuticos. Con ello quiero decir que lo que escribimos y lo que leemos dan cuenta por necesidad de cuáles son nuestros intereses en la vida, nuestras preocupaciones, nuestras servidumbres. Y de eso nos habla siempre la literatura.

Si hubiese empleado buena parte de mi tiempo en otro asunto, habría terminado por escribir sobre ello. Si hubiese trabajado en un barco de pesca, habría escrito algo que hablara de los aparejos, de las capturas, de la navegación. Si hubiera tenido que trabajar como funcionario en una oficina de extranjería, habría acabado por reflexionar sobre las peticiones de nacionalidad, sobre las caras que se ven en las colas de los solicitantes, sobre la extrañeza de vivir en un país diferente al lugar en que uno ha nacido. Digo todo esto para afirmar que no creo demasiado en los temas, y mucho menos

en la idea de que existan argumentos más importantes que otros acerca de los que escribir. El verdadero interés de la literatura reside en el talento del escritor para interesarnos en aquello que nos cuenta, nos interese o no en principio.

Este libro tiene por excusa el fútbol, pero es un libro de amor: de amor a mi hijo, de amor al fútbol, de amor a las cosas, de amor a la vida. Como todo lo que he escrito. Como todo lo que escribiré.

Mi propósito es ofrecer unas páginas cordiales en el sentido etimológico del adjetivo; es decir, que traten del corazón. De mi corazón, más o menos al desnudo. Del corazón de quienes conozco. Lo que más me interesa al leer es descubrir una aventura humana por detrás de la escritura, un individuo a través del lenguaje. Todo es intimidad.

Primera parte

1

El fútbol es un asunto demasiado serio para dejarlo en manos de los profesionales del fútbol.

Es demasiado serio para dejarlo en manos de los futbolistas: por lo común, los futbolistas se limitan a jugarlo, a disfrutarlo, sin saber la importancia verdadera de lo que están haciendo. Ya se sabe: los pájaros no saben de ornitología. Es más, si un pájaro sabe de ornitología, se queda en el suelo leyendo tratados ornitológicos, y entonces viene un perro hambriento y se lo come. No hay que despistarse, no hay que perder de vista el verdadero objetivo en cada momento de nuestra vida, porque es un drama acabar engullido por un perro famélico, para después transmutarse en una deposición callejera que tarde o temprano pisará un paseante distraído.

A los futbolistas les basta con el placer, o con el oficio, con la propia inercia mágica del juego. No hay que pedirles reflexiones acerca de la sustancia. No saben nada de la Cosa en Sí: lo suyo es correr, pasarse la pelota y meterla en la portería contraria para ganar partidos. Que ya es bastante.

Es demasiado serio como para dejarlo en manos de los profesionales que revolotean en torno al fútbol, esa caterva de entrenadores, directivos, propietarios, periodistas, oráculos, ojeadores, captadores, exfutbolistas. Mi impresión general es que en el universo del fútbol la gente inteligente, cultivada, sensata, escasea más que en otros ámbitos, sobre todo en ámbitos en los que se maneja tanto dinero y tanta energía moral y sentimental de los habitantes del planeta. De ahí que, cuando aparece alguien con sensatez e inteligencia, destaque tanto por encima del resto. Los nuevos ricos metidos a empresarios del fútbol, los viejos peloteros sin la EGB, los exfutbolistas con pasado glorioso enmohecido, los animales de bellota con ínfulas de Copa de Ferias, los pelmazos fundamentalistas del club de sus amores: hay mucho cateto sobrevolando el árbol del fútbol, el árbol del bien y del mal.

Es demasiado serio el asunto como para dejarlo en manos de los periodistas. En ningún ámbito informativo se mezclan tanto los simples datos con la simple opinión (y también con la opinión simple). En ningún ámbito informativo se hacen tan evidentes los amarillismos propiciados por las inclinaciones hacia los clubes, hasta el extremo de haber convertido la prensa deportiva diaria en un subgénero del tabloide o de la prensa rosa.

Salvo algunas honrosas excepciones —que existen, y que por eso refulgen—, el periodismo escrito deportivo suele ser un homenaje al anacoluto y a la efusión sentimental. Las diferentes tertulias futbolísticas de la tele no pasan de ser, por lo común, diminutos cónclaves avícolas para la promoción de la ideología gallinácea, contagiados, además, por las maneras de la peor prensa televisiva del corazón y la política, con su griterío y su cacareo de todos contra todos. Resultan adictivas, como la comida basura, pero no dejan de ser lo que son. Las consumo en pequeñas dosis, como algunas pequeñas dosis de las tertulias del corazón y la política (las de la política, a veces, no son tan pequeñas), y lo hago porque soy un vicioso, y para curarme de espanto mediante el espanto, que es un método como otro cualquiera de curación en los males menores.

Es demasiado importante el asunto como para dejarlo en manos de los aficionados al fútbol. Los aficionados suelen ser incondicionales, fundamentalistas, partidarios de su bando y enemigos del bando vecino. Buena parte de la pasión, tan colorista y colorida, depende de ellos, pero las pasiones, para resultar provechosas, conviene saber enfriarlas. Las barras bravas, los ultras, los *hooligans* constituyen manifestaciones excrementicias del fútbol, en todos los sentidos de lo excrementicio. Muchos clubes han dejado que se apoderen del fútbol estos individuos, los bolcheviques de turno, los nazis del presente (es decir, las masas violentas descerebradas sin destino concreto individual, que anhelan una causa ruidosa y con purpurina —esos cretinos fosforescentes de cualquier época— que los agrupe bajo alguna bandera por la que matar y morir), y los clubes lo han consentido porque han estado dirigidos por individuos afines, pero con chaqueta, corbata y empresa constructora que sobornaba a la administración para la concesión de obras: rotondas, polideportivos y colegios.

Me gustaría que abundase la figura del «aficionado ilustrado», pero resulta difícil. Ese aficionado debería ser alguien a quien le gusta el fútbol más de lo que le gusta su equipo de fútbol, de manera que debería estar dispuesto a disfrutar del buen juego allí donde lo encuentre. Alguien a quien no le deja sin ganas de cenar la derrota del equipo del que es socio. Alguien que no grita, ni silba, ni insulta a los jugadores, porque sabe que jugar bien al fútbol resulta muy difícil, y que no hay ningún jugador, por lo común, que no desee jugar bien y ganar cuando está jugando. El aficionado ilustrado es alguien que no cree que el mero hecho de pagar una entrada le da derecho a comportarse como un energúmeno, y a purgar sus frustraciones mediante la catarsis dominical de la grada. El aficionado ilustrado es alguien que conoce

en mayor o menor medida la tradición de ese deporte, que lo ha jugado con orgullo y agradecimiento, y que con agradecimiento y orgullo lo disfruta ahora por personas interpuestas.

El fútbol no tiene por qué no ser un humanismo, por ponernos sartreanos y trascendentes. El fútbol no tiene por qué no airear su trascendencia: trascendencia tal vez diminuta con respecto a otros asuntos y pareceres, pero todas las trascendencias, en definitiva, pueden resultar diminutas, según el parecer de quien las contemple. El aficionado ilustrado no solo debe ser un aficionado educado, sino un aficionado educándose, un aficionado que alimente el relato del fútbol, su tradición, sin la cual nada de este mundo alcanza la condición de mitología. Sin arte y sin literatura, nada de este mundo adquiere su estatura real, porque para adquirirla son imprescindibles la hipérbole, el cuento, la leyenda, y eso solo lo proporcionan la literatura y el arte.

El fútbol es demasiado importante como para dejarlo en mis manos. Si por mí fuese, las graderías de los estadios serían una extensión de la Academia platónica, con filósofos que asistirían a los partidos con toga, papel, pluma y la pipa arquetípica del pensador de café, y eso sería un coñazo. Los vuelos de las banderas y las canciones, el estruendo eufórico y los murmullos de inquietud, las lágrimas de los decepcionados y de los radiantes: las chifladuras ontológicas de los aficionados son imprescindibles.

Entonces, ¿en manos de quién debe estar el fútbol? En manos de todos y de nadie, repartido a más no poder; pero con la supervisión de instituciones que controlen ese reparto y que puedan ser controladas, auditadas, criticadas, juzgadas. El fútbol debe estar en manos de quienes le sepan devolver bastante de su naturaleza, de su pureza fundacional. Para eso hay que conseguir entre todos el equilibrio monetario y deportivo, para que el juego, y solo el juego, sea la diferencia fundamental entre los participantes: el talento. Hay que encaminarlo, sin que deje de ser el gran universo profesional y comercial que es, hacia su vieja esencia infantil, esa que convierte cualquier calle, cualquier plaza, cualquier rincón del mundo en una fiesta, en cuanto aparece un balón, aunque el balón sea, incluso, una lata de cerveza vacía. El fútbol ilustrado es el fútbol que más se parece al fútbol niño, sin dejar de ser también el fútbol al que hemos llegado a través de la historia.

2

Ayer volví de Sevilla, después de pasar tres días magníficos en unas jornadas de homenaje a Gustavo Adolfo Bécquer. No sé lo que el bisabuelo Gus habría opinado del fútbol, en el caso de que hubiese existido en su época, pero creo que le hubiera gustado, porque fue un individuo mucho más terrenal de lo que suelen fabular los lectores superficiales, que se acogen al tópico melifluido y azucarado del arquetipo romántico: alguien incapaz de manejarse en el mundo, sin aptitudes de carácter práctico, visitador profesional de cementerios, fracasado en el amor y en el trabajo, a ser posible suicida, o muerto en un duelo por líos más o menos extramatrimoniales.

¿El poeta habría sido bético o sevillista? En Sevilla, ese no es un asunto cualquiera, y puede dar lugar, como poco, a discusiones enconadas entre la gente de bien. Entre los queruscos, bructerios y otros pueblos bárbaros de la ciudad, ser bético o sevillista puede originar peleas a muerte, como sabemos. (Aventuro la hipótesis —espero no ser emasculado— de que el bisabuelo Bécquer, como representante de un romanticismo de cierta ranciedad conservadora, habría sido sevillista).

Llegué el lunes 16 y me marchaba el miércoles 18, día de la final de la Europa League entre el Sevilla y el Liverpool. Me recogió en el aeropuerto un chófer de la Diputación. Me gusta hablar durante los trayectos, aunque sea del clima. Suelo recurrir al fútbol, por gusto propio, y porque es un tema infalible entre los taxistas, los chóferes y los camareros. La gente que trabaja en contacto directo con clientes necesita, para aliviarse de conversaciones insípidas —el paso del tiempo, la política, el precio del barril de Brent, el sentido de la existencia—, mantener de vez en cuando alguna charla trascendente acerca de algo que de verdad le apasione.

Era un señor de unos sesenta y tantos años, y debía de estar cerca de jubilarse. Hablaba con pausa, alegría y corrección. Era un sevillista genético. Me dijo que había estado en las cuatro finales europeas anteriores, y que esta de Basilea iba a ser la primera vez que no podría asistir. (Para resarcirse y consolarse, me dijo, tenía entradas para la final de este sábado contra el Barça, en el Calderón, y los billetes del AVE especial que habían «charterado». Era la primera vez que yo oía aquel verbo).

Le dije que mi hijo jugaba en los alevines del Valencia, como introducción jabonosa, para después añadir que el Sevilla, en la semifinal del

2014, robó al Valencia la oportunidad de ser finalista. M'Bia marcó un gol de tacón estando casi dos metros en fuera de juego. Con actitud senequista, me dijo que tenía razón, pero que el partido de vuelta, en Valencia —al que él había asistido—, lo regaló el Valencia CF, porque sus jugadores habían hecho el cretino perdiendo el tiempo, tirándose al suelo y obligando al árbitro a alargar el partido seis minutos. Yo, entonces, con actitud marcoaureliana, le di la razón, y añadí que si un equipo te marca un gol de cabeza, después de un fuera de banda, en el minuto seis del descuento, toda la plantilla, incluido el cuerpo técnico, debería pedir perdón a la ciudad haciéndose el harakiri. Parecíamos dos tribunos romanos tratando con placidez de asuntos muy importantes a la República.

Mi hijo y yo también estuvimos ese día en el campo. Carlos, que hasta ahora no suele llorar cuando pierde sus partidos, y que nunca había llorado con las derrotas de sus equipos favoritos, ese día lloró, por lo inesperado y repentino del desenlace. La cara de idiota que se te queda cuando pierdes una semifinal europea en el último segundo, después de remontar un dos a cero del Sánchez-Pizjuán, solo puede ser comparable, me imagino, a la de sorprender a tu pareja en el consabido vodevil de acostarse con un familiar, o con un amigo, o con un crítico literario.

Me vinieron efluvios proustianos de fatalidad lírica: sin saberlo, allí estábamos nosotros, mi taxista y yo, en Mestalla, dos años atrás, destinados a encontrarnos pasado el tiempo y a mantener esa conversación. Hablaba con conocimiento de la cantera sevillista, de los entrenadores que habían pasado por el club en los últimos años. Con erudición y con criterio, algo que no siempre suelen poseer los eruditos.

Cuando me dejó en la puerta del hotel, le pregunté si me tenía que llevar también él de vuelta al aeropuerto, el miércoles. Me indicó que sí, y que me recogería a las nueve de la noche. Era su último trabajo del día. Caí en la cuenta de que, como mi vuelo salía a las once menos veinte, el servicio le echaría a perder la final, cuya retransmisión empezaba a las nueve menos cuarto. Le dije que viniera a por mí a las ocho, y que se fuese corriendo a casa a ver el partido. A mí me daba igual esperar en el hotel o en el aeropuerto. Me costó convencerlo, pero apelé a la hermandad universal que el fútbol genera en los aficionados de bien, a pesar de las diferencias tribales que arrastran a los idiotas. Ahora parecíamos dos representantes de la Asamblea francesa en la época del Directorio, pongamos por caso. *Fraternité*.

El miércoles, a las ocho en punto, me recogió. Cuando llegamos al aeropuerto y abrió el maletero del coche para sacar mi equipaje, había una

bolsa de plástico junto con mis bultos. La abrió y me dio la bufanda de las semifinales del 14, con los escudos y colores del Valencia y del Sevilla. Para su hijo Carlos. Aunque sea un recuerdo amargo para él, quiero que la tenga. Me dio un abrazo, se ofreció para lo que necesitara cuando volviese a Sevilla, y se marchó corriendo a una peña sevillista para ver el fútbol en compañía de un grupo de amigotes.

Yo me quedé con la bufanda en la mano, despidiéndome de él, como si sostuviera una reliquia militar arrebatada a mis ejércitos años atrás, y ahora devuelta. Estábamos a treinta y tres grados. Me puse teológico e historiográfico, como poco. Pensé en un fragmento de los *Anales*, de Tácito. El calor de Sevilla puede producir este género de alucinaciones y desvaríos.

En el año 9 después de Cristo ocurrió la llamada «catástrofe de Teutoburgo». Tres legiones romanas, comandadas por el gobernador Varo, siendo Augusto emperador, fueron aniquiladas por tribus germánicas. Murieron dieciocho mil soldados y diez mil acompañantes de la tropa. Muchos de los muertos fueron prisioneros torturados en altares idólatras. Centenares de cabezas de los legionarios fueron clavadas en picas, como homenaje a los tenebrosos dioses desconocidos de aquellos pueblos. Seis años después de la derrota, Germánico regresó al lugar de la batalla, para recuperar huesos de los fallecidos y estandartes de la milicia. Fue un viaje, al decir de Tácito, de gran tristeza y conmiseración.

Así estaba yo, con el estandarte del Valencia en la mano. En la puerta de salidas del aeropuerto. Los asuntos deportivos tienen su reflejo en la Historia. Cosas del fútbol. Tenía ganas de contar alguna vez el asunto de Teutoburgo, y el fútbol posee su arista épica. Se ve que la primera ola de calor me ha afectado sentimental y neuronalmente.

3

En una calleja de Nápoles, por la parte alta de la ciudad, muy cerca de Via dei Tribunali, dentro de una hornacina excavada en la piedra de un edificio, rodeada de velas encendidas, estampas de santos y vírgenes, vi hace años una reliquia con la siguiente leyenda a sus pies: ESTE ES UN VERDADERO PELO MILAGROSO DE DIEGO ARMANDO MARADONA.

4

En pocos ámbitos he visto la combustión de tanta energía moral y afectiva como en la perseverancia de los padres hacia los hijos que juegan al fútbol. Está claro que todos los padres se sacrifican, quieran o no, por sus hijos, en casi todos los ámbitos. Pero las cosas que he visto hacer a los padres del fútbol, con gusto, no las he visto en casi ningún otro lugar.

Años y años, temporada tras temporada, conduciendo trescientos kilómetros cada vez, para llevar a entrenar al niño, y volver a casa a cenar, tres o cuatro días a la semana, junto con el partido de los sábados o domingos. He visto gente que venía a Valencia desde Benidorm, desde Albacete. Padres que pedían créditos para pagar la gasolina y el peaje de la autopista, durante la temporada. Padres que dedicaban cada día de entrenamiento un mínimo de seis o siete horas a la tarea de llevarlos y traerlos, y que debían quedarse en la cafetería del club, sin poder siquiera ver los entrenamientos, que se hacían a puerta cerrada. Padres que trabajaban el viernes durante toda la noche en una fábrica, o conduciendo un taxi, o como vigilantes nocturnos, y que volvían a casa, se daban una ducha, despertaban al niño y lo llevaban al partido. He visto cosas, como dijo aquel sabio replicante, que no creeríais.

La explicación burda y elemental suele apuntar razones más o menos psicoanalíticas y mercantiles. Los padres del fútbol, tras fracasar durante la juventud en su ilusión de ser futbolistas, reviven en la persona de sus hijos el sueño épico que no fueron capaces de cumplir. Mi hijo me vengará, y, de paso, convertido en estrella del fútbol mundial, me sacará de pobre. Quién sabe. Las explicaciones simples no suelen existir, ni siquiera para explicar las simplezas que la gente comete.

¿Existe algún padre, por otro lado, que no sublima su existencia a través de sus hijos? ¿Existe algún padre que no sueñe con que sus hijos tengan una vida mejor que la suya, más brillante, más exitosa, mejor remunerada, a ser posible? ¿Existe algún padre que no se haga ilusiones con respecto a que a sus hijos les gusten algunas de las cosas que más les gustan a ellos? ¿No quieren los músicos que sus hijos sientan inclinación por la música? ¿No desean los escritores que sus hijos muestren afición por la lectura y la escritura? ¿No les apetece a los empresarios del sector textil que sus hijos se formen mejor que ellos y conduzcan con éxito, en el futuro, la empresa textil que les dejarán en herencia? Me imagino que ser padre, en buena medida, consiste en soñar con

la felicidad de los hijos, y en rezar para que se cumpla la mayor parte de nuestros sueños felices (así como en mantener alejados de nuestros hijos la totalidad de nuestras pesadillas).

En todas las explicaciones simplistas sobre el comportamiento de los padres del fútbol puede que haya, como en todos los asuntos del mundo, bastante parte de razón. Pero no creo que se llegue al hueso del problema.

Ante la insensatez de la disipación de la energía moral, laboral y sentimental que supone para los padres el fútbol base de competición (y, sobre todo, de alta competición), no conozco a nadie que no suela responder con sensatas evasivas. Todo el mundo aspira a que su hijo haga deporte y que se desarrolle fuerte y sano. A que aprenda la ética en marcha de la deportividad. Todos dicen ser conscientes de que la probabilidad de llegar a ser futbolistas profesionales es ínfima, y que por ello no hay que hacerse ninguna ilusión. Todos aconsejan a los demás no tener ínfulas, y recomiendan modestia, y se diría que son filósofos estoicos itinerantes. Así pasan las glorias del mundo, *in ictu oculi*, etcétera.

Pero no sé de ninguno a quien no le brillen los ojos con un brillo estadístico especial, porque está en la naturaleza de las cosas, y de los hombres, albergar pequeñas y grandes esperanzas. Casi todo el mundo juega a la lotería de Navidad por lo mismo. Casi todo el mundo hace planes por lo mismo. Casi todo el mundo cruza los dedos en la consulta del médico por lo mismo. No creo que ningún padre le diga a su hijo a los diez u once años: «Mira, niño, déjate esto, porque nunca vas a llegar a nada». Y si lo hace, estará manifestando tal vez profundidades psicoanalíticas más oscuras y más dignas de tratamiento. Lo normal es dejar que las cosas sigan su curso, sobre todo porque gusta el curso de las cosas: de las cosas del fútbol.

Tengo la teoría de que los padres de los deportistas, sea cual sea el nivel deportivo que sus hijos alcancen —tengo amigos con hijos tenistas de élite, futbolistas profesionales, con hijas gimnastas campeonas de Europa en su disciplina—, sacrifican su tiempo, su dinero y su entusiasmo por una honda razón existencial.

Es el método más eficaz para seguir en contacto con la propia infancia, con las propias ilusiones de infancia. Los padres del fútbol hacen lo que hacen para poder jugar ellos también al fútbol como lo hacían siendo niños. Y los que no jugaron, para desquitarse de no haberlo hecho. Lo hacen para rozarse todavía con esa parte del alma, por lo común en estado de letargo, que nos aproxima a la pura voluntad: a la voluntad más pura, que es el deseo infantil. No queremos morirnos aún. No queremos vivir desde la conciencia y las

ocupaciones adultas, aunque tengamos que hacerlo. No queremos envejecer sin un poco de gloria, aunque sea la gloria mínima del partido del fin de semana que los niños disputan, y que no nos corresponde. No queremos que muera en nosotros la parte de la voluntad que llamamos ilusión, y por eso la custodiamos y la alimentamos en nuestros hijos.

Casi todos los padres del fútbol, como casi todos los padres, están locos: pero locos por el fútbol.

5

Desde hace muchos años escribo una vez al mes una columna muy libre sobre asuntos relacionados con las artes plásticas. Siempre he sido un polizón satisfecho en ese mundo. Un polizón con el único apetito de los polizones: que no lo descubran y lo echen por la borda. Un indocumentado feliz. En el mundo del arte, tan idólatra, por lo general idolatran el discurso —incluso la simple cháchara— de manera que no resulta raro que permitan las intrusiones de un escritor. El hecho de que me consientan reflexionar a mí, sí que puede tomarse como una extravagancia, máxime cuando mis ideas suelen estar desprovistas de los prejuicios canónicos de la crítica de arte más o menos contemporánea.

Hace unos años, el Instituto Valenciano de Arte Moderno (IVAM) me encargó, para un catálogo, un texto sobre el estupendo escultor Alberto Bañuelos Fournier. Sus piedras y hierros son mágicos. En la cena de la inauguración, conocí a Rafa Sierra, el comisario de la muestra. Nos caímos muy bien. Durante la cena de rigor, después del acto, me invitó a escribir en la revista que dirigía por entonces: *Descubrir el Arte*. Me inventé una sección que se llamaba «Delirios bajo control».

Escogía una pieza del universo del arte (un cuadro, un edificio, un objeto de diseño, lo que se me antojara) y escribía sobre ella. Colaboré durante años para la revista, hasta que Rafa dejó la dirección. Me ofrecieron seguir, pero como Rafa quería abrir una nueva revista, decidí embarcarme, por fidelidad, en sus proyectos futuros. Pasamos algunos años en el limbo —un par, creo—, hasta que fundó la nueva etapa de la revista *Capital Arte*, a mitad de camino entre el boletín de subastas para coleccionistas y la revista de artes plásticas. Mi nueva colaboración se llama «El coleccionista imaginario». Como es fácil de suponer, escojo un objeto de coleccionismo —un cuadro, un edificio, un objeto de diseño, porque todo es coleccionable, sobre todo para la imaginación— y escribo lo que se me antoja.

Es una de las actividades profesionales que más disfruto. Me encanta apropiarme durante unas cuantas líneas (alrededor de quinientas palabras) de algo bello, y divagar. La divagación, en el ámbito de la escritura, es la actividad que me resulta más interesante. Creo que es cosa de temperamento. Trabajaría gratis para la revista, aunque confesiones así no se deben hacer nunca, porque los directores de los periódicos y las revistas se las toman al pie

de la letra. Conseguir que te paguen por algo siempre resulta difícil, pero conseguirlo por escribir constituye una heroicidad. Lo más frecuente es que el mundo entero considere que la literatura es una afición espiritual de unos cuantos, y que el hecho de publicar los resultados debería considerarse como un favor que se les hace a los que se entregan a dicha afición. Parece exagerado y cómico, pero es poco más o menos eso lo que la gente piensa, y, sobre todo, los resultados efectivos de dicha manera de pensar.

El otro día publiqué este texto, después de la muerte de Johan Cruyff.

EL COLECCIONISTA IMAGINARIO

Lo mejor de la imaginación es que nos permite los caprichos que no podemos permitirnos. Mis adquisiciones solo tienen un límite: el no tener límite ninguno.

(Foto de la camiseta de Johan Cruyff, con el número 14, Ajax, Museum de Ámsterdam).

Para no morir del todo

La lectura de Shakespeare y Cervantes representa una de las grandes experiencias de la vida: lo admito. Son dos compadres gloriosos, y uno no se los termina nunca, sirven para todas las épocas del temperamento, y con ellos ríes y lloras, y nunca te aburres ni estás solo. Eso lo tengo claro. Algo parecido pasa con Velázquez, y con Rembrandt, y con Picasso: hay algo de lo humano esencial que supieron ver siempre, los muy cabrones. Estaban en el secreto, y, tuvieran la edad que tuvieran, sabían pulsar la tecla que nos emociona, que nos conmueve. No seré yo quien diga lo contrario.

Viajar por la tierra resulta interesante, y ver pirámides, y palacios, y contemplar puestas de sol desde la orilla del mar, y conocer a gente que habla otros idiomas y se cubre la cabeza con pañuelos de colores, y sentirse lejos de casa y melancólico. Ya sé que existe una universidad de la calle, y que algunas catástrofes del destino equivalen a un máster en sociología aplicada. Unas gotas de cosmopolitismo, sobre todo cuando uno es joven e impresionable, constituyen un ingrediente importante en nuestra educación sentimental. Me parece muy bien que nuestros hijos viajen y vean.

La música, degustada en solitario, de manera apolínea, en el recogimiento monacal de nuestra habitación preferida, es una fuente de felicidad. Y también experimentada en grupo, como un danzante loco más de la tribu, en homenaje al furioso Dionisos. La música, tan táctil como intangible, tan abstracta como corpórea, nos transporta hacia quién sabe qué lugares, porque nadie sabe muy bien en dónde está mientras está escuchando música. Esas reflexiones ya me las he hecho muchas veces.

Pero yo estaría dispuesto a cambiar todas las experiencias de los sentidos y la inteligencia, por la experiencia de la inteligencia y los sentidos consistente en haber podido vestir la camiseta, con el número 14, que Johan Cruyff vestía en el Ajax de Ámsterdam. La de la franja roja enorme entre dos franjas de color blanco, y el 14 en blanco también, a la espalda. Vestirla, siendo yo, pero disfrutando de todo lo que hacía que Cruyff fuera Cruyff, incluida la devoción infantil que le profesábamos los niños de mi generación cuando lo veíamos jugar. Vestirla con una transubstanciación épica y lírica absoluta, con la potestad de ser el contemplador y el contemplado, el ejecutante y el testigo eufórico de la ejecución. Lo daría todo por bueno, a cambio de ser Johan Cruyff y el niño que quería ser Johan Cruyff cada vez que yo jugaba al fútbol en el patio del colegio, en los campos de tierra en los que competíamos, en las calles de las urbanizaciones en donde veraneábamos, sin nada mejor que hacer que no fuese el hecho de soñar con ser Johan Cruyff.

Todo el mundo necesita una varita mágica, una capa protectora invisible, un ángel de la guarda, una espada láser, un conjuro divino. Yo tengo la camiseta de Johan Cruyff, en una vitrina del museo del Ajax de Ámsterdam, y desde allí me irradia energía. Todo el mundo necesita una fórmula para no morir del todo.

6

Hay una parte sensitiva, sensual, del fútbol, que añoro desde hace muchos años. Un ingrediente olfativo, visual, táctil. Es algo muy común, pero que solo conocen de verdad los que han jugado.

El ruido nervioso de los tacos de aluminio en el vestuario, en el camino hacia el campo de juego, en las escaleras, si las había, de salida al césped. Un repiqueteo que se apaga al pisar la hierba. El olor del linimento con que nos untábamos las piernas dándonos un masaje apresurado (en aquellos tiempos del Pleistoceno, usábamos Linimento de Sloan, y Reflex más tarde). El tacto rugoso de las medias, que atábamos con cordones, porque entonces no eran elásticas y se caían en mitad del partido. El ritual de atarse las botas, con cordones infinitos que pasábamos por debajo de la suela varias veces. El vapor en las duchas de los vestuarios, con las apariciones fantasmáticas, entre la niebla, de los compañeros del equipo. El olor del césped recién segado: había entonces pocos campos de césped natural, y el artificial no existía, de manera que cuando olíamos la hierba verdadera ya no se nos iba jamás de la cabeza aquel perfume. El ruido de las botellas de agua, al caer, cuando las lanzábamos a la banda después de haber bebido durante las paradas del juego. La sensación opresiva de la ropa mojada, cuando jugábamos bajo la lluvia. El barro frío y los charcos en donde se paraba el balón, cuando el campo se anegaba. El peso de la pelota mojada, en los partidos con el campo embarrado. La visión extática de ver la ropa de cada jugador, doblada y dispuesta por orden numérico, en las sillas o bancos del vestuario, preparada minutos antes por los utilleros. Los regresos somnolientos, de anocheada, en el autobús del equipo. La hoguera que prendía el dueño del bar, en el campo de Los Silos, en Burjassot, dentro de un barril de combustible, para que nos calentásemos mientras esperábamos el momento de entrar al vestuario para cambiarnos y entrenar. (En ese barril asaba patatas envueltas en papel de periódico, y nos daba una a cada jugador después de haber entrenado). El arrobamiento individual y colectivo con que se celebra un gol, y que no se parece a ninguna emoción celebrada por el hombre.

Todo lo que hemos amado y amamos lo hacemos con los cinco sentidos. Todo deja en nosotros una huella sensorial: lo malo también, pero sobre todo lo bueno. Al menos en mí. El rastro de la escuela. El rastro del hospital. El rastro de los albergues de vacaciones, durante la adolescencia. El rastro de las

casas en que hemos vivido. El rastro de nuestros coches a lo largo del tiempo. El rastro de cierta ropa. Son innumerables todos nuestros rastros. Una buena parte de la memoria es de naturaleza sensitiva. Somos los rastros que las cosas han dejado en nosotros, que apenas si dejamos rastro sobre la tierra y en la memoria de la gente.

Me lo contó Benjamín Prado, que se lo escuchó a Guti, el jugador del Madrid, en casa de Joaquín Sabina.

La casa de Joaquín es un centro de peregrinación espiritual peligroso: la casa te abduce, sabes cuándo entras, pero nunca cuándo saldrás. Algunas veces, con Ángel González, Chus Visor, Luis García Montero, Almudena Grandes, Felipe Benítez, he entrado después de cenar y he salido un día después, aprovechando un descuido del dueño. Joaquín no permite deserciones, te insulta si quieres marcharte, te pega y maldice tu nombre, tu estirpe y tu descendencia. Marcharse es de traidores.

En el Madrid de Benito Floro, el entrenador puso de moda las conversaciones y los ejercicios de refuerzo psicológico para los jugadores.

Parece ser que un día, en mitad de un entrenamiento, hizo que la plantilla se sentara en corro dentro del área. De uno en uno iban haciendo trabajo de maduración psíquica. El elegido se iba al centro del campo, cerraba los ojos y caminaba hacia el área. Cuando se acercaba, el míster le daba el alto y le decía, por ejemplo: «A ver, Michel, no abras los ojos. Imagina que estás al borde de un acantilado, a punto de caer. Cuéntanos qué sientes en este momento, cuáles son tus sensaciones». Y Michel, entonces, contaba como podía sus sensaciones y sentimientos, ante la hilaridad y escándalo del resto del equipo. Floro, al parecer, les mandaba callar con energía, y les reclamaba que se tomaran en serio el ejercicio.

«A ver, Luis Enrique, vete al centro del campo y vuelve hasta aquí con los ojos cerrados». Cuando le daba el alto, cerca ya del grupo, que silbaba y jaleaba a su compañero, Floro tomaba la palabra: «A ver, Luis Enrique, no abras los ojos. Imagina que estás atado de pies y manos, con una mordaza en la boca, tumbado sobre unos raíles de tren, y escuchas cómo se acerca el TALGO a toda velocidad. Dinos qué sientes en este momento, cuáles son tus sensaciones». Y Luis Enrique, tal y tal.

Llegado el momento, le tocó el turno a Miguel Porlán, Chendo. Chendo llegó al borde del área con los ojos cerrados. Benito Floro le dijo: «A ver, Chendo, no abras los ojos. Imagina que estás leyendo un libro, y que vas pasando las páginas de la lectura. Dinos de qué trata, dinos qué sientes en este momento, cuáles son tus sensaciones». Entonces, Chendo abrió los ojos, dio unos pasos al frente, hacia el lugar en donde Benito Floro estaba sentado en el

césped, y dijo con los brazos en jarras: «Mire, míster, no sé por qué mis compañeros escuchan acercarse trenes y se ponen al borde de un precipicio, y a mí me lo pone difícil. Si usted quiere, mañana salgo a jugar en pelotas en el Camp Nou, pero mariconadas de libritos ninguna».

8

Parece ser que Messi ha dicho alguna vez que no ha conseguido leer completo ningún libro, en su edad adulta. Guardiola, según se cuenta, trató de recomendarle alguna lectura, con escaso éxito.

Cuando invité a Juan Mata, durante su etapa de jugador del Valencia CF, para que participase en el ciclo de poesía que dirigíamos Vicente Gallego y yo mismo en el Palau de la Música, aceptó encantado. Conocía a Juan por Sergio Arlandis, el poeta y profesor universitario, que había jugado también en el Valencia años atrás, y que guarda bastantes vínculos de amistad con el club.

Mata lee, sobre todo novela. Hablamos de Murakami y le conté algunas curiosidades que sabía del japonés, porque compartimos editor. Después de muchos años de rechazar invitaciones para venir a España y promocionar sus libros, Murakami aceptó viajar a Santiago de Compostela, a un instituto de bachillerato, para recibir un premio de los alumnos. Parece ser que detrás del premio, de apariencia tan romántica, está la casa Toyota y sus concesionarios en Galicia. Aprovechando el viaje a Europa, aceptó visitar algún otro lugar de España, no sé si Barcelona o Madrid. Pero pidió no hacer transbordo en el aeropuerto de Londres-Heathrow, porque le traía malos recuerdos. Que el baño de la habitación tuviese más de cinco metros cuadrados (imagino que por la más o menos legendaria escasez de espacio en Japón), y que no le hicieran fotos durante las entrevistas y los discursos públicos, porque después las veía y le entraba mucha nostalgia de aquel que alguna vez había sido. Sí permitía, en cambio, que se le grabara la voz. No son muchas exigencias, la verdad, en comparación con las extravagancias de las estrellas del *rock* y con algunos divos del universo del arte. El gran John Irving, por lo visto, pidió saber cuál era la marca de las máquinas de gimnasia del hotel Villa Magna.

Los padres de Juan Mata son gente con los pies en la tierra. Le exigieron siempre —su madre es maestra, creo— que estudiase una carrera universitaria, y, a pesar de las dificultades que entraña ser un profesional de equipos muy importantes, lo ha cumplido, primero en España y después en Inglaterra.

Lo invitamos al Palau, a nuestro ciclo de poesía, porque aquel año lo dedicamos a que leyesen sus poemas favoritos algunos lectores que no pertenecieran al ámbito literario. Intervinieron el actor y director teatral Jaime Pujol, el periodista deportivo Paco Lloret, el empresario Enrique Loewe y

Juan Mata. Mata estuvo espléndido, en su selección, en sus comentarios y en su lectura. Escogió algunas canciones y romances que le cantaba su madre de niño, los poemas que le impresionaron durante el bachillerato —cosas de Machado, de Miguel Hernández, de Lorca y Alberti— y terminó con la Generación del 50, con poemas de Brines y Ángel González. Se comportó con naturalidad, leyó con aplomo y sin aspavientos, sus comentarios fueron sensatos y, a la vez, emotivos, porque es una persona inteligente. Se notaba que estaba acostumbrado a hablar en público, aunque en un contexto muy distinto.

La única condición que nos puso para participar en el ciclo de Poesía en el Palau fue que no hiciésemos ninguna publicidad especial. Temía al vestuario. Las bromitas. Mata el Poeta, y todo lo demás. Llenó la sala Joaquín Rodrigo, con un aforo de cuatrocientas veintitrés personas. A lo mejor consiguió ganar algún lector para la causa, entre los niños y adolescentes que asistieron.

Un amigo me contó, después de ser invitado a un ciclo de conferencias organizadas por el Athletic de Bilbao, que, en las concentraciones, nadie quería compartir habitación con Ánder Herrera, porque leía libros. Era un aburrido.

9

Existe un equipo imprescindible de supervivencia elemental para los padres con hijos que juegan al fútbol. En el coche uno debe llevar, por lo que me dicta la experiencia después de muchos años de vivir casi como un agente FIFA, lo siguiente:

En primer lugar, un par de paraguas y un chubasquero, metidos en el maletero del coche. En los entrenamientos llueve más tarde o más temprano, incluso en el secarral de Valencia. Es imprescindible llevar dos paraguas, porque si solo llevas uno te toca compartirlo con cualquier otro padre optimista meteorológico, y te mojas, porque la buena educación prescribe taparlo más a él que a ti mismo. El hecho de ceder un paraguas al optimista meteorológico no te libra de tener que amparar a otro padre similar, pero al menos puedes desviar al tercero hacia el paraguas de préstamo.

El chubasquero, largo —mejor si es del tipo de peregrino en ruta jacobea, de capa y con capucha—, resulta muy recomendable. Te permite sentarte en la grada, o en donde sea, cuando los padres del equipo te quitan los dos paraguas que llevas en el coche, argumentando que tú siempre llevas en el coche un chubasquero, ya que eres previsor. No suele servir de nada el acto de replicar que los paraguas son tuyos, y que los tienes para que cumplan la función de resguardarte de la lluvia y no ponerte enfermo. La gente tiene con respecto a los paraguas una acusada propensión anarcoide a favor de la abolición de la propiedad privada.

Mi padre, que jamás me acompañó a ningún campo de fútbol ni vio ningún partido de los que jugué hasta los veintitantos («No me gusta el fútbol, y me jodería que me gustara», me decía para escandalizarme, porque era taurino, afición suya que he heredado), era un acumulador de objetos, de pertenencias, de víveres. Creo que era un reflejo psíquico de las carencias de la guerra y la posguerra. Temía quedarse sin suministros. Se preparaba para una hambruna, o para una nueva guerra, o para un estado de sitio.

Acumulaba cosas a las que yo podía encontrar sentido, algunas, y otras a las que no, más allá del simple sentido de acumularlas. Por si acaso. Por si las moscas. Cuchillas de afeitar, ropa interior, cajas de Lacteol (las pastillas que regeneraban la flora intestinal en mi infancia, y que ayudaban a curar las diarreas), botellas de colonia a granel, cepillos de dientes, botellas de aceite

de oliva y botes de tomate, bombillas, lápices Staedtler, llaveros, barajas de cartas.

Se conoce que las ideas de mi padre acerca de la necesidad y de los métodos para paliarla abarcaban aspectos muy distintos. Cuando algún familiar le reclamaba alguno de sus elementos de supervivencia, en vista de que él tenía tantos acumulados, siempre lo regalaba, pero solía comentar lo siguiente de puertas para dentro de nuestro domicilio: «Si tengo estas cosas, es porque no me gasto el dinero en putas».

En definitiva, se trataba de un comentario sin otra intención que la de servir de aquiescencia a la fatalidad. A veces he pensado decir lo mismo cuando me quedo sin paraguas o me toca compartirlo y calarme: «Si llevo dos paraguas, es porque no me gasto el dinero en putas». Pero sería inútil. Otro brindis al sol, en beneficio de la fatalidad climática (otro brindis, en este caso, a las nubes). Si lo dijese, igual también me tocaba invitar a ir de putas.

En segundo lugar, es imprescindible la lectura. Conviene llevar una mochila con un par de libros. Una novela, por ejemplo, y un ensayo filosófico de título abstruso, para espantar a los curiosos. Durante un tiempo, si los padres del equipo te ven leer en la cafetería del campo de fútbol, o en cualquier otro rincón, sentencian que eres el rarito del equipo y no se te acercan durante unos meses. Hasta que alguien rompe el hielo, se te acerca, te pregunta qué estás leyendo y ya no te deja volver a leer nunca más. ¿Qué lees hoy?, te dice, y a partir de ese momento se pone a darte carrete sobre los asuntos que de verdad le interesan a él, en especial cómo juega su hijo, y ya no puedes leer ni una sola página. Al reclamo del primer contertulio, llegan los restantes padres que no ven los entrenamientos (o que no pueden verlos, por ser a puerta cerrada, como en el Valencia durante los últimos años), y se convierte en un asunto de cortesía integrarte en el grupo y no dejarte solo, aburriéndote en compañía de tu novela o tu ensayo de turno. Si te ven leer poemas, también se acercan y te interrumpen más tarde o más temprano, pero lo hacen con el añadido lastimoso de estar seguros de que eres un pervertido.

He comprobado que a quienes no son lectores solo hay una cosa que les guste más que el acto de no leer libros: es no dejar que los lean los demás. Me ha pasado en todos los trabajos y ámbitos: en la enseñanza, en la Diputación, cuando trabajaba en asuntos taurinos, en el club de campo del que soy socio en Náquera. La usurpación del tiempo ajeno representa el gran entretenimiento de la especie humana, y, en el caso de la usurpación del tiempo ajeno de los lectores, ese entretenimiento alcanza proporciones de voluptuosidad. Como te identifiquen como lector, estás muerto para la lectura.

De manera que si quieres leer, lo mejor es que dejes en el entrenamiento a tu hijo y te marches a una cafetería que esté lejos del campo en donde entrena, fuera del ámbito misericorde de los padres del equipo. La lectura es siempre una actividad clandestina, secreta, íntima. El universo conspira para no dejarte leer. Apréndelo pronto, o no leerás ni dos libros.

Hay quien emplea el tiempo de los entrenamientos en resolver negocios por teléfono, o en hablar con su amante, o en fumarse un puro al aire libre, o en corregir exámenes. Pero lo que de verdad gusta a todo el mundo de manera unánime es no dejar leer a quien le gusta leer. En particular no dejarme leer a mí.

10

Cuando comprendí que nunca más podría volver a leer en un entrenamiento de fútbol de mi hijo —y lo comprendí muy pronto—, me hice adicto a ver los entrenamientos. Hasta que el Valencia CF decidió que los entrenamientos de los niños debían ser a puerta cerrada, imitando, según parece, la filosofía deportiva de La Masía. Por lo general, en todos los sitios, las cabezas pensantes no disciernen entre lo bueno y lo malo, entre lo que se debe imitar y lo que no se debe. Deciden a bulto, al por mayor.

Entiendo que hay comportamientos de padres del fútbol muy molestos, y que dificultan la tarea de los entrenadores. Entiendo que hay niños que solicitan la aprobación constante de los padres durante el trabajo del entrenamiento, con miradas y comentarios. Pero en los clubes serios resulta fácil imponer un código de conducta a los padres y los niños, y obrar en consecuencia cuando se infringe. Esto lo digo porque soy un padre ejemplar, claro está, y porque me gusta ver los entrenamientos de mi hijo.

Sin embargo, he de decir que alguna ventaja tiene el hecho de que nos prohíban ver los entrenamientos a los padres. Entre los ocho y los doce años, más o menos (en las categorías de benjamines y alevines, sobre todo), los niños, en especial en los buenos equipos de competición, entrenan con mucha intensidad, pero les resulta difícil controlar su fuerza, su rapidez, su apetito de ganar. Los mayores y los profesionales, digamos, pueden entrenar sin espinilleras, porque saben quitar el pie a tiempo; pero los pequeños no pueden entrenar sin protecciones, porque no controlan sus esfuerzos, no regulan la intensidad. En consecuencia, durante los entrenamientos de los niños saltan chispas, hay batallas campales y los entrenadores deben a menudo apaciguarlos. Si los profesionales se hicieran las entradas que se hacen por regla general los alevines, la enfermería estaría abarrotada a diario, y los entrenamientos acabarían a bofetadas. Por fortuna, a esas edades son más o menos de goma, y no suelen lesionarse como sería de esperar en vista de cómo se reparten leña.

He observado que todos los padres aceptamos mejor, por regla general, el hecho de que nuestro hijo se lleve por delante al hijo del vecino en una entrada, que no el caso contrario: que el hijo del vecino se lleve por delante a nuestra criatura. De ahí que, a menudo, se puedan producir roces, y tropezones, entre los padres de los niños más competitivos y belicosos. La

cortesía versallesca que debería imperar en estos asuntos se transforma al final en realpolitik. He conocido padres que aconsejaban de manera insistente a otros progenitores sobre la conveniencia de que su hijo —por decirlo de una manera educada— disminuyera la intensidad en su manera de entrenar (jamás se pide para los partidos, contra los rivales, con quienes sí se necesitan todo el temperamento y la fuerza de los jugadores). A estos requerimientos, los padres afectados suelen responder con variaciones, también educadas, de enviar a la mierda a los padres quejosos, o simplemente enviándolos a la mierda. No todo lo que se deriva de la ley seca de los entrenamientos es malo, pues.

11

La ley seca real también debería regir en los recintos en donde se celebren partidos de fútbol base. La gente suele acompañar los encuentros, desde primera hora de la mañana, con carajillos, copas de coñac, cervezas y otros licores espirituosos. La consecuencia es que, ya en el descanso, muchos padres del fútbol tienen ese punto filipino que proporciona la bebida. Las mezclas siempre son peligrosas; pero la de alcohol, fútbol e hijos resulta horripilante. Esos tres asuntos forman una sustancia de una volatilidad extrema. No conviene agitarla. Ni calentarla.

Hay que andarse con mucho cuidado con lo que se dice en un campo de fútbol. Con quién te escucha. Con cómo se pueden interpretar los comentarios que hagas en voz alta. En cierta ocasión, un padre amigo mío, viendo el partido que se jugaba en el campo de al lado, mientras esperábamos que comenzara el de nuestros hijos, hizo un comentario inocente sobre el tamaño desmesurado de un jugador, que, en lugar de un alevín, parecía ser el abuelo de sus compañeros de equipo. Con tan mala fortuna que el padre del aludido, con su bote de cerveza reglamentario en ristre, lo oyó, y quiso ahostiarnos, en especial a mí, porque me creía el autor del análisis fisiológico. La evidencia de que lo superábamos en número terminó por hacerlo entrar en razón, pero la disputa, con empujones, insultos y vociferios, duró varios minutos. Si beben, no juzgues el fútbol de nadie. Si bebes, menos aún.

Los *hooligans* borrachos de los equipos profesionales son indefectiblemente *hooligans* borrachos de los equipos de sus hijos, cuando no están de servicio *hooligan* profesional.

12

En la memoria portátil de mis aforismos favoritos figuran las dos célebres ocurrencias de George Best, Georgie, el Quinto Beatle, el gran genio norirlandés del Manchester United.

Las sitúo al lado de las máximas de Lichtenberg, de Chamfort, de Joubert, de Nietzsche, de Cioran, de los mejores.

«He dilapidado una fortuna en coches, bebidas y mujeres. El resto del dinero lo desperdicié».

«En 1969 decidí dejar el alcohol, el tabaco y las mujeres: fueron los peores quince segundos de mi existencia».

13

Siempre que he encontrado a un futbolista interesado en la literatura y la lectura, se ha producido la paradoja natural de los intereses contrarios: yo solo estaba interesado en hablar de fútbol, y él solo estaba interesado en hablar de literatura.

Los poetas, cuando nos reunimos, hablamos de cualquier cosa menos de poesía. De política, de cine, de mujeres, de hombres, de televisión, de dinero, del dinero que no tenemos, del dinero que nos gustaría tener si fuésemos novelistas de éxito. De todo, menos de poesía: para dar lecciones y recibirlas, nos bastamos solos.

Cuando los poetas futboleros nos reunimos con futbolistas lectores, queremos explicarles nuestras acertadas teorías sobre el presente y el futuro del juego de posesión, y del juego de transiciones rápidas, y sobre cuál es el inexcusable once de la Selección Nacional, y sobre quiénes han sido los irrefutables mejores futbolistas de la historia, y por qué Maradona es superior a Pelé por el simple hecho de que lo hemos alcanzado a ver jugar, y sobre otros asuntos trascendentes.

Sin embargo, eso es lo único sobre lo que no quieren hablar los futbolistas que leen.

A menudo pienso en la equivalencia de estilos entre ámbitos diferentes, entre lenguajes distintos. Es decir, a menudo pienso en algo sobre lo que no merece la pena pensar mucho, porque los lenguajes jamás son intercambiables, y porque los ámbitos resultan por lo general incompatibles. Pero el caso es que pienso a menudo en ello, porque me gusta pensar acerca de asuntos más o menos imposibles e inútiles.

¿Para qué habría de pensar sobre hechos verificables? Para eso ya están los científicos, que ni pueden ni deben dedicarse a lo superfluo, a lo sometido al error por formar parte de la simple subjetividad. El universo de los poetas es el de las intuiciones.

A menudo pienso en la equivalencia de estilos entre la literatura y el fútbol. ¿Qué sería en fútbol lo barroco, lo neoclásico, lo conceptista, lo culterano? ¿Qué sería, simplificando a más no poder, el estilo transparente, frente al estilo recargado? ¿El estilo que aspira a aparentar no tenerlo, frente al estilo que se quiere subrayar, decir su nombre y apellidos?

En literatura, la discusión siempre se bizantiniza, ya que no creo que exista buena literatura sin vocación de estilo (e incluso sin algo de exhibición). No es menos llamativo el pasearse desnudo —por ponernos extremistas— que el acto de envolverse en una capa española. El estilo — como se ha dicho tantas veces— es el hombre, y viceversa. El estilo es la manera en que el carácter se manifiesta a través de un lenguaje determinado: la aventura del hombre expresada mediante la aventura en el lenguaje.

Tendemos a simplificar y a decir que lo barroco —en sentido fenomenológico— es lo que se complica, lo que se retuerce, lo que añade piezas y elementos en lugar de suprimirlos; mientras que lo transparente (¿lo renacentista?, ¿lo conceptista?, ¿lo minielocuente?) sería todo aquello que aspira a mostrarse con el menor número de medios, sin alardes.

Podría parecer, pues, que lo barroco, en fútbol, es la acumulación de pases, de toques, de regates. El regate parece en el ámbito del fútbol el adjetivo, la palabra lujosa, el exceso ornamental. Sin embargo, si pensamos con un poco de detenimiento, nos damos cuenta de que no resulta así ni se pueden hacer equivalencias ni juicios inmediatos, como tampoco se pueden hacer en la literatura.

El objetivo del fútbol (y del estilo literario, me parece) es la eficacia en el desarrollo del juego, que persigue desembocar en la victoria. De tal modo, no resulta ni más ni menos eficaz, ni menos bello, en principio, el hecho de llegar a portería con un pase de treinta metros sobre el delantero centro, que con doce toques milimetrados entre una defensa cerrada bajo siete llaves. El secreto reside en la eficacia.

No es menos eficaz un control de tacón de Neymar, un sombrero al defensor y un pase de espuela, que un balón jugado al primer toque: siempre y cuando resulte eficaz dentro de la jugada. El adorno no es superfluo si está puesto al servicio del propósito último. Cuando se pone al servicio del adorno mismo, puede gustar o no, pero siempre será prescindible.

La técnica, en fútbol, nunca es onanista, narcisista, sino el mejor de los sistemas para obtener un resultado óptimo. Las chilenas de Pelé, las detenciones bruscas de Cruyff para cambiar el ritmo, los caños de Messi, las bicicletas de Ronaldo, las rabonas de Di María dejan de ser alardes en el preciso momento en que se convierten en acciones eficaces. No se trata de barroquismo en el sentido peyorativo del término, sino de destreza absoluta. Gran estilo. La gran equivalencia formulada por Keats de que belleza es verdad y verdad es belleza evidencia su sentido —salvando las distancias, claro está— en este ámbito del fútbol. La técnica superior, que es la más bella, se convierte en el único medio real para lograr la verdad última, que es llegar a portería y marcar gol.

Lo superfluo, lo inútil, en fútbol (y en literatura) es el error, el fallo, la equivocación, provengan del adorno o de la sencillez máxima. El estilo, pues, consiste siempre en la consecución de un efecto, de un fin: no es el regodeo en el medio con que dicho fin pretende conseguirse, y que suele ser el método más eficaz para no lograrlo.

Desde un punto de vista genérico, no hay equipos que practiquen fútbol barroco y equipos que lo practiquen renacentista o neoclásico, sino equipos eficaces: que no se dejan marcar goles y que procuran marcarlos, cuantos más mejor. La asociación simplista de que Brasil es barroca por tocar más veces el balón (en según qué épocas) y por crear una tradición del alarde técnico; y que Alemania (digamos) es neoclásica por tender al fútbol directo, de apariencia más física, sin florituras, es una asociación falsa. Tan bello es el juego alemán como el brasileño, cuando son bellos: es decir, cuando son eficaces al máximo siguiendo las inclinaciones de su estilo. De su estilo propio. Por eso la belleza es verdad y la verdad es belleza.

15

En casi todos los ámbitos especializados, la aparición del escritor polizón, del escritor que se permite opinar desde el sencillo punto de vista del observador aficionado, suele ser bien recibida, siempre y cuando no pretenda dejar de ser un aficionado ocasional, un polizón.

La crítica de arte suele recibir con una palmadita en la espalda a los novelistas y poetas que opinan de modo esporádico sobre las artes plásticas. Se los invita a que escriban alguna digresión lírica en el catálogo de la exposición. Se los invita a una mesa redonda en el Centro de Arte Contemporáneo de la localidad. Se alaba la excentricidad enriquecedora de su punto de vista, que refresca el mundo opresivo de los profesionales, según dicen. Pero todo eso ocurre así, siempre y cuando uno no quiera convertirse en crítico, no se quiera hacer pasar por especialista, no amenace la condición profesional de los que cursan las invitaciones.

En el mundo del fútbol, sucede lo mismo. Con ocasión del derbi local invitan a un poeta partidario del Valencia y a un ensayista socio del Levante, para que nos cuenten sus elucubraciones. Llaman a un filósofo madridista y a un narrador atlético para que hagan puños en el *ring*. Pero ni un paso más allá, por lo común. Que no pretendan sentar cátedra. Que no aspiren a escribir más de la cuenta. Para el vociferio televisivo ya están los profesionales del balón y los profesionales del vociferio. Que no pretendan ganar pasta y nombre en donde nos les toca. Los polizones son simpatiquetes, en todos los transatlánticos, mientras no quieran comer en el restaurante de primera clase.

16

Hubo un tiempo en que tatuarse era de delincuentes. De sociedades secretas. De masones. Un rito de paso en las ceremonias clandestinas de cierto género de agrupaciones para la conspiración. Hoy en día, como sabemos, los tatuajes forman parte de la cosmética popular.

Las responsables lejanas de esta moda, como de tantas mamarrachadas de ascendencia más o menos artística, son las vanguardias de principios del siglo xx. Buena parte de los aventureros que militaron en ellas se echaron a perder con el consumo de absenta, morfina y manifiestos acerca de la necesidad de romper los fundamentos del arte clásico. Mierda para los museos. Mierda para la pintura de caballete. Mierda para los poetas que utilizaban la palabra árbol, en lugar de hacer florecer el árbol en el poema (que es el colmo de las gilipolleces que se pueden decir sobre el arte verbal de la literatura). Mierda para la Academia. Mierda de artista enlatada, incluso, para formar parte de las colecciones de esos museos de mierda que la mierda quería abolir. Mierda en general para todo lo que se les ocurriese a los chamarileros de la novedad, a los alcahuetes de las ocurrencias, a los redactores de manifiestos supuestamente revolucionarios. Ya saben, todo aquello de que un automóvil era cien veces más hermoso que la Victoria Alada de Samotracia, y lo demás.

Una vez abierta la barra libre de las impunidades, seguir el camino hasta el exceso resultaba fácil, porque el número de mentes excesivas, en todos los ámbitos de lo humano, es innumerable. El asunto derivó pronto en, pongamos por caso, el accionismo vienés, y hubo quien se cortó la polla en directo y lo filmó, para intervenir artísticamente sobre su propio cuerpo. Como chiste nos haría reír durante un rato («Hubo una vez un artista que vivía en Viena y que terminó cortándose, por esto, y por aquello, y por lo de más allá...»); pero como episodio de la realidad nos entristece, aunque sea con carcajadas, máxime porque hubo, hay y habrá gente que se tome estos asuntos en serio, por el simple hecho de que existe un discurso de disfraz sesudo que lo ampara.

De aquellas gilipolleces polvorientas sustentadas por la confusión mental y el espíritu vanguardista vienen estos lodos del tatuaje todo a cien. Las monsergas del *body art*, de las *performances*, de las hilarantes sublimidades sin interrupción, de los primitivismos tribales que tanto gustaron a los

vanguardistas, son las causantes de esta ceremonia tan confusa de convertir la piel en un lamparón multicolor, firmado por dibujantes de tercera clase.

El personal que se tatúa ignora el origen de lo que hace, pero el origen es este, aunque no lo sepa. Casi todas las tonterías que se cometen a lo largo de los siglos han nacido en la cabeza de algún iluminado, de algún profeta, de algún místico, de algún filósofo (incluso de algún filósofo místico iluminado con apetito de profeta). Por eso hay que tener tanto cuidado con lo que se piensa, y más con lo que se dice, y aún más con lo que se deja por escrito a la posteridad, esa fase de la historia tan proclive a tomarse las cosas en serio y a armarla a las primeras de cambio.

Ahora, los futbolistas se tatúan. Los brazos, las manos, el cuello, las piernas, los huevos, el culo, la polla, la cabeza, la frente. Son muy pocos los que escapan a cobrar aspecto portuario, delincencial, macró. Parece que consiste en una ceremonia de carácter intimidatorio, para que los contrarios se atengan a las consecuencias. Soy un tío peligroso. Soy un tipo duro. Un hombre con mi preparación física puede matar. Más allá de mi piel hay dragones. Cágate de miedo, amiguito. Acojónate, porque esto es la guerra, mariconcete. Y cosas así.

Los futbolistas se tatúan y se ponen *piercings*, y se peinan como los mohicanos y los iroqueses, con crestas que producen asombro y risotadas. Se tiñen la melena o el cepillo o el felpudo, de color ceniza con mechas de remolacha. A las primeras de cambio —porque para eso se tatúan todos los que se tatúan— se fotografían en bañador, en pantalón corto, en calzoncillos, en bolas.

Los tatuados dan un poco de pena, porque están obligados a vestir camisetas de tirantes en invierno, para que se les vea la colección pictórica. La iconografía de los tatuados suele ser para echarse a temblar, para santiguarse al observarla.

Vírgenes llorosas de color azul. Cristos sanguinolentos de color verde radiactivo. Sufrientes coronas de espinas que rodean el bíceps y el tríceps de la estrella. El Che Guevara —joder con el Che, lo que ha dado de sí la dichosa fotografía de la boina—, el Che con ese aspecto de momia inconquistable e intemporal, el Che, con esa cosa de litografía caribeña del *Guernica*. Ideogramas chinos a lo largo del esternocleidomastoideo. Leyendas árabes para decir «Te quiero, Pili». Vigorosos aforismos del estilo «Nunca hay que rendirse». Declaraciones universales de los deberes del hombre, tipo *Love and Hate*. Escudos del club al que ya no pertenecen desde hace veinte años. Banderas tricolores, arlequinadas, monocromas. Flores, muchas flores, como

si el delantero se hubiese comido un buen tripi y estuviera en mitad de su viaje psicodélico por los campos que siembra la química ceremonial, que es como llaman los estupendos al acto de meterse lo más grande y ponerse ciego piojo.

La sociedad del espectáculo persigue el espectáculo permanente, que no pare la música, porque la música constituye la esencia del espectáculo, y el consecuente negocio esencial. Y ya sabemos que el negocio del arte —Andy Warhol *dixit*— es el arte de hacer negocios. Los futbolistas, sobre todo las estrellas, están llamados a no dejar de ser ingredientes del espectáculo cuando el acto principal del espectáculo —el partido— termina. Hay que verlos en sus salidas nocturnas (los pobres, con pantaloncito corto, en enero, para enseñar la última obra maestra que su piel ha adquirido), en sus actos publicitarios (en calzoncillos paqueteros de su marca de ropa interior), durante sus vacaciones (en la cubierta de un yate, atracados en una cala ibicenca, puestos a secar los tatuajes conmemorativos de la última victoria internacional). La conexión permanente de las redes sociales nos permite que nos muestren sus casas, en bañador, y que confeccionen vídeos de las concentraciones, mientras juegan a la PlayStation con los compañeros de equipo, vestidos con la indumentaria de paseo.

Hay algo de siniestro infantilismo en todo esto. De mentecata rebeldía ñoña. Como los futbolistas tienen prohibido fumar, beber, montar en moto y salir por las noches hasta tarde, se contentan con el mal ejemplo de los tatuajes. A lo mejor, los contratos de los clubes deberían incluir entre sus cláusulas, además de que aprendan la lengua más o menos nacional, el hecho de que los jugadores no se tatúen, y de que los tatuados se los borren. Pero entonces nos faltaría un entretenimiento bastante importante a los espectadores globalizados.

Qué sosos parecen ciertos jugadores de la penúltima generación, como Iniesta, bajito, lechoso, calvorota a estas alturas de la liga, sin tatuajes, sin cristos, sin flores (ni siquiera unos cuantos *bouquets* de amapolas fluorescentes), sin *piercings*, sin crestas de los primitivos pobladores del Canadá, sin el Che Guevara que lo ampare hasta la victoria final. Lo cierto es que uno no se explica cómo ha podido jugar este chico al fútbol, y menos en estos tiempos que corren y que vuelan.

Y sin embargo, no solo es el mejor jugador español de todos los tiempos (me lo parece, Amén), sino que es el último verdadero vanguardista, sin saberlo Andresito, el último iconoclasta, el último intervencionista a contracorriente de todas las modas y escuelas. El último verdadero artista de

sí mismo. El del cuerpo en blanco. Nuestro albino albaceteño. Copito de nieve. No se tatúa.

17

A propósito de Iniesta. Un gran amigo, gran culé y gran poeta catalán, Pere Pena, esbozó ante mi asombro la siguiente teoría conspirativa. El pérfido españolismo antibarcelonista había negado a Xavi Hernández la gloria que le debía, ensalzando para ello la figura del de Fuentealbilla, nada sospechoso al parecer, por albaceteño, de independentistas veleidades esteladas.

La verdad es que me hizo gracia el delirio.

Hay en mí una admiración (que tendría que ser analizada) hacia el cultivo del disparate, provenga de donde provenga.

Ahora no está mal visto declararse partidario del fútbol. Incluso constituye un adorno, en según qué momentos. Si nos ponemos extremosos, lo que está mal visto en algunos ámbitos intelectuales es criticar el fútbol. Estos movimientos pendulares del gusto y de los tabúes forman parte del propio movimiento pendular de la Historia.

Ahora lo que está mal visto es ser taurino, y, si te declaras partidario de los toros, los animalistas te incluyen en una lista de supuestos asesinos, ponen tu nombre en una diana y te escupen a la entrada de las corridas. Poco más o menos como han hecho toda la vida los fascismos de distinto pelaje. El otro día un profesor de bachillerato, preocupado por la educación transversal de sus alumnos, publicó un análisis de la muerte de un torero, alegrándose de la cogida, llamándole cabrón y animando a que la gente escupiera sobre su tumba, después de haber bailado y de haberse meado en ella. Me imagino que esto es lo que se entiende por pedagogía activa. Supongo que algunas universidades terminarán por ficharlo como jefe de estudios.

Pero volvamos al fútbol, que no siempre estuvo bien mirado, al menos por la crema de la intelectualidad a partir, digamos, de los años sesenta en adelante, hasta mediados de los noventa al menos. En los círculos de izquierdas, sobre todo en los círculos literarios de izquierdas, si te gustaba el fútbol te lo callabas, porque la ecuación inmediata se formulaba del siguiente modo: el fútbol es un espectáculo de masas promovido por el Régimen, además del nuevo opio del pueblo, de manera que si te gusta el fútbol eres un franquista, un fascista, un gilipollas, un opiómano ridículo que reproduce la maquinaria del poder, un pequeñoburgués majadero, un colaboracionista de tres al cuarto. (Se conoce que en todas las épocas y en todos los ámbitos existe una variante más o menos activa de partido animalista).

Paco Brines me contó en cierta ocasión una anécdota que ilustra muy bien el aire de aquellos tiempos, heroicos para la afición futbolística entre escritores.

Aunque Paco no era un asiduo del Café Gijón y sus tertulias literarias, acudía de vez en cuando a alguna promovida por amigos y conocidos. Muchas veces, cuando el Grupo de Barcelona desembarcaba en Madrid (Barral, Biedma, Marsé), para acabar con toda la bebida de la capital y su

provincia (y de paso ilustrar en cosmopolitismo a los poetas mesetarios), los del 50 quedaban en el Gijón.

Allí, en una de esas visitas, Jaime Gil de Biedma, tan suyo, borracho como una cuba, le dijo a Paco Brines, nada más llegar a las mesas de la tertulia: «¿Y tú por qué escribes *lecho* en un poema?», a manera de bienvenida, para pedir cuentas estéticas, y Paco trató de hacer lo único que no se puede hacer con un borracho, ni siquiera en el Gijón. Intentó explicarle que a veces el poema exige escribir *lecho* y a veces exige *cama*, como la ocasión le exigía cama, para dormir la mona, a Jaime Gil, que es como llaman a Biedma los que insinúan estar en el ajo generacional.

Durante una de esas tertulias asturmadrileñas del Gijón, coincidieron Paco Brines y Juan García Hortelano, junto con un grupo numeroso de amigos. Tomaron café, hablaron de lo divino y de lo humano (sobre todo de esto último), y, a cierta hora, se despidieron los dos del resto de los amigos, pretextando cada cual compromisos ineludibles. A la puerta del Gijón, Hortelano y Brines se despidieron también recíprocamente y cada cual se fue por su lado: el uno hacia el norte y el otro hacia el sur, como quien dice.

Al cabo de una hora, poco más o menos, se encontraron por casualidad en la puerta del Manzanares. Jugaban el Atlético de Madrid y el Valencia. Ninguno había dicho adónde iba. Ninguno se había atrevido a decirlo. En cierta medida, la anécdota encierra todo un perfecto relato de terror.

19

La reflexión anterior me ha recordado una historia parecida, pero más grave, más trágica, más amarga, de estirpe cubana. No tiene nada que ver con el fútbol, pero sí mucho con el silencio, con los silenciamientos, con las precauciones, con las ocultaciones de nuestros gustos e ideas en los tiempos difíciles.

Se la contó a Paco Brines el gran poeta cubano Gastón Baquero, y Paco me la contó a mí, para que yo os la cuente a vosotros (en el descanso del partido, por así decir).

Gastón y Paco fueron muy amigos durante todos los años del cubano en el exilio, hasta la muerte de Gastón en Madrid. Solían cenar todas las semanas, con los amigos comunes más cercanos de la literatura: Bousoño, Claudio Rodríguez, Fernando Delgado, Luis Antonio de Villena. Frecuentaban mucho la cafetería Riofrío, en Génova, casi con la plaza de Colón. Aunque también iban a menudo a la Casa de Cuba, para tomar arroz con frijoles y plátano, que aplacaba en Gastón Baquero la melancolía habanera.

En los primeros y confusos tiempos de la Revolución, una pareja de amantes que vivían juntos desde muchos años atrás, asiste a una fiesta en La Habana, en casa de un amigo común. Al acabar, los dos han de separarse durante unos días, porque deben viajar a lugares distintos y opuestos de la isla. Se despiden con absoluta normalidad, con todo el cariño habitual, hasta la semana siguiente, en su domicilio. Nos vemos pronto. Cuídate. Al cabo de unas horas se encuentran en uno de los pocos aviones que por entonces salía de La Habana camino del exilio. Se ven y comprenden.

Como en esos relatos árabes en donde la muerte hace un gesto a un personaje, y el personaje, asustado, huye de la muerte hacia el otro lado del país, aunque la muerte solo quería comentarle su extrañeza por el hecho de tropezar con él allí, cuando mañana mismo tenía previsto encontrarse con él al otro lado del país.

El terror forma parte de nuestras vidas. A veces bajo la forma del amor, y a veces, también, bajo la forma de nuestra afición al fútbol.

Hace pocos días volví de El Escorial. Durante una semana he dirigido un curso que se llamaba *El yo de nunca acabar (Conversaciones sobre la intimidad)*.

Stendhal, que es uno de los grandes escritores del yo, repite hasta el cansancio en sus escritos íntimos que resulta imperdonable decir tantas veces yo, mi, mío; pero el caso es que se regodea en hacerlo. Algunas de sus mejores obras (la *Vida de Henry Brulard*, el *Diario*, los *Recuerdos de egotismo*) son prospecciones ensimismadas, tercios ejercicios de exploración en su conciencia.

A estas alturas de mi vida, creo que toda la literatura es de naturaleza confesional: la que lo declara y la que lo esconde. (A veces, sobre todo, la que trata de esconderlo). Por mucho que queramos no decir yo, lo decimos, y quien se empeña en ocultar su presencia suele subrayarla. A menudo, los que dicen haber muerto al yo resucitan en el ego.

La primera persona del singular es la persona única de la literatura: todas las restantes pasan por ella, existen a través de ella, se forjan en ella. Quien cree conjugar de otra manera comete una impostura.

Me encantan los cursos de El Escorial, aunque con los años se me hace cada vez más trabajoso organizarlos. Escojo siempre la modalidad de charlar con los invitados, en torno al tema escogido, y eso exige, además de preparar un cuestionario previo, entrevistarlos sobre la marcha, con lo que eso supone de atención, de tensión, para que el ritmo del diálogo no decaiga. Lo hago así para que los participantes no tengan que preparar una conferencia especial. Los cursos están mal pagados, sobre todo si tenemos en cuenta que los participantes deben por lo común interrumpir sus vacaciones para subir hasta la sierra madrileña. Pero lo cierto es que acabo agotado: hablar en público es una de las actividades privadas que más cansa en el mundo.

El Escorial, como monumento, representa un delirio histórico de proporciones absolutas. Los faraones de cualquier época y nación sufren inclinaciones arquitectónicas disparatadas, con el apetito de ganarse una forma de inmortalidad. El Escorial es la pirámide de Felipe II, y hoy nos paseamos por sus alrededores como si tal cosa, preguntándonos siempre cómo se le ocurrió al hombre más poderoso del mundo construirse un apartamento semejante.

El caso es que uno de los invitados al curso fue Eduardo Mendicutti, que además de un espléndido novelista es un tipo magnífico, siempre divertido, amable, dispuesto a hacer pasar a los demás un buen rato, sin imposiciones de divismo. Estaba un poco cojo; pero no se quejó cuando nos fuimos Almoraima González, Carlos Pardo, él y yo a tomar una copa al bar de cabecera de todos los congresos de El Escorial: el Croché.

Allí hemos ido siempre, durante muchos años, con Ángel González, con Paco Brines, con Ana María Matute, con Pepe Caballero Bonald, con Benjamín Prado, con Luis García Montero, con Felipe Benítez Reyes, durante los cursos. Por eso le he cogido tanta devoción a organizar algo cada verano. Se trata de una actividad laboral, pero sobre todo de una manera de no renunciar a que esos veranos hayan desaparecido, por el simple hecho de que algunos amigos ya no estén entre nosotros, o porque estén demasiado mayores para que les apetezca salir de casa.

Eduardo Mendicutti cojeaba por una vieja lesión del fútbol, treinta años atrás, mientras jugaba en la playa. En un forcejeo se le quedó trabada la pierna en la arena, giró sobre el eje de su cuerpo y se rompió el menisco. Un clásico.

Las lesiones de menisco, antes, solían significar la retirada del futbolista, después de haberse sometido a una tremenda operación que necesitaba abrir la rodilla por completo. Algunos la superaban después de más de un año de rehabilitación, pero era frecuente que tuviesen que abandonar el fútbol. Ahora les hacen una artroscopia y están jugando un mes después. Es un acto de magia maravillosa, como tantos avances de la medicina. Entre sueños recuerdo lesiones de menisco legendarias: Gárate, Camacho, Maceda.

La lesión de Eduardo me hace pensar en que muchos tenemos heridas de guerra provocadas por el fútbol de la infancia y la juventud.

A mí me rompieron de una patada en la boca, durante un partido de juveniles, la esquina de un incisivo lateral, y desde entonces lo llevo partido. A menudo, cuando juego con la lengua entre mis dientes, me acuerdo del preciso instante en que me lo partieron. Jugábamos fuera de casa, no recuerdo dónde. Sé que era un campo de tierra, como casi todos, por la tarde. Fue en mi penúltimo año de juveniles con el Burjassot CF. Traté de llevarme el balón con la cabeza después de un bote bajo, y el contrario, desde atrás, metió la pierna y me dio una patada en la cara. Noté la rotura, se me quedó la dentina al aire, pero seguí jugando, porque para eso está el fútbol, entre otras cosas: para que nos sobrepongamos a las circunstancias, para acabar el partido.

Son consignas generales de buenas intenciones épicas, pero resultan útiles para la vida privada. Muchos años después, cuando me han operado, cuando me han dado quimioterapia, cuando los cólicos de vesícula y riñón me han hecho ver las estrellas, me he acordado vagamente de aquel partido, de la patada en la boca y de que seguí jugando. Pues eso: algunas ensoñaciones llegadas desde la infancia, por intermediación del fútbol, nos ayudan a sobrellevar episodios de la vida adulta. O eso creemos. Y si lo creemos, es que nos ayudan.

21

La Juventus ha pagado noventa millones de euros por Higuaín. Parece que el Madrid, el Manchester United y ciertos equipos más están dispuestos a pagar ciento veinte por Pogba. Estas noticias vuelven a escandalizar a algunos, que, cíclicamente, se preguntan si algún futbolista vale esas cantidades obscenas de dinero. Los clérigos de la conciencia suelen concluir que no: nadie vale ese dinero.

Pero la verdad es que no existe una evidencia mayor de que sí lo valen que el mismo hecho de que alguien lo paga. Los precios de las cosas no son más que los precios de las cosas. Nada vale lo que pagamos por ello, en términos morales, en comparación con el esfuerzo, en relación con nuestros estudios y capacidades, según nuestros juicios respecto a la marcha del mundo, atendiendo al sufrimiento de los individuos, etcétera.

Los precios son lo que alguien quiere que se pague por algo y lo que otro termina por pagar. Ni más ni menos. Claro que los futbolistas valen lo que se paga por ellos. Como el solomillo, como los cristales de visión progresiva, como los cruasanes en el horno de enfrente, como los calzoncillos de diseño, como la cinta aislante. Todo vale lo que vale en el momento en que lo vale. Ese es su precio. ¿Valen las novelas de Martin Amis lo que sus editores le pagan de anticipo? ¿Valen los cuadros de los pintores lo que se paga en las subastas por ellos?

Las disquisiciones éticas acerca del precio y el valor pertenecen a otro ámbito: el de la ética. El de las religiones de todo tipo: las espirituales y las ideológicas. Todo es caro y algunas cosas más caras de la cuenta. Pero todo termina por valer lo que vale; es decir, por tener el precio que tiene. A veces podemos permitirnoslo y a veces no.

El valor de los futbolistas, por otra parte, resulta imposible de medir. Creo que su valor —su efectividad, su rendimiento, su provecho—, aunque parezca computable en goles, en asistencias, en balones robados, en remates, en títulos, pertenece al universo de los beneficios inmateriales.

¿Cómo se mide la alegría que genera en un aficionado? ¿Cómo se pesa la ilusión que infunde algún jugador a una ciudad? El fútbol, como la literatura, como el arte, como casi todos los aspectos que atañen a la cultura de una civilización, pertenece a su patrimonio intangible.

¿Cuánto acompaña un clásico a sus lectores, en la intimidad, a lo largo de su vida? ¿Cuánto consuela y enseña un gran poeta?

A veces, el mundo parece un lugar bien hecho por la simple razón de que ese domingo veremos jugar a nuestro equipo. A veces.

23

Voy a acuñar una definición de buen aficionado al fútbol. Otra más.

Aquel que nunca acude al campo sin pensar que el mundo merece la pena, también, porque hoy hay partido, pero que nunca se marcha del campo pensando que el partido de hoy le ha arruinado el mundo.

El fútbol es el ámbito del conocimiento omnisciente practicado por seres omniscientes. Entre ellos me incluyo, por supuesto, con mi omnisciencia generalizada.

Nunca he hablado de la Cosa en Sí con nadie que no hablase desde la absoluta certidumbre, desde el convencimiento mayúsculo, desde la cátedra oxoniense. El noventa por ciento de la población no ha pasado de jugar en el colegio con los amigos, pero habla como si terminase de ganar la Champions siendo entrenador, por tercera vez, después de haberla ganado cinco como jugador.

Me imagino que si esto ocurre en España, ocurre en todos los rincones del planeta, porque los españoles somos mónadas temperamentales del gran temperamento universal.

Nunca he conocido a nadie que hablase de fútbol con cierta frecuencia y reconociese que no sabía mucho del asunto. A menudo se está condenado a jugar y ver partidos desde antes de nacer, en los tiempos en que se ocupa la tribuna amniótica de una madre embarazada, seguidora a hierro del club de sus amores. El fútbol constituye un ámbito de sabiduría infusa, por así decir.

Incluso los que admiten odiar el fútbol y no explicarse cómo se ha propagado en el universo ese virus alienador, se permiten hablar de fútbol desde un negacionismo concienzudo, erudito, fruto de muchas horas de reflexión indignada.

Lo cierto es que los detractores no pueden dejar de estar ungidos por los sacramentos extremos de la Cosa en Sí. Como el bautismo, el fútbol imprime carácter, incluso entre los caracteres de los incrédulos.

La sabiondez popular en el asunto siempre me ha dejado perplejo, porque no existe en casi ningún ámbito del saber trascendente, ni siquiera entre los sabiondos por naturaleza: los cuñados, los miembros numerarios de las academias, los catedráticos en los departamentos de lenguas extranjeras, los politólogos en marcha de tertulias televisivas, y otros animales. ¿A qué se debe esta sobreabundancia de opiniones, de certezas, de argumentos ontológicos, de imperativos categóricos?

Supongo que no existe una sola explicación, como no existe para casi ningún enigma. Pero la verdad es que los aficionados al fútbol, aunque sea desde la butaca de casa, en la distancia judicial que otorgan las patatas fritas y

la cerveza, dedican muchas horas en su vida a frecuentar ese deporte. Leen periódicos especializados, visitan las páginas deportivas de la prensa generalista, inhalan los vapores ambientales de los bares, escuchan los noticiarios del mediodía, están suscritos a los canales de la Cosa en Sí.

Si existiera una contaminación semejante en el mundo de la literatura, este país sería el Reino de Jauja para los escritores. Detrás de cada taxista, de cada camarero, de cada celador de hospital, de cada secretaria de Juzgado, habría un George Steiner, entreverado de Harold Bloom, adoctrinándonos acerca de los componentes inexcusables del canon occidental. Uno entraría en el taxi y, a las primeras de cambio, el conductor nos diría, por ejemplo: «Camarada, qué vergüenza que se pueda pensar que *El sueño de una noche de verano* es superior a *Macbeth*. No salgo de mi asombro. Ese Vincent del Wood, el idiota al que han nombrado responsable de la Editora Nacional, no tiene ni puta idea. Pero ¿cómo se le ocurre no llevarse al Congreso de la Lengua a Vila-Matas? El muy analfabeto se ha llevado al menos sutil de toda la plantilla, al neandertal de Pérez-Reverte, que solo sabe exabruptar, como dirían en México».

No sé si la vida sería soportable con un índice de lectura equivalente a la suma de los índices de Finlandia, Noruega, Suecia y el resto de los países listos del mundo. A los escritores, lo que nos gusta de verdad es que nos lean mucho, pero que opinen poco sobre lo que escribimos, sobre todo si las opiniones no se esparcen con botafumeiro: nos basta con la inteligente sumisión a nuestra obra y nuestra persona. Si quieren opinar los lectores, que opinen mal, también con inteligencia, acerca de las carencias de nuestros colegas de generación.

La gente que habla de fútbol habla de fútbol con razón, aunque la pierda al hablar de fútbol. Quiero decir que dedica mucha energía biográfica al tema, a la Cosa en Sí, y la gente necesita sacar partido a todo aquello a lo que dedica mucha energía. No consentimos que las cosas caigan en saco roto: preferimos que caigan en el saco de nuestros vecinos, de nuestros familiares, de nuestros compañeros de trabajo, para que nos ayuden a llevar el saco nuestro sobre sus espaldas, porque la vida suele venir cuesta arriba y no está la vida para cargar sacos en solitario.

Los que dedican grandes esfuerzos a hablar alemán necesitan de vez en cuando hacernos ver que hablan alemán, porque, si no fuese así, ¿de qué serviría, no digo el esfuerzo de hablar alemán, sino el de hacernos saber que lo estudian con gran esfuerzo y que lo hablan con fluidez germánica? Los que han dedicado su vida y perdido su salud en el estudio de la enzima ornitina

transcarbamilasa están obligados a ponernos al día acerca de la importancia de sus investigaciones, en el hígado de las ratas, sobre esa enzima de nombre tan tierno. El mundo funciona así. La conciencia de la gente funciona así. Y el subconsciente. Y el inconsciente. Y todo lo que más o menos parece que funciona en los individuos.

En el mundo de los toros suele haber más precauciones a la hora de opinar, al menos más precauciones aparentes, más sabiduría para nadar y guardar la ropa mientras se tiene el mismo ánimo de aleccionar a todo el mundo. El entendido, que es una figura capital en lo taurino, siempre dice, antes de hacerte saber que sabe mucho, que nadie sabe nada de toros. «Imagínate», dice, «nadie ha sabido más de toros que Joselito, “el Gallo”, y a él lo mató un toro. Conque yo...». Y acto seguido te endilga una conferencia sobre el mantra taurino del parar, templar y mandar. Pero esa prudencia santurrona no existe en el fútbol: en el fútbol cualquiera es Aristóteles, o, en su defecto, el divino Platón.

A mí me gusta que suceda así, que exista una Internacional crítica encargada del fundamentalismo futbolístico, porque así no me siento solo en el mundo.

Llegas al desierto de Wadi Rum, en Jordania, y, bajo una jaima, el guía que te ha conducido por el desierto te recita la última alineación del Real Madrid y te explica cuáles son los problemas del club. Terminas de dar una lectura de poemas en San Petersburgo, y el catedrático de español que te ha presentado en la universidad te recita la alineación del Barcelona y te analiza las soluciones para los problemas del club. Te comes un pedazo de cola de cocodrilo, con guarnición de plátano macho, en la selva del Perú, a la orilla del río Ucayali, y el cocinero, mientras tuesta una incomedible piraña para comérsela, te recita la alineación de la Selección Española y te aconseja que traslades a quien corresponda la idea de que la Selección no puede ni debe actuar como un club.

La globalización creo que consiste en eso, entre otras cosas. La globalización creo que funciona así. Se difunde a través del fútbol, y no al revés. El fútbol global no es fruto de la globalización, sino todo lo contrario: el fútbol es uno de los canales mediante los que se globaliza la globalización. Es el líquido elemento —uno de ellos, de los más importantes— por el que fluye el elemento líquido de la realidad contemporánea. Que tomen nota los filósofos, y los poetas, y los registradores de la propiedad.

Todo esto lo digo con el conocimiento de causa que me infunde la causa del conocimiento futbolístico. Vale.

Como decíamos ayer, existe una ciencia infusa de la Razón futbolística, un conocimiento inspirado que inspira incluso a todos aquellos que no sienten ningún tipo de ganas de conocer el fútbol. Lo he comprobado con mi mujer, una de las criaturas más impermeables a la belleza de este deporte, capaz de leer una novela o abrir una revista de moda durante una final de Champions, capaz de no haber visto la final del Mundial de España, de no haber asistido en directo a la epifanía de Andrés Iniesta y su gol catártico para nuestra Historia, capaz de muchas herejías más de desprecio futbolístico.

Sin embargo, el amor hacia su hijo futbolista y los vapores matrimoniales, así como el contagio de las ondas televisivas cuando pasa cerca de la pantalla, interrumpiendo la visión de las retransmisiones, la ha doctorado en asuntos de fútbol, y discute con las amigas, impone su experiencia de madre de futbolista alevín en el trabajo, hace callar sobre la Cosa en Sí a los taxistas que la llevan hacia cualquier destino, evalúa con rigor los traspasos sonados del verano. Y todo ello lo hace desde la más honda de las indiferencias y el más grande de los descreimientos.

El día menos pensado, ella me explicará la diferencia entre partícipe a título lucrativo y cooperador necesario, y yo el fuera de juego, y los dos entenderemos todo. Gracias a la ciencia infusa que obra en la naturaleza. Gracias al conocimiento teologal que circula en secreto por el mundo.

La gramática cambia el universo y nuestra visión de las cosas, aunque no lo sepan ni los enemigos de la gramática ni la legión de quienes viven inmunes a su trascendencia y sus encantos. La gramática habría podido cambiar también la percepción peninsular del mundo del fútbol. En este caso la ortografía, en su modalidad acentual.

Si en lugar de haber acentuado como grave la traducción de *football*, lo hubiéramos hecho como aguda —fútbol, es decir, /futbóll/, para los lingüistas —, el cacao habría sido muy distinto.

Ocurre como con chófer y chofer (/chofér/). Los afrancesados —y los cursis— que lo pronuncian agudo tienen una visión nobiliaria de la vida, y tienen chofer, mientras que los graves vemos las cosas proletariamente y viajamos en autobús, o en metro, o en nuestro coche, sin que nadie nos lleve al trabajo ni nos recoja por las noches cuando salimos de cena. Por un acento de quítame allá esas pajas. O pajás, que acentuadas de ese modo hubiesen parecido algo mucho más importante y severo. Pajás de marajás, como quien dice. Hacerse pajás nunca habría sido lo mismo que hacerse pajas. Estoy realacadémicamente convencido.

El fútbol, con solo cambiarse el acento, se habría cambiado el apellido, habría ingresado en el paraíso de la respetabilidad intelectual y ya no habría tenido detractores. Habría sido para siempre una cosa seria de la máxima seriedad, como la Prima de Riesgo, como el *Big Bang*, como los juicios sintéticos *a priori*, como el catálogo de las naves en la *Eneida*. El fútbol habría sido para todos lo que es el fútbol para mí, pero con el beneplácito de la Gramática, que es como se deben hacer las cosas.

Si por mí fuese, prohibiría a la mayor parte de los ultras e hinchas descerebrados la entrada a los campos de fútbol. Los desviaría hacia las pistas de tenis, en donde se sentirían avergonzados por su conducta desaforada a los cinco minutos, y se reformarían por obra y gracia del *fair play*.

Las barras bravas argentinas, los Yomus, los Ultras Sur, en Wimbledon, en Roland Garros, en el Trofeo Conde de Godó, se reformarían con solo percibir el ambiente de las gradas, se borrarían sus tatuajes, apostatarían de su conducta pasada y se matricularían en algún curso de bachillerato para mayores de veinticinco años. La majestuosidad de la monarquía británica, o el resplandor de la República francesa, o el *seny* de la alta burguesía catalana obrarían el prodigio de las conversiones, el milagro de las resurrecciones. Saldrían de un Grand Slam, incluso de un Open 500, haciendo sus pinitos en francés y cediendo el paso a las ancianas en el ascensor.

El tenis es la música del deporte que amansa a las fieras. Ploc, ploc, ploc, ploc. Forty-love.

Uno de mis interlocutores favoritos para hablar de fútbol, para hablar de cualquier cosa, en el mundo de la literatura, es Benjamín Prado. Hace unos días coincidimos en el fallo del Premio Tardor de poesía, en Castellón. Fallamos el premio a media tarde, dimos después una lectura conjunta al aire libre y nos marchamos a cenar a un restaurante estupendo con los amigos de la organización. Nos instalaron en el patio trasero, que tenía algo de estar en el comedor de la misma casa de los propietarios. Había macetas de aspidistras y helechos, un toldo que nos protegía de las miradas del vecindario, y la familia de los dueños estaba cenando allí también, en una mesa cercana.

Nos sacaron platos de pulpo, calamares rellenos en cazuela de barro, y mucho picoteo riquísimo. Cuando ya no podíamos comer más, Benjamín hizo la broma de qué sorpresa nos aguardaba para empezar a comer en serio. Yo le dije a la dueña que el muchacho era vasco, y que nunca terminaba una cena entre amigos sin un chuletón de kilo y medio, como poco. La dueña resultó ser vasca de verdad y tuvimos que atarla a una silla para que no nos asara unos cuantos chuletones. Por la boca mueren el pez y los poetas.

La Eurocopa ya había empezado. Televisaban el Alemania-Polonia, y Benjamín y yo hacíamos breves incursiones hacia la televisión que había dentro del restaurante, para ver cómo marchaba el asunto. Si hubiera sido un partido de España, nos habríamos puesto intransigentes, para conseguir cenar cerca de la tele y poder mirarla de reojo entre bocado y bocado.

Benjamín contó una visita a casa de Joaquín Sabina, con Luis García Montero, para ver juntos un Madrid-Atlético por la televisión. Cuando empezó el partido, se sentaron en los sofás con unas cervezas, y se desearon suerte con la cortesía esperanzada de quien espera que no la tenga el rival.

Fue un partido de dominio del Madrid, que acabó marcando un gol. Luis y Benjamín, célebres madridistas, no quisieron manifestar su euforia en la casa de un atlético célebre, y se limitaron a hacer consideraciones técnicas. Se veía venir. Había mucha posesión de pelota. El Madrid tenía acorralado al Atleti dentro de su área. La circulación del balón era muy superior, y chingaderas por el estilo. Hasta que Joaquín, poniéndose en pie sobre el sofá y rojo de ira, exclamó:

—¡¡¡Hijos de la gran puta, no tolero vuestra compasión!!! ¡En mi casa, cabrones, los goles se celebran como Dios manda, dando gritos y agitando

banderas! ¡Si no lo hacéis así, os echo a los dos a la puta calle!

Algo más acerca de la victoria.

La victoria deportiva es un absoluto, como el gol, se produzca en donde se produzca. Por eso la universalidad de la alegría deportiva, que no sabe ni de edades, ni de ámbitos, ni de tiempos, ni de jerarquías, ni de escalafones, ni de premios que no sean el premio de la alegría misma. La alegría es la fuerza mayor, como la llamó el gran Clément Rosset, y la alegría deportiva es la fuerza deportiva más grande.

En términos de entusiasmo íntimo, vale lo mismo el gol que se marca en la final de un mundial que el gol que marca un niño de seis años, en el parque de su barrio, cuando juega con sus amigos dando patadas a una lata de cerveza vacía.

La victoria es la victoria, una demasía sentimental que se celebra como un bien perfecto. El gol no es jamás únicamente el gol; es decir, el procedimiento mediante el cual se logra avanzar en el juego y conseguir vencer cuando concluye. El gol es una construcción física y afectiva de todo un conjunto de participantes en la trama del fútbol: los jugadores y quienes los contemplan. (Y, por extensión, así sucede también con el tanto logrado en cualquier otro deporte).

Ya sean cincuenta mil espectadores en directo y cincuenta millones por televisión, o ya sea la abuela de uno de los chiquillos que da patadas a la pelota en una favela, el gol significa siempre el precipitado de una actitud plural del ánimo, la quintaesencia de un complejo proceso del espíritu.

De ahí que, cuando se produce, se celebre de la misma manera en un patio de vecindad que en un estadio olímpico, en un claro de la selva que en el Bernabéu, en el pasillo de casa que en Maracaná.

Cuando un niño escoge ser su jugador favorito —me pido ser Pelé, Cruyff, Maradona, u Óscar Rubén Valdez, mi ídolo de infancia—, para jugar contra sus amigos, no es que se establezca una identificación de personajes, sino que se produce una transubstanciación de la carne, inmediata. Aquel niño es su jugador favorito. Yo *fui* Pelé, Cruyff, Maradona, y, sobre todo, Valdez. Creo en la eucaristía del fútbol: el juego se hace carne y habita entre nosotros, sus fieles.

El gol, si además sirve para la victoria, no tiene un más allá ni un más acá, no admite más comentario ni más explicación que su disfrute mayestático. El

satori terrenal (valga el sinsentido), el nirvana de los pobres, el *despertar* místico portátil y al alcance de todos. El gol, el gol de la victoria, significa la catarsis suprema, la reconciliación con el presente. Gol, eureka.

Si Buda —que tenía nombre de jugador brasileño— hubiese podido, habría querido jugar la final, marcar el gol en el último minuto de descuento y después sentarse a celebrarlo en posición de loto y con su sonrisa beatífica.

El utillero es una figura sacerdotal, y su labor es sagrada.

Antes de los entrenamientos y los partidos, la ropa no la puede tocar cualquiera, si no se quiere correr el riesgo de echar a perder buena parte de la ceremonia del fútbol. Las manos inadecuadas contaminan el ropaje del guerrero. La armadura se vela durante toda la noche, junto con las armas, para que estén listas para el combate: así lo hace también don Quijote en su primera salida aventurera, al modo de los héroes en los libros de caballerías.

El utillero es el encargado de manejar los aparejos santos, el capellán que dispone parte de los elementos imprescindibles para la ceremonia.

Recuerdo con escalofríos el momento de entrar en el vestuario, cuando jugaba en el juvenil del Burjassot, y ver los equipajes de cada jugador ordenados en el banco de madera, para que nos vistiésemos. Las camisetas dobladas a la perfección, con el número hacia arriba, bien visible, encima de los pantalones también doblados con esmero, y, a los lados, las medias extendidas, flanqueando el equipaje. En el suelo, delante de la ropa, las botas lustradas con grasa de caballo, relucientes, las espinilleras (para quien las usase, porque por entonces eran un artilugio raro, casi exótico) y los cordones para atarse las medias. Hoy recuerdo la escena con nostalgia reverente, y casi con un nudo en la garganta.

A los entrenamientos y partidos íbamos vestidos de calle, sin bolsa ni toalla de baño, sin gel y sin ropa de paseo. Ahora los equipos, desde los querubines a los profesionales, llegan uniformados con el equipaje de paseo, en chándal, y con anorak si es invierno, y con pantalón corto y un polo si es verano. Los jugadores de los equipos de fútbol 8 y las categorías inferiores de fútbol 11 suelen llevar su propia bolsa de deporte, con su sudadera, sus botas, su jabón, y, al menos, el pantalón y las medias. Ya en el vestuario, los entrenadores reparten las camisetas, según las posiciones, aunque, en la mayor parte de los casos, cada cual ya tiene la suya adjudicada para todo el año.

Es otra forma de ritual, pero creo que se pierde el encanto de llegar al vestuario y verlo todo preparado por unas manos mágicas, como cuando al despertar, la mañana del 6 de enero, uno descubre al pie del belén o del árbol de Navidad los regalos dispuestos por el arte, también mágico, de unos sabios errantes llegados desde Oriente. Esa modesta epifanía de ver la mesa puesta y

repleta de manjares exquisitos, como si dijéramos, solo la disfrutaban los profesionales y algunos equipos de juveniles en los clubes con dinero suficiente para permitirse la figura del utillero, que en mis tiempos solía ser vocacional, al menos en el Burjassot CF de mi época.

El utillero de mi juventud podía ser también el secretario del equipo, o el tesorero, o el delegado de campo, o incluso el presidente. La condición de emprendedor es más vieja que el árbol del bien y del mal: se la inventó, por pobreza y necesidad, el ingenio. Hoy en día, los bobos se creen que, con ponerle un nombre más o menos novedoso a las cosas, las cosas se crean desde la nada. Pues no: buena parte de las cosas, con su viejo nombre, o sin necesidad de tenerlo, existían desde casi el principio.

Ahora, para paliar mi nostalgia del utillero reverencial y para que el niño pueda jugar y entrenar con normalidad (porque quien se deja una prenda cualquiera en casa ni entrena ni juega el partido, al menos en el Valencia CF, donde ha estado las tres últimas temporadas), me he convertido en el utillero de mi hijo. Por lo común, los entrenadores, siguiendo dictados inescrutables para los humanos, no permiten que nadie preste una prenda, en el caso de llevar dos (por ejemplo, dos pares de medias) a quien no lleva la suya. El hecho de olvidarse de algo se considera una afrenta institucional y un pecado que debe expiarse de forma inmediata, aunque uno haya recorrido ciento ochenta kilómetros penitenciales para ir a entrenar o jugar. En todos los ámbitos existen dogmas, y los dogmas son lo que son: decretos absurdos que uno debe aceptar por el simple hecho de que existen, y para demostrar que se está de forma incondicional con la iglesia de turno. Los dogmas están para cumplirlos y, con su cumplimiento, dar sentido a la existencia del dogma.

Le preparo la bolsa con todo lo necesario, y sigo mis hábitos propios de utillero. Extiendo encima de su cama la ropa que necesita. Antes lo hacía yo solo, y ahora con él en ocasiones, para inculcarle una responsabilidad que no le interesa mucho adquirir, y que no me molesto demasiado por convertir en obligatoria, entre otros motivos porque me encanta hacerlo a mí. Ya sé que no es lo pertinente, y que un niño de nueve años debería prepararse él solo el equipaje, según manda la preceptiva psicopedagógica universal, pero yo me la salto a la torera cuando me conviene, como suelen hacer todos los adultos del mundo, incluidos los psicopedagogos preceptores.

Pongo en montones bien dispuestos todo el ajuar, que es más o menos la indumentaria de una princesa árabe de *Las mil y una noches* en el día de su boda. Para los entrenamientos, en los meses fríos, pongamos por caso, la camiseta de entrenamiento, el pantalón, la sudadera, el pantalón del chándal

de entrenamiento, la chaqueta del chándal de entrenamiento, la camiseta térmica (del mismo color que la de entrenamiento, obligatoriamente), las mallas térmicas, por si acaso (que algunos entrenadores permiten y otros no), el chubasquero (que algunos denominan cortavientos, aunque es un impermeable de toda la vida), los dos pares de medias que utiliza (porque le gusta jugar con doble media), los guantes, el gorro (por si hace mucho frío), las botas y las espinilleras en su bolsa independiente, la toalla, las chanclas de baño, el neceser con gel, desodorante y colonia (tres cosméticos que usa poco, dicho sea de paso), la ropa interior (calzoncillos y calcetines) de repuesto. Creo que no me dejo nada.

Suelo repasar dos o tres veces todo el equipaje, para cerciorarme de que no falte algo o de que no confunda una prenda de entrenamiento con una de competición. A veces, la diferencia entre el pantalón de competición y el de entrenamiento consiste en que las rayas de los lados, en lugar de ser verticales están ligeramente inclinadas. Las grandes marcas deportivas que equipan a los niños no suelen pensar en las tribulaciones y conflictos de los padres utilleros.

Para los días de partido, en la bolsa, la camiseta de competición del primer equipaje, el pantalón de competición del primer equipaje, las medias de competición del primer equipaje y las medias que utiliza por debajo de esas, la sudadera para el calentamiento, el chubasquero, el anorak para los minutos de descanso en el banquillo, la camiseta de competición del segundo equipaje (por si hay que utilizarlo, para diferenciarse del contrario), el pantalón de competición del segundo equipaje, las medias de competición del segundo equipaje, las botas y espinilleras, y todo lo demás de aseo. El día de partido se acude vestido con el equipaje de paseo: el polo de paseo, el chándal de paseo completo y el anorak.

Como puede verse, la labor del padre utillero, además de compleja e intrincada, es de responsabilidad grande. Algunos niños se preparan solos el equipaje, claro está, y algunos lo consiguen hacer bien, pero los hay que juegan uno de cada cuatro partidos, por no traer las botas, o la camiseta o lo que sea que se olviden. A veces el olvido es de los padres, y el castigado, con un cierto sadismo ejemplarizante, es el niño. Pero el dogma de la pureza vestimentaria es el dogma de la pureza vestimentaria. Como dijo aquel filósofo replicante en su tratado acerca de la vida y la muerte: «He visto cosas que no creeríais. Y por eso os las cuento aquí».

La unción con la que preparo la ropa, además de un grado importante de chaladura, alberga un profundo significado simbólico, o al menos eso me creo yo. Ese simbolismo lo posee toda la ropa, en especial la que regalamos, la que

preparamos para aquellos a quienes queremos. La ropa es uno de los más elementales utensilios mediante los que nos protegemos de la intemperie, de la adversidad, uno de los instrumentos primigenios de supervivencia frente al mundo hostil.

Cuando regalamos un jersey, cuando abrochamos el abrigo de nuestro hijo, al salir de casa, por las mañanas, celebramos también un rito de protección contra la exterioridad voraz. Contra el frío, contra las alimañas, contra el destino que acecha.

No se trata de que me repita una oración cada vez que preparo la bolsa de deporte, pero de hecho sucede así. Esta es la ropa que vestirá mi hijo, que sudará mi hijo, con la que correrá, con la que luchará y se hará daño, con la que disfrutará, con la que se sentirá feliz y pleno. Esta ropa es sagrada. Como la que compra una madre que espera el nacimiento de su bebé, como la que regala un enamorado a su pareja, como la que compra un hijo para la comodidad de su madre ya anciana. Va a estar en contacto con el cuerpo, va a ser el cuerpo de quien quiero, nos decimos, aunque no nos lo digamos: lo dice la Historia del hombre. La ropa es sagrada, como tantas y tantas cosas del mundo, cuando transfiere el cariño. Pero la ropa un poco más. La piel del bisonte que ayer cazó la tribu.

Estas eucaristías domésticas no hacen daño a nadie, y me hacen feliz a mí. Me entristece pensar que no podré practicarlas durante mucho tiempo, porque el niño crece, y se convierte en un adulto, en un tío, con sus manías, con sus gustos, con chifladuras diferentes a las de su padre, siguiendo paso por paso el tópico manual de la edad.

Antes le ataba las botas cuando saltaba al campo. Ahora ya no me dejan, claro está. Se las tiene que atar él en el vestuario, o, en caso de extrema necesidad, el entrenador (que nunca tiene la habilidad taumatúrgica de un padre para tratar con los cordones y los nudos de las botas de fútbol de su hijo). A menudo se le desatan dos o tres veces por partido, como a bastantes jugadores, y es el árbitro quien se las ata (con menos pericia marinera aún que el entrenador).

En esos momentos me acuerdo de Manrique, de los Infantes de Aragón, de los brocados y joyeles, y de los imperios y todas esas cosas, y me pregunto qué se fizieron, dó cojones han ido a parar.

La reflexión anterior acerca del carácter sagrado de la ropa y de la labor del utillero me hace recordar una anécdota que leí en una entrevista a Michel, el jugador del Madrid y de la Selección.

Siendo ya entrenador, vio cómo, después de un partido, algunos de los jugadores de su equipo se habían duchado y se estaban secando con las toallas, mientras utilizaban como alfombrilla para los pies la camiseta con la que habían jugado. Les pegó una bronca suprema, les hizo recoger la camiseta del suelo y les dijo que no se les volviese a pasar por la cabeza hacer eso otra vez: la camiseta no se pisa.

La camiseta no se echa al suelo ni se usa para tener los pies secos. La camiseta no se ultraja. La camiseta lleva un escudo, y ese escudo arrastra una historia, con incalculables horas de sacrificio, de sudor, de gloria deportiva y de derrotas. La camiseta representa a una afición que no quiere que la camiseta sea un trapo. La camiseta, en definitiva, es sagrada, a la manera en que deben ser sagradas las cosas del fútbol: sin llevar lo sagrado hasta la locura. La camiseta es una bandera, con la ventaja de no ser una bandera en verdad, y por lo tanto con la sola obligación de morir simbólicamente por ella, cosa que no sucede, como sabemos, con las banderas reales, cuya historia homicida no vamos a detallar aquí, ya que este libro es un libro de celebración de la vida.

Michel siempre me ha caído bien, y me gustó mucho cuando jugaba, pero desde que le conocí la anécdota me cae aún mejor. El cuidado de los detalles simbólicos me parece, como ya he dicho, imprescindible. Sin el ritual, sin la leyenda —sin la literatura, en resumen—, no existe la grandeza de ninguna actividad.

Tiene gracia que Michel, además de como gran jugador, haya quedado inscrito en la memoria de los aficionados como el protagonista de una de las escenas cómicas más famosas del fútbol español: aquella tarde en que, mientras esperaban en el área el saque de un córner, Michel le tocó los huevos al colombiano Valderrama, que jugaba por entonces en el Valladolid. Fue una prospección en toda regla. Se los sopesó, se los amasó, ante el estupor cómplice de Valderrama, con los brazos en jarras atónitas. Aquella maniobra de distracción, de provocación a un contrario, dio la vuelta al mundo. Hoy forma parte del anecdotario de vodevil que también posee el fútbol.

¿Qué se le pasaría a Michel por la cabeza? ¿Qué se le pasó a Valderrama por los huevos? Quién sabe.

El caso es que la camiseta no se pisa. La camiseta, si se cae al suelo, se recoge y se le besa el escudo, como se hace con el pan.

En el anecdotario genital del fútbol, figura con letras de honor aquel momento, recogido por un fotógrafo de *Interviú*, en que a Butragueño se le rompió el pantalón justo cuando iba a disparar a puerta dentro del área, muy cerca de la línea de fondo del campo. Le fotografió la polla en el instante en que el movimiento la llevaba hacia arriba, y el efecto fue de que la tenía de mulo. El país se rindió no solo a las habilidades predatorias del delantero centro, sino también a sus atributos gloriosos. Porque un pedazo de polla es un pedazo de polla en cualquier universo y causa admiración allí donde aparece, se diga lo que se diga.

En los vestuarios masculinos de los equipos de fútbol, de los gimnasios, de los clubes sociales, las pollas constituyen siempre un asunto de análisis por parte de quienes los utilizan. Se hable o no de ello, se comente o no en plan filosófico, o simplemente geométrico, los tíos nos medimos la polla, aunque sea en silencio, aunque sea con neutralidad científica de investigador de campo, y hacemos nuestras cábalas conyugales, y nuestros cálculos sociológicos.

He observado que los que tienen una buena polla suelen exhibirla siempre que pueden, al salir de la ducha, al secarse, al sacar su ropa de la taquilla. Con naturalidad ensayada, con espontaneidad dramática. Los pollones constituyen un mérito añadido a la vida social de los individuos, una escarapela inguinal que adorna la biografía civil de su propietario.

Cuando apareció publicada la foto equina de Butragueño y se armó un revuelo nacional, Juanito, que era de temperamento sanguíneo, compañero del Buitre en el Madrid, comentó de pasada: «No sé por qué razón se ha armado tanta bulla. Si se la vieran a Del Bosque, sabrían lo que es bueno».

Joder, don Vicente, el marqués de Del Bosque. Tal vez, para su escudo heráldico, se podría adjuntar un pollón sobre campo de gules.

Cuando don Alfonso Merenciano, uno de los más grandes humoristas anónimos que he conocido, el padre de mi gran amigo Paco Merenciano, fue tesorero del Valencia CF, nos comentó un día el fichaje del mítico Salif Keïta, que jugó en el club desde 1973 a 1976: «Keïta viene a meter goles, Marzalito, por un tubo, y tiene una polla que se puede enrollar alrededor del cuello, como bufanda, en los días más fríos del año».

En realidad, lo que hacemos los padres con hijos que juegan al fútbol es protagonizar nuestra particular *road movie* doméstica. Dos en la carretera (o tres, o cuatro, o los que suelen ir en el coche camino de los entrenamientos, de los partidos, de los torneos). La aventura fundamental de este género de actividades —el artista y la madre del artista, el deportista y otros animales— pertenece a la intimidad siempre: el tiempo que uno pasa con su hijo, las horas dando tumbos por esos mundos de Dios, las conversaciones que se mantienen durante el trayecto, las pequeñas y grandes alegrías de los resultados, las grandes y pequeñas decepciones del asunto en cuestión. El secreto del mundo, al fin y al cabo, reside siempre en los pequeños secretos privados.

Puestos a hacer cábalas también a propósito de esta tarea de chófer familiar, resulta obligatorio ser consciente de que todos estos días —como todos los días y las horas del tiempo— pasarán y se perderán en nuestra vida futura, y nuestra vida futura también se perderá en el simple futuro cuando nuestra vida ya no exista. Pero es cierto el hecho de que una de las pocas cosas que parece sobrevivir a nuestra condición temporal es el tiempo empleado en buena compañía, el tiempo del amor, por decirlo de una manera general y rotunda: el tiempo empleado con todos aquellos a quienes amamos en el tiempo.

El tiempo con los hijos, mientras los hijos todavía pertenecen a la realidad filial (es decir, mientras dependen aún de sus padres), representa una experiencia afectiva que no se parece a nada, nos regala una plenitud incomparable. Después, mientras vivimos, cuando nuestros hijos se hacen mayores, no dejan de ser hijos nuestros, pero son más personas que hijos, más hombres y mujeres que hijos, viviendo una vida que se vive a sí misma y que no necesita vivirse a través de la vida de sus padres. De manera que cada instante de tiempo compartido y disfrutado de forma consciente significa un absoluto sentimental.

Como puede verse, la filosofía de mesa camilla también es un sistema de consuelo particular, sobre todo en las noches de invierno, cuando uno asiste, como padre, a pie firme al entrenamiento del equipo, y se queda helado, a pesar de la camiseta térmica, de los dos pares de calcetines, del anorak, del gorro de lana ruso y de los guantes. Para seguir los entrenamientos de un

equipo de niños sería útil ser niño, tener su resistencia, o al menos ser jóvenes, con ese termostato indiferente a las variaciones térmicas de la realidad.

¿Y por qué motivo —se preguntarán algunos— hay que asistir a los entrenamientos en invierno y arriesgarse a morir por congelación? Lo cierto es que no existe razón alguna, como para casi todo. No hay ningún motivo sensato para subir montañas de ocho mil metros. No hay ningún motivo para levantarse a las siete de la mañana y marcharse en bicicleta, o de caza, o de paseo, o de avistamiento de aves migratorias. No hay ningún motivo para escribir novelas de ochocientas páginas. No hay ningún motivo más allá de que nos gusta escribir novelas de ochocientas páginas, y avistar aves migratorias a su paso por el marjal, o disparar a los patos cuando sobrevuelan la albufera, o caminar por la orilla de la playa cuando está amaneciendo, o pasarnos el día montando en bici con amigos de toda índole.

Y me encanta no perderme ni un solo entrenamiento.

Probablemente, la amistad, el amor, la camaradería y el resto de las buenas relaciones afectivas que se entablan entre los humanos se limitan a un acto elemental: hacer cosas juntos. Los vínculos sentimentales se forjan por la costumbre de la acción. Los que hacen la mili juntos, los que hacen la guerra juntos, los que viajan juntos, los que se acuestan juntos, los que compran una casa juntos, los que guisan juntos, los que asisten juntos al cine y los conciertos, los que cursan juntos el bachillerato. Los que mueren el uno junto al otro, aunque no mueran juntos, al mismo tiempo. Eso es todo: que es mucho, muchísimo. *Hacer*, en compañía.

Por eso cuando voy con mi hijo en el coche, hacia la Ciudad Deportiva, hacia el campo de fútbol del equipo contrario, cuando me calcino al sol de julio en una grada descubierta de vaya usted a saber dónde, u oposito a la bronquitis, muerto de frío, durante los entrenamientos de diciembre, disfruto del milagro de la acción en la mejor compañía, la de mi hijo, haciendo lo que quiero hacer, lo que me gusta, lo que me encanta que le encante.

En el tópico coloquial de «montarnos nuestra película» se cifra buena parte del destino más sensato: debemos vivir ilusionados con los asuntos que nos ilusionan, con lo que nos proporciona placer de cualquier género. Yo me monto mi modesta *road movie* de trama futbolística.

El síndrome del nido es, según se dice, el que sufren las futuras madres poco antes del parto. Padecen la necesidad febril de preparar el recibimiento de la criatura que se avecina, y compran ropa de bebé, y limpian sin descanso, y disponen la habitación del niño con su cuna, y con el sonajero mordedor, y con el maxicosi para el coche, y con los cientos de miles de aparejos infantiles que tan innecesariamente necesarios resultan en estos acontecimientos.

El síndrome del nido vacío consiste, al parecer, en lo que padecen los padres —esos que prepararon el nido con tanto esmero— cuando los hijos se marchan de casa a hacer su vida y a librarse de los pelmas de sus padres, a los que ya solo visitan de vez en cuando para comer y para que les laven la ropa, y para dejarles a los nietos los sábados por la noche cuando salen a cenar con sus amigos.

El síndrome del entrenador destituido es el que sufren los padres cuando sus hijos dejan de jugar al fútbol, porque se aburren de hacerlo, o porque necesitan estudiar más horas, o porque se lesionan de gravedad, o por el motivo que sea. El caso es que dejan de jugar al fútbol, y entonces el padre se convierte en un entrenador al que de repente despiden del club en el que ha trabajado durante casi toda su vida.

Alguien me dijo no recuerdo cuándo, en la adolescencia, que lo que de verdad nos gusta a los humanos, en todos los ámbitos de la vida, es estrenar. Estrenar objetos, estrenar paisajes, estrenar trabajos, estrenar amores. Estrenar por el hecho de estrenar. Estrenar por amor al arte de estrenar.

Detrás de esa sentencia filosófica de andar por casa se esconde una obviedad acerca del funcionamiento del espíritu humano. Todos los momentos inaugurales representan un atisbo de esperanza, y la esperanza nos permite fabular destinos distintos, mejores. Para mantenernos en buena forma psíquica necesitamos combinar los ingredientes de la novedad y la rutina, y así librarnos de la una mediante la otra, y viceversa.

La nueva temporada, en los días previos al comienzo, constituye en el ámbito del fútbol ese «momento pregnante inaugural». También para los niños y los padres del fútbol base. La ropa nueva del equipo, los nuevos compañeros, los nuevos padres, los nuevos entrenadores, las nuevas expectativas, los nuevos campos de entrenamiento. Incluso el nuevo club, como sucede tantas veces. Casi todo es nuevo, casi todo está por estrenar, casi todo promete algo, no se sabe muy bien qué, pero es una promesa, no cabe duda.

La bolsa de deporte con todo el ajuar nuevo significa una suerte de orgía navideña anticipada. Todas las prendas relucientes, bien envueltas, con sus doce o catorce etiquetas que nos instruyen acerca de los beneficios de los tejidos técnicos, y acerca de lo que se puede y no se puede hacer con cada una de las prendas, admoniciones y consejos en seis o siete idiomas, para padres globalizados plurilingües. Todo huele a esa fragancia plástica incomparable de la ropa deportiva, con su insinuante y deliciosa toxicidad química de fondo.

En este asunto también nos hemos convertido en nuevos ricos, y morimos de sobreabundancia textil. Mi hijo se parte de la risa cuando le enseño viejas fotos de mi época de fútbol, con aquellas camisetas de algodón que no transpiraban, y los escudos torpes cosidos de cualquier manera, y las medias descoloridas, esas medias que están destinadas a llamarse calzas, porque la palabra calza parece remitirnos a un vago momento remoto del idioma, acorde con la elementalidad de nuestra vestimenta.

Las fotos antiguas, en especial las deportivas (o eso me parece), adquieren pronto una tonalidad de posguerra, de una posguerra universal y fuera del tiempo, una posguerra inconcreta y metafísica. Es ese sepia cromático que tienen pronto las fotografías, incluidas las fotos en color, el sepia fúnebre y diabólico que se adhiere a las imágenes aunque no lo queramos.

A Carlitos le encanta quitar las etiquetas antes de probarse la ropa y averiguar si le vienen bien, o no, las prendas. Y, una vez arrancadas las etiquetas, le encanta disfrazarse con la ropa nueva de la temporada. Todo le parece que le viene bien, ya sea grande o pequeño, todo le cuadra, todo es adecuado. No sé en qué momento se pierde esa conformidad vestimentaria absoluta, en la que deberíamos educarnos todos los adultos. Por lo general, a los niños les importa tres cojones cómo van vestidos, con galas o con harapos, con lamparones o resplandecientes, y si visten de determinada manera se debe a los miramientos y prejuicios de los mayores. El decoro es una invención adulta, cuyas habituales ridiculeces subvierte en un instante la conciencia anarca infantil.

Si por mi hijo fuese, él no vestiría otra clase de ropa que la deportiva, que, más que deportiva, le resulta eclesiástica, su ropa talar, su hábito de monje eremita del deporte, porque a esa edad los niños del fútbol viven para el fútbol y por el fútbol, gracias a la ilusión, esa fisión atómica del ser humano.

Las esperanzas que urdimos con respecto al futuro, sean del género que sean y las urdamos a la edad en que las urdamos, representan no solo la esperanza de un futuro, sino también la existencia de un presente esperanzador. Unas botas nuevas, un chándal nuevo, una nueva camiseta en un equipo nuevo constituyen en la infancia razones poderosas por las que estar bien asentado en el mundo. La lástima es que no suelen bastarnos durante la madurez, ese periodo de la vida al que se llega tarde o temprano, por más inmaduro que uno se sienta y sea en realidad.

Es difícil saber cuándo un escritor está trabajando y cuándo no, como sucede con todas las disciplinas en las que interviene el pensamiento en un porcentaje muy elevado.

La obviedad, tan poco preocupada por las sutilezas, quiere responder que un escritor trabaja cuando escribe; pero lo cierto es que no es así. Cualquiera que haya tenido que escribir un libro, aunque no sea de creación, ha tenido esa experiencia y lo sabe: los límites de la escritura no se limitan a las horas de escritura misma.

Cuando un escritor escribe, produce. El trabajo —llamémoslo así— de redacción es la fase palmaria, palpable de la escritura, pero constituye, solo, una fase más, un momento más, el más importante tal vez, pero no el único.

Cuando un escritor lee, trabaja. Cuando un escritor pasea, trabaja, escribe, porque a menudo piensa en lo escrito y en lo por escribir de su obra en marcha. Y trabaja cuando viaja en tren, o en avión, o en bicicleta, y cuando conoce a determinados individuos y descubre que serán, más tarde o más temprano, personajes de su obra. Y cuando habla con sus amigos de siempre y usa la conversación para oírse contando sus planes literarios (y los no literarios también) y de ese modo elaborarlos, corregirlos, descartarlos.

Con el tiempo he aprendido a desenchufar más o menos el artilugio permanente de escribir, de dar vueltas a la escritura que uno se trae entre manos, y a la que quiere traerse; pero no siempre lo consigo. Procuero que las cosas se me ocurran cuando escribo, que la redacción —por llamarlo así— sea el momento de la invención también, del descubrimiento definitivo del texto; pero no siempre sucede de ese modo. A menudo me tengo que levantar de la cama, durante la noche, para tomar notas, o se me presenta un aforismo mientras conduzco. O mientras camino, y tengo que escribirlo en la aplicación de notas del móvil, o dictársela al teléfono como una nota de voz.

Benjamín Prado me suele recordar un aforismo que escribí hace tiempo y que le gusta: «Cuando miro al cielo, trabajo».

—Nos has justificado a todos, Marzalito. Ya nadie va a poder llamarnos vagos nunca más, joder.

Me digo todas estas cosas cuando se me va el tiempo de las mañanas leyendo, como un adicto que no puede renunciar a su droga, la prensa deportiva. Leo el *Marca*, y el *As*, y el *Súper*, y entro en las páginas de internet

de fútbol base. Estoy trabajando, me digo. Estoy trabajando, al menos, para este libro de fútbol. Documentándome, sembrando argumentos, haciendo acopio de las memeces de las que en muchas ocasiones habla la prensa deportiva, coleccionando anécdotas. Me digo todo eso; pero no consigo quitarme de encima para siempre la mala conciencia. Hay una mala conciencia de escritor, que posee sus caracteres propios, sus propios tormentos, sus propias apariciones.

La mala conciencia es la última de las malas costumbres que suele quitarse nuestra conciencia de encima.

Cuando nos gusta un jugador, ¿qué es en realidad lo que nos gusta?

Se podría pensar que la respuesta es fácil: nos gusta un jugador por cómo juega. Porque juega bien. Pero ¿en qué consiste jugar bien al fútbol: en defender bien, en marcar cada vez que se tiene ocasión, en ser un pasador infalible, en equilibrar al equipo entre ataque y defensa, en ser un malabarista con la pelota, en tener un espíritu invencible, en poseer una velocidad endiablada, en disponer de clarividencia táctica y estar siempre en el lugar adecuado?

La respuesta elemental sería, también, que jugar bien al fútbol necesita de todo eso al mismo tiempo. Pero nadie ha poseído en grado superlativo esas características, ni las posee ni las poseerá. Hay quien se acerca a la excelencia en varias virtudes, pero siempre hay facetas del juego que domina mejor que otras, siempre hay quien posee el don para determinados asuntos.

Cuando nos gusta un escritor, ¿qué es en realidad lo que nos gusta?

Está claro que nos gustan los escritores porque escriben bien, pero ¿qué es escribir bien? Poca gente del mundo de la literatura —pocos buenos lectores, quiero decir— responderían a esa pregunta diciendo que les gustan los escritores que les gustan porque escriben bien: sería un infantilismo candoroso. Máxime teniendo en cuenta que, a menudo, escribir bien tiene poco que ver con el bien escribir, con la escritura elegante y las recomendaciones de los preceptistas. Una cosa es redactar y otra escribir.

Supongo que nos gustan los escritores por razones muy diferentes, por muchas razones. Por razones de carácter muy concreto, y por otras de índole general. A veces es por el fraseo, o por su inclinación hacia la paradoja; por su humor contra ellos mismos, por su puntería infalible con el adjetivo que no se puede mover, por los riesgos que corren, por su apego hacia la tradición. Las causas específicas por las que un escritor nos gusta son innumerables.

Pero creo que los escritores que nos apasionan, esos que siempre se nos vienen a la cabeza cuando nos preguntan qué escritores nos gustan, esos de quienes sabemos de memoria algún poema, algún aforismo, alguna cita, nos apasionan y nos gustan porque han sabido erigir un carácter mediante el lenguaje, han construido una voz propia, en las palabras, que sabe dar cuenta de su aventura humana en la vida.

Nos enamoramos, en cualquier ámbito del amor, de un temperamento, a través de sus distintas manifestaciones. La predilección —incluida la literaria— consiste en un tropiezo de caracteres, de maneras comunes de entender las cosas.

A los agrios no les termina de gustar la amabilidad de ciertos escritores. A los pesimistas sin remisión no les convencen los optimistas angelicales. A los optimistas angelicales no los sacian los cínicos, los derrotistas, los apesadumbrados. Y así hasta el infinito de las infinitas combinaciones posibles.

Los jugadores que nos gustan nos gustan también por motivos concretos y por motivos generales. A veces nos gusta un jugador por la elegancia con la que corre, tan solo. A veces por sus controles de balón. A veces por sus pases de cuarenta metros al pie de sus compañeros. A veces por cómo dirige el flujo del juego desde el centro del campo. A veces por su forma de recibir el balón de espaldas a la portería y saber conservarlo hasta jugarlo con algún compañero del equipo, que viene de cara. A veces por su pegada de mulo. A veces por su manera de elevarse por encima de los defensas y planear en el aire durante unos segundos eternos hasta rematar de cabeza (como hacía Carlos Santillana, que tenía los dones de la inmovilidad en el aire y de la detención del tiempo).

Pero creo que, igual que sucede en la literatura, cuando nos apasiona un jugador, suele ser porque encarna una idea del juego, porque construye un carácter a través del lenguaje también: del propio lenguaje del fútbol, a lo largo de su experiencia en el juego. Los que más nos gustan (los que más me gustan) construyen una visión del mundo mediante su visión del deporte, mediante la ejecución del deporte. Los que más me gustan hacen de su temperamento una manera de entender el juego, que nos seduce; y del juego que nos seduce hacen una manera de expresar su mismo temperamento.

No se trata de «tener carácter», eso que en el fútbol se suele manifestar a través de la lucha sin cuartel, de cierta condición bronca del jugador, sino de que el carácter posea la suficiente inteligencia para manifestarse a través de un método (como hacen los escritores mediante el manejo de las palabras), gracias a las reglas del juego y a las exigencias que ellas plantean.

Me han encantado Kempes, Baresi, Ricardo Arias, Pirri, Stielike, Gordillo, Van Basten, Solsona, Valdez, Cruyff, Maradona, Neeskens, Rep, Messi, Mágico González, y tantos otros, porque he visto en ellos el relato de una vida en el campo, una manera de situarse frente al mundo, mediante una manera de entender el juego al que estaban jugando.

Me gustan cosas muy diferentes en la vida, contradictorias en apariencia, pero reconciliadas en el acto soberano de gustarme. Nos sucede a todos. La voluntad propia elimina todas las contradicciones entre los términos. Quien no gusta de lo diverso no suele —me digo— saber lo que se pierde. Creo que gustar es un verbo que debería conjugarse siempre en las personas del plural, para alcanzar su sentido absoluto.

Me gustan los equipos de Guardiola y los de Simeone (por hablar de dos famosos entrenadores de ahora mismo, con dos equipos que en apariencia juegan a cosas distintas), porque manifiestan una manera de entender la vida. Son dos entrenadores conscientes de que, junto con la voluntad elemental de querer ganar el partido, pretenden expresar una manera de entender el fútbol, un modo de ser ellos mismos, una actitud ante las cosas y ante los demás. (De ahí que hablemos del Barça y el Bayern de Guardiola, y del Atleti de Simeone, y no del Barça, el Bayern o el Atleti de determinados jugadores, aunque seguro que diremos también el Barça de Messi y los demás).

Son dos entrenadores «conscientemente autobiográficos», como suelen ser autobiográficos (aunque no lo sepan, ni falta que les hace) algunos de los futbolistas que más me interesan. Como lo son los escritores que prefiero. Quiero estar en presencia de individuos de carne y hueso, con experiencias que contar, con sabiduría (que no es ni información solo, ni solo un repertorio de anécdotas y aventuras).

Nada más me interesan a la hora de la verdad aquellos que saben contar la historia del corazón.

Existe una parte puramente animal en el fútbol, selvática (es decir, medioambiental), en el sentido de que también existe una parte puramente animal y selvática (es decir, medioambiental) en nuestras vidas.

Me refiero al hecho de que todos pertenecemos a un ecosistema concreto, a un hábitat determinado, y lo más probable es que no sobrevivamos fuera de él, o, al menos, que no seamos los mismos lejos de su influencia.

Eso es lo que les ocurre a los futbolistas, y a su equilibrio psíquico y físico, que es mucho más delicado de lo que se suele creer. De ahí que grandes jugadores fracasasen al apartarlos de su ámbito mejor, de su pecera de siempre, de su zoológico natural en el que han pasado casi toda la vida.

Los bichos se mueren de tristeza y aburrimiento cuando los trasladan a otro lugar, aunque sea en apariencia más cómodo, y sucede por razones que parecen inexplicables, aunque la explicación reside en el simple hecho de que se los ha cambiado de lugar.

El jarrón ya no es lo mismo encima de ese aparador que encima de esa cómoda. La manzanilla no viaja, se estropea en el camino, lejos del aire que la vuelve manzanilla, y cuando nos la dan en Bilbao, pongamos por caso, nos parece un veneno que nada tiene que ver con la manzanilla que bebimos en Sanlúcar de Barrameda. No se puede ni se debe beber txakolí en Cádiz. (Por cierto, qué buenos nombres de jugadores de fútbol: Barrameda, que le cuadraría muy bien a un central argentino; y Txakolí, para la joya de la cantera del Athletic de Bilbao).

Los futbolistas son animalitos muy sensibles que necesitan rodearse de todo aquello que les hace estar a gusto, para gustarse en el césped. Si les cambias los compañeros, la cagas. Si les cambias el clima, y metes a brasileños a jugar en Moscú, la cagas. Si les cambias los restaurantes a los que suelen ir después de los entrenamientos y los partidos, la cagas. Si les cambias la lluvia de Londres por el secarral valenciano sin gota, la cagas. Si los pones a correr detrás del balón, sin rumbo fijo, en lugar de hacer lo que habían hecho hasta ahora, que es acariciarlo y pasárselo los unos a los otros, la cagas. El fútbol se viene abajo por detalles de esta especie, por causas medioambientales.

Me dijeron que Pablo Piatti, al poco de llegar a Valencia, se pasaba los días deprimido en un chalet de mil metros cuadrados, frente a un televisor,

jugando a la PlayStation, con las cajas de la mudanza por deshacer, sin saber en qué ocupar el tiempo, lejos de su familia, de sus compañeros del equipo anterior, de los asados de mamá, de los pibes del barrio. Estaba fuera de su bosque connatural. Son críos. Famosos y ricos (algunos), pero críos.

El fútbol también constituye la manifestación de un estado del alma, y un jugador triste, o aburrido, o desilusionado, o descorazonado, no puede jugar bien. El juego del fútbol, antes que cualquier otra cosa (un negocio, un modo de vida, una chifladura colectiva universal), es un juego, y no se puede jugar a nada sin divertirnos, sin tratar de ser feliz a través del juego.

Cuando los recalitrantes acusan a los jugadores de mercenarios, si el equipo va mal, y argumentan que los profesionales no pueden permitirse ni la derrota ni la queja, están manifestando el desconocimiento de la esencia profunda del fútbol.

Los hinchas cerriles suelen comportarse como propietarios de una empresa familiar textil, que creen pagar no solo por una entrada para un espectáculo de entretenimiento, sino sobre todo por una ecuación simplista del capitalismo para niños: el trabajo conduce a la producción; y la producción, a los éxitos del capital. Pero las cosas del azar no suceden así, y el fútbol también tiene mucho de juego de azar, como todos los juegos.

No existe ningún futbolista que piense durante el desarrollo del juego en el dinero que gana o deja de ganar. Antes y después del juego, seguro que sí (entre otras cosas porque son profesionales los que se dedican al fútbol profesional). Pero durante el partido, durante el desarrollo del juego, el propio juego impide que se piense en otra cosa que no sea su desarrollo. En cómo viene el balón, en cómo situarme, en cómo pasarlo, en cómo chutar, en cómo marcar al contrario, en cómo se juega.

Habrá quien piense que mi razonamiento es infantil, porque no estoy en la cabeza de todos los jugadores de fútbol en el momento de estar jugando, pero eso no es cierto. Sí estoy en las cabezas de todos los jugadores durante el desarrollo del juego, porque las cabezas de los jugadores se convierten en una cabeza única, pendiente del juego, y la actividad mental del jugador se estrecha, se focaliza, se concentra tan solo en el acto de jugar: la inteligencia se «infantiliza», en cierto sentido, porque el fútbol es la prolongación de la infancia, la decisión inteligente de apartar a un lado todo lo que no suponga el placentero acto de jugar (como el espectador debe apartar a un lado todo lo que no sea el placentero acto de ver cómo se juega).

Cualquier jugador quiere siempre ganar, y ganar jugando bien, aunque no sepa cómo hacerlo. Porque el hecho de conseguirlo supone una experiencia de

felicidad y alegría inmediatas. De ahí que la predisposición a la alegría sea tan importante en quienes juegan. Las alteraciones climatológicas del temperamento y los cambios en el ecosistema del futbolista pueden perturbar esa disposición del alma, y entonces todo se echa a perder.

Esta obligatoriedad de ser felices para jugar bien se observa de forma palmaria en los niños. Cuando dejan de ser felices, de disfrutar, abandonan el juego. Durante los partidos, y durante su vida: dejan de querer jugar al fútbol, porque se ha convertido en una obligación más, en un trabajo, en una asignatura, en la fantasía de su padre, que sigue disfrutando por persona interpuesta de una ceremonia que ha dejado de ser placentera para quien tiene que practicarla.

Y entonces prefieren trasnochar, y beber, y dedicarse a jugar al tenis, o al pádel, o a cualquier otra cosa con tal de no seguir teniendo que cumplir con la obligación de jugar al fútbol.

Por eso, si un entrenador, si un presidente de club, si un padre, quieren crear un ámbito predispuesto para el buen fútbol, deben empezar por disponer las condiciones necesarias para que todo funcione como cuando se juega a un juego divertido por el simple placer de estar jugando.

Los futbolistas adultos —que también deberían seguir siendo niños durante el juego, para que el fútbol alcance su verdadera naturaleza— cometen adulterio contra la esencia de su deporte cuando dejan de estar contentos mientras juegan, cuando dejan de ser felices y se transforman en adultos que trabajan en un oficio que los obliga a estar corriendo.

Cuando los argentinos le reprochan, por ejemplo, a Messi que no juegue en la selección argentina igual que con el Barcelona, están manifestando la incapacidad argentina de crear las mismas condiciones medioambientales que existen en Barcelona para que Messi juegue igual. Los jugadores, el sistema, la entrega incondicional de la grada, la prensa rendida a sus pies.

La condición animal del futbolista necesita las adecuadas condiciones físicas y espirituales para que todos los engranajes funcionen bien engrasados. Cuando un jugador se queja de no ser feliz jugando, no se queja de que no sea feliz laboralmente (no debería hacerlo), sino de que no es feliz jugando. Quienes argumentan que los futbolistas no deberían quejarse, porque mucho más duro es picar piedra, se equivocan por completo, porque nadie pica piedra para ser feliz, pero tampoco nadie juega al fútbol si no es porque aspira a la felicidad: ningún profesional llega a ser futbolista profesional si no ha empezado por jugar de niño, como un puro y bendito aspirante a individuo feliz.

Para preservar la alegría que transmite el juego, conviene preservar la alegría con la que deben participar en él quienes lo juegan.

El oficio de entrenador —en cualquier deporte— resulta siempre ingrato, al menos desde el punto de vista ético, o, si preferimos otro adjetivo, sentimental (aunque la moralidad, la moral, constituye una manera sentimental de juzgar la experiencia a través de la Historia).

No se produce nunca la consumación laboral y afectiva del trabajo del entrenador, que es una figura en perpetuo estado *interruptus*. En eso se parece mucho a todos aquellos que deben enseñar algo, que tienen la responsabilidad de educar, de dirigir a individuos: los éxitos nunca les pertenecen del todo, porque no son los ejecutores de la acción; aunque en los fracasos se les atribuye casi toda la responsabilidad. Nunca son del todo autores en los éxitos (ni siquiera en las carreras laborales más brillantes), y siempre se les atribuye la autoría en los fracasos (a pesar de sus brillantes carreras laborales anteriores).

En el fútbol, sea profesional o no, todo el mundo reconoce la importancia extrema de la figura del entrenador (hasta el extremo de haber llegado a la idolatría del personaje, en el fútbol de élite), pero esos mismos que reconocen su extrema importancia no pueden, ni deben, atribuirle la misma responsabilidad en los éxitos que a los jugadores. Y el caso es que no hay otro modo de entender las cosas, porque son los jugadores quienes salen a jugar, y son ellos quienes ganan o pierden los partidos. En esto, a la hora de la verdad, también se está solo: solo y en equipo, porque la soledad del futbolista en el campo es una soledad compartida, y por eso es menos soledad.

(Los tenistas, los boxeadores, los golfistas, todos los practicantes del deporte individual padecen una soledad diferente: la soledad del que está solo ante el rival, solo ante el peligro).

El oficio de entrenador genera una situación matrimonial de amor sin correspondencia absoluta, sin la entrega suicida del amor: al entrenador se le ama, pero si hay que elegir entre el entrenador y los hijos, entre matar al entrenador o a las criaturas futbolísticas del club, se elige matar al entrenador. Por motivos prácticos conocidos (es más sencillo apartar de nuestra vida a uno que a veintidós; es más barato prescindir de uno que de veintidós), pero también por motivos del corazón: el entrenador es un adulto, alguien que viene de fuera, un forastero, un itinerante, un cómico de la legua que se irá más tarde o más temprano a otro club, a otro país, a otro contrato, mientras

que los futbolistas, al menos en teoría (y no importa que a la hora de la verdad no sea así), son bestezuelas amamantadas supuestamente en la cantera, a los pechos de una tradición, de una Historia. De manera que no hay color: se escoge siempre a favor de la estadística, como suele ocurrir en casi todas las facetas de la vida.

Por supuesto, cuando a uno le pagan millones de euros por el trabajo de entrenar, la naturaleza ingrata del oficio se soporta con espíritu senequista, se lleva con cierta serenidad del alma, pero recordemos que por un entrenador millonario en el fútbol puede que haya mil para quienes su trabajo sea un simple sistema de subsistencia o un sencillo complemento de su sueldo mensual.

El entrenador suele ser un pluriempleado en el ámbito del fútbol, o en otro ámbito cualquiera. Por eso me producen tanta ternura los entrenadores *amateurs*, cuya entrega vocacional sin condiciones está más allá del valor. Suelen ser jóvenes, o no tan jóvenes, que estudian durante varios años los cursos de las federaciones con todos sus niveles, y que entregan muchísimas horas de su tiempo a trabajar con sus equipos. Pierden las tardes casi completas tres o cuatro veces por semana, más las mañanas de los sábados o domingos (y en ocasiones de los sábados y domingos, como sucede en quienes viajan por España o juegan torneos por esos mundos de Dios).

Desatienden a sus mujeres, a sus propios hijos, a sus novias, a sus padres, a sus amigos, por entrenar un equipo de fútbol. Me imagino que es una locura difícil de explicar a todos esos amigos, padres, novias, mujeres e hijos desatendidos el hecho de irse a entrenar equipos de fútbol por un sueldo, si lo hay, que no paga nunca tanta dedicación.

Algún amigo entrenador, después de ser padre, ha sido llamado al orden por su mujer, y conminado a que, si quiere entrenar a alguien, que entrene a su hijo en el pasillo de casa.

Los entrenadores no solo no pueden jamás alcanzar la concordia universal, sino que ni siquiera pueden conseguir la inmediata: la de sus jugadores, la de los aficionados, la de los padres en los equipos de niños.

Un entrenador está obligado a cometer injusticias, a echar a perder jugadores, a mantener descontentos a buena parte de quienes lo rodean, por el simple hecho de que tiene que escoger, y quien tiene que escoger lo hace contra la opinión de buena parte de los demás, que escogerían de manera diferente. El pastel de chocolate es justo el que no le gusta al que prefiere el pastel de crema. El verano en la playa es en particular el que detesta quien querría pasarlo en un pueblo montañoso de interior.

El mejor entrenador de fútbol solo puede ser aquel que haga en todo momento lo mismo que pensamos nosotros, lo mismo que nosotros haríamos si fuésemos el entrenador: el entrenador que somos, y que sabe más que nadie, aunque no nos dejen por desgracia hacer de entrenador.

El oficio, ya se ve, es siempre ingrato.

¿En qué consiste ser un gran entrenador de fútbol, sea cual sea el grado de profesionalidad de dicho entrenador?

Creo que aquí convendría aplicar un criterio parecido al que se utiliza en la Fórmula 1 para averiguar si alguien es un gran piloto.

Además, la F1 y el fútbol, al menos en cuanto a la labor del entrenador, se parecen bastante en el aspecto de que no terminan de ser deporte solo, a pesar de ser deporte. Porque además son un espectáculo, un entretenimiento, un gran negocio.

Al fin y al cabo, el entrenador es quien prepara a los deportistas, no un deportista en sí mismo por la práctica del fútbol, salvo en esos casos anómalos y peregrinos de los jugadores-entrenadores, que no son otra cosa sino jugadores en decadencia que aspiran a convertirse en entrenadores, sin llegar a serlo todavía, criaturas en el limbo del fútbol, sin salvación en el reino de los cielos ni condena en el infierno de Belcebú.

Vayamos a la definición: un gran entrenador de fútbol es aquel que siempre gana la liga cuando tiene el mejor equipo, igual que un gran piloto es aquel que gana siempre el campeonato cuando tiene el mejor coche.

Aparte de eso, puede darse el caso de que también se gane cuando no se tenga el mejor equipo; pero eso solo sucederá en apariencia, pensando en los cálculos que se realizan antes del juego, observando las plantillas, la historia de los clubes, analizando la diferencia de presupuestos: el equipo que gana una temporada, aunque no pareciese al comienzo el mejor equipo, termina siendo el equipo mejor. Por eso gana. Gana en equipo al equipo mejor que no juega como es debido.

El mejor entrenador debe ser un funcionario infalible al servicio de la excelencia del juego.

Las divas entrenadoras, como Mourinho, tan desagradable desde casi todos los puntos de vista, han tenido la suerte desde sus inicios de tener entre las manos grandes equipos, grandes jugadores, grandes presupuestos.

Para que la carrera de Mourinho estuviese a la altura del concepto que Mourinho tiene de sí mismo, tendría que conseguir que el Bollullos Par del Condado ascendiese hasta Primera División y ganara la Liga y la Champions.

En el mismo año.

Alrededor del fútbol, el día del partido, asoma todo un parasitarismo folklórico de géneros muy distintos.

Los vendedores de banderas, bufandas, gorros conmemorativos del encuentro. Los vendedores de botes de cerveza fría a pie de campo, antes de traspasar los controles de seguridad. Los reventas, con su aura clandestina y carcelaria, que te susurran su fórmula mágica para acceder al paraíso: «Tengo tribunas, anfiteatros y sectores cubiertos». Los vendedores ambulantes de helados, pipas, bocadillos. Los gorrillas que venden sus servicios de ojeadores para encontrar aparcamiento en las cercanías del estadio. Todo el mundo vende alguna cosa. Se diría que, en lugar de un partido de fútbol, se va a celebrar una feria de maquinaria agrícola.

Tengo la teoría de que los vendedores acechan al público del fútbol, porque son buenos meteorólogos del temperamento: saben diagnosticar el humor con el que se acercan los aficionados al campo de fútbol, el clima anímico de la masa.

Cuando un espectador se dirige hacia el estadio, lo hace esperanzado, predispuesto, en la mayor parte de las ocasiones, a que todo discurra conforme a sus intereses, y en ese estado espiritual uno es proclive a los dispendios. Se trata de celebrar por anticipado la victoria, la espléndida noche de fútbol, la exhibición de nuestro jugador favorito. El buen partido que se prevé nos reconcilia con el mundo, nos obliga a festejar el buen partido.

Por eso los tenderetes de los vendedores ambulantes desaparecen y están desmontados después del partido, por lo general.

Con la victoria verdadera, si se ha producido, ya basta como epifanía, como alimento del humor, y no hace falta comprar algo. Y si nuestro equipo ha perdido, nadie tiene ganas de comprar nada, sino de irse corriendo a su madriguera para rumiar el desastre y analizar las causas verdaderas de lo ocurrido. (El tercer tiempo de los derrotistas apesadumbrados).

Cuando hay un partido importante por televisión, se produce un parasitarismo benéfico de naturaleza alimenticia en muchos espectadores que no tienen la suerte de estar en el campo: la ingestión de pizzas pedidas por teléfono.

A menudo nos sometemos en casa a ese ritual. Viene mi sobrino, barcelonista, a ver, por ejemplo, los partidos importantes del Barcelona, y

entonces encargamos pizzas en nuestro pizzero futbolístico de cabecera: Savoyardi.

Tiene un garito diminuto en Pedro III, el Grande, a cinco minutos de casa, en el Ensanche de Valencia. Abre su negocio cerca de la noche, y solo hace pizzas para recoger y comerlas en casa. El dueño responde al arquetipo necesario que debe inspirar a todo pizzero proverbial: es un tipo corpulento (rumano, pero de aspecto y apellido italianizantes), que atiende un teléfono inalámbrico para anotar los pedidos con un lápiz que lleva en la oreja, mientras maneja la pala con la que mete y saca del horno las pizzas. Al fondo del local, una chica prepara las masas que el mismo Savoyardi completa con los distintos ingredientes. Es un espectáculo circense de varias pistas verlo trabajar, sudoroso, sin un segundo de descanso. Recoge el pedido, lo anota, dispone las cajas de cartón, saca y mete las pizzas, las aliña, las corta una vez están fuera, cobra a los clientes, bromea con los que hacen cola, todo a la vez, todo con eficacia y diligencia, todo con una suerte de premura desesperada que administra con sabiduría paciente.

Las pizzas de Savoyardi son muy suyas, muy especiales. Él las anuncia en su prospecto de publicidad como Finas Crujientes, y no se trata de un eslogan retórico aproximado. Son muy finas y muy crujientes, de tamaño familiar, con ingredientes frescos y abundantes. Se parten como una galleta y dejan en la caja de cartón un rastro de migas profuso.

A mis hijos, a mi mujer y a mi sobrino les encantan, hasta el extremo de que el sector femenino de la familia (mi hija Ángela y mi mujer, tan poco futboleras, para su desgracia) consiente en que cenemos todos juntos viendo el partido, seducidas por las savoyardis.

(Qué buen nombre, por cierto, también, para un defensa aguerrido de la selección italiana, o para un viejo técnico de vuelta de todas las guerras del calcio, practicante de un fútbol sencillo, duro y eficaz: Italo Savoyardi, o Francesco Savoyardi, o Luca Savoyardi).

Creo que una de las razones por las que el fútbol, que constituye una enorme ceremonia —como casi todo el deporte, a grandes rasgos—, es un espectáculo de carácter ecuménico, universal, es el hecho de que permite a todo el mundo elevar lo cotidiano a la categoría de ceremonia privada. El espectador del fútbol es una criatura ritual.

Confieso que no siempre estoy para comerme una savoyardi frente a la tele. Me gustan las pizzas con un poco más de masa; sin exageraciones, pero más cercanas al pan recién hecho, por así decir. Ahora bien, me encanta

celebrar la ceremonia del fútbol por la tele con las pizzas para llevar. Algunos parasitarismos del fútbol forman parte del fútbol mismo.

Tengo la impresión de que las savoyardis, además, favorecen la visión de los partidos con una cortesía versallesca que inculca la albahaca. Nos infunde a los comensales, sobre todo en la victoria de nuestro favorito, una paz de naturaleza zen que nos empuja a abrazar al contrario y consolarlo en los malos momentos. Porque los grandes partidos de fútbol, en gran compañía, cenando grandes pizzas, representan una variedad del gran conocimiento sincrético de las religiones orientales.

En los últimos tiempos, con la llegada (provechosa, a mi entender) de los estudiosos del fútbol, de los teóricos, de los que aplican la estadística, la psicología, la biomecánica, la endocrinología y la nutrición al deporte, el lenguaje de muchos entrenadores ha cambiado.

Los de la vieja escuela observan a los innovadores con la sonrisa en la boca, con la punta de la lengua fuera de los labios y con las antiguas recetas cazurras del fútbol ancestral. Cosas del estilo de que el fútbol consiste en meter un gol más que el contrario, o de que todo se resume en correr, pasar la pelotita al mejor del equipo, en las mejores circunstancias, y esperar a que marque el gol de la victoria.

No obstante, es cierto que también existe una suerte de empalagoso regodeo en la pedantería técnica por parte de algunos. Cosas como esta: el ejercicio es un rondo cognitivo de seis contra dos, más uno en inferioridad, para trabajar las transiciones ataque-defensa, con aprovechamiento de espacios laterales y elongación de las ayudas en diagonal.

Hablando de las modas, mi amigo Eduardo García Belda, Miki, que ha jugado y entrenado al fútbol sala de máximo nivel por todo el mundo, reivindica también las aplicaciones de la escuela de la calle, del patio del colegio, que también era una universidad del fútbol.

Ahora que están de moda los partidos con petos de colores, para diferenciar los equipos durante los entrenamientos, obliga a trabajar sin petos a sus chicos, para que se aprendan a sus compañeros de memoria, para que miren más y mejor antes de arriesgar un pase.

En el patio del colegio, uno jugaba su partido del recreo esquivando tres o cuatro partidos que se disputaban a la vez, y sabiendo a quién tenía que pasar y a quién no la pelota. Se despertaba el instinto de supervivencia, para que no te arrollase un mayor de otro partido, o para que no te dieran un balonazo en los morros y te fueses a clase sangrando por la nariz (como sucedía tantas veces).

Siguiendo ese método escolar, Miki ejecuta partidos distintos, a la vez, en espacios reducidos, todos sin petos, con la misma camiseta, generando un caos del que se logra salir solo con la inteligencia y la atención.

A veces, regresar al método de la abuela representa un avance científico en cualquier ámbito de la experiencia y el conocimiento.

Si la figura del entrenador siempre tiene algo que nos mueve a compadecerlo, la figura del entrenador interino (aquel que se hace cargo del equipo cuando despiden al entrenador titular y aún no han contratado al siguiente) resulta por completo trágica.

El interino suele ser un hombre de la institución, un antiguo jugador del club, que ocupa un puesto de segundo o tercer orden en el equipo, alguien que conoce los entresijos de la entidad y a quien no le importa ser esa figura que se encuentra a mitad de camino entre el bombero de guardia y el chico de los recados.

No es el entrenador del filial, por lo común, porque uno de los grandes enigmas del fútbol, sobre todo en las categorías más profesionales, es que el segundo entrenador en importancia del club, el que entrena al B, nunca es el elegido para sustituir al entrenador del A cuando se le echa a la calle.

Si se despide al entrenador del Mallorca, pongamos por caso, lo lógico sería que el entrenador del Mallorca B se convirtiera en entrenador del primer equipo, y el del Juvenil A en entrenador del Mallorca B, y así, corriendo el turno, en la mayor parte de las categorías. Pero esto nunca sucede. O casi nunca, porque sería lo razonable, y lo razonable no suele ser lo que sucede en el fútbol.

Los equipos de futbol profesional, cuando decapitan a su entrenador, jamás (salvo excepciones muy extrañas) dan el mando del equipo al entrenador del filial. Suelen recurrir a un entrenador interino hasta que contratan a otro.

Esto da mucho que pensar: si no se confía de manera automática en el entrenador que dirige el filial, ¿para qué se quiere a ese entrenador en el filial?, se pregunta uno.

Y sucede lo mismo con los jugadores. A menudo, cuando se lesiona de gravedad algún jugador del primer equipo, en vez de recurrir a los jugadores del filial, se ficha a nuevos jugadores, lo que nos conduce a otra pregunta sin respuesta en el universo mundo tal y como lo conocemos: ¿por qué se tiene un equipo filial, que cuesta mucho dinero mantener, si no se utilizan los jugadores del filial, de modo inmediato, cuando son necesarios en el primer equipo?

Algunos argumentan que son jóvenes, las más de las veces, para luchar en el primer equipo, pero si no se les da la ocasión de demostrar que son capaces de jugar en él con cierta continuidad, nunca se podrá saber si son o no capaces de aquello para lo que se les paga y entrena.

El interino es un hombre de confianza, pero en el que no se confía del todo, porque si fuera así se le daría el mando del primer equipo de manera permanente. Se trata de un coronel al que se le deja disfrazarse de general y dirigir el ejército en el campo de batalla, mientras llega un general auténtico. Parece una novia de paso mientras se va de paso hacia la mujer con quien casarse. Sin embargo, la figura del interino resulta aún más compleja.

El interino es alguien al que se le encomienda la tarea de lidiar con el equipo durante una crisis profunda, y trata de hacerlo lo mejor posible; pero no querría, por lo común, que a fuerza de hacerlo de forma extraordinaria se les ocurriera a los que dirigen la entidad nombrarlo entrenador titular del equipo y arriesgarse a la primera línea del frente. El interino, mientras siga siendo un empleado de confianza al que nombrar entrenador interino, nunca dejará de ser empleado del club, ese segundón en la sombra que tiene el empleo garantizado. Pero, en el caso de que ascendiera a primer entrenador y se volviese visible a plena luz del día, estaría condenado a dejar de ser empleado del club en el futuro, porque no hay entrenador que cien años dure (salvo en algunos casos de entrenadores ingleses, porque los ingleses, tanto en el fútbol como en cualquier otro ámbito, necesitan mostrarse estafalarios para sentir que su idiosincrasia permanece inalterada e inalterable).

El entrenador interino es una figura shakespeariana, un personaje que debe aprender a manejarse en la corte para salvar su pellejo, a mostrar capacidad, pero sin altanería, a postularse como un trabajador útil, pero sin ínfulas y sin demasiadas ambiciones.

Ahora bien, no existe ningún entrenador en la tierra que se considere capaz para ser interino, y no se considere capaz para ser entrenador permanente, de manera que la naturaleza de su figura esconde por necesidad un fundamento trágico. Se le valora por parte de los que dirigen el cotarro del asunto en cuestión, pero no lo suficiente. Se le considera capacitado, pero no lo suficiente. Es apreciado por la afición, pero no lo suficiente como para reclamar que sea el primer entrenador del equipo.

Debe permanecer en la sombra, hacerse fuerte en la sombra, para volver a ella y ocupar su lugar de discreto privilegio umbrío. Un secretario en la corte de un monarca absoluto, contento a la fuerza con su papel de burócrata.

La historia de los segundones constituye la intrahistoria del mundo.

El acto de comprar ciertos objetos que nos gustan constituye, como sabemos, una fuente de inmediata satisfacción. Puede que se trate de una satisfacción elemental, simple, simplona incluso, pero se trata de una satisfacción, y las satisfacciones cumplen con su deber, que es dejarnos satisfechos.

No hace falta ser un adicto a las compras para sentirla, les ocurre a todos los humanos en mayor o menor medida. Incluso le ocurre a quien jamás sucumbe a la satisfacción de comprar, porque obtiene su placer en el extremo opuesto: el acto satisfactorio de no comprar ciertos objetos que gustan a los demás. El tacaño por antonomasia, el tacaño arquetípico, el tío Gilito de los tebeos de nuestra infancia, se regodeaba en sus monedas de oro, por el hecho de poder regodearse en ellas al no gastárselas. (La cicatería, en cierta forma, también es una sobreabundancia: un exceso de mezquindad).

Al lector de novedades le gusta comprar libros nuevos. Al coleccionista de libros antiguos le gusta comprar primeras ediciones. Al goloso de los pasteles le gusta comprar pasteles recién hechos. Al entusiasta de la moda le gusta comprar las prendas de la nueva colección de otoño, cuando el otoño llega. Y así hasta el infinito.

Pero no hay ninguna compra que se parezca a la de comprar unas nuevas botas de fútbol cuando somos niños y lo jugamos.

Las botas nuevas no solo simbolizan y contienen la promesa de un futuro mejor, de nuevas aventuras, del tropiezo de una suerte también nueva (como todo nuevo objeto nos susurra desde su materialidad misma), sino que albergan todo el fútbol por jugar, que es el entero fútbol, como en el diccionario están contenidas todas las obras por escribir, porque están contenidas todas las palabras que se emplearán al escribir esas obras.

Las nuevas botas son un borrón y cuenta nueva con respecto a todo lo jugado, y una manera de volver a empezar con todo lo aprendido. A las botas nuevas se les transfiere toda la experiencia de las viejas botas, toda la experiencia de nuestros pies, toda la experiencia de lo jugado, de lo entrenado, de lo imaginado, de lo soñado.

Ningún objeto del mundo humano está tan en directa relación con el universo de los sueños como unas nuevas botas de fútbol. El dios Oniros jugaba al fútbol, y no solo en sueños, sino durante la vigilia (que es el periodo equivalente al de los sueños para los demás dioses), y siempre que tenía que

enfrentarse al resto de las divinidades estrenaba un par de botas. Lo sé de buena tinta: de la tinta de quien ha escrito esa fábula mitológica y cree en ella con toda su fe y su certidumbre.

Si yo fuera presidente de un club de fútbol de cualquier categoría, mis jugadores estrenarían botas todos los domingos, porque no hay quien juegue mal el día en que se estrenan.

Antes, siglos atrás, cuando jugaba al fútbol, era costumbre que las botas no se estrenaran durante los partidos, porque podían causar rozaduras al jugador que las estrenaba. A menudo, en los equipos grandes, con filiales, juveniles e infantiles, las botas se daban a los jugadores de categorías inferiores, para que las domasen. Para que las humanizaran, para que las dulcificaran y amansaran, porque las botas nuevas acumulan tanta energía sin dirección como la que exhiben los potros.

Los utilleros las hacían llegar a un jugador que calzara el mismo pie que el profesional, un juvenil, pongamos por caso, y este entrenaba y jugaba con ellas durante un par de semanas, hasta que llegaban, ahormadas y engrasadas, a su dueño legítimo.

Este sistema de vasallaje en el universo del calzado deportivo tenía su razón de ser en el pasado, cuando las botas se fabricaban con materiales menos refinados, que podían resultar incómodos en los primeros usos (unos materiales, dicho sea de paso, que convertían las botas en mucho más resistentes, duraderas y eficaces que las de ahora, para el golpeo del balón y la protección del pie). Lo de ceder las botas era una especie de derecho de pernada vuelto del revés: el que estrenaba la cosa era el siervo de la gleba, el que disfrutaba de la virginidad del objeto.

Lo que está claro es que con esa cesión utilitaria del calzado se privaba al dueño de las botas de uno de los grandes placeres de nuestra vida: el estreno de unas botas de fútbol. El dueño final debía contentarse con el disfrute de su privilegio mayestático: conceder a otro el entusiasmo del estreno, en beneficio de sus regios pies, que no sufrirían, por razón de su sangre azul y de su hemofilia hereditaria, una escocedura en la piel, y no digamos una ampolla. El sumo placer se obtenía por renuncia al sumo placer, como si se tratase de un ejercicio de ascesis en tiempo de los cátaros.

Hoy en día la mayor parte de las botas son blandas, de materiales plásticos, y solo las carísimas se fabrican con piel. Estoy convencido de que con las botas antiguas (al menos con los materiales que se empleaban y con la calidad artesana del objeto) se evitarían hoy algunas de las lesiones que se

producen en los pies, a veces muy difíciles de curar. Tal vez se ha ganado en flexibilidad, en comodidad, en ligereza, pero se ha perdido en protección.

(También soy zapatero remendón cuando hace falta. Me encantan los cubiles de los zapateros, con su olor a piel y cola, con su acumulación de zapatos desparejados, como los exvotos de una iglesia terrenal, con sus máquinas de coser y fresar, y a veces pienso que los escritores somos los remendones del lenguaje, los que devolvemos a la vida de todos los días, con nuestras puntadas, las palabras rotas).

Hoy ya nadie, que yo sepa, da sus botas nuevas para que las dome un jugador de las categorías inferiores del club. Incluso las estrellas mundiales se permiten estrenar modelos especiales y personalizados, para partidos concretos: las botas de Messi para la final de la Champions, las botas de Ronaldo para la Supercopa de Europa, etc.

A esta gente les regalan todo el material, por supuesto, además de cobrar millonadas por utilizar los productos de determinada marca. Esa suerte de sueño de todo jugador adulto —que a uno le regalen las botas de fútbol y que además le paguen por ponérselas—, cuando se cumple, destroza el sueño de estrenar botas de fútbol, porque quien puede estrenar botas de fútbol todos los días no siente el éxtasis de estrenar botas de fútbol de vez en cuando.

Las botas de fútbol, como todo lo que tiene importancia en la vida, han de comprarse y estrenarse con algo de sacrificio: con el propio o con el de los padres que las compran. El lujo, para alcanzar su condición, debe estar un poco por encima de las posibilidades de quien se permite el lujo. De lo contrario, deja de ser un lujo, algo ocasional, para convertirse en una costumbre: y la costumbre del lujo es una costumbre, pero deja de ser un lujo verdadero. Las botas han de llegarnos como algo extraordinario. Ha de tratarse, para entenderlo en todo su significado, de una demasía.

No me imagino a Messi, a Cristiano y a toda la caterva de estrellas sintiendo la epifanía celebratoria de estrenar unas botas nuevas cada vez que estrenan unas nuevas botas. Algo sí sentirán, porque todo estreno transmite una emoción natural por sí mismo, incluso cuando el estreno no supone la excepción a la costumbre; pero no podrán sentir la plenitud absoluta del estreno. Su sensibilidad está anestesiada por el éxito y por la facilidad con la que obtienen las botas, ese poderoso objeto totémico del universo del fútbol.

Las botas de hoy en día (aunque nunca ha habido tantas botas diferentes y tan baratas) son carísimas. Casi todo el mundo quiere las mejores, o, al menos, las de mejor apariencia en la publicidad. Sobre todo los niños, que

aspiran a calzarse las botas de los ídolos: y que suelen acercar al satori por unos trescientos o trescientos cincuenta euros de nada.

(A menudo, las estrellas que las publicitan no saben lo que cuestan sus botas, y si tuvieran que pagarlas de su bolsillo se llevarían las manos a la cabeza, como le pasó a Miguel Induráin, cuentan, la primera vez que fue a comprarse una bici, después de retirarse del ciclismo profesional.

¿Me quiere usted decir —dicen que le dijo Induráin al empleado de la tienda que le atendía— que esta bicicleta vale veinte mil euros? ¡Joder, pero si solo es para ir en bicicleta por los alrededores de mi casa...!).

El verano pasado me compré unas nuevas botas de fútbol, para las pachangas veraniegas que de vez en cuando juego en Náquera con los amigos, y de las que siempre sale alguien con un tirón, con un dedo del pie morado o con alguna lesión más importante.

Me compré unas Umbro de imitación de piel, porque las que tenía, unas de la marca blanca de Decathlon, me hacían con los tacos derrames en la planta del pie, unos hematomas penitenciales que daba pena verlos, y que me postraban en el sillón con lamentaciones nazarenas.

Mi mujer, que piensa, con toda la razón del mundo, que ya estoy muy mayor para hacer tonterías futbolísticas, no se explicó para qué necesitaba unas botas nuevas, si las viejas estaban relucientes, ya que solo las utilizo dos o tres veces al año para pegar unas cuantas patadas al balón. Le hablé de la liturgia del estreno, de la eucaristía de los partidos, de la gloria inmediata e intransferible que supone marcar un gol.

Se me quedó mirando sin terminar de dar crédito a lo que escuchaba. No me dijo ni una sola palabra de censura. Ahora bien, su mudez me produjo una enorme tristeza metafísica por el paso del tiempo, y por la incompreensión que a veces manifiestan quienes más queremos hacia los grandes asuntos de la humanidad.

No obstante, de aquel marasmo existencial vino a sacarme el estreno de mis nuevas botas de fútbol.

Está claro que detrás de cada uno de nosotros respira un enteradillo, y que detrás de cada enteradillo se esconde un seleccionador nacional. Esto lo aprenden los niños en el colegio, durante los primeros cursos de Primaria.

A mí creo que me lo explicaron en preparatoria de párvulos, en el Colegio de los padres Dominicos de Valencia, pero es que entonces los planes de estudios eran distintos. Tengo la impresión de que hemos empeorado año tras año, reforma educativa tras reforma educativa, aunque detrás de cada español también hay un ministro de Educación y Ciencia, con sus ideas tajantes acerca de cómo se debe educar a los españoles.

Lo cierto es que me encantaría ser seleccionador nacional. Aunque fuese nada más que durante, pongamos por caso, quince días, para enfrentarme en partido amistoso a dos potencias históricas: Chipre y Andorra, por ejemplo. O las islas Feroe y Gibraltar.

Algunas veces, antes de dormirme, imagino uno de los momentos más sublimes que puede vivir un aficionado al fútbol: el instante de dar a conocer, en rueda de prensa, *urbi et orbi*, la convocatoria. Qué no daría yo por poder hacer mi propia convocatoria, mi selección española.

A menudo le hago la rueda de prensa a mi hijo, y después él me la hace a mí. En justa compensación paternofilial, como si fuésemos Molowny o Kubala (en mi cosmovisión vetusta), y Del Bosque o Luis Enrique (para su bendita memoria sin demasiados lastres).

Me siento en la mesa del comedor y él se pone enfrente, con cara de periodista inquisitivo, de enemigo crítico del seleccionador nacional español.

Enciendo la alcachofa de un micrófono imaginario y pongo cara de pocos amigos, saludo a los informadores llegados hasta la sede de mi casa, la Federación Española de Fútbol Marzaliano, y comienzo a dar la lista. Porteros, tal y tal y tal. Defensas, este, este y este. (Rumores entre los corresponsales de las cadenas de televisión, entre los plumillas del *Marca*, y el *Súper*, y el *Sport*, y las demás revistas de ciencia ficción deportiva). Delanteros, aquel, aquel, y el de más allá.

Y luego me callo, y se abre el turno de preguntas, a las que voy contestando con suficiencia pontificia, porque para eso soy el seleccionador y sé lo que hay que hacer.

El momento de anunciar la lista de convocados representa también un absoluto de naturaleza sentimental: es la declaración de intenciones, la declaración de amor universal hacia los preferidos, que pueden estar en La Coruña y en Londres, en Milán y en Tarragona (porque seguro que me permito la extravagancia de convocar algún jugador de Segunda que esté en forma, puesto que no hay ninguna razón para que, hoy en día, algunos buenos jugadores de Segunda, en forma, no estén al nivel de los de Primera, cuya única diferencia es que juegan en equipos de Primera, rodeados de los mejores, y esa será una de las características distintivas de mi mandato imperial, de manera que se me conocerá como Marzal, el Compasivo; Marzal, el Filántropo; Marzal, el Audaz).

Durante la duermevela de la noche anterior me regodeo en la energía concentrada en los momentos previos al anuncio de la convocatoria, en la conjunción de radiactividad que provoca toda inminencia de ese calibre. Los jugadores, desperdigados por el mundo, en sus clubes, permanecen en vilo, como los padres de los jugadores, como las novias de los jugadores, como los presidentes de los clubes en que juegan los jugadores, como los fisioterapeutas de los clubes, como los empleados de seguridad de los clubes, como los camareros de las ciudades deportivas en que entrenan los jugadores, como los jardineros que cuidan el césped en los campos de fútbol en que entrenan los jugadores.

Es difícil calcular, en Caballos de Vapor Afectivo, cuánta fuerza se libera en el mundo ante el anuncio de una convocatoria de la selección española de fútbol (máxime si es Marzal, el Sorprendente, quien la realiza). Miles de CVA en cada una de mis ruedas de prensa, millones de Caballos de Vapor Afectivo dispersos por el mundo, engendrando sorpresa, admiración, locura.

Después de darle la rueda de prensa a mi hijo, mi hijo me la da a mí. Yo, como soy su padre, me muestro en actitud condescendiente de gran gurú de la prensa deportiva, curtido en mil batallas y con el pecho repleto de condecoraciones, entre ellas la laureada de San Fernando.

Al final, como suele ocurrir, la convocatoria de mi hijo no difiere de la mía más que en uno o dos nombres; pero en ello radica la esencia del asunto: en los detalles, en las minucias, en las pequeñas diferencias que solo sabemos percibir los profesionales del mundo del fútbol.

Las cosas se van a la mierda por no saber percibir esas sutilezas nominales (Zutano en lugar de Mengano, para el lateral izquierdo; y Perengano en lugar de Turengano, para tercer portero), sutilezas que nunca son nominales nada más, sino que entrañan toda una visión del mundo distinta.

Si las decenas de millones de seleccionadores nacionales que existen en el país —por hacer un cálculo aproximado— hiciesen su equipo ideal, su convocatoria, esos equipos diferirían en tres, cuatro, cinco nombres a lo sumo, y sin embargo todas esas decenas de millones de infalibles expertos otorgan a «su» selección unas características diferenciales absolutas, en especial por el hecho de ser «su» selección.

El carácter íntimo e intransferible de la propiedad se acentúa mucho cuando uno se convierte en responsable del equipo nacional español.

Tres, cuatro, cinco jugadores jugando a la vez en el mismo equipo pueden suponer un equipo completamente distinto, claro está (a veces basta con uno; a menudo basta con uno); pero lo lógico es que no todos esos jugadores diferentes que cada cual se llevaría, en lugar de otros, jueguen a la vez. Algunos los llevaríamos para jugar, y otros para corroborar nuestra personalidad díscola y juguetona, nuestra concepción originalísima del juego.

He observado que las diferencias entre selecciones reales y selecciones posibles, entre convocatorias efectivas y convocatorias virtuales, solo se establecen en las derrotas. La victoria sanciona la elección de jugadores, por mal que se juegue, mientras que las derrotas, por bien que se haya jugado, ponen todo en tela de juicio.

¿Y si hubiera jugado Zutano, y no Mengano? ¿Y si se hubiera arriesgado a contar con Turengano, en vez de con Perengano? Ahí radica la verdad profunda del asunto.

Dicen que uno de los grandes éxitos de Luis Aragonés como seleccionador nacional consistió en dejar fuera de la selección a Raúl, que emponzoñaba el clima del vestuario, trataba de mandar más que los entrenadores y dictaba las órdenes de juego. Quién sabe. Lo dejó fuera de la Eurocopa que España ganó, en contra de los sectores madridistas de la prensa, y estando en mejor forma entonces que otros que sí fueron.

Si hubiera ido y España hubiese ganado, nadie le hubiera reprochado a Luis que formase parte del equipo. De igual manera que el hecho de ganar la Eurocopa ha terminado por convertir en legendaria la decisión de apartarlo de la selección, porque la victoria, como sucede en la guerra, es la que escribe la Historia de los pueblos.

Lo único que no se habría soportado habría sido que Luis cediese a las presiones del madridismo, hubiera convocado a Raúl y España hubiese jugado de manera desastrosa. Y es que todos los desastres despiertan de repente a los profetas retrospectivos. Los del ya lo dije yo, los del ya lo anunciaba yo, los del otro gallo hubiera cantado si se hubiera hecho lo que pensaba yo.

La única vez en que he escrito algo para el *Marca* (una gloria mundanal que estuve restregando por la cara a todos mis amigos escritores y futboleros durante bastantes meses: «Yo soy un escritor de masas, no como vosotros; soy el Evtuchenko de la sutileza futbolística») fue con motivo de la Eurocopa de 2008, la que ganamos.

Se me solicitaba una predicción sobre el papel de España, justo lo único que no se debe hacer nunca en asuntos de fútbol. La hice. El llamado Sabio de Hortaleza, dejando a un lado su innegable sabiduría futbolística, siempre me ha parecido un personaje del TBO, el abuelo Cebolleta de mis lecturas infantiles, con todas sus famosas salidas de tono. Un tipo atrabiliario muy español, de esos que hacen carrera en nuestra patria en función de lo extemporáneas que sean sus declaraciones y sus anécdotas. Como Cela en el ámbito literario, y sus exabruptos, y sus supuestas habilidades para absorber agua por el culo sentándose en una palangana, y todas esas cosas.

Lo cierto es que no confiaba mucho en las capacidades de Luis. Cuando estuvo de entrenador en Valencia no hizo nada demasiado destacable, salvo, según se contaba en la ciudad, cerrar el Casino Monte Picayo durante todas las noches de la semana (algo que, por otra parte, me lo hace muy simpático). Mis amigos valencianistas más entusiastas y sabios —como Rafa Lahuerta y Paco Lloret— me afean este juicio acerca del Sabio de Hortaleza, porque mitifican la temporada 95-96, cuando Luis se hizo cargo de un Valencia descarriado, y a punto estuvo de ganar la Liga.

En cualquier caso, escribí en el *Marca* que yo me hubiera llevado a Raúl, a pesar de los pesares. Después la cosa acabó como acabó. No se puede uno investir de oráculo de Delfos, de profeta milenarista, sobre todo en el fútbol. Qué mierda, con lo que me gusta profetizar y emitir oráculos de intrincada hondura.

Todos los seleccionadores que he visto a lo largo de mi carrera de seleccionador invisible mueren de la misma enfermedad deportiva: por ser fieles a unos jugadores que los han sostenido durante un tiempo, pero que no son los que en mejor forma están más tarde. Se trata de una fatalidad histórica. Clemente, Camacho, Luis, Del Bosque, y los restantes.

A todos les puede más la memoria que la capacidad de riesgo, el conservadurismo antes que la visión de futuro, y no es de extrañar, porque los entrenadores viven únicamente de los resultados, y suelen fiar su suerte a su guardia de Corps, a sus pretorianos.

Se trata de un mal cíclico y forzoso. El viejo entrenador peca por fidelidad sentimental a sus jugadores en decadencia. El nuevo entrenador

irrumpe con energía, cambia la mayor parte del equipo, crea su guardia real, y fallece más tarde por fidelidad temeraria a esos miembros que él convirtió en guardias reales. Y así hasta el infinito.

Pasa en las selecciones de todos los países y en casi todos los equipos del mundo. Es la ley de la entropía futbolística: los entrenadores tienden al caos.

Para ser seleccionador habría que ser un poco desmemoriado de las glorias obtenidas, y un poco desagradecido con quienes nos llevaron a alcanzar dichas glorias. Así pues, me temo que yo también sería conocido como Marzal, el Ingrato. Marzal, el Sanguinario. Marzal, el Saturniano, el Devorador de sus hijos.

Siempre he querido hacer mi alineación de la Selección Literaria Española, y creo que ya soy lo bastante mayor como para concederme el capricho.

La literatura ha de ser el ámbito en el que nos permitamos todas las libertades que se nos antojen. Onetti decía que escribía para vulnerar el Código Penal sin que pudiesen meterlo en prisión. Mis aspiraciones son mucho menos delincuenciales, mucho más modestas: aspiro a entretenerme haciendo lo que me entretiene, para tratar de entretener a los demás.

Creo que llega un momento en la actividad de un escritor en que, si ha alcanzado ciertas habilidades en el manejo de las palabras, está capacitado para dejarse llevar por sus inclinaciones, por sus deseos, y entonces puede dedicarse a ser quien es en verdad, en lugar de dedicarse a ser el que en verdad cree ser.

El anterior enunciado sigue la aparente formulación del trabalenguas, pero intenta explicar de forma sencilla una convicción profunda. En toda disciplina, en toda actividad que necesite el manejo de un lenguaje —de una herramienta, de un instrumento— existe un proceso de estudio y puesta en práctica de dicho lenguaje, un periodo en que las fricciones con el instrumento y la herramienta nos impiden conducirnos con entera libertad. Es algo parecido a lo que sucede cuando aprendemos a montar en bicicleta o a conducir un coche: al principio, conducir y montar en bicicleta son el acto de luchar contra aquello que pretendemos aprender. Hasta que llega el día en que interiorizamos algunas destrezas que nos permiten dejar de pelearnos con la máquina y con nosotros mismos: entonces, montar en bicicleta o conducir se transforman en el acto de olvidarnos de que lo estamos haciendo. El abandono de la parte mecánica de un trabajo supone la adquisición de la mecánica del abandono; es decir, la obtención de la libertad creativa de quien se abandona a su solo deseo.

Con la escritura sucede de esa forma. Escribir debe llegar a convertirse en una actividad mediante la cual nos olvidemos de que estamos escribiendo, un ejercicio a mitad de camino entre el absoluto control del cirujano y la improvisación del músico solista. En dejarse llevar, en dejarse decir, en dejarse mecer por las palabras radica el auténtico disfrute de la literatura.

De modo que aquí está la alineación razonada de la Selección Literaria Española, que va a jugar esta tarde en Wembley el primer partido del

Campeonato Intemporal del Mundo. Este es el once inicial. El once de la gloria.

PORTERO: Lope de Vega.

DEFENSAS: Santa Teresa, Manrique, Quevedo, fray Luis.

CENTROCAMPISTAS: Antonio Machado, Cervantes, Clarín, Bécquer.

DELANTEROS: San Juan y Juan Ramón.

Completan la convocatoria, en el banquillo: Rosalía, Galdós, Gonzalo de Berceo, Max Aub, Claudio Rodríguez, Delibes, Brines y Azorín.

Ya me imagino la cantinela alborotada de la retransmisión radiofónica. En la puerta, con el número 1, Lopeeeee de Vegaaaa. En el lateral derecho, con el 2, santa Teresa de Jesús, y con el 3 fray Luis, en el lateral izquierdo; en el centro de la zaga, Manrique, con el 4, por la derecha, y Quevedo, con el 5, por la izquierda. En el centro del campo, España escribe con dos pivotes: el capitán Cervantes y el asturiano Clarín; y en las bandas, por la derecha, el menor de los Machado; y por la izquierda, Gustavo Adolfo Bécquer. En punta: san Juan y Juan Ramooooooooooooón.

El día anterior al partido me veo en la sala de prensa, esgrimiendo el consabido argumentario crítico del seleccionador literario español.

Ya sabéis —explico con firmeza imperturbable, salpimentada con briznas dolientes— que la labor del míster resulta muy complicada, porque, por fortuna, tenemos muchos jugadores entre los que escoger. Me ha entristecido dejar fuera a muchos de los chicos que habría llamado con gusto, pero solo se visten diecinueve y juegan once.

Podrían también haber venido chavales que lo hacen muy bien: Unamuno, Baroja, Torrente Ballester, Salinas, Góngora, Gracián, el joven Jorge Guillén, Larra, el sevillano Cernuda, por citar a unos cuantos. Espero que pronto puedan incorporarse a la dinámica del primer equipo y que contemos con ellos en futuros partidos. Pero las cosas son como son, y estoy seguro de que los que salten al terreno de juego van a darlo todo, y etcétera, etcétera.

Lo cierto es que me ha costado mucho hacer mi equipo preferido intemporal. Elegir constituye siempre una variedad de la injusticia. Lo mejor, en cualquier circunstancia, sería no tener que escoger nunca, poder quedarnos con todo al mismo tiempo, con papá y mamá, con la playa y el campo, con Platón y Aristóteles, con los Beatles y los Rolling, con las bragas blancas y las negras, con el cielo y el infierno, con la carne y el pescado, con Joselito y

Belmonte, con el conceptismo y el culteranismo, con el trasnoche y el madrugón, con los apocalípticos y los integrados, con el culo y las témporas, con la gimnasia y la magnesia, con la abstinencia y la orgía, con la santidad y la depravación. Pero el caso es que resulta imposible: debemos elegir. Lo uno o lo otro, esto o aquello, lo de aquí o lo de más allá.

La verdadera caída en el tiempo, la pérdida de la inocencia, tiene un origen gramatical, como casi todo: empieza con la conjunción disyuntiva *o*.

Nuestras razones suelen tener la virtud no solo de parecernos razonables, sino sobre todo de ser nuestras. Y el hecho de que nos pertenezcan les otorga una solidez y una profundidad que las vuelve irrefutables.

Sostengo que cada cual llega, sobre todo, a las certidumbres a las que estaba predestinado; es decir, a las que había decidido llegar antes de ponerse en camino hacia ellas, o durante el trayecto. Las convicciones, aunque sean las convicciones adquiridas en cualquier bazar, las ideas encontradas en algún zoco, las intuiciones robadas a nuestros interlocutores favoritos, representan un trabajo de la voluntad. Uno no nace convencido de nada, sino que se convence de todo a medida que necesita adquirir sus propios convencimientos. Nuestras certezas son una colección de esfuerzos destinados a adquirirlas.

En el acto de escoger una Selección Literaria Española para enfrentarse a cualquier otra selección literaria del mundo, prima el gusto propio, pero sustentado en razones científicas que paso a enumerar a continuación.

En definitiva, el gusto literario, como cualquier otra variedad del gusto, consiste en una derivación del temperamento, que sale a pasear por el mundo y se tropieza con realidades que son de su agrado. Ese tropiezo —ese choque temperamental entre individuos, objetos, paisajes, libros— determina lo que conocemos como gusto propio.

Digamos que estas son las razones futbolísticas de mi gusto de seleccionador literario nacional para confeccionar esta convocatoria.

PORTERO: Félix Lope de Vega y Carpio.

Los porteros, en realidad, no son futbolistas: son otra cosa muy diferente en el juego del fútbol, y todavía nadie ha sabido explicar en qué consiste dicha cosa. Representan una anomalía sin parangón en el reino de la naturaleza y en el universo deportivo. Gente que juega con las manos a un juego que se juega con los pies. Si no lo hubiésemos visto hacer desde hace más de cien años, en tres siglos diferentes, nos parecería una broma.

Las equivalencias en cualquier otro ámbito de la realidad nos llenarían de espanto, en razón de los monstruos que se generarían. Pensemos en un albañil que quisiera levantar un muro con los dientes, mordiendo los ladrillos que

pretende apilar. O en un pato que quisiese remontar el vuelo moviendo el pico, o en un león que pretendiese cazar a sus presas golpeándolas con un latigazo del rabo. Algunos eruditos afirman que la figura del portero se creó en la Universidad de Cambridge, bajo la influencia del *whisky* escocés, allá por el año 1848, cuando un grupo de jóvenes deportistas quisieron establecer una serie de reglas para la práctica del fútbol. Según parece, se dejaron llevar por el entusiasmo de la reunión y por la ingesta del célebre destilado de la malta fermentada, y la cosa terminó como terminó.

En cualquier caso, un portero debe ser alguien flexible, elástico, de manos atrevidas. En la Historia de la Literatura Española no hay ningún escritor de mano tan fácil como Lope. Lo fue tanto que, por lo que afirman sus estudiosos, fueron muchas las manos que escribieron por él, muchos discípulos de lo que debió de ser el primer taller literario español de producción en cadena. Era tanto el éxito de sus comedias, y tanta la demanda del público, que Lope se convirtió en el presidente ejecutivo de un estudio de poetas, algo semejante al socio gerente de un bufete de abogados, en las películas americanas del asunto. Por lo demás, Lope fue un completo zascandil, un enredador que lo quiso vivir todo, y ese temperamento creo que le viene muy bien a un portero de fútbol, ese tipo de personaje anfibio que, por mucha admiración que nos provoque, nunca está exento de suscitar nos compasión, porque el pobre nunca puede jugar al fútbol como es debido.

DEFENSAS: En el fútbol moderno, tan plagado de ocurrencias, se pretende que los defensas sean también extremos, centrocampistas y, si se tercia, delanteros ocasionales. Se les piden tantas cosas que a menudo se olvida pedirles que respondan a su naturaleza primigenia y sepan defender.

Estoy a favor de esa moda extrema de reclamarlo todo, en cualquier ámbito, siguiendo una máxima filosófica de andar por casa en pijama y zapatillas, según la cual conviene pasarnos en nuestras exigencias, para terminar obteniendo la mitad de lo previsto. Si pides el cielo, tal vez disfrutes de un cómodo apartamento en primera línea de playa. Si comienzas pidiendo el apartamento, lo más probable es que te concedan un piso de protección oficial en los suburbios.

Puestos a pedir, conviene apuntar al infinito, aspirar a todo, de ahí que mis defensas vayan a ser completos: sabrán atacar y defender, serán rudos y elegantes, técnicos y sin contemplaciones.

Santa Teresa de Jesús cumple con esas premisas. Si fue capaz, como indican sus biógrafos, de plantarse en Medina del Campo delante de un toro bravo berrendo, y llevarlo de su mano, acariciándole el testuz, hasta dejarlo uncido al yugo, puede hacer cualquier cosa que se le reclame. Además, su prosa y su poesía tienen esa mezcla extraña de lo exquisito y lo común, el estilo de quien escribe sobre asuntos místicos con la mano izquierda, mientras remueve un puchero de alubias estofadas con la derecha.

En el lateral izquierdo he colocado a fray Luis de León, que pertenece a la misma escuela de naturalidad expresiva que santa Teresa. Refinado, pero contundente. Categórico en su transparencia. Carlos Bousoño decía siempre —y estoy de acuerdo— que le gustaba más fray Luis que san Juan, y argumentaba que lo prefería porque fray Luis había sido capaz de escribir catorce grandiosos poemas más que san Juan. Así: catorce, ni uno más ni uno menos. Dejando aparte el curioso cálculo de Bousoño, es el mejor poeta religioso de la lengua. A los defensas les conviene saber mandar por los aires a sus rivales en alguna entrada, y pedirles perdón de inmediato, como si no hubiera sucedido nada grave: y para eso nadie mejor que un santo, poeta.

Los defensas centrales son a un equipo de fútbol lo que los generales a los ejércitos napoleónicos: individuos con galones de mando obtenidos en los campos de batalla, gente que ordena, dispone, pelea y da ejemplo con su conducta. Hubo un tiempo en que los defensas centrales debían actuar como porteros de discoteca en hora punta, y repartir hostias con criterio ecuménico: el mayor número de hostias, para el mayor número de feligreses. Tenían la obligación de ser feos, malcarados, tipos de pocos amigos, venidos de la labranza, con cuanta mayor rusticidad mejor. A veces un punto de oligofrenia computaba como mérito deportivo para la posición.

Por fortuna, esos tiempos han pasado, y hoy en día se puede ser central y saber leer al mismo tiempo, o ser central y pedir en un restaurante un lenguado *meunière*.

He optado por dos centrales que imponen respeto con solo nombrarlos, por su autoridad terrenal.

Manrique, que como todo gran señor prerrenacentista fue un hombre de armas, es sabido que escribió la gran elegía clásica del español, un poema de severidad sobria que infunde en sus lectores un ánimo meditativo, característica muy conveniente a los defensas centrales, que deben darnos que pensar.

Quevedo es mi poeta favorito, y a punto he estado de hacerlo capitán de la Selección, pero no quiero desatar una guerra civil entre mis colegas, y que

terminemos matándonos a bastonazos por averiguar si la capitania debe ser para Quevedo o para Cervantes. Como se trata de un campeonato internacional, y fuera de España a Quevedo solo lo conocen cuatro hispanistas chiflados, me he decidido por entregar el brazalete a Cervantes.

En cualquier caso, don Francisco de Quevedo y Villegas, Caballero de la Orden de Santiago y Señor de la Torre de Juan Abad —como le gustaba firmarse—, es un central que podría jugar en cualquier lugar del campo, nuestro Beckenbauer barroco. Es el poeta con más registros del español, y en cada uno de ellos ha escrito varios de los mejores poemas del idioma. El Quevedo amoroso, el metafísico, el religioso, el satírico, el elegíaco, un artista omnipresente con la cruz de Santiago en el pecho, que es una espada para trazar una línea entre nosotros y ellos, entre la Selección Española y el infiel resto del mundo.

CENTROCAMPISTAS: Soy partidario de los equipos equilibrados, entendiendo por equilibrio lo que no se suele entender por ello. Mi equilibrio se fundamenta en la abundancia, y, si se me pide un poco más de concreción, en la sobreabundancia. ¿Por qué se habría de considerar que el equilibrio exige moderación y comedimiento? El equilibrio es un estado de inmovilidad generado por dos fuerzas que se anulan entre sí, y yo me inclino hacia que esas dos fuerzas correspondan a la exageración. Los equilibrios de la sobriedad son para los pusilánimes.

En mi equipo, quiero que en el centro del campo haya de todo: virtuosos etéreos, y doctores en ingeniería; novelistas y poetas, filósofos de la intimidad y filósofos de la multitud.

Para escribir grandes poemas, entre otras muchas cosas, hace falta conocer a fondo el propio corazón; y para escribir grandes novelas es preciso conocer el corazón de los demás. Aunque estas afirmaciones resultan indemostrables e inútiles desde todo punto de vista, me encanta llevarlas a cabo: se puede ser poeta sin haber salido de casa, pero para ser novelista hace falta haber ido a la guerra.

Vamos a jugar con dos pivotes, los grandes arquitectos de nuestras mejores novelas clásicas. *El Quijote* y *La Regenta*. Lo que más me gusta del *Quijote* es que cabe todo dentro de él: si Cervantes, que empezó el libro —según parece— en la cárcel de Sevilla, hubiese estado condenado a cadena perpetua, habría escrito una novela cuatro o cinco veces mayor, con muchas más aventuras de don Quijote, con muchos más encuentros inesperados, con

todo tipo de historias entreveradas en la trama. Don Quijote es la invención de dos personajes geniales que salen a ver el mundo e interpretar todo lo que les ocurre en clave de aventura, y como el mundo resulta interminable también lo resultaría la novela que habla de él. Lo que me encanta de Cervantes es que escribe igual que se cocina la olla podrida en uno de los capítulos de la novela: echando al puchero todo lo que se tiene en los zurrones, porque todo alimenta y es sabroso, igual un cerdo entero que unas alubias blancas, lo mismo un soneto de amor que una novela corta pastoril, todo ha de cocerse a fuego lento en la olla de los escritores, con el apetito del lector, no vayamos a ponernos estrechos ahora, porque ese es el descubrimiento de la novela moderna: que no es tanto una invención de la literatura, como un instrumento alimentario.

A Cervantes, el capitán, lo pongo para que haga de todo: para que suba y que baje, para que reparta juego y reparta estopa, para que temple y mande, para que dé ánimos y consuele; porque para eso sirve el *Quijote*, para eso sirven las grandes novelas, que son entretenimiento y manual de medicina a partes iguales, diversión y enciclopedia de caracteres, fantasía y diccionario mundano. Las novelas, si no nos enseñan cómo comportarnos en la mesa y en la cama, en los viajes y en el hospital, en el teatro y en el cementerio, no sirven para nada. Los grandes novelistas son los verdaderos cardiólogos, los cirujanos del corazón humano.

Perdónenme los fervorosos partidarios de Galdós —y más en este año del centenario de su muerte, en el que escribo estas páginas—; pero para mí la gran novela española del siglo XIX es *La Regenta*, y la segunda mejor novela de toda la literatura española. Estas afirmaciones no están destinadas a crear ninguna polémica, sino a definir mi carácter de lector, porque entiendo la literatura al modo stendhaliano, es decir, como un análisis de conciencia, como un utensilio para explicarme mi temperamento y para explicárselo a los demás.

Cuando decimos que una gran novela es un universo en pequeño definimos a la perfección lo que representa: la constricción verbal de un artificio que parece encerrar el mundo verdadero, la realidad tal y como la percibimos cuando procuramos no pensar demasiado en cómo la percibimos. La pequeña y provinciana ciudad de Vetusta, con sus diminutos y enormes conflictos humanos, es un espejo de los enormes y diminutos conflictos humanos de cualquier lugar, y después de su lectura hemos ensanchado nuestro conocimiento íntimo del amor, del odio, de la mezquindad, de la

ambición, de la soberbia. Las grandes novelas están obligadas a ser tratados de las pasiones.

Clarín es el perfecto escudero de Cervantes para el centro del campo, el que correrá cuando el capitán no pueda más, el que pondrá las gotas necesarias de sutileza cuando resulten precisas.

En la banda derecha he decidido colocar a Antonio Machado. Rubén Darío, en la famosa oración que le dedicó en vida, y que tanto me gusta, dice que la luz de sus pensamientos casi siempre se veía arder, que podía ser pastor de mil leones y de corderos a la vez, que misterioso y silencioso iba una y otra vez, que montado en un Pegaso al imposible fue. Como informe técnico asonantado de un jugador resulta inmejorable.

Machado es un poeta extraordinario, al que conviene leer en todas nuestras edades, para ir descubriéndole registros, uno tras otro. Por temperamento, siempre he disfrutado más del Machado reflexivo, filosófico, del último Machado (el de Juan de Mairena y Abel Martín), pero soy un entusiasta también de *Soledades. Galerías. Otros poemas*. Aunque no suelo ser demasiado sensible a los poetas de la naturaleza y el paisaje, la Castilla de Machado me emociona, porque, en definitiva, representa la interiorización del paisaje y la naturaleza, el mundo exterior pasado a través de su inteligencia, de su sensibilidad, de su ser, lo que convierte esa parte de su obra en intimidad autobiográfica.

Esos poemas compuestos de estampas mínimas, con las ascuas de un crepúsculo morado que humean por detrás de un negro cipresal, etcétera, poseen un encanto mágico que no posee casi ningún otro poeta. Están hechos con nada, un apunte pictórico diminuto, una tablilla que nos infunde una emoción inexplicable.

Debo de ser poco aficionado a la literatura del paisaje, me figuro, a los grandes maestros de la descripción, porque no soy un gran partidario de la naturaleza, o al menos no lo soy como se debe ser partidario de las cosas: con entrega absoluta. Soy una criatura urbana casi por completo. Mi naturaleza preferida son los montes de Serra, la Sierra Calderona, porque son los paisajes de mis veranos (los veranos de todas las etapas de mi vida, en la casa de mi familia, que constituye para mí una patria), y también porque esa naturaleza está a media hora de la ciudad, y puedo curarme en ella de cualquier exceso campestre. Las palabras de Hopkins («*I love country life and dislike any town*») no podría suscribirlas con sinceridad, no se escribieron para mí.

En definitiva, creo que disfrutamos sobre todo de la literatura que nos reafirma en nuestro carácter, como no podría ser de otra manera, que nos hace

profundizar en los rasgos de nuestro temperamento. Por mucho que me gusten las grandes novelas del mar (Melville, Conrad, Stevenson), nunca pertenezco como lector a su familia. Aunque pueda entender la pasión marina (y aunque pueda imaginarme en otra vida como un apasionado del mar, si lo hubiese navegado desde la infancia), no comprendo del todo qué cojones hacen todos esos héroes, durante meses, sin pisar tierra, persiguiendo ballenas blancas, por ejemplo, en lugar de estar por las calles de una gran ciudad, persiguiendo mujeres, o persiguiendo la forma de enriquecerse, o persiguiendo la gloria militar, como hacen los héroes como Dios manda de las novelas.

Antonio Machado era el poeta favorito de mi padre, que no fue un gran lector de poesía. Su género era la novela, sobre todo la novela española del xx, de la que era un devorador erudito. Sin embargo, profesaba a Machado una devoción que no rendía a ningún novelista en concreto, y se convirtió en coleccionista de cualquier libro que hablara de él. Era un amor monomaniaco, y estaba encantado de cultivarlo, como estaba encantado de promover lo que llamaba su «chifladura conquense» (hacia la ciudad de Cuenca y todo lo relacionado con ella), una chifladura de la que yo también me he contagiado, y que he tratado de contagiar a mis hijos. Tengo una espléndida biblioteca machadiana heredada de su pasión sin freno, con todo tipo de ediciones de la obra del poeta, y con una buena parte de la inabarcable bibliografía crítica.

Así que mi padre no me habría perdonado que no incluyese a su poeta en mi Selección Nacional, y yo mismo tampoco me lo habría perdonado (por don Antonio y por mi señor padre). Para estas ocasiones, recorro al célebre argumento de autoridad que formuló Camus: entre la justicia y mi madre, elijo a mi madre. Pues entre otras formas de justicia poética y mi padre, elijo hacer justicia a mi padre y a su poeta favorito, que con toda justicia se lo merece también.

En la banda izquierda he situado a Gustavo Adolfo Bécquer, que tiene uno de los mejores nombres de la literatura española para pasar a la posteridad, si no el mejor. Su sonoridad enamora, sin empalagos: el Gustavo Adolfo es una demasía, una hipérbole bautismal (está claro) y amenaza con descalabrar todo el nombre, pero ese Bécquer pone las cosas en su sitio con su sobriedad venida de Flandes. Afortunadamente se quitó el Domínguez del primer apellido paterno, porque Gustavo Adolfo Domínguez habría representado una catástrofe nominativa, una desgracia que no hubiese servido ni siquiera para personaje de una novela colonial mexicana de tercera división.

En todos los equipos de fútbol (incluidos los equipos de fútbol literarios) tiene que haber un jugador de aspecto frágil, uno de esos que parece haberse confundido de oficio, alguien de quien nadie pensaría que es un atleta, sino un convaleciente de tuberculosis o de sífilis. A menudo, esos jugadores de apariencia enclenque y enfermiza están fabricados, en el fondo, en una siderúrgica alemana, y con frecuencia poseen una sutileza y un talento como ningún otro jugador del equipo.

La ridícula teología moderna de la autoayuda ha interpretado el triunfo de algunos aparentes desfavorecidos como la prueba de que, cualquiera que se lo proponga, puede conseguir en la vida aquello que se le pase por la cabeza. Sin embargo, lo único que prueban las supuestas excepciones es que, en el reparto de los dones necesarios, a algunos les han correspondido dones distintos, pero son dones en definitiva. Sin cualidades, sin aptitudes no se puede desempeñar ningún trabajo, ningún oficio, ni siquiera el de individuo ocioso.

Esas figuras anémicas del fútbol (los López Ufarte, Beбето, Silva, Iniesta, Mata), en el universo de la literatura son los autores románticos, convertidos en un arquetipo que ha fraguado en la conciencia de la población del planeta. Para quienes no suelen leer jamás, el escritor debe responder al paradigma más superficial del Romanticismo, un individuo infeliz, hipocondriaco, enfermo de tisis, un visitador profesional de cementerios que cultiva su hiperestesia y sus amores desdichados para obtener la materia literaria que después emplea en sus poemas. Es curioso que un mundo que valora por encima de todo el éxito y su exhibición, la salud y su propaganda, la fama y su espectáculo, necesite y admire tanto el cliché romántico del fracasado desconocido y enfermo. Resulta como si en sus delirios —sobre todo los delirios de grandeza— el mundo tuviese que purgarse de sus propios males mediante el recurso al malditismo.

El bisabuelo Gus ha pasado, el pobre, a las vaporosas ensoñaciones colectivas como el poeta del amor, entendiendo por dicha pasión lo que suele figurarse una quinceañera cursi en sus ensueños monjiles (incluyendo entre las quinceañeras a todas las cursis de cualquier edad). En efecto, el amor es el eje de la poesía de Bécquer, pero suele ser un amor poco carnal, fantasmático, irrealizado e irrealizable, un amor de desarrollo trágico y de trágicas consecuencias.

Si leemos hoy en día a Bécquer con cercanía y admiración, en la mayor parte de sus *Rimas*, como al mejor escritor español del Romanticismo, es porque consigue alejarse mucho del Romanticismo español. Para leer a los románticos españoles, incluso a los más célebres, hay que armarse de

indulgencia histórica, porque suenan a banda militar desafinada, cuando no a meliflua gaita gallega. En cambio, Bécquer, en sus mejores poemas, como señaló Cernuda, nos parece un contemporáneo, su lengua huye de la altisonancia de su época (como le sucede también a Rosalía de Castro, la otra gran poeta romántica), y su universo sentimental nos parece verosímil.

A diferencia de lo que nos ocurre con los grandes escritores europeos del XIX (Tolstói, Stendhal, Balzac, Dickens, Eça de Queiroz, George Eliot), a los románticos españoles no nos los creemos, porque en lugar de escribir parece que estén declamando, igual que resulta difícil creerse a la mayor parte de los actores del cine español (salvo excepciones), porque en lugar de estar haciendo cine parece que estén haciendo teatro del malo.

Gustavo Adolfo Bécquer, pegado a la banda izquierda, imprime al equipo las necesarias briznas de transparencia y sencillez que se necesitan siempre en los partidos literarios.

DELANTEROS: En el fútbol, el gol, que no lo es todo, acaba siéndolo. Por muy partidarios que seamos del juego en todas sus facetas, hay que reconocer que la finalidad del fútbol es el gol; pero a menudo lo lamento. Me ocurre como con esa horda de curas y de pragmáticos que predicán que la finalidad del sexo es la reproducción, unos por estrechez moral, y otros por un estrecho determinismo biológico.

A veces me gustaría que el gol solo fuese una forma de recompensa entre otras muchas, durante el partido. Que computasen otros factores: los grandes regates, los grandes controles, las grandes acciones defensivas, las grandes ejecuciones tácticas; pero el caso es que todo eso resultaría imposible de valorar, salvo en la conciencia de cada espectador interesado en valorar aspectos imposibles de naturaleza estética; de manera que tenemos que resignarnos a las comprobaciones empíricas de los goles marcados en cada partido.

De ahí que los goleadores sean la trufa negra dentro de las plantillas, la exquisitez por la que se pagan cantidades absurdas. Alrededor del gol hay toda una mística. El goleador no es un jugador normal, incluso podría argumentarse que no es un jugador: es un finalizador, un rematador, el que concluye la jugada.

En la visión extrema que a veces tengo del fútbol, el portero y los defensas tampoco son jugadores, porque su tarea consiste en no dejar que jueguen los demás, en arruinar las combinaciones ajenas. Los que de verdad juegan al fútbol son los centrocampistas, los que posibilitan el juego del conjunto. Y los delanteros son quienes rematan la labor de ensamblaje de los

centrocampistas. Ya sé que se trata de una teoría sin fundamento, salvo el de ser una teoría que se me ocurre a veces durante mis elucubraciones.

La cualidad de tener o no tener gol —de ser o no ser, he ahí el asunto; *to have or have not*— representa un misterio, una virtud concedida por el capricho de los dioses, y que no puede explicarse mediante ningún criterio humano. A veces lo posee el menos habilidoso, el menos inteligente, el que menos trabaja para el equipo, el holgazán egoísta, el más soberbio, el más antipático, aquel de quien menos se diría. Es torpe, pero tiene gol. Es feo, pero tiene gol. Es insufrible, pero tiene gol. Es vicioso e indisciplinado, pero tiene gol. Es un cretino, pero tiene gol. Y si tiene gol, obtiene el perdón de los pecados.

Lo dice la Primera Carta a los Corintios, capítulo 13, cuando habla de los delanteros en aquellos tiempos remotos. Si yo hablase lenguas humanas y angélicas, y no tengo gol, vengo a ser como metal que resuena, o címbalo que retiñe. Y si tuviese profecía, y entendiese todos los misterios y toda ciencia, y si tuviese toda la fe, de tal manera que trasladase los montes, y no tengo gol, nada soy. Y si repartiese todos mis bienes para dar de comer a los pobres, y si entregase mi cuerpo para ser quemado, y no tengo gol, de nada me sirve. El goleador es sufrido, es benigno; el goleador no tiene envidia, el goleador no es jactancioso, no se envanece; no hace nada indebido, no busca lo suyo, no se irrita, no guarda rencor; no se goza de la injusticia, mas se goza de la verdad. Todo lo sufre, todo lo cree, todo lo espera, todo lo soporta.

Por eso, los malcriados de los delanteros pueden estar desaparecidos durante noventa minutos, con tal de que marquen el gol de la victoria en los últimos segundos del descuento. De rebote, con el culo, en semifallo, en pifia absoluta, en fuera de juego, cometiendo falta, con la mano, sin merecerlo; pero que sea gol.

De entre los grandes poetas de la literatura española, san Juan de la Cruz es el favorito de los fervorosos que entienden la poesía como un rito místico, como una ceremonia chamánica de iniciación a saberes y conocimientos superiores. Sus grandes poemas —el *Cántico espiritual*, la *Noche oscura*, la *Llama de amor viva*— poseen la suficiente y rara mezcla de transparencia y oscuridad simbólica para mantener entretenidos durante siglos a sus exégetas, a sus glosadores, a sus discípulos.

Vicente Gaos, en sus estudios cervantinos, decía que si los libros de caballerías habían vuelto loco a don Quijote, el *Quijote* había vuelto locos a los cervantistas. Algo parecido podría decirse de san Juan, que ha generado ejércitos de sanjuanistas imbuidos de certidumbres con las que interpretar los

versos del poeta, que fue un autor con tres cuartas partes accidentales, porque su obra estaba dirigida sobre todo a lograrle consuelo espiritual en su acercamiento a Dios, y no a granjearse fama literaria. El propio san Juan fue quien fundó la tradición interpretativa de su poesía, mediante los comentarios en prosa que él mismo realizó, no se sabe si para huir del rigor con que lo persiguieron los guardianes de la ortodoxia, o si por simple apetito de explicarse a los demás. El caso es que, la mayoría de las veces, lo que san Juan propone que deberíamos entender en sus poemas nos llena de perplejidad, y en ocasiones nos acerca al espanto, como si un ingeniero alemán intentase en un tratado de tres mil páginas explicarnos el mecanismo de un botijo.

Como el gol es un sortilegio y una mística, un acto de encantamiento y un hecho de simplicidad absoluta, como el proceder de un clavo, no encuentro a nadie más indicado que san Juan para jugar en punta, máxime teniendo como compañero a Juan Ramón Jiménez. Juan Ramón.

(También se llamaba Juan Ramón, Juan Ramón Santiago, un mítico defensa vasco del Valencia CF de los años cuarenta. En aquella época legendaria se defendía con solo dos jugadores atrás contra cinco delanteros. Ganó tres Ligas, dos Copas del Generalísimo y una Copa Eva Duarte, ganando 7-4 al Barcelona, en la final. La Copa Eva Duarte era el equivalente remoto de la Supercopa de España, y enfrentaba al campeón de Liga contra el campeón de Copa. La ocurrencia de llamarla Copa Eva Duarte de Perón necesitaría al mismo tiempo una novela y un tratado psicoanalítico acerca de los lazos del Régimen de Franco.

Juan Ramón me entrenó durante un año en el Burjassot CF, en 1978 o 1979. Yo era un juvenil que empezaba a ir convocado con el *amateur*, de Tercera División, cuando no existía la Segunda B. Juan Ramón era un tipo extremadamente serio, muy profesional, que nos trataba con la severidad afectuosa con que un pastor protestante de Oregón hubiese tratado a sus hijos durante los años de las Guerras Indias en el salvaje Oeste. Nunca lo vi sonreír, ni alterarse, ni lo oí gritar, pero tenía una autoridad sobre los jugadores que nos infundía a partes iguales temor y reverencia.

Por entonces yo ignoraba que había sido militante del PNV antes del 36, y que su familia sufrió con fatídico ensañamiento la represión de la posguerra: su hermano murió en el penal de El Dueso; su padre, en el campo de concentración de Camposancos, en Pontevedra; y su tío realizando trabajos forzados en la construcción del Valle de los Caídos. Imagino que si a uno le sucede eso en la vida se le quitan las ganas de reír para siempre. Lo recuerdo

con un chándal azul oscuro de algodón, como los monos de los milicianos durante la guerra civil. Era un obseso de la preparación física, y nos daba unas palizas espeluznantes por las que nos marchábamos a rastras a ducharnos, algo así como la Grande Armée en retirada tras la campaña de Rusia. Cierta tarde de entrenamiento en que se disgustó con nosotros, paró la sesión, nos reunió en un corro y sin mover un solo músculo de la cara nos dijo: «Les ruego que si, en el futuro, alguien les pregunta quién ha sido su entrenador, no mencionen mi nombre». Y a continuación nos mandó al vestuario).

No pude conocer a Juan Ramón (Jiménez), pero puedo decir que Juan Ramón (Santiago) me entrenó.

Me gustan los delanteros centros con espíritu corsario, perros locos de satán que saltan al césped con una conciencia parecida con la que debían de saltar los gladiadores a la arena del Coliseo. Si les dan un codazo, lo devuelven. Si los hinchán a patadas, ellos brean a palos a su marcador. Si les insultan, se cagan en la puta madre de quien lo ha insultado. Tipos peligrosos, con malas pulgas, que podrían haber terminado como sicarios de favela, pero que fueron salvados de la delincuencia por el influjo mágico de la pelotita. Stoichkov, Hugo Sánchez, Cantona, Lewandowski, Diego Costa. El grupo salvaje. La banda de la Comuna 8.

Podría parecer en un análisis superficial que Juan Ramón Jiménez no responde a este patrón de escritor pendenciero, porque fue un *dandy* hiperestésico, un hipocondriaco radical, que se prescribía a sí mismo de vez en cuando ingresos hospitalarios en psiquiátricos madrileños, y que necesitó vivir durante toda su vida a pocos pasos de algún médico de su confianza. Pero el caso es que Juan Ramón es tal vez el escritor con más malas pulgas de la Historia de la Literatura Española del siglo xx.

Cansinos Assens cuenta en *La novela de un literato* cómo Juan Ramón rompió con Pérez de Ayala, porque durante una visita a casa de este le enseñó una alacena con chorizos y jamones colgados. Al final discutió con casi todos los jóvenes a los que había ayudado en sus comienzos, y con la mayoría de sus compañeros de generación. En cualquier caso, la lengua de JRJ para insultar a aquellos con quienes se enemistaba infunde pánico. Hay una mala hostia andaluza para la guasa y el escarnio que resulta difícil de encontrar en cualquier otro lugar de España. Madrid tampoco se queda corta en asuntos de mala leche, tal vez por el hecho de que en Madrid apenas hay madrileños de pura cepa, y la pura cepa madrileña consiste en sentirse madrileño siendo de cualquier lugar.

Por lo demás, creo que Juan Ramón es el mejor poeta español contemporáneo, un genio que vivía en artista hasta dormido y durmiente, como habría dicho él mismo. Se adelantó a todas las corrientes y escuelas que han recorrido los poetas posteriores: la poesía minimalista, la metafísica, la poesía del lenguaje, los grandes poemas totalizantes, como *Espacio y Tiempo*.

Sus detractores afirman, con bastante razón, que no hay ningún otro poeta extraordinario de la literatura española con tantos poemas inútiles, con una antología tan grande de composiciones innecesarias. Tal vez sea porque tampoco hay ninguno con tal cantidad de poemas magníficos. A los autores los juzgamos por sus grandes obras, y no por sus caídas. Que te guste un escritor, que ames a alguien, que sientas simpatía hacia una persona en particular, significa que estás dispuesto a perdonarle sus errores, en virtud de lo mucho que te gustan sus aciertos.

Y a Juan Ramón, a quien no hay que perdonarle nada, estoy dispuesto a perdonárselo todo. Si fuera necesario lo pondría en mi equipo a él solo en punta, animal de fondo, deseado y deseante, como requiere el gol.

Me temo que el comentario sobre mis preferencias para la convocatoria de la Selección Literaria Española pertenece al abundante género de la escritura innecesaria, porque el gusto propio ni merece ni requiere explicaciones: ocurre porque sí.

Ahora bien, la literatura, si lo pensamos con detenimiento, pertenece por naturaleza al género de lo superfluo, por más que para muchos resulte imprescindible. Se trata de un lujo, de una extremosidad del lenguaje. Quiero decir que el mundo podría funcionar igual de bien o de mal sin la existencia de la literatura. Los lectores y los escritores nos empeñamos en afirmar, porque lo creemos así, que sin la literatura nada sería lo mismo y que la realidad no valdría la pena. Pero la verdad es que el mundo, que podría prescindir de Shakespeare y Cervantes, no echaría en falta la ausencia de casi ninguno de nosotros. Nos gusta declarar que sin Cervantes y Shakespeare la realidad sería más pobre, que no dispondríamos del conocimiento sobre las pasiones que tenemos gracias a sus obras, que la vida resultaría mucho más roma de lo que a veces resulta; pero me temo que lo que queremos decir es tan solo que nuestra vida sería más roma, que nuestro conocimiento sería menos profundo, que nuestra realidad resultaría más pobre. Nada hay más agradable que elevar a categoría la más insignificante de nuestras anécdotas.

Ahora bien, ya he dicho que escribir es también el arte de concederse caprichos, y este libro, en cierta medida, constituye un antojadizo inventario de antojos.

Voy a investirme también de Seleccionador Literario Hispanoamericano y de Seleccionador Literario Universal. Defiendo que las listas son el sistema filosófico de quienes no somos filósofos. Parecen ordenar la realidad, domesticar el caos, obran como una especie de álgebra terrenal para quienes no sabemos álgebra. Cualquier inventario encierra una cosmovisión.

Las personas que nos gustan y las que nos disgustan. Nuestras comidas favoritas y las que no soportamos. Los libros que nos hechizan y los que no han podido contagiarnos su hechizo. Las ciudades en las que nos gustaría vivir y en las que no viviríamos nunca. Las películas que nos encantan y las que no comprendemos cómo pueden encantar a los demás. Desde esta perspectiva que adopto como comisario de abastos, y no solo desde esta perspectiva, pensar y vivir consisten en establecer catálogos de cosas.

Podría pasarme los días escribiendo listas de preferencias, de aborrecimientos, de dudas: listas sobre cualquier asunto. Debo también un libro de listas, un inventario de inventarios. A lo mejor no he hecho otra cosa más que organizar enumeraciones de mis gustos en cada una de las páginas que he escrito. A menudo uno cree que medita acerca del universo, y lo único que consigue es hacer una urgente y apresurada lista de la compra.

Selección Literaria Hispanoamericana:

PORTERO: El Inca Garcilaso de la Vega.

DEFENSAS: Rómulo Gallegos, Bernal Díaz del Castillo, sor Juana Inés de la Cruz y José Hernández.

CENTROCAMPISTAS: Borges, García Márquez, Neruda y Rubén Darío.

DELANTEROS: Idea Vilariño y Juan Rulfo.

RESERVAS: Onetti, Carpentier, Roberto Arlt, Vargas Llosa, José María Arguedas, Julio Cortázar, Jorge Ibarguengoitia y Julio Ramón Ribeyro.

Selección Literaria Internacional:

PORTERO: Homero.

DEFENSAS: Dante, Shakespeare, Josep Pla, Pessoa.

CENTROCAMPISTAS: Dickens, Tolstói, Stendhal, Henry James.

DELANTEROS: Vladimir Nabokov y Faulkner.

RESERVAS: Tácito, Marcel Proust, Chéjov, Kafka, Joseph Conrad, Isak Dinesen, Joseph Joubert y Coetzee.

En el fondo, creo que las celebraciones de los goles de nuestro equipo favorito —y no solo de él— deberían a veces ser manifestaciones de éxtasis salvaje. Algunos goles habrían de celebrarse como se celebran el amor y el deseo en las bodas gitanas: cantando, gritando, rompiéndose la camisa. Sobre todo rompiéndose la camisa, por lo que se ve, por haber asistido al milagro, por haber tenido la fortuna de estar allí en el momento justo en que han confluído los cuerpos celestes. Rompiéndonos la camiseta del equipo, la chaqueta del empresario, el vestido de la señora de la fila 3, el chaleco antibalas del policía nacional, lo que llevemos puesto.

La gran rompida. Porque ya no se puede aguantar más, porque ya no se cabe en sí de tan contentos, porque nos desbordamos de no se sabe qué, nos rezumamos de no sabemos cómo; porque hasta aquí hemos llegado, porque no damos crédito, porque baje Dios y lo vea.

Al gol deberían seguir algunos minutos de santería, con espasmos y descoyuntamientos, con los ojos en blanco y parlamentos en lenguas extranjeras que ignoramos. Una cosa ñaña, con palos, y cencerros, y tambores, y sonajas, y campanillas. Con mucho yogobongo, y mucho oboné amaná, y narobía morumbe, y todo el ecoyo cuna, y la awuana pomponentio. La rebambaramba, que es la rehostia confitada en africano venido de Cuba, hasta las cejas de roncito bueno.

Pero la verdad es que nos hemos vuelto muy civilizados, muy corteses, muy comedidos, incluso en los territorios del éxtasis dionisiaco. Las buenas maneras, que son una conquista irrenunciable de la vida en sociedad, nos han domesticado, y nos han echado a perder la alegría feroz.

Siento a veces una envidia ancestral y secreta, cuando veo retransmisiones deportivas de la Copa de África, y cómo celebran los goles, con sus bailes enajenados, con su ulular bereber, con sus escándalos tribales.

Si no fuera por algunos pequeños inconvenientes de orden público, los goles habría que celebrarlos entrechocando sables y cimitarras, y, sobre todo, disparando al cielo ráfagas de AK-47.

La gran rompida.

El otro día leí en *Panenka* (una de las pocas revistas de fútbol con vocación de que lo escrito no se convierta al día siguiente en papel de envolver castañas asadas) una anécdota estupenda de Luis Aragonés, durante la Eurocopa del 2008.

Ocurrió durante la charla táctica previa a la final del Campeonato. Luis estaba serio, pero a la vez exultante. Se plantó delante de sus jugadores, que estaban sentados en sillas de brazo, en la sala del hotel en donde se concentraban. El rival era la selección alemana, y jugar contra ellos constituye siempre sufrir un cólico nefrítico. Luis comenzó su charla:

—Sé de muy buena tinta por mis informes que su cerebro, el creador, está lesionado y no va a jugar. Estamos de suerte. Seguro que conseguimos generar superioridad en el centro del campo. Los alemanes, sin él, no son nadie. Están perdidos y a merced de nuestro juego de posesión. Así que ya sabéis lo que hay que hacer.

Los jugadores se miraban los unos a los otros, sin entender del todo a quién se refería Aragonés, hasta que Xavi Hernández, entonces uno de los veteranos de la selección, se atrevió a hablar.

—Míster, ¿a quién se refiere usted cuando habla de su cerebro?

—¿A quién cojones me voy a referir? Parecéis tontos, joder. Me refiero a Wallace, claro. ¿De quién iba a hablar, si no?

Los jugadores, hecha la aclaración, empezaron a mirarse todavía más entre ellos, sin haber entendido nada de nada. Luis siguió durante unos minutos explicando la estrategia del partido, que por lo que se suele decir podría resumirse en el sermón de la montaña, con pequeñas variaciones técnicas: Salid ahí, corred, jugad al fútbol y marcad un gol más que el contrario.

Hasta que de nuevo Xavi, con cierto temor reverencial le interrumpió.

—Míster, ¿se puede saber quién es Wallace?

—¿Wallace? Joder: pues Wallace, su mejor jugador, el grandote moreno, el capitán del equipo, coño, el capitán.

—Míster, creo que usted se refiere a Ballack.

—Pues claro que me refiero a él: a Ballack, a Wallace, que viene a ser lo mismo cuando se pronuncia como es debido en correcto alemán.

Estoy leyendo las memorias de Iniesta que ha publicado mi amigo Malcolm Barral en Malpaso. Son entretenidas, escritas con un aire funcional que las vuelve gratas, fluyen sin obstáculos, y los periodistas que las firman tienen el buen gusto de desaparecer, en apariencia, detrás de las voces que dan su testimonio acerca del jugador. Digo en apariencia, porque los que escriben, los que seleccionan, los que corrigen, los que dosifican y pautan, a la hora de la verdad, son esos periodistas que quedan, como es lógico, en segundo plano.

Las autobiografías de ese género —autobiografías con negro, con *ghostwriter*— siempre pertenecen más al biógrafo que al biografiado, al menos para quienes entendemos que la realidad de una autobiografía consiste en el texto, en el tejido verbal que la constituye, y no del todo en las anécdotas de la vida del personaje.

Esas anécdotas tienen su importancia, claro está, pero la tienen en función de las palabras con las que se cuentan. La elección de determinadas palabras, engarzadas de determinada forma en frases, para construir determinados párrafos, que a su vez avanzarán a lo largo de las páginas del libro, formando capítulos y secciones, hasta el punto final del texto, *son* las anécdotas biográficas del individuo que cuenta su vida con la ayuda de un escritor a sueldo.

La evidencia de que en un libro no existen personas, ni animales, ni cosas, sino solo palabras dispuestas de determinada manera, para crear la ilusión de que allí, en el libro, hay cosas, animales y personas (también animalitos que hablan de fútbol como personas educadas), conviene repetirla a menudo. La vida que se narra no es que dependa de cómo se narre: es que *es* lo que se narra, en el modo exacto en que se narra.

A menudo, este asunto de la sustancia verbal de lo literario no termina de estar claro ni para muchos buenos lectores ni para muchos escritores, porque no siempre quien utiliza unas tenazas tiene por qué preguntarse por las palancas que se producen durante la acción de utilizar unas tenazas, ni por las fuerzas contrarias que se establecen al hacer uso de ellas. No obstante, ese género de aclaraciones creo que siempre es pertinente y útil, además de proporcionarme el placer del onanismo reflexivo.

Digamos que, más que la vida de Andrés Iniesta, a lo que asistimos es a un discurso de naturaleza verbal que erige la ficción de resucitar ciertos

episodios de la vida de Andrés Iniesta.

En lo que llevo leído, da que pensar el capítulo en que se cuenta la llegada de Iniesta, con doce años, a La Masía, la sensación de orfandad que le invade, y los remordimientos que debieron de sufrir sus padres por el hecho de abandonarlo allí.

Digo abandonarlo, porque no hay otra forma de decirlo, al menos desde mi experiencia de padre baboso. Ignoro lo que sienten los demás, pero cada vez que he dejado a mis hijos en la guardería, en el colegio, en casa de sus amigos, me ha invadido una exagerada, infundada e hipocondriaca idea de que los estaba abandonando. Todo lo que no sea estar conmigo y con su madre, por más años que transcurran, ahora que aún no son adultos, significa una traición a mis deberes paternos. Me imagino que a algunos les parecerá absurdo, si no estúpido, pero el hecho es que lo siento así, y trato de aprender a sobrellevarlo. Los hijos han venido al mundo para preocupar a sus padres, y los míos han venido para preocuparme a mí en particular.

En mis aprensiones creo que alcanzo a hacerme cargo de lo que debieron de sentir los padres de Iniesta la primera noche de su hijo en La Masía, cuando se fueron al hotel, cerraron la puerta de la habitación y se miraron a la cara. Parece que su padre estuvo a punto de volver a por él para marcharse al pueblo todos juntos de nuevo, pero que fue su madre la que se mostró más fuerte que el resto de la familia, y decidió que no se daba marcha atrás.

Las mujeres, a quienes la psicología de mesa camilla atribuye un mayor grado de sentimentalidad, suelen ser las que, en la mayor parte de las grandes decisiones vitales, obran con más valentía práctica y sin dejarse llevar por sentimentalidad alguna. Tengo la indemostrable certeza de que el universo afectivo, que es el universo en el que vivimos la mayor parte de la humanidad, durante la mayor parte del tiempo, y que es el más importante para el buen funcionamiento universal, está regido, en la sombra y a la luz del día, por la voluntad de hierro de las mujeres.

Por lo que se deduce de la lectura, parece que el niño Iniesta, en La Masía, fue un niño profundamente desgarrado durante mucho tiempo. Lloraba todas las noches, y se sentía morir cada vez que pensaba en sus padres y en el resto de su familia. También parece que sabía apartar esa tristeza cada vez que entrenaba y jugaba al fútbol, porque la mayor parte de sus entrenadores y cuidadores no tuvieron jamás ni idea de hasta qué punto se sentía triste Andrés, quien, a pesar de los pesares, nunca flaqueó y siguió en La Masía para cumplir el sueño de sus padres y el suyo propio. Han sabido de su angustia años después, por sus confesiones.

Quienes sí pudieron percibir ese grado de desarraigo y tristeza fueron sus compañeros más cercanos, los que compartían habitación con él, sus confidentes. Lo cierto es que nunca sabemos ni podremos saber cuál es la verdadera angustia de quienes nos rodean, porque la angustia ni es demasiado visible, por lo común, ni resulta mensurable. Lo decisivo siempre ocurre de puertas para adentro del espíritu, pertenece a la intimidad incommunicable. Somos opacos, por muy transparentes que queramos ser. O, a lo sumo, translúcidos, que es una manera engañosa de ser opacos desde el punto de vista sentimental.

Cuando el balón aparecía, ya fuese en el campo de entrenamiento o en los días de competición —así como en los partidos improvisados en la residencia antes de dormir, con una pelota de tenis—, las congojas y los sufrimientos desaparecían, se aplazaban, dejaban de existir.

De todo ello se entiende algo fundamental para quien practica el fútbol desde niño, y, sobre todo, para los niños que practican el fútbol: el fútbol representa una forma de salvación, una manera de vivir, una forma de entender el mundo. Igual que la literatura para los lectores verdaderos, para los escritores. Igual que cualquier vocación profunda para quien tiene la suerte de sentirla. La fidelidad a cualquier chifladura benéfica que sintamos concede razones para seguir contento en este planeta, que es de lo que se trata.

No obstante, a medida que leía esas páginas, he pensado que la verdadera novela no está en los padecimientos de Iniesta, quien, al fin y al cabo, logró ser feliz mientras se preparaba para convertirse en uno de los mejores jugadores de toda la historia del fútbol, y posiblemente en el mejor jugador español de toda la historia. La novela está en el sufrimiento de todos aquellos niños que lloraron en La Masía por las noches, y a quienes se los ha tragado la implacable masticación de ese deporte. Los que se lesionaron y cayeron en el cráter del volcán. Los que se perdieron en categorías de poca importancia y se los comió la ballena. Los que no soportaron el monacato y los devoró el lobo.

Los internados, aunque sean de lujo y dedicados a un asunto que tiene como base la alegría (la alegría de jugar al fútbol), son internados. Los recalcitrantes, con su parte de razón, argumentan que se trata de un negocio. Puede que sí, pero ¿quién ha dicho que hacer buenos negocios sea malo?

Hay muchos progres de pacotilla que cuando escuchan la palabra negocio entienden usura, o explotación, o abuso, cuando lo cierto es que los negocios buenos —los negocios en que las dos partes obtienen un claro beneficio— constituyen la base del correcto funcionamiento de las cosas. Además, los

negocios, los tratos, los trueques, los intercambios forman parte no ya del engranaje de lo social, sino de la misma naturaleza humana, de nuestros mecanismos psíquicos primarios. Somos chalanes, incluso los que no sabemos sacar partido material de casi nada. Somos buhoneros, tratantes de ganado, revendedores, lo que ocurre es que con el tiempo lo hemos ido olvidando, nos hemos afincado en algún lugar, hemos abandonado el nomadismo y hemos acudido a la escuela y aprendido a leer y escribir.

Me acuerdo del internado de los Dominicos, en mi colegio de la Gran Vía de Valencia. Los externos mirábamos a los internos con una suerte de compasión reverencial. No me cabía en la cabeza que hubiese niños que no volvieran a sus casas al finalizar las clases del día, y más aún que no volvieran los fines de semana ni a veces durante las fiestas de Navidad. Se me encogía el corazón solo con pensar en que pudiera convertirme en un interno. Esa posibilidad, por remota que fuese, por imposible que la creyera, me aterrorizaba. Interno equivalía a preso, a abandonado, pero sobre todo equivalía a permanecer lejos del amor de mis padres, a dudar de dicho amor.

Cada caso era un caso, y la mayor parte de las veces el acto de mandar a un hijo al internado del colegio representaba el sacrificio espiritual y laboral de las familias, que deseaban para sus niños un buen futuro, a ser posible mejor que el de sus padres. Pero detrás de cada caso había, seguro, una historia distinta.

A veces a los niños se los internaba, y se los interna, para perderlos de vista, para que estudien, contra su voluntad, algo que desean los mayores, para que se endurezcan con vistas a lo que vendrá en el futuro. Detrás de cada alumno interno existe la novela de una vida.

¿Cuántas lágrimas de niños se han vertido en los internados? Las lágrimas de los niños son las más tristes de la creación, y ponen al descubierto la raíz trágica del mundo. Nos convierten a todos los adultos en culpables. Culpables de no sabemos qué. Culpables de lo que sea.

Con mi hijo Carlos juega ahora en el Alevín B del Villarreal Miguel Morlanes, el hermano pequeño de Manu Morlanes, internacional de las categorías inferiores de la selección española, y uno de los jugadores más prometedores de la cantera. Este año alterna los partidos con los dos equipos filiales, el Villarreal B y el C, y de vez en cuando entrena con el primer equipo. Lleva en la residencia del Villarreal desde los catorce años. Ahora va a cumplir dieciocho.

Sus padres, Mamen y Michel, me cuentan lo duro y trabajoso que ha sido para ellos, que son de Zaragoza, sobrellevar todos estos años —después de cuatro temporadas en el Villarreal— yendo y viniendo cada fin de semana para ver jugar a Manu, regresando después casi siempre a Zaragoza, y devolviéndolo a Villarreal los domingos por la tarde.

Este año, antes de cumplir los dieciocho Manu, han decidido buscar una casa en Villarreal, Mamen se ha pedido una excedencia y se han venido ella y Miguel, el pequeño, a vivir con Manu en el pueblo. Michel, el padre, es quien viaja entre Zaragoza y Villarreal: viene el jueves y se vuelve a trabajar el lunes.

Aunque seguro que tuvo que haber temporadas malas para Manu, tengo la impresión de que la vida en la residencia —en el internado, digamos— no fue desgarradora. Me cuenta Michel que su hijo, que por entonces jugaba en los infantiles del Zaragoza, en cuanto vio la Ciudad Deportiva del Villarreal, durante la visita de cortesía que hicieron para corresponder al interés del club, no paró de darle pellizcos y apretones de mano para llamar su atención y hacerle comprender que quería quedarse allí.

Cada caso es un caso. Cada cual lleva a su manera la soledad, el alejamiento de la familia, las horas muertas infantiles entre entrenamiento y entrenamiento, entre partido y partido.

Cuando uno ve a esta familia, tan cordial, tan sensata, tan con los pies en el suelo (a pesar de que ya escuchan elogios enormes acerca de su hijo, y lo han visto ser internacional), no puedo sino admirar esa parte del fútbol que transforma a los adolescentes en individuos sanos y felices, porque disponen de una idea de destino, por muy vaga que sea esa idea. Puede que todas las ilusiones sean tarde o temprano ilusiones perdidas, pero el que vive ilusionado gana para sí mismo el mejor modo de vivir.

No sé cuántos ejemplares lleva vendidos la autobiografía de Iniesta, ni cuántos venderá, pero seguro que muchos miles menos de lo que sería razonable suponer. Me encantaría que se vendiesen cientos de miles en España, por sus editores sobre todo. Sin embargo, los cálculos que algunos pueden hacerse sobre el asunto lo más probable es que resulten erróneos.

La ecuación siguiente, en el universo de los libros —en el universo de la venta de libros—, siempre es absurda: si Iniesta es un jugador conocido en todo el mundo, admirado por millones de espectadores en los cinco continentes, lo lógico sería que al menos un cinco por ciento de sus admiradores, como poco, sintiera interés por leer un libro en donde cuenta su vida y cómo llegó a convertirse en el individuo que es. Sin necesidad de excedernos en nuestro optimismo, en España deberían venderse seiscientos o setecientos mil ejemplares, y varios millones en el mundo de la lengua española (por no incluir las traducciones a casi todos los idiomas mayoritarios). Pero me temo que no sucederá así.

A la hora de la verdad, a los espectadores, a los admiradores, a los conocedores les supone un dolor de muelas ir a una librería, comprar un libro sobre aquello que se supone que los entusiasma, y ponerse a leerlo. Por lo general, a la gente le suele parecer una buena idea que haya quien escriba, siempre y cuando no le obliguen a leer lo escrito.

Cuando reuní, como editor literario, hace unos años una serie de textos taurinos en el volumen *Sentimiento del toreo*, no me hice muchas ilusiones acerca de las ventas, pero la realidad fue aún más decepcionante que mis escasas ilusiones. Se podría pensar que si los toros cuentan en el mundo con algunos millones de aficionados (muchos menos, claro está, que el fútbol), al menos unos cuantos miles podrían estar interesados en comprar un volumen con artículos de Vargas Llosa, de Brines, de Ramón Gaya, de Felipe Benítez, de Claudio Rodríguez y de muchos más grandes escritores. Lo cierto es que la primera tirada, de unos pocos miles de ejemplares, no se agotó, y por consiguiente el libro no se ha reeditado.

Se podría argumentar que una cosa son los toros y el fútbol, y que otra muy distinta lo que se escribe acerca del fútbol y los toros. La verdad es que así lo sienten, según parece, la mayor parte de los espectadores, a tenor de cuáles son las cifras de ventas de los libros que tratan sobre estos asuntos.

Pero el caso es que el fútbol y los toros son lo que son en buena medida por la leyenda que los envuelve, por su esencia narrativa, por su aire legendario, que se ha transmitido de manera oral, de boca en boca, y también, por supuesto, por escrito. Esta circunstancia suele traer sin cuidado a la mayoría de los consumidores de esos entretenimientos, pero su descuido no cambia la naturaleza de los hechos: sin literatura que engrandezca el deporte del fútbol y el ritual de los toros, ni lo uno ni lo otro adquieren su auténtica importancia. Está claro que estas reflexiones importan un carajo a las multitudes taurinas y futboleras, pero eso no les quita ni una brizna de verdad.

A la gente le suele hacer gracia que existan escritores, incluso conocerlos (sobre todo cuando ganan un premio, o salen en televisión, o aparecen en alguna entrevista de los periódicos, o todo juntamente); pero ese contento les dura poco, o al menos repercute poco en su aparato motriz, que es el aparato que debería llevarlos hasta una librería, guiados por la curiosidad, para comprar algún libro del escritor que conocen.

Nunca sucede así. Una vez conocido el escritor, pasa a formar parte del museo de curiosidades de cada cual, y se permanece a la espera de que el autor regale su libro. Un libro que, por regla general, si llega a ser regalado, no será leído, porque la gente no tiene tiempo para nada, y menos para leer.

Por lo que me ha enseñado la experiencia, el conocimiento de que alguien cercano escribe libros se acostumbra a encajar con una sorpresa entrañable. Joder: el vecino es poeta. Joder: el marido de Ángeles escribe novelas. Joder: Marzal, el de clase, resulta que ha salido en el periódico. Una sorpresa que, por supuesto, no representa ningún compromiso de lectura. Enhorabuena, pero es que yo no soy muy de leer, te dicen algunos. Y no pasa nada. Yo tampoco soy muy de hacer leer a nadie lo que escribo.

En mi ingenuidad, pensaba en mis primeros años de escritor que, si yo me enterase de que, por ejemplo, un compañero de trabajo, en sus horas libres, hacía mantones de Manila de forma más o menos profesional, se me despertaría la curiosidad de ver esos mantones, y que le regalaría uno a mi mujer, pongamos por caso. Llevando ese razonamiento falaz hasta su extremo, creía que si mis compañeros de instituto, cuando yo trabajaba como profesor de bachillerato, se enteraban de que escribía libros, un buen porcentaje de ellos sentiría la curiosidad de leerlos. Pero a la hora de la verdad, solo dos o tres padecían dicho impulso.

A casi todos mis compañeros, estoy seguro, les alegraba tener un conocido escritor, pero esa alegría no acostumbraba a tener la fuerza suficiente para gastarse el dinero en los libros que escribía. El hecho de tener

rondando cerca de nosotros a un escritor —parece que pensaban mis compinches laborales— constituye una circunstancia exótica, pero solo eso, como constituye una circunstancia exótica que un primo segundo tenga un guacamayo. Ahora bien, no por eso nos vamos a comprar un guacamayo o una guía ilustrada de aves exóticas escrita por un primo segundo.

Este libro, si tenemos en cuenta la cantidad de millones de aficionados al fútbol que hay en el universo, y el hecho incontrovertible de que explica a esos millones de aficionados la razón última de por qué les gusta el fútbol, debería convertirme en multimillonario, cuando el éxito de la edición española empuje a centenares de editoriales de todo el mundo a traducirlo. (Además, yo sería un multimillonario espléndido, nada ostentoso, uno de los que da gusto ver, y me dedicaría a dar fiestas para los amigos, que durasen varios días, en mi villa de la costa de Valencia, y apadrinaría a artistas sin fortuna, y me entregaría a la filantropía más o menos indiscriminada a tiempo completo).

Pero no creo que suceda así, por una razón profunda, de carácter metafísico: la gente no tiene tiempo para nada. Y menos para leer libros. (Salvo en verano, una época en donde a la gente se le despierta el apetito de leer trilogías noruegas de varios miles de páginas).

Ni siquiera tiene tiempo para leer magistrales libros futbolísticos que aclaran sus pasiones y conceden la clave de la felicidad eterna. Porque este libro, en el fondo, es un libro de autoayuda. Nada hay tan provechoso para librarnos de nuestros demonios como pegar patadas a un balón, aunque sea a través de terceros.

A menudo, cuando se trata el asunto de los niños deportistas, algunos opinólogos se rasgan las vestiduras y traen a colación el consabido asunto de las infancias robadas. Se habla entonces de tráfico de carne infantil para el enriquecimiento de los clubes, de los agentes, de los intermediarios, del sistema deportivo en general.

Seguro que hay casos de comercio desalmado de niños y jóvenes de todos los países del mundo, traídos y llevados de un lugar a otro, para jugar al fútbol, con falsas promesas, con expectativas engañosas, con intenciones fraudulentas. Pero, por lo común, los niños que se dedican a jugar al fútbol, en las canteras que se pueden permitir tener a niños de otros países, son privilegiados que pasan su infancia y juventud haciendo lo que les gusta.

La infancia siempre se nos roba de una u otra manera. La infancia siempre termina igual: se nos expulsa de su centro; se nos arroja, con una espada de fuego, del paraíso. Lo hace el arcángel que carga sobre sus alas el tiempo. La infancia siempre acaba mal: convirtiéndonos en adultos, una de las peores cosas que podemos ser, sobre todo después de haber sido niños.

Las verdaderas infancias robadas son las de los niños soldados africanos, las de los niños obreros de los suburbios asiáticos, las de los niños campesinos de las montañas peruanas, las de los niños sin apenas comida de nuestras ciudades depauperadas después de los recortes y las crisis, todas las crisis y los recortes eternos que afectan a nuestras ciudades.

Me imagino que siempre habrá quien prefiera que un niño siga descalzo, dando patadas a un balón roto, en los suburbios de Johannesburgo, en vez de que forme parte de un perverso club europeo de fútbol que le roba la infancia; pero yo prefiero que haya perversos ojeadores, intermediarios, entrenadores y presidentes de clubes de fútbol que quieran hacer un hipotético negocio futuro con ciertos niños talentosos para el deporte.

Por lo demás, los niños que estudian la carrera de violín en el conservatorio de su ciudad, pierden la infancia estudiando violín. Los jóvenes que estudian la carrera de Medicina, a su manera también pierden la juventud estudiando Microbiología. Los opositores a la Abogacía del Estado, o al cuerpo de fiscales, o a la judicatura, pierden los mejores años de su vida opositando, en lugar de estar tumbados en una playa de isla Mauricio, siempre y cuando se crea que el acto de estar tumbado en una playa de isla Mauricio

constituye una forma de aprovechar la vida. Quienes trabajan en una cadena de montaje, ensamblando piezas de automóvil, pierden su madurez trabajando en una cadena de montaje. Los que se pasan horas y horas, día tras día, escribiendo una novela, o un poemario, o un ensayo sobre fútbol, pierden una buena parte del tiempo que les toca vivir, trabajando en escribir un buen libro, el mejor del que son capaces.

Todos perdemos algo, porque estar vivos consiste en ir perdiendo cosas, en ir dejándonos por el camino aquello que nos constituye, que nos concede identidad. El verbo que más se conjuga a lo largo de una vida es el verbo perder.

De manera que no nos vengan con la monserga de la infancia robada. El tener una vocación, un sueño motriz, representa tal vez la única forma de que nos roben con nuestro consentimiento, con nuestro beneplácito.

Está claro que muchos de esos niños futbolistas fracasarán, si se entiende por fracaso el hecho de no llegar a ser profesionales, de no terminar viviendo del fútbol. Pero esa forma de entender los asuntos del mundo es de una estrechez de miras y de una catetería extremas.

Solo fracasa quien posee ideas pedestres acerca del éxito: ese éxito obscuro de la sociedad del espectáculo, asociado a la opulencia de la cuenta corriente y al cacareo de la fama. Sin embargo, nadie que se dedique a hacer lo que le gusta fracasa jamás.

Los triunfadores son todos aquellos que están contentos con lo que hacen, hagan lo que hagan.

Hasta que llegue el momento de que fracasemos todos yéndonos con nuestra música a otra parte.

El domingo por la noche fui con Carlos a El Madrigal, para ver el partido entre el Villarreal y el Celta. Es un campo estupendo, de tamaño medio (veinticinco mil espectadores), y se ve el fútbol muy bien desde cualquier lugar del estadio. Tenemos nuestros pases en el Fondo Sur, en la fila dieciséis, a una altura magnífica.

Tal vez sea uno de los campos más pacíficos de España, a Dios gracias. A la afición la llaman «los comepipas». (Parece que ahora un hincha del Atleti ha troleado el buscador de Google y, si escribes «comepipas», te conduce hasta el Santiago Bernabéu). A algunos les puede parecer un insulto, pero la verdad es que constituye un calificativo esplendoroso, porque señala que uno puede ir al campo tranquilo, con sus hijos, a pasar un buen rato, con espíritu intrascendente para disfrutar de la trascendencia del fútbol.

Dicho esto, hay una parte del Mister Hyde futbolístico que uno lleva dentro que echa en falta la grada atronadora de algunos estadios, el color energuménico de las aficiones desquiciadas que no paran de animar a su equipo (y de insultar al rival, algo que me desagrada profundamente). Nunca es perjudicial para la salud, al menos cada cierto tiempo, una catarsis por mediación del escándalo, una apoteosis del ruido, como las mascletás valencianas de las Fallas, tan difíciles de entender para algunos estrechos. Un baño de incruenta algarabía terapéutica equivale algunas veces a una estancia en un balneario gallego, rebozándonos en algas y barro y degustando aguas de propiedades depurativas.

La gente del pueblo va a El Madrigal como si fuese a pasar un día de playa, pero sin la sombrilla, porque molestaría a los vecinos de asiento. Muchos miles van vestidos con la camiseta amarilla del Submarino, y se llevan la merienda, o la cena.

Mis vecinas de abono nos han adoptado a Carlos y a mí, y nos ceban con galletas, con pasteles, con lo que lleven encima. Ya me han anunciado que traerán una manta térmica especial para cuando apriete el frío, porque han visto que Carlos es friolero, algo que han interpretado, quién sabe por qué, como un síntoma de distinción inteligente. El domingo mi hijo estuvo hablando más de quince minutos con su vecino de asiento, un hombre de sesenta y tantos, aleccionándolo sobre el origen de cada jugador del Celta,

sobre sus equipos anteriores, sobre las estadísticas de las últimas temporadas, sobre la pronunciación de los apellidos congoleños, o ghaneses.

Cuando cerró su conferencia de erudito, el hombre me miró con mucha seriedad y me dijo: «Es un sabio». «Y que usted lo diga», le respondí, y me comí unas galletitas saladas de cóctel que me ofrecía mi amiga colindante, y que estaban muy ricas.

Esto es lo que se conoce como costumbrismo biográfico, y este fragmento lo que se llama literatura de costumbres. Quede constancia de ello.

Ya he dicho aquí que me parece que el fútbol, a pesar de los millones de variaciones efectivas que se establecen durante el juego, no es un juego de infinitas variaciones tácticas: no existen, por así decir, infinitas maneras de jugar al fútbol, a pesar de que los desarrollos de los infinitos partidos posibles nunca sean iguales ni puedan serlo.

Las revoluciones en los llamados «estilos» de los equipos, en las «filosofías» de juego de los entrenadores, provienen en la actualidad, muchas veces, de los detalles externos que se consiguen trasladar al interior del propio fútbol. Pasan del ámbito privado al vestuario. La alimentación, por ejemplo, de los jugadores.

La intervención de los dietistas, de los nutricionistas, de los endocrinos, para modificar la forma de comer y el contenido de las comidas de los jugadores, se ha convertido en decisiva para los deportistas de todas las especialidades, también del fútbol. Somos lo que comemos. Corremos como comemos. Sudamos como comemos.

Aguantamos la intensidad de noventa minutos de alta competición como comemos.

Parece clara la influencia de la alimentación a la hora de prevenir lesiones y mejorar la recuperación después de los esfuerzos. Además, el convencimiento del propio jugador establece un efecto hipnótico sobre sí mismo: el que está convencido de que su nueva manera de comer representa un beneficio real recibe el beneficio de su certidumbre y el de la alimentación.

El efecto placebo de cualquier medida adoptada por propia voluntad, sea o no dicha medida un placebo, constituye una garantía terapéutica. Cuando ingerimos una medicina que consideramos efectiva para nuestra dolencia, junto con el efecto provechoso del fármaco recibimos el efecto positivo — placebo también— de nuestra misma certeza. Somos animalitos que nos sugestionamos con enorme facilidad. Las palabras de un buen o mal diagnóstico nos hacen enfermar o nos curan al instante. Lo sabe quien lo probó.

Las grandes revoluciones de los equipos revolucionarios se sustentan a menudo en una suma de enormes minucias que no son todas de índole futbolística. Estoy convencido de ello: el trabajo dedicado a la recuperación muscular, con las máquinas criogénicas y las piscinas de agua helada; la

experimentación con nuevas máquinas de ejercicio estático en los gimnasios, a menudo procedentes del *fitness*, del pilates, del yoga; el trabajo específico de los psicólogos, de los analistas estadísticos, de los redactores de informes. El fútbol también es una disciplina que se sirve de la alta tecnología.

Los equipos de algunos entrenadores viajan a la ciudad de su rival, siempre que sea posible, en el mismo día del partido, para evitar las interminables horas de concentración en los hoteles, y el aburrimiento que eso supone. Algunos entrenadores obligan a que sus jugadores coman juntos después de los entrenamientos, para asegurarse de lo que comen y cómo lo comen. Algunos entrenadores introducen actividades de estimulación indirecta para cultivar el espíritu de la plantilla: proyectan vídeos de motivación, relacionados con otras disciplinas y con otros mundos ajenos al fútbol; programan charlas de especialistas en asuntos poco futbolísticos en apariencia, fomentan los compromisos del grupo.

Buena parte de las revoluciones generadas en los equipos provienen de la suma de pequeñas modificaciones, tendentes casi todas a convertir al futbolista en un profesional que trabaje para el fútbol durante las veinticuatro horas del día, incluidas todas aquellas horas en que se pretende que olvide el fútbol, como una medida más de entrenamiento a través de la relajación.

Tengo la impresión de que cada vez son menos los entrenadores cerriles, los partidarios de la boina y el garrote futbolístico, los defensores del primitivismo infantil de otros tiempos. El «entrenador» moderno es una estructura de entrenadores, de ayudantes, de técnicos especialistas al servicio del control absoluto de todo lo que envuelve el juego.

En relación con este asunto, me contaron el otro día una anécdota del Atlético de Madrid y de Simeone, y demuestra, sea cierta o no, cómo los detalles psicológicos, las minucias de comportamiento del grupo, constituyen la esencia de un equipo.

Cuando Cani abandonó el Villarreal por desavenencias con Marcelino, su entrenador, fichó durante unos meses por el Atlético de Madrid. Parece que, durante el descanso de uno de los partidos en los que intervino como titular, lo llamaron a capítulo los capitanes (Gabi, Godín y Tiago), lo apartaron en un rincón del vestuario y le leyeron el memorial de agravios que tenían recién escrito. El Cholo observaba desde la distancia, acodado en el quicio de la mancebía.

¿Por qué no has metido la pierna para robar el balón en la jugada en que corría X por la banda? ¿Por qué no has disputado de cabeza la pelota que te ha llegado en el minuto veinte? ¿Por qué no has hecho una ayuda defensiva a

tu lateral, cuando han contraatacado en superioridad al final de la primera parte? Y así un buen rato: toda esta filípica a un jugador con galones en Primera División y con el culo pelado de haber jugado más de cuatrocientos partidos de máximo nivel.

Después de acabado el Concilio Vaticano II de los capitanes, Simeone se acercó, y, sin nada más que añadir, mandó a Cani a la ducha y lo sustituyó por un reserva. Pocos meses después, Cani se marchó al Deportivo de La Coruña.

Al parecer, Simeone ha logrado con su convencimiento, con su control del vestuario, con su trabajo físico extenuante, con la intensidad emocional que imprime a sus jugadores, crear una cofradía de creyentes: creyentes en esa idea sacrificial del fútbol (el sacrificio individual y colectivo al servicio de la calidad indiscutible de todos sus futbolistas).

El Atleti tiene hoy en día algo de ejército, de cuerpo militar de élite, dirigido por un visionario muy duro con ciertos arrebatos de misticismo. Después de perder la segunda final de Champions, amenazó con dejar el club y dijo, inspirado por el Espíritu Santo: «Perder ha sido una muerte, ahora tiene que haber un duelo y un periodo de luto». (Si hubiera con frecuencia declaraciones de este tono, el fútbol se estudiaría como un género literario más en las facultades de Filología).

Lo que el Cholo le hizo saber a Cani es que nada escapaba a su control, porque su control empezaba por cada una de las piezas de su equipo. No tiene que incentivar ni estimular a sus jugadores, porque cada uno de ellos ya es un instrumento de estimulación e incentivación del grupo. Ha transformado a los jugadores en apéndices de sí mismo al servicio de una forma de entender el fútbol. Ahí, en ese pequeño detalle, estriba la gran diferencia de su equipo, entre otros muchos pequeños detalles.

La nostalgia suele ser un mecanismo para la fabricación de falsedades, de inexactitudes, de exageraciones sin fundamento. Pero la pátina nostálgica que imprimimos a los objetos que fabricamos nos los vuelve apetecibles. La mayor parte de todo lo que añoramos del pasado, no es añoranza de asuntos concretos, sino simple añoranza del tiempo pasado; es decir, simple añoranza de un tiempo en que fuimos jóvenes y fuertes.

El pasado. Uf, qué asunto de conversación, de reflexión, de escritura. No se acaba jamás. De mirar hacia él han vivido durante siglos la mayor parte de los artistas.

A veces me da por añorar la grada de general de pie de Mestalla, donde tenía con mi hermano el pase (entonces no se llamaban abonos), cuando éramos niños. En aquella época de socio viví el triunfo del Valencia de Di Stefano, como entrenador, en la liga de 1971. Yo tenía diez años. La ganó en la última jornada, de rebote, por una de esas inexplicables carambolas del azar, cuando todo se puso en contra. El Valencia perdió el último partido en Sarriá, contra el Español, y el Barça y el Atlético de Madrid, a quienes les hubiese bastado con ganar para ser campeones, empataron a uno y le dieron el título al Valencia.

Salvo en algunos campos ingleses y alemanes, supongo que en ningún sitio existe ya en Primera División la general de pie. No creo que la tolerásemos ahora en España, con la obligación de permanecer así —de pie— durante todo el partido, con el hacinamiento, con la incomodidad, con el peligro de las avalanchas, con el problema de los paraguas cuando llovía. Pero lo cierto es que algunas veces echo de menos todas aquellas incomodidades legendarias, como algunos personajes de Conrad añoran las calamidades que les sucedieron en el mar, solo por el hecho de que esas calamidades tuvieron lugar en la juventud. Cuando uno es joven, es fuerte, y cuando uno es joven y fuerte interpreta todo lo que le ocurre en clave de aventura.

Ocurre como con los viajes. Ni a punta de pistola viajaríamos hoy como viajábamos cuando éramos jóvenes, durmiendo en cualquier sitio, incluida la calle, malcomiendo, sin dinero para poder tomarnos una cerveza en la terraza de un café (que es una de las grandes actividades culturales a las que se puede dedicar un ser humano), o para entrar en un cine, o en un museo. Sin

embargo, aquella manera apache de viajar era la manera de viajar. Aquellos viajes fueron nuestros grandes viajes, los que nos enseñaron más acerca de nosotros, los que nos hicieron descubrir el mundo, aunque lo viésemos desde bastante lejos, con un escaparate de por medio que nos separaba del pastel.

En bastantes lugares de la grada de general de pie había unas barandillas blancas que la gente solía ocupar enseguida, porque permitían estar apoyados y descansar un poco. Si no había muchos espectadores, nos subíamos a la general de pie en la grada de la mar (que entonces tampoco se llamaba así ni era tan enorme como hoy; se la conocía como la grada de las banderas) y nos sentábamos en el escalón de cemento. Si en las Banderas había mucha gente, íbamos a las zonas de general de pie que había detrás de las porterías.

No sé por qué tengo grabado en la memoria un gol de Asensi, cuando jugaba en el Elche, marcado de falta indirecta en el fondo norte de Mestalla. Estaba muy ensayado el sistema. Alguien le levantó de cuchara la pelota, y Asensi empalmó una bolea sin dejar que botase, y la metió por la escuadra. Los fósiles que se depositan en las playas y en los bosques de la memoria son tan caprichosos como los fósiles auténticos. Después, cuando lo fichó el Barcelona, Asensi marcó tantos parecidos con ese mismo procedimiento. A veces Rexach le levantaba el balón, y a veces él se lo levantaba a Rexach.

En lo alto de la general de las banderas se colocaban las banderas de los equipos que participaban en el campeonato, según el orden que ocupaban en la clasificación. (A veces, la mejor forma de poner nombre a las cosas de la realidad consiste en no tener el más pequeño grado de imaginación nominadora).

Recuerdo el ruido de aquellas banderas, porque allí arriba soplaba mucho el viento: era un sonido seco, de sacudida bronquial espasmódica, mientras por la megafonía del campo se repetía un mantra de significado final insondable:

«Casa Cesáreo. Pollos asados, Casa Cesáreo».

«Casa Cesáreo. Pollos asados, Casa Cesáreo».

Y el locutor alargaba de forma inconfundible la a de Cesáreo: Casa Cesáááreo. Pollos asados, Casa Cesáááreo.

Todos los que estuvimos en Mestalla en aquellos tiempos, en los setenta y ochenta, tenemos grabada en el inconsciente aquella salmodia hostelero-avícola, y nos reconocemos en su música y en su enigma último. He olvidado el noventa y ocho por ciento de los versos que he leído, y casi todas las páginas de las novelas y ensayos; pero me acuerdo, como si la estuviese escuchando ahora, de aquella monserga dominical.

Se ha quedado en mí, reivindicando sus derechos mnemotécnicos junto a Quevedo, a Pessoa, a Shakespeare, a Manrique, a Brines, a todos aquellos de quien aún recuerdo algunas palabras.

La memoria es un aparato enormemente democrático y no diferencia entre alta y baja cultura, no discrimina entre grandes autores y ocasionales poetas anónimos. La memoria es un cachivache poco de fiar, pero el único cachivache que poseemos para acceder al botín de nuestros recuerdos.

En los setenta y ochenta, el pollo asado (o pollo *a l'ast*, como se dice por estas tierras) constituía una exquisitez, un lujo, el caviar beluga de una España pobre, como el cóctel de gambas con salsa rosa, las antonomasias lujuriantes de aquella gastronomía sin gastrónomos cursis. El pollo asado era un plato bendecido de domingo, como las bandejas de pasteles que comprábamos, después de haber ido a misa de doce, en las pastelerías del Ensanche: Moraima, Sanz, Lerma, Monplá, la Rosa de Jericó. La nostalgia representa una energía inacabable, el combustible del recuerdo, y el recuerdo, a su vez, el alimento de la nostalgia, en un círculo que no tiene principio ni fin.

Por lo que pudiese ocurrir, jamás fui a Casa Cesáreo a probar sus tan cacareados pollos. Algunos asuntos deben permanecer así para siempre: en un rincón mitológico de la conciencia, apenas tocados por nuestra mano.

La otra noche, cuando Carlos acabó el entrenamiento en Villarreal, apagaron todas las luces de la Ciudad Deportiva, salvo unos cuantos focos y farolas muy débiles, para que no tengamos que andar a oscuras. Estábamos a veintitantos de octubre, casi en noviembre, y cantaban las cigarras todavía a las nueve de la noche, escondidas en los campos de naranjos que rodean las instalaciones de Miralcamp.

Estaban los alrededores en silencio cuando caminábamos hacia el coche, y solo se oía la salmodia del cri, cri, cri. Nos hallábamos más cerca del invierno que del verano, pero las cigarras no querían darse por enteradas.

Me encantan esos paisajes imprevistos de extrarradio, en la penumbra, como los perfiles de las fábricas, como el horizonte de los contenedores apilados en los muelles. ¿Hay quien no siente la emoción extraña de las cementeras, de los tinglados, de las naves industriales vacías? Existe algo que sobrecoge en todo ello, como si de repente, al quedarse a oscuras, nos permitieran acceder a un secreto que durante el día, o con la luz eléctrica, permanece invisible.

Mientras andábamos por el aparcamiento a oscuras, trataba de que mi hijo reparase en ese tipo de detalles felices, convertido yo para siempre, seguro, en una suerte de abuelo Cebolleta lírico, a través de los imprevistos paisajes del fútbol.

La suma de minucias que rodean aquello que nos gusta es la esencia de aquello que nos gusta. Decimos que nos gusta alguien, pero en realidad se trata de una generalización, para abreviar, para no tener que proceder a la enumeración de todas las cosas que nos gustan en alguien.

A veces, a riesgo de convertirme en un pelma, trato de hacer que mis hijos reparen en lo sublime de algunos momentos: durante los viajes, en mitad de las celebraciones, en las comidas gloriosas, en las epifanías domésticas (en la casa de Serra, por ejemplo, en invierno, cuando estamos tumbados todos en los sofás, mirando la estufa encendida), al escuchar cierta música. Trato, en definitiva, de detener el tiempo para ellos, por así decir, de fijar en su conciencia lo que considero maravillas de la realidad, aun sabiendo que ni el tiempo se detiene, ni su conciencia almacenará lo que yo quiero, sino lo que a ellos les venga en gana, lo que a ellas (a sus conciencias) les apetezca rescatar.

Algunas mañanas, cuando hemos llegado muy temprano a los campos de fútbol, a las siete y media u ocho de la mañana, y están los aspersores del riego encendidos, y cae el agua entre la bruma, he sentido también que se abría por unos segundos una grieta de conocimiento en el paisaje, en la vida. Una grieta por la que nos asomamos, sin tiempo para ver del todo lo que hay más allá. Una grieta que se cierra de sopetón y que nos deja como antes: asombrados, dubitativos.

La otra noche, cuando cantaban las cigarras en Miralcamp, su insistencia parecía la confirmación de que el mayor placer verdadero consiste en la suma de placeres menores.

Casi he leído entera la autobiografía de Johan Cruyff, que me compré ayer en la Estación de Atocha, camino de Málaga.

Voy a participar en el jurado del Premio Emilio Prados, del que formo parte desde su primera convocatoria, hace diecisiete años ya. Si me hubiesen dicho que precisara la cantidad de años que lleva el premio en marcha, no lo hubiera sabido. Por lo común, las cosas para mí suelen tener siete u ocho años menos de los que tienen en verdad. Todo ha sucedido hace poco.

Cuando calculo ese género de asuntos, como sé que me voy a equivocar en varios años, añado de mi cosecha unos cuantos más, y de todas formas siempre me quedo corto. No sé si ese tipo de errores delata algún aspecto oscuro de mi personalidad, una represión cronológica profunda, por ejemplo; o si, por el contrario, descubre una manera de estar instalado en el tiempo como un huésped agradecido, para quien los acontecimientos son siempre demasiado breves y, por ello, parecen muy cercanos. Quién sabe.

La autobiografía de Cruyff me ha parecido muy amena. El personaje siempre ha estado nimbado de un halo picaresco, de hombre hecho a sí mismo, caprichoso y libre, y el texto lo confirma. Debió de ser un individuo tan atractivo y genial como insoportable, sobre todo para quienes estuviesen en su contra. Lo picaresco de su carácter tuvo que ser una de las razones últimas para que encajara tan bien en España, máxime en tiempos de Franco. Seguro que se encontró entre individuos que lo entendían y a quienes entendía.

No figura en el libro el nombre de ningún corrector, de ningún periodista que le ayudara en la redacción del texto, de ningún asesor, aunque parece poco probable que el gran Johan redactara de su puño y letra siquiera un borrador que después otros convirtieran en lo que leemos. No es de extrañar que no figure nadie: Cruyff no es precisamente alguien de quien se pudiera esperar que permitiese la impresión de otros nombres junto al suyo, no digo ya en la cubierta de su autobiografía, sino en los créditos anteriores al ISBN.

Fue un chico de las calles, y, como todos los chicos de las calles que triunfan lejos de ellas, reivindicó con orgullo ese pasado salvaje de su formación. Su madre lavó durante muchos años en casa sus camisetas del Ajax, incluso cuando jugaba en los equipos juveniles y filiales, y él mismo se

limpiaba sus botas después de cada partido y entrenamiento, de modo que sabía cuál era el estado de las suelas y los tacos.

De ahí que hable de la necesidad de que los jugadores profesionales estén con los pies en el suelo y no sean tratados como caprichosas estrellas del *rock*. De vez en cuando, en su época de entrenador del Barça, parece ser que mandaba a algunos de sus jugadores a limpiar los vestuarios y cortar el césped, como enseñanza franciscana, cuando entendía que estaban perdiendo el sentido de la realidad. Me habría gustado ver eso: a Cruyff ordenando los ejercicios espirituales, y a los jugadores sometiéndose al voto de limpieza.

La verdad es que soy un lector predispuesto a que las peripecias del gran Johan me gusten, porque fue uno de mis invencibles ídolos de infancia. Uno de aquellos jugadores que yo siempre me pedía ser cuando jugábamos al fútbol, en el patio del colegio o donde fuera, era Cruyff. Yo quería ser Cruyff. Yo era Cruyff mientras jugaba. Fui Cruyff cientos de veces. Miles.

Vi el Mundial del 74, en blanco y negro, en la colonia Notre-Dame du Jounié, en el sur de Francia, durante un verano de campamento que organizó mi colegio de los Dominicos de Valencia, y nunca olvidaré aquella selección holandesa de la Naranja Mecánica, con Krol, los hermanos Van de Kerkhof, Johnny Rep (que jugaría después en el Valencia, con Diarte y Kempes, en la mejor delantera valencianista de la historia, según mi criterio sentimental), Johan Neeskens, Arie Haan, Rensenbrink, Cruyff. El soponcio que me produjo que perdiesen la final contra la Alemania de Müller, Breitner y Beckenbauer todavía me dura. Aún no me explico cómo perdieron. Aún no se lo explica el mundo, aunque se argumente aquello de que así es el fútbol. ¿Cómo pudo suceder? ¿Por qué lo permitieron los dioses: los del fútbol y los de los demás negociados?

Es cierto que la historia ha terminado por ningunear, por así decir, a esa Alemania, porque todo amante del fútbol recuerda más a los holandeses que perdieron que a los vencedores. En ese género de revanchas existe una lírica encubierta de los acontecimientos, una justicia poética.

Me gusta mucho imaginar a Cruyff, desde la autoridad de su egotismo olímpico, mandando a, pongamos por caso, Guardiola, o a Stoichkov, o a Koeman, a limpiar los vestuarios del Camp Nou, o a ayudar a los utilleros, como cura de humildad, como ascesis del mundo, el demonio y la carne. El balón, con sangre entra también; con el cilicio reformista de estirpe holandesa.

A los jugadores del equipo de mi hijo, en el Villarreal, los obligan a transportar por turnos el material de entrenamiento, y guardarlo debajo de la

grada local del campo 5, en la Ciudad Deportiva, y también a llevarse los petos a casa y lavarlos. También deben ayudar a los entrenadores con los equipos más pequeños, en la persecución de objetivos técnicos y tácticos, por lo que deben asistir a los entrenamientos de esos equipos e implicarse en el trabajo.

Me parece una idea excelente. Si por mí fuese, ayudarían a los utilleros de los equipos juveniles y filiales a preparar el vestuario, echarían una mano en la lavandería, en la cafetería, en las cocinas, en el trabajo de los jardineros. Es una forma de convertir el fútbol en una completa forma de vida. De modo que quien se ponga la camiseta de un club, para salir al campo a jugar un partido, sepa al completo lo que ese club representa. Igual que un libro, el objeto, es el producto de un trabajo conjunto (del autor, pero también de los correctores de pruebas, del director editorial, de los impresores, de los jefes de prensa, de los fotógrafos de la casa, de los maquetadores), una patada a un balón debe ser el producto de todos y cada uno de los que trabajan en el club. El que sale al campo lleva a cuestas a unos cuantos cientos de personas sobre sus espaldas. A unos cuantos cientos de miles, si el club posee una historia como es debido.

Cuando Cruyff habla del Ajax (y en cierta forma del Barcelona, aunque no del mismo modo, porque no se suele sentir lo mismo hacia una madre que hacia una querida tía política), habla de «su». Ajax: del Ajax que lo formó, que se convirtió en su familia tras la muerte de su padre, que lo hizo jugador de fútbol profesional, y del que se siente no solo una pieza histórica necesaria, sino, también, copropietario espiritual e ideológico. Esa idea romántica del equipo como un universo autónomo que cuida de los suyos, y que fomenta un sentimiento de intimidad entre los integrantes del club, y entre los aficionados, constituye en sí misma una aventura de sentido profundo, una epopeya vital privada y colectiva a la vez.

Tengo la impresión de que Cruyff procuró ser siempre un individuo que se divertía haciendo lo que hacía, fuera lo que fuese. Ese género de personas mantiene viva durante toda su vida una parte de la infancia propia, un gen juguetero y gamberro al que nunca pueden dejar de estar biológicamente sometidos. Necesitan urdir diabluras, pasarlo bien, no tener la sensación de estar aburriéndose. A todos los asuntos, por serios que sean, les imprimen una pátina de entretenimiento, de jocosidad.

Parece ser que a Cruyff la picaresca —que es un universal del carácter, pero que hemos acuñado los españoles como ingrediente narrativo del temperamento, y en España terminó Johan, como se sabe— le venía por la rama paterna de la familia. El padre de Cruyff, que era un expansivo vendedor

de frutas y verduras, tenía un ojo de cristal. Solía apostar con los incautos a ver quién aguantaba más tiempo mirando al sol. Se tapaba el ojo bueno con la mano y miraba al sol con el postizo, hasta que el contrincante se rendía y él ganaba la apuesta. Algunas historias de familia resumen una forma de estar en el mundo, mejor que cualquier declaración de principios.

Aunque se insiste a lo largo de todo el libro en que el genio futbolístico es un don, una virtud innata, se hace un canto permanente al trabajo especial, a la mejora específica mediante el concurso de los especialistas, una palabra que representa un dogma de fe en la manera de entender Cruyff el fútbol.

La clave del éxito futbolístico estriba siempre en contar con Cruyff, en escucharlo, y en permitirle que desarrolle su filosofía de tener razón con la ayuda de los especialistas que él elige. La infalibilidad del método está garantizada, porque se gana siempre, ya sea porque se gana, o porque se juega tan bien que no importa si se ha ganado o no.

Por lo que cuentan los jugadores que estuvieron con él, sus compañeros de equipo, los entrenadores con los que coincidió, aspiraba —igual que después sus discípulos, como Guardiola— al control absoluto de todo aquello que pasaba a su alrededor. La confirmación de que así era es la chifladura de que llegó a asistir, siendo entrenador, a las operaciones de sus jugadores lesionados.

Se ponía la bata estéril, la mascarilla, y se metía en el quirófano a ver la operación. Cuando jugó en los Washington Diplomats, después de su retirada del fútbol europeo, se aficionó, gracias a su pasión por observar el trabajo bien hecho de los especialistas, a asistir a las operaciones de un neurocirujano amigo, y desde entonces le cogió gusto a hacer de asistente quirúrgico. Dice que llegó a adquirir bastantes conocimientos en Traumatología.

Cruyff fue uno de los primeros jugadores profesionales en contar con un agente, con un representante: su suegro, Cor Coster, que era un hombre de negocios. Fue el primero en obligar a los directivos del Ajax a negociar con un especialista, en vez de hacerlo con el jugador, que suele ser más blando y maleable. Desde entonces ha llovido mucho, y hoy en día los niños vienen al mundo con su correspondiente representante, en previsión de que jueguen al fútbol algún día, en el futuro.

Yo no he tenido nunca agente literario, y creo que tampoco lo he necesitado, porque, aunque he escrito bastante (e incluso más de la cuenta), no he sido todo lo profesional que sí lo han sido otros amigos míos de la literatura, sobre todo los que se han dedicado casi en exclusiva a la novela.

Me imagino, por lo que he ido viendo en los escritores cercanos, que las relaciones con los agentes tienen algo de matrimonial, de amoroso, como tiene algo de amoroso y matrimonial todo lo que afecta a nuestra aventura íntima (la literatura) y a nuestro bolsillo (la escritura como un medio de vida).

La mayor parte de mis amigos (aunque no todos) han terminado rompiendo, o casi, las relaciones con sus agentes, decepcionados del trato que les han otorgado con los años. Pero es cierto que muchos de esos amigos —no sé si lo recordarán— me habían confesado, en los tiempos de bonanza, que sus agentes les habían cambiado la vida, y que jamás hubieran pensado en obtener el dinero que obtenían en adelante por sus obras, ni en firmar unos contratos tan estrictos con sus editores. No es lo mismo ver las fotos del día de la boda, que las fotos del acto de conciliación, en los juzgados, durante los trámites del divorcio.

Supongo que es difícil separar lo afectivo de lo puramente comercial, en las relaciones comerciales y afectivas que se tienen con los agentes literarios y los representantes. Por lo común, tengo la impresión de que uno siempre espera ser especial para su agente, para su representante, no ser uno más, no ser un tanto por ciento del negocio, pero resulta difícil, en las relaciones comerciales, no ser ese tanto por ciento. Cuando el tanto por ciento es sustancioso, me imagino que también aumenta el porcentaje de la devoción amorosa que los agentes y los representantes sienten hacia sus representados. Esto siempre es así, y siempre será así.

Cuando uno le hace ganar a alguien cien veces más que otro, la inclinación amorosa que se siente por ese uno tiende a centuplicarse, se quiera o no. No se trata de que todo se reduzca al final a un balance numérico de ingresos y gastos, pero sucede así en un gran porcentaje de las relaciones. No dudo de que habrá gestos románticos en las relaciones de los agentes y los escritores, pero quienes se las permitan sostendrán su romanticismo en la solidez de otras buenas relaciones comerciales. Siempre es inteligente asegurarse el futuro de nuestro desprendimiento, mediante una saneada economía doméstica.

En el fútbol moderno, los jugadores fichan por un club o por otro según la habilidad, la inteligencia y las relaciones de sus agentes. Después tendrán que rendir y convencer a sus entrenadores, a sus seguidores, a sus directivos, pero la oportunidad de demostrar su talento suele provenir del talento de sus agentes para conseguirles la oportunidad de demostrarlo.

Cruyff fichó por el Levante en el año 1981, tras haber jugado en los Washington Diplomats. Parece ser que necesitaba dinero, después de haberse arruinado al haber invertido en un negocio de ganadería porcina. Pensar en Cruyff como empresario porcino constituye un disparate, y los disparates suelen acabar mal, como poco en la ruina económica.

La leyenda de aquellos años indica que el Levante tardó décadas en recuperarse de lo que tuvo que pagarle a Cruyff para que jugara unos cuantos partidos que no sirvieron para mucho. Se habló de que cobraba, además de unas cantidades fijas, un alto porcentaje de taquilla, y que hubo que poner a su nombre propiedades inmobiliarias del club. No sé lo que habrá de verdad o no en esos lamentos.

Aunque en sus memorias se retrata como un despistado absoluto con respecto a los asuntos financieros (su suegro le tuvo que abrir su primera cuenta bancaria), la imagen que se ha forjado de él en España es la de un águila que ganó mucho dinero a lo largo de su carrera. Tal vez se lo debió todo a su representante, a su suegro, salvo todo aquello que tuvo que hacer sobre el césped, y todo lo que tuvo que hacer fuera de él, para conseguir después ser sobre el césped quien llegó a ser.

En este género de relaciones es complicado que uno de los dos, o los dos por su cuenta, no piensen que han hecho por el otro más de lo que el otro ha hecho por uno. «Sin mí, no habría llegado a nada» es una frase más habitual que la de «Sin él, a nada habría llegado».

Qué buena escena de película sería la de dos tipos maduros, al final de sus carreras, sentados en un sofá, celebrando lo bien que les han ido las cosas, y

diciéndose: «El uno sin el otro no habríamos llegado a nada, y míranos hoy, lo bien que nos ha ido en la vida, hemos sido un buen matrimonio literario, deportivo, para qué vamos a divorciarnos ahora, digámosles que nos queremos como el primer día».

La noche del lunes 14 de noviembre fue la de la superluna y la pude ver, después de haber estado nublado casi todo el día, en la Ciudad Deportiva del Villarreal, cuando se despejó el cielo. Después de acabado el entrenamiento de Carlitos, al apagar las luces de las torres de alumbrado, parecía un gran cañón teatral que alguien proyectase sobre nosotros. Muy blanco: una luna de millones de leds; porque la luna también ha adquirido conciencia energética y ha cambiado su antigua iluminación incandescente por una nueva de bajo consumo, pero de mayor rendimiento lumínico.

Le habían dado a esa superluna mucho bombo y platillo astronómicos, y, como suele ocurrir siempre que nos crean grandes expectativas, me terminó pareciendo que no era para tanto, al menos a simple vista. Lunas llenas espléndidas hemos visto unas cuantas ya, con redondeces anaranjadas, con redondeces de nácar puro, con redondeces salpicadas de grises.

La superluna de antes de ayer estaba muy bien, pero no sé si se hacía merecedora del súper, para todos aquellos que no somos especialistas en la observación lunar. Esperaba una luna gigantesca, amenazadora, una luna que nos metiera el miedo en el cuerpo, al mostrarnos nuestra pequeñez junto con la grandeza del universo, una luna que nos delatara, que nos pillara in fraganti en mitad de nuestras vidas, que nos acojonase. Y no fue, ni mucho menos, para tanto.

Algunos amigos aficionados a la observación con telescopios me mandaron por teléfono fotografías de la superficie lunar, con sus cráteres hostiles y gélidos. Estaban entusiasmados por la proximidad y por las posibilidades de ver todo con un detalle mayor. Todo es cuestión, sobre todo en este caso, del cristal con que se mire: del tamaño del cristal del telescopio con que se mire. Con la lente humana, con el cristal del cristalino, no fue una luna para dar saltos de contento. A lo sumo, para esbozar una sonrisa de complicidad satisfecha, al ver que la niña, nuestra querida luna, nuestra luminaria fiel, ha dado un estirón.

A la luz de la luna, me acordé en Miralcamp de la legendaria escena que contó Chaves Nogales en esa obra maestra de la narrativa española del siglo xx: *Juan Belmonte, matador de toros*. (Siempre me ha parecido una novela, la biografía de un pícaro que se convierte en héroe nacional gracias al

toreo, un relato a la altura de cualquier otro de los relatos considerados como fundamentales en la historia de la literatura contemporánea española).

Como casi todo el mundo sabe, Belmonte, de niño, cruzaba desnudo el Guadalquivir con un candil y la muleta en la mano, para ir a torear en el cortijo de Tablada. Junto a sus amigos, se adentraban en la dehesa, apartaban un toro y lo torearán con esa escasa luz. Un día, al atravesar el río, el candil se les apagó, y tuvieron que torear a la luz de la luna.

Se me ocurrió que habría sido bonito que el entrenamiento del lunes lo acabaran tocando el balón a la luz de la luna, como Belmonte. La leyenda indica que el estilo belmontiano, que cambió para siempre la forma de torear, con su quietud, con su cercanía al animal, con su invasión de los terrenos del toro, se debió a la necesidad de torear cerca del candil que iluminaba la escena. De la necesidad se hizo virtud; y no solo virtud: se hizo un estilo, una manera de estar en el arte, que es una manera de estar en la vida.

Jugar al fútbol a la luz de la luna habría provocado que los jugadores redujeran espacios y tocasen en corto, para no perder el balón de vista, que se movieran y desplazasen en espacios muy reducidos. En realidad es así como entrenan, con el sistema holandés que Cruyff y los de la Naranja Mecánica practicaron, pusieron de moda e importaron después a España y al mundo.

Hoy en día, casi todos los equipos del planeta basan la mayor parte de su entrenamiento en el juego en campos muy reducidos, con pocos toques: control y pase; pase al primer toque; control, orientación y pase. Y sanseacabó.

¿Habría en la invención del sistema alguna razón externa que impusiese esa forma de entrenar? ¿Una falta de iluminación en los campos de juego? ¿La saturación de equipos entrenando a la misma hora y teniendo que compartir los campos? A menudo, las circunstancias físicas, las deficiencias a las que uno tiene que sobreponerse, terminan por configurar una filosofía, una forma de ser y de estar en el mundo.

63

Ayer miércoles la luna no era la superluna del lunes, pero era una luna súper. Al final del entrenamiento se encaramó a lo alto de los vestuarios, frente al campo 5 de Miralcamp. Era anaranjada, y estaba al bies, como si le hubieran dado un balonazo y se hubiese movido de su eje. No sé qué dirán los especialistas lunares de una luna así.

Ayer vi en la tele un reportaje interesante sobre el fútbol vasco. Parecían querer encontrarle una idiosincrasia al asunto, un carácter nacional. Los caracteres nacionales son una pamplina enorme, que no puede sostener ningún individuo filosóficamente serio. Lo español, lo francés, lo esloveno, no existen: existen eslovenos, franceses, españoles, haciendo lo que hacen a lo largo de la Historia, en cada caso concreto. Individuos. Señores y señoras particulares.

Generalizamos para no dormir a quienes nos escuchan, para ir al grano de los asuntos, pero sin ánimo científico. Si se trata de hablar en serio, no generalizamos, no resumimos, no establecemos idiosincrasias ni propugnamos la existencia del genio nacional.

Existe cierto sentido de la tradición, que tienta a los incautos a establecer teorías generales sobre cualquier cosa, pero después no saben qué hacer con las excepciones, y los individuos siempre resultan excepcionales, irrepetibles, únicos, incluso los que no tienen apenas nada de único, ni de irrepetible ni de excepcional.

Salía en el reportaje Iribar, el Chopo, uno de mis grandes mitos de infancia. Lo recuerdo en blanco y negro, altísimo en mi memoria, vestido de oscuro, muy delgado, haciendo en campos embarrados paradas increíbles a la altura del larguero.

Medía un metro ochenta y uno, pero para la España de entonces eso era como medir dos metros veinte, en especial cuando se mide con los ojos de la infancia. Con el tiempo, descubrimos que las cosas no son nunca tan grandes como las recordábamos, pero no porque los ojos del niño se equivocasen, sino porque las cosas empequeñecen con los años, y porque la capacidad visual del adulto se echa a perder. Se termina por contraer astigmatismo sentimental, miopía del juicio, ceguera del entusiasmo. No es que los niños agiganten la realidad, sino que la realidad adulta se enaniza.

En el programa de la televisión se nombraban supuestas características innatas del fútbol vasco: la disciplina, la entrega, la rocosidad, el predominio de la fuerza frente a la técnica. Lugares comunes que se pueden aplicar a cualquier tradición futbolística con años a sus espaldas, poco más o menos. Soplapolleces, en definitiva.

Algunos de los jugadores más técnicos, rápidos y habilidosos que recuerdo eran vascos: Chechu Rojo (uno de mis mejores botones cuando jugábamos a botones mi hermano, mi primo Moncho y yo, era Rojo I), Dani, López Ufarte. Eran jugadores «frágiles», poco aizkolaris, lejos del supuesto estereotipo nacional.

La gran Real Sociedad del 80 y del 81, la de Arconada, Zamora, Perico Alonso, Satrústegui, López Ufarte, era un equipo que jugaba al fútbol de maravilla, impecable técnica y tácticamente. La Real de Beguiristáin, de Bakero, de López Rekarte y los veteranos del 80 y del 81 siguió siendo un equipo ejemplar.

Para cada principio del fútbol *nacional* de cualquier país, autonomía o pueblo de veraneo, existe un principio contrario que invalida el principio inicial. Para cada jugador que pertenece al arquetipo anatómico, técnico y táctico que propugnan los defensores del fútbol nacional, existe un jugador dentro de ese mismo fútbol que rompe el arquetipo. La vida consiste en una suma de excepciones y reglas. El deporte consiste en una suma de reglas y excepciones.

El fútbol, que es un juego de equipo, alcanza su sentido porque consiste en la suma de individualidades, de individuos con sus características irrepetibles, puestos al servicio de una idea común. Lo que resulta indudable es el gusto de los vascos por el fútbol, desde la fundación de la Liga Española hasta nuestros días. La tradición es lo único verdadero, en el arte y en el fútbol, y todas las tradiciones importantes se fundamentan en la cantidad y la calidad: en la cantidad de la que después se nutre la calidad; en la calidad que transforma y hace mejor, andando el tiempo, la cantidad.

Hoy es asombroso que estén en Primera División el Athletic, la Real Sociedad, el Alavés y el Eibar. Hacía ochenta y cuatro años que no sucedía. A cualquier aficionado al fútbol le gustaría jugar o haber jugado en un equipo vasco. A cualquier aficionado al fútbol le gustaría jugar o haber jugado, en especial, en el Athletic, porque el alto fútbol de cantera constituye la más profunda manifestación de este deporte.

Cualquier aficionado al fútbol que no sea vasco sufre como una herida primigenia, como el verdadero pecado original, el hecho de no poder jugar o haber jugado nunca en el Athletic de Bilbao.

Aunque no deberíamos creer en los caracteres nacionales ni en las generalizaciones, las generalizaciones y los caracteres nacionales nos persiguen, porque siempre encierran algo de verdad, aunque no sepamos en qué medida. Resulta más justo considerar a los individuos de uno en uno, algo que, por otro lado, nos es imposible. Nuestro conocimiento de los individuos es muy limitado, se reduce a unos pocos ejemplares de la especie, y no siempre lo llevamos a cabo de manera profunda.

Sin embargo, existe algo real en «lo francés», en «lo español», en «lo norteamericano», en «lo madrileño», aunque no exista del todo. No en balde generaciones y generaciones de individuos, con sus vidas particulares, han contribuido al establecimiento de un tópico, de una leyenda, de un supuesto talante. Digamos que lo individual establece lo colectivo, y que lo colectivo perfila lo individual: y ambos, a su vez, se desmienten de manera recíproca.

Siempre que estoy en una ciudad que me gusta, además de sentirme al instante nacido en ella, o, como poco, hijo adoptivo, establezco teorías irrefutables acerca del carácter de sus habitantes.

Estoy convencido de que existe una forma napolitana de estar en el mundo, y no se parece a ninguna otra forma: hecha de una imposible mezcla de belleza y mugre, de excelencia y decrepitud, de roña y arte sublime. Como si Dios se hubiera aposentado en una cloaca de oro. Un caos solo suyo en el que los napolitanos han aprendido a vivir con un orgullo suicida. Al instante de poner un pie en la ciudad, Nápoles ya me había robado el corazón. Yo soy napolitano.

Mi amigo Juanvi Piqueras, que es romano, y argelino, y ateniense, porque es solo de su aldea de Requena, Los Duques, y desde Los Duques se fue al mundo, pasando por Valencia, para no volver jamás y para no marcharse nunca, me contó esta anécdota napolitana.

Cuando el Nápoles de Maradona ganó por vez primera en la historia *lo scudetto*, un 10 de mayo de 1987, la ciudad entera se lanzó a las calles durante días de ebriedad y delirio, como si estuviesen festejando el final de una guerra, o tal vez con más alegría incluso, porque ese campeonato de liga representaba además el júbilo civil del Sur frente a un eterno menosprecio, la algarabía entusiasta de los pobres de Italia, la mayor ocasión que vieron los siglos.

En mitad del extravío de aquellos días, una caravana entusiasta de *tifosi* se acercó hasta las tapias del Cementerio de Poggioreale, y allí, con letras mayúsculas de color azul, inscribió la siguiente leyenda partenopea: che vi siete persi!!! Lo que os habéis perdido.

La gloria se debe compartir. Sobre todo, con los muertos, porque la gloria es retrospectiva y honra a todas las generaciones anteriores. En consecuencia, también hay una gloria específicamente napolitana.

A menudo conocemos noticias repugnantes relacionadas con el fútbol, y algunos argumentan que esa es la peor parte de este deporte. Pero lo cierto es que no se trata de la peor parte del fútbol, sino de la peor parte de los seres humanos, que no resultan muy de fiar. La peor parte de los peores seres humanos que utilizan el fútbol para sacar a la luz su peor parte. No creo que nadie dude de que esa gentuza, si no existiese el fútbol, exteriorizaría su barbarismo y su ruindad con otra coartada cualquiera.

La humanidad, observada a grandes rasgos (con esa lupa generalizadora que no se debe usar más que algunas veces), tiene tantos motivos para merecerse la gloria como para ganarse el desprecio. La Historia es ese célebre cuento lleno de ruido y furia, contado por un idiota, y que no tiene sentido; pero también es el relato maravilloso de nuestra supervivencia, de nuestro crecimiento como especie, de nuestra asombrosa obra cultural.

Las atrocidades asociadas a algunos acontecimientos del fútbol son atrocidades de atroces individuos que toman el fútbol como pretexto. Estoy seguro de que en cualquier otra oportunidad en que las masas se sintiesen protagonistas aflorarían parecidas muestras de indecencia y ferocidad. Esos que aúllan a los jugadores negros, para hacerles saber que los consideran monos. Esos que apalean en manada a un árbitro adolescente, por haber expulsado a un jugador del equipo local. Esos que recorren las calles de Madrid, o de Barcelona, o de Londres, con el brazo en alto, lanzando las sillas de las cafeterías contra los escaparates de las tiendas, y que se pelean contra la hinchada rival, armados con cuchillos y puños americanos. Esos que insultan a una linier, y se tocan los huevos delante de ella, y la mandan a fregar y a limpiar el polvo. Esos que persiguen, dan caza y matan a un aficionado del equipo contrario, por ser aficionado del equipo contrario y vestir una camiseta distinta. Todos esos: los comedores de carne de hiena, la marabunta beoda y fanática, la gusanera criminal que planta altares en los desiertos a la Virgen de la Muerte.

Tengo para mí que hay mucha gente dispuesta a apuntarse a los linchamientos, a las noches de cristales rotos, a las noches de cuchillos largos, a los paseos nocturnos con dirección a una tapia de las afueras. Tengo para mí que hay mucha gente dispuesta a dejar suelta su bestia interior al amparo de la masa, a camuflarla en el corro, a alimentarla en el grupo. El fútbol, a veces, es

la forma más sencilla de revestir la animalidad, como lo son a veces las manifestaciones, o las revoluciones, o los apagones en las grandes ciudades.

Los problemas empiezan cuando hay más de uno, y a partir de entonces se multiplican exponencialmente, a medida que aumenta la cantidad de individuos. Es cierto, todo lo malo que le acontece a uno tiene su origen en el hecho de no saber quedarse a solas en una habitación. (Aunque también es cierto que del hecho de no poder quedarse algunos a solas en una habitación se deriva todo lo bueno que sucede en la vida, todo lo bueno que nos ha sucedido como especie). Tal vez la solución resida en constituirnos en una innumerable suma de individuos encerrados en casa, que trabajan desde allí para el enriquecimiento de los demás individuos encerrados. Pero así no habría forma de jugar al fútbol, de asistir a los partidos que juegan los mejores.

La literatura es un ámbito con un número bastante considerable de idiotas: pedantes, engreídos, soberbios, ruines, analfabetos. Como cualquier otro ámbito: el de los transportistas, el de los colonoscopistas, el de los registradores de la propiedad, el de los empleados de pompas fúnebres. Pero esa sobreabundancia de cretinos literarios no mancha ni por un instante la alta literatura (ni siquiera la media), igual que no convierte en inservibles los logros de las empresas de pompas fúnebres, ni los apuntes en el Registro de la Propiedad, ni las colonoscopias, ni el flujo del transporte por tierra, mar y aire, el hecho de que en esos oficios sobren los mentecatos.

El intolerable salvajismo que a veces rodea el fútbol no pertenece al fútbol, sino a ciertos individuos que lo rodean. Que lo tocan tangencialmente, pero que no lo comprenden ni lo aman de verdad, porque de hacerlo no se permitirían mancharlo con su comportamiento salvaje. En su radical estupidez, consideran más importantes las muestras de su brutalidad que el mismo juego, que el partido al que asisten. Son unos narcisistas deplorables que necesitan el espectáculo de su exhibicionismo, en vez de contentarse con la recompensa del espectáculo del fútbol.

No obstante, no deja de ser cierto que el fútbol concita pasiones desaforadas, y que cuando atañen a las masas inciviles, generan a veces monstruosidades. ¿Y por qué ocurre esto con el fútbol, y no con otros deportes también de masas? No estoy seguro. No lo sé. Pero, en cualquier caso, esa realidad no hace sino corroborar la importancia sentimental del fútbol.

La violencia es un fenómeno universal y eterno, principalmente asociado a los hombres, aunque no solo a ellos. La fuerza y la testosterona parece que

necesitan hacerse patentes más tarde o más temprano, por desgracia. La violencia en el deporte no es universal, sin embargo.

En los torneos de Grand Slam de tenis, ante treinta mil personas, no sucede eso. En los partidos de fútbol americano, ante más de cien mil espectadores, no ocurre. Tal vez tenga que ver, simplemente, con el grado de educación de los pueblos y países. El fútbol es el entretenimiento de los pobres. Basta con que haya una pelota para que haya fútbol. Basta con que algún objeto haga de pelota para que haya fútbol. Es el deporte de los suburbios africanos. Es el deporte de las favelas brasileñas. Es el deporte de los arrabales en cualquier ciudad de Europa. Es el deporte que esparce el igualitarismo por todo el planeta: cualquiera se siente un erudito después de haber jugado durante la infancia con sus amigos. Cualquiera es el hombre que más sabe de fútbol después de haber marcado un par de goles en el campo de su pueblo, a un niño de seis años. Ese es en parte el hechizo indescifrable del fútbol.

El fútbol interesa, como algunas cornadas, órganos esenciales de nuestro organismo. A lo mejor, para vivirlo en toda su grandeza afectiva es necesario que seamos nosotros, criaturas poco evolucionadas, individuos poco civilizados, quienes participemos en él.

Quizá en el futuro, cuando se haya alcanzado un grado óptimo de educación universal, el fútbol dejará de ser lo que es hoy en día, para convertirse en un espectáculo más parecido al tenis, o a un concierto sinfónico, lo que equivaldrá, a pesar de los logros civilizadores, a la desaparición del mejor fútbol.

Podemos representar tragedias griegas en los teatros de nuestras ciudades, en las ruinas rehabilitadas de los teatros griegos, pero no podemos ser griegos clásicos viendo el teatro clásico griego, no podemos llevar griegos antiguos a nuestras representaciones de antiguo teatro griego.

Sabemos qué significa el concepto de la catarsis, de la purgación de las pasiones por medio de su representación en la escena, pero no somos capaces de purgarnos como lo hacían los griegos antiguos con su teatro.

No sabemos aterrorizarnos como ellos. No sabemos llorar como ellos. No somos ellos.

Segunda parte

El otro día Carlos jugaba en la playa de la Patacona contra el filial del Levante, el Patacona. Como los primeros equipos del Villarreal juegan en la liga de Valencia, nosotros acudimos directamente al campo cuando jugamos fuera de casa, mientras que los niños del equipo viajan desde la Ciudad Deportiva de Miralcamp en autobús.

Acostumbramos a llegar antes que el equipo, porque vivimos en Valencia, y porque suelo ser un tipo puntual de los que entiende la puntualidad no como el acto de llegar a la hora, sino como el de llegar con bastante antelación. Me molesta más que me esperen a tener que ser yo quien esté esperando.

La impuntualidad sistemática me resulta una variedad modesta del mal, el desprecio del tiempo ajeno, que es el desprecio del usuario de ese tiempo, un pecado mortal de soberbia que solemos juzgar venialmente. La puntualidad constituye un principio de mera higiene sociológica. Nunca he comprendido que exijamos que los trenes salgan a su hora, y no que los amigos lleguen cuando hemos quedado con ellos. A las relaciones humanas deberíamos aplicarles sólidos principios ferroviarios, y nos iría de otra manera.

No recuerdo haber perdido un tren ni un avión. Esto se podrá decir en mi epitafio, en mi necrológica, y es una de las mejores cosas que se pueden decir de un contribuyente. No perdió en este mundo ni un avión ni un tren: esperemos que no los pierda el difunto en la otra vida, seguro tan necesitada de medios de transporte como la de este lado del espejo. Descanse en paz, puntualmente.

El caso es que cuando llegamos al campo estaba lloviendo bastante. Llevaba lloviendo sobre la ciudad un par de días, en esta ciudad en la que nunca llueve, o, si es que llueve, llueve como cuando lo de Noé. O desertización o gota fría: sin término medio. O ciclogénesis explosiva o secarral. Así somos por estas latitudes. Es nuestra versión meteorológica del patria o muerte.

Antes no existían las ciclogénesis; es decir, existían los tormentones apocalípticos, pero se llamaban tormentones, y no ciclogénesis, hasta que alguien con cierta inclinación verbal de carácter pirotécnico inventó la palabra, y la palabra hizo la cosa de forma definitiva.

Cuando llegamos, se estaban jugando los partidos de las diez de la mañana, con los niños empapados hasta el píloro. La citación de nuestro

equipo era para las once, porque jugábamos a las doce. El autobús llegó con retraso, en el momento en que arreció la tormenta y comenzó el diluvio. La lluvia parecía estallar contra las aceras y el asfalto de las calles, en gruesas burbujas permanentes, como si la realidad fuese un guiso en el momento en que el caldo de la olla se encuentra en su punto de máxima ebullición, cuando el rabo de toro y las patatas se cuecen de verdad.

Como ya me he calado hasta los huevos y los huesos varias veces en partidos de fútbol de mi hijo, me he vuelto previsor, y no solo acudo al campo con un paraguas grande —de esos que llevan los golfistas—, y un buen chubasquero, sino que me pongo botas de agua, unas katiuskas de caña alta con los pantalones por dentro, que me dan un aire algo estrafalario (entre el pescador de truchas, el regante camino de su acequia y el mozo de cuadra inglés que va a dar cuerda a los potros).

El nombre de las katiuskas se generalizó por una zarzuela de los años treinta del siglo pasado —*Katiuska, la mujer rusa*— y así hasta la fecha, al menos entre la gente de cierta edad y cierto interés por el origen de las palabras. Aunque no soy muy zarzuelero, me gusta ponerme unas botas de origen, digamos, lírico, con ascendencia soviética. Me encanta lo ruso vagamente, sin demasiada especialización, porque todas las especializaciones extranjerizantes resultan un poco ridículas: esos españoles empeñados en parecer ingleses, esos ingleses emperrados en parecer madrileños de Chamberí, esos madrileños de Chamberí entrenados en parecer de Düsseldorf, la ciudad del vampiro (en lugar de elegir Transilvania, que es el empadronamiento al que deberían aspirar todos los opositores vampíricos de la tierra).

Estaba yo con mis katiuskas verdes más que satisfecho y protegido bajo la tormenta, observando con espíritu astrofísico cómo se inundaban las calles, cómo se anegaba el polideportivo de la Patacona, cómo los mechinales que rodean los campos de hierba artificial no daban abasto para evacuar el agua, cómo los propios campos empezaban a parecer una piscina olímpica.

Después de más de cuarenta minutos de elucubraciones entre los árbitros, los delegados de campo, los entrenadores y el séquito de sabios que suele acompañar estos acontecimientos, se decidió suspender el partido, para disgusto razonable de todos los padres de Villarreal, que estarían obligados a volver entre semana, otro día cualquiera, para jugar el partido pendiente.

Como sucede en muchos de estos casos, en virtud de una oscura ley de las causas y las consecuencias, fue suspender el partido y abrirse bíblicamente los cielos, acabar la lluvia torrencial y salir el sol. Entonces, las cabezas

pensantes decidieron esperar media hora, para comprobar si el drenaje de los campos podía evacuar el agua. Si una bandada de patos hubiese sobrevolado la zona, seguro que se hubiera dado un baño en el césped, confundiéndolo con la Albufera.

Al cabo de media hora, los pensantes acordaron que se jugase el partido, porque la moqueta de caucho (con exóticas hebras de fibra de coco, parece ser) había absorbido casi toda la lluvia. Las instalaciones del polideportivo estaban anegadas, con un palmo y medio de agua alrededor de los campos, en la entrada de los vestuarios, en la puerta de la cafetería. El público que no había podido refugiarse en el bar estaba calado hasta la cintura, porque había llovido con viento, y los paraguas servían de poco.

Cuando los niños salieron de los vestuarios, nos encaminamos hacia el campo en donde debía celebrarse el partido. Los padres caminaban de puntillas tratando de orillar los charcos. Alguien tendría que estudiar la relación directa entre la blasfemia y la meteorología, entre la imprecación hacia los cielos y la responsabilidad celestial en el urbanismo contemporáneo, después de las tormentas. La gente se cagaba en todo lo que se le ocurría, mientras se mojaba todavía más los pies.

Entonces es cuando yo atravieso los pantanales jesucristicamente, caminando sobre las aguas, a buen ritmo, como si los charcos fuesen mi hogar, mitad hombre y mitad pez; mitad ave migratoria y mitad divinidad lacustre, sobre mis katiuskas impermeables. El hombre ruso que no se detiene ante las inundaciones. El hombre ruso que doma la naturaleza. El hombre ruso que es en sí mismo un milagro. Si Stalin levantara la cabeza me habría condecorado con alguna gran cruz de la CCCP, que es como aparecían antes las siglas de la URSS en los chándales de los deportistas, con su acrónimo en ruso normativo de la Academia Soviética de las Buenas Letras.

No sé qué tienen los charcos, pero lo cierto es que me llaman. No los metafóricos (soy partidario de meterme nada más que en los imprescindibles charcos biográficos). Los charcos literales, los charcos charcos, los de agua sucia recién caída, los de la calle, los de las aceras, los del campo cuando estoy en la sierra Calderona, los charcos para pisotear, para patear, los charcos para meterse hasta más arriba de los tobillos con botas de agua, los charcos en los que se meten los niños sin estar provistos de botas, esos charcos sobre los que los adultos solemos advertirles para que no se metan en los charcos.

No sé qué atracción tienen los charcos sobre mí, no sé cuál es el fundamento de la atracción que tienen sobre mí los charcos, quiero decir, pero tengo la idea de que está directamente emparentada con la atracción que tiene

una pelota con la que se tropieza en mitad del mundo. La atracción de la patada.

La atracción de una pelota en mitad de la realidad, ya sea una pelota real o un objeto cualquiera sinónimo de la pelota: una piedra, un bote de Coca-Cola, una bolsa de plástico, una caja de cartón, lo que sea que se haya transformado en pelota, aunque lo mejor es que sea una pelota auténtica lo que se cruce en nuestro destino.

Los charcos también invitan a la patada, al pisoteo, al pataleo, al escándalo motriz, al chapoteo medieval, a cierto regocijo de poza africana mancomunada para las bestias de la jungla.

Como por lo común no llueve en Valencia, la gente no está acostumbrada a tener en casa unas katiuskas anfibias como las mías, pero de tenerlas seguro que se meterían en los charcos como hago yo, cuando llueve. Es un ejercicio psicoanalítico previo a la invención del psicoanálisis, una inmersión amniótica, algo que seguro tiene mucho que ver con nuestro pasado materno-fluvial, con nuestras prehistóricas pataletas de embriones sumergidos.

Las patadas primigenias que dimos en nuestras vacaciones fetales prefiguran la afición al fútbol, igual que anticipan nuestro fervor por los charcos. Y es que el amor por las cosas importantes siempre viene de lejos.

Una suerte de ensoñación de la otra noche, cuando estaba a punto de dormirme.

Un hincha descerebrado de una descerebrada hinchada de ultras se mete una bengala por el culo, en los baños de un bar cercano al Santiago Bernabéu, y de ese modo eludir los controles de la policía.

Para ayudar en el trance, se ha bebido varios litros de cerveza y una docena de cubatas del peor ron. Unta de vaselina la bengala envuelta en plástico y se la introduce con resignación de mártir por el culo, hasta que queda bien alojada en el recto. Entra con la piara ebria al estadio, pero antes de que le dé tiempo a sacársela, la bengala se prende por combustión espontánea, y el hincha arde ante el asombro de sus compañeros de excursión. Echa fuego por la boca, por las orejas, por la nariz y por el ano. Una nube de pólvora de color fucsia envuelve al individuo. Sus amigos lo dejan en manos del SAMU, en vista de que ha quedado carbonizado por la causa, y de que el partido está a punto de empezar.

Las mulas de la droga pasan dentro de sus intestinos, por los controles de los aeropuertos, bolas de cocaína envueltas en plástico. A veces, durante el viaje en avión desde el país de origen, las bolas se rompen, y la mula —qué nombre más terrible— sufre una sobredosis repentina que suele producir un cuadro psicótico, convulsiones y la muerte.

A la mula ultra de mi escena onírica le pasa algo equivalente en su ámbito: un accidente pirotécnico, la rotura del precinto de su bengala, que se prende por contacto con el ácido clorhídrico presente en los jugos de la digestión.

El hombre antorcha, el bonzo *hooligan*. *Body pack* en llamas. *Body art in progress*.

El otro día se estrelló el avión en el que viajaba el equipo brasileño del Chapecoense, cuando se dirigía a Medellín, para jugar la final de la Copa Sudamericana. Setenta y uno de los setenta y seis pasajeros murieron en el accidente: casi todo el equipo de fútbol, los periodistas que cubrían la noticia, la tripulación.

Todos los accidentes aéreos nos dejan con la boca abierta, y con un aire estremecido de animal pensante, que solo es capaz de formular su propia incertidumbre, y de expresar su pasmo ante la suma de casualidades que terminan por producir una catástrofe de este género.

Siempre hay patrones del azar que se repiten. Aparecen los que se subieron al avión en el último instante, aunque no les correspondía, como si persiguieran la calamidad. Conocemos a quienes se salvaron a última hora, porque estaban lesionados, porque llegaron tarde, porque los eximieron de realizar ese trabajo periodístico para su emisora de radio, para su televisión, para su periódico.

Siempre recuerdo en estos casos el apólogo de «La muerte en Samarkanda», ese extraordinario relato en el que un visir, mientras pasea por la medina, ve a la muerte de lejos, que lo saluda con la mano en alto. El visir corre despavorido y pide permiso al califa para huir de la ciudad y refugiarse en Samarkanda. Más tarde, la muerte habla con el califa y le expresa su extrañeza. Ha visto hace un instante al visir por las calles, lo ha saludado y quería preguntarle qué hacía por allí, en lugar de estar en Samarkanda, donde esperaba verlo al día siguiente.

Después de un accidente de aviación —después de cualquier accidente— parece que una matemática macabra se ha conjurado para que ocurran las cosas: los errores humanos, los imponderables, las condiciones climatológicas, la temeridad de algunos profesionales de las líneas aéreas.

En los accidentes con deportistas, con futbolistas —las famosas tragedias del Manchester United del 58, el de Bobby Charlton; la del Torino del 49, el de Valentino Mazzola; la del Alianza de Lima del 87—, creo que existe un ingrediente que nos sobrecoge de manera especial (al menos para los especiales espectadores de fútbol). No se trata de la juventud de los fallecidos. No me refiero a la perplejidad moral que se deriva del hecho de que algunas veces los muertos son ricos y famosos, los que parecían destinados a la gloria

y la felicidad. Mi aturdimiento proviene de la misma condición de deportistas, de futbolistas, que tienen los muertos.

Los deportistas son los individuos más próximos a la inmortalidad de entre los seres humanos, los que más participan de lo invulnerable. No son los héroes mitológicos de la Antigua Grecia —con su mezcla de rasgos humanos y divinos—, pero son los depositarios de buena parte del viejo culto que se dispensaba a los héroes. Las características épicas del coraje, del esfuerzo, de la abnegación se popularizan en sus figuras, aunque sea de una manera edulcorada.

Si la muerte les hizo un gesto de saludo en Chapecó, antes de iniciarse el vuelo, seguramente fue para mostrarles su extrañeza al verlos allí, porque unas horas más tarde esperaba encontrarse con ellos en Medellín —nos decimos con tristeza interrogante.

Si la muerte alcanzó a los jóvenes futbolistas, a los más fuertes, a los que estaban destinados para la gloria, a los que volaban entusiasmados por su destino, que les concedía la oportunidad de disputar una final de la Sudamericana, qué no hará con nosotros. Si cayeron los héroes, cómo no habremos de caer los hombres.

Qué murga, otro año más, la concesión del Balón de Oro. No lo digo por las sospechas que genera, cada año, el censo de los finalistas. No lo digo por la extrañeza que despierta siempre el sistema de votaciones, en el que, al parecer, se cambian los votos de la gente, según convenga. No lo digo por el absurdo de mezclar todo tipo de jugadores, como si fuesen comparables los porteros con los defensas, los defensas con los centrocampistas, y todos ellos con los delanteros. No lo digo por la ridícula inclinación a premiar a los delanteros (por mucho que el gol sea el patrón oro de este deporte). No lo digo por la obviedad de que el adjetivo «mejor» es un comparativo, cuyo significado se adquiere solo con respecto al término de la comparación. ¿Mejor que quién? ¿Mejor que qué? ¿Mejor que cuándo? En el instante en que lo sustantivamos —el mejor— estamos cometiendo una sandez: una sandez humana, comprensible, pero una sandez al fin y al cabo. Decir el mejor no es la mejor de las fórmulas de juicio. Decir el mejor, casi con seguridad, es la peor de las herramientas de medición de las que disponemos.

Si digo que es una murga lo del baloncito de oro, es debido a la obsesión humana por efectuar listas inservibles de cualquier asunto.

Y sin embargo, cuánto nos gustan las clasificaciones, las listas, las jerarquías domésticas improvisadas. Las amamos. Las necesitamos. Constituyen una absoluta necesidad orgánica, un apremiante alimento de nuestro espíritu. Aunque en el fondo no sirvan para nada, aunque sean un embuste, responden a una de las más hondas razones de nuestra naturaleza.

Mediante la confección de irracionales listas de cualquier especie sufrimos la ilusión purificadora de que el universo se puede someter a nuestra razón. Cuando establecemos inventarios de las cosas, se diría que las cosas se someten a nuestra manía de establecer inventarios. Se trata de un mecanismo de defensa más, en la selva del mundo, de un instrumento más para sobrevivir a la intemperie, aunque no lo sepamos, aunque no siempre seamos conscientes del sentido de lo que hacemos.

Desde la lista de la compra hasta la lista del Juicio Final, pasando por la lista de los candidatos a ganar, año tras año, el Balón de Oro, las listas nos procuran la impresión de domesticar el caos. Sin las listas estaríamos a merced de la sobreabundancia, de la inconmensurabilidad del mundo.

Por eso tienen tanto éxito los libros de récords, los concursos, la acostumbrada ceremonia de elegir en diciembre los mejores libros de poesía del año, las mejores novelas del año, los mejores ensayos del año. Por eso las empresas han instituido esa majadería del empleado del mes, del trabajador del lustro. Por eso abundan las guías gastronómicas que asignan estrellas y tenedores como si fueran bendiciones papales. No son conscientes de ello ni siquiera los que las promueven, los que las han inventado, pero esas ocurrencias de las listas son una respuesta de nuestro sistema inmunológico contra la pandemia vírica de la realidad.

Nadie puede leer todos los libros del año, ni siquiera en un género. Nadie puede comer sin reventar en todos los buenos restaurantes del mundo. Nadie puede haber visto jugar a todos los grandes futbolistas de la historia. Nadie ha dormido en todos los hoteles de la tierra. Nadie tiene una visión de conjunto meticulosa acerca de nada. Por eso fingimos que lo sabemos todo, que estamos en condiciones de juzgarlo y valorarlo todo. En caso de no hacerlo, el pánico se apoderaría de nosotros, el terror ontológico.

La concesión del Balón de Oro es una bobada, pero el hecho de que no se concediera alteraría el equilibrio sideral, junto con nuestros ciclos del sueño; de manera que elegimos siempre el mal menor. Somos posibilistas. Somos animalillos pragmáticos.

O el Balón de Oro, o el desorden. O el Balón de Oro, o el Caos, con mayúscula. O el Balón de Oro, o la revelación repentina para toda la humanidad de nuestra escasa solidez como especie. Así que concedemos el Balón de Oro.

El otro día leí una entrevista con Carlos Valderrama, el legendario jugador colombiano que estuvo durante una temporada en el Valladolid, en 1991. El Pibe Valderrama. Era un centrocampista excepcional, con una capacidad fuera de lo común para hacer lo más difícil en el fútbol del medio campo: generar con facilidad los pases de cualquier tipo, en corto, en largo, al primer toque, con dos toques, al espacio vacío, al pie. Nunca me expliqué por qué razón no jugó más en Europa, fichado por grandes clubes.

Tenía una imagen estafalaria, con su melena rizada y teñida de rubio fosforescente. Poseía esa facultad de naturaleza musical de los más grandes centrocampistas: el dominio del ritmo del partido, del tempo de la jugada, el arte de saber acelerar o detener el movimiento, para que el juego se detuviera o se acelerase. A veces la aceleración que ralentiza, a veces la ralentización que acelera. La música callada del balón.

En la memoria colectiva de los aficionados españoles, estará ligado para la eternidad al legendario e insólito incidente del amasamiento de huevos al que lo sometió Michel, mientras esperaban los dos dentro del área un saque de córner, durante un Real Madrid-Valladolid, en el Santiago Bernabéu. Michel trató de provocar al colombiano tocándole los huevos varias veces, y Valderrama se dejó hacer con los brazos en jarras, sorprendido por el manoseo. La escena es divertida, por la insistencia, por la reacción de Valderrama: todo es teatral, y muy poco frecuente en los campos de fútbol. No hubo empujones, ni bofetadas, ni alboroto sistémico: fue una palpación urológica en medio del partido, un episodio de cine cómico, la irrupción de lo inesperado en mitad de lo real, que es uno de los caracteres que Henri Bergson atribuye a la risa.

Durante la entrevista, Valderrama confesaba que el asesinato de su compañero de selección, Andrés Escobar, en Medellín, diez días después de haberse metido un gol en propia puerta, durante el Mundial del 94, le cambió la manera de ver el mundo y le partió el corazón. No es para menos.

De repente, la irrupción de la peor parte de la realidad —esa que parece siempre irreal, que nos resulta siempre irracional— a raíz de un episodio del fútbol, por un simple lance desafortunado en un simple juego. Caer en la cuenta de que hay individuos capaces de matarte por una nimiedad. Comprender que las balas podían haber sido para ti.

A ese mismo episodio de la muerte de Andrés Escobar se refieren en la segunda temporada de la serie *Narcos*. Desde el punto de vista del narrador —un agente de la DEA que persigue al Escobar más famoso, a Pablo Escobar, el jefe del cártel de Medellín—, lo insólito, lo inesperado, lo grotesco no son en Colombia lo grotesco, lo inesperado y lo insólito, sino lo más probable.

De España podría decirse lo mismo en buena parte de los asuntos. Si estuviésemos armados, como en el 36, habría un simulacro de guerra civil de viernes a lunes, en la puerta de cada campo de fútbol, pero, por fortuna, somos un pueblo con menos facilidades que otros para poseer armas.

La serie *Narcos* me ha gustado. Posee momentos memorables, una interpretación magnífica por parte de casi todos los actores, una banda sonora excelente, un ritmo magnífico, a pesar de los meandros en que se demora el argumento, lógicos en esta clase de subgénero cinematográfico.

Hay algo que nos seduce y repugna a la vez en el personaje de Pablo Escobar, y no me refiero al hecho evidente de que en él, como en cualquier hijo de vecino, existen luces y sombras biográficas, porque eso resulta una simpleza de marca mayor. En un personaje de ese talante no existen verdaderas luces. Se trata de un monstruo sin demasiados matices: alguien que ha inundado de droga medio mundo, que ha mandado matar a cientos de personas, que ha colocado bombas en mitad de las calles, que ha destrozado las vidas de miles y miles de ciudadanos relacionados afectivamente con las víctimas. Que quisiera mucho a su mujer y a sus hijos, que adorase a su madre, que repartiera dinero entre los pobres de Medellín y construyera iglesias no representa nada en comparación con el ejercicio del mal absoluto. Hay un género de acciones que deshumanizan de una manera tajante, sin posibilidad de enmienda, sin perdón humano (para eso se ha inventado el perdón divino, para fingir que cierto tipo de actos son susceptibles de ser perdonados por algo que posee la virtud del perdón sobrehumano).

El problema de nuestra tolerancia y nuestro rechazo de los personajes a través de las narraciones estriba en la fuerza simpática que posee la ficción, en especial la cinematográfica. La ficción endulza, edulcora. La ficción es una droga empática. Sobre todo, a la hora de humanizar el mal. Para un espectador medianamente crítico, los malos de una pieza resultan risibles, inaceptables, pero los demonios ambiguos parecen familiares, cercanos, cuando por lo común los demonios son demonios, aunque se disfracen de vecinos de nuestro vecindario, con sus pequeñas bondades cotidianas.

Los sicarios de Pablo Escobar en *Narcos* tienen sus briznas de humanidad, su peso de carácter afectivo desde el mismo instante en que poseen su nombre

de personaje en la ficción, y asistimos a sus intimidades (ríen, lloran, tienen hijos, novias, madres que los quieren); pero todo eso es nada en comparación con los policías anónimos que asesinan a sangre fría, y con el retroceso de dolor generalizado que esas muertes provocan.

El asesino que mató a tiros a Andrés Escobar, a la salida de una discoteca —ya fuese por el gol que marcó en propia puerta contra Estados Unidos, durante el Mundial del 94, o por un ajuste de cuentas en relación con las apuestas ilegales y las mafias del narcotráfico, como algunos dicen—, seguro que lloraba viendo telenovelas, y seguro que adoraba a sus sobrinos, y daba de comer a las palomas en los parques públicos. Seguro que en una película la ficción sería capaz de presentárnoslo como mucho más humano de lo que nos puede parecer después del relato de los hechos. Pero con eso cuentan los demonios.

Los diablos saben que a la ficción le gusta tanto establecer matices, gradaciones y tonos que ejerce al final de abogada de la defensa. De abogada del diablo. Por eso, como lectores también hay que saber protegerse moralmente de la ficción.

El espejismo psicológico universal que crea el fútbol en la gente no tiene comparación con ningún otro tipo de espejismos en cualquier otro ámbito de la experiencia. Lo he dicho aquí varias veces, pero conviene repetirlo: basta con que alguien haya dado catorce o quince patadas a un balón, con los amigotes de la infancia, durante un partido en la calle, para que ese individuo esté convencido de poseer el criterio suficiente para juzgar todo el fútbol profesional pasado, presente y futuro.

Esa suerte de desmesurada hinchazón del ego, de macrocefalia crítica, constituye uno de sus inexplicables hechizos. Cada aficionado es un sabio, un seleccionador, un veterano de todas las guerras, de todas las ligas, un analista, un fisioterapeuta, un traumatólogo, un utillero, un ojeador, un delegado de campo, un nutricionista, un segundo entrenador, un ayudante del segundo entrenador, un entrenador de porteros, un director deportivo, un chófer de autobús, un jardinero especialista en césped, un psicólogo, un presidente del club, un cronista memorioso, un socio fundador, una estrella malograda, una estrella en ejercicio.

La ilusión óptica y psíquica que origina la afición al fútbol parece un acto de brujería, de santería generalizada. No sucede nada parecido con cualquier otra afición. Los espectadores de tenis también son enteradillos, pero no se sienten con derecho a rebatir los argumentos de John McEnroe con respecto a la derecha liftada de zurdo (y mucho menos si esos argumentos se acompañan del subrayado de romper a golpes la raqueta contra el suelo, como solía hacer el jugador norteamericano).

En cambio, eso sí sucede en el fútbol: a la salida de un partido, cualquier aficionado sabe cuáles han sido los errores cometidos por cada uno de los jugadores, y está en condiciones de explicarle al entrenador los inconvenientes de su táctica y su modelo de juego, y cómo debe corregirlos para la próxima jornada.

En el universo literario, lo equivalente sería que cualquiera que hubiera aprendido a leer en la escuela elemental se creyera capacitado para corregir a Proust, según su propio parecer, en la edición crítica de *En busca del tiempo perdido*.

Lo asombroso de la jactancia analítica en el aficionado al fútbol estriba en su convicción sincera de no estar siendo jactancioso. Las horas dedicadas a

ver partidos en la tele, los años empleados en ser socio del equipo de su pueblo, las innumerables conversaciones entre amigos y conocidos acerca del fútbol internacional representan un doctorado en la materia.

La fantasmagoría del fútbol se asemeja en cierta medida a las fantasmagorías del sexo. De la misma forma en que nadie se considera un mal amante (nadie confiesa en público serlo, ni nadie se lo reprocha a sí mismo en privado), ningún espectador pasional se juzga un analfabeto en asuntos de fútbol.

Cada aficionado es un bocazas: cada aficionado al fútbol y al sexo. Cada aficionado es un propagandista, de ahí la popularidad de esos dos entretenimientos: al menos por lo que respecta a su práctica verbal.

El fútbol, como el sexo, se juega muy bien desde el sillón, desde la barra del bar, desde el sofá, empuñando la cerveza totémica de la sabiduría. De boquilla se juega fetén. De boquilla se folla como Dios.

Ayer lunes, Carlos entrenó bajo la lluvia. Hace quince días que dura el temporal en la costa del Mediterráneo. El sábado pasado suspendieron la jornada de competición, en todas las categorías que dependen de la Federación Valenciana de Fútbol, por la amenaza de gota fría. Después la cosa no fue para tanto ese sábado, ni en Castellón ni en Valencia, pero diluvió en Alicante y Murcia. Y el domingo estuvo lloviendo fuerte durante todo el día y la noche en Valencia.

Como ahora asistimos a todo en directo, sin importar de qué se trate, las televisiones difundieron un vídeo en el que un imprudente trata de salvar su coche, que está a punto de ser arrastrado por la corriente de una rambla, en Finestrat. Una mujer, desde el balcón de su casa, grababa el suceso. Le gritaba que no intentase entrar, le advertía del peligro, sin dejar de grabar con su teléfono móvil. No se trata de que cada individuo se haya convertido en un periodista, como dicen algunos (los que no tienen ni idea de lo que significa el periodismo, que representa siempre elaboración, selección, interpretación), sino de que cada individuo se ha convertido en un testigo chismoso de la intimidad ajena.

La mujer daba la impresión de que estaba advirtiéndolo al imprudente no para alejarlo del peligro, sino sobre todo para dejar constancia de que ella ya se lo advertía. Para que el mundo pudiese asistir a su descomunal ya te lo decía yo. Porque la corriente, al final, tumba en la rambla al viejo que quería entrar en su coche y lo arrastra hasta que se ahoga. Su cadáver apareció a seis kilómetros de allí, en la desembocadura de la playa.

Cada vez que hay inundaciones, muere alguien por hacer alguna estupidez con el coche: por atravesar un río de apariencia poco peligrosa, por estrellarse bajo la lluvia contra algún árbol, por despeñarse por algún precipicio, por querer poner a salvo su coche a la deriva. Es como si existiera una fatalidad pluvial, como si la risa borracha de los dioses se sirviese de la lluvia para esparcir la fatalidad entre los humanos.

No creo que se haya escrito lo suficiente acerca de nuestra relación de intimidad con los coches. Vivimos una buena parte de nuestra vida dentro de ellos. Mantenemos en su interior conversaciones trascendentes para el curso de nuestra biografía. Llevamos en ellos a nuestros hijos, a nuestra mujer, a nuestros amigos y familiares. En algunos de ellos, cuando éramos jóvenes,

follábamos haciendo malabarismos (y qué nostalgia de aquellos tiempos, no porque echemos de menos el follarse en los coches, sino porque echamos de menos aquella juventud, aquella fuerza, aquella flexibilidad, aquellas pequeñas infracciones clandestinas).

Los coches, su cubículo, constituyen un mundo interior al mundo, un mundo en marcha, una habitación propia rodante. En los coches cantamos, lloramos, dormimos a veces. Nos cogemos de la mano. Nos corremos de gusto. Escuchamos la radio, hablamos por teléfono. No es de extrañar que queramos salvarlos de la destrucción: no solo por lo que valen, sino por lo que significan en nuestra historia privada, aunque en el arrebato de querer salvarlo de la tormenta no tengamos presentes todos los episodios de intimidad que hemos compartido.

Trabajamos para el coche, en cierta medida, como trabajamos para los colegios de los niños, para la hipoteca de la casa y para unas cuantas cosas más, de manera que no es extraño que algunos quieran preservarlo ante una catástrofe, como cuando alguien se arriesga a morir en un incendio por querer salvar de las llamas un objeto familiar, pongamos por caso. Ese reloj de pared, ese costurero chino heredado, ese abrecartas, cualquier objeto en donde hemos depositado parte de nuestra alma, porque los objetos son reservorios de nuestro espíritu.

Se ha escrito poco sobre el depósito de nuestra afectividad en los coches. Me viene a la cabeza el espléndido poema de Manolo Vilas sobre su viejo coche camino del desguace: «HU-4091-L». No soy un erudito en el asunto, pero no creo que haya muchas reflexiones al respecto, desde el punto de vista literario, escritas con este apetito de filósofo en zapatillas que se me despierta de vez en cuando.

Si me paro a pensar, en el coche, en los coches que he tenido a lo largo de la vida (los de mi padre, los míos, ¿cuántos coches caben en una vida, cuánto mide nuestra vida en coches?), he hecho de todo. Mis hijos han dormido inmortales en sus asientos, han comido, han vomitado, han cantado, han recitado las tablas de multiplicar, han jugado a las cartas. Existe toda una intrahistoria de naturaleza automovilística en cada uno de nosotros. Si los coches pudiesen hablar. Si los coches quisieran contarnos. Si supiéramos de los negocios, de las traiciones, de las crueldades que han tenido lugar en los coches. También debo un libro de coches, de mis coches, una autobiografía automovilística.

Ahora, mi hijo y yo pasamos en el coche, al menos, ocho o diez horas a la semana para ir a los entrenamientos y los partidos, desde Valencia a

Villarreal, y viceversa. En el coche juega con el móvil y la tablet, estudia, merienda, cena, descansa. En el coche hablamos de muchas cosas, en especial de fútbol: de jugadores que no ha visto jugar y sobre los que me pregunta, de sus equipos favoritos, de rivales futuros, de la marcha de la Liga, de la marcha de su campeonato alevín.

Todas esas conversaciones significan un absoluto de la intimidad, como lo significan para cualquier padre las conversaciones que mantiene con su hijo. A veces me gustaría tenerlas grabadas, para cuando ya no se produzcan, para cuando ya no sea el niño que hoy es. Los coches deberían tener memoria, una memoria selectiva mejor que la nuestra y que nos guardara las minucias del amor que han tenido lugar en su caparazón rodante.

Ayer lunes fuimos en coche, bajo la lluvia, a Villarreal, para que entrenase. Como es costumbre, algunos padres (y alguna madre) vimos el entrenamiento con el paraguas en mano, cada cual un poco más aislado que de costumbre, un poco más ensimismado. Nos tocó el campo 8B, donde no hay sillas para sentarse, de manera que vimos en pie el entrenamiento. Algunos nos subimos a una escalera y lo seguimos desde allí, con una perspectiva magnífica, como si estuviésemos en lo alto de una de esas plataformas que algunos entrenadores, como Luis Enrique, mandan construir para poder analizar los movimientos desde lo alto.

Lo cierto es que el fútbol, para poder valorarse con justicia, ha de verse mal. Quiero decir que ha de verse desde la misma altura en que lo practican sus jugadores. Lo ideal sería verlo dentro del campo, corriendo, para juzgar las acciones en su ritmo verdadero, en su verdadera velocidad. La perspectiva falsea mucho la esencia del juego. Como en el tenis televisado: en la tele no se aprecia la velocidad de la bola, que es todo en el universo del tenis. No se aprecia la velocidad del jugador en los desplazamientos, el juego de pies, la capacidad de respuesta.

En el fútbol ocurre igual: en cuanto nos elevamos unos centímetros sobre el terreno de juego y sobre el nivel de los jugadores, estamos cometiendo un pecado con respecto a la verdad de ese deporte, lo estamos falseando, le estamos concediendo una facilidad que no tiene. Desde la grada, desde la tribuna, desde la perspectiva aérea de la televisión, el fútbol no es el fútbol, es otro juego mucho más sencillo de lo que es, igual que parece un asunto más fácil cuando es otro quien corre, quien golpea, quien sube sus pulsaciones, para que, desde la televisión, la tribuna o la grada, nos parezca sencillo jugar. Todos los que chillan a un jugador, todos los que se desgañitan cuando un jugador no hace lo que creen que debería haber hecho viven encaramados,

apoltronados, y no solo en sus convicciones, sino sobre todo en su atalaya falsificadora del juego.

Cruyff y Guardiola, y muchos entrenadores más, se sientan en mitad del campo sobre una pelota, para observar el entrenamiento. Con ese gesto están adquiriendo un punto de vista todavía más humilde, todavía más complejo y real sobre el desarrollo del juego. La mirada desciende un poco más, a la altura de las piernas, donde en buena medida sucede el fútbol durante la mayor parte del tiempo. El balón va por el suelo y el entrenador —como debería intentar el espectador— quiere ver a través de él, ser él para ver cómo sus jugadores lo tratan, lo dirigen, lo detienen, lo desvían. El fútbol debería verse a ras de césped, ser el espectador el césped mismo a menudo, para verlo y saber apreciarlo de verdad.

La escalera desde la que miraba yo el entrenamiento de ayer es el acceso a unas instalaciones en donde se guardan máquinas distintas: segadoras, carretillas para palés, armatostes de ese género. Llovía muy bien. Con mansedumbre. Con respeto hacia los niños que entrenaban y hacia los padres que los veíamos en el entrenamiento. Sin apabullar, sin molestar, una lluvia misericorde y estética a la luz de las torres de alumbrado.

No se lo digo a nadie para que no me tomen por un chiflado masoquista, pero me gusta ver los entrenamientos durante las tardes de lluvia, bien abrigado, con mis botas de caña alta, con mis katiuskas socialistas y científicas.

Todo brilla mientras se moja, el césped artificial es un tapiz de minúsculos resplandores, la pelota corre disparada sobre la hierba empapada y levanta destellos y salpicaduras. Los niños, como si la lluvia no fuera con ellos (no va con ellos en realidad, porque solo les interesa el juego: el puro esfuerzo y la diversión pura que el juego proporciona), se hacen uno con la lluvia cada cual, se mimetizan con las gotas, y sus movimientos adquieren un aspecto de *ballet*, si no del todo acuático, al menos muy cercano. Niños peces.

Ha aparecido un vídeo de Dani Parejo, el jugador del Valencia, bailando en una discoteca, al parecer a altas horas de la noche, en compañía de un tipo borracho y grosero que dice una estupidez sobre el entrenador del equipo, Cesare Prandelli. Parece que, en la grabación, Parejo está, al menos, contentito, y que lleva en la mano una cachimba.

Cómo ha cambiado la intimidad biográfica: aquello que solíamos hacer sin que nadie lo viese, o que hacíamos para la vista de unos pocos. Ahora cualquier imbécil puede grabarnos haciendo cualquier cosa, incluido el acto de hacer el imbécil, y puede a los tres segundos subirlo a las redes sociales, convirtiéndolo en lo que no era. Lo privado se convierte en público apretando un botón.

Como el Valencia anda en horas bajas, tanto en el ámbito deportivo como en el societario, el asunto de la juerga de Parejo ha sentado muy mal a parte de la afición, siempre dispuesta a indignarse por el comportamiento privado de los jugadores cuando el equipo no gana ni juega bien.

El jugador ha pedido disculpas de una manera confusa y borbónica, valga la redundancia —me he equivocado: no volverá a pasar más—, alegando que estaba en un día de fiesta, que no había partido ese fin de semana, que las fechas navideñas son muy especiales —se supone que propicias a la disipación—, que todos somos humanos, y que al fin y al cabo no había matado a nadie. Ni siquiera había matado un elefante, se podría añadir.

El acto de contrición de Juan Carlos I ha sentado un mal precedente, al menos por lo que respecta al acto de pedir disculpas en público. Además, disculparse a lo Borbón representa un topicazo sin atisbos de sinceridad. La gente que aspira a pedir perdón a la inmensa mayoría debería asesorarse, buscar un preceptor de Retórica. La literatura, aquí, también tiene mucho que enseñar al fútbol.

El supuesto escándalo pone de nuevo sobre el tapete el asunto de la responsabilidad moral —de eso estamos hablando, de moral privada y pública— del futbolista. En casi todos estos casos, los aficionados, casi siempre de vida poco ejemplar —como suelen ser casi todas las vidas—, se sienten con derecho a reclamar una conducta modélica y ejemplarizante en el jugador, casi siempre con un único argumento: no se les paga lo que se les paga para

que hagan eso. Son asalariados del club, y representantes de un colectivo ciudadano, la masa social que apoya a dicho club.

Cientos o miles de borrachuzos y bailarines tambaleantes de fin de semana, cientos o miles de fumadores compulsivos, se han escandalizado de que Parejo haya aparecido en un vídeo fumando, bailando y bebiendo en una discoteca. Lo cierto es que el enfado es una estupidez mayúscula que enmascara la verdadera razón de dicho enfado: el Valencia está a un punto de las posiciones de descenso y juega muy mal al fútbol en las últimas temporadas.

Si uno se indigna por el hecho de corroborar, mediante un vídeo cuya difusión no se ha consentido, que un jugador de fútbol es capaz de fumar, beber y bailar, también debería estar indignado a toda hora por la posibilidad, sin corroboración, de que haga lo mismo en cualquier otro momento. Nada impide que un jugador cualquiera se drogue en privado, en el comedor de su casa, con todo tipo de sustancias psicotrópicas, pongamos por caso, y organice orgías diarias hasta la madrugada. Nada impide que un jugador se desayune con un puro habano antes de ir a entrenar y se inyecte una dosis de cocaína, a la manera de Sherlock Holmes en sus decaimientos espirituales. Si eso puede suceder, el hincha debería estar escandalizado de manera preventiva, porque al jugador no se le paga lo que se le paga para que haga esas cosas.

La única diferencia entre el comportamiento hipotético y el comportamiento corroborado es la existencia de una fotografía, de un vídeo, de un testigo que jura haberlo visto.

Pero la verdad es que a los jugadores se les paga para que jueguen, a ser posible bien, y que ganen los partidos. El resto pertenece al intangible universo —así debería ser: intangible— de la moral privada, y no al manoseado mundo de la moral pública.

Los futbolistas deben cuidarse, pero no para satisfacer el espíritu inquisitorial de la turbamulta, sino por el simple hecho de que pertenecen a un colectivo de atletas, y el que deja de ser un atleta, de estar en plena forma, juega mal. El acto de jugar mal, de no correr lo suficiente, de no estar en disposición de contribuir con destreza al juego, constituye el único reproche ético que se le puede hacer a un futbolista. La moral del fútbol, la responsabilidad moral del futbolista, es de naturaleza futbolística, nada más.

Allá cada cual con lo que haga en su tiempo libre. Si quiere perjudicarse y perder su mejor estado de forma, no es un pecado: el pecado es que ese perjuicio no le permitirá más tarde jugar bien, y en ese momento sí estará en

pecado, al menos con respecto a una de las verdaderas leyes morales del fútbol.

Nadie se queja acerca de un jugador, acerca de su vida privada, cuando juega de maravilla y su equipo gana los partidos, aunque tal vez su vida íntima en ese momento sea un despropósito. Siempre se disculpa al gran jugador con vida poco ejemplar cuando los resultados deportivos son favorables.

Se tiende a argumentar que algunos deportistas necesitan cierto desequilibrio sentimental para alcanzar el equilibrio deportivo: sin algunas concesiones al desenfreno no lograrían su plenitud de ánimo, y, por consiguiente, no podrían rendir como es debido. Es el conocido «Síndrome de samba», en los ámbitos médicos especializados: algunos jugadores, sean brasileños o no, están necesitados, los pobres, de un régimen de vida carioca, con su mucho de música, de baile y de mulateo.

La verdadera responsabilidad moral del escritor es de naturaleza literaria: se limita al deber de escribir bien. El equivalente literario a la disipación del futbolista no es la disipación biográfica del escritor (tan famosa en muchos artistas pasados y presentes), sino, para algunos, su disipado comportamiento civil.

Así como al futbolista se le exige que cuide su forma física, al escritor se le suele exigir que cuide sus formas ideológicas: que defienda todas las buenas causas, que sea un ejemplo de vigilancia moral, que denuncie los abusos del poder.

Pero lo cierto es que todas esas supuestas responsabilidades del escritor son responsabilidades de segundo orden, responsabilidades, en todo caso, civiles.

Las verdaderas responsabilidades del escritor no son las del escritor, observado como ciudadano, sino las del escritor juzgado como artista. Las obligaciones absolutas del escritor se miden con respecto a su idioma, a la tradición literaria en la que se inscribe, al resto de los grandes escritores que le han precedido. La máxima responsabilidad del escritor es para con la escritura. Porque no se escribe para el lector, ni para la amada a la que van destinados los poemas amorosos, ni para el pueblo en guerra, ni para uno mismo, aunque se escriba para todos esos interlocutores: se escribe, en primer y en último lugar, para la infinita tradición de la escritura.

Si el poeta es un dipsómano contumaz, o un ladrón, o un fascista, o un pervertido, o un mal padre, o un santo laico, o un ángel de la guarda, son

consideraciones que pertenecen, por así decir, al ámbito sociológico, pero no al literario.

Que los futbolistas jueguen bien, y que escriban bien los escritores. Después ya husmearemos en sus vidas, ya cotillearemos acerca de su conducta, ya nos pondremos santurrones e intolerantes con su comportamiento, porque sin juzgar a los demás desde la atalaya de nuestra superioridad ética el mundo no sería tan divertido.

Los torneos de fútbol 7 y fútbol 8 que juegan los equipos de chiquillos en pretemporada, en Navidades, en Pascua y en verano, constituyen un subgénero aparte dentro del universo del fútbol, una variedad deportiva de la tortura física y psíquica aplicada a la infancia y a los adultos que acompañan a los jugadores, pero también una extraña fiesta de celebración futbolística en la que se resume la esencia de este deporte.

Por lo común, son torneos de toda una jornada (o de varios días), con partidos de veinte minutos o media hora. Empiezan a las ocho o nueve de la mañana y terminan a las ocho o nueve de la noche. Entre partido y partido a veces pasan varias horas, y los jugadores, para no congelarse de frío o derretirse bajo el sol de agosto o septiembre, se resguardan en los vestuarios, o en el bar del polideportivo, o en la tribuna del campo. Los espectadores, que suelen ser los familiares de los niños que juegan, los ojeadores, los entrenadores de los equipos que no están disputando sus partidos, hacen lo mismo. A menudo, los campos no tienen instalaciones adecuadas para todas esas horas muertas que deben pasar los jugadores y el público. Cuando llueve, el respetable abre los paraguas y aguanta la lluvia a pie firme.

Los torneos, salvando las distancias, me recuerdan a veces, por su escasa duración —que ofrece al azar la ocasión de intervenir más que en los partidos naturales de una hora, y, por consiguiente, permite que se igualen los equipos—, me recuerdan, creo, a los partidos de la Copa Inglesa, la FA Cup, con su épica remota.

A medida que transcurre la jornada del torneo, los niños pierden fuerzas. Los padres también. Algunas veces, para llegar al campo a las nueve de la mañana, los jugadores (y los padres) tienen que levantarse a las cinco y media o las seis, deben viajar durante dos o más horas en el autobús del equipo (los padres en sus coches particulares) y empezar la competición. En los torneos mejores, la organización da de comer a los niños (fruta durante la mañana, después de los partidos, y, al mediodía, por lo común, un plato de pasta, un plátano y una botella de agua), pero en los más modestos hay que encargarles la comida en el bar del campo o en un restaurante cercano. Si hay tiempo entre los partidos de la mañana y de la tarde, los padres buscamos algún sitio en el que comer con algo de calma. Si no es así, nos arreglamos con un bocadillo urgente en el bar de las instalaciones.

Cuando los torneos son de varios días, el asunto se vuelve más humano. Después de los partidos, los equipos se van a su hotel, con los entrenadores, y los padres al suyo o a dar un paseo por el pueblo o la ciudad en donde se juega. Se vuelve más humano, pero mucho más caro, porque hay que pagarse todos esos gastos si uno quiere ver los partidos de su hijo. En las ocasiones en que el viaje es al extranjero o a lugares de España muy alejados de donde uno vive, la materia se complica en todos los sentidos, aunque, si uno se lo puede permitir, el fútbol de los niños se transforma a veces en una suerte de turismo sentimental.

Por lo común, si el equipo de nuestro hijo se clasifica para la última fase del torneo, los niños y los padres llegan exhaustos. A los niños les da igual, porque son niños, porque son infatigables, y porque la alegría de disputar la fase final de un torneo representa una sobredosis energética. La alegría es la fuerza mayor, como ya hemos dicho que dijo el gran Clément Rosset: la fuerza mayor espiritual y la fuerza mayor de simple naturaleza física. Un futbolista alegre no se cansa nunca de jugar al fútbol.

Los padres no tienen más remedio que recurrir también a administrarse alguna dosis de esa misma alegría reconstituyente.

Ahora bien, en cuanto a los adultos, los torneos poseen también algo de ese episodio clásico de las narraciones de terror en que un grupo humano se encuentra, por primera vez, aislado del mundo, los unos con los otros, en una isla desierta, después de un accidente aéreo, o encerrados en el ascensor de un edificio de oficinas, durante un eterno fin de semana.

En esos casos, como en los torneos, afloran los rasgos particulares del carácter de cada cual. En el fútbol, los arquetipos paternos también aparecen con el poder de la evidencia: el ensimismado que no participa de los asuntos corporativos, el borrachín que a media mañana ya está cabalgando la ola de su euforia cervecera, el teórico que arenga a la concurrencia acerca de la necesidad de cambiar el sistema de juego, la madre que se desgañita con cánticos de sonoridad hiriente, el grupo de madres que aprovecha para irse de compras al centro comercial más cercano y vuelve con media docena de bolsas repletas de gangas; el antiguo futbolista célebre que permanece impertérrito, más allá del bien y del mal, observando los partidos como quien asiste a una partida de ajedrez jugada muchos años antes.

Yo, claro está, pertenezco también a un arquetipo: el de aquellos que piensan que los arquetipos no están hechos para ellos, porque son individuos particulares, mónadas pitagóricas indivisibles. Me imagino, sin embargo, que participo de todos los anteriores especímenes, en cierta medida, porque los

torneos son muy largos y nos dan la oportunidad de mostrar muchos de los mejores rasgos folklóricos de nuestro temperamento.

Por lo común, me muestro como un tipo discreto que, durante el desarrollo de los partidos, se limita a mirar el juego y estar callado, o, a lo sumo, hacer algún comentario a mi vecino. De vez en cuando doy un grito de ánimo general a los niños del club, o en particular a mi hijo, cuando está cerca, como refuerzo psicológico transversal, que diría, me parece, el director de algún gabinete psicopedagógico.

No obstante, y pese a mi voluntad de disolución entre la multitud, algunas veces he hecho algún comentario en voz alta, con la mala suerte de encontrarme cerca de un padre del equipo rival, que discrepaba de mis atinados juicios, y he entrevisto la posibilidad de que el incidente terminase a palos.

En los torneos, uno nunca sabe cuántas copas de coñac lleva encima el orador del equipo rival y viceversa: el orador del equipo rival no sabe cuántas copas de coñac ha bebido el senador de la oposición.

Hace unos años, cuando Carlitos jugaba en el Valencia, un padre de nuestro equipo, para sorpresa de todos los padres restantes, rubricó una discusión táctica con un desconocido, al modo albaceteño, como argumentó en voz alta: le enseñó la navaja de siete dedos de hoja que llevaba plegada en el cinturón. Los torneos constituyen un subgénero sorprendente del fútbol base y de la literatura costumbrista.

Ayer vi en el telediario las imágenes de una pelea de padres durante un partido de juveniles en Canarias. Uno de los contendientes le daba un cabezazo a otro, sin previo aviso, después de enzarzarse en una discusión de muchas alharacas, y el que recibía el cabezazo la emprendía a hostias con el agresor, hasta causarle, según parece, lesiones en la nariz y en un ojo. Contaban que el hijo de uno de los dos energúmenos tuvo que ser atendido, porque sufrió un ataque de ansiedad. La escena tenía algo del cuadro de Goya *Duelo a garrotazos*, que no es precisamente una pintura sobre fútbol.

No sé qué haría yo si alguien me propinara un cabezazo a traición en mitad de una bronca de cualquier género. Me imagino que, si no me deja grogui, me lo querría comer. Nadie está libre del energumenismo hispánico, sobre todo si es español: peninsular o isleño.

Los campos de fútbol, como muchos otros ámbitos (las discotecas, los bares de la noche, los parlamentos turcos y japoneses), son ámbitos susceptibles de convertirse en lugares peligrosos, por lo que conviene afantasmarse y no entrar al trapo de ninguna provocación. Uno nunca sabe quién es el loco que tiene enfrente.

Hace muchos años, durante una inocente salida nocturna de amigos, un sábado cualquiera, nos vimos envueltos en una pelea terrible, de proporciones y consecuencias dramáticas.

Habíamos salido a cenar, entre otros, los poetas Vicente Gallego y Miguel Ángel Velasco, el pintor y poeta José Saborit, y bastantes amigos de la vida civil, como quien dice. Venía con nosotros un amigo, Adolfo, que se había hermanado con Vicente cuando Vicente Gallego trabajaba como empleado de seguridad en una discoteca de la Ruta del Bacalao, *Puzzle*, a finales de los noventa. Los caminos laborales y amicales del Señor son inescrutables e inextricables.

Adolfo se constituyó desde muy pronto en nuestro ángel de la guarda, porque tenía aspecto de endemoniado gorila karateca. Era un mazas descomunal, con varios cinturones negros en distintas disciplinas de artes marciales, y un aura que indicaba a la gente, por ciencia infusa, que no representaba una buena idea estar enfrente de él en una discusión. Los porteros obtusos de las discotecas se ablandaban en cuanto lo veían, y sacaban a relucir sus maneras versallescas.

He comprobado que los profesionales del ramo de las hostias saben, con solo echar un vistazo, si el que tienen enfrente es alguien a quien pueden darle una paliza o alguien que puede matarlos en una pelea casual. Adolfo era transparente a este respecto: si te metías con él, casi con seguridad que te haría mucho daño. Lo pregonaba algo impalpable, pero a la vez tangible: el halo. El halo expresa, sin necesidad de palabras, la determinación que alguien tiene para aplastar al otro, cuando se mete en una pelea.

Adolfo tenía la mitad de la cara deformada por una cicatriz enorme, y el párpado del ojo caído, como suelen tener los matones en las películas de gánsteres con verosimilitud gansteril.

La cicatriz se la había hecho un *skinhead* neonazi, a traición. Adolfo trabajaba durante cierto tiempo como cobrador de deudas para la mafia rusa. En una de sus visitas fiscales a un grupo de deudores, después de propinar unas cuantas palizas y de recaudar lo que había ido buscando, parece ser que se quedó con el excedente monetario que había en el domicilio *skinhead*.

Al cabo de un tiempo, cuando cierto día iba a arrancar el coche en la puerta de su casa, alguien llamó al cristal de su ventanilla, repicando con una escopeta de cañones recortados. Cuando se dio la vuelta para mirar quién llamaba, le descerrajaron un tiro a quemarropa. El cristal saltó hecho pedazos. Tuvo el reflejo instintivo de moverse en el instante del disparo, y pudo apretar el acelerador del coche. Eso le salvó la vida, porque el *skinhead* le disparó un segundo cartucho.

Como pudo, llegó al hospital, y allí lo curaron, aunque estuvo ingresado varias semanas. Al cabo de los meses siguientes se sometió a operaciones de cirugía estética para reconstruirle la mitad de la cara, pero la pericia de los médicos no logró devolverle su aspecto primitivo. Le quedó para siempre un rostro patibulario que causaba un enorme respeto moral, por decirlo de alguna manera.

A mí me adoraba por adoración vicaria, porque adoraba a Vicente, y sabía que Vicente y yo nos adorábamos. Cuando digo que hubiera matado por nosotros, no estoy permitiéndome una licencia retórica. En una noche de confesiones y copas nos lo dijo a Vicente y a mí, añadiendo que no hubiera sido la primera vez en que hubiese tenido que matar a alguien para encontrar la solución a un problema afectivo.

Recuerdo una cena en que, a los postres, Adolfo le pidió a Vicente que le recitara un poema de memoria, y Vicente lo recitó. En medio del recitado, Adolfo se puso a llorar a lágrima viva, sin asomo de vergüenza, y estuvo llorando hasta el final del poema, y dos o tres minutos después de terminado.

Para llorar de aquella manera delante de adultos, sin atisbo de miedo por poder incurrir en una cursilería, hay que estar muy seguro de uno mismo, pensé. Así era el amigo Adolfo.

La noche triste de nuestra gran trifulca, Adolfo se marchó a dormir a las dos o las tres de la mañana. Si se hubiera quedado con los supervivientes de la cena, no nos habría pasado nada malo, porque nadie se hubiera atrevido con nosotros, y, en el caso de que algunos se hubieran atrevido, Adolfo se habría encargado de ellos con facilidad. Vicente me había contado cómo muchas veces, en las peleas que había tenido en *Puzzle*, como segurata, con pandillas de borrachos y con grupos de pesados fuera de control, Adolfo se exhibía tumbando él solo a cinco o seis contrincantes, en un abrir y cerrar de ojos.

Por lo visto, las peleas laborales de la discoteca le servían como entrenamiento real, porque las de la academia de artes marciales que frecuentaba nunca pasaban de ser un simulacro entre alumnos. Para mantener un buen estado de forma —nos decía Adolfo—, no hay nada como las peleas de verdad, en las que puedes pegar, sin miedo, a los contrincantes.

El caso es que Adolfo se marchó a dormir, y Vicente Gallego, Miguel Ángel Velasco y yo nos fuimos a terminar la noche a la discoteca 69 Monos sobre un cable de acero, una de las más grandes de Valencia por aquellos tiempos, en la calle de Eduardo Boscá, muy cerca del cauce del Turia. Pensando en todo lo que pasó, el nombre de la discoteca tenía algo de oráculo amenazante que no supimos interpretar.

Cuando entramos en 69 Monos, Miguel Ángel, como solía hacer, se perdió entre la multitud, para husmear a su aire el paisaje y la marabunta humana que bailaba en la pista. Mientras tanto, Vicente y yo nos fuimos a la barra a tomar otra copa, una de esas que resulta imprudente beberse, pero que las copas anteriores convierten en espectralmente razonable, e incluso en necesaria.

Miguel Ángel Velasco cultivaba un aspecto muy peculiar, un dandismo salvaje y estrafalario, como si fuera el último *hippy* sobre la tierra, el depositario final de los valores contraculturales verdaderos. Si Ramón dijo de Valle-Inclán que era la mejor máscara de a pie que cruzaba la calle de Alcalá, de Miguel Ángel se podría haber dicho que era en sí mismo la isla de Formentera puesta en pie y andando por la noche valenciana. La *Formentera Lady* de King Crimson.

Medía, con las botas camperas que solía calzar, cerca de un metro noventa. Aquella noche llevaba puestos unos vaqueros, una camisa de paramécios multicolor, abierta hasta el ombligo, con el pecho peludo al

descubierto. Hiciera el frío que hiciese, Miguel Ángel siempre llevaba la camisa sioux abierta, en señal de desprecio atmosférico por las circunstancias meteorológicas del destino. La noche de la pelea, llevaba además un poncho peruano de alpaca, con tantos colorines como un mandala budista, y un sombrero del Far West calado hasta los ojos, con el que quería emular al John Wayne de *El hombre que mató a Liberty Valance*, uno de nuestros wésterns predilectos. No solía tener la intención de pasar desapercibido.

Miguel Ángel tenía una melena que constituía un universo aparte, una pelana rubia y rizada de Menina, que le llegaba hasta la cintura. Se parecía mucho a Ian Anderson, el mitológico flautista y cantante de Jethro Tull, en sus años dorados. Tenía sus mismos ojos saltones de duendecillo clarividente, y una melena similar, aunque la de Miguel Ángel era mucho más larga, como si acumulase unas cuantas generaciones más de música progresiva en la cabeza.

Cuando salíamos por Valencia, a altas horas de la noche, las desinhibidas se le acercaban a tocarle el pelo, queriendo averiguar si era de verdad, y los borrachos melancólicos le preguntaban si era Ian Anderson, o quizá Jesucristo. Algunos, en mitad de su cebollazo sideral, lo miraban con unción religiosa, como si hubiesen llegado por fin a los pies del apóstol Santiago, o estuvieran a orillas del Ganges. Si él les hubiese dirigido unas palabras, habrían estado dispuestos a abandonarlo todo para seguirlo en la travesía del desierto, al menos durante lo que les durase el colocón. Miguel Ángel ligaba bastante en las discotecas y los bares últimos, y muchas veces con la guapa del reino, la más pija y acosada por los lobos pasados de vueltas.

Sostengo que existe una internacional *hippy* del espíritu, muchos de cuyos miembros no saben que pertenecen a ella, pero que cuando veían a Miguel Ángel sufrían una revelación epifánica, una ruptura óptica, provocada por su figura andante, que les hacía descubrir su auténtico ser, y entregarse en cuerpo y alma al sacerdote que los miraba desde las nubes, con una cordial extrañeza distante, porque a aquellas alturas de la noche Miguel Ángel no solía estar para mucha plática, y se limitaba a sonreír a sus fieles y a otorgarles en silencio su bendición apostólica.

La noche de 69 Monos, Vicente y yo divisamos el sombrero de Miguel Ángel Velasco, en mitad de la pista, bastante rato después haber estado buscándolo por la discoteca. Nos acercamos a él, y vimos que estaba hablando con un individuo muy gesticulante. Recuerdo que pensé que el tipo aquel tenía cara de jabalí, y que debía pesar casi cien kilos. Con solo echarle

un vistazo, uno se daba cuenta de que estaba borracho como una cuba, y casi con seguridad embalsamado en coca.

Cuando nos acercamos, el jabalí le arrancó con malos modos el sombrero a Miguel Ángel, se lo tiró al suelo, y le dijo que lo recogiese. Miguel Ángel lo recogió como si nada y se lo volvió a colocar en la cabeza. Ya estábamos los tres juntos, cuando el jabalí volvió a arrancarle el sombrero y a tirarlo al suelo de la pista, obligándolo otra vez a recogerlo a sus pies.

Lo que ocurrió a continuación ocurrió muy deprisa y duró unos cuantos segundos, pero con la densa temporalidad de los accidentes repentinos. Vicente, que interpretó que el jabalí iba a pegar a Miguel, tumbó de un codazo al tipo que lo molestaba. Salió lanzado por el aire medio metro, sobre la multitud que bailaba en la pista.

Vicente es hoy día un sabio sincretista que predica la conciliación universal de todos los seres, esas criaturas aparentemente vivas en la engañosa burbuja fantasmagórica que denominamos realidad; pero por entonces aún no había llegado a esa conclusión epistémica.

Por aquel entonces, en su yo predominaban los ingredientes sanguíneos, y su espíritu de karateca juvenil, experto en grescas nocturnas, no encontraba ninguna incompatibilidad entre la elevación del canto lírico y el reparto ecuménico de algunas hostias bien dadas. De manera que atacó al agresor como había aprendido en sus años de gimnasio, y sobre todo en las peleas con Adolfo, durante su trabajo como guardia de seguridad en *Puzzle*.

Cuando hay que pegar, es preferible hacerlo con el codo, que es uno de los huesos más duros del cuerpo. Lo de pegar con los nudillos es solo para los *amateurs* y para las películas de acción, porque lo más probable es que te rompas los huesos de los dedos, que luego sueldan mal.

Yo nunca había estado en una pelea como aquella, y espero no volver a estarlo nunca. Cuando el jabalí salió despedido contra la gente que bailaba, la pista se vació de golpe. La multitud se movía en avalanchas, empujada por el oleaje del miedo. Seguro que en aquel momento de la noche había más de quinientas personas en el centro de la discoteca, y muchas más por los rincones y pasillos. Algunos gritaban por encima de la música. Otros se caían, empujados por la muchedumbre.

El jabalí se levantó de repente y vino hacia mí, tambaleándose, para pegarme. Estaba muy aturdido, casi grogui, pero se me echaba encima con decisión. Cuando lo tuve delante, le di un puñetazo en la cara, reculó y cayó al suelo sentado.

Unos segundos después, sucedió algo que no habíamos tenido en cuenta, pero que era lógico que ocurriera: aparecieron los amigos del jabalí, al menos media docena. En el instante en que nos iban a rodear, llegaron los guardias de seguridad de 69 Monos —los paradigmáticos gorilas hormonados que hacían honor al nombre del local—, e impidieron que continuase aquella bronca. Los amigos del jabalí estaban desafortunados y juraban que nos iban a matar.

Bastantes de los desconcertados clientes que estaban alrededor se acercaron a los guardias de seguridad, para ponerse de nuestra parte, y explicar que no habíamos hecho otra cosa más que responder a una provocación. Intercedían en favor de Miguel Ángel, que era, sin lugar a dudas, el individuo más pacífico de aquel incidente, y que parecía flotar dos metros por encima de los acontecimientos, como si observara los hechos desde un púlpito.

Los gorilas de la seguridad no atendieron a las razones que nosotros les dimos, ni a los argumentos de nuestros partidarios, y decidieron expulsarnos de la discoteca a todos. Primero al jabalí y sus amigos, y después a nosotros tres.

En la puerta, sugerí que avisáramos a la policía, mientras los de seguridad nos empujaban a la calle. Entonces, Vicente, que estaba acostumbrado a eludir el concurso de la policía en las broncas de *Puzzle*, dijo que de ningún modo debía intervenir la pasma en aquel asunto. No nos traería más que problemas. Como Vicente era el conocedor, el baqueteado en asuntos de hostias, Miguel Ángel y yo acatamos su criterio. El hecho de no llamar a la policía fue nuestro primer error importante.

El segundo fue salir de la discoteca sin haberla llamado. En cuanto pusimos los pies fuera, a pesar de que nos expulsaron por puertas diferentes, se nos vino encima, corriendo, toda la banda del jabalí: ocho o nueve tipos enloquecidos. Echamos a correr y cruzamos la calle de Eduardo Boscá. Vicente y yo corríamos delante, pero Miguel Ángel lo hacía sin convicción, con dificultad, como si no terminara de creer lo que estaba ocurriendo. Pronto lo alcanzaron y tuvimos que recular, no muy lejos de la baranda del río. Estábamos en mitad de la calzada cuando llegaron. Debían de ser cerca de las cinco o las seis de la mañana y no circulaba casi ningún coche por la avenida.

La manada se dividió para atacar. Era un grupo bastante más joven que nosotros, calculo que de veintimuchos o treinta y pocos años. Perdí pronto de vista a Vicente, enzarzado a golpes con los suyos. A mí me rodearon dos, uno de ellos el jabalí, que llevaba la voz cantante. Estuvimos forcejeando.

Recuerdo que les grité la pregunta retórica de si estaban locos. Procuré, de manera refleja, mantenerme en movimiento. Lo último que se debe hacer en una pelea —ahora lo sé— es quedarse parado y darle al rival la ocasión de que te golpee. Mientras empujaba al otro, el jabalí me dio un puñetazo en el mentón, pero no me caí. Muchas veces me he dicho, recordando aquella noche infame, que si me llego a caer al suelo me hubiesen pateado, haciéndome quién sabe qué.

Sobre Miguel Ángel se abalanzó el más alto y fuerte, con rapidez y claridad de intenciones, y Miguel Ángel sí que se quedó quieto. Lo tenía a mi lado, a un par de metros, y en mitad de mi pelea pude ver su cara de espanto, el gesto de horror de quien no se explica cómo, sin haber hecho absolutamente nada, terminaba viéndose envuelto en un episodio de violencia extrema.

El salvaje que le atacó le dio una sola patada, sabiendo cómo debía dársela, dónde y con qué finalidad. Le partió la tibia y el peroné de cuajo, y Miguel Ángel se desplomó sobre la calzada aullando de dolor. No se me olvidará nunca el miedo absoluto en los ojos de Miguel, mientras se sujetaba la pierna que le colgaba, rota, con las manos, y gritaba sin consuelo.

La banda comprendió enseguida la gravedad de lo que había pasado. Los que estaban enzarzados conmigo, los que contemplaban a cierta distancia y el que había pegado a Miguel Ángel se retiraron a toda prisa. Mientras tanto, Vicente estaba en mitad de una pelea con el último de los salvajes. Era una esgrima de golpes de kárate, por parte de los dos, con conocimiento del asunto.

Vicente estaba desnudo de cintura para arriba, en mitad de la noche. Al parecer, su atacante había pretendido hacerle una llave clásica de peleas callejeras: cogerle el abrigo por la espalda y darle la vuelta sobre la cabeza, para dejarlo maniatado y ciego con su propia ropa. Vicente había reaccionado como sabía que debía hacerlo: echándose hacia atrás mientras lo sujetaban y sacándose su propia ropa de golpe —la camiseta, el jersey y el abrigo— por encima de la cabeza y los brazos. Al ver que sus compañeros huían, el que peleaba con Vicente huyó también.

No habrían pasado ni cinco minutos desde que nos habían expulsado de la discoteca. Intentamos detener algún coche para llevar a Miguel Ángel al hospital, pero, a aquellas horas y viendo a alguien caído en mitad de la calzada, los pocos conductores que pasaban por allí nos esquivaban y seguían su camino. Si tres individuos —uno de ellos en el suelo, retorciéndose de dolor, y otro medio desnudo— intentaran detener mi coche en la madrugada,

supongo que haría algo semejante, porque la situación resulta inexplicable y peligrosa. El auxilio se presta, por regla general, cuando entendemos que se trata de un hecho que requiere auxilio, y no de un acontecimiento que parece amenazarnos.

Al final conseguimos parar un taxi y subir a Miguel en el asiento trasero. El taxista, a regañadientes, nos condujo al Hospital Clínico. Durante todo el trayecto, estuvo lamentando la desaparición de los tiempos bucólicos en que un taxista podía rematar su turno de noche, o empezar el de mañana, sin encontrarse con heridos en las puertas de las discotecas, aquellos años en que los corderos pacían junto a los leones, y los pastores tañían la lira a la orilla de ríos sonoros, junto a bosques nemorosos, etcétera.

Ingresamos a Miguel Ángel en Urgencias, y desapareció por un pasillo, en una camilla rodeada de enfermeras y celadores, mientras exigía a gritos una dosis inmediata de morfina.

Nuestros errores soldaron un nuevo eslabón a su cadena, porque Vicente quiso que omitiésemos toda referencia a la pelea en el parte de admisión hospitalaria, y dijo que la fractura se había producido en una caída. La verdad es que no estábamos para muchas sutilezas, después de toda una noche de copas, y, sobre todo, después de habernos visto envueltos en una pelea salvaje difícil de entender.

Pero el caso es que si nos hubiésemos negado a salir a la calle hasta que se hubiera presentado la policía, lo más probable es que no habríamos tenido que pelear fuera de la discoteca y que no le habrían partido la pierna a Miguel. Por otra parte, si lo hubiésemos denunciado en el hospital, la policía podría haber buscado y encontrado a los culpables, que habían cometido un delito grave de lesiones, y los hubiesen podido juzgar. Al no haberlo hecho, el delito quedó impune, y Miguel Ángel, en lugar de obtener una indemnización a la que tenía derecho, tuvo que litigar con los seguros, sin ningún resultado.

Al cabo de hora y media, Miguel Ángel apareció en camilla, lo introdujeron en una ambulancia y se lo llevaron al hospital de Denia para operarlo, porque era el que le correspondía, al vivir en Jávea. Estaba en absoluto desacuerdo con la medicación analgésica que le habían pautado los doctores, y se lo gritaba a todo el mundo. Su erudición química —al menos de la química ceremonial de psiconauta experto— reclamaba drogas más fuertes. Nos pidió que no lo acompañásemos y que avisáramos a Angélica, su novia de por entonces.

Han pasado más de siete años desde que Miguel apareciese muerto, desplomado en el suelo, en su casa de Palma de Mallorca, y más de quince

desde que tuvimos la pelea en 69 Monos.

Me parece que Adolfo está cumpliendo condena en la prisión de Picassent. Medró en la cadena de la mafia rusa y pasó a organizar desembarcos de droga en la costa valenciana. Al principio, parece ser que solo se encargaba de dirigir por teléfonos móviles desechables las operaciones; pero después se hizo cargo, a bordo de las lanchas fueraborda, del propio transporte, desde alta mar hasta las playas cercanas a la ciudad. Lo detuvieron con un cargamento enorme de fardos de hachís y le cayó la intemerata de años.

Vicente lo visitó en la cárcel y lo encontró contento. Había tenido que labrarse una reputación de tipo duro, para que los jefecillos de su módulo no se le subiesen a la chepa todos los días.

Al parecer, en las colas que se hacen en prisión para casi cualquier asunto, los mandamases se cuelan a los novatos, y, si los novatos no reaccionan, todos los veteranos se cuelan también, y acaban por esclavizarte. Así que, la segunda vez que un cabecilla se le coló a Adolfo, Adolfo lo emplazó para discutir el asunto en una sala dialéctica que los presos habían dispuesto. Según parece, bastó con un par de enormes bofetones con la mano abierta, para que Adolfo iniciase una profunda amistad con el capo de su módulo. Los bofetones constituyen una medida menos drástica que el codazo, y, además de proteger los huesos del puño, tienen la virtud —decía Adolfo— de ejercer un gran efecto psíquico en quien los recibe, porque suponen una humillación gestual y gráfica, al quedarle a quien los recibe los dedos marcados en mitad de la jeta.

A Miguel lo operaron varias veces de la fractura de la pierna, y le quedó, como es lógico, para siempre, una huella muy amarga de aquel incidente de locos. Creo que ya nunca volvió a estar tan confiado y tranquilo por las noches, y ese resquemor fue una de las peores consecuencias de nuestra noche horrible. Escribió un poema: «A quien me rompió la pierna».

Recuerdo que nos lo recitó durante una de las visitas que le hicimos mientras convalecía de la primera operación. No era un gran poema, y le aconsejamos que no lo publicase y que lo dejase dormir en un cajón. Tenía un aire enfático, con ingredientes de homilía perdonavidas hacia su agresor, a pesar de que estaba trazado con la precisa taracea verbal de Miguel Ángel. Como en otras ocasiones, incluía pasajes de un detallismo homérico, con aciertos parciales indudables, pero fallido en conjunto. Se deshinchaba a medio camino, y terminaba por transmitir una impresión de patetismo ineficaz.

Nunca volví a hablar con Miguel en profundidad de aquella noche, y no sé qué idea guardó para sí de lo ocurrido. Tampoco sé yo muy bien qué pensar, como no sabría qué pensar, del todo, sobre un accidente de coche, o sobre la caída de un andamio de la construcción encima de mí, cuando paseaba por la calle. El azar suele conducirme al pasmo, y el pasmo se termina en sí mismo, con la boca abierta.

Aquella noche en la que Miguel salió muy mal parado, nos podría haber pasado cualquier cosa. Si llegan a tener bates de béisbol en sus coches, por decir algo, o a llevar cuchillos y navajas encima, tal vez hubiéramos tenido que enterrar a alguien. Quién sabe.

Miguel Ángel aún escribió muchos poemas después de aquello. Algunos son de los mejores poemas que se han escrito en España durante los últimos cincuenta años. Su «Mallorca revisited» me parece una cumbre de nuestra generación, uno de esos poemas que basta para ganarse esa inmortalidad precaria que otorgan los lectores de poesía.

Durante la época en que vivió en Jávea y en Valencia, Vicente Gallego, José Saborit, Miguel Ángel Velasco y yo nos vimos mucho, salimos mucho de juerga, hablamos mucho de casi todo. Nunca hablé de fútbol con él. No le interesaba. Nos apreciábamos mucho también, pero pertenecíamos a mundos alejados. Con quien intimó hasta la médula fue con Vicente Gallego.

En cierta ocasión, en un *pub* del barrio de El Carmen me pidió que le hiciera una lista de mis intereses vitales indiscutibles. Creo recordar que la resumí en los afectos y la literatura. Tampoco se trataba de escribir un ensayo. Habíamos tomado éxtasis y estábamos en mitad de su euforia sensorial. Me preguntó: «¿Y la droga?». Le dije que no representaba absolutamente nada en mi vida, que no alcanzaba ni siquiera la condición de entretenimiento. Era como si me hubiera preguntado por la importancia del *whisky* escocés. Me miró atónito. Pero yo no era un psiconauta y él sí.

Viendo pegarse a los dos padres, durante el partido de juveniles en Canarias, me ha venido a la cabeza otra vez la noche oscura de 69 Monos. La noche oscura del cuerpo. No había escrito sobre ella nunca. Me imagino que lo ocurrido podría contarse de forma diferente. Si volviese a escribir las páginas anteriores, yo mismo lo contaría todo de forma distinta, con otras palabras quizá: y las palabras distintas con las que se cuenta lo sucedido convierten lo sucedido en algo distinto también.

Desde entonces, aunque han pasado muchos años, siempre que he vuelto a estar en mitad de una fiesta nocturna, en una discoteca, en un *pub*, recuerdo el incidente, y pienso que el mundo es un sitio peligroso. Ahora tengo miedo,

más que por mí, por mis hijos. Mi pánico es que tengan aquella mala suerte que tuvimos nosotros. Uno nunca sabe a quién tiene enfrente. Hay muchos poetas a quienes les encanta el fútbol, pero Miguel Ángel Velasco no era uno de ellos.

He leído el libro de Martí Perarnau sobre Guardiola, *Pep Guardiola. La metamorfosis*, y me ha gustado bastante, a pesar de que resulta reiterativo en sus mejores intuiciones y en sus análisis. Se trata de la continuación de *Herr Pep*, la primera y exitosa narración de los inicios de la aventura alemana de Guardiola en el Bayern de Múnich. *La metamorfosis* tiene cuatrocientas cincuenta páginas de cántico guardiolista, y eso son muchas páginas para casi cualquier objeto de cántico.

No obstante, está bien escrito, más de lo que uno suele esperar de este tipo de publicaciones, a las que no se les puede atribuir, en principio, aspiraciones literarias. La prosa de Perarnau supera muchas veces el simple carácter instrumental de la mayor parte de la prosa periodística, y eso se agradece siempre.

Soy partidario de que la lista de la compra, los prospectos de las medicinas y las instrucciones de uso de los electrodomésticos se redacten con vocación de estilo, con calidad de fraseo. Puede que el universo no sea de absoluto carácter verbal, pero para mí, para quienes nos consideramos lectores como parte sustancial de nuestra biología, de nuestra manera de estar vivos, lo verbal constituye la esencia del universo conocido y por conocer.

Perarnau ha sido atleta de élite, saltador de altura, y ha llegado a participar en los Juegos Olímpicos de Moscú. Sin embargo, desde muy joven se ha dedicado al periodismo. Qué bien harían todos los deportistas de élite en estudiar, sobre todo algo en donde después pudiesen aprovecharse los conocimientos obtenidos en la alta competición; y qué bien harían todos los periodistas y escritores en practicar deporte, aunque sea como aficionados, porque orea el espíritu, que es orear el estilo.

El libro es el de un guardiolista confeso, el testimonio de un observador privilegiado durante los dos últimos años de Pep en el Bayern, y después durante su llegada a Manchester, para entrenar al City.

La tesis fundamental de Perarnau es que Guardiola es mejor entrenador que en los años del Barça, porque ha aprendido a adaptarse, a metamorfosear su fútbol, sus tácticas, sus planteamientos, en función de los nuevos jugadores, de la nueva liga en la que compite y de las nuevas circunstancias deportivas y vitales a las que se enfrenta. (Me imagino que como están obligados a hacer todos los entrenadores del mundo, porque al fútbol juegan

los futbolistas a fin de cuentas, y cada entrenador está obligado a adaptar sus principios a quienes pueden ponerlos en práctica).

Ese camaleónico sabio del fútbol —afirma Perarnau— ha conseguido hacer el mejor Bayern, en números, de la historia, y puede que uno de los mejores en cuanto a la vistosidad de su juego, que sumaba, a la tradicional verticalidad y agresividad alemanas, el juego de posición y el ordenado despliegue de las piezas del equipo, proveniente de la cosmovisión holandesa-cruyffista-barcelonesa.

La verdad es que el Bayern de Guardiola ha sido un magnífico equipo de fútbol, que ha debido de apasionar a cualquier espectador que ame de verdad este deporte, por encima de partidismos y del análisis de los resultados (que, por otra parte, por lo que a las estadísticas se refiere, son casi impecables).

El reproche generalizado que se le hace en sus años en el Bayern es que no ha ganado la Champions, pero un reproche así solo puede provenir de quienes tienen muy poca amplitud de espíritu. Llegó a dos semifinales, y en una de ellas, contra el Atlético de Madrid, en Múnich, su equipo jugó uno de los mejores partidos de fútbol ofensivo de los últimos treinta años. Nadie se explica hoy cómo ese partido no acabó seis o siete a uno a favor del Bayern, salvo por el maravilloso componente imponderable del azar, que transforma el fútbol en un asunto mágico y asombroso en algunas ocasiones.

Perarnau insiste en que en Manchester, si le conceden a Guardiola los tres años canónicos que él necesita para desarrollar su proyecto, Pep conseguirá hacer algo todavía mejor que en Múnich, porque ha aprendido muchas cosas nuevas que sabrá poner en práctica, además de las que aprenda en el propio Manchester, ya que Pep cambia y se metamorfosea, sobre todo, para aprender. Para aprender mientras enseña, para aprender mientras despliega sus conocimientos sobre la marcha.

Solicitar tres años de paciencia deportiva con un entrenador que dispone de cientos de millones de euros para construir su equipo, tal vez sea solicitar mucho, muchísimo. Por lo general, con un entrenador, al menos en España, se tienen unos cuantos meses de paciencia y confianza, en el mejor de los casos. Después de eso, si no se obtienen resultados, se le tira a la calle y se contrata a otro. Inglaterra es distinta, pero habrá que ver cuál es el grado de paciencia que están dispuestos a poseer los dueños del club, los aficionados y la prensa.

Para Perarnau, el gran problema que pervierte los proyectos deportivos de peso, que necesitan tiempo para llevarse a cabo, estriba en la prensa, que alimenta pasiones desahoradas y necesita víctimas. Tiene parte de razón: la prensa deportiva de todo el mundo se ha convertido en una suerte de prensa

rosa, con filosofía tabloide y amarillista, que se alimenta de escándalos, crisis y hecatombes, entre lo económico, lo puramente deportivo y lo sentimental.

Pero lo cierto es que el fútbol se ha convertido en un gran negocio global multimillonario, y apelar a la paciencia en el universo del capitalismo salvaje constituye una quimera. Si algo no dispone de paciencia es el dinero: la inquietud es su sistema para perpetuarse y crecer, y la perpetuación y el crecimiento son su razón de existir.

La paciencia es de pobres. La paciencia la pueden tener los que poseen poco y, por consiguiente, tienen poco que perder; pero, claro está, los pobres no tienen dinero para ninguna aventura, y, en el ámbito del fútbol, no tienen dinero para construir grandes equipos mostrando el talonario por delante. La filosofía de cantera a largo plazo es para los pobres, o, como mucho, para los modestos, para los que aspiran a tener los pies en el suelo y a no arruinarse. La parsimonia y la sensatez son obligaciones de la economía doméstica, no de las grandes corporaciones deportivas.

Sin embargo, en Inglaterra, imagino que le darán a Guardiola un crédito temporal (y monetario también) casi ilimitado, por la naturaleza del fútbol inglés, por el tiempo que han empleado en contratarlo (recordemos que en la estructura del City están antiguos barcelonistas, como Beguiristáin, que llevaban años detrás de él) y por la inversión económica realizada.

He dicho que la paciencia es de pobres, pero lo cierto es que también existe una paciencia de ricos: la que espera hasta recuperar el monto de la inversión, o, al menos, la parte suficiente que no haga escandalosa la pérdida de lo invertido.

Cuando escribo esta página, el City de Guardiola es tercero en la Premier, a diez puntos del Chelsea, y no parece que vaya a ganar la liga, ni que esté haciendo un fútbol magnífico; pero puede ocurrir que gane al final el campeonato, porque todo puede ocurrir en el fútbol. Por lo que a Europa respecta, está clasificado para los octavos de final de la Champions y ya veremos lo que pasa. Se supone que el equipo no es todavía el equipo que le gustaría en sus sueños, porque ha tenido que heredar bastantes piezas de la etapa anterior, pero la verdad es que también ha fichado jugadores de su gusto, y aún fichará más. El año que viene ya no se podrá considerar que no dispone del equipo que quiere.

Tienen suerte en Inglaterra, creo, de tener allí a alguien como Guardiola, que ama el fútbol espectáculo y que terminará por otorgárselo a los espectadores. Tienen suerte en Manchester, donde disponen de dos grandes

clubes millonarios que han fichado a los dos entrenadores más famosos del mundo —Pep y Mourinho, el histrión.

Del fútbol inglés me encanta todo, o casi todo, lo que hay alrededor del fútbol (los estadios que abrazan el césped, las hinchadas fieles e incansables, la organización más racional, los presupuestos para hacer equipos, las tradiciones que idolatran), pero me gusta un poco menos el fútbol en sí que practican, con mucho de locura de patio de colegio, todos al ataque y todos a defender diez segundos más tarde.

La filosofía de la desencajonada es divertida para ciertas ocasiones, pero termina por resultarme fatigosa y previsible. No hay nada más fácil de prever que la sorpresa, cuando la sorpresa se convierte en hábito. Me resulta poco serio, como ver jugar a una banda de descamisados, a una cofradía de gamberros. Tiene su interés episódico, pero no como para hacerme feligrés de su parroquia. Me gusta un fútbol con más orden, más táctico, sin llegar a los tostones ajedrecísticos de muchos equipos italianos. A ese respecto, la liga española ha sabido encontrar el equilibrio entre lo ofensivo y lo defensivo, entre lo táctico y lo emocional, entre la carne y el pescado, entre papá y mamá.

En el libro de Perarnau hay una parte muy técnica que me ha encantado: con análisis específico de sistemas, con reflexiones muy profundas sobre los desplazamientos colectivos e individuales en determinados partidos, con explicaciones pormenorizadas acerca de los movimientos tácticos, de las variantes concretas que se realizan en el campo en función de los jugadores lesionados y de los que están en condiciones de jugar.

Digamos que es la parte que escapa a la elucubración generalizadora, que no es mala, pero que es peor que aquellos capítulos en los que se desciende a los ejemplos, a los detalles, a las minucias. La buena escritura siempre está hecha de esos *petits faits vrais* de los que hablaba Stendhal, y la receta sirve lo mismo para una novela que para cualquier otro género.

El fútbol, como todas las disciplinas deportivas, se presta con facilidad a las cavilaciones, pero para que las cavilaciones alcancen un valor en sí mismas, para que iluminen el ámbito de la reflexión pura, y también el universo de la disciplina deportiva, hay que ser un filósofo, un pensador. El propósito de Perarnau no es el de filosofar a propósito de Guardiola y del fútbol, aunque en ocasiones lo consiga.

Intentar hacer literatura a costa de la gastronomía puede estar muy bien, si quien escribe es un escritor que sabe cómo conseguir alta literatura; sin embargo, a menudo los escritos sobre gastronomía son sermones abstractos

con muy buenos propósitos, pero sin fundamento terrenal. Las recetas de un cocinero, en las que explican los pasos y secretos que hay que seguir para guisar el plato, suelen tener más interés.

Perarnau abunda con acierto en el recetario de Guardiola, explica, en muchos episodios de los entrenamientos del Bayern, y de los partidos concretos de la Bundesliga y la Champions, cómo se cocinó su fútbol. (¿En qué triste momento —lamentado sea de paso— dejó de llamarse Copa de Campeones la Copa de Campeones, para llamarse Champions League?). Indica cómo quitó dos cucharadas de caldo y añadió sal, cómo dispuso la mesa de una manera distinta en la segunda parte del partido. El acto de ver a Guardiola desplegando las piezas de su plantilla, en el trabajo semanal y en los encuentros del fin de semana, constituye el gran acierto del libro.

Divagar acerca de los encantos de la poesía puede ser muy interesante y provechoso, pero de vez en cuando es preciso abordar los asuntos de taller, ahondar en problemas métricos, en variantes rítmicas, en la disposición del verso, en la eficacia de determinados adjetivos, en la necesidad de tachar, de aligerar el conjunto. Andarse por las nubes resulta apetecible a menudo, pero tanto como establecer algunos principios científicos. Escribir es siempre la mezcla de lo intangible con las matemáticas.

El reproche canónico que se le acostumbra a hacer a Guardiola —y a los tres o cuatro entrenadores que tienen la suerte de entrenar a los equipos del Olimpo— es que no serían capaces de lograr los mismos éxitos si trabajaran con equipos modestos. En el Alcorcón, por decir algo, ¿qué harían Guardiola, Mourinho, Conte, Zidane, Luis Enrique?

Ese reproche solo lo pueden hacer, me parece, los que no saben nada de fútbol, los que creen saberlo todo, o los que solo pretenden atacar a entrenadores concretos. Es una obviedad, por supuesto, que en el Alcorcón o en la Ponferradina Guardiola no haría en tres años un equipo que ascendiera a Primera División y ganase la Champions, porque no dispondría de los recursos y de los jugadores con la calidad suficiente; pero seguro que practicaría el fútbol en el que cree con las herramientas con las que cuenta.

La pregunta que se deberían formular muchos es distinta: ¿qué serían capaces de hacer la mayor parte de los entrenadores con la plantilla del Madrid, del Barça, del Bayern, de la Juventus?

Igual que un conductor cualquiera no sería capaz de engranar la primera marcha y hacer salir un Fórmula 1, la mayor parte de los entrenadores de fútbol no sabría qué hacer con veintidós estrellas.

Puede parecer que los genios juegan solos, pero no es cierto: juegan a lo que juega su equipo, y su equipo juega a lo que se ha practicado, ensayado, ideado, a lo que un buen entrenador dispone. Los jugadores pueden jugar solos uno o dos partidos, pero después el coche se cala. La prueba es cómo cambian los mismos jugadores cuando cambian de equipo: cuando juegan con sus selecciones, cuando los ficha otro conjunto y tienen que jugar conforme a otras reglas y con otros compañeros.

En el Alorcón, Guardiola haría (y los grandes entrenadores que he mencionado, también) el mejor Alorcón del que Guardiola fuese capaz, según sus principios irrenunciables, y posiblemente sería el mejor Alorcón de la historia.

Resulta apasionante, en el retrato de Guardiola que hace Perarnau, la dedicación intelectual con la que Pep se entrega a su oficio. Entrenar y jugar al fútbol es también, en buena medida, pensar el fútbol. Pensar constantemente en qué se debe hacer, en qué se debe cambiar, en cómo afrontar los encuentros concretos, en cómo hacer daño al rival.

Según parece, Guardiola dedica horas y horas al establecimiento de patrones intelectuales, teóricos (por llamarlos de algún modo) del juego, que después reduce a instrucciones más o menos sencillas para sus jugadores: patrones de naturaleza general para entender el sistema de su pensamiento, y patrones particulares para entender cada caso de la competición, cada partido.

Su meticulosidad enfermiza, su dedicación obsesiva al ensayo hasta alcanzar la perfección se han convertido en legendarias. El grito de «Una vez más», durante los entrenamientos, parece que puede extenuar y exasperar a sus jugadores. Pero es el único método para alcanzar la excelencia. Todos los escritores se deberían gritar «Una vez más», después de cada frase, después de cada poema, de cada capítulo, de cada artículo, de cada obra. Una vez más, fracasa mejor, como dijo Beckett.

Es tanta su fijación por el ensayo y la práctica de los automatismos que su principal queja con respecto al fútbol moderno de alta competición es la falta de entrenamientos que poseen los grandes equipos. Al verse obligados a jugar cada tres días partidos importantes, apenas disponen de tiempo para el ensayo. De ahí que la pretemporada, sin el compromiso de competir, sea para él el verdadero laboratorio de sus equipos, el momento en el que se transmiten los principios de su manera de concebir el fútbol.

El profesionalismo y el éxito constituyen siempre, en cualquier ámbito, el gran problema de casi todas las actividades creativas. Se muere de éxito y de profesionalismo cada vez que uno logra el profesionalismo y el éxito en su

disciplina. Se trata del principio paradójico por el que se rigen los artesanos y los artistas modernos que viven de su trabajo, en la sociedad del espectáculo y el entretenimiento.

Cuanta más fama se alcanza por lo que uno escribe, pongamos por caso, y más se solicita su presencia en las páginas de los periódicos, en las mesas redondas especializadas, en las tertulias de radio, en los congresos, menos se puede seguir escribiendo todo aquello por lo que se ha alcanzado la fama.

Como hay que dar el cante por el mundo casi a diario, no hay tiempo para entrenar la voz, para aclararse la garganta y hacer escalas, para leer, para perder el tiempo dando vueltas a lo que uno querría escribir y todavía no sabe cómo.

La fase de dilapidar el tiempo, de perderlo en apariencia, de dejar que se evapore a nuestro alrededor, constituye uno de los mejores métodos para aprovechar ese tiempo mismo. No intento formular una paradoja ingeniosa. Se trata de la más pura y elemental verdad.

La literatura necesita de mucho trabajo, por supuesto, pero también de mucho ocio, de mucha holgazanería cavilosa, de mucha disposición del ánimo hacia las nuevas ideas. Puede que el arte represente, en un porcentaje mayúsculo, una sencilla disposición del ánimo, una predisposición para ver las cosas del mundo a través de la lupa íntima de cada artista concreto. El que vive ocupado en todo momento también tiene, en todo momento, ocupado el espíritu, atestado de lo insignificante.

Uno de los grandes dilemas de los creadores modernos es, salvando las distancias, el mismo del que Guardiola se queja cuando dice que los equipos de élite no disponen del tiempo necesario para entrenar: mueren de fama, de éxito, de victorias, y terminan por perder aquello que los ha llevado a las victorias, al éxito y a la fama.

El creador no puede (salvo en contadísimas excepciones de misantropía, de estafalaria defensa de la intimidad) aislarse del público para el que crea, no sabe apartarse del reconocimiento para el que ha trabajado muy duro; pero sabe que el apartamiento, el aislamiento y el emboscamiento significan la fuente de su creatividad futura. De ahí que en cierta medida haya siempre en la sociedad del espectáculo un espíritu cainita y asesino con respecto a sus artistas; y en los artistas, una vocación suicida en relación con los dones de su arte.

En el libro de Perarnau, se cita algunas veces el testimonio del famoso cocinero Ferran Adrià, amigo de Guardiola y estrella de la cultura pop universal, una cultura que ha elevado lo pequeño —el acto de comer y su

posterior refinamiento a lo largo de la historia— hasta las alturas de lo enorme, con el consiguiente peligro de hacerlo caer, de convertirlo en ridículo por comparación.

Adrià, a quien el esnobismo de nuestra sociedad del espectáculo llevó hasta la feria de arte de Basilea, como invitado, confiesa que recomendó a Guardiola proseguir con el año sabático que se tomó después de sus temporadas en el Barça, con el propósito de experimentar, de pensar, de aislarse del mundanal ruido, hasta conseguir un destilado de sí mismo insuperable. Eso es lo que el propio Adrià habría tratado de hacer cuando cerró el exitoso restaurante El Bulli, para dedicarse, según parece, a la investigación culinaria.

La fantasía de un Guardiola encerrado con veintidós jugadores magníficos, durante varios años, en una ciudad deportiva experimental, ensayando de manera espartana sus sistemas e invenciones, hasta convertir el equipo en un ejército invencible que demostrase su poder de vez en cuando, en exhibiciones planetarias, se me ha presentado en mis duermevelas futbolísticas. Una suerte de eremitas del fútbol, de monjes consagrados a la esencia del balompié en un monasterio de alto rendimiento, rodeados de fisioterapeutas, nutricionistas, médicos, utilleros y biotecnólogos, consagrados todos ellos al cuidado de los deportistas célibes que entregan su vida a la mayor gloria de Dios.

En cierta ocasión participé en una mesa redonda con Ferran Adrià, durante un estrafalario congreso de arte en Ginebra, en el que se mezclaban los poetas, los pintores, los cocineros, los performistas, los bailarines, los fotógrafos y los cantantes: en un guisote de ortodoxa posmodernidad transversal, como lo diría un crítico ortodoxo de la transversalidad posmoderna, sea eso en definitiva lo que sea.

No recuerdo si la mesa redonda trataba sobre un asunto en concreto, pero me figuro que no. Imagino que el tema sería lo suficientemente vago como para que cupiésemos sin incomodidades exageradas todos los participantes. La tarde de nuestra mesa redonda estaba dedicada más o menos a lo español, de una manera posmoderna; es decir, evanescente y liviana.

Se habían repartido claveles rojos y platos de paella entre los asistentes, que eran, en su mayoría, los participantes en las mesas redondas de los días restantes del congreso. Para cocinar la paella habían venido desde Valencia, en una furgoneta, con todos los trastos necesarios, incluida el agua milagrosa de la ciudad del Turia, los cocineros del restaurante La Lluerna, del barrio de Ruzafa.

Escribo de memoria, aunque hay testimonios fotográficos del acontecimiento y podría reconstruir con más precisión lo sucedido.

Recuerdo que estábamos sentados, al menos, en el escenario de una carpa montada en el jardín de una espléndida villa, a las afueras de la ciudad, el pintor Luis Gordillo, el editor Manuel Borrás, los poetas Vicente Gallego, José Saborit y un servidor. Y, por descontado, el artista plástico de la cocina Ferran Adrià.

Recuerdo que todos formulamos nuestras ocurrencias acerca de la creación, acerca de la efervescencia artística española en el presente, y acerca de lo que en ese momento se nos pasara por la cabeza, y recuerdo que al público le pareció muy interesante y adecuado todo lo que dijimos, porque hubo aplausos que no estaban dictados tan solo por la cortesía espectadora. Algo debió de influir en la generosidad de los aplausos, tal vez, el hecho de que los asistentes se comieran los platos de paella, y no dejaran ni las conchas de los caracoles moros llegados desde los montes de mi tierra natal.

Recuerdo que a Luis Gordillo, que nos escuchó a todos con adusta templanza de castellano viejo (aunque él nació en Sevilla, según parece), no le sentó muy bien el discurso de Adrià, y puede que incluso no le sentara bien ni siquiera el hecho de que estuviese sentado allí, entre artistas de la España biodiversa.

Es complicado entender lo que dice Adrià, por mucha prosodia que se sepa y por muy acostumbrado que uno esté a los textos filosóficos herméticos; pero el caso es que a Gordillo no le gustó algo de lo que interpretó en las palabras del mago de los fogones. Cuando tomó la palabra, el pintor Luis Gordillo hizo un introito a su intervención que trataré de reconstruir de manera fidedigna.

No muy lejos de allí nos observaban desde el mármol, con expectación alerta, los padres reformistas Guillaume Farel, Juan Calvino, Teodoro de Beza y John Knox, y cuando te observan con actitud alerta los padres reformistas, cualquiera se siente impelido a mesurar sus palabras.

Pido disculpas al respetable público —dijo el pintor Luis Gordillo— por venir aquí con tan pocos méritos artísticos, en comparación con mi compañero de mesa, el reputado cocinero Ferran Adrià. Pertenezco tan solo a una antigua tradición de artesanos que ha forjado esa disciplina sin importancia que llamamos pintura. Aunque no es tan célebre como la Nueva Cocina Catalana, la historia de la pintura cuenta con algunos milenios de antigüedad, y con algunos representantes dignos de mención. No quisiera dejar de nombrar a ciertos practicantes de mi oficio, cuyas obras han

merecido en ocasiones el favor de los entusiastas. Tal vez algunos de estos nombres les suenen a ustedes. Por ejemplo, un tal Leonardo da Vinci, un tal Michelangelo Buonarroti, un tal Diego Velázquez, un tal Francisco de Goya, o un tal, por no referirme solo a oscuros artistas remotos, Pablo Ruiz Picasso.

El pintor Gordillo tenía muy malas pulgas, y no le agradaron, por lo que se ve, los oráculos gastronómicos de Ferran Adrià, que entonces ya se había retirado del frente de las sartenes y los hornos para dedicarse a la persecución de la piedra filosofal culinaria. Esa piedra filosofal que recomendaba perseguir Pep Guardiola en el ámbito del fútbol.

Sin embargo, es difícil, si no imposible, que el creador se aísle durante mucho tiempo, porque necesita dar a conocer su creación entre el público. Los santos creadores que se consagran a su obra, sin darla a conocer jamás, no existen, porque, en cualquier caso, la escamotean al presente para legarla a la posteridad. Puede que haya existido el genio universal que haya conseguido crear la obra maestra insuperable y después la haya destruido, pero no lo sabemos ni lo sabremos nunca. No encontró al albacea traidor que desoyese sus disposiciones testamentarias y salvase la obra, como sí encontraron Virgilio y Kafka.

Los anacoretas artísticos constituyen una anomalía. No se trata de que ellos hayan pretendido convertirse en mártires de su arte, en ejemplos de aislamiento y relativo fracaso social durante su vida, sino que las circunstancias de la vida y el azar, con su sentido del humor tan poco comprensible, los han convertido en anacoretas. Es cierto que muchos artistas deben su obra a las circunstancias biográficas contra las que han luchado, y puede que no hubiesen escrito tanto y tan bueno, si la fama y el favor del público les hubieran sonreído. Pero el caso es que nadie, ni siquiera quienes no están en sus cabales, eligen por destino la soledad y el apartamiento absolutos.

Al artista le convendría lograr un equilibrio entre el éxito y el fracaso, y que dicho equilibrio bastase para sus aspiraciones mundanas: ni mucho ni poco, ni el clamor de millones ni la indiferencia sideral de los astros.

He pensado algunas veces que a quien es solo poeta no le perjudicaría en absoluto poseer la condición de multimillonario frívolo y elitista, partidario de los viajes, los amoríos y las fiestas de relieve social, experiencias en las que adquiriría conocimiento del género humano, y así escribiría solo de vez en cuando, hasta lograr una obra corta y estricta.

Por el contrario, al narrador me parece que le podría resultar beneficiosa una cierta vida burguesa que le permita vivir de su trabajo literario, pagar las

facturas del colegio de los niños, permitirse alquilar una segunda residencia durante las vacaciones de verano, cosas así, procurando librarse de las estrecheces cotidianas, y consiguiéndolo con sudor mediante sus múltiples escritos.

Los prosistas son remeros en galeras de su Majestad. Los poetas no se sabe muy bien qué son, pero no suelen ser remeros; todo lo más, consejeros áulicos, altos funcionarios de la monarquía absolutista.

La idea de un Guardiola monacal, encerrado en un santuario tibetano con veintidós renunciantes que se han consagrado a perseguir la esencia de los valores futbolísticos, lejos de la algarabía deportiva planetaria, me resulta euforizante; pero no pasa de ser una elucubración enfermiza, propia de quien se deja llevar muy a menudo por las enfermizas elucubraciones sin fundamento.

La entrega obsesiva de Guardiola a su trabajo —explica Perarnau en su libro— le lleva, al parecer, a preguntarse por cómo incorporar soluciones de otras disciplinas al fútbol, inspirándose en los grandes del ajedrez (Kaspárov), en los mejores entrenadores del baloncesto (Popovich, en la NBA), en los equipos legendarios de *rugby* (como los All Blacks).

Creo que el escritor debería aprender también del fútbol para su disciplina. Cómo existe una parte física de la escritura, que hay que entrenar, que hay que superar: la de las muchas horas en solitario, delante del ordenador, o de la máquina de escribir, o del cuaderno. Cómo enfrentarse con la deportividad necesaria al hecho de que lo que hacemos puede gustar a unos y a otros no, de que siempre habrá quien aborrezca lo que escribimos y quien lo considere digno de leerse. Se debería aceptar el hecho de que la literatura, a estas alturas de la historia, consiste en una actividad íntima, pero también en un asunto público que pertenece a una larga cadena industrial que persigue, entre otras cosas, el entretenimiento. El fútbol y la literatura, aunque no en igual medida, forman parte del espectáculo, como casi todo lo que apunta a ocupar el ocio de los individuos.

La literatura —la alta literatura— no debería regirse por los simples patrones (y a veces también patrones simples) de la mayor parte de las actividades que constituyen el entretenimiento, pero está obligada a saber que no puede escapar a la industria del entretenimiento, si quiere alcanzar importancia social. Otra cosa es que pretenda recluirse en sí misma y reducirse a un abstruso culto de iniciados.

Por lo que a mí respecta, nunca he tenido ninguna vocación de maldito, de mártir de la causa, de víctima beata para elevar a los altares. Sé que existe una

internacional más o menos secreta de adoradores del fracaso, que idolatran a los artistas suicidas y a los preteridos que después se han transformado en clásicos célebres, pero no me interesan como público. Hay que aspirar a cierta fama, cierto reconocimiento, y no solo es legítimo, sino conveniente, saludable desde el punto de vista de la salud mental.

Lo ideal sería siempre obtener un éxito soportable por uno mismo, por el público y los compañeros de trabajo, sin renunciar nunca a lo que uno mismo considera que debe hacer, y sin que los demás juzguen que dicho éxito es inmerecido, porque se ha logrado gracias a la renuncia a los principios íntimos que siempre hemos manifestado.

El fútbol es una buena escuela para la vida. Para la educación del individuo que practica ese deporte. Sabemos que Camus dijo que todo lo que había aprendido sobre la moral se lo debía a los años en que había jugado al fútbol, durante su infancia y adolescencia, en Argel. Y si es una buena escuela para la vida —que enseña fortaleza, aceptación del fracaso, alegría en la victoria, diversión como fundamento filosófico—, también representa una estupenda escuela para la literatura, porque son los individuos bien educados contra las vicisitudes del destino quienes más tarde nos consuelan, mediante su obra, de los castigos que el destino nos inflige.

Pero además yo trato de aprender detalles concretos del fútbol que pueda aplicar, mediante detalles verbales particulares, a mis trabajos literarios. Por ejemplo, los conceptos de verticalidad y de horizontalidad, en ataque, hacia la portería contraria. A lo mejor me estoy volviendo chiflado, pero creo que a veces procuro imprimir la verticalidad acerca del asunto sobre el que escribo, y a veces la horizontalidad, el meandro, la digresión, que aspira a algo idéntico (alcanzar la mente de tu interlocutor), pero por caminos diferentes.

Aquí lo dejo, porque seguir por ese camino sé que conduce a la mistificación mediante la mitificación, al disparate a través del entusiasmo disparatado.

¿Hay fútbol barroco y fútbol renacentista? Si preguntásemos a cualquier entrenador que tuviese más o menos clara la distinción académica (que es vaga y difícil de sostener en la práctica las más de las veces) entre lo barroco y lo renacentista, desde el punto de vista fenomenológico, estoy seguro de que nos diría que no existen, porque el fútbol solo aspira a un único fin: ganar al contrario jugando de la mejor manera posible. La mejor posible para ganar y la mejor posible para jugar.

Sin embargo, cualquier espectador puede diferenciar, sin que nos metamos demasiado en camisa de once varas literario-deportivas, entre jugadores barrocos y jugadores renacentistas, entre malabaristas y jornaleros, entre eficientes y derrochadores, al menos en sus formas.

Ahora bien, si el fin futbolístico es el mismo (y lo es), tampoco existe una diferencia sustancial última entre maneras de entender el fútbol, como tampoco existe una diferencia sustancial última entre escritores renacentistas y barrocos, porque todos persiguen el objetivo de la emoción estética. Todos aspiran a lo mismo: escribir de la mejor manera posible para emocionar la inteligencia y el sentimiento de su interlocutor. La mejor posible para ganarse a quien nos lee, y la mejor posible para contar en el universo de la escritura misma.

Aunque nos apasiona establecer matices, todo lo necesario termina por encontrarse en un ámbito común.

Casi todos los asuntos del fútbol, como casi todos los asuntos de la vida que no pertenecen al fútbol, regresan con insistencia. Se trata del eterno retorno de lo idéntico, en su versión popular. Cada lunes regresan las mismas discusiones sin sentido acerca del arbitraje y su influencia en el resultado de la liga. Cada lunes vuelven las mismas elucubraciones acerca de la crisis de juego del equipo de turno al que se considera en crisis. Cada lunes reaparece el nuevo caso de violencia disparatada que hace replantearse a muchos la perversidad intrínseca del fútbol, cuando tal vez deberían plantearse la intrínseca perversidad ocasional del ser humano.

Por estas fechas, regresa cada año la polémica sobre dónde se debe jugar la final de la Copa del Rey, sobre todo porque durante todos estos últimos años la juegan el Barça, y a veces el Barça y el Athletic de Bilbao, con los ecos sociológicos que ello supone. Esta vez son el Barça y el Alavés. Catalanes y vascos, de nuevo, con las consiguientes monsergas inevitables de naturaleza política: política deportiva y política política, como Juan Ramón Jiménez hablaba de política poética o de ética estética.

El Barça siempre insiste en jugarla en el Bernabéu, para poder ganarla en casa del Madrid, y el Madrid, cada año, se inventa una ridícula excusa de carácter logístico, para que el Barça no pueda ganarla en su casa. Están de obras en los lavabos. Están replantando el césped. Hay un subgénero del chiste de temporada que consiste, en los últimos tiempos, en esperar a ver cuál será la excusa que el Real Madrid le da al Barça para no prestar su estadio.

A mí me parece muy bien que el Madrid no ceda su estadio, como me parece que haría bien el Barça en el caso contrario. Los símbolos son los símbolos en cualquier situación, pero en el caso del fútbol lo son de una manera sustancial, porque se trata de una actividad simbólica por excelencia.

Los once que juegan representan a una colectividad de miles de individuos, de cientos de miles, incluso de millones a veces. Simbolizan y resumen una historia deportiva hecha de victorias y derrotas, de logros y fracasos. Los equipos simbolizan ciudades, se quiera o no, pueblos, autonomías, lenguas, comida regional, paisaje para las vacaciones e incluso condición sociológica a menudo.

Por eso hay que ser celoso de los símbolos, de los lugares, de la historia. No se puede amar el fútbol y no amar lo simbólico, aunque no se sepa lo que los símbolos constituyen. Somos animales simbólicos y simbolizadores, y el que menos simbolizador y simbólico se crea, seguro que en el fondo lo es más que quienes lo aceptan y confiesan.

Lo de ceder tu casa a quien viene a darse el gustazo de refocilarse en ella puede ser buensamaritanismo evangélico, pero no cuadra en el universo de la simbolización futbolística.

Los padres de un amigo mío lo sorprendieron, cuando éramos jovencitos, follando con su novia en la cama del matrimonio, en pleno escándalo de rodeo festivo, con ella encima de él, cabalgándolo y haciendo aspavientos con mucho braceo y muñequero, como si bailase sevillanas encima de su polla. Parece ser que les montaron un escándalo descomunal y los tiraron de casa a medio vestir.

Y fíjate —me decía él, boquiabierto—, todo el cabreo provenía de haber estado follando en su cama.

Se trataba, aunque no lo supiésemos entonces, de la importancia de los símbolos. De la importancia de mancillarlos o no. De preservarlos o no. Fornicantes animalitos simbólicos.

Todos estamos en deuda con las cosas que nos gustan. Si fuésemos agradecidos y sinceros, deberíamos escribir muchas odas en honor de los placeres menores. Puestos los unos al lado de los otros, se convierten en el Placer con mayúscula, y quién sabe si en la vida misma.

Distinguimos entre asuntos de verdadera importancia y asuntos secundarios, pero a la hora de la verdad, si pudiésemos elegir, confesaríamos nuestra devoción absoluta hacia lo que la moral colectiva considera actividades inferiores.

La moral pública, dicho sea de paso, existe, pero no sabemos muy bien cómo definirla, igual que ocurre con todo aquello que pertenece a muchos propietarios. Lo que es de muchos no lo cuida nadie, y no pertenece de verdad a ninguno.

Las obligaciones ideológico-laborales de la vida adulta suelen ser juzgadas como trascendentes, sobre todo por quienes más provecho extraen de que los adultos tengan, durante su vida ideológico-laboral, obligaciones. Entre todos sostenemos todo, en especial el casi inconmensurable castillo de naipes de nuestras modernas sociedades capitalistas: las más o menos boyantes, y las depauperadas por completo.

Sin embargo, las devociones, nuestros pequeños o grandes gustos tachados de superficiales, y que también ayudan a sostener esas mismas sociedades capitalistas, que han hecho del ocio otra fuente de ingresos, nos interesan en el fondo más que las obligaciones propiamente dichas. La mayor parte de la gente trabaja una buena cantidad de horas, para no tener que preocuparse de trabajar durante todas las horas restantes del día. Pero lo que desea en el fondo es que acabe el trabajo, para dedicarse de verdad a lo que le gusta.

Por eso son tan afortunados quienes poseen una vocación, quienes pueden entregarse al trabajo gustoso, al trabajo que no diferencia demasiado entre lo laboral y lo íntimo. Por eso una de las pocas fórmulas para escapar de la tortura del trabajo (recordemos que la etimología nos remite a *tripalium*, un cepo para atormentar esclavos y sujetar a las caballerías) consiste en trabajar en aquello que no nos tortura. El trabajo gustoso es el único método para escapar del trabajo. Las paradojas no solo representan una síntesis en el ámbito de lo verbal, sino a menudo en la vida práctica.

Si digo todo esto, es por la obviedad de que la gente trabaja para escapar cuanto antes del trabajo (siempre y cuando tenga escapatoria), y dedicarse a las cosas que le interesan: es decir, que interesan a su afectividad. Por lo que he observado, la gente lo que quiere es que suene el timbre, para marcharse a montar en bicicleta, a bailar la cumbia con negrazos desinhibidos, a tocar el saxofón en el Conservatorio, a recibir clases de meditación trascendental en una escuela de vaguedades orientalistas, a aprender chino en el Instituto Confucio, a pasarse las noches del fin de semana borracho como una cuba y euforizado por la coca, en un *after hour*.

Mi agradecimiento hacia el fútbol posee muchas causas distintas. La más obvia es la de haberme proporcionado (y seguir haciéndolo) muchas horas de diversión, de alegría física e intelectual, de placer inmediato: cuando podía jugar de continuo, cuando lo he observado en la tele, en los campos, cuando he reflexionado sobre él, ahora que escribo.

Pero lo que me hace sentirme en deuda con el fútbol, de un modo más hondo, es la oportunidad que me ha dado de estar con mi hijo tantas y tantas horas, en su compañía, protegido por su amor entusiasta hacia el juego, guiado de su mano a través del mundo, cobijado por el aura con que los niños suelen protegernos.

El hijo es el padre del hombre, como Wordsworth escribió en un verso memorable que constituye la mejor síntesis de una de las mayores lecciones de la vida. El hijo es el padre del hombre: sobre todo el hijo pequeño, el niño. Los niños constituyen la salvaguarda de la humanidad, su justificación primordial y casi única, si nos ponemos estrictos. *The Child is father of the Man*.

Me siento agradecido de todo corazón al fútbol. Qué espléndida es, por cierto, esa frase hecha —de todo corazón—. A veces he pensado convertirla en título de algo, porque me parece que me resume bastante bien, o eso quisiera yo al menos. De todo corazón. Para unas memorias, para un poemario, para un libro de aforismos, para lo que sea.

Me siento agradecido hacia el fútbol por el tiempo que me ha dado, por el tiempo para estar junto a él, yendo por las carreteras de la Comunidad a la búsqueda de campos remotos, cuando empezaba a jugar. Llevándolo cuatro y cinco veces por semana a los entrenamientos y partidos. Pasando muchas horas viéndolo entrenarse. A veces se me ocurre que protagonizamos nuestra diminuta *road movie* íntima, como hacen siempre un padre y un hijo que viajan a alguna parte, aunque sea a la vuelta de la esquina. Podría decir, claro, que estoy agradecido a la vida, pero eso sería demasiado genérico, aunque

fuera verdad. La vida es el continente que todo lo contiene, pero en su interior figuran los continentes menores que nosotros llenamos de contenido.

Tengo una hija mayor a la que adoro de manera absoluta, pero el azar no nos ha brindado un motivo tan recurrente para que seamos cómplices. Esa es una de las peores consecuencias de que no le haya gustado jugar al fútbol.

A menudo pienso en la desgracia de que todo esto tenga que terminar, en la tragedia de que mi hijo crezca y se aleje hacia su vida, como está obligado a hacer, por fortuna. Me asusta imaginar esa desconexión biológica y sentimental que se produce cuando los hijos se hacen mayores. En cierta medida ya la he vivido (la estoy viviendo) con mi hija, y sé que llegará también con Carlos. Uno deja de ser imprescindible. Ellos dejan de necesitarnos en cada episodio de su vida. Parece mentira que ese momento pueda llegar. Parece mentira que ese momento deba llegar. Tengo la certidumbre de que estas aprensiones son algunas de las más viejas del mundo, del ser humano, pero esa certidumbre ni me alivia ni me consuela.

Pronto dejaré de ser el utillero, chófer, consejero, entrenador en la sombra, representante, agente de prensa, masajista, y todo lo demás relacionado con el fútbol, de mi hijo, porque pronto, siga o no jugando al fútbol, tendrá que valerse por él mismo en su vida.

Todos los hijos llevan a cabo —llevamos a cabo— una suerte de traición máxima con respecto a sus padres, un imperdonable acto de deslealtad obligatoria y necesaria. Vaya mierda. Los padres deberíamos ser desagraviados de por vida, durante todos los días del año, desde el momento en que podamos datar y constatar que nuestros hijos han crecido y ya no son nuestros niños, porque han decidido echarse a perder sin remisión como adultos. Vaya mierda.

El hecho de que el fútbol represente, sobre todo, un espectáculo lo convierte en un acontecimiento de naturaleza muy injusta. Se mire como se mire. Aunque la esencia de ese deporte sea jugar bien, el último objetivo es ganar. De manera que jugar bien para ganar de la mejor manera posible representa el resumen más completo del significado del fútbol. Y para ganar hay que marcar goles, alguno, porque si no se empata, y el empate significa siempre un mal menor, para quien debería haber perdido, y un bien también menor, para quien debería haber ganado, pero no ha conseguido hacerlo.

Por regla general, los goles y quienes los marcan hacen invisible el juego de equipo necesario para que esos goles se hayan marcado. Se invisibiliza el conjunto incluso para todos aquellos que saben y repiten que ningún gol podría haber sido marcado sin la colaboración de todos y cada uno de los jugadores del equipo. Sucede así, se quiera o no. Sucede así, se diga o no.

El gol ciega los ojos de los espectadores, incluso de los sabios. Incluso de los que afirman no dejarse cegar por el resplandor del gol. El astro gol. El astro sol. No puede suceder de otra manera, porque tenemos los ojos abiertos, y porque el gol es dorado, y resplandece, y siempre nos pilla desprevenidos, como una explosión, como el mayor de los fogonazos ante nuestra mirada incauta.

El fútbol también es una actividad de superficies, de superficialidades, de exterioridad, y se comporta de manera injusta con sus propias honduras. El gol es el hijo pródigo y mimado de la familia futbolística. Nos confunde a todos, incluso a quienes pretendemos estar por encima de toda confusión. Nos hechiza a todos, porque es la droga euforizante de efecto inmediato, por más que queramos ponernos reflexivos con respecto a la importancia máxima del juego de conjunto.

Sabemos que, para que un gol se marque, el portero ha de impedir que se lo marquen a su equipo, y que los defensas deben sacar jugado el balón, para dárselo de la mejor manera posible, y en las condiciones más ventajosas, a los centrocampistas, que a su vez elaborarán el juego hasta dejar a los delanteros en la mejor posición para que marquen el gol nuestro de cada día. Sabemos todo eso, pero siempre caemos en la trampa del gol, porque ver fútbol también es caer en la trampa, dejarse atrapar, permitir ser cegados por el incendio repentino del gol.

Se trata de una injusticia completa, pero no hay otra manera de disfrutar del fútbol. De ahí que un gran partido, repleto de ocasiones, de balones al poste, de dominio absolutista del terreno de juego, de sometimiento napoleónico del contrario, pero sin goles, nos deje decepcionados, compuestos y sin novio, el novio gol, el marido gol, el padre gol, el galán de la película.

Ocurre con el gol como con la belleza física. La belleza física es superficial: quiero decir que es un asunto de superficies, de resplandores, de exterioridad pura, aunque en la exterioridad de la belleza obren componentes de naturaleza espiritual también, porque somos un todo a través del cuerpo.

La belleza física de los cuerpos bellos comete una imperdonable deslealtad para con el funcionamiento interior de dicho cuerpo, pero resulta inevitable también, cómo la exterioridad del fútbol traiciona sin justificación las interioridades futbolísticas. Un cuerpo espléndido en su exterioridad necesita un funcionamiento espléndido en su interior. Pero nadie se enamora de un hígado. Nadie se pone cachondo ante un estómago (salvo algún internista, digo yo, o algún partidario del canibalismo). A nadie se le acelera el pulso ante unos intestinos (salvo, tal vez, algún coprófago, pensando en los frutos de esa víscera).

Sin embargo, sin el buen funcionamiento de los intestinos, del estómago y del hígado, no puede haber belleza exterior. Los enfermos pierden la belleza física (salvo para algunos cursis aquejados de romanticismo chirle, que entran en éxtasis ante la Dama de las Camelias). La belleza física es el gol de la belleza del mundo.

Estamos condenados a ser espectadores superficiales del mundo: del mundo del fútbol. Nos ciega su belleza, y por momentos nos impide ver más allá, pensar más allá, hacer justicia más allá de la belleza cegadora. La belleza súbita del gol.

Se debería promulgar una ley que prohibiese en todo el mundo los campos de fútbol con una pista de atletismo alrededor. Cruyff los aborrecía: No son para mí, dijo más de una vez.

En sus memorias cuenta cómo se negó a fichar por algún club de fútbol norteamericano, al final de su carrera, por el simple hecho de que jugaban sobre césped artificial, el césped artificial de primera generación, no el actual, una moqueta la de entonces dura como una piedra, que hacía difícil el control del balón, y, por consiguiente, la esencia del fútbol holandés.

Ese género de fidelidades constituye una visión del mundo, aunque sea del pequeño —e inmenso— mundo del fútbol. El ámbito ritual de una actividad afecta a la misma naturaleza de dicha actividad, sobre todo cuando el rito es un juego que se lleva a cabo en circunstancias pautadas por determinadas reglas.

Los estadios de fútbol con pista de atletismo, y foso, y esa suerte de ábside, en el lado corto del rectángulo de juego, para instalar la jaula del lanzamiento de disco, representan una herejía para cualquier aficionado. Quienes los permiten y fomentan suelen ser concejales de deportes que odian el fútbol, y que, en nombre del aprovechamiento del espacio, cometen uno de los mayores pecados que se pueden cometer contra los espectadores.

El otro día jugó el Villarreal en Anoeta contra la Real Sociedad, y unos padres del equipo de Carlitos viajaron hasta San Sebastián para ver el partido. Les tocó su asiento detrás de una portería, casi a ras de suelo. Cuando les pregunté qué les pareció el campo, me dijeron que a lo mejor hay algún lugar en la tribuna desde donde se puede ver más o menos bien el fútbol, pero que ellos no tuvieron esa suerte. Desde su localidad, debieron seguir lo que ocurría en la otra portería por lo que interpretaban a partir de los gritos de los espectadores que estaban al otro lado del mundo.

El estadio de fútbol determina la impresión, en sentido tipográfico, del partido que se está jugando, el modo en que se edita el juego, por así decir. Todos los que amamos los libros estamos convencidos de que la forma en que se presenta un texto forma parte del sentido de dicho texto. Sabemos desde siempre que no es lo mismo un libro bien editado, con una buena cartulina para la cubierta, con un papel bonito, con hermosos tipos de letra, con un

correcto diseño de la página, que un libro en el que no se hayan cuidado esos aspectos. No dicen lo mismo, aunque lo parezca. No significan lo mismo.

Luis Cernuda se quejaba amargamente en alguna ocasión de los editores que publicaban libros de poemas feos, y consideraba que harían mejor en dedicarse al trabajo de limpiar ventanas.

Un partido bien *editado* necesita de un estadio en donde se *imprima* bien el juego. El fútbol también es un texto. Un gran partido no dice lo mismo en un campo con pista de atletismo alrededor que en un campo con los espectadores sobre la misma línea de cal de la banda, en donde los jugadores pueden sentir la respiración del público, y el público la de los jugadores.

Muchos de los hinchas de la Real Sociedad están desesperados por esa lejanía para con el césped, máxime los que vienen de Atocha, uno de aquellos viejos campos encajados entre las casas de vecindad, y en donde se presumía de poder coger del cuello al extremo del equipo rival, cuando corría por la banda, si resultaba imprescindible.

Otra de mis muchas amarguras de espectador melancólico es no haber podido asistir a algún partido en el viejo Atocha. En mis ensoñaciones mitológicas lo veo siempre en blanco y negro por televisión, con dos palmos de barro, y el diminuto López Ufarte haciendo diabluras con un balón empapado que debía de pesar media tonelada.

He leído que en el Museo de la Real —no sé si en alguna dependencia de Anoeta— se conserva, trasladado pieza a pieza, el antiguo vestuario local de Atocha, con sus bancos de madera. Cuando viaje a San Sebastián, peregrinaré hasta allí, tal vez de rodillas, para recibir la gracia de aquel templo desaparecido.

La reflexión anterior me sugiere el dictado de una norma de cumplimiento obligatorio, y cuya infracción llevará aparejada la pena de diez años y un día de cárcel, más trabajos forzados y azotes en la plaza mayor de la ciudad, sometido el infractor al escarnio público.

Dice así: Los estadios de fútbol no deberán exceder jamás las veinticinco mil setecientas cincuenta y cinco localidades.

Ese es el tamaño humano de un campo de fútbol, científicamente comprobado por mí mismo en miles de experimentos. Más allá de esas cifras, el fútbol empieza a verse mal, como si uno asistiera al partido a través de un catalejo vuelto del revés.

Los estadios de menos de ocho mil doscientas cuarenta y dos localidades son una birria; y los de más de veinticinco mil setecientas cincuenta y cinco empiezan a convertirse en monstruosos.

No obstante, no tengo nada definitivo en contra de los grandes estadios de cien mil asientos, siempre y cuando yo tenga un pase que me permita estar, como poco, en la décima fila de la tribuna de preferencia.

En el fútbol, el silencio no significa una muestra de respeto sobre la ceremonia —como sí sucede en los toros, cuando la faena resulta memorable—, sino, por lo común, un ingrediente que indica el mal desarrollo de los acontecimientos. Cuando un estadio calla, suele significar que el partido es un aburrimiento, o que el equipo contrario ha hecho enmudecer a los espectadores abrumando al equipo local.

Un campo de fútbol en silencio constituye un oxímoron. No creo que nadie haya estado jamás en un campo de fútbol silencioso, salvo durante algunos —muy pocos— minutos de silencio, que en verdad suelen ser unos cuantos segundos, porque casi nadie soporta el silencio verdadero, y menos una multitud en un campo de fútbol, ante la inminencia de que comience el partido.

El verdadero silencio no es el que adviene, si adviene alguna vez, sobre nosotros. El silencio de una habitación silenciosa y vacía en mitad de una noche muda. El silencio del desierto, como lo escuché en la reserva de Wadi Rum, en Jordania, durante un viaje. El silencio verdadero, el silencio que nos incumbe, el silencio humano es el que se hace, el que hacemos nosotros. El silencio que escuchamos cuando se hace el silencio.

Me gustaría que en los campos de fútbol, en determinados momentos de inspiración, se hiciese el silencio repentino, como muestra de respeto, de admiración, de alegría en trance, como sucede cuando el matador ejecuta una faena inspirada en el ruedo.

Se habla a menudo —con los ojos en blanco y una brizna de exageración mitológica, de folklore propagandístico— sobre los silencios de la Maestranza de Sevilla. Me encantaría que se hablara también de los silencios de Mestalla, del Bernabéu, del Pizjuán, y que se establecieran diferencias acerca de la calidad y la hondura de dichos silencios.

Los jugadores comentarían también: nadie calla con más sentido que los espectadores de El Molinón. Tememos los silencios de El Sadar. Hiela la sangre asistir a los silencios de La Rosaleda, porque no se parecen a ningún otro.

Es curioso. El fútbol es uno de los ámbitos en donde probablemente exista un mayor número de opiniones acerca de cómo deberían ser las cosas, pero dichas opiniones no suelen diferir mucho entre ellas. La cantidad, al contrario que en la tradición artística, no suele favorecer la originalidad. El árbitro lo ha hecho mal o lo ha hecho bien. El equipo ha jugado bien o ha jugado mal. El entrenador debe irse o debe quedarse. Muchos opinan, incluso opinan mucho, pero las opiniones son poca cosa. *E così via.*

El día alarga de forma considerable, y los entrenamientos de Carlos cambian, para quienes los vemos desde fuera del campo. Como empieza a entrenar a las siete de la tarde, todavía no lo hace con luz natural, pero ya se adivina que lo hará pronto. Dentro de un mes, más de la mitad del entrenamiento será con luz solar. Los benjamines del turno anterior ya entrenan sin necesidad de que se encienda la luz artificial.

El fútbol es una actividad para gente joven, incluido el hecho de ver los entrenamientos. Aunque la luz de las torres de iluminación no es mala, siempre me parece insuficiente. Asistir a los entrenamientos en invierno exige un esfuerzo visual de relojero. Los jugadores bailan en una suerte de penumbra lejana que obliga a forzar la vista y a tratar de adivinar quién lleva el balón. Los padres menos futboleros se extravían, no saben quién es su hijo y qué está haciendo. ¿Dónde está X? ¿Quién es ese que está en el suelo?, ¿es Z? En invierno, el fútbol resulta un fenómeno que ocurre al otro lado del campo, que es como decir que sucede al otro lado del mundo.

Pero cuando alarga el día y regresa la luz del sol, los entrenamientos se aproximan, el fútbol se vuelve un asunto de cercanías, y los jugadores recuperan sus perfiles, y los padres despistados vuelven a saber quién es su hijo y qué está haciendo.

La neblina húmeda que envuelve a los jugadores durante el invierno se disipa. El fútbol, ya lo sabíamos sus partidarios, representa una actividad solar, una forma de vitalismo.

Existen fotos muy buenas de Pasolini jugando al fútbol, bien equipado con ropa de deporte, en diferentes edades de su vida. También hay fotografías suyas en partidos improvisados, jugando con corbata y chaqueta, en la calle, o en un descampado de las afueras, con un grupo de chiquillos. Basta una foto para saber si uno jugaba bien o mal, si tenía fundamentos técnicos o era un paquete. (Un amigo, maestro de albañilería, me dice que con solo ver cómo alguien coge la llana ya sabe si es un buen trabajador o un farsante).

Por lo que sabemos, Pasolini jugaba bien, y los gestos de las fotografías lo corroboran. Hay bastantes fotos que lo fijan en el momento de golpear el balón con la pierna derecha o la izquierda, un golpeo que podría ser para centrar, para pasar el balón a un jugador cercano, para intentar un recorte y una jugada posterior.

Se inclina muy bien en diagonal sobre la pelota, levanta con ligereza el brazo correspondiente a la pierna con la que va a golpear. La técnica que se transparenta es impecable, la de quien tiene interiorizado lo que debe hacerse y lo que no, porque lo aprendió en la infancia, en esos partidos interminables que se jugaban con los amigos, como él mismo confiesa, durante siete u ocho horas seguidas.

De lo que no cabe duda es de que se tomaba el fútbol muy en serio en el momento en que se ponía a jugar. Para saber cuándo ocurre eso, basta una fotografía, o un instante de observación mientras uno juega. Se trata de un universal.

Quienes amamos el fútbol, en el instante en que nos ponemos a jugar de nuevo, por intrascendente que sea el partido, por viejos e inútiles que seamos los jugadores, convertimos ese partido en lo único importante en el mundo, en el único argumento de la realidad.

Cuando la pelota rueda otra vez y se imponen las reglas del juego, nos va la vida en la disputa de ese partido, aunque sea en una pachanga entre antiguos amigos, o en un encuentro improvisado en mitad de la calle, o en el pasillo de casa, con nuestro hijo y un balón de goma. El fútbol se transforma en un absoluto allí donde aparece.

(Por cierto, qué buen título para un libro de literatura miscelánea, para un libro, tal vez, como este que estoy escribiendo, u otro parecido: «Pachanga». Suena a jugera deportiva sudamericana, a parranda futbolera).

Los que no lo entienden ni lo han practicado nunca no comprenden que haya quienes jueguen a los cincuenta o sesenta años cada semana, en terroríficas ligas de veteranos, pero lo cierto es que esos partidos, como cualquier partido que se celebre en cualquier lugar, significa el partido más importante de la historia, se convierte de improviso, por obra y gracia de su propio poder de hechicería, en el fútbol al completo. Esos partidos de arrabal, en patatales, jugando de cualquier manera los vecinos de los suburbios del mundo, son exactamente igual de importantes que la final de cualquier Copa de Campeones.

Para quienes lo disputan en el ocaso de un domingo insípido es, por supuesto, más importante que el Mundial, porque es «su» partido. Pero desde el punto de vista filosófico, cualquier contemplador sabe que, cada vez que se celebra un partido cualquiera, se está asistiendo al Partido: al arquetipo.

Las fotos de Camus son peores. Por lo común son fotografías de equipo, antes de empezar el juego, y, también por lo común, en las fotos de equipo se pierde la singularidad, porque lo que se persigue es transmitir la fuerza grupal, el resplandor y la energía del conjunto.

La tradición cuenta que Camus escogía jugar de portero, porque era pobre y solo contaba con un par de botas. De manera que reclamaba la posición en la que, en teoría, menos se desgastaban esas botas únicas. Puede que así fuese, pero parece una explicación para aumentar la leyenda hagiográfica del escritor, incluso en el caso de que fuera el propio Camus quien difundiera esa historia.

Cuando un niño o un joven eligen jugar de portero es porque desean jugar de portero. Esa posición en el campo constituye una manera de entender el mundo muy distinta a como la entienden los diez jugadores restantes. Se ha dicho mil veces.

El portero de fútbol juega a otro juego distinto al resto de sus compañeros, aun siendo ese juego el mismo. No se trata tan solo de que sea el único que puede tocar el balón con las manos, sino de que su manera de pertenecer al equipo resulta distinta: está más solo que ninguno, no parece formar parte del grupo durante el desarrollo de las jugadas, y su tarea se evalúa en función de la victoria.

Ser portero constituye una elección dramática, y es el destino más ingrato de un futbolista, porque un solo error suyo condena a todo el equipo, hunde el trabajo de todos los demás jugadores, por muy meritorias que hayan sido las restantes intervenciones del guardameta. Por el contrario, cuando apenas interviene en un partido y su equipo gana con facilidad, se diría que no ha

formado parte de dicha victoria. Sabemos que un buen espectador sabe que a los porteros debemos juzgarlos en conjunto, pero es tanta la repercusión de sus errores (el gol en contra, el reverso tenebroso del dios gol, el gol demoniaco) que apenas resulta posible.

Los porteros forman una raza aparte en el universo racial del fútbol. Incluso los padres de los porteros configuran una secta privada dentro de los padres de los futbolistas, y arrastran un sufrimiento espiritual que los hace distintos. Los padres de los porteros envejecen más que el resto de los padres, porque a menudo cargan con las miradas reprobatorias que les dispensan todos los espectadores del partido.

Los errores de los jugadores de campo, por muy garrafales que sean, nunca lo son tanto como los de los porteros. Los errores de los jugadores de campo cuentan siempre con la ayuda de los porteros, que pueden corregirlos, pero a los porteros no puede corregirlos nadie. Sus pifias siempre son fúnebres. Sus torpezas no obtienen casi nunca reparación, y cuando la obtienen, gracias a la victoria de su equipo, parece haberse obtenido a su pesar, sin su concurso. Por eso los porteros arrastran una culpa original, desde su nacimiento, un pecado consustancial a su condición: el gol en contra. Los porteros, y sus padres, poseen un halo trágico perenne.

No creo que ningún niño que quiera jugar, pongamos por caso, de delantero centro (que suele ser a lo que aspiran casi todos los niños del mundo, cegados por el dios gol) se reprima y escoja jugar de portero, para no romper sus botas, máxime cuando las botas, por pobre que uno sea, le importan un carajo al niño que se pone a jugar al fútbol.

Si Camus tenía un solo par de botas, también es lógico que tuviese una sola camiseta, un solo pantalón y un solo par de medias, que los porteros rompen con más facilidad que los jugadores de campo, porque andan a toda hora lanzándose al suelo para parar balones. Parecería entonces sensato que Camus no hubiese escogido la portería, para cuidar el equipaje. Al fin y al cabo, las botas (sobre todo las de aquella época) eran objetos más duros que la ropa deportiva.

Me inclino a pensar que si Camus jugaba de portero, era porque quería jugar en esa posición. Alguien que estaba en el mundo con su actitud valiente no se aparta de su destino por miedo a romper las botas. El fútbol, a esa edad en especial, constituye la celebración del mundo por antonomasia, y si hace falta se juega descalzo.

Los textos de Camus y Pasolini sobre el fútbol (y la citas que he utilizado en el pórtico de este libro) se han repetido muchas veces, e imagino que los

escritores y lectores futboleros las consideran tópicos, sobre todo la de Albert Camus, por su carácter sentencioso y por su temperatura emocional, tan taxativa: todo lo que he aprendido, etcétera.

Ese todo constituye una hipérbole evidente, una de esas hipérbolones que a un escritor le gusta cometer de vez en cuando, para darse el gustazo de homenajear un aspecto del mundo por el que siente devoción. Todo lo que sé se lo debo a, todo lo que he aprendido lo he aprendido en, todo lo que más amo me lo enseñó mi, todo lo que merece la pena conocerse lo descubrí por. Ese género de maximalismos domésticos es maravilloso de cometer, como si dijéramos.

Cuando empleamos una cita en un libro nuestro, la cita deja de significar lo que significaba en el texto del autor que la dio a luz y pasa a convertirse en un texto nuestro por palabra interpuesta, por autor advenido, aparecido. Se trata de hacer una confesión privada mediante un argumento ajeno, un argumento de autoridad.

Me habría encantado echar una pachanga con Camus y Pasolini, en el descanso de algún rodaje del italiano, como parece que organizaba con los actores, los técnicos y quien quisiera apuntarse. Se dice que Pasolini escogía siempre a los mejores para su equipo, porque no soportaba perder.

Perder partidos, sean cuales sean, es una mierda. A mí tampoco me gusta nada. Consiste en perderlo todo, al menos durante unos instantes.

Está claro que, después, el luto se pasa, pero durante unos segundos, minutos u horas, que lo son todo, lo que se pierde es también todo, el todo, el partido.

A menudo imagino, mientras lo voy escribiendo, cómo reaccionarán ciertos lectores concretos ante este libro. Me suele pasar con algunos libros que escribo, durante el proceso de escritura, aunque no con todos.

Me interesa más esa duda en marcha que la duda posterior, cuando el libro ya está escrito y en la calle. Una vez que se publican los libros, uno no puede hacer nada para modificarlos en general: se cristalizan en la escritura, en lo que son. Pero tampoco puede hacer nada para modificarlos en particular, teniendo en cuenta las sugerencias que algunos lectores amigos podrían haber hecho si se los hubiera dado a leer. Digo «si se los hubiera dado» (e insinuando que no lo he hecho), porque ahora mismo no sé si este en concreto lo daré a leer o no a los lectores a quienes suelo dar mis libros, para que me ayuden a corregirlos antes de salir a la calle.

Los libros de prosa suelen ser largos, sobre todo si son míos, que acostumbro a extenderme, a ensimismarme en el propio desarrollo de la escritura, y a dejar que se me vaya el santo al cielo, porque allí, al cielo, lo mando a propósito, puesto que es el lugar en donde mejor se vive según algunos, sobre todo si se aspira a la santidad.

De manera que me produce bastante fastidio cargar a los amigos con el proceso de examen minucioso, lápiz en mano, que acarrea ese género de lectura. Cuando los amigos nos damos un libro, no es para decirnos que está bien o mal, que nos ha gustado o que no nos ha entusiasmado, sino para indicarnos qué está mal o bien, qué debe ser corregido para que mejore y nos guste un poco más de lo que nos ha gustado, o para que nos disguste un poco menos.

Con el paso de los años, uno se va quedando más solo de lo que estaba con respecto a asuntos de la literatura, o al menos así me siento yo: por pudor, por no dar la tabarra, por no cargar a los demás con pesos excesivos. Los amigos suelen tener bastante, e incluso demasiado, con sus vidas y sus obligaciones, como para que nosotros los carguemos con más obligaciones salidas de nuestras vidas.

Los libros de poemas se leen y corrigen con menos esfuerzo, por regla general. Dar a los amigos un libro de poemas para que lo lean y corrijan antes de que nosotros lo demos por concluido y lo enviemos al editor, tiene disculpa; pero darles una novela de quinientas páginas no tiene perdón,

cuando se hace más allá de los treinta y seis años de nuestras respectivas edades.

Lo ideal sería ir haciendo amigos jóvenes que tuviesen ganas de leer nuestros manuscritos, tiempo para hacerlo y criterio y autoridad sobre nosotros; pero eso es muy difícil, porque los jóvenes no discuten con los mayores, por lo común, y para leer un original de manera aprovechable hace falta discutir algunas veces, ponernos serios, incluso impertinentes. La tensión crítica necesaria para que alguien nos haga ver nuestros errores, y nosotros los aceptemos (aunque sea a regañadientes), solo se puede hacer entre iguales, entre quienes se aceptan como iguales, y eso resulta complicado cuando existe una importante diferencia de edad.

Imagino que algunos lectores con nombre y apellidos, lectores concretos, si leen este libro sobre fútbol y literatura (porque uno nunca sabe quiénes leen los libros, de verdad, incluso cuando dicen que es verdad que los han leído), pensarán que me he vuelto loco.

Dejando aparte el hecho de que emprender la escritura de cualquier libro es una manifestación de algún grado de locura —y lo es, me temo, por el esfuerzo que merece, por la poca repercusión que alcanza, por el ejercicio de soledad que supone—, la consideración de que he perdido la cabeza conducirá a dos actitudes: los que me lo perdonen y los que no me lo perdonen (en sentido muy amplio, sin ningún dramatismo, porque la escritura de un libro constituye un asunto menor en el conjunto del universo, un acto de importantes repercusiones privadas, pero trivial cuando lo pensamos con seriedad).

Quiero decir que, a quienes hayan leído antes otros libros míos, a lo mejor este les parece una extravagancia venial que no empaña la opinión que tenían del autor, y a otros tal vez les parezca una rareza inadmisibile.

Siempre he querido ser un escritor sin tema, al menos la mayor parte de las veces. Es decir, un escritor que cree que el tema de la escritura consiste en convertir cualquier tema en escritura de calidad. Un tema nunca es buen tema de nada *a priori*, sino en el momento en que la buena escritura lo convierte en un buen tema sobre el que escribir. Los grandes asuntos literarios no existen, son una confusión, una distorsión que la gran literatura genera en los lectores.

Por lo general, siempre que he conocido a alguien a la espera de un tema sobre el que escribir, a la espera del gran argumento, no ha escrito jamás ni una sola palabra. Siempre he sido capaz de encontrar en unos pocos segundos el tema sobre el que escribir un artículo, o en unos pocos minutos el argumento de una novela, o de un cuento. El esqueleto nunca es nada hasta

que no se rellena de carne, una palabra detrás de otra palabra, durante lo que dura el texto.

Nunca me ha interesado demasiado la pesca del arenque en alta mar, pongamos por caso, pero Sebald, en *Los anillos de Saturno*, convierte esa pesca en un asunto de capital importancia. Eso es lo que hace la alta literatura: nos lleva la contraria acerca de lo que resulta importante o no en el mundo. Nos cambia la lupa con la que observar las cosas que observamos: nos da una lupa nueva y nos pone a observar cosas que hasta entonces no habíamos observado nunca, o nos hace sentir como cosas nunca vistas las cosas que observamos a cada instante.

Me gustaría que el lector de este libro, alguno, pudiera sufrir esa transformación con respecto al fútbol o la literatura, porque este libro trata de esas dos pasiones. Lo más probable es que no suceda de ese modo, pero me gustaría que los lectores poco futboleros comprendieran algunas de las razones que hacen del fútbol, al menos para mí, y para muchos como yo, uno de los grandes placeres. Y que algunos espectadores del fútbol comprendieran que la literatura constituye una necesidad (al menos, para mí, y para muchos como yo), que transforma lo real en un ámbito más feliz.

A veces imagino que estoy escribiendo este libro para que algunos amigos comprendan por qué dedico tanto tiempo a acompañar a mi hijo al fútbol. Desde hace años, la mayor parte de las tardes de la semana las dedico a llevarlo y traerlo de sus entrenamientos y a ver cómo entrena. Sé que para muchos de mis amigos esa dedicación constituiría un castigo, una obligación malsana que no están dispuestos a permitirse. Pero para mí es la más grata de todas las dedicaciones semanales, un motivo de alegría y oxigenación, en todos los sentidos.

Después de pasarme la mañana escribiendo los libros que trato de acabar y los artículos que debo entregar para los periódicos y revistas, estar al aire libre viendo entrenar a mi hijo constituye una cura para el espíritu. Si alguna obligación vespertina me priva de ello, me pongo de mal humor.

Con los amigos pongo unas briznas de descontento, con la boca pequeña al hablar de estos asuntos futbolísticos, para que no sepan cuánto me gusta hacer lo que hago, porque por calvinismo sentimental no me parece bien mostrarse demasiado feliz con los demás, para no suscitar la envidia de los humanos ni la de los dioses. En presencia del prójimo hay que mostrarse moderadamente descontento, para no aumentar la desdicha ajena.

Por otra parte, a menudo, esas obligaciones futbolísticas me sirven de bendita excusa ante las infinitas invitaciones culturales que cualquier ser

humano recibe al cabo del mes, cuando vive en Valencia. Cada semana hay siempre seis o siete lecturas de poemas, diez o doce presentaciones de libros, cuatro inauguraciones de exposiciones colectivas de pintura (y nueve individuales), centenares de conferencias sobre centenares de asuntos. Valencia es la Atenas de Pericles, de modo que un ciudadano que quiera mantener su salud alejada de grandes peligros debe poseer alguna excusa definitiva, para no tener que cumplir con los muchos deberes de la penitencia cultural obligatoria que a todos nos corresponde. Los deberes paterno-futbolísticos constituyen un argumento inapelable.

Los actos culturales son, sobre todo, para participar en ellos cuando uno es joven. A partir de cierta edad (digamos los treinta y siete años), constituyen una de las causas fundamentales de empeoramiento de la salud, junto con el tabaco, el sedentarismo, la mala alimentación y el consumo excesivo de alcohol, factores de riesgo, por otra parte, asociados todos ellos con la asistencia sistemática a los actos culturales.

Los actos culturales son para solteros, o para divorciados en edad de merecer (que es cualquier edad, después del divorcio). Me imagino que hay tantas razones para asistir con asiduidad a los actos culturales como para no asistir nunca. A veces se va por amor, por amistad, por apetito expansivo, por obligación sociológica, por militancia político-cultural, incluso por sincero interés con respecto a los participantes y al asunto que se trata.

Sé de algunos que van por animadversión completa hacia los organizadores del acto, para corroborar las razones de su repugnancia, como esos lectores que afirman leer y conocer la obra de autores que aborrecen, algo que siempre me resulta incomprensible, porque nunca podría dedicar mi tiempo a la literatura que no me interesa. (Solo puedo decir algo de lo que me gusta, solo conozco algo a quienes me encantan).

Siempre he sospechado que a los escritores les gusta tanto escribir como dejar de hacerlo, despachar su jornada de trabajo y marcharse por el mundo, lejos de la escritura, aunque se lleven a cuestas sus cábalas acerca de lo que escriben. (Porque un escritor nunca se deshace del todo de lo que está escribiendo, aunque se aleje en apariencia del texto que tiene en marcha).

De ahí que algunos se prescriban la asistencia casi diaria a actos de naturaleza cultural: para oxigenarse de su trabajo, permaneciendo en las cercanías de él. La presentación de una novela ajena nos distrae de la escritura de la novela propia que estamos ejecutando, y nos impide de paso sentir demasiados remordimientos por no estar remando en el despacho de casa.

Los escritores (yo al menos lo he sido, aunque trato de quitarme) son seres bastante escrupulosos, gente que enseguida fabrica cargos de conciencia por sentirse en deuda con el universo, de una manera vaporosa; porque los escritores no pueden dejar de padecer el espejismo de que su labor es de suma importancia, y de que el equilibrio planetario depende en buena medida de su trabajo. Va con la vocación: el escritor, sobre todo si es poeta, no puede dejar de pensar que es uno de los pocos hombres justos que están salvando el mundo, en este preciso instante, con sus poemas.

Los actos culturales son, pues, sobre todo, para artistas cansados de su jornada laboral y sin obligaciones familiares, y para desocupados. Quienes tenemos hijos en edad de jugar al fútbol nos debemos a la sagrada institución de la familia y a la no menos sagrada chifladura del fútbol mismo. La excusa de llevar a mi hijo a los entrenamientos (que no es una excusa, sino un deber y una necesidad al mismo tiempo) me ha preservado de muchas enfermedades que tienen su origen en los actos de naturaleza cultural.

Además, me ha brindado la oportunidad de escribir este libro, me ha regalado su argumento, junto con los regalos constantes de verlo jugar y ser feliz, y de verme ser feliz jugando con él por sublimación psicológica o parapsicológica, porque todo sirve al propósito de ser feliz. Para los escritores (para mí al menos, y lo que me ocurre a mí supongo que también les ocurre a los demás de forma parecida) todo lo que amamos aspira a terminar en un libro, todo lo que nos apasiona nos impone también la idea de convertirse en palabras.

Cuando descubro algo que me encanta (una ciudad, una película, un plato de comida, una afición cualquiera), busco los libros que me hagan ahondar en mi descubrimiento. Mis pasiones, más tarde o más temprano, necesitan transformarse en experiencias pasionales de naturaleza bibliográfica.

Hasta que no he escrito sobre lo que más me gusta, no me gusta tanto como debería. Hasta que no he leído sobre lo que más amo, no lo he amado como ese asunto y yo nos merecemos. Tengo tantos libros pendientes acerca de mis objetos amorosos que nunca podré cumplir con mis obligaciones sentimentales.

El olor del césped natural de los campos de fútbol es un olor que no se parece a ningún otro. No es el olor del césped: el césped de los jardines, el césped de los chalets, el césped que rodea las piscinas públicas. Esos céspedes tienen cada cual su olor concreto que los diferencia, pero no tienen nada que ver sus olores con el del césped de los campos de fútbol bien cuidados.

De los jardines públicos y su césped emana una fragancia también pública, comunitaria, grupal, de familias que vuelan cometas y meriendan helados de cucurucho, mezclado todo ello con el aliento de los perros felices y alborotadores.

El césped de las piscinas posee una fragancia levemente amoniacaal, como las piscinas rodeadas por dicho césped, un perfume de adolescentes desocupados que no saben qué hacer con su propio cuerpo, y la adolescencia siempre desprende un vaho de sudores agrios y orina recién vertida.

El césped de los chalets españoles con césped huele de forma irremediable, me huele, a los años setenta y ochenta, el olor de la vida burguesa en las segundas viviendas de las urbanizaciones en donde se pasaban los veranos eternos, un césped que pertenece a la familia aromática del césped de las piscinas, porque muchos de esos chalets tenían y tienen piscinas, por lo que tienen, también de forma irremediable, adolescentes amoniacaales cerca, bañándose por las noches y tendiéndose en la oscuridad con el bañador mojado, cuando el aire se vuelve irrespirable por el perfume del jazmín, que es el perfume de la vida violenta, del amor incondicional, de las pasiones desconcertantes.

Ahora bien, el perfume del césped de los campos de fútbol pertenece a una especie distinta de los perfumes. Lo huelo con mucha frecuencia, porque cuando llego a la ciudad deportiva del Villarreal suelo entrar a pie junto al campo de entrenamiento del primer equipo, y me llega su fragancia. Si no entro por allí y lo hago por otra puerta, paso también junto a ese campo de entrenamiento y junto al Mini Estadi, que a menudo tiene las puertas abiertas, y entonces me llegan a la vez los aromas de los dos campos.

El césped profesional de los campos de fútbol —por llamarlo de alguna manera— pertenece a la aristocracia de los céspedes. Es un césped acicalado, manicurado, peluquereado, como si tuviera que presentarse a un concurso de belleza. Hierba a la que se ha criado con mimo, a la que se ha educado en las

mejores escuelas de la ciudad, a la que se ha mandado de viaje de estudios a Inglaterra, que es adonde viajan las hierbas que quieren prosperar en el ámbito vegetal del fútbol moderno, porque Inglaterra es el paraíso de la hierba, el primer país que se tomó en serio la cuestión y que comprendió que un pedazo de césped immaculado entraña una visión del universo, el primer país que humanizó la hierba, que la convirtió en una necesidad del paisaje, del ocio, de la decoración arquitectónica, el primer país que hizo del césped un asunto de estado, un problema personal de cada inglés.

Por eso sigue siendo uno de los pocos países (junto con Alemania, Holanda y Australia, pero con menos entusiasmo) que mantienen los torneos de tenis sobre hierba, cuando todo el mundo sabe, en especial los tenistas y los organizadores de dichos torneos, que si existe una superficie sobre la que resulta absurdo jugar al tenis es la hierba, con sus imprevisibles reacciones con respecto a una pelota de caucho y felpa tintada de amarillo.

Wimbledon, más que un torneo de tenis, constituye un homenaje a la bendita excentricidad inglesa para con la hierba y para con las excentricidades, como esa de tener que entrenar y jugar de blanco (al menos en un ochenta y tantos por ciento de la vestimenta).

Entre las muchas cosas admirables de Inglaterra, creo que una de las mayores es el hecho de haber convertido sus chifladuras en tradiciones respetadas hasta la obsesión de carácter sagrado. Un respeto obsesivo que ha convertido esas chifladuras en asuntos universalmente respetables. Lo cual demuestra que basta la fuerza de tomarse en serio cualquier asunto para que, al cabo de unos cuantos siglos, cualquier cosa se transforme en un asunto serio.

Parece ser que la hierba de El Madrigal, el estadio del Villarreal CF (desde hace muy poco tiempo llamado Estadio de la Cerámica), la del Mini Estadi y la del campo de entrenamiento del primer equipo, el que huelo siempre que llego a la Ciudad Deportiva, es una mezcla de fibras artificiales y hierba natural, para que las raíces de la hierba se enrosquen alrededor de las fibras sintéticas y arraiguen con más fuerza. Se trata de un producto patentado —Desso GrassMaster— que inyecta millones de fibras sintéticas a veinte centímetros de profundidad, para que las raíces de la hierba natural busquen esas fibras y las envuelvan. Según se ha demostrado, este tipo de hierba es mucho más resistente a los castigos del juego y las botas de los jugadores.

Desde que sé que la hierba que huelo es transgénica, por así decir, que es una ciberhierba, la huelo y la observo con más admiración. Me parece hierba inteligente. No me extrañaría que dentro de pocos años nos podamos tender

en campos de hierba cibernética, desnudos, aproximar el oído hasta sus briznas y escuchar el relato de todo lo que ha pasado por encima de ellas, la historia de las familias que meriendan allí helados de cucurucho, y de los perros y sus aspiraciones caninas, y de los paseantes como yo, que discurren a su lado con actitud especulativa y orante.

Cuando visité Oxford, me emocionaba ver en los claustros, en mitad de los patios interiores de los *colleges*, rectángulos de césped impecable como única decoración, como único capricho cromático. A veces, en esos *collages* hay un roble centenario patriarcal que da sombra y sosiego al edificio; pero muchas veces no hay más que un tepe de hierba verde inmaculada.

Esa hierba también es centenaria, milenaria, es la primera hierba que pisó un pie humano descalzo, seguro que es esa, la hierba del Paraíso, la hierba a los pies del manzano con el que empezó todo, la que pisaron Adán y Eva un instante antes de precipitar el asunto, la hierba por la que se arrastró la maldita serpiente para subirse al árbol del Bien y del Mal. Esa hierba totémica con su cartel no menos totémico, con su enigmática admonición que merece todo un tratado de exégesis filosófica: *keep off the grass*. Una admonición que no nos tomamos nunca en serio, y que tal vez esté hecha para que la infrinjam, porque la hierba está hecha para ser, primero, admirada, y después, gracias a nuestra admiración, para ser pisada. Para que la hocemos, para que ramoneemos en ella.

La belleza creo que suele atenerse con más frecuencia al procedimiento de poseer un objeto, e intentar que ese objeto sea magnífico, antes que al procedimiento de la abundancia, a la voluntad de rodearse de un gran número de realidades que aspiran a ser bellas. La belleza, creo (aunque a lo mejor solo se trata de mi modo de entenderla), procede por lo común mediante la simplicidad, y no mediante el enrevesamiento y la acumulación, a pesar de que los amigos del barroquismo no estén de acuerdo, como sabemos.

Basta un pedazo de hierba inteligente, bien cortada, bien sulfatada, bien abonada, una hierba como la que huelo en Miralcamp, y en cuya memoria, estoy convencido, quedará grabado el paso de mi hijo y yo, junto a ella, todas las semanas.

Durante algunos años, un grupo de irreductibles tratamos de aliviar nuestra adicción futbolística con una suerte de opiáceo sintético deportivo: el fútbol sala, que entonces llamábamos futbito.

Aquella denominación, como pasa tantas veces con el vocabulario, no tuvo fortuna y desapareció para siempre. Algunas veces todavía me refiero al fútbol sala como futbito, y entonces los jóvenes me miran como si estuviera loco y hablase de una creación de mi mente enferma. Para algunos, escuchar futbito es como escuchar velocípedo en lugar de bicicleta, o binóculos en lugar de gafas: un imperdonable achaque verbal de senectud.

Nadie sabe a ciencia cierta por qué triunfan unas palabras y no otras, igual que nadie sabe de verdad por qué triunfan unos escritores y no otros, unos hombres y no otros. Por qué llegan unos futbolistas y no otros. ¿Por qué decimos móvil los españoles peninsulares, y no celular, como en Hispanoamérica? ¿Por qué no decimos telefonín, por ejemplo, a la asturiana, como propuso Juan Cueto hace ya muchos años, en paralelo al *telefonino* italiano? Las cosas triunfan, las más de las veces, porque sí, y esa condición azarosa es precisamente lo que vuelve el fenómeno del éxito tan extraño, tan apasionante, al menos para quienes nos interesamos, con asombro, por los asuntos del azar.

De mis tiempos como jugador de futbito haré ya más de veintitantos años, como de casi todo. Eso sucede incluso con los asuntos recientes, porque a partir de cierta edad casi todo lo que nos ocurre, aunque nos ocurriera antes de ayer, ocurre hace veinte años, más o menos. Veinte años con relación al interés que despierta en nosotros, veinte años con relación a la importancia que le atribuimos, veinte años con relación a nuestra disponibilidad sentimental para interpretar las cosas. No se trata de que estemos decayendo: consiste en que hemos decaído.

Un día a la semana nos juntábamos una banda de amigotes por la tarde, alquilábamos un campo cualquiera (a veces un pabellón cubierto, a veces un campo al aire libre, como el de la playa de El Saler, que nos permitía jugar escuchando las olas del mar), jugábamos a muerte un par de horas y después nos marchábamos de cena.

Recuerdo ahora que durante un tiempo se apuntó a nuestros encuentros paliativos Manolo, el camarero del *pub* Piyamarama, al que acudíamos de

forma invariable todos los viernes y sábados por la noche. El Piya lo frecuentaban los músicos de la ciudad, el equivalente edulcorado y provinciano de la movida madrileña.

Manolo era un tipo muy baqueteado en la noche, algo mayor que yo, un flaco cercano a la caquexia, muy pellejudo y de voz ronca, un tipo duro con mucha mili a sus espaldas. Jugaba mal al fútbol, pero tenía mucha afición, y lo curioso era que en el campo, por falta de coordinación, se convertía en un tipo frágil, débil, él, que detrás de la barra se manejaba con maneras de emperador displicente.

El campo de juego hace al monje: nos sacan de nuestro ámbito familiar y nos convertimos en otros, nos transformamos en una posibilidad menor de nosotros mismos. Como si de repente tuviéramos que vivir en una lengua que no dominamos del todo, y que no nos permite expresar a los demás aquello que somos por completo. Para quien tiene algo que decir, el hecho de tener que decirlo en una lengua que no es su lengua materna constituirá siempre un drama, una amputación de su temperamento. Siempre he creído que los que viven y se enamoran en otra lengua, en otra cultura, en otro paisaje, no se enamoran del todo: ese todo sustancial que solo se puede expresar en el paisaje, en la cultura y en la lengua en que hemos nacido.

Un día le entraron a Manolo en el Piyamarama, a media tarde, dos yonquis con el mono, lo encerraron en el baño a punta de pistola y quisieron llevarse el dinero de la caja. El bar llevaba abierto muy pocas horas, no había recaudación, y me parece recordar que en la registradora no había más que doscientas o trescientas pesetas (menos de tres euros actuales, para las generaciones que no se han criado con la vieja moneda). Como el baño se cerraba desde dentro, Manolo salió gritando y plantándoles cara un instante después. Le pegaron un tiro en el pecho a bocajarro y lo dejaron muerto en el suelo del *pub*.

Era agosto. Yo estaba de veraneo en Serra y me enteré del crimen cuando leí lo ocurrido en la sección de sucesos de *Las Provincias*. Estaba desayunando con mi amigo Paco Merenciano, que se había quedado a pasar unos días en casa conmigo. Leí la noticia en voz alta, con los ojos como platos, y Magdalena, una señora de la limpieza que venía a trabajar por las mañanas, exclamó: «Maricones, remaricones, hijos de puta». Y estuvo maldiciendo a los asesinos durante diez minutos al menos, con su salmodia atormentada. «Maaaricoones, remaaaaricoooooones, hijos de puuuuutaaaaa».

Estuvimos en el entierro. Los entierros, en agosto, son extraños, con un punto más de esa extrañeza que tiene siempre cualquier entierro. Morirse en

vacaciones es un desastre añadido al hecho de morirse, porque la escenografía, que debería ser doliente, no acompaña, con el sol, con el ocio de los veraneantes, con las ganas que tienen todos los asistentes al entierro de volver a la vida, de seguir con sus rutinas perezosas.

En el tanatorio de Barcelona en donde despedimos a Toni López Lamadrid, mi editor, no recuerdo quién me dijo —puede que fuese Juan Cerezo, o Ana Estevan— que Toni le había exigido a su médico, al final, una sola cosa: no morirse durante el verano. Quería que lo mantuviera vivo hasta pasar sus vacaciones, porque no estaba dispuesto a estropear las de los amigos. Me pareció un último deseo de extrema elegancia. Toni era así. Todos tenemos la obligación de morirnos con amabilidad, con cierta cortesía.

Deberíamos morirnos siempre en invierno, con llovizna, con niebla, con nieve, con un frío climatológico que acompañara el frío del espíritu. No deberíamos morirnos de ningún modo, pero, en el caso de tener que hacerlo, debería suceder con una tramoya muy triste. Los funerales deberían celebrarse novelística y decimonómicamente: con coches de caballos empenachados de negro, con asistentes de riguroso luto, con chisteras, con miembros del colegio cardenalicio.

Después de aquello ya no se volvió a abrir el Piya, el Piyamarama, y nos quedamos sin bar por un tiempo, huérfanos de un techo adecuado para las noches del fin de semana. Hace más de veinte años que mataron a Manolo, y quién me iba a decir a mí que iba a pasar ahora por estas páginas de fútbol, como un fantasma que viene a saludar, saluda y después se marcha. La escritura siempre es una actividad curiosa, que depara sorpresas de distinto género.

Una de esas sorpresas son las visitas. Gente que viene desde el pasado, cumple con su parte y desaparece. Pocos asuntos son tan parecidos en ocasiones a la vida como la escritura literaria. Un trabajo que tiene mucho de espectral, una tarea que consiste en manejar sombras.

Aquellos partidos de futbito se regían por ciertas reglas ancestrales. Aunque éramos adultos (o tratábamos de serlo), nos ateníamos a muchos preceptos de la infancia. Designábamos capitanes, y los capitanes hacían pies, con el monta y cabe del zapato (un ritual para echar suertes, muy simple, pero que me llevaría diez líneas explicarlo a quienes no lo conozcan), hasta que por turnos elegían a los jugadores que más les gustasen para conformar el equipo.

Jugábamos como hay que jugar los partidos de fútbol: como si nos fuese la vida en ello. A ganar a toda costa. La idea buenismobudista de que lo

importante es participar es en realidad un mantra en el que nadie cree, pero que todos repetimos para el buen gobierno y funcionamiento del mundo, sobre todo con relación a las jóvenes generaciones. Sin embargo, cualquier aficionado al fútbol sabe que es una absurda patraña, propagada por viejos beatos santurriones y por psicólogos conductistas. Si lo importante no es ganar, sino participar, que participen nuestros rivales: nosotros nos conformaremos con la victoria. Nos consolaremos con la victoria.

Jugábamos como si no hubiese mañana, como si viviéramos de ello, como si el mundo entero nos observase: como hay que jugar al fútbol, cada vez que aparece un balón en la realidad y le damos una patada.

En ocasiones, después de una entrada demasiado dura, o de una jugada dudosa, o de un gol discutible, nos enzarzábamos en discusiones broncas, nos insultábamos un rato e incluso llegábamos a darnos unos empujones y a amenazarnos con darnos unas cuantas hostias. Las hostias nunca se repartieron, la verdad, pero estuvieron cerca del reparto algunas veces.

Por lo común, si el partido terminaba con esa variedad sacramental de la dialéctica, seguíamos, en las duchas, con la pelotera durante un rato, dale que te pego, hasta que nos aburríamos, o hasta que un mediador ejercía de juez con sensatez moral y nos reconciliaba. Por lo común, nuestros enfados nunca llegaban al restaurante de la cena, y jamás sobrevivieron a la primera copa de vino, a la primera cerveza pacificadora.

Confieso que yo me encontraba a menudo entre los integrantes de las tanganas (porque también era, dicho sea de paso, de los más activos en el juego): a menudo participaba en los alborotos, pero no siempre. A ciento ochenta o ciento noventa pulsaciones por minuto, las convenciones y las convicciones de índole caballerosa, que deben regir el mundo, se diluyen entre olas de adrenalina, endorfinas y otros flujos endógenos que segregamos, de manera que resulta un poco más difícil conducirse como sabemos que estamos obligados a hacerlo.

La circunstancia de estar practicando deporte debería ser siempre una exigente de la conducta. Los espectadores están cómodos en sus asientos, con el pulso sereno, juzgando a los que corren, desde la omnipotencia municipal de su condición de aficionados, mientras que los deportistas están a menudo rendidos. Esa circunstancia del cansancio, de la excitación, casi nunca se tiene en cuenta, pero determina el comportamiento de la gente, aunque no lo excuse. Uno debería poder decir: «Señor juez, estaba en mitad de un partido de fútbol»; a lo que el juez respondería, sin dudarlo: «Pues no alegue nada más, buen hombre. Está usted absuelto».

Uno de los integrantes de aquellos partidos de futbito era mi querido amigo Pepe Ramos, hijo de José Ramos Costa, presidente del Valencia CF de 1976 a 1983. Pepe nos contaba muchas anécdotas relacionadas con los jugadores y las entretelas del club. A mí se me quedó grabada una en especial.

Durante una preparación de pretemporada, en los años ochenta, el Valencia hizo una gira por Japón, y Pepe acompañó en el viaje a la expedición deportiva. Por entonces, Pepe Ramos era un adolescente. Una noche, mientras caminaba por el pasillo, en su hotel de Tokio, en busca de su habitación, se tropezó con Saura, el legendario extremo del Valencia, descalzo, ataviado con un batín de dragones alados que echaban fuego por la boca. Saura le cortó el paso, con las manos en jarras, y le preguntó con interés pedagógico:

—*Pepín, vols follar?*

Pepín Ramos, que no estaba en condiciones afectivas de replicar a uno de sus ídolos de infancia, otorgó con su callada por respuesta, y se dejó conducir hasta una habitación en la que Botubot y Orlando Giménez estaban follando con tres o cuatro fans nativas. Cuando sus efusiones finalizaron, le hicieron un sitio a Pepín en el país del sol naciente, y así fue como Pepe echó su primer polvo, lejos de la patria, al otro lado del mundo, regido por husos horarios muy distintos, ateniéndose a la variedad multitudinaria del amor. Japón es un país asombroso: lo sabía desde que Pepe Ramos me contó su iniciación sexual en Oriente.

La imagen de Enrique Saura, descalzo y con un batín de dragones humeantes por el pasillo de un hotel en Tokio, me ha acompañado desde entonces, como un emblema indescifrable de las sorpresas que puede depararte la vida cualquier noche, sin que lo esperes. Sobre todo cuando te encuentras al otro lado del mundo.

El fútbol no se acaba nunca. Como le ocurre a la literatura, salvando las distancias que hay que salvar (para desgracia y gloria de ambas disciplinas, según quienes sean los partidarios que las enjuicien). Creo que hay que procurar escoger chifladuras sentimentales que no tengan fin, para poder alimentarlas durante toda la vida, y que de paso nos alimenten.

Conviene ser cuidadoso con la elección de los objetos propios (y nuestros gustos son objetuales), porque son cosas que transportamos con nosotros de casa en casa, de hotel en hotel, de matrimonio en matrimonio, de divorcio en divorcio, de segundas nupcias en segundas nupcias, etcétera.

Los objetos buenos, sólidos, de fabricación garantizada por la experiencia y la tradición resultan saludables. Un buen reloj suizo, digamos, es un buen compañero cronológico para casi toda la vida. Josep Pla recomendaba que, si lográbamos conocer a una mujer que no estuviera demasiado loca y a quien le gustase el sexo con frecuente alegría despreocupada, no la dejásemos escapar. Hay que rodearse de buenos objetos, de buena gente, de buenas costumbres, a ser posible.

Todos resultamos mucho más cosificables de lo que solemos admitir. Todos somos mucho más cosificadores de lo que nos gusta confesar. Todos estamos obligados a comportarnos de manera objetual para con los demás: servir de herramienta a quienes queremos, de engranajes sentimentales, de piezas útiles para sus vidas. En el ámbito afectivo, existe una forma necesaria de ser cosas.

El humanismo mal entendido pone el grito en el cielo cuando se trata de contemplar a los demás como un medio y no como un fin, pero lo cierto es que la ética cotidiana exige observar a los demás, muy a menudo, como medios, y nosotros estamos en la obligación de servir como medios a los demás.

Medios, por supuesto, voluntarios, objetos conscientes, cosas intencionadas. Si se trata de que nos fuercen a ser cosas, entonces prefiero la doble moral de que se aspire a juzgarnos como fines, para que luego en realidad se nos trate como medios, aunque solo sea por el estribillo optimista de la canción ética.

Nuestras aficiones son cosas también, y nos servimos de ellas para tratar de ser felices, que es una de las pocas aspiraciones serias que nos podemos

atribuir.

No creo equivocarme cuando fomento en mi hijo Carlos el gusto apasionado por el fútbol, porque trato de fomentar su mayor pasión. Uno de los deberes de un padre, si se lo puede permitir, es, creo, sentar las bases para que las pasiones de sus hijos se desarrollen en las mejores condiciones posibles. De ahí la importancia de alentar gustos sobre asuntos que no se acaben nunca (aunque, a decir verdad, casi todo lo que nos gusta mucho suele tener la característica de no acabarse jamás por lo mucho que nos gusta).

El hecho de que el fútbol sea una actividad asociada al juego y a la infancia, lo convierte en una afición eterna, porque nos brinda la posibilidad de recuperar la infancia siempre que la practiquemos. La medicina maxilofacial puede ser un trabajo interesante, bien remunerado, incluso puede tener satisfechos a quienes lo practiquen, pero no creo que muchos niños sueñen con ser dentistas de mayores. De ahí que quien consiga convertir sus trabajos de infancia —sus trabajos de amor perdidos— en su gustoso trabajo futuro, tal vez obtenga la mayor de las satisfacciones (a pesar de que el hecho de convertir en trabajo cualquier actividad siempre acarree una decepción, porque en cierta medida significa transformar en funcionario al piel roja que todos llevamos dentro).

El refrán que predica el deber de que atendamos antes la obligación que la devoción representa una monserga más de naturaleza calvinista, con su nórdico culto al trabajo. No, primero hay que ocuparse de las devociones, y en segundo lugar de las obligaciones, que suelen ser las obligaciones que los demás nos crean para que ellos sí se dediquen a su devoción. Nuestro principal trabajo debería consistir en tratar de transformar nuestras mayores aficiones en obligaciones laborales, en trabajo: de ahí el trabajo gustoso.

El fútbol, como la literatura, no se acaba nunca, dura mientras duremos nosotros, mientras dure en nosotros la ilusión primera con que descubrimos esas dos actividades. De la misma forma en que no se agota jamás la ilusión lectora —y escritora— de quienes verdaderamente aman la literatura, tampoco se acaba nunca la ilusión del espectador de fútbol, aunque se haya terminado la época de practicarlo como jugador.

Los padres que no tienen hijos que jueguen al fútbol con cierto grado de dedicación llamémosla «profesional», no entienden por qué los padres que sí los tenemos dedicamos tanto tiempo y esfuerzo al fútbol de nuestros hijos. Dejando aparte el hecho de que a muchos padres nos apasiona el fútbol, la verdad creo que reside en que hay que tomarse muy en serio ese fútbol, porque nuestros hijos se toman el fútbol muy en serio. Siempre se puede

recurrir a la frivolidad de decir que se trata de un juego de niños, pero precisamente por eso, por ser un juego, y ser de niños, alberga una importancia máxima.

Nadie se toma tan en serio el juego, cualquiera que sea, como un niño. De manera que los adultos que no se toman en serio el juego de sus hijos lo hacen por incapacidad intelectual y afectiva hacia el juego mismo, por deficiencias lúdicas. Lo más triste de la condición adulta consiste en lo olvidadiza que puede llegar a ser: le resulta imposible el recuerdo activo y solidario de su vieja felicidad infantil.

Por supuesto que nadie sabe qué será del destino de sus hijos, pero estoy convencido de que quienes posean una afición auténtica, un gusto verdadero hacia determinadas disciplinas, estarán mejor preparados contra el destino. El gusto por la vida se cultiva gracias a la vida que nos ofrecen nuestros gustos concretos.

Mi hijo Carlos se toma muy en serio el fútbol, vive por y para él, como suelen hacer muchos de los niños con los que juega, muchos de los niños contra los que juega, muchos de los niños que juegan por todo el mundo a este deporte. Como me tomo muy en serio a mi hijo, y como considero que el fútbol es un asunto para tomar en serio como fuente de felicidad, me tomo su manera de entender esa pasión también muy en serio.

Hace tiempo, con seis o siete años de edad, tuvo un arrebato metafísico y me confesó: «Papa, yo no entendería el mundo sin el fútbol. No sabría qué hacer en la vida». Me lo dijo con esas palabras, y desde entonces me lo ha repetido algunas veces, con pequeñas variaciones.

Se me puso en la garganta un nudo no menos metafísico de angustia. Desde entonces me tomo mucho más en serio su manera de tomarse el fútbol, y he procurado hacerle ver que esa afición, por importante que llegue a ser en el futuro, por importante que le parezca hoy, no es ni será el único de sus intereses en la vida. Aunque ojalá le suponga, a lo largo de todo ese futuro, un asunto que añada siempre a su vida interés.

A mí me ha ido bien con mis pasiones, y en concreto con mi pasión por el fútbol y la literatura, por lo que no veo ninguna razón para que no le vaya bien a cualquiera que mantenga la fidelidad a sus pasiones propias.

Mi hijo se toma muy en serio el fútbol, insisto, a pesar de tener once años, como a esa edad se suelen tomar los niños las cosas que les gustan mucho. Interrumpe sus juegos en casa para irse a dormir pronto y estar fresco al día siguiente, sin necesidad de que lo mandemos sus padres a la cama. Pregunta por la mejor alimentación para estar en forma, repasa vídeos propios que le

dan sus entrenadores y estudia los que busca en internet. De manera que su madre y yo tratamos de corresponder a esa seriedad, y nos acostamos pronto los viernes o los sábados para llevarlo al día siguiente a los partidos. La vida más o menos disipada resulta poco compatible con las tareas de los chóferes del fútbol, por así decir.

En definitiva, debemos estar a la altura sentimental de las devociones sentimentales de nuestros hijos. En especial —no tiene mucho mérito—, cuando esas devociones coinciden con las nuestras.

A menudo pienso que mi cultivo del fervor futbolístico, en mi hijo y en mí mismo, consiste en una estrategia para prolongar su infancia mediante la búsqueda de complicidades afectivas. Una manera de retenerlo antes de que se marche a su vida, de que crezca hacia sí mismo.

Hubo un tiempo en que, antes de nacer Carlos, celebraba con mi hija Ángela «el mejor momento del día». Nos tumbábamos en el sofá, abrazados, y nos comíamos a medias un bombón, o unas galletas que le gustasen, subrayando en voz alta que aquel era el mejor momento del día sin duda, porque lo que no se enuncia, lo que no se dice, lo que no se escribe, no existe del todo.

El arte, en buena medida, representa lo mismo: una detención del tiempo, para subrayar en voz alta la excepcionalidad del instante, del detalle, de la minucia. No basta con disfrutar de la felicidad, hay que proclamar, mediante distintos lenguajes, que se disfruta. No basta con amar a determinada persona, tatuamos en la corteza del árbol un corazón con su nombre y el nuestro.

Cuando Ángela fue creciendo, y preocupándose por su alimentación, tuvimos que abandonar ese ritual (al que regresamos, nostálgicos, algunas veces). Ahora, ese mejor momento del día lo he transformado en «el momento del poema del día». Reúno a mi mujer y a mis hijos y les leo un poema que he seleccionado: a veces durante el desayuno, a veces después de cenar, a veces a lo largo de la jornada.

Mi mujer es firme partidaria de ese poético mejor momento del día, de esa excentricidad a la que obligo a mi familia, haciendo hincapié en las virtudes de la obligación, que nos regala todo aquello que no encontraríamos por inclinación propia. El profesor de bachillerato que también hay en mí no pierde nunca la oportunidad de cantar las alabanzas del deber, de la memorización clásica, de la caligrafía, de tantas y tantas cosas pasadas de moda. A mis hijos, no obstante, no siempre les parece oportuno el que tengan que interrumpir lo que se traigan entre manos, para escuchar a su padre leyéndoles un soneto de Borges o un texto de Paco Brines.

Quiero pensar que mis hijos recordarán mucho más y mejor algunas extravagancias de su padre antes que otro género de asuntos. Igual que cuando juego partidos con Carlos en el pasillo de nuestro piso de Valencia, o en el patio de nuestra casa de Serra. Con frecuencia nos marcamos el objetivo

de hacer series de cien pases al primer toque en el receptor: ese es el momento técnico del día, el mejor momento técnico del día. El equivalente a fortalecer la sensibilidad con la lectura de buenos poemas. La poesía y el fútbol necesitan del esfuerzo continuo. Correr y leer.

Todas las actividades comerciales aspiran a crear en su clientela la necesidad permanente del producto, sin descanso, sin vacaciones del deseo, del apetito, sin zonas muertas. La condición clientelar del ser humano contemporáneo consiste en su verdadero ser, casi en su ser único: consumo, luego existo; compro, luego soy. El fútbol no es una excepción.

Por eso se han inventado las exóticas giras de verano por países asiáticos. Los torneos de pretemporada por medio mundo. El adelanto del inicio de las ligas. La administración del mercado de fichajes como un culebrón venezolano: con sus correspondientes promesas de amor, con sus traiciones inconcebibles, con sus sorpresas inexplicables, con sus gestos heroicos. El mercado de fichajes posee un cierto carácter narrativo de novela policial: tiene su suspense, sus persecuciones, sus malos y sus buenos, sus crímenes más o menos ejemplares. El caso es que la gran feria de las vanidades futbolísticas no puede parar, no quiere parar, no sabe parar. Es malo para el negocio. Malo para la leña.

La verdad es que a mí me gusta que exista el sucedáneo futbolístico veraniego del fútbol: la achicoria futbolera del café invernal. Se diga lo que se diga del verano y las vacaciones, suelen estar sobrevalorados, al menos para quienes han pasado ya la juventud.

Los veraneantes somos criaturas huérfanas que nos resistimos a corroborar que el acto del veraneo nos inocula una buena dosis de hastío, de confusión existencial lejos de nuestras salvíficas rutinas. La orfandad de fondo del animal veraneante: sin periódicos bien nutridos, sin nuestros bares de cabecera, sin nuestros amigotes, sin los chismes familiares que tanto nos consuelan. Sin Liga. Sin Champions. Sin Europa League. Sin ni siquiera Copa del Rey. Y sobre todo —y lo más doloroso, lo más intranquilizador, lo más cruel—, sin los partidos del niño. Menuda mierda. El verano. El veraneo.

La metadona que sustituye la liga de mi hijo está formada por torneos chirles con los amiguitos del verano, en los pueblos de los alrededores. En Náquera, en La Eliana, en urbanizaciones de la zona. No se trata de lo mismo, pero algo es algo: por lo menos lo vemos jugar y disfrutar. Y disfrutamos.

También entretenemos el rato, los yonquis del fútbol base, manteniendo conversaciones con los padres que se encuentran en la misma situación de abstinencia forzosa. Nada acompaña tanto a un pobre desahuciado futbolístico

como otro pobre desahuciado. Nadie comprende mejor nuestro desarraigo existencial. Improvisamos resúmenes de la temporada anterior, en los que nunca falta el asombro por todo lo que no se hizo según el criterio de nuestra infalibilidad.

¿Cómo es posible que si lo veo yo, si lo vemos nosotros, no lo vean los entrenadores? Algunos asuntos claman al cielo: algunas alineaciones, algunos cambios que no se hicieron, algunos partidos que se perdieron por no haber hecho aquello. Planeamos la temporada que se avecina, analizamos las altas y las bajas, en el caso de que sepamos a qué equipo asignarán a nuestro hijo. Hacemos cábalas sobre el equipo en el que tal vez juegue, en el caso de que aún no lo sepamos. Las pajas mentales de los pajilleros futbolísticos; porque eso es lo que somos. Pajilleros.

El verano, insisto, el veraneo, representan un inocuo sarampión socio-meteorológico que debemos pasar, mientras llega la sagrada rutina, con todas las epifanías que genera el hábito en todos los órdenes de la existencia.

El mercado veraniego de fichajes representa toda una escuela acerca de las profundidades del corazón humano. Y también acerca de las superficialidades.

Algunos jugadores que habían jurado amor eterno al club que los vio nacer, que los había formado desde niños, y cuyo escudo habían besado en miles de ocasiones y llevaban tatuado en el bíceps femoral, abandonan el equipo para fichar por el enemigo histórico, y entonces algunos aficionados se abren las venas en la bañera de agua caliente mientras escuchan el *Réquiem* de Mozart, y otros se arrojan desde las alturas de la arquitectura civil de su ciudad natal, y la mayoría maldice en público y en privado la traición del apóstata de turno.

Antes, en el Pleistoceno del fútbol, los jugadores empezaban a jugar con cinco años en el club de enfrente de su casa y se retiraban, treinta años después, en el mismo equipo, después de vestir la camiseta en seiscientas o seiscientas cincuenta ocasiones. El presidente le imponía la cruz de oro y diamantes del club al jugador, le daban una placa de plata Meneses con vaguedades laudatorias, lo invitaban a comer en un buen restaurante —en el menú, melón con jamón, cóctel de gambas, pollo *a l'ast* y *biscuit glacé*, regado todo con Paternina tinto—, y la gloria deportiva se marchaba a su casa, dispuesto a marchitarse en partidas de dominó con los amigos del barrio. Y así, poco más o menos, gloria local tras gloria local.

Ahora, los jugadores no suelen estar más de tres o cuatro años en el mismo equipo. Ni los alevines. Los profesionales, dirigidos por sus agentes y representantes, van y vienen, de España a Inglaterra, de Inglaterra a Chipre, de Chipre a Eslovenia. El futbolista que sobrevive tres años en el mismo club se gana la capitánía por antigüedad. Antes, para llegar a capitán, necesitabas haber estado en el primer equipo diez temporadas y haber visto pasar por allí a doce o trece entrenadores y a un par de presidentes como mínimo.

Los nostálgicos —que solo tienen nostalgia verdadera de un tiempo en el que eran más jóvenes, como hacen todos los nostálgicos— argumentan que todo fútbol pasado fue mejor. Sobre todo en lo que toca a la fidelidad a un equipo. No sé yo, la verdad. Es como argumentar que antes existía más amor verdadero, porque los matrimonios no se divorciaban. En especial porque no existía el divorcio.

Antes no había tanto movimiento de jugadores porque no era costumbre, porque no había tanto dinero para fichar (éramos pobres en general, no nuevos ricos, como ahora), porque solo fichaban a lo grande dos o tres equipos, porque había limitaciones respecto al número de futbolistas extranjeros. Por mil razones.

Seguro que muchos de los que se quedaron toda la vida en su equipo, si hubiesen podido marcharse para ganar más títulos y dinero, lo habrían hecho. A fin de cuentas, uno suele hacer la guerra en el bando en el que la guerra lo sorprende, no en el bando que hubiese elegido para hacer la guerra. La cosa no está para desertar, por lo común, una vez empiezan a silbar las balas.

Algunas de las leyendas futbolísticas por su fidelidad a unos colores, imagino que pertenecen a la leyenda porque no conocemos los entresijos de la historia. Tal vez, la fidelidad y la leyenda fueron obra del azar, como ocurre con buena parte de las leyendas y las fidelidades. Los héroes se convierten en héroes, mitad por arrojo y heroísmo, y mitad porque pasaban por allí.

Como el fútbol, a fin de cuentas, es una actividad narrativa, literaria, también está hecho de fábulas (como todo lo en verdad interesante que ha hecho el hombre), de relatos hiperbólicos, y nos hechizan los gestos de desprendimiento, las hazañas de amor a un club; pero lo cierto es que el pasado no puede ser juzgado desde el presente ni viceversa, porque las circunstancias son otras.

En principio, el profesionalismo debe guiarse por un precepto fundamental: encontrar las mejores condiciones profesionales para ejercer una profesión. Ese mantra tibetano, traducido al universo del fútbol, significa que todo jugador profesional de fútbol debe procurar jugar en el equipo que mejor le permita desarrollar su carrera de jugador de fútbol. Los aderezos sentimentales constituyen un adorno esencial (la nieve del belén, las ovejitas, el papel de plata que nos evoca el fluir del río de Heráclito, y todo eso); pero son solo un adorno: el hueso del asunto es dónde voy a jugar, con quién, qué voy a cobrar, cuántos años de contrato me ofrecen, qué títulos puedo ganar, y minucias por el estilo.

Casi nadie está dispuesto a realizar sacrificios laborales más allá del valor, pero casi todos los hinchas están emperrados en exigirselos a los jugadores de su equipo. Ese es otro de los grandes enigmas sentimentales de la humanidad adicta al fútbol.

El corazón humano —eso también lo enseña el fútbol— es un artefacto maravilloso, la gran máquina, el mejor pistón que se haya inventado, el dispositivo por excelencia, pero es un cachivache voluble, un trasto que se

equivoca, que se avería, que no es infalible. El amor —en todas sus variantes—, aunque aspira al absoluto, suele ser una aventura temporal, transitoria. Ya se sabe: una eternidad con fecha de cierre.

Solemos tener nostalgia de buena parte de las cosas que no soportaríamos si volviesen a nosotros. Tengo nostalgia, por ejemplo, de los partidos con los campos embarrados, con los jugadores sucios hasta el extremo de no distinguirlos, de no vérselos el número de la camiseta, como si todos fueran el rey Baltasar del vecindario. Y la verdad es que no soportaría más de un partido así. Es una maravilla el drenaje moderno de los campos, y los partidos sobre un césped de seda, y el número siempre visible del jugador de turno. Sobre todo ahora, que empezamos a ver tan mal de lejos.

La nostalgia, como tantas otras cosas, es para tenerla de lejos, como un asunto de la imaginación que no aspira a cristalizarse, por la cuenta que nos trae.

El amaño de los deportes, para obtener beneficio en las apuestas que controlan las mafias, constituye un clásico: un clásico del deporte, un clásico de las mafias, un clásico de la literatura y el cine, y, sobre todo, un clásico del beneficio, del dinero, de la pasta, que es de lo que se suele hablar a menudo cuando parece que se está hablando de cualquier otra cosa.

Las carreras de caballos, las carreras de galgos, los combates de boxeo, los partidos de tenis, los partidos de básquet, los partidos de *hockey*, etcétera. La codicia por el dinero es uno de los indudables motores del mundo: la grasa de la voluntad, de la voluntad de poder, que es la esencia del movimiento mismo. Allí donde hay posibilidad de ganar dinero, siempre habrá gente tratando de ganarlo con mayor facilidad que los demás, por las buenas o por las malas. El dinero fácil representa dinero elevado a la décima potencia.

El otro día se destapó el amaño del partido de fútbol de Segunda División B entre el Barça B y el Eldense. 12 a 0: el resultado igualaba el récord histórico de goles en la categoría. El caso es que son dos equipos a los que he visto jugar este año, porque el Villarreal B (y el Mestalla) juegan en ese mismo grupo, y a menudo vamos Carlos y yo a ver partidos de la cantera del Villarreal al Mini Estadi de Miralcamp, o al estadio Antonio Puchades, de la Ciudad Deportiva del Valencia.

He visto el resumen en vídeo del partido. En el descanso ya ganaba el Barça por 8 a 0, y aún marcó cuatro más en la segunda parte del encuentro. En el fútbol base, entre equipos de niños, estos resultados son muy frecuentes, porque hay grandes diferencias entre los equipos. Doce, quince, veinte goles de diferencia se ven todos los fines de semana en los campos del fútbol español prebenjamín, benjamín, alevín, y en los partidos de fútbol 11 de los infantiles, los cadetes y los juveniles. En las categorías semiprofesionales o profesionales (Tercera, Segunda B y Segunda A) no es habitual que suceda.

Cualquiera que haya visto jugar a los futbolistas de Segunda B sabe que se trata de una categoría muy complicada, muy dura, en la que los filiales de los grandes equipos se enfrentan, con jugadores muy jóvenes (de entre diecisiete y veintitrés años, por generalizar), a jugadores veteranos, muchos de ellos en retirada ya del deporte, gente de treinta y muchos, perros viejos que han meado en casi todos los árboles de la Gran Vía.

Sorprende que los jugadores del Eldense se dediquen a correr y acompañar a los jugadores del Barça, sin meter la pierna en ningún caso, cuando se trata de una categoría bronca, muy física (a pesar de que se juega bien al fútbol, por regla general), un ámbito en el que no se permite conducir demasiado, aguantar el balón, adornarse. La defensa versallesca con que el Eldense regala oportunidad tras oportunidad a los jovencitos de La Masía puede ocurrir en una o dos ocasiones, durante un partido, pero es imposible que suceda en cada uno de los lances del juego, hasta propiciar que te metan doce goles. Lo que no puede ser no puede ser: y además es imposible —como sentenció para la posteridad Rafael Gómez, «el Gallo», uno de los filósofos españoles más importantes del siglo XX, a pesar de que se dedicara al arte del toreo y no nos dejase testimonios escritos.

Han detenido a varios jugadores y al entrenador recién llegado al club, un italiano que, al parecer, se dedicaba a sentar en el banquillo a los antiguos titulares, para que jugaran fichajes efímeros de ínfima categoría, adoctrinados en las artes escénicas de no hacer nada y dejarse ganar. Según comenta la prensa, detrás del tongo opera una rama de la mafia calabresa, en colaboración con mafiosos colegas asiáticos.

Una de las cosas que más llama la atención es la chapuza mayestática de la apuesta misma: 8 a 0 en el descanso y 12 a 0 al final. Resulta obvio que, cuanto más improbable es cualquier resultado sobre el que se apuesta, mayores son las ganancias; pero hay que ser muy ingenuo para generar un resultado tan llamativo, que seguro iba a despertar las suspicacias de medio mundo.

Que los mafiosos chinos, pongamos por caso, con una larga tradición mafiosa, pero sin apenas tradición futbolística, urdan una majadería semejante puede parecer que tiene disculpa; pero que los mafiosos italianos la secunden no tiene perdón de Dios: ni del Dios de los mafiosos, ni del Dios de las apuestas clandestinas, ni del Dios de los partidos de la Segunda División B. La ingenuidad es un ingrediente sentimental que uno no espera encontrar nunca en un acto mafioso. Un mafioso ingenuo constituye un oxímoron, una aberración de la naturaleza, algo así como el célebre banquero anarquista de Fernando Pessoa. Una contradicción en los términos, como un abogado candoroso.

En el partido de ida, el Barça B solo había podido ganar al Eldense, en Elda, por 0 a 1. La campaña del equipo alicantino había sido mala hasta hacía pocas jornadas, pero nunca habían perdido por más de 5 a 0. Alguien tenía

que haber instruido a los mafiosos en las virtudes de la moderación y el disimulo.

Con lo de las apuestas amañadas y los biscottos, en el fondo, ocurre como con lo que aconsejaba don Mendo, en su célebre *Venganza*, sobre el juego de las siete y media: «Y un juego vil / que no hay que jugarlo a ciegas, / pues juegas cien veces, mil, / y de las mil, ves febril / que o te pasas o no llegas. / Y el no llegar da dolor, / pues indica que mal tasas / y eres del otro deudor. / Mas ¡ay de ti si te pasas! / ¡Si te pasas es peor!».

Si retuerces demasiado el resultado, es peor. Si conviertes en demasiado llamativa la apuesta, es peor. Si te dejas observar por demasiados ojos, es peor. Mucho peor.

Las maneras de la mafia han de ser sutiles, en la medida de lo posible, pero para lograrlo parece que hay que ser sutil y conocer las propias maneras de la mafia. Los mafiosos recién llegados, como tantos tipos de profesionales recién llegados a tantos oficios, desconocen su pasado, su historia, los engranajes de su disciplina, y pasa lo que pasa. Hay que leer *La venganza de don Mendo*, como poco. Hay que leer. Hay que preguntar a los maestros, a los viejos operarios, a los veteranos de la plantilla. ¿Esto cómo se ha hecho hasta el día de hoy? ¿Esto cómo funcionaba antes de que llegásemos los nuevos ricos?

Desde el punto de vista humano, lo que más despierta mi curiosidad, y lo que más me preocupa, es el sentido profundo de la traición que supone el hecho de amañar partidos de fútbol, por parte de los jugadores. Algunos de los futbolistas del Eldense que se han plegado, según parece, al tongo son jóvenes aún, no tenían por qué creer que el fútbol había terminado para ellos, ni tampoco que un amaño, a estas alturas de su vida, les resolvería durante mucho tiempo su futuro laboral.

Algunos pertenecían a buenas canteras y estaban cedidos (alguno era del Valencia Mestalla, sin ir más lejos), con posibilidades de regresar a sus clubes de origen. Algunos, no hace demasiadas temporadas, eran promesas con futuro en grandes equipos juveniles de División de Honor.

Pero, además, todos son jugadores de buen nivel, que han llegado hasta la Segunda B después de pelear durante toda su vida, desde niños, por jugar al fútbol. Son futbolistas porque han tratado de cumplir con el sueño del fútbol, que es uno de los grandes sueños infantiles en el universo, entre los casi innumerables sueños que se pueden tener.

De manera que amañar partidos constituye una renuncia absoluta a los ideales de la infancia, que son los ideales que deberíamos mantener durante

toda nuestra vida, aunque sea de manera secreta. (*La infancia recuperada*, tituló Fernando Savater, en un libro memorable, ese espíritu que aspira a mantenernos fieles a nuestros héroes y a nuestras heroicidades infantiles).

Que se muera en nosotros el niño que fuimos, o que lo matemos a conciencia, con el paso del tiempo, es grave, tal vez uno de los mayores dramas que podamos sufrir; pero que además matemos a conciencia y dejemos que mueran, en el adulto, los ideales que ese niño tuvo alguna vez, representa una tragedia absoluta. Amañar partidos de fútbol, para un futbolista de cualquier edad, representa la claudicación con respecto a la vida adulta, la muerte de las ilusiones mejores que alguna vez se tuvieron, y cuya preservación debía mantener en nosotros una brizna de esa pureza absurda del juego infantil.

Más que el episodio delictivo, y burdo, del encuentro entre el Eldense y el Barça B, me entristece el asunto de la moral íntima que supone para cada uno de los jugadores que estaba envuelto en la venta del partido.

Está claro que cada cual, llegado el momento de la necesidad o de la avaricia, se corrompe y trafica con aquello que tiene a mano, con aquello con lo que puede traficar y corromperse. Los políticos con la política, los constructores con las obras que construyen, los administradores de lo público con los bienes públicos que administran. Y los futbolistas, con los partidos de fútbol que juegan. Pero supongo que nadie ha soñado de niño con ser concejal de obras en un ayuntamiento más o menos marbellí, ni con ser diputado en cortes valencianas, ni siquiera con ser constructor de urbanizaciones en la costa andaluza, pongamos por caso. Pero sí con jugar al fútbol hasta que el cuerpo y las ilusiones aguanten. Eso seguro.

El que amaña partidos no está reconociendo un fracaso profesional, un fracaso deportivo, sino que está rubricando un fracaso vital, rindiéndose fácilmente ante la más fácil de las tentaciones: el dinero fácil. Ningún niño, en el más intrascendente partido callejero de la más remota aldea, en el último rincón del universo, amaña un partido, se deja marcar un gol para obtener un beneficio. El hecho de que, pasado el tiempo, ese mismo niño hipotético amañe un partido en un campeonato importante de su país, representa un acto delictivo más, desde el punto de vista sociológico y legal; pero, sobre todo, significa un escándalo de naturaleza biográfica.

El equivalente literario del tongo futbolístico es el uso de negros para que escriban los libros que nosotros deberíamos escribir. De la misma forma en que un jugador de élite (y la Segunda B es la élite también, como la Segunda A) cumple un sueño de infancia, un escritor también lo cumple: debería

cumplirlo. A la literatura se llega por destino, después de haberse pasado la vida leyendo, escribiendo, estudiando a nuestros autores favoritos, anhelando pertenecer a una familia del arte que admiramos. El escritor de renombre que recurre a un negro para que escriba lo que él no quiere, o no puede, o ya no sabe escribir, está cometiendo el mayor de los pecados que a un escritor le es dado cometer: la renuncia a sus ideales de infancia, la traición a la literatura entendida como un juego sagrado.

El negro tiene disculpa, es un jornalero que sobrevive haciendo lo que sabe, a la espera de poder vivir firmando con su propio nombre lo que escribe. Incluso si se queda para siempre en el papel de negro, de *ghostwriter*, de escritor en la sombra, tiene perdón en mi tribunal de delitos y faltas espirituales. Tal vez la necesidad lo ha empujado a trabajar para siempre de ese modo; pero, en cierta medida, ha sido fiel a la escritura, aunque fuese la escritura alimentaria. (Para ser negro permanente hace falta una modestia sobrehumana y heroica: escribir siempre para las enciclopedias, para las solapas de las editoriales, para los autores saturados de ofrecimientos, para el anonimato absoluto).

Entiendo casi todas las necesidades privadas verdaderas (comer, por supuesto; pero también pagar cualquier otra necesidad, cualquier otro capricho, porque los caprichos también se convierten en necesarios, cuando la inmediata necesidad ha desaparecido), y, por consiguiente, entiendo que se trafique con lo importante, para cubrirlas; pero la traición a los altos ideales de la infancia no la quiero entender.

Entiendo que se escriba por dinero, pero no que se plagie. Entiendo que se escriba lo que uno sabe escribir, y que después, con la obra acabada, se procure ganar el mayor dinero posible, pero no que se encargue a los demás que escriban por nosotros, para que nuestro nombre gane el dinero que no se merece.

El cinismo llevado hasta ese extremo constituye la muerte en vida: un zombi real es un cínico que acepta reírse de sus dos o tres principios sagrados.

A la gente le gusta el fútbol, claro, qué duda cabe; pero lo que de verdad le gusta es apuntarse a cualquier celebración y salir a la calle a armar bulla, a gritar de manera desaforada, a emborracharse con cualquier motivo, y así meterse en las fuentes de la plaza Mayor, y subirse a las farolas, y patear desnuda encima de un autobús municipal. A la gente le gusta el fútbol: casi tanto como convertirlo en motivo de festejo para salir a la calle a armar bulla, etcétera.

El caso es montarla gorda. A ser posible, botellón de cerveza en mano. Algunos, en el éxtasis de la euforia, necesitarán reventar algún escaparate del centro o quemar algún contenedor de basura o algún cajero de alguna sucursal bancaria, porque el éxtasis deportivo, para algunos, está íntimamente ligado a la piromanía de descontento sociológico.

Lo digo a la vista de cómo se celebran con idéntica algarabía, con la misma chifladura, todos los supuestos éxitos. Las ciudades y los pueblos enloquecen tanto si se gana la liga de Primera como si se logra la permanencia en el Grupo Octavo de Tercera División. Las hordas de aficionados invaden el espacio público y lo convierten en un campo de batalla, lo mismo si se gana la Champions (ay, todos denominamos así la vieja Copa de Campeones...), como si se juega la liguilla de ascenso a Segunda B. El caso es armarla gorda, a ser posible botellón de cerveza en mano, etcétera.

La otra noche, en el cine de verano de Serra, vi la película *Dunkerque*.

El de Serra es el cine de verano más antiguo de España, parece ser. Hace unos años apareció un reportaje en prensa en donde se comentaba. Debe de tener, creo, cerca de setenta o setenta y cinco años. No importa la precisión: el hecho de que no sepa cuántos años exactos tiene lo convierte en más antiguo, desde el punto de vista sentimental. Las imprecisiones añaden niebla afectiva. Podría averiguar los años exactos del cine con solo consultar internet, pero prefiero que la cifra quede entre la niebla, porque las cosas, en la niebla, se afantasman más, y adquieren una arcana condición mitológica. El caso es que lo conozco toda mi vida, lo frecuento desde siempre. Está ligado a mi infancia, a mi juventud, a mi vida adulta.

Es un antiguo frontón de pelota, con gradas escalonadas en el lado derecho, y una pared de dos o tres metros de altura, coronada por una tela metálica, en el lado izquierdo. La pared frontal, pintada de blanco, hace de pantalla. Encima de la pared frontal hay una estatua de un santo con el dedo extendido, sobre una columna, como la estatua de Colón en el puerto de Barcelona. Tampoco voy a averiguar qué santo es, para que el asunto sea más ecuménico. Ese santo de la cinematografía popular nos ampara a todos.

Está junto a un barranco, y en los veranos de antes solía hacer frío a media película. Ahora ya no hace frío, porque el clima, aunque los negacionistas se rían del asunto, ha cambiado. No soy un experto en el cambio climático, pero estoy seguro de ciertas cosas, porque las he vivido. Antes, en verano, hacía en Serra un calor del demonio durante el día, pero por las noches refrescaba, y en la cama uno debía abrigarse. Al cine había que ir con pantalón largo y jersey, y como nos diera por asistir a las sesiones de comienzos de septiembre, hasta nos llevábamos alguna manta pequeña. Cosas de antaño.

El cine está en la calle de San Miguel, número 24. La propiedad imprime ahora un folleto de programación para cada mes, con publicidad de comercios locales. Carns Aliaga, Inmobiliaria Ismael Giménez, Electrónica Navarro, Ikebana (flors y plantes); Horno y pastelería San Joaquín, de Vicente Navarro, El Fonet. Y la parte exótica e internacional: Ophidian, cerveza australiana elaborada en Náquera (que es el pueblo vecino), venta al público, terraza de degustación, visitas a la fábrica. Es una cerveza artesanal muy buena, fuerte, que hace nada más y nada menos que el primo hermano de Daniel Craig, el

último 007. Como suena. El pueblo que no tiene su porción de realismo mágico es porque no quiere.

La explicación de cómo un australiano ha acabado haciendo cerveza tostada australiana en Náquera, y anunciándose en el folleto mensual del cine de Serra, exigiría una novela. Aunque, si nos paramos a pensarlo, no es una cosa tan rara. La vida cotidiana está llena de extravagancias de ese género, porque la vida es un género de extravagancia cotidiana: una extravagancia por sistema.

Siempre hay una historia sentimental detrás de este tipo de casos, cuando los sometemos a análisis. Uno sale de su casa en Australia, a dar un paseo por los alrededores, cierta tarde, conoce a una valenciana de Náquera que pasaba por allí, cena un pincho de canguro con ella y un estofado de cocodrilo con chimichurri, y cuando menos se lo espera termina casado, con media docena de hijos, viviendo en Náquera y elaborando cerveza australiana para sofocar la nostalgia de la patria, también australiana, y de su gastronomía aborígen.

Lo que más me gusta del folleto es una leyenda que han añadido este año y que antes no estaba en la propaganda. Lo he comprobado, porque guardo en casa, por casualidad, folletos del año anterior. Dice lo siguiente: «Disponemos de ambigú con servicio de bocadillos, helados, palomitas, *snacks*, chucherías...». El uso de esa palabra —ambigú— hace merecedor, a quien ha escrito el mensaje, del Premio Nacional de Narrativa, o del de Poesía. La literatura y sus destellos están cifrados en la elección de ciertas palabras. Los pequeños detalles stendhalianos. Ambigú basta para que aparezca el arte.

Algunas palabras me ponen cachondo desde el punto de vista literario. He notado que soy muy sensible a determinados sustantivos acabados en u tónica: picú, ambigú. La palabra *boîte* también me pone. Son palabras que tienen iceberg por debajo, que prometen mucho, que arrastran historia.

Lamento mucho no haber nacido a tiempo de ir, por las noches, a una *boîte*. Los de mi generación fuimos a discotecas, a *pubs*, a bares, a baretos, pero nunca a una *boîte*. Siempre me he muerto de envidia pensando en las cosas que se harían en las *boîtes*. Lo mismo, hecho en un local que se nombra con una palabra especial, no es nunca lo mismo: es algo por completo diferente. En las *boîtes*, se bailaban otros bailes, se bebían otras bebidas, se besaban otros besos, se metían mano otras manos metomentodo, se mantenían otras conversaciones, aunque todo fuese idéntico. El ambigú y el picú pertenecen por derecho propio al vocabulario mágico de la época de las *boîtes*.

La película *Dunkerque* es una película más, estupenda para ver en el cine de verano. Ciertas películas son para verlas al aire libre, durante los veranos, en los cines de verano al aire libre. Bajo techo se vuelven otras, como nosotros, los espectadores. Como las cosas en las *boîtes*. Ciertas canciones son para escucharlas al aire libre, durante las verbenas de verano. Suenan de otra manera, mejor, mezcladas con la brisa tibia y la muchedumbre bailonga. El verano es un continente espiritual que engrandece casi todos los contenidos.

Me acordé, aunque *Dunkerque* no le llega ni a la altura del zapato, de cuando veía todos los veranos, tres o cuatro veces, durante veintitantos años seguidos, *Doce del patíbulo*, que era la película favorita del cura de Serra. Entonces el cine era propiedad de la parroquia, y *Doce del patíbulo* se echaba tres o cuatro veces cada verano, durante todos los veranos. Entonces el cine era casi gratis, y asistíamos a sus sesiones por sistema, sobre todo si ponían sistemáticamente *Doce del patíbulo*.

Me sé las escenas y los diálogos de memoria. Lee Marvin, para mí, no es un actor de cine, sino una especie de tío americano que me alecciona a través de la pantalla sobre los asuntos importantes de la vida, como el hecho de combatir a los nazis y matarlos. Algunas noches, hoy en día, cuando no puedo dormir, o me acechan los malos pensamientos, me la paso en la memoria enterita, con los créditos incluidos, y me distraigo. Se conoce que el párroco de Serra veía en *Doce del patíbulo* y en la guerra contra los nazis altos valores pedagógicos para los jóvenes, y la población en general, que frecuentaban el cine de verano. Casi todo lo que sé de ética y lo que de ella he necesitado en la vida se lo debo a *Doce del patíbulo*. Lee Marvin es para mí lo mismo que para otros santa Gertrudis Magna o Martin Luther King, lo mismo que la Declaración Universal de los Derechos Humanos o la Constitución Americana.

Dunkerque no está mal. Me gustó el punto de vista, el hecho de seguir el destino de algunos personajes concretos en la evacuación de aquella batalla misteriosa que los nazis parecieron no querer ganar. En un libro que he leído estos días de verano, *El gran delirio: Hitler, drogas y el III Reich*, de Norman Ohler, además de la clásica explicación de guerra interna que se vivía dentro del ejército alemán, y que llevó a Hitler a dar la orden de que se detuviera la ofensiva cuando podían haber aniquilado al ejército aliado en las playas de Dunkerque, se aporta una interpretación farmacológica.

Goebbels —como se prueba— era un yonqui morfinómano desde hacía mucho tiempo (como terminaría siendo un yonqui de docenas de sustancias el

propio Hitler, adicto terminal a cócteles que le inyectaba con agujas de platino su médico de cabecera, el doctor Morell, y fabricados por las mejores farmacéuticas alemanas). En su delirio tóxico, Goebbels convenció al Führer para que le permitiera apuntarse el triunfo a la Luftwaffe, en lugar de que se lo adjudicaran los militares prusianos del Ejército de Tierra, poco afines al nacionalsocialismo.

En fin, una película más, que se deja ver en las noches de verano del cine de verano de Serra. Ahora bien, le encontré un enorme fallo de verosimilitud. Un fallo sin redención cinematográfica posible. Sin redención moral ninguna.

En aquellas playas descomunales, húmedas pero sin barro, en ningún momento los soldados ingleses organizan durante su espera un partido de fútbol. Eso no hay quien se lo crea. ¿Trescientos cincuenta mil ingleses juntos y no hay un solo partido de fútbol en la playa? Eso es física y metafísicamente imposible. No cuele. Eso es una ofensa a la idiosincrasia nacional, a su historia.

A la película le faltan una pelota y un partido de fútbol. No hay duda.

Cada verano, antes de que empiece la nueva temporada de fútbol, se producen miles y miles de actos de fe pura, en miles y miles de lugares de Europa. (En América y otros continentes también se producen actos similares con parecida fe, conforme a sus correspondientes estaciones, según su situación geográfica concreta. Esos actos pertenecen a la fe austral, y otros tipos de fe). Ese acto de fe absoluta individual y a la vez colectiva al que me refiero se denomina renovación de abono.

El aficionado que renueva su pase —y el de su mujer y sus hijos, también, con muchas probabilidades, porque al fútbol casi nadie va solo— acomete un acto religioso de fe hacia lo desconocido. La nueva temporada es un continente incógnito que nadie sabe lo que nos deparará, aunque todos estemos seguros, dado que el fútbol se parece demasiado a la vida, de que nos traerá alegrías y penas repartidas de forma aleatoria.

Hay un acto gratuito de dispendio moral, en el hecho de renovar el pase cada temporada, por parte del aficionado. Está claro que se renueva por costumbre, por cabezonería, por fidelidad, por locura privada, por no disponer de demasiadas cosas diferentes para hacer en el mundo, por vicio, por salir de casa, por vaya usted a saber qué; pero sobre todo se renueva por fe en el fútbol, por fe en un equipo, por fe en que asistiremos a un espectáculo soberbio, en la mejor de las circunstancias: en directo, en el campo, entre otros aficionados, con la debida temperatura espiritual, con la debida distancia, con el sonido adecuado, con el color necesario, con el olor preciso. Porque el fútbol, en el campo, constituye una experiencia sensitiva.

Los valencianos son gente muy fervorosa y ferviente desde el punto de vista futbolístico. Debe de ser herencia de san Vicente Ferrer, un santo muy aguerrido, además de milagrero y literario, que se andaba sin contemplaciones en su labor predicadora. Se ilusionan con muy poco, creen, con muy poco, que las cosas serán por completo diferentes durante esta temporada que se avecina, aunque de forma objetiva, las cosas sigan siendo idénticas o casi.

Pero considero que un aficionado tiene el deber —y el derecho, claro está— de depositar buena parte de su fe en actos como la renovación de su abono para la temporada que se avecina. Después, la realidad le otorgará su ración de alegrías y desdichas correspondiente. Y lo curioso es que tanto las unas como las otras constituyen poderosos alcaloides para la fe.

Acostumbrarse a la victoria crea adicciones, pero no en menor medida que acostumbrarse a las derrotas. En la fidelidad futbolística sufriente, en el agonismo victimista, se forjan también las leyendas amorosas de los clubes y los aficionados. Los eternos segundones, los parientes pobres de la familia, los pupas de la ciudad, los postergados, los incómodos, también despiertan el fuego inextinguible de la fe. El Atleti en Madrid, el Betis en Sevilla, el Español en Barcelona, el Levante en Valencia, etcétera. Por no hablar de los eternos aspirantes, de Segunda a Primera División: o de Segunda B a Segunda A.

El cilicio puede ser —y es, en definitiva, para algunos— tan voluptuoso como el más voluptuoso de los cuerpos que se nos ofrezca.

La fe va por barrios: en asuntos de fe y en asuntos de fútbol. Como la esperanza y la caridad. Porque las virtudes del fútbol también son teologales.

La España de las autonomías, la España de la democracia, ha generado sin duda la pluralidad de las pasiones futbolísticas. Antes, se diga lo que se diga, la gente era, en primer lugar, del Barça o del Madrid, y, en segundo lugar, del equipo de su barrio, de su pueblo, de su ciudad. Incluso en Bilbao, en Valencia o en Sevilla.

Aparte de las obvias razones sociológicas y políticas de la España franquista y tardofranquista, se trataba de la necesidad de tomar partido por los asuntos gruesos, por los grandes términos de las dicotomías existenciales, entendiendo lo grande en un puro sentido material, no por lo que respecta a otros valores.

El universo funciona, también, por la manera simple y simplona con que nos acogemos a las dicotomías trascendentes: platónicos o aristotélicos, de los Beatles o de los Rolling, de playa o de montaña, por lo general encima o por lo general debajo, con azúcar o sin azúcar, con picante o sin picante, partidarios de los viajes o sedentarios domésticos, y otras infinitas dicotomías elementales.

Cuando yo era niño y llegaba el Real Madrid a Valencia, en Mestalla (después Luis Casanova) se veían más banderas del Real Madrid que del Valencia. Esa es otra de las cosas que no me tienen que contar, porque yo estaba allí, en Mestalla. Al fútbol, antes, iba bastante menos gente. Por lo común, salvo cuando jugaban el Barça, el Madrid y algún otro equipo que fuese en cabeza de la liga, el campo no se llenaba, y los socios de general de pie nos podíamos sentar en los escalones superiores de la grada. Sobre todo en aquella mítica grada de las banderas, azotada por un viento eterno que sacudía las banderas de todos los equipos de la Liga, con latigazos circunspectos de galerna en alta mar.

No digo que no hubiese acérrimos hinchas antimadridistas o antibarcelonistas en cualquier lugar, entonces. Pero la gente, en aquellos años, no poseía de manera generalizada el —llamémoslo así— sentimiento futbolístico autonómico, entendido como un sentimiento irreconciliable con el sentimiento generalista.

Esto, manifestado de otra forma, sigue ocurriendo, aunque no lo parezca. Ahora resulta mayoritario el sentimiento local, la adscripción fanática a un

club nativo, pero todo aficionado posee una opinión formada acerca del Madrid y el Barça.

Odia con mayor fuerza a uno o a otro. Tolera con mayor caridad (esa caridad teologal de la que hablaba más arriba) a uno o a otro. Blasfema contra uno u otro con mayor energía. Digamos que cambian las maneras de presentarse los asuntos gruesos, pero los asuntos gruesos siguen presentándose. Los grandes asuntos. Más tarde o más temprano, lo queramos o no, se nos fuerza a elegir entre con hielo o sin él, entre dormir la siesta o no dormirla, entre el edredón o la manta, entre muy hecha o al punto. Las terribles dicotomías.

En el asunto Barça-Madrid no hay medias tintas, por lo común. La gente no las consiente. No se permiten los matices, porque el hombre está necesitado de fundamentalismo, aunque sea el fundamentalismo más o menos inocuo del fútbol.

El ser humano es un animal sanguinario, amansado por siglos de experiencia, de educación, de leyes, de coerciones: un animal sin posible amansamiento definitivo. Resulta tan intrínsecamente fundamentalista que convierte lo incruento en cruento, lo pacífico en bélico más tarde o más temprano, a poco que se le permita.

El fútbol es un ejemplo de esa íntima condición perversa. No aprendemos. La Historia consiste en un descorazonador censo de atrocidades cíclicas. Cuando nos creemos a salvo de repetir la estupidez más repugnante e inhumana, llega alguien y la repite. El saber y el escarmiento no son acumulativos para la especie.

No obstante, conviene desviar nuestros impulsos asesinos hacia simulacros y juegos, como el sagrado juego del fútbol en el que se simula la guerra eterna de todos contra todos, sin la necesidad de que todos nos matemos recíprocamente. La eterna disputa española entre el Madrid y el Barça (que posee sus equivalentes en todos los rincones del mundo, porque la guerra es universal y regresa siempre) constituye un placebo magnífico para saciar de una forma educada nuestra sed de sangre.

Todos los seres humanos estamos obligados por fuerza a tomar postura con respecto a los asuntos de la brocha gorda futbolística, y la prueba de que ello es así reside en que, incluso los que aborrecen la brocha gorda y los términos de la contradicción deportiva (Madrid contra Barça, pongamos por caso), esos que claman contra la necesidad de tomar postura, deben clamar contra la obligación misma y dedicar, en vano, su tiempo y su energía a tratar de despertar al mundo de ese engaño nocivo.

En el círculo vicioso de la discusión, los que se niegan a tomar partido y reclaman zanjar esa polémica constituyen una viciosa parte fundamental del círculo. Sin los negacionistas no hay teoría de la afirmación que se sostenga.

Durante muchos años, fui bastante madridista, y si me pusieran una pistola en la cabeza y me obligasen a elegir, estando en juego la vida de mis hijos, elegiría merengue todavía, sin ninguna razón sensata. Mi abuelo materno, Ramón Marzal Albarrán, era madridista convencido y se conoce que me legó algo de su convicción. A su manera, la vida y la historia lo hicieron víctima de las dicotomías irreconciliables a las que tarde o temprano nos tenemos que someter todos.

Mi abuelo Ramón era militar de carrera. Hizo la Academia con Franco (al que siempre nombraba desde aquellos tiempos, con sorna pero sin saña, como el militarcito). Era ingeniero del cuerpo de Artillería. Estuvo destinado en Santoña, donde conoció a mi abuela, una señorita de la ciudad. Al parecer se paseaba a caballo bajo su balcón hasta que consiguió que le hiciera algún caso. Mi abuela Carmen Blanco Arija (prima hermana de Carrero Blanco) no se tomó muy en serio a mi abuelo, y cortó aquel noviazgo incipiente. Mi abuela me contó una vez que mi abuelo, despechado y melodramático, la acusó de haberse comportado como una perra. Con esas palabras. Me lo decía haciéndose la escandalizada. Aquella rotundidad de bronco romanticismo de opereta rompió el corazón cántabro de mi abuela, y accedió a casarse con él. Tuvieron cinco hijos, entre ellos mi madre, Ángeles Marzal Blanco.

Mi abuelo estuvo destinado en Larache y en otros acuartelamientos, hasta que el 18 de julio lo sorprendió en Toledo, cuando trabajaba como director de la fábrica de armas. Quiso entrar en el Alcázar con los sublevados, pero llegó demasiado tarde, cuando estaba cercado por las tropas fieles a la República. Durante la guerra, fue obligado a prestar servicio con el bando republicano, y al final de la guerra Franco lo encarceló. Se le acusó de alta traición y se pidió para él la pena de muerte. Gracias a la intercesión de viejos compañeros del ejército y al testimonio de muchos civiles que defendieron su conducta personal intachable, logró evitar el fusilamiento; pero se le expulsó del ejército sin ningún derecho futuro, pese a ser uno de los coroneles más jóvenes de España por aquellos tiempos. Habría llegado sin duda a general. Más tarde dirigió la fábrica de papel Payá en Valencia, y de aquellos polvos vienen estos lodos míos.

Los bandos, las dicotomías irreconciliables, marcaron su vida. Su paradoja vital consistió en que tuvo que combatir contra el bando que sentía más próximo, y que ese mismo bando lo degradó, lo expulsó de su carrera y a

punto estuvo de matarlo. Casi todos los tiempos resultan malos para matizar, pero las guerras son los peores: el matiz se suele interpretar como el alimento del enemigo.

Mi abuelo era madridista, y taurino. Mi padre, que era taurino furioso, pero que odiaba el fútbol, me contaba entre risas que mi abuelo, cuando iban juntos a los toros, se liberaba soltando en la plaza todos los tacos y los exabruptos que no podía soltar en su casa, debido a su estricta educación y al régimen matriarcal al que lo sometían mi abuela, mi tía abuela, y las dos hijas con las que vivía.

Mi madridismo de segundas nupcias (compaginado siempre con valencianismo) fue bastante melifluo, y durante cierto tiempo solo se sostenía por las ganas de llevar la contraria a algunos amigos valencianistas radicales. Se me pasó por el simple fluir del tiempo, por la sobreabundancia del nacional madridismo de la prensa patria, y por la figura esperpéntica de Mourinho, quien además practicó en el Madrid un fútbol de pacotilla.

Durante los años gloriosos de Guardiola, además, me resultaba imposible no rendirme a la maravilla de su Barça, el equipo que mejor he visto jugar al fútbol con mayor continuidad en el tiempo, y que quedará para siempre en mi altar, junto al Milan de los holandeses.

Ahora bien, llegado el momento del Juicio Final, en el que estoy seguro de que se tratarán nuestros pecados *grosso modo*, sin entrar en demasiados detalles ni matices, entre el Barça y el Madrid elegiré el Madrid, sin demasiadas razones convincentes. Y siempre por detrás del Valencia, claro está.

Los minutos de silencio en los campos de fútbol ni son de silencio ni duran un minuto. Me pregunto por qué los llamarán así, y por qué, siendo tan sencillo, no se cumple con lo que su nombre promete. Quiero decir con esta pregunta retórica que sí sé, claro, lo que sucede, y que debería modificarse.

Un minuto computado, medido, a la espera de que transcurra el tiempo, dura una eternidad. Basta con tratar de cronometrarlo, para darse cuenta de su extraña duración, de su hondura, de su condición abisal. Mantener en silencio a una multitud de veinte, cincuenta, ochenta mil personas resulta muy complicado, sobre todo a una multitud que espera el comienzo de un espectáculo, y no de un espectáculo cualquiera, sino de un partido de fútbol.

El tiempo —el tiempo pragmático, por decirlo de algún modo, el tiempo de andar por casa, de mesa camilla y brasero, el tiempo que nombramos sin ninguna voluntad especulativa— es un material de enorme condición paradójica, como casi todo el mundo sabe: transcurre a toda velocidad, sin que apenas nos demos cuenta de su duración, de su presencia (por eso se nos pasa la vida en un abrir y cerrar de ojos), pero a la vez adquiere a menudo una contradictoria lentitud, una solidez y un espesor con los que parece no discurrir, y transformarse en un elemento estático.

En los campos de fútbol de España, el minuto de silencio dura quince o veinte segundos, a lo sumo. Tengo la impresión, siempre que se produce (y últimamente se produce mucho, por los atentados terroristas, por las catástrofes internacionales, por las muertes de individuos relacionados con el deporte, con el club, con la ciudad), cada vez que nos invitan a levantarnos de nuestro asiento y a permanecer de pie en señal de respeto, tengo la impresión —digo— de que en lugar de proceder a un acto de fervor afectivo estamos cometiendo un agravio para con los muertos.

Nadie sabe muy bien qué hacer con los cadáveres hoy en día. La cultura de la muerte (o al menos su ceremonial) ha desaparecido, porque es de mal tono, y ha sido sustituida por ritos de aparente normalidad biológica (dado que la muerte ha pasado a considerarse un suceso de mal gusto). En Estados Unidos, por ejemplo, se recrean en los «cementeros» escenas de la vida doméstica, con los cadáveres embalsamados, como si la vida prosiguiese tan tranquila, en un parque temático funerario. La comida en el día de Acción de Gracias, detenida en el tiempo sin tiempo de la muerte. La escena del salón

familiar, con el perro muerto a los pies de los abuelos muertos, sonrientes hasta nunca jamás.

Nadie quiere mirar a los muertos a la cara, frente a frente. Nadie quiere quedarse a pasar con ellos un rato, porque enseguida comienzan a hablarnos, a reprocharnos nuestra condición de vivos, enseguida desatan nuestra conciencia y nos contemplamos en su espejo, tan frágiles nosotros, tan efímeros, tan en cola para pasar a ser de inmediato los siguientes muertos.

Ya no se velan los cadáveres, ya no hay plañideras, ni duelos, ni apenas entierros en panteones, en nichos, en tumbas. ¿Cómo puede pensarse, con esas prisas, con esa estética de Disneylandia que se ha apoderado no solo del espacio, sino también de las conciencias de la gente, que en los campos de fútbol se podría guardar un minuto de silencio? Un minuto es toda una vida, todo un mundo, la eternidad, como quien dice.

En un minuto —hay un célebre pasaje de Calderón sobre eso— puede suceder todo: el final de una guerra, un suicidio, un nacimiento, una traición, un robo, un aborto, un descubrimiento científico, una pelea. ¿Qué no puede suceder en un minuto?

Nadie soporta un minuto —qué triste— consigo a solas, a solas con una muchedumbre. La mitad de los males del mundo provienen de esa incapacidad. Montaigne decía que estaban causados por la imposibilidad del hombre para estar solo en una habitación, pero ese juicio se produjo con la idea parsimoniosa que se podía tener del tiempo en el siglo XVI. Hoy en día los males del hombre tienen su origen en el hecho de no poder pasar un minuto consigo mismo, con sus muertos, con su memoria a solas, con su conciencia enfrente.

Anunciar un minuto de silencio y reducirlo a unos pocos segundos ansiosos constituye la última constatación de la insignificancia humana, la desconsideración final para con el muerto al que se pretendía rendir homenaje.

Te recordamos —se le dice—, pero tenemos que marcharnos, el mundo no se puede detener por ti, toda esta gente no puede permanecer más tiempo en pie, entiéndelo, primo, compréndelo, cuate, tú pensarías lo mismo si estuvieras aquí, tú también tendrías ganas de que empezara el partido; tú, compadre, tienes otras cosas de las que preocuparte, de las que ocuparte, las cosas de los muertos, los negocios de los muertos, los deportes de los muertos. Ya nos informarás de cómo va la liga de ultratumba, de si es cierto que los grandes jugadores de otras épocas están todos allí, jugando al mismo tiempo en los grandes partidos de difuntos contra difuntos. Te recordamos, te

queremos, te homenajeamos, pero tú estás en otra cosa, en otra dimensión, ya sabes.

Los minutos de silencio ya no son silenciosos. No sé quién sería el primero en tener la ocurrencia de convertir el silencio en una excusa para poner por la megafonía el *Adagio*, de Albinoni, o un fragmento de una *suite* de Bach, o el *Cant dels ocells*, interpretado por Pau Casals. Pobres *ocells*, pobre don Pau, pobre Johann Sebastian, pobre Albinoni, sobre todo Albinoni, porque es el más repetido, el que más acompaña a los muertos durante sus falsos minutos de silencio.

El hecho de subvertir el silencio mediante la música es un acto tan grave y tan ridículo como el de perturbar la música mediante una explosión.

La música, durante el silencio, es tanto o más ruidosa que el sonido de un martillo neumático durante un concierto de violoncelo. Cualquiera que sea la música que se escoja, el hecho de escoger música para rellenar, para dulcificar, para edulcorar el peso del silencio, su sabor amargo, su dignidad hiriente, indica también el género de sociedad en que nos hemos convertido, el tipo de país tontorrón universal con que se nos quiere uniformizar.

El silencio no necesita dorados, no necesita cortinas de cretona con florecitas, no necesita peluqueros, no necesita *personal shopper*, no necesita merengues de moka, no necesita gomina ni laca de fijación extrafuerte, no necesita irse de viaje a las playas de Cancún. El silencio es el silencio. El silencio solo necesita de sí mismo para manifestarse en toda su majestad. Pero el caso es que casi nadie sabe estarse en silencio.

Así, con el pronombre, con el dativo ético: estarse. Mejor que estar, aunque sean equivalentes las dos formas. Estar en silencio parece que apunte a cierta falta de conciencia, a cierta imposición exterior no del todo deseada. Pero «estarse» en silencio ya es otra cosa. Estarse en silencio es un acto de la voluntad, una pura acción, incluso una pura acción verbal, la de no hablar, la de no cantar, la de no murmurar. El silencio como una de las supremas manifestaciones del lenguaje.

El mundo moderno aborrece el silencio, igual que aborrece la quietud. Nada puede parar, nadie puede detenerse a contemplar, a pensar, a meditar, a no hacer nada, o a hacer nada (que no es lo mismo que no hacer nada, porque el hacer, aunque sea nada, supone la reflexión sobre el hecho mismo). Nadie puede ni debe, en este mundo nuestro de todos los días, quedarse a solas consigo mismo, sobre todo si es en silencio. El silencio es una magnitud de otra era, un mineral de otra galaxia, un objeto de nuestros bisabuelos con el

que no sabemos qué hacer, como el gramófono, como el telégrafo, como el velocípedo, curiosidades estrafalarias.

El arte es la disciplina que mejor conoce el silencio, que mejor lo explica, que más respeto le profesa. Al menos, esto está claro, es la disciplina que mejor intenta conocerlo, que más esfuerzos ha hecho para analizarlo desde sus diferentes lenguajes. La poesía, la filosofía, la pintura no han dejado nunca de reflexionar acerca de su naturaleza, de su significado, de su relación con nosotros, los bulliciosos, los silenciosos, los aspirantes a interpretarlo. Aunque lo cierto es que no sabemos mucho sobre el silencio, como no sabemos mucho —casi nada— sobre los asuntos misteriosos de nuestra vida, que son casi todos.

Sea lo que sea —para algunos una aspiración de conocimiento, para otros una caja de resonancia de nuestra condición humana, para los del más allá un estado de beatitud en el que abandonarse a los placeres del espíritu—, el silencio, para no caer en el ridículo, ha de atenerse al primer y único requisito de existencia: ser silencioso, transcurrir conforme a sí mismo.

El arte sabe callar. Callar para decir más, para decir con menos, para decir con nada. El gran arte no tiene miedo de los muertos ni de sus silencios, como tampoco tiene miedo de los vivos y de su alboroto. Por eso no edulcora jamás su objeto de reflexión, no lo envuelve con celofanes de colores, no lo sirve con velitas de cumpleaños. El silencio, en el arte, adquiere su trascendente carácter instrumental y se convierte en el utensilio mediante el que la conciencia se dispone a estar a solas consigo misma.

Los muertos a los que se les dispensa en el fútbol un minuto de silencio se merecen que ese minuto dure sesenta segundos y que transcurra en silencio.

Hay una famosa sección de un famoso programa de fútbol, en una cadena televisiva, que se titula *Lo que el ojo no ve*. En ella, las cámaras se detienen en grabar la periferia de lo que ocurre antes, durante y después de los partidos, los alrededores del juego, las bambalinas de lo que sucede en el césped.

Aficionados que se comen un bocadillo de tortilla de patatas antes de que arranque el encuentro (tengo que hacer un canto a la tortilla de patatas degustada en un estadio); niños de pañales con la camiseta de su equipo, a hombros de una madre pintada con los colores de guerra de la tribu; la bronca entre un entrenador y el futbolista recién sustituido, dentro del banquillo; la firma de un autógrafo a un fan de la primera fila por parte del jugador que debería estar calentando en la banda, y la consiguiente bronca del preparador físico. Mil y una anécdotas de entre los millones de hechos que no son la disputa concreta del partido, el correr del balón.

Un día sacaron a una pareja follando en la última fila de la grada. Eran dos jóvenes, claro está, porque los adultos no suelen verse afectados por urgencias tan urgentes, y, si las sufren, suelen tener algún lugar menos concurrido donde aliviarlas. El campo estaba bastante vacío. En un momento dado, la chica se baja las bragas, se levanta la falda un poco, se sienta de espaldas sobre su novio y, sin dejar de animar al equipo local y de dar palmas, mueve el culo arriba y abajo y de derecha a izquierda, hasta que se corre. Luego se inclina hacia delante, se sube las bragas mientras el chico se abrocha la bragueta, y se pone a dar saltos allí mismo, coreando las canciones de la hinchada. La erótica del fútbol y el erotismo a pie de campo resultan para mí un misterio, como la mayor parte de los fetichismos y los rituales exhibicionistas; pero cada cual es libre de ponerse cachondo como mejor le guste. Las perversiones son siempre las de los demás: nosotros solemos tener particularidades del temperamento.

El caso es que el otro día sorprendieron a Simone Zaza canturreando para sí, mientras corría, una de las canciones de la Curva Nord, la grada de animación de Mestalla. «Vamos, vamos mi Valencia, yo te llevo dentro de mi corazón, etc...» (una canción que, por otra parte, cambiando el nombre del equipo de turno, se canta en casi todos los campos del país).

Me gustó el gesto, que da la medida de cómo lo que sucede en el graderío también sucede en el césped, y viceversa. En el fútbol, en los deportes de masas, hay una comunión real y simbólica entre los ejecutores del juego y el público. Los practicantes, los oficiantes, juegan por todos, y los espectadores sienten que los elegidos juegan por cada uno de los espectadores y por todos a la vez. En todos los rituales colectivos existe cierta eucaristía generalizada: uno se sacrifica por los demás, y los demás participan del sacrificio de ese uno. En todos los deportes hay una cierta eucaristía extensiva: tomad y comed todos de él, porque este es mi cuerpo, el cuerpo del balón, que será derramado por vosotros, etc.

Lo que el ojo no ve es una sección enormemente literaria; es decir, una sección que hace lo mismo que suele hacer la literatura con los fenómenos del mundo. Coloca una lente de aumento sobre lo diminuto y le otorga el valor que tiene en verdad. La literatura es un instrumento óptico, en la mayor parte de las ocasiones: un catalejo, unos prismáticos, un telescopio, una lupa, para acercar lo lejano, para dar su exacta dimensión a lo ínfimo, para aproximarnos a lo que se aleja a toda velocidad en el tiempo, para detener lo que huye. Parece que manejemos palabras, y lo hacemos, pero también fabricamos lentes, lentes verbales, lentes de palabras, para hacer ver mejor, para que no todo sea mirar.

Aquello que más interesa a la literatura es lo que el ojo no ve, lo que solo está al alcance del tercer ojo, lo que a menudo atañe al ojo maldito, al ojo tachado. En el fútbol también sucede lo que parece no suceder, también hay que aprender a disfrutar, en el campo y sus alrededores, y en los alrededores de nuestra conciencia, de todo lo que envuelve al fútbol mismo, que es siempre un hecho de incontables fenómenos sensoriales.

En un instante cualquiera de cualquier día se nos regalan más detalles perceptivos que en la suma de todos nuestros sueños. La realidad, en la que también debemos incluir el universo onírico, es infinita. El fútbol, desde un punto de vista cognoscitivo, también constituye una epifanía de la percepción, una gran fiesta de lo real.

La literatura —no solo la poesía, que es el género al que se le suelen atribuir más poderes taumátúrgicos— posee esa naturaleza reveladora de los fenómenos. Después de que las palabras utilizadas con sabiduría se depositen sobre las cosas que habíamos visto mil veces, vemos las cosas por primera vez. El ojo pensaba que veía, pero de pronto la literatura le demuestra que su mirada era deficiente y que necesita prestar mucha mayor atención a sus

capacidades, porque es posible ver más hondo, ver más largo, ver más lejos, ver mejor.

La literatura obsequia a sus lectores con una visión periférica, con una capacidad microscópica, con la agudeza de los telescopios que viajan a través de la inmensidad del espacio.

Lo que el ojo no ve, lo ve la literatura, esa vista que nunca se cansa.

Nunca se cantará lo suficiente a la tortilla de patatas cenada durante el descanso de un buen partido de fútbol. Nunca se agotará para los poetas atentos a la vida el tema trascendente del bocadillo de tortilla de patatas degustado en mitad de un encuentro.

Si el partido es bueno y tu equipo, además, está ganando, la tortilla de patatas es un elemento reconciliador con la totalidad de la existencia, una epifanía sensorial que nos armoniza con el universo y con su redondez perfecta.

Jorge Guillén cantó el beato sillón y la idea de que el mundo estaba bien hecho, en una décima famosa de *Cántico*, porque no era aficionado al fútbol, aunque supongo que sí a la tortilla de patatas (ningún buen poeta puede mostrarse desagradecido con algunas cumbres de la cultura).

La conformidad física y metafísica que proporciona un buen bocadillo de tortilla de patatas en mitad de un partido de fútbol resulta equivalente a la oración extática de los místicos, y puede incluso estar acompañada de episodios de levitación, medio metro por encima del asiento que se ocupa en el campo.

No me explico por qué razón Pablo Neruda, que cantó todo en sus *Odas elementales* —incluyendo las papas fritas, la farmacia, el caldillo de congrio y el ruisseño, por solo citar algunos de sus intereses—, no cantó el bocadillo de patatas en mitad de un partido de fútbol.

Si el partido es malo y además tu equipo pierde, el bocadillo de tortilla de patatas representa la prueba irrefutable de que no todo en el mundo constituye una catástrofe. Hay formas de redención privada, diminutos islotes de felicidad íntima en mitad del caos histórico.

Puede que el universo se desmorone —nos decimos— y que la entropía sea la ley que gobierna la materia, pero este bocata de tortilla significa un absoluto.

¿A qué hora deben celebrarse los partidos de fútbol? Esta pregunta y sus posibles respuestas constituyen una *Weltanschauung*, una cosmovisión.

Si hablamos de los partidos de nuestros hijos (y esto sirve para toda clase de deportes, e incluso de actividades extraescolares de fin de semana), hay opiniones para todos los gustos. Existen partidarios del madrugón y de la media mañana, de las primeras horas de la tarde y de las últimas. De lo que apenas existen defensores es de celebrar partidos a la hora de la siesta, y menos en domingo, aunque, como se sabe, hay gente para todo.

Durante mis muchos años de padre espectador, he tenido que padecer todo género de horarios: los domingos a las nueve de la mañana, los sábados a las tres de la tarde, por señalar dos horas fatídicas, dos horas que ponen a prueba no solo nuestra voluntad deportiva, sino incluso nuestra vocación paternal.

Imagino que la preferencia horaria se rige por los gustos de cada individuo, por las obligaciones, por las actividades que cada cual quiera llevar a cabo durante el fin de semana. En cualquier caso, las familias del fútbol se deben al fútbol, organizan sus viajes, sus compras, sus comidas y cenas según el fútbol y los horarios que el fútbol impone.

De ahí que, sobre todo para quienes no disfrutan con el fútbol vicario, con el fútbol de sus hijos, el fútbol sea un desbarrancadero de energía de todo tipo. Algunos padres se dedican a pasear al perro durante los partidos. Otros se entregan a la actividad recién descubierta de correr. Los hay que se quedan en el coche, leyendo un libro o una revista. Entre los desafectos, he visto organizar equipos de pádel, o grupos de dominó, para jugar partidas en el bar. Algunas madres se van de excursión a los almacenes chinos de las afueras, en busca de gangas. He conocido a madres del equipo que montaban mercaditos improvisados, abriendo el maletero del coche, en el aparcamiento de la ciudad deportiva, para vender imitaciones de marcas famosas. Todo con tal de no ver el entrenamiento o el partido de sus hijos.

Y ¿a qué hora deben celebrarse los partidos de fútbol profesional? A este respecto, como no podía ser de otra manera, también existen opiniones muy diferentes. Hay quienes reclaman el viejo horario unificado, o casi, de que existan partidos a las cinco lorquianas de la tarde y a las nueve de la noche (o sus alrededores), y hay quienes prefieren este actual horario escalonado que

permite la retransmisión independiente de casi todos los partidos de la jornada de liga. Nunca llueve ni se retransmite a gusto de todos.

Hubo un tiempo, durante mi juventud, en que los partidos de fútbol, en Mestalla, que se celebraban antes a las cinco de la tarde del domingo (una hora muy burguesa y razonable, que permite a las familias de orden comer pronto, con pasteles si hace al caso, dormir la siesta y salir para el campo de fútbol) empezaron a celebrarse a las diez y media durante la noche de los sábados.

El fútbol dominical me encantaba, porque constituía un bendito atentado contra el sopor fúnebre de los domingos. Todo el mundo sabe que las depresiones se fraguan durante los domingos, así como las peores ideas metafísicas y los suicidios, ya sean individuales o en grupo. De manera que asistir al campo los domingos representaba una suerte de vitalismo contracultural, mediante el que uno se oponía a los fastos de la rutina mortuoria.

Cuando impusieron el fútbol a las diez y media durante los sábados, me alejé de Mestalla, porque entonces prefería salir con los amigos a cenar y tomar copas después, hasta la madrugada. El partido impedía la cena y su sobremesa, y para el joven alocado que era yo por entonces aquello representaba un sacrilegio. De todos los rituales humanos, el que prefiero es el de cenar en compañía de amigos, con interminables sobremesas de alcohol y conversación inteligente. Es mi ceremonia favorita, uno de los dos o tres estados de la mente y el cuerpo que no me importaría convertir en perpetuos. La paz perpetua kantiana, la cena perpetua con amigos.

Sueño con un libro —otra deuda literaria más— que cuente mis noches de los sábados, y sé que me retratará mejor que ningún otro. Se llamará *Las noches de los sábados*.

El horario del fútbol español contemporáneo no resulta razonable, por su volatilidad —llamémosla así—, hecha de variaciones caprichosas (se puede jugar lo mismo a la una de la tarde de un sábado, que a las nueve de un viernes o un lunes, igual que a cualquier hora del sábado o el domingo—; pero desde el punto de vista de la glotonería visual resulta perfecto. Quien quiera y lo soporte puede ver por televisión todos los partidos de la jornada, lo que equivale al desiderátum de todo espectador).

Verlo todo desde todos los puntos de vista posibles, a la vez, en todos los estadios del mundo, como una suerte de Álvaro de Campos aficionado al fútbol —el poeta heterónimo que creó Fernando Pessoa, el cantor de la omnisciencia corporal y la ubicuidad del espíritu—, para ser al mismo tiempo

el balón y el césped, la red y el silbato del árbitro, el banderín del córner y la gota de sudor que recorre la frente del portero, el taco de aluminio de la bota y el hilo que cose el escudo a la camiseta del equipo contrario, las pulsaciones excesivas del capitán y la camisa blanca del delegado de campo, la cal que marca los límites del área y la megafonía que dicta las alineaciones, los tres palos de cada portería y la brisa que sopla sobre el estadio, el cemento de las gradas y cada una de las banderas colgadas de los mástiles en lo alto de la tribuna, los focos de la iluminación y las sombras de cada futbolista en la carrera, el olor del linimento y los dibujos impresos en las espinilleras, los vendajes en los pies y el humo de los cigarrillos y puros que vuela en vaharadas, la insignia de diamantes que lleva el presidente en el ojal de la chaqueta y las pantallas de televisión en donde aparece la publicidad.

Serlo todo en todos los estadios del mundo a la vez. Serlo todo en todos los estadios del mundo durante todos los partidos del pasado, del presente y del futuro. Ser los cánticos de los aficionados y la bufanda del niño que llora, la ovación unánime que ruge tras la chilena que se convierte en gol y el silencio del estadio vacío y a oscuras cuando todo ha acabado. Sentirlo todo y serlo todo, en todos los partidos de fútbol que se han celebrado, que se celebran en este instante y que se celebrarán el día de mañana. Un aficionado no puede conformarse con menos.

Entre las muchas muletillas que se ponen de moda en el habla de los políticos y periodistas, en los últimos días he escuchado muchas veces la expresión «bajar el balón al suelo». Hace falta bajar el balón al suelo y enfriar los ánimos. Es preciso bajar el balón al suelo y que la opinión pública no haga un juicio de los acusados en las redes sociales. Etcétera, pero siempre bajar el balón al suelo.

Hay muchas expresiones taurinas que han pasado al caudal del lenguaje común, y que utilizamos teniendo o no conciencia de su origen. La hora de la verdad. No hay quinto malo. Ser el sobrero. Cambiar el tercio, y docenas más. El lenguaje taurino constituye un dialecto dentro del idioma, como se sabe.

Bajar el balón al suelo se emplea ahora como sinónimo de calma, de necesidad de sensatez, como exigencia de buenas maneras y de cortesía. No sé si todo el mundo entiende el sentido de la expresión, aunque imagino que sí, porque el contexto suele aclarar las muletillas de este género, sin la necesidad de que se comprenda la metáfora desde su origen.

En el fútbol, por lo general, bajar el balón al suelo constituye un universal, una de sus primeras y más importantes reglas de funcionamiento. El balón, mientras no se demuestre lo contrario, ha de correr por el suelo, de pie en pie, con precisión, a veces con velocidad y a veces con calma. Es cierto que también vuela, que también viaja por el aire, pero no es menos cierto que todo balón aéreo constituye un peligro.

Lo que viaja deprisa vuelve más deprisa aún, como indica una de las sentencias primigenias del fútbol. Los patadones, los pases de larga distancia representan un recurso, una excepción, pero no la norma, al menos en el fútbol moderno, incluidos el inglés y el alemán, que en su tradición han defendido y practicado, durante gran parte de su historia, el juego aéreo.

La expresión, y lo que significa, se convierten en ley cuando el balón no hace más que ir de un lado a otro, mediante cabezazos y chuts sin control. Entonces es cuando resulta imprescindible bajar el balón al suelo y volver a empezar la jugada. Al fútbol se juega por el suelo. El balón rueda a ras de tierra, por eso es un deporte tan terrestre, tan terrenal, tan ecuménico, tan reconciliador entre los terrícolas que lo practican (a pesar de los desmanes que puede generar). Por eso los bajitos pueden jugarlo y ser estrellas: porque el balón rueda por el suelo. Hay que bajarlo al césped y que corra.

El jugador que no sabe bajar el balón no sabe jugar, no domina los fundamentos del juego, está a merced de las veleidades cinéticas de la pelota, del caos ajeno, de la imprevisible conducta de los rivales que tampoco lo saben bajar. Sin orden, sin álgebra, sin rigor, sin metrónomo, no se puede jugar al fútbol. Cuando el balón está en el aire, nadie lo gobierna, nadie lo inspira, de modo que puede ocurrir cualquier cosa, cualquier desaguisado, cualquier tragedia.

Goethe declaró «Prefiero cometer una injusticia antes que soportar el desorden», cuando la multitud pretendía linchar a un saqueador francés, en el sitio de Maguncia, durante las guerras revolucionarias napoleónicas. Con otro sentido —porque la injusticia de Goethe era salvar al francés, que era culpable, de los desórdenes de la multitud— se ha acuñado un tópico: es preferible la injusticia al desorden. Tal vez porque el desorden hace de la injusticia una forma de vida, un estado que transforma lo injusto en un sistema.

La idea es terrible, por lo que entraña de verdad, y por lo que exige para su cumplimiento. La Historia está repleta de situaciones en que el desorden ha conducido al caos social y a la injusticia generalizada.

En el fútbol, la injusticia también es preferible al desorden. La injusticia de que se abuchee a un futbolista que no controla la pelota (porque nunca hay que abuchear a los deportistas). La injusticia individual de que el entrenador cambie a un jugador poco afortunado que no consigue dominar el balón como es debido. La injusticia de recibir un gol cuando mejor se estaba jugando. Todo, con tal de restaurar el orden, la cadencia, la armonía, y que la pelota regrese al suelo.

Los pases precisos para realizar un contraataque, los balones centrados al área de forma milimetrada, para rematar de cabeza, también nos sirven: cuando son milimétricos y precisos. Es decir, cuando trasladan el orden del suelo al cielo, de la tierra al firmamento.

De lo contrario, cuando se genera el descontrol de un balonazo, no solo se produce un momentáneo desorden, sino que se atenta contra la historia del fútbol, que exige jugarlo bien, intentarlo. Entonces prefiero, como Goethe, cometer una injusticia a generar el desorden.

Por todas estas razones, y otras muchas que se me ocurren, pero que no explico ahora, conviene, sí, bajar el balón al suelo.

Al final, como era previsible (y deseable), Messi ha renovado con el Barcelona. Muchos esfínteres que estaban contraídos en todo el mundo, y en especial en la Cataluña barcelonista, se han relajado. Los movimientos peristálticos de la hinchada regresan a su normalidad digestiva. El sector independentista del barcelonismo también respira con profundidad y recupera las pulsaciones, después de unos meses de incertidumbre, que se han saldado, como se suelen saldar estos asuntos, con bastante más dinero y con algunas cláusulas de esas que las directivas firman con desconfianza y el ceño fruncido.

Sin embargo, qué gran oportunidad de sainete se ha desaprovechado. Los argumentos que habríamos tenido que escuchar, para interiorizar el drama y la traición. Los llantos, el crujir de dientes, las imprecaciones. La escena española nunca sabrá lo que ha perdido.

Ayer presentó Paco Lloret su último libro sobre el Valencia CF: *Bronco y copero*. Al parecer, la expresión la acuñó un periodista deportivo de Madrid, para referirse con desdén al estilo de juego que el Valencia de posguerra había adoptado en aquella época, y que lo llevó a disputar tres finales seguidas de Copa, la llamada entonces Copa del Generalísimo.

Con el paso del tiempo, como sucede tantas veces con la lexicalización de las expresiones, el dicho cambió de sentido, al menos para los valencianistas, y pasó a constituir una definición espiritual del club y una declaración de intenciones para advertir a los rivales.

Bronco: es decir, duro, difícil de vencer, incómodo para los contrarios, con casta orgullosa (poco más o menos lo que todos los clubes de fútbol reclaman para sí mismos, y lo que convierten en su divisa).

Copero: esto es, capaz de disputar cualquier género de eliminatorias, cualquier modalidad de partidos (porque la obviedad de que todos los equipos son ligueros, de que todos disputan la Liga, se da por sentada). La Copa es el torneo de la supervivencia, el de matar o morir, sin redención posible, sin enmienda, sin perdón: ganas, o te marchas a la ducha, y luego de paseo. Esa es su gloria, y el hecho de que sus características permitan la épica de que, algunas veces, el pez chico se coma al grande, de que el equipo de Tercera o de Segunda B elimine a un contrario de Primera División.

En el acto de presentación del libro estuvo Marcelino, el actual entrenador del Valencia, y hasta hace muy poco del Villarreal. En Villarreal, donde casi todo lo deportivo sucede a la vista de los aficionados, lo he visto entrenar muchas veces, mientras mi hijo entrenaba en campos cercanos. Con los jugadores siempre me ha parecido un mariscal de campo, decidido, impetuoso, dando las órdenes con firmeza, mientras movía a sus peones en los ejercicios, rodeado por su estado mayor de segundos y terceros entrenadores, ayudantes, fisioterapeutas, utilleros. Cuando se le escucha gritar sus instrucciones en el campo, uno no tiene la menor duda de que se trata de todo un carácter, a pesar de su pequeña estatura y su complexión delgada y fibrosa. Cuando pisa el césped, uno comprueba que está en su salsa, en su ámbito, en su mundo, donde debe y donde le gusta estar.

Ayer, en la tarima de El Corte Inglés, al lado de un escritor, frente a un público cuya actitud ignoraba, invitado para participar en un acto literario,

parecía fuera de lugar, tímido, educado, cordial, pero receloso. Algunos temperamentos siempre están donde deben estar, siempre se encuentran como en casa, porque el mundo constituye su propiedad íntima, y hacen de cualquier espacio su castillo. Para ellos, el yo es el protagonista de la obra; y el resto del universo son los figurantes, la escena, el *attrezzo*. Lo normal, sin embargo, es que cada uno de nosotros necesite su ámbito propicio para desarrollarse en plenitud. Lejos de ese ámbito solemos encontrarnos a la intemperie, en un paisaje que puede llegar a ser hostil.

Aunque se trataba de la presentación de su libro, Paco tuvo la delicadeza y la inteligencia de convertir a Marcelino en el protagonista de la tarde, haciéndole una magnífica entrevista acerca de su biografía deportiva. Le preguntó sobre su familia, sobre sus inicios, sobre sus años en el Sporting de Gijón, en donde llegó pronto al primer equipo, e incluso fue internacional sub-18 y jugó un mundial, en Rusia (en el que coincidió con Fernando Gómez Colomer, el mítico capitán del Valencia CF en los ochenta y primeros noventa).

Es difícil mantener un diálogo en público con un tímido, o con alguien alerta y desconfiado. Pero el caso es que Paco es un maestro de la conversación radiofónica y televisiva, y lo arropó con su cordialidad, sin que decayese en ningún instante la conversación, sin vacíos, sin zonas muertas, que tanto intranquilizan al entrevistado, al entrevistador y al público.

La cordialidad de las entrevistas constituye un misterio, un hecho que sucede gracias a una suma de elementos imposibles de medir: la voz del entrevistador, el tono familiar, la actitud, el ritmo del diálogo. Eso es algo que no se enseña en las facultades de Periodismo, algo que no se puede transmitir a los alumnos. Aunque se pula con los años y la experiencia, se tiene o no se tiene, como la simpatía.

Algunos periodistas te hacen sentir tumbado en un sillón confortable, y otros, en cambio, aprisionado en un potro de tortura inquisitorial. Las entrevistas son una modalidad pública de la seducción. Es un tópico indicarlo, pero un tópico cierto.

Para definir la gracia periodística se me ocurre una palabra en desuso, muy utilizada en la literatura de los siglos de oro: el donaire. A quien tiene el donaire —cuya etimología, en lugar de provenir de las ofrendas a los dioses, debería indicar el don de ser aéreo, grácil— se le suelen perdonar muchas cosas que no se les perdonan a quienes no lo tienen. Al que posee el donaire periodístico se le permiten siempre preguntas incómodas que nunca se les permiten a quienes no lo atesoran.

Marcelino estuvo a gusto, pero sin abandonarse nunca, sin desabrocharse el nudo de la corbata que no llevaba puesta. Lo más curioso de todo fue comprobar un hecho que conocemos todos los devotos del género literario de la biografía. Y es la certeza de que los biógrafos de cualquier escritor, de cualquier personaje, saben más detalles sobre la vida del individuo que estudian que el propio biografiado.

Aunque no se trataba de presentar un libro sobre Marcelino, Paco dirigió la conversación hacia su vida deportiva, y con su célebre y diabólica memoria le preguntó con precisión quirúrgica acerca de partidos que el protagonista no recordaba. Como jugador del Sporting jugaste contra el Valencia tantas veces, y en todas empataste. En el año tal y tal el partido acabó 2-2, con goles de menganito y zutanito, en los minutos este y aquel.

La vida propia, como objeto de análisis por parte de un investigador, se convierte en un asombro continuo. Todo lo que hemos olvidado no desaparece jamás, sino que se aletarga en espera de que alguien lo descubra y lo despierte. El universo rebosa de objetos escondidos.

Pasa lo mismo tanto con los datos insignificantes de nuestra biografía como con los documentos importantes del pasado. Igual con un tesoro, que con una cifra sin importancia. Igual con una momia de faraón, que con un episodio de la niñez. Las arenas del desierto son el envoltorio de todas las cosas.

Que alguien sepa de nosotros lo que nosotros ya no sabemos resulta inquietante, y muestra cómo la vida propia también es ajena, cómo también se transforma en circunstancias objetivas que le han sucedido a alguien que llevaba nuestro nombre, pero que hoy es otro, otro al que sucederán cosas que a su vez serán olvidadas por nuestros sucesivos nosotros mismos, etcétera.

Marcelino, según dijo, no lee libros de fútbol, porque después de dedicar tantas horas de trabajo a ese deporte prefiere distraerse con otros entretenimientos. Imagino que tampoco lee otro género de libros. Si fuese un lector habitual, lo hubiese dicho. Ningún lector, aunque sea esporádico, pierde la ocasión de manifestar su afición, ya que la lectura es un adorno social prestigioso. Se supone que los lectores poseen mucho mundo interior, y el mundo interior constituye una moneda intangible, pero valiosa, en las lonjas del espíritu.

Todos los entrenadores de fútbol deberían leer libros, sobre todo los libros de fútbol que escriben los buenos escritores. Con ello quiero decir que Marcelino, y todos los entrenadores del fútbol internacional, deberían leer este libro mío, y sufrir una revelación inmediata de carácter deportivo-

ontológico, una quiebra en su forma de entender la vida, y, sobre todo, en su manera de entender el fútbol.

Después de su caída en el camino hacia Damasco, me deberían llamar por teléfono y decirme: «Marzal, tenemos que cenar juntos una noche de estas, porque he comprendido que necesito tu consejo. La lectura de tu libro ha supuesto para mí lo mismo que la lectura de Rousseau para Kant: una operación de cataratas para un ciego. He visto y he creído».

Entonces, yo, reconfortado en el alma al comprender que mi obra había llegado a su destino, les diría a esos entrenadores, uno a uno: «Saulo, estoy a tu disposición. Ceno de todo. Lo mismo japonés que tanduri. Y cocina de mercado, y de cuchara, y tapeo. Yo elijo el restaurante y tú pagas la cuenta».

El otro día murió de repente en el campo un cadete del Alzira. Tenía catorce años. Parece que estaba jugando un partido y cayó fulminado al suelo. Lo trataron de reanimar, lo trasladaron en ambulancia a un hospital y no pudieron salvarlo. Cada vez que se produce un desastre de este tipo, además de quedarme con la boca abierta y el ánimo por los suelos, se apodera de mí una tristeza amarga y punitiva.

Que todos los padres con hijos pequeños sufren, en mayor o menor medida, el terror secreto de que sus hijos se mueran de manera súbita durante la infancia constituye un universal psíquico, un arquetipo del pánico común de la especie.

No puede haber mayor tragedia para un individuo que la muerte de un hijo pequeño. No la imagino. Ese género de sucesos pertenece al ámbito de lo indecible. Cualquier formulación verbal que trate de explicar lo que un padre puede sentir, después de algo semejante, resulta insuficiente a todas luces. El arte no alcanza a expresarlo, seguro, por mucho que alcance a conmovernos, cuando pretende explicárnoslo. Esa pena no puede ponerse en observación.

Todos somos responsables biológicos de la venida de nuestros hijos al mundo, por más meditada o accidental que dicha venida haya sido. (La paternidad, creo, como sucede con tantas y tantas cosas trascendentes de nuestra vida, ocurre mitad de manera casual, mitad de manera consciente, porque la misma vida sucede así: nadie puede pararse a meditar, a cada paso, el paso siguiente que dará en el tiempo). De manera que a todos nos espanta la posibilidad de que nuestros hijos mueran antes que nosotros.

La simple escritura de frases así ya me asusta y me duele, porque los escritores también padecemos la superstición de poder resultar premonitorios en las desgracias. A menudo, no sé si el hecho de escribir acerca de las cosas que más temo puede desatarlas o, por el contrario, servir de exorcismo. Para los que creemos en el poder de las palabras, el poder de las palabras no acostumbra a estar demasiado claro.

Si bien, como digo, todos somos responsables de la venida al mundo de nuestros hijos, casi todos los padres del fútbol, por no decir todos, somos responsables de que nuestros hijos lo jueguen. Hasta una edad avanzada, los niños juegan al fútbol más para nosotros que para ellos mismos. Se trata de una afición vicaria, inducida, inoculada. El fútbol también es un contagio que

se transmite en familia, como las gripes cuando entran en una casa y van haciendo enfermar a ciertos miembros sí y a otros o no.

Así que si sucede a un padre del fútbol una calamidad como esta, imagino que la calamidad llevará aparejada el castigo del remordimiento máximo, porque resultará inevitable pensar que ha sido él quien ha fomentado esa afición, quien ha empujado a su hijo a jugar al fútbol, aunque haya sido el niño un entusiasta del juego.

En casos de este tipo, me aferro al pensamiento de que resulta imposible prever una muerte súbita, a la idea de que podría haber ocurrido en cualquier otro lugar, haciendo cualquier otro tipo de actividad (porque todos necesitamos también un asidero psicológico ante las catástrofes ajenas). Pero el caso es que ninguna de las razones que nos dicta la inteligencia significa nada —me digo después— ante el violento poder de la culpa. El desasosiego de una culpa semejante también cae debajo de lo que no se puede expresar, de todo aquello que las palabras no alcanzan a decir.

El corolario esperable a un acontecimiento así, por supuesto, nos exige pensar en qué haríamos, qué pensaríamos, si nos ocurriese a nosotros. Y la única contestación posible es que nos moriríamos, en vida o en muerte; nos moriríamos para el resto de nuestro tiempo, aunque no nos tirásemos por la ventana, una posibilidad que no me atrevo a descartar. La hipótesis de que un hijo nuestro muera antes que nosotros no pertenece a la vida misma, aunque represente un hecho de la vida que sucede a diario. Lo sabemos, pero no queremos saberlo, no lo sabemos aunque lo sepamos. No llegaríamos a saberlo en el caso de que ocurriese, porque la conciencia no está preparada para eso.

Algunos conocidos míos perdieron a un hijo pequeño, y desde entonces están nimbados por un aura sobrenatural. No son ya nunca enteramente de este mundo. Por no decir que ya no han regresado jamás a él. Son desaparecidos, un género especial de fantasmas (uno de los más poderosos). Sé que algunos, con cierta frecuencia, se quitan de en medio durante días, nadie sabe dónde están, aunque todos imaginemos dónde. ¿Dónde van a estar? En la muerte, tratando de visitar a sus hijos.

Esa gente, por lo común, por los casos que yo he tratado, ha adquirido un grado de tolerancia y comprensión del mundo superiores. No pisan el suelo, sino que levitan a unos cuantos centímetros por encima de él. Están investidos de una extraña condición sacerdotal que ni han buscado ni tal vez sepan que poseen para el resto, que los miramos con asombro y temor. Son sacerdotes del más allá, en el más acá.

La escritura de fragmentos como este deja mal sabor de boca. Como si la cercanía a estas catástrofes, sea cual sea el tono que se emplee y sea lo que sea lo que se diga, constituyese de por sí una frivolidad, un pecado de intromisión. Como si nadie tuviese el derecho de aludir a un dolor semejante. Como si nadie tuviese la autoridad para perturbar la desolación ajena.

¿Dónde encajar una reflexión como esta en un libro como el mío? ¿Qué puede venir a continuación? ¿Después de qué fragmento se debería incluir una meditación acerca de una noticia así?

De nuevo, escribir significa quedarse con la boca abierta y con el ánimo amargo. Y de nuevo la escritura constituye un exorcismo para conjurar demonios, al menos por un tiempo, al menos ahora que no nos ha embestido a nosotros el azar.

Parece que vivimos a la espera de que se nos venga el cielo encima de un momento a otro, por una u otra razón.

Cada vez me gusta más el momento de llegar a Mestalla y asomarme al campo, el acto de entrar al estadio por alguna de sus puertas, recorrer los pasillos interiores, subir las escaleras y aparecer en las gradas, frente al rectángulo sagrado de césped impecable. Me parece que es una emoción sensorial absoluta que se debe, sobre todo, al efecto de la luz.

Se viene de la calle, por lo común de noche, con la justa iluminación de nuestras ciudades. Después, dentro de los laberintos del estadio, se pasa por zonas bien y mal iluminadas, y, de repente, nos asomamos a la cancha por un vomitorio. Ese instante constituye una epifanía de los sentidos. Por la intensidad de la luz, en especial. No solemos vivir experiencias lumínicas parecidas, en donde el mundo alrededor esté iluminado por miles y miles de vatios, por miles y miles de lúmenes.

Por cierto, qué palabra más bonita —lumen, lúmenes, sobre todo en plural, con su acento y su aterciopelada suavidad esdrújula—. Vatio es una palabra magnífica también, pero lumen representa un acierto involuntario de primera división lírica, como una flor o el canto de un grillo. Si, además, leemos la definición de lumen —«Unidad de flujo luminoso del Sistema Internacional, de símbolo *lm*, que equivale al flujo luminoso emitido por un foco puntual de 1 candela de intensidad en un ángulo sólido de 1 estereorradián»—, el asunto se convierte entonces en alta literatura fantástica, incluso con sus ingredientes de filosofía zen. Las candelas. Los estereorradianes.

La multitud, el público, la desmesura de las gradas verticales ayudan a la experiencia sentimental de asomarse a un gran estadio, cómo no, pero se trata sobre todo de un raptó momentáneo de carácter lumínico. La realidad nunca está tan iluminada, nunca posee esa condición radiante, nunca adquiere relieves parecidos. Para aproximarnos a esa intensidad de la visión, deberíamos poder proyectar la luz del sol sobre un ámbito concreto, en plena noche, mientras el resto del mundo permanece menos iluminado. Cada hebra de césped adquiere su brillo propio, cada calva de espectador refulge con su luz personal, cada gota de agua de los aspersores que riegan el campo se singulariza en el aire. La luz vibra, de tan fuerte, y si se presta atención se puede escuchar su murmullo, que tiene algo de cuerdas tensas de violín.

He visto un par de veces Mestalla vacío e iluminado, y la experiencia es semejante y contraria. He visto las gradas vacías, mientras yo era el único espectador bajo los focos, y la impresión emocional es muy parecida. Creo que este género de pequeños trastornos forja un subgrupo en el capítulo de lo sublime, tal y como lo han entendido algunos filósofos, un acontecimiento que se acerca a las experiencias de la naturaleza, cuando la naturaleza se aparece ante nosotros de forma desatada. Tanta luz es comparable a una tormenta de rayos y truenos, a un incendio, a un maremoto. Experiencias de lo sublime creado por el hombre, una naturaleza paralela a la naturaleza misma.

Hace unos días leí unas declaraciones de Leonardo Bonucci, el defensa central de la selección italiana, y que ha jugado tantos años en la Juventus y ahora lo hace en el Milan. Se lamentaba de que la influencia universal de Pep Guardiola haya echado a perder la vieja escuela italiana de defensas. Venía a decir que la filosofía del toque eficaz, del principio obligatorio de habilidad futbolística (que es el primer axioma de los jugadores que Guardiola quiere en su equipo) ha matado una vieja filosofía italiana que, si no es contraria, sí prioriza otras habilidades: en especial las del marcaje al hombre, las de la defensa pura.

Decía Bonucci que a él, desde pequeño, le habían enseñado a «sentir al hombre». La expresión es muy bonita y muy interesante. Aparece, como no puede ser de otra manera, la buena literatura ligada al buen fútbol, porque no hay gran fútbol, repito, sin leyenda, sin fábula. Puede haber fútbol magnífico sin literatura, pero no puede haber fútbol legendario. Las leyendas las engendra la leyenda, la narración de los hechos legendarios. Sentir al hombre.

No se trata de una declaración de humanismo deportivo, como podría interpretar un neófito, un lector culto que provenga de otras disciplinas que no sean la futbolística.

Sentir al hombre, para un defensa central, para cualquier defensa, es estar encima del delantero al que marca, irse a vivir con él durante todos los minutos y ocasiones en que se defiende, estar tan cerca que uno lo huele, que escuche su respiración, que note la humedad de su camiseta sudada en los forcejeos, en los saltos, en las disputas del balón; tan íntimamente ligados el marcado y el marcador que sus murmullos mutuos creen un dialecto privado durante el partido, tan próximos que cuando se caguen respectivamente en su puta madre no se escuchan más que ellos dos.

Sentir al hombre, para un central de esa escuela italiana, es convertirse en la pesadilla del hombre, del hombre marcado, del rival al que se defiende como si en ello fuese la vida. Sentir al hombre, para los grandes defensas italianos, como nos han hecho ver a lo largo de la historia, es intimidar al contrario hasta sacarlo de quicio, hasta infligirle pánico por la presencia de su marcador, de esa sombra que lo siente, y que le hace sentir la fuerza que lo anula, el peligro que le ronda, la voluntad ciega que lo persigue cada vez que intenta progresar en el ataque.

Pienso en Scirea, en Nesta, en Baresi, en Cannavaro, en Maldini, que además de pertenecer a esa escuela *sensitiva* de defensas sabían jugar al fútbol y tenían buena salida de balón y gran sabiduría táctica.

Lo más parecido que tenemos en España a ese defensa central del que habla Bonucci es Sergio Ramos, a quien no es de extrañar que elogie el italiano siempre. Pienso, además, en Hierro, en Migueli, en Puyol. A menudo, se forman matrimonios indisolubles de rivales que luchan a muerte, partido tras partido, hasta el extremo de que el espectador los concibe como un todo, como el anverso y el reverso de una misma figura. En los últimos tiempos, las peleas de Ramos y Lewandowski, o, sobre todo, las peleas de Ramos y Diego Costa pueden servirnos de ejemplo para comprender esa bestia octópoda y de dos cabezas que se forma en el campo de fútbol, en cierto sentido parecida a la bestia rosa de dos cabezas y ocho brazos que se forma a veces en la cama.

Imagino que, para algunos delanteros, saber que nada más saltar al campo se van a encontrar con un defensa de esas características, un perro de presa infatigable, debe de constituir un problema moral, una losa del ánimo. (De la misma forma en que para ciertos defensas debe de representar un castigo del espíritu saber que van a encontrarse con los grandes genios de las delanteras rivales, esos que resultan casi imposibles de detener, de perseguir).

No se habla del miedo del jugador ante la inminencia del partido, el miedo individual por enfrentarse a alguien que casi con seguridad nos va a superar en multitud de ocasiones. El miedo del defensa cuando tiene que marcar al delantero excepcional, y el miedo del delantero que va a ser marcado por un defensa extraordinario y duro.

He pensado a veces que es una variante del miedo que siente el torero en el hotel, durante las horas previas a la corrida, un miedo que no por conocido y comprensible deja de ser real, palpable, y con consecuencias de todo tipo. Algunos toreros me han confesado que antes de ir a la plaza lloran a solas en la cama, con la habitación a oscuras. Que se cagan vivos en el baño del hotel, durante varias horas. Que hacen cosas de torpeza incomprensible, como no acertar a abrir cajones, o la puerta del armario; pierden habilidades elementales. La barba, se dice en el mundo del toro, crece mucho más los días de corrida. La barba crece a golpe de miedo.

El miedo del jugador de fútbol antes de salir hacia al campo, sin ser comparable, también debe de ser, en ciertos casos, tangible. La responsabilidad, las dudas sobre el estado de forma propio, los imponderables del azar. No debe de ser fácil saber que te esperan ochenta mil espectadores inquisitivos en las gradas, más millones en los televisores, para observar con

lupa si sientes al hombre que te ha tocado marcar, y, sobre todo, si, al sentirlo, logras anularlo, consigues que desaparezca del campo, del juego, igual que hacen los magos con las palomas a la vista de la platea del teatro.

El miedo de los futbolistas puede ser comparable al de los toreros, pero ¿qué sienten en el hotel, o en el autobús camino del campo, esos jugadores que se juegan un descenso, el contrato del año que viene (que es el colegio de sus hijos y la hipoteca del chalet), la continuidad en el primer equipo? Lo que deben de sentir es también algo muy humano, demasiado humano: el miedo del hombre.

Hay una forma de ser argentino que incluye una manera de ser aficionado al fútbol. Hay una forma de ser aficionado al fútbol en argentina que significa una manera de ser, una manera de mirar la existencia. De lo contrario no se explicarían las barras bravas, ni las canciones que han dado la vuelta al mundo y que se cantan, sin saber que son argentinas, en casi todos los estadios del planeta en los que se habla en lengua española; ni la pasión, muerte y resurrección de Leo Messi cada vez que tiene que jugar con la selección argentina. Puede que haya una forma de ser brasilero, de ser español, de ser italiano, de ser alemán —las hay, seguro—, que contengan una manera determinada de entender el fútbol, pero no me parece que ninguna sea comparable a la forma en que los argentinos lo entienden.

Jorge Mario Bergoglio, el papa Francisco, realizaba cierto día un paseo en papamóvil por la plaza de San Pedro, bendiciendo a la multitud arrobada, cuando de repente, en mitad del gentío, divisó a uno de los fieles, vestido con la camiseta de Huracán, el gran contrincante histórico de San Lorenzo de Almagro, el equipo del que el Papa es seguidor ultra (ultraaficionado, ultraespectador, ultrahincha, porque un Papa, en cualquiera de sus actividades, goza no solo de infalibilidad, sino de una suerte de superlativismo crónico, por decirlo de alguna manera, que lo hace estar más allá de cualquier otra consideración).

El día de antes se habían enfrentado los dos equipos, San Lorenzo y Huracán, y había ganado San Lorenzo por tres a cero (que es tal vez la victoria más redonda que se puede obtener en un partido, tres goles, como la Santísima Trinidad, tres eran tres, ni cuatro ni cinco ni seis a cero), de manera que el Papa pidió al conductor del vehículo que redujera la marcha hasta casi detenerlo delante del muchacho que llevaba aquella camiseta blanca con detalles rojos.

Cuando se encontraba justo enfrente de él, el Papa levantó la mano izquierda con tres dedos extendidos, uno por cada gol de San Lorenzo, y, a continuación, con su mano derecha, le dispensó la señal de la cruz y le concedió su bendición apostólica y el perdón de sus pecados, para que le fuese más llevadera la vida a partir de entonces, para que le resultara más fácil encajar aquel resultado apabullante y absoluto. Jorge Mario Bergoglio, qué

gran nombre para un clásico cinco argentino, o para un enganche gambeteador y corretón.

Jorge Luis Borges —qué buen nombre, también para otro Papa argentino, para, por ejemplo, Tomás I, qué buenas alocuciones habría hecho *urbi et orbi*, aderezadas con laberintos, con tigres rojos, con clepsidras, con dobles de sí mismo, con arrabales bonaerenses— organizó, como es fama (por decirlo a la manera de Borges), una conferencia sobre la inmortalidad del alma, el 25 de junio de 1978, a las tres de la tarde, el mismo día y a la misma hora en que Argentina jugaba en Buenos Aires la final del Mundial de Fútbol.

Según refiere la leyenda, en el momento en que terminó el partido, que ganó Argentina en la prórroga, tres a uno, con dos goles de Mario Alberto Kempes, «el Matador», el jugador del Valencia CF, y uno de Daniel Bertoni (el gol holandés lo marcó Dick Nanninga), cuando todo el país vociferaba en las calles, en las casas, en los bares, en ese preciso momento irrumpió un espontáneo en la sala en que Borges elucubraba, y gritó: «Hemos ganado a Holanda. Hemos ganado a Holanda». Entonces Borges detuvo su razonamiento y dirigiéndose al hincha emocionado comentó con suavidad: «No se me ocurre cómo podríamos haber vencido a Erasmo de Rotterdam o a Baruch Spinoza».

Esta historia se ha contado de formas distintas, con distintos detalles, pero en esencia es siempre la misma. Jorge Luis Borges, qué gran nombre, además, para un extremo derecha habilidoso, o, en su defecto, para un entrenador malabarista, uno de esos entrenadores argentinos que cuando habla de táctica parece que esté explicando un sistema epistemológico, y que cuando habla de epistemología o de psicoanálisis parece que esté describiendo el transcurso del último partido de la Selección.

Hay una forma de ser argentino que entraña una manera de ser aficionado al fútbol. Incluso por defecto.

Sobre el verbalismo argentino se podrían escribir miles de tesis. Alguien me definió una vez a Jorge Valdano (a quien tanto admiro), con cierta razón delirante, del siguiente modo: «Uno de esos tíos que para decir “mierda” necesita emplear media hora».

Se podría replicar que la literatura es a menudo la disciplina en que para decir mierda se emplea media hora de palabras, palabras durante media hora. Y se podría también argumentar que la literatura es decir mierda cuando corresponde, sin emplear media hora de palabras, o palabras durante media hora. Mierda y ya está. En los dos casos se tendría razón. No hay nada como levantarse ecuánime con el mundo y sus atolladeros.

A menudo fantaseo con la posibilidad de poder ir yo solo, a mi antojo, siempre que lo necesite, a un gran campo de fútbol vacío (Mestalla, el Bernabéu, el Camp Nou, el Allianz Arena), con toda su iluminación encendida, o en penumbra, o a oscuras, para meditar en silencio. Estoy convencido de que si pudiera hacer eso con cierta frecuencia, me convertiría en un verdadero filósofo, en un oráculo de la prosa reflexiva universal.

Allí, en la desértica inmensidad de las gradas vacías, o tumbado de espaldas sobre el césped, pensaría acerca de la soledad íntima en la que por lo general vivimos y morimos, y acerca del desamparo cosmológico de nuestra especie, perdida en mitad de un universo de astros fríos.

Para sentir físicamente la oquedad, hay que ir a los lugares que siempre están repletos. Para sentir la soledad, resultan siempre ilustrativos los espacios que por lo común están atestados de gente. Esas ferias con las atracciones detenidas, con los tiovivos congelados en un galope inmóvil de sus caballitos de madera. Esas playas en invierno, que aún parecen tener impresos en la arena los pasos y los cuerpos tumbados de millones de bañistas. Esas plazas y avenidas legendarias por donde desfilaron los ejércitos, con sus carros de combate, con sus pasos de la oca, con su vociferio.

Un desencadenante absoluto de la melancolía, para mi temperamento, son los estadios vacíos. Un estadio vacío es un agujero negro de la energía sentimental, se ha tragado millones y millones de gritos, de llantos, de histeria, de emoción pura, de frustraciones personales, de simple mala hostia privada, de alegría infantil cristalina. Si el estadio pudiese eructar en un rugido único toda esa inmensurable energía humana, la onda expansiva equivaldría a la explosión de varios miles de bombas atómicas, que arrasaría la mitad del continente, una nube letal que se desplazaría por el espacio quemando los árboles, derribando los edificios, derritiendo la carne de los animales y los hombres. Por suerte, el estadio se traga todos esos protones del carácter, todos esos isótopos radiactivos del temperamento, todas esas extrañas reacciones termonucleares creadas por el humor de la gente.

Me encantan esas escenas de las películas norteamericanas en que los protagonistas se citan en un estadio vacío de béisbol, o de fútbol americano, o de *hockey* sobre hielo, y se oye el encendido o el apagado repentino de la iluminación: clac. Un clac inmenso, metálico, con eco, y de repente el

resplandor de miles de vatios que iluminan el estadio. Para comprobar que no hay nadie. O que hay un solo individuo, o una pareja. O el apagado, para que se quede a oscuras de improviso el mundo.

Las grandes metáforas visuales del cine nos atan con un extraño nudo el corazón. Y derramamos una lágrima conmovida en la oscuridad de la sala. Cuántas lágrimas he derramado en escenas como esas. Lágrimas verdaderas, de esa inexplicable alegría que produce la emoción estética. Lágrimas de entusiasmo infantil, que es lo contrario a las lágrimas de cocodrilo del adulto de vuelta de todo. Quienes no son capaces de llorar en el cine están un poco más muertos que el resto de la gente. No es que importe mucho, porque todos nos moriremos dentro de nada, pero tienen un grado de sequedad interior que los hace menos amables, al menos para mí, que soy un llorón cinematográfico. Ojalá pudiésemos siempre llorar con lágrimas de cine, con lágrimas de emoción estética, y no con lágrimas de amargura por lo que llamamos realidad, que nunca es tan real como la palabra parece decir.

A veces oigo en mi cabeza ese clac metálico de las luces de un gran estadio, y durante unos segundos sé el secreto de todas las cosas, de todos los hombres que han nacido y que nacerán, de todas las cosas que han sido y serán.

Oigo voces, como todos los que escriben, pero algunas veces esas voces llegan a través de la luz y de la oscuridad, que también hablan. Estoy solo en la grada inmensa, el único espectador de los cien mil asientos, estoy tumbado de espaldas en el césped recién regado, y siento cómo la humedad empapa mi espalda, y de repente lo sé todo. Clac.

Este libro es un libro de amor, como todos los que he escrito y escribiré, como todos los libros. Un libro «cordial», en sentido etimológico. Solo me interesa escribir acerca del corazón humano. De sus pasiones. De su ulceración. De su capacidad para generar odio, piedad, euforia, alegría.

No se puede escribir, ni pintar, ni hacer una película, ni una obra de teatro, si no es como muestra de agradecimiento hacia el mundo, como acción de gracias para con el universo, para con la humanidad, para con todo lo que antes han hecho los demás que han escrito, han pensado, han cantado.

No se puede ser artista si no es en señal de entusiasmo reverente hacia la tradición del arte. No hay ninguna muestra del ingenio humano, sea cual sea su género, que no signifique una profunda manifestación de amor: por muy amarga que sea, por muy desengañada que resulte, por mucho que pretenda mostrarse airada con la existencia. No se puede maldecir la obra del universo, por mucho que se lo maldiga, porque, en definitiva, todo es un testimonio de aquello que hemos sido capaces de lograr, en este inexplicable paréntesis de luz en mitad de la inexplicable y gélida oscuridad de las galaxias. Todos los nihilismos no son más que un momentáneo error de apreciación sentimental.

Este es un libro de amor. De amor hacia mi hijo. De amor hacia el fútbol, que me ha permitido disfrutar de un grado del amor de mi hijo, disfrutar del amor hacia él, algo que no me hubiera permitido casi nada. El fútbol, en este libro, es una comunión de amor.

Por supuesto que también quiero a mi hija, igual y distinto. Pero hay un gran problema: ella no juega al fútbol.

Ya he escrito sobre esto. Los padres del fútbol tienen muy mala fama, tenemos muy mala fama, y a menudo con razón. Esos padres vociferantes y megalomaniacos, esos padres energuménicos que promueven trifulcas detrás de las porterías, en las bandas de los campos medio vacíos durante los partidos de benjamines y alevines en, pongamos por caso, los inviernos de Cantabria. Esos padres a punto de linchar a un linier o de guillotinar a un pobre árbitro, mientras airean su descerebramiento y salvajismo.

No los disculpo, ni los perdono, ni los absuelvo. Cuando los juzgo, sin embargo (porque todos juzgamos, de puertas para dentro de nuestra conciencia o de puertas para fuera, ya que no hay mayor mentira ni mayor inmodestia que la del escritor que afirma no juzgar, claro que se juzga, claro que se toma partido y se condena o salva a todos aquellos sobre quienes hablamos, por el simple hecho de hablar sobre ellos o de relegarlos al silencio), cuando reflexiono acerca de todos esos padres, me producen una remota ternura secreta e irracional. Por ser padres, y por ser padres del fútbol.

Comprendo el vínculo ancestral y telúrico que los ata a sus hijos, por el hecho de la paternidad y por el hecho del fútbol también. Porque las razones finales del fútbol son telúricas y ancestrales, como todo lo deportivo. Jugamos al fútbol por las oscuras e inexplicables razones del cuerpo, que no puede estar quieto, que necesita correr, que necesita escalar montañas, cruzar lagos a nado, saltar de un extremo al otro del abismo, ponerse a prueba, sudar, agotarse, medirse en el esfuerzo, ponerse en peligro incluso. El animal bípedo que somos camina erguido, como dijo un filósofo, porque está destinado a las alturas, las físicas y las morales, está destinado a salir de casa y perderse por el mundo.

Comprendo el desesperado anhelo que origina, en el fondo, el comportamiento de todos esos padres. Ellos no lo saben, por regla general. Pero no importa, porque lo sé yo, y ahora se lo cuento. No van a leer esta hipótesis indemostrable, pero tampoco importa, porque aquí queda escrita, y si algo está escrito en alguna parte resuena en el universo y se traslada por ciencia infusa a la humanidad, con el aire, sobre las nubes, con el vuelo de los insectos, como si se tratase de una misteriosa polinización de las palabras.

Su desesperación inconfesable tiene que ver con el deseo profundo de que sus hijos no crezcan, de que sigan siendo por siempre niños, a su cuidado,

cerca de ellos. El amor entre padres e hijos está fundamentado en el terror que los padres tienen al paso del tiempo. La cadena que los une con la mayor de las fuerzas se cifra en el miedo soberano del hombre: el miedo al tiempo, que es el miedo a la decrepitud y la muerte.

Los padres que gritan exacerbados por lo que consideran un error arbitral (y no deberían hacerlo nunca) están aterrados de sí mismos y de sus hijos, de la certeza de que se les está escapando el tiempo, de que sus hijos se escapan de ellos a través de las horas, los días y los años.

Ellos no lo saben. Pero yo se lo cuento aquí, lo dejo en el aire, para que algo misterioso empuje las verdaderas razones de lo que hacen hasta su oído, para que se polinice su conciencia con el zumbido de estas palabras que no leerán nunca.

Las lesiones, que tanto dolor producen en los jugadores y en los padres, me dan mucho que pensar. Todo lo que les sucede a nuestros hijos nos duele mil veces más que lo que nos sucede a nosotros mismos. De hecho, casi cualquier padre se cambiaría gustoso por sus hijos, para ahorrarles el sufrimiento.

A menudo, en las horas de la duermevela, cuando soy más proclive a las visitas fantasmales, como todos, entablo conversaciones con los diablos y les pregunto, por ejemplo, cuántos años de mi vida querrían para librar de daños físicos y morales a mis hijos.

¿Un año por un año, en una ley del talión temporal? ¿Dos míos por cada uno de los suyos? ¿Una vida, la mía, a cambio de una vida, la suya, libre de enfermedades graves y accidentes? Puedo dejar fuera de nuestra negociación, les digo, el dolor moral. A fin de cuentas, el dolor moral, si uno tiene una buena salud física y una cierta predisposición hacia el mundo, puede llegar a ser incluso una gran herramienta, una buena enseñanza, siempre y cuando no se superen ciertos límites. ¿Qué queréis de mí para que mis hijos puedan vivir indemnes? Decidme.

Hay unidades para medirlo todo. Para medir la longitud, la masa, el tiempo, la intensidad de la electricidad, la temperatura, la intensidad de la luz, la cantidad de una sustancia. El segundo, el metro, el amperio, el mol, el kelvin. Unidades de fuerza, de longitud, de superficie. Hay unidades, incluso, de viscosidad, para mi asombro cristalino: el pascal segundo.

Como soy un devoto chiflado del picante, sé que hay unidades para medir la capsaicina que contienen los platos y las especias; es decir, para medir el elemento químico, el principio activo que produce el picor, que a mí me gusta llamar *la pica* (en una adaptación a la argentina, como *la joda*).

Pero no hay unidades de dolor. Físico y moral. Los médicos y los brujos del alma se limitan a proponernos una regla, una escala, para medirlo: del cero al diez, desde la ausencia de dolor al dolor imposible de soportar.

No es serio tratar el dolor sin su correspondiente ceremonia de las palabras. Algo tan importante, tan constitutivo de nuestra existencia, no puede estar dejado de la mano de los científicos, y sobre todo de los escritores. Sin bautismo verbal no hay realidad física; sin su nombre adecuado, no hay cosa que valga.

Para el dolor moral propongo una denominación shakespeariana. La unidad de medida debería ser el macbeth (o si se prefiere el hamlet). Lord y Lady Macbeth son dos buenos ejemplos de almas atormentadas (y el príncipe Hamlet también). Setenta macbethes. Mil ochocientos treinta y nueve macbethes. Cuatrocientos millones de macbethes acumulados en una familia, en un pueblo, en una ciudad.

Para el dolor físico propongo el caupolicán como unidad de medición, en honor al caudillo mapuche que protagoniza *La Araucana*, de Alonso de Ercilla, y que murió empalado por los conquistadores españoles, en un famoso suplicio. Lo cantó también Rubén Darío en un soneto célebre y sonoro, como suelen ser los versos de Rubén:

Por casco sus cabellos, su pecho por coraza,
pudiera tal guerrero, de Arauco en la región,
lancero de los bosques, Nemrod que todo caza,
desjarretar un toro, o estrangular un león.

¿Cuántos caupolicanes puedes soportar? ¿Cuántos macbethes? ¿Con qué presión se rompe un hueso? ¿Y un cuerpo? ¿Cuántas unidades de dolor somos capaces de sufrir antes de venirmos abajo, antes de desmoronárenos el espíritu?

Nunca lo sabremos. Para el dolor no hay ciencia. Pero al menos hay que ponerles nombre a las cosas. Parece que así logramos conjurarlas.

Como espectador, cada día me considero más apátrida (una condición apátrida que me acompaña cada vez más en tantos asuntos, en tantos gustos, en tantas opiniones).

Mi «apatridismo» (no me parece que el neologismo sea innecesario), por lo que respecta al fútbol, consiste en ser, en primer lugar, del equipo en el que juega mi hijo, de la escuela que acoge al equipo en el que juega mi hijo. Es decir, que soy de mi hijo y nada más. Y nada menos. Incondicional como aficionado, como hincha. El partido más importante de la semana, del mes y del año es el que juega mi hijo cada año, cada mes y cada semana, por así decir.

Cuando ha jugado en el Valencia, he sido más del Valencia que de ningún club. Cuando ha pertenecido al Villarreal, he sido más partidario del Villarreal que de ningún otro. Ahora que juega en el Colegio Salgui, una escuela muy futbolera concertada con el Valencia, soy forofo del Colegio Salgui, y así será mientras siga jugando al fútbol. Soy un chaquetero sentimental contento de serlo. Cuando cambie de equipo, cambiaré de euforia, de inclinaciones, de preferencias. Estos son mis principios, pero si no le gustan a mi voluntad inmediata, tengo otros con los que me puedo encontrar más que satisfecho. En estos asuntos soy de una absoluta ortodoxia grouchomarxista.

Por otro lado, y por lo que atañe al fútbol profesional, mi apatridismo también es una suerte de disfrute nómada. Me gusta el buen fútbol allí donde lo encuentro, y no me permito jamás sostener fobias permanentes contra ningún escudo.

Ahora, soy seguidor del Valencia, del Levante y del Villarreal, por vocación mediterránea. Pero siempre estoy de parte de los equipos españoles cuando juegan competiciones europeas. Y me habría encantado que mi hijo jugase en el Athletic de Bilbao, como a cualquier aficionado verdadero al fútbol, que será siempre un defensor de la cantera. (El día en que un equipo se plantee, por decreto estatutario, jugar solo con jugadores españoles, me tendrá para siempre a sus pies. El fútbol de cantera es el único apartado nacionalista de mi conciencia).

Me habría encantado que mi hijo jugara en el Eibar, o en el Sporting de Gijón, o en el nuevo Girona, o en el Alavés, o en cualquier equipo modesto y

orgulloso de ser orgulloso y modesto. Creo que yo habría sido un buen fanático txuri urdin si hubiésemos nacido en San Sebastián y mi hijo hubiera pertenecido a la cantera de Zubietta.

Mi corazón es omnívoro y omnicomprendido y omnipotente a la hora de escribir, y padezco esa nostalgia que embargaba el espíritu de Álvaro de Campos, cuando no podía serlo todo, de todas las formas posibles. Tengo esa pena negra futbolística en el alma: no poder ser de todos los equipos de fútbol del mundo, en todos los momentos de la Historia, pasados, presentes y futuros, no poder ser hinchas de todas las selecciones en todos los partidos de la selección, sea cual sea, juegue contra quien juegue, de manera que podría ser hinchas absoluto y convencido de dos equipos que se enfrentaran en el mismo encuentro. Sin contradicción y sin incoherencia, porque mi apatridismo supone una forma de superar las contradicciones verbales y filosóficas, una síntesis hegeliana de los procesos futbolísticos de la Historia.

Mi hijo no es apátrida: es valencianista. Todavía es demasiado joven para alcanzar el grado de sabiduría iconoclasta, y a la vez ecuménica, de su padre: pero todo se andará.

Cuando jugó en el Villarreal, pese a defender los colores del club, tenía que sufrir en el vestuario el cachondeo y las burlas de sus compañeros de equipo, que eran todos de las comarcas de Castellón.

Como ahora es un preadolescente, o un adolescente a secas, ha abandonado el sincretismo que practicaba de niño, y que le permitía, sin discordancia, ser de cuatro o cinco equipos a la vez. Además, ha desarrollado esa fobia piscícola, tan extendida, contra el Real Madrid y el Barcelona, los peces grandes que se comen al chico, y que no es más que una versión localista y folklórica de grandes ideales vaporosos que habitan en el corazón de los jóvenes, como algunas leyendas épicas y ciertas canciones de amor desesperado. Todos los pequeños y grandes martirios son del agrado de los jóvenes, que necesitan causas perdidas, a ser posible mayúsculas.

Pero el caso es que su antimadridismo y antibarcelonismo generalizados lo llevan ahora a ponerse de parte de los equipos extranjeros cuando Barça y Madrid juegan partidos de Champions. Y eso me irrita. Que celebre a voz en grito y con aspavientos triunfalistas, en mis barbas, los goles, pongamos por caso, de la Juventus, del Bayern o del Liverpool, lo considero una afrenta a mi panespañolismo integrador radical. Es un signo de barbarie que trata de arruinar el brillo cegador de mi sistema de pensamiento. Al paso que vamos, lo echaré de casa antes de hora.

En general, estoy a favor de la discrepancia, sobre todo cuando la discrepancia coincide con mi opinión.

Hace unos años, después de que España ganara el Mundial con el mítológico gol de Andrés Iniesta, mi amigo el poeta Javier García Rodríguez tuvo la idea de pedirnos a algunos escritores, futboleros y no futboleros, un soneto dedicado al genio de Fuentealbilla.

(Si alguien cree todavía que el fútbol no es mágico, y que no alberga en sí mismo todas las posibilidades literarias, debería convencerle el hecho de que hoy en día millones y millones de españoles y de aficionados extranjeros saben que existe un lugar en el mundo que se llama Fuentealbilla, la pequeña fuente alba, la fuente del pequeño muchacho también albo, blanquecino, albino, la fuentecilla de Iniesta, de la que bebió el misterioso elixir blanco de su don irreplicable).

Compusimos una *Corona de sonetos en honor de Iniesta*, un homenaje de resonancias renacentistas; pero como sucede tantas veces en estos casos no llegó a editarse nunca, porque Javier no encontró quién se hiciera cargo editorial (es decir, económico) del proyecto. El otro día, con motivo del anuncio de que Iniesta dejaba el Barça y se marchaba a jugar a China, nada más y nada menos (aunque está por ver qué suceda, según nos cuentan los diarios), la antología de sonetos se publicó en internet.

Mi amiga Aurora Luque, que no es futbolera ni por asomo, escribió su soneto (un buen soneto, un buen homenaje), pero el otro día publicó en su muro de Facebook un texto con el que justificaba su lejana participación en aquel libro, imagino que para consumo de intelectuales asombrados de que una célebre poeta y helenista colaborase en asuntos tan frívolos y perniciosos para la república.

En su escrito, Aurora decía lo siguiente acerca del encargo de escribir el poema: «Menudo reto, por la forma y por lo ceñido del tema. Para mí el principal obstáculo era mi nula afición: aborrezco el fútbol cordialmente. Lo veo sobredimensionado como deporte, hipertrofiado como negocio, contaminado por la violencia más estúpida y a menudo misógina. Lo veo como secuestrador de las mejores neuronas y horas de nuestros jóvenes, como narcótico social, como ocio invasivo y totalitario. Por eso no me cupo más remedio que añadir ironía a este reto y algo de nostalgia pindárica. Además, Iniesta parece un chico honesto e íntegro, alejado del insoportable lujo hortera y vanidoso de otros. Pero estoy con el clarividente Jenófanes de Colofón, que

hace dos milenios y medio ya lo veía venir: las multitudes enardecidas aplauden y celebran a sus atletas, “pero no por ello mejora el gobierno de la ciudad”».

Algunas de las objeciones que Aurora pone al fútbol pueden y deben ser compartidas por cualquier persona sensata, sobre todo si no conoce el fútbol, ni lo ha jugado nunca, ni se ha interesado por él como materia artística.

En primer lugar, no hay un solo fútbol, sino tantos como individuos que lo han jugado, lo juegan y lo jugarán, tantos como espectadores habrá, hay y hubo.

¿Que está sobredimensionado como deporte? Puede que sí. O puede que no: los juicios acerca de las dimensiones de un acontecimiento constituyen tan solo opiniones privadas. Pero tal vez deberíamos preguntarnos qué tiene de especial ese deporte para que lo jueguen en las favelas y en el desierto, en el Amazonas y en la estepa de Siberia, en los barrios ricos de Miami y en los arrabales de Johannesburgo. El hecho de no comprender ni compartir la magia multitudinaria de un fenómeno no resta a ningún fenómeno ni un ápice de magia.

¿Hipertrofiado como negocio? Sí y no. La finalidad de todo negocio es crecer, expandirse, incluso hipertrofiarse. Por definición. Del negocio del fútbol, de su industria, también viven millones de personas, y dicho negocio, como todo negocio televisivo, como todo deporte de masas, brinda entretenimiento también a millones de individuos.

El entretenimiento no representa un asunto sin importancia: constituye una de las grandes tareas de la especie. Hay que entretenerse, matar el tiempo, mientras el tiempo se encarga de matarnos poco a poco. Defiendo que hemos venido al mundo, entre otras cosas, para estar entretenidos. Leyendo, escribiendo, jugando al fútbol, viéndolo por televisión. La supuesta superioridad espiritual de algunas actividades intelectuales, consideradas como entretenimiento, significa tan solo un espejismo optimista erigido por los intelectuales. Pasar la mayor parte de nuestro tiempo leyendo resulta maravilloso, sobre todo para quienes consideran maravilloso leer durante la mayor parte del tiempo. Pero solo para quienes lo consideran así. Para quienes lo consideramos así.

La hipertrofia, pongamos por caso, del negocio editorial, por parte de ciertos grupos inversores (que aspiran, como todos los grupos que invierten su dinero en el mercado, a crecer y obtener beneficios), no desacredita en ningún caso ni la literatura, ni la lectura, ni al numeroso público —los pocos felices, la inmensa minoría— de lectores que existe en todo el mundo. Aunque a

nosotros, los lectores vocacionales, nos encantaría una hipertrofia universal del fenómeno lector.

La idea de que el único ocio superior es el intelectual constituye un espejismo en el desierto. La consideración de que el único individuo que trabaja por el enriquecimiento de la especie es el que se retira a su sillón, para abrir un libro, representa una hermosa hipérbole, pero es una hipérbole lo que representa, por más hermosa que resulte. La esperanza de que los lectores, en secreto, urden una benigna conspiración de la inteligencia para hacer de este mundo un lugar mejor significa una loable esperanza, pero la historia de la humanidad ya ha dado sobradas pruebas de que eso no sucede así en la mayor parte de los casos, porque el mundo progresa muy poco a poco, aunque sean lectores los que a veces lo dirijan. El gobierno de los filósofos es una vieja aspiración, sobre todo de los filósofos; pero no resulta tan claro que sea una posibilidad mejor que el gobierno de los gobernantes: los tecnócratas, los políticos profesionales, los universitarios metidos a políticos y todos los demás.

No creo que el hecho de cultivar la inteligencia mediante el conocimiento literario nos haga mejores ciudadanos para el gobierno de la ciudad, ni más bondadosos, ni más eficaces. Los gobernantes deberían estudiar, y conocer la lengua y la tradición artística en la que han nacido, por supuesto, pero en la misma medida en que deberían, pongamos por caso, viajar, y jugar al fútbol de niños en las calles, y dormir al raso, y pasar estrecheces, y padecer todo género de experiencias humanas enriquecedoras: algo que está bastante alejado de la realidad general de la mayor parte de nuestros gobernantes, dicho sea de paso. Aunque a fin de cuentas, la bondad de un individuo, la condición amable de su temperamento, su rectitud, su capacidad de sacrificio, no dependerán de su cultura, sino de su naturaleza. A ese respecto creo con absoluta firmeza en el dicho de que carácter es destino.

Aurora habla de «ocio invasivo y totalitario», pero la verdad es que nunca ha sido tan fácil como hoy escapar a ese totalitarismo futbolístico. Basta con apagar la televisión, con cambiar de canal y ver un reportaje sobre los hábitos fornicantes de los escarabajos peloteros de la sabana, con suscribirse a un canal de Historia, con abrir un buen libro y sumergirse en la lectura, con irse a dar un paseo por las calles, vacías a esa hora en que se juega la final de la Champions.

El totalitarismo era el de nuestra infancia finifranquista, durante la Semana Santa, cuando solo se emitían procesiones sangrantes en blanco y negro, y por la radio solo sonaban las bandas militares, y cerraban los cines, y

la ciudad se teñía de una grisura espiritual que nos ataba un nudo en la garganta, y que aún hoy, cada vez que llegan esas fechas regresa a mi memoria con estupefacción.

Desde entonces, parece que tengo una muesca psíquica en el hipotálamo, y no siento el más pequeño interés por las marchas militares, por las vírgenes iluminadas con miles de palmatorias, por los encapuchados nazarenos, por el perfume del incienso en las calles. Mi sensibilidad resulta impermeable a todos los ritos fúnebres. Soy un turista cósmico, un curioso generalizado y sistemático, pero observo en la lejanía las procesiones de Semana Santa con el mismo asombro alienígena con que un hombre de las cavernas contemplaría una corrida de toros por televisión.

Aurora está en lo cierto al espantarse del exhibicionismo hortera de algunos jugadores, pero ese espanto proviene, sobre todo, de no conocer un poco más a fondo el mundo del fútbol en general, y dejarse guiar nada más que por el obscuro eco desmedido que poseen algunas estrellas fuera de los campos.

Por cada ejemplo de cursilería pomposa, de nuevorriquismo desmesurado, se podrían aducir cien casos de futbolistas modestos, sensatos y ejemplarizantes, incluso dentro de los mismos equipos en donde reluce la niñatería maleducada de los jugadores consentidos y estúpidos. (Aunque algunos de esos bobos, cuando salen a jugar a un campo de fútbol se convierten durante el juego en artistas, en la antonomasia de la inteligencia y la destreza deportivas, porque a cada cual hay que reclamarle la virtud y el virtuosismo en según qué ámbitos y condiciones. Al poeta le reclamamos que componga poemas que nos conmuevan, no que sepa arreglar el tambor de la lavadora, ni que sirva de guía moral a las jóvenes generaciones del país).

Como conozco a más escritores que a futbolistas, y como trato a más intelectuales que a deportistas en general, debo decir que conozco a más horteras, pedantes y engreídos en el mundo de la literatura que en ningún otro ámbito; pero no por ello decae mi admiración humana y literaria por muchos escritores, ni abominaré jamás de la literatura.

En el fondo, como suele ocurrir en muchas de las polémicas, podría estar de acuerdo con Aurora en ciertos aspectos de su reflexión, siempre y cuando hubiese sido yo quien la formulase. Nuestro punto de vista tiene el privilegio de parecernos siempre un poco más razonable y acertado que el de los demás. Ella aborrece cordialmente el fútbol, y yo lo amo con incondicional ternura. Dentro de unos días coincidiré con Aurora en el jurado del Premio Hermanos

Argensola, de Barbastro, y le contaré todo esto que he escrito tomándola como excusa, para que me riña.

Con los fichajes de algunos jugadores en que se empeñan ciertos clubes, y cuyo comportamiento privado ha dejado mucho que desear a lo largo de su carrera, sucede lo mismo que con los enamoramientos contraproducentes: el sujeto que se enamora, por más que se lo avisen quienes viven a su alrededor, confía en que él sabrá redimir y transformar a ese objeto amoroso sobre el que caen todas las sospechas de quienes lo conocen. Esta vez es distinto. Yo no soy los demás. Nosotros vamos en serio. Etcétera.

No sé si Neymar jugará en el Madrid, pero si yo fuera Florentino Pérez vería las barbas peladas de mis vecinos barcelonistas y parisinos del PSG. Estos niñatos caprichosos que cada año fuerzan la salida del equipo al que pertenecen, en busca de un contrato mejor, repleto de condiciones laborales pornográficas, siembran la discordia en los vestuarios, encabronan a buena parte de la afición, y dan una imagen infantil y ridícula de los clubes.

Cuentan que en el Barcelona, cuando Neymar desaparecía varias semanas para celebrar no se sabe muy bien qué onomásticas, y se marchaba a Río, pongamos por caso, los capitanes del equipo tenían que amonestarlo muy seriamente para que regresara a los entrenamientos. Si Messi no lo hace — parece ser que ese era el argumento ontológico empleado—, tú tampoco puedes hacerlo.

Está claro que cada caso es un caso, y que no creemos en los caracteres nacionales, aunque a veces parece que hay un determinismo brasileño del temperamento, que podría resumirse en ese famoso refrán que indica que la cabra brasileña siempre tira al salsódromo.

En ese inventario de asuntos por los cuales merece la pena vivir, y que todos los escritores estamos tentados de redactar alguna vez cada dos o tres meses, junto a quienes he amado, amo y amaré; junto a quienes estoy orgulloso de haber conocido, junto a los lugares más bonitos que he visitado, junto a los libros que he leído, el cine que he visto, la música que he escuchado, y el resto de mi repertorio sentimental, no podría faltar la oportunidad de ver jugar a Óscar Rubén Valdez, a Mario Alberto Kempes, a Diego Armando Maradona, a Lionel Messi. Y a tantos otros que harían de esta lista un coñazo.

Todo ello demuestra dos cosas de manera irrefutable: la primera, que yo no puedo sino sentirme bastante argentino; y la segunda, que los padres de los futbolistas argentinos extraordinarios no pueden sino sentir una inclinación enfermiza por los nombres escalofriantes de culebrón televisivo.

Este libro está condenado al éxito universal, y llamado a convertirme no solo en uno de los autores más vendidos de toda la historia, sino a transformarme en un gurú mediático de *transversalidad* planetaria.

Con mis reflexiones, los filósofos caerán de su caballo camino de Damasco, y abrazarán la causa del fútbol como antes abrazaban la fenomenología o el sistema del idealismo.

Los aficionados al fútbol padecerán una repentina iluminación, como le sucedió a Nietzsche en Sils Maria, y, levitando un palmo por encima de este mundo, verán despertarse en ellos la sofrosine de la discreción, y el amor hacia la filosofía, que es en definitiva el amor hacia la verdad, la bondad y la belleza.

Con mi manual sobre todas las cosas de este mundo, los *hooligans* descerebrados se cerebrarán por arte de magia y depondrán las armas, y abrazarán la abstinencia alcohólica.

El amarillismo periodístico de buena parte de la prensa deportiva desaparecerá de repente, y desde entonces cada nuevo artículo que se publique en España no será inferior a la *Crítica del juicio* de Kant.

Los entrenadores de todos los rincones del mundo me llamarán para que les aconseje acerca de un cambio de sistema táctico, para que les dé mi opinión sobre la oportunidad de fichar o no a determinados jugadores, y yo, magnánimo, les ofreceré la ayuda de mi consultoría, a precios que resultarán acordes con el mercado.

Los curas, incluso los que no son especialmente futboleros, citarán párrafos completos de este libro en sus homilías. Los políticos de tendencias opuestas emplearán mis opiniones, sacadas de contexto, para fundamentar sus estrategias partidistas y sus ardides electorales. En los programas del corazón, las estrellas del inframundo sentimental lucirán en su regazo un ejemplar de *Nunca fuimos más felices*, convirtiendo el título en profético. Los críticos de los suplementos literarios no sabrán muy bien en dónde encajar las reseñas de elogios desbordados, pero en cualquier caso estarán de acuerdo en que se trata de una obra maestra de la literatura sin género, de la escritura a secas. Los que nunca leen harán una excepción veraniega. Los que solo leen en verano me cargarán en la maleta para relamerse de mí en las playas de Benidorm. Los politoxicómanos insomnes de la joda ibicenca bailarán con un ejemplar en

alto de la centésima edición. Los poetas adolescentes derramarán una lágrima secreta ante tanto lirismo inesperado. Y Vargas Llosa escribirá un artículo en *El País*.

Uno de los conceptos más tópicos en las conversaciones futbolísticas, mediante el que se pretende explicar lo inexplicable, es el de las famosas «dinámicas», ganadoras y perdedoras, en que entran de la noche a la mañana los equipos, y que parecen empujarlos hacia la gloria o hacia el infierno, sin que nadie se explique lo que ocurre.

Los mismos jugadores que hace tres meses asombraban al universo mundo con su juego de malabaristas, con su estado de gracia permanente, caen en un pozo sin fondo de vulgaridad y se ven arrastrados hacia las derrotas continuas y los puestos de descenso en todas las competiciones en que participan.

Por esa misma regla de tres indiscutible, unos jugadores que no parecían destinados al éxito caen bajo el influjo de una visión repentina, contemplan una zarza ardiente que no se consume, en el monte Sinaí, y escuchan la voz de Dios que les dice:

«Yo soy el que soy, el Tetragrámaton, y vosotros seréis lo que yo os mande, hijos míos. A partir de ahora vais a correr como esclavos y a llevar mi mensaje por los campos de fútbol del mundo, y vais a ganar los partidos que os correspondan, y elevaréis plegarias a Yahveh, y os pasaréis la pelotita los unos a los otros, y yo no permitiré que los equipos rivales os la quiten, y mucho menos que la introduzcan en vuestra portería, que es la mía, la portería del Señor, la portería del Dios de Abraham, y tendréis entusiasmados a vuestros hinchas, que me honran en cada templo del fútbol nuestro, y no permitiréis que las hinchadas rivales tomen mi nombre en vano, y sudaréis la camiseta en invierno, y os regocijaréis en verano durante las vacaciones y las pretemporadas, y no temeréis las decisiones arbitrales, ni las resoluciones de los tribunales deportivos, ni los decretos de la FIFA, que son decretos, resoluciones y decisiones de infieles, y si hicieris todo lo que os digo la pelotita entrará en la portería rival y vosotros ganaréis los partidos que juguéis en mi nombre».

Y, curiosamente, la pelotita entra, y ese grupo de jugadores que parecía estar solo destinado al anonimato se convierte en el equipo revelación y a veces incluso gana la Liga. Por el incognoscible e inexplicable influjo de «las dinámicas».

La monserga de las dinámicas consiste, nada más y nada menos, que en el puro azar, porque todo juego —y el fútbol lo es— lo incluye. El simple, absurdo e inexplicable azar.

El hecho de que el azar esté encarnado en el fútbol por un objeto esférico, que entra o no entra entre tres palos, que se marcha fuera por milímetros, que golpea en la espalda de un individuo, se convierte en gol y cambia el destino de miles de personas, de millones a veces; el hecho de que una pelota sea el emblema de la loca y borracha suerte constituye una metáfora inmejorable.

El azar es redondo, y no cuadrado, o romboide, el azar rueda y se enloquece, se levanta en el aire y golpea contra las paredes, el azar es un balón, por eso lo golpea cualquiera y a cualquiera puede golpear; por eso, después de un patadón, rompe los cristales de una casa; por eso lo persiguen los niños y cruzan la calle sin mirar, aunque circulen los coches; por eso se queda encalado en el alero de un edificio y nunca más se supo, por eso se clava contra una chumbera y se pincha como un globo; por eso le parte las gafas a uno que pasaba por allí y se le clava un cristal en la pupila y pierde el ojo; por eso alguien hace un pésimo disparo desde fuera del área y el balón hace una curva imprevisible, da en la cabeza del contrario, golpea en la cepa del poste, cruza toda la raya de gol de la portería y vuelve a golpear en la cepa contraria, sin entrar, sin ser gol, sin sumarse bajo esa forma —la forma del gol— a la infinita cadena de causas y consecuencias que permanentemente se conjuran para convertirse en el relato que denominamos destino.

Todo el mundo sabe que el fútbol es un juego. Todo el mundo sabe que los juegos incluyen una cantidad variable de azar. Pero casi nadie está dispuesto a entender el fútbol como un juego. Casi nadie está dispuesto a admitir que existe un enorme componente azaroso en el deporte. Porque lo más obvio, lo más conocido, lo más esperable resulta lo más difícil de aceptar.

Todos sabemos que todos, sin excepción, hemos de morirnos, pero nadie puede concebir ni aceptar su propia muerte. De ahí que siempre nos sorprenda su noticia, su irrupción. Se ha muerto Mengano, nos dicen. Y nos quedamos boquiabiertos, pasmados, aunque solo sea un instante. Quién nos lo iba a decir: aunque eso precisamente es lo único seguro que nos iban a decir algún día.

Sabíamos que era mortal, sabíamos que estaba enfermo, sabíamos que era un anciano, y, sin embargo, su muerte nos impresiona, asusta y sobrecoge. Todas las muertes son inesperadas por naturaleza. Lo más esperable se

convierte siempre en lo menos esperado. La realidad es la más terca de las obviedades.

Los supersticiosos y los analfabetos las llaman dinámicas, pero se trata solo del azar. Esa divinidad.

En este libro cabe todo: todo lo que quepa en mí. Porque este libro soy yo, como todos los libros que he escrito. La escritura es el mayor destilado biográfico de quien escribe: su sudor, su saliva, su sabor, su sombra, su aliento.

Desde un punto de vista literario, el fútbol puede serlo todo, el único tema, el desencadenante único que empuja la escritura palabra por palabra, hacia delante, como puede serlo la vida de un hidalgo al que se le derriten los sesos por culpa de las novelas de caballerías, o como las tribulaciones de un joven atormentado y enfermo de tuberculosis que pasa los días en un sanatorio suizo, o como la afición a pasear en solitario por los bosques cercanos a nuestra casa.

Flaubert nunca lo dijo, pero ha pasado a la historia que pronunció estas célebres palabras durante el juicio en el que se le acusaba de inmoralidad, después de la publicación de su más famosa novela: «Madame Bovary soy yo». Por regla general, se interpreta que el novelista quería decir que el personaje de Madame Bovary estaba construido con su mismo espíritu. Pero yo interpreto su supuesta declaración de otra manera.

Quería decir que él era *Madame Bovary*, la novela, con cada una de sus palabras, con sus puntos y comas, con su fraseo esculpido a cincel, con su exquisita musicalidad. Él, Gustave Flaubert, era su escritura, y su escritura era él. «El hombre pluma», como se definió en ocasiones. En su libro cabía todo, todo lo que él mismo fuese. En él estaban depositados todos los sueños de la tierra, que después trasladaba a sus libros.

De ahí que no exista ningún tema mejor que otro, ningún argumento superior a los demás. Lo único que existe es el resultado al que un escritor llega con el material del que ha decidido servirse.

En cualquier asunto cabe todo: todo lo que un escritor lleve dentro, todo lo que un escritor sepa verter en el lenguaje, todo lo que un escritor haya vivido y acierte a ordenar en sus palabras ordenadas.

Cuando escribo de fútbol, escribo de cualquier cosa. Cuando escribo de fútbol, escribo de todo, porque todo, cualquier cosa, cabe en mí. En mi cabeza. En el balón de mi cabeza.

Resulta imposible creer en los caracteres nacionales —lo francés, lo español, lo argentino, lo norteamericano—, tanto como resulta imposible no estar tentado de creer en ellos. Es decir: no existen, pero lo parece. No podemos admitirlos, pero no nos los quitamos de la cabeza.

Rechazamos las generalizaciones, pero no podemos vivir sin generalizar. Puede que dichas generalizaciones sean falsas, incluso la de considerar falsas las generalizaciones; pero necesitamos abstraer, generalizar, resumir. No podemos atender cada caso, no tenemos paciencia ni disposición para pormenorizar.

Ser humano es ser injusto con la mayoría. Particularizar, incluso, consiste, bien mirado, en una forma de generalizar, de resumir, de abstraer los asuntos: nos enamoramos de una mujer, por ejemplo, para no tener que conocerlas a todas, por no poder enamorarnos de cada una de ellas. Elegimos una vocación, o somos elegidos por ella, para no tener que dedicarnos a todas las vocaciones existentes en el mundo.

Me voy por estas nubes y estos cerros de Úbeda y sus alrededores, a cuento de que parece en ocasiones que existe una manera británica de ver, entender y vivir el fútbol. Una manera escocesa, dentro del arquetipo británico. Una manera fanática. Un fanatismo ligado de manera indisoluble al consumo de alcohol de manera desafortada. Beber hasta matar la idea. Como si se hubiese declarado la peste dentro de la ciudadela medieval. Como si el Consejo de Ancianos nos hubiese condenado a morir al día siguiente en la horca.

Anoche jugó en Valencia el Celtic de Glasgow, y desde el día de antes las calles de la ciudad estuvieron llenas de hinchas, la mayor parte vestidos con pantalón corto, chancletas (o zapatillas de deporte con calcetines blancos largos, bien estirados hasta la rodilla, en un alarde de elegancia de apaches chiricahuas), y con la camiseta oficial de su equipo, con franjas blancas y verdes horizontales.

Llegaron a la ciudad cerca de diez mil, en vuelos chárter, aunque solo unos mil quinientos tenían entrada para ver el partido. El resto venía a cumplir un ritual célebre de los aficionados británicos: beber sin freno, ver el partido por televisión en algún bar cercano o no al estadio, y alborotar hasta la

hora de su regreso, con mayor o menor repercusión sobre el mobiliario urbano de la ciudad de acogida.

Esa ebria fidelidad de hinchas ebrios resulta admirable y enternecedora, si no fuese por los inconvenientes que genera. Quiero decir que proporciona color al acontecimiento deportivo, emotividad de carácter épico, pero que, si deriva en desórdenes, se transforma en un evidente engorro general.

Cerca de casa, en la Gran Vía, habían invadido los arriates y parterres, con sus litronas, con sus pintas de cerveza, con sus cánticos. Camino del campo nos cruzamos con docenas de *supporters* que daban bandazos de un lado a otro de la calle, golpeándose contra las paredes. Cruzaban las avenidas a ciegas, sin importarles que viniesen los coches a toda velocidad, y bastantes estuvieron a punto de ser atropellados. Algunos, horas antes del partido, estaban tumbados en el suelo, en los bancos de los jardines, durmiendo la cogorza de todo el día, o sufriendo ya el resacón de una borrachera perpetua. Parece ser que un hincha se cayó desde lo alto de un puente, en el viejo cauce del Turia, mientras trataba de hacerse una foto caminando fuera de la baranda, y a punto estuvo de desnucarse.

Me asombra la resistencia británica al frío. Estábamos a seis o siete grados, lo que para mí representa una temperatura polar, y ellos parecían estar en el Caribe. He visto andar a las jóvenes inglesas de Manchester, en pleno invierno, empapadas bajo la tormenta, con una minifalda no más grande que un antifaz y un top del tamaño de un sujetador, sonrientes, impasibles, ignorando con orgullo la climatología perra de su ciudad.

Parece que los seguidores del Celtic viajan, por lo que observé, en curiosos rebaños formados por muchos jóvenes y al menos un adulto, que se dedica a cuidarlos en el desbarajuste: los acomoda en el suelo cuando se desmayan y comprueba que aún siguen vivos, escoge las canciones célebres de animación, predica con el ejemplo y bebe más que ninguno.

Dentro del campo, resultan divertidas sus coreografías, que no suelen tener ninguna relación con el desarrollo del partido. No hace falta que su equipo esté jugando bien, para que de repente se levanten y empiecen a cantar con los brazos abiertos, subiendo y bajando las manos hacia el cielo, como si estuviesen empujando la atmósfera. Ayer, a una señal, encendieron las linternas de sus móviles, y llenaron Mestalla de lucecitas, como se hacía antes en los conciertos con los mecheros, en aquella prehistoria en la que fumaba la mayoría de la población. Solo faltó que cantasen, cogidos de los hombros, alguna vieja canción de Joan Baez.

La reiteración de las ceremonias —sobre todo en un espectáculo tan ceremonial como el fútbol— es lo que nos fuerza a generalizar, a teorizar acerca de la existencia de esos arquetipos. Se diría que hay una manera escocesa de vivir el fútbol: una manera beoda. Incluso de los abstemios, que debe de haberlos tal vez, pero que no pueden dejar de estar contagiados por los efluvios de los demás.

La manera suicida de beber no es patrimonio exclusivo de los británicos, por supuesto. Pertenece a todos los pueblos, a todas las épocas, a todas las culturas. En todas partes cuecen habas, y, para cocerlas, se llena la olla de alcohol y se añaden las habas tiernas. No hay ningún pueblo sin su destilado, sin su fermentado, sin su bebida nacional, sin su pócima para la tribu, sin su bebedizo, sin su brebaje. He visto en todas partes libar el trago hasta caerse de espaldas. Hasta no poder hablar. Hasta perder el conocimiento. La historia de la humanidad también es el relato de una gran curda colectiva.

La necesidad del narcótico, o del estimulante, o de ambos a la vez, constituye un universal en el hombre. Para reír, para bailar, para saltar, para cantar, para que no duela tanto, para alentar el olvido, para pasar de puntillas, para perdonarnos, para no se sabe qué.

A veces, leyendo libros de historia, viendo la inexplicable ceguedad de los individuos, la terrible maldad de la que hemos sido capaces, el horror que nos hemos infligido los unos a los otros, me ha asaltado la idea, como el deslumbramiento de los faros de un coche en mitad de la oscuridad, de que la aventura humana también es una descomunal e inacabable mala borrachera. La carrera de la especie entendida como una inconmensurable cogorza. El gran pedo cósmico. Demasiado alcohol en el universo.

Sin embargo, inmediatamente después de pensar eso, reflexiono, y me repito la obviedad de que no seríamos justos con nosotros mismos si resumiéramos así el paso del hombre por la vida. Y para celebrar ese convencimiento me tomo una copa.

Al llegar a casa después del partido, que el Valencia ganó por un gol a cero, tuvimos que esperarnos Carlos y yo a que nos apartaran a un veinteañero que estaba desmayado en la puerta del zaguán, desnudo de cintura para arriba.

Mi padre solía decir que la selección de la especie era la única ley universal que no se derogaría nunca: los más bestias se mueren. Los más tontos se matan solos, y la humanidad avanza gracias a la supervivencia de los inteligentes.

La pelota entró en la portería, y todos gritaron gol, y en ese preciso momento un coágulo de sangre espesa se formó en un vaso sanguíneo y generó un infarto en el corazón de alguien; y una bengala, que su dueño había introducido en el campo metida en su culo, cruzó el cielo del estadio y se fue a clavar en la cabeza de un niño de seis años que veía aquella noche su primer partido de fútbol en directo, en compañía de su padre; y un hincha enfervorizado se metió bajo las sábanas de la cama y folló entusiasmado con su mujer, sin pensar en que de aquel encuentro nacería su segunda hija; y un policía de servicio en los alrededores del campo resultó atropellado por el furgón que conducía un compañero, mientras perseguía a un grupo de ultras violentos; y a la salida del partido otro grupo de hinchas descerebrados, neonazis embalsamados en coca y borrachos como cubas, se topan con un adolescente vestido con la camiseta del equipo contrario, lo rodean, lo zarandean e insultan, lo tumban de una patada de kárate en el pecho, lo apalean en corro cuando está en el suelo, y, cuando se levanta para tratar de huir, malherido, uno de los agresores le clava una navaja en el corazón, un solo gesto rápido y sencillo, que penetra entre las costillas, sin el obstáculo del hueso, y que lo mata en unos instantes; y en la planta de pediatría oncológica de un hospital remoto, un niño de diez años, aquejado de leucosis linfoblástica, se olvida durante un buen rato de dónde está, y llora de alegría por la victoria de su equipo, y una extraña conjunción de reacciones afectivas, que la medicina no sabe explicar, hará que en el análisis de sangre del día siguiente haya aumentado su hematocrito; y una vieja que escuchaba por la radio el encuentro, sin demasiada devoción, más por ser fiel a una costumbre que le recuerda otra época, que por verdadero interés en el fútbol, se toma a continuación un vaso de leche con galletas, su repertorio de pastillas (para la tensión, para el colesterol, para el dolor de espalda, para el estreñimiento, para el insomnio, para protegerse de todas las pastillas que se toma), y se marcha a la cama con la certeza de que ha terminado en paz su día; y un viejo escritor, en ese mismo instante, decide comenzar una novela sobre la herejía cátara, orgulloso de vivir de espaldas por completo a todos los acontecimientos futbolísticos del planeta; y una pareja de novios, a mil kilómetros de distancia de esa ciudad en donde se celebra el partido, decide casarse al año siguiente, y visitar el estadio durante su viaje de bodas; y un cincuentón desengañado,

después de que la pelota entrase en la portería, decide no volver a renovar su abono, a pesar de haber sido socio durante treinta y cinco años, su fidelidad más grande, si lo piensa con calma; y el dueño de un burdel cercano al campo decide aumentar el número de putas de servicio para más tarde, porque la clientela necesitada de un alivio psicofísico aumenta en progresión geométrica tras las victorias locales; y el vendedor de bufandas, y gorros, y escarapelas, y escudos, y latas de cerveza, cuando oye la algarabía desde fuera del estadio, decide mantener abierto su chiringuito hasta la salida de los espectadores, porque la necesidad de estímulos simbólicos se dispara en noches como aquella; y un hipertenso se regala un homenaje, en su silla de gol norte, consistente en una bolsa de maíz frito salado, que le eleva la tensión arterial hasta los 18 de máxima y los 12 de mínima; y un adolescente que escucha el partido por la radio del móvil decide que se masturbará nada más llegar a casa; y un seguidor pendenciero y beodo, que ve el partido en la pantalla gigante del bar de la esquina, entona un cántico contra el equipo contrario, con tan mala fortuna que el local está abarrotado de hinchas rivales, y se desata una lluvia de botellas de vino, y botellas de champán, y botellas de orujo, y botellas de cazalla; y un espectador senequista aprieta el puño dentro de su abrigo, y luego aprieta la mano de su vecino, sin gritar, sin levantarse de su asiento, sin otra idea que un vago e indefinible sentimiento de alegría.

Si la pelota pudiese pensárselo dos veces, lo más probable es que hubiera decidido no convertirse en gol.

El otro día, en televisión, vi las imágenes de un presidente de cierto equipo de fútbol que saltaba al campo con una pistola al cinto. Días después, enseñaron la grabación de un jugador que utilizaba una cuchilla para cortar a los rivales en la cara, en los brazos, en las piernas. Se acercaba a ellos por detrás, pasaba a su lado y los cortaba.

El fútbol está inseparablemente unido a la literatura: en este caso a la peor, a la inverosímil.

Si el esperpento es la deformación sistemática de la realidad, para entenderla mejor, ¿qué es la deformación sistemática del esperpento?

La realidad al cuadrado. El peor cuadrado de nuestra realidad.

No he comprobado si el lema es verdadero o no, aunque sería fácil hacerlo.

Algunos hallazgos conviene dejarlos tal y como están, para que la realidad no nos defraude. La precisión y la exactitud a menudo resultan decepcionantes, si las comparamos con los errores de nuestra memoria. La errata, por así decir, también constituye una forma de creación artística. El caso es que lo cuento como lo recuerdo ahora.

Creo que leí que Éver Banega lo llevaba tatuado en uno de sus gemelos, junto con el escudo de Newell's, «los leprosos» de Rosario.

Es la divisa del equipo: «Solo Dios lo entiende».

Algunas cosas, es cierto, solo las entiende Dios, y eso en el supuesto de que Dios exista y de que creamos en él. Algunas cosas, sin embargo, ni el mismo Dios puede entenderlas, por mucho que nos encomendemos a su ser omnipotente.

El fútbol, por lo que respecta a la opinión general, cae debajo de los asuntos que no merecen la pena explicarse, un hecho más en la casuística de la fe. En los razonamientos más pedestres, el fútbol se suele asociar con el fenómeno de la religión, entendida de un modo elemental, como aquello que figura por encima de la razón y que no necesita justificarse para ejercer su práctica.

Estoy de acuerdo con la idea de que no hace falta que nos justifiquemos para que nos gusten las cosas que nos gustan. Basta con el hecho de disfrutarlas. Me resulta ridícula la figura del individuo (la del intelectual, sobre todo) que necesita disculparse por cada cosa que hace, servirse de una coartada que nadie le solicita y que a nadie le importa. Ese mequetrefe que redacta un manifiesto antes de casarse por la Iglesia, ese papanatas que necesita consultar a las bases antes de aplicarse una pomada hemorroidal. Sin embargo, el fútbol es uno de los asuntos con mejor explicación profunda que existe.

Estoy convencido de que el fútbol gusta porque es un entretenimiento que da intensidad a la vida de quien lo juega durante su infancia y juventud. El gol es un valor absoluto, una variante inmediata de la felicidad, un fármaco de dicha inyectado en las venas. Y nos sigue gustando de adultos, cuando ya uno no lo puede practicar, porque nos mantiene ligados a esa infancia y juventud de las que no queremos desprendernos jamás.

Esa es su verdadera explicación última, su auténtica explicación íntima, que no necesitan entender quienes permanecen en su hechizo. Que no necesita entender ni el mismísimo Dios, que todo lo entiende, en especial lo relacionado con el fútbol.

El 25 de mayo de 2019 —hay que escribir la fecha completa, como en las grandes ocasiones de la historia: en las batallas navales, en los armisticios, en los descubrimientos de nuevos continentes, en las publicaciones de libros mitológicos, en los nacimientos de los benefactores de la humanidad— estuvimos mi hijo y yo en Sevilla, en el Benito Villamarín, viendo la final de Copa entre el Valencia y el Barcelona. Con la excusa de que mi hijo no había podido disfrutar nunca de un acontecimiento como ese, organicé el viaje, que fue incómodo, fatigoso y caro, pero que mereció la pena, porque el Valencia ganó el trofeo, 2-1, al Barcelona, como ya sabe todo el mundo.

Y en especial porque me figuro que inscribí en la memoria de mi hijo un recuerdo imborrable que estará asociado para siempre conmigo, entre otras cosas porque no paraba de repetirle que inscribiera ese acontecimiento en su memoria y que lo tuviese siempre asociado a la figura del pesado de su padre, que trata muy a menudo de hacer muescas mnemotécnicas en su espíritu.

Los padres tenemos que servirnos de todas las argucias posibles para intentar sobrevivir en la conciencia de nuestros hijos, pero no de manera genérica, como padres nada más, sino como individuos particulares ligados a hechos concretos, y no hay nada mejor para conseguirlo que algunos grandes acontecimientos de nuestra historia privada compartida. Acuérdate de estos momentos —le insistía—, acuérdate de estas calles, acuérdate de esta comida mano a mano, acuérdate de este estadio de fútbol, acuérdate de esta luz cegadora de finales de mayo, acuérdate de mí (le suplicaba en secreto, por debajo de todos los pequeños detalles de los que debía acordarse).

El fútbol que amamos tanto los dos también es una manera desesperada de pedirle que me recuerde con amor cuando yo ya no esté y él siga amando el fútbol. Una manera de que entienda cuánto lo amaba su padre, también mediante la estratagema del fútbol nuestro. Si este libro no sirve para amar el fútbol, y, sobre todo, para amar más a mi hijo a través de ese juego, no sirven para nada ni el fútbol ni este libro.

El fútbol y la literatura, en mi caso, forman un todo indisoluble: una forma de querer más y de que me quieran mejor, como se ha dicho tantas veces. Queremos perdurar, permanecer, aunque solo sea como un recuerdo benigno, como un capítulo sagrado en la intimidad de quienes amamos y esperamos que nos amen en el recuerdo. Como viven mis padres en mí, a pesar de haber

muerto, como viven mis amigos en mí, a pesar de haber muerto, como viven en mí todos aquellos a quienes amé, aunque sea bajo la deslucida forma del recuerdo propio, que representa el sucedáneo de un sucedáneo de la vida verdadera.

Conseguí agenciarme, después de remover cielo y tierra, y recurriendo a amistades cercanas al club, dos buenas entradas de tribuna baja que me costaron cerca de doscientos euros cada una. (Como sigo siendo un individuo nacido y criado en la vieja peseta española, no puedo dejar de convertir los euros en pesetas y de llevarme las manos a la cabeza por lo que ha subido el precio de la vida, y no puedo dejar de escandalizarme por lo que pensaría mi padre, escandalizado, al comprobar lo que valen las cosas hoy en día: ¡¡sesenta mil pesetas más o menos, dos entradas de fútbol, Dios santo!!).

Después de conseguir un hotel para dos noches en las afueras de Sevilla, a un precio razonable (poco más de cien euros la habitación doble, cada día), hube de cancelar la reserva, porque no encontramos ni avión ni tren regulares para volver a la mañana siguiente al partido, el domingo 26. Todos los aviones de vuelta estaban llenos, y Renfe no informaba de si aumentaría las plazas de tren en esas fechas.

No informaban porque estaban planeando un negocio en connivencia con las agencias de viaje de la ciudad. Se organizaron unos trenes chárter para ir y venir en el día, los convoyes más largos que he visto nunca en los trenes de alta velocidad.

(Otro tren «charterado», como aquel del que me hablaba en Sevilla un taxista de la Diputación, para la final de Copa entre el Sevilla y el Barça, y del que hablé al comienzo de este libro: los cambalaches patrios son ubicuos e intemporales).

Salieron, creo, unos cinco o seis trenes, desde la estación Joaquín Sorolla, con más de veinte vagones por tren, y más de mil pasajeros por convoy. A las ocho de la mañana, el primero (el nuestro), y así cada hora y media.

Los billetes para esos trenes no los vendía Renfe, como hubiera sido lo lógico, sino que estaban en manos de las agencias de viajes de la ciudad, que organizaban el trayecto desde Valencia a Sevilla, y el desplazamiento de ida y vuelta, en autobús, al campo del Betis.

El Valencia CF había sorteado entre los abonados las entradas que la Federación Española había puesto a su disposición, con el peregrino sistema de adjudicar una sola entrada por socio agraciado. En el segundo sorteo, destinado a los socios que habían asistido a todos los partidos de la última temporada, nos correspondió una entrada para la final, lo que, en lugar de

resolver nuestro deseo, nos generaba un problema. Nadie va solo al fútbol, o casi nadie.

Todo el mundo asiste a los partidos con su hijo, con su mujer, con su amigo, con su vecino del barrio, con sus colegas del pueblo, de modo que adjudicar una sola entrada por socio constituye un absurdo de esos que nos llevan a pensar, como sucede tantas veces en los asuntos públicos y privados, que existe una maquinación macabra destinada a burlarse de los ciudadanos y de su destino.

Adjudicarte una sola entrada para una final de Copa, es algo así como proporcionarte una mesa, en un gran restaurante, para un solo comensal. ¿Quién cena solo, a no ser por obligación? Seguro que hay algún psicópata inofensivo al que le gusta cenar solo, porque sabemos que hay gente de todas las clases, pero el hecho no deja de constituir, por más inofensiva que resulte, una psicopatía. Al fútbol y a cenar se va bien acompañado. De lo contrario es mejor quedarse en casa.

El fútbol es una actividad colectiva que necesita compartirse. Cada espectador genera sus alocuciones privadas a cada instante, acerca del sistema empleado por el equipo, acerca de la alineación, acerca del desarrollo del encuentro, acerca de las soluciones que deberían aplicarse de inmediato para combatir los problemas que ocurren en el césped. De manera que nadie va solo al fútbol, o casi nadie.

Se puede ir solo al campo, como se puede viajar solo, o como se puede ir solo al cine, o a un restaurante; pero me parecen actividades muy tristes.

Solo se viaja más deprisa, dijo Julio Verne. Es una frase intensa, orgullosa, hecha para jóvenes y para individuos amargos, pero encierra a mi entender una profunda contradicción: indica que las actividades inventadas para la felicidad no deben compartirse, y toda felicidad que no se comparte, que no se celebra en compañía, es una felicidad de segunda clase.

Se puede, y se debe, ser feliz en soledad, pero en quienes lo logran de ese modo siempre pesa más su soledad que el hecho de ser felices. La felicidad solitaria constituye un desperdicio. Contentarse con ella es como contentarse con la masturbación, en lugar de con el sexo compartido. Y la prueba de que la alegría, la plenitud, la felicidad necesitan compartirse nos la da la literatura a cada instante.

Los grandes escritores solitarios, los férreos incondicionales de su intimidad amurallada persiguen a toda costa, en el lector, compartir su intimidad y su solitaria escritura, se les ve mendigar atención y cariño a través del espacio y del tiempo.

Siempre que he tenido la ocasión de disfrutar en solitario de un paisaje, de una comida, de una película, me he dicho con tristeza para mis adentros: cuánto le habría gustado a mi mujer estar aquí, cuánto a este amigo en concreto, cuánto a mi padre. Y, sobre todo, cuánto me habría gustado a mí que estuviesen ellos compartiendo mi felicidad, haciéndola perfecta, elevándola a su mejor dibujo.

Los solitarios recalcitrantes se convencen de que su forma de felicidad es la mejor que existe, porque uno se convence de todo lo que quiere (sobre todo de lo que quiere uno en especial, de lo que considera su manera de ser, el sistema de su espíritu), pero suelen hacer tantos esfuerzos en defender su soledad y en exhibirla que nos producen ternura y compasión. La alegría compartida ya tiene su propio público; la solitaria siempre vive en busca de un auditorio.

Me gusta ver partidos de fútbol por la tele solo, pero no son más que una pálida sombra del acto de verlos con mi hijo, repantigados los dos en el sofá, abrazados, discutiendo lo que ocurre en el campo, viéndolo crecer en sus análisis, aplicando lo que aprende de sus entrenadores y del juego.

De manera que nunca hubiese ido solo a la final de Copa en Sevilla, y no creo que hubiera muchas personas, entre los sesenta mil que abarrotábamos el campo, que estuviesen solas allí. Qué tristeza, qué despilfarro sentimental, qué malversación de caudales afectivos.

Recogí las entradas en la sede del Valencia CF. Me las dieron en un elegante sobre negro del Centenario del club, con una bonita tipografía y el escudo impreso en color blanco.

El acto de comprar las entradas de los partidos y los pases por internet representa una comodidad magnífica, y simplifica mucho la vida diaria de los aficionados. Por nada del mundo volvería a las ancestrales colas en las taquillas de Mestalla, a las tercermundistas aglomeraciones dubitativas, rezando para que queden localidades en el momento de nuestro turno de compra. Pero lo cierto es que la satisfacción de comprar en mano las entradas no se parece a ninguna otra.

El hecho de cruzar la ciudad con tus entradas de papel en el bolsillo, en la cartera, custodiándolas con tu vida, apretándolas contra tu cuerpo, no se parece a otro género de emociones. Se trata del trabajo cumplido, de la tarea bien hecha, del plan logrado, un alivio epistemológico. Todo eso sentí yo cuando recogí las entradas para la final de Copa, mientras las observaba palpar dentro del sobre negro del Centenario.

Llegamos a Sevilla cerca de las doce y media del mediodía, el sábado 25 de mayo. Hacía un calor insoportable, como solo puede acalorar el calor andaluz. Treinta y muchos grados a la sombra, aunque todavía no era el calor sevillano de julio y agosto, todavía no había tenido tiempo, el calor, de calcinar el aire y el asfalto, las casas y los árboles.

En Sevilla y Córdoba, y después en el aeropuerto de Dakar, he tenido la certidumbre de que el calor es una dimensión de la materia, de que alcanza la condición sólida, y de que puede amasarse, con guantes, para no quemarnos; la convicción de que el calor se convierte en ocasiones en una membrana incandescente contra la que nos movemos.

Se habían instalado unas carpas gigantes de tortura en las cercanías del Benito Villamarín, para que los aficionados se deshidrataran bajo las lonas sin apenas ventilación, y para que se desmayasen en grupo junto a otros aficionados de idéntica fe futbolística.

Los autobuses nos llevaron desde la estación hasta las denominadas *fan zones*, pero nosotros no nos quedamos allí. Cogimos un taxi y nos fuimos al centro de la ciudad.

Quería enseñarle a mi hijo Santa Cruz, callejear por el centro y llevarlo a alguna de las grandes tabernas a las que había ido siempre que visitaba la ciudad, con Felipe Benítez, con Abelardo Linares, con Pepe Moreno Serrallé, el más experto en buenos bares de todos mis amigos andaluces de la literatura. Lo llevé a La Gitanilla y a Las Teresas, y tomamos jamón del bueno, y caña de lomo, y pringá, que es la tapa que yo elegiría para repartir a las puertas del Paraíso a todos aquellos que fuesen llegando con hambre de eternidad feliz.

Me imagino que todos los padres somos parecidos en lo tocante a nuestro deseo de transmitir a nuestros hijos algunos de nuestros paisajes sagrados. Queremos que estén en las ciudades en las que fuimos felices, para que lo sean también. Queremos que vean las puestas de sol que nos sobrecogieron, para que también los sobrecojan. Queremos que paseen por las mismas calles por las que paseamos de jóvenes, para que puedan hacerse una idea de lo que sus padres sentían siendo jóvenes, porque los hijos no pueden concebir jóvenes a sus padres, ya que esa suerte de remembranza imposible los anula en su propia juventud.

Imaginan que debieron de ser jóvenes, como un dato olvidado en un viejo manual de biología, pero sin alcanzar a entenderlo, y sin querer comprenderlo del todo. Cuando sus padres éramos jóvenes, ellos no existían, y su voraz instinto de supervivencia está obligado a negar la posibilidad de que sus

padres alguna vez estuvieron en el mundo sin que ellos estuvieran a su vez. No solo se defiende el cuerpo: la mente necesita aniquilar todo aquello que niega la existencia propia.

San Pedro, en mi cosmovisión de ultratumba, más que un portero con las llaves del paraíso, es un cocinero paradisiaco que reparte pringaíta, y platos de paella, y raciones de pulpo *a feira*, y potaje de garbanzos con espinacas, y caracoles asados, y torreznos, y vino joven, tinto sin ínfulas, un cocinero y camarero y mesonero y propietario bondadoso, que alimenta a los peregrinos estelares que llegan agotados a las puertas del cielo, y que no necesitan aporrearlas para que les abran y les den asilo sentimental, y asilo político, y asilo intelectual (el que permite pensar y decir lo que a uno se le antoje), y asilo futbolístico, que consistirá en el hecho de poder ser aficionado del equipo que sea, de muchos al mismo tiempo, incluidos los equipos contradictorios de toda la vida, algo que no solo no será mal visto por el resto de los aficionados del Paraíso, sino que se considerará como un don de la inteligencia.

Como soy un tipo previsor, había reservado mesa en un restaurante italiano de Sevilla, que me había recomendado mi querida amiga Almoraima González, que debería trabajar, por sus múltiples saberes mundanos, para una guía gastronómica: la Campsa, la Michelin, la de vaya usted a saber quién, la Almoraima, que sería un buen nombre para una guía de saberes tendentes a la felicidad.

Estaba en la Alameda de Hércules: Al Solito Posto. Soy sensible a los nombres de los restaurantes italianos. Soy sensible a todo lo que aparece escrito en italiano. Soy sensible, para resumir, a todo lo que tenga que ver con Italia. No me habría disgustado ser italiano (o, en su defecto, argentino, que es una forma de ser español e italiano a la vez, sin ser ninguna de las dos cosas del todo). Es imposible amar la literatura y el fútbol y no sentirse italiano de adopción sentimental.

Pese a encontrarse muy lejos del Benito Villamarín, la zona estaba repleta de hinchas de los dos equipos, con sus camisetas, con sus banderas, con sus caras de esperanzada expectación. Sevilla estaba extraña, tomada al asalto por ejércitos balompédicos. Cantaban, gritaban, coreaban himnos, graznaban consignas, mugían los manidos lemas tribales de cada club.

Aunque soy poco amigo de las aglomeraciones, de las muchedumbres, de las turbas, estaba decidido a darlas todas por excelentes, porque un día es un día, y porque uno no puede ir a una final de Copa para hacerse el escrupuloso.

(Sin embargo, estoy seguro de que el noventa por ciento del mal histórico se ha generado en las colmenas, en los pelotones, en tropel. Si nos hubiésemos quedado en casa, solitos, o si, a lo sumo, hubiésemos salido a la calle de paseo en grupos de tres o de cuatro, no habría existido el setenta y ocho por ciento de la desgracia humana. El problema empieza cuando nos agrupamos, cuando nos concentramos, cuando nos amontonamos. Las peores ideas surgen en grupo, y los apetitos invasores, y los ensueños imperiales. A nadie se le ocurre, a la sombra de una higuera, fundar un reino milenario, por poner un ejemplo, y si se le ocurre, la pereza solitaria le impide poner en marcha una leva para reclutar su ejército).

Comimos como príncipes renacentistas, dejándonos guiar por un camarero argentino, uno de esos encantadores de serpientes que puede hacer comerse un kilo de embutido a una vegana fundamentalista. Queso provolone asado, y fiambres caseros, y una pasta fresca exquisita, con trufa, y una *pizza* napolitana que no tenía nada que envidiar a la mitológica que me comí en Nápoles, en Via dei Tribunali, en Di Matteo, la supuesta mejor pizzería del mundo en opinión de Ferran Adrià.

Como hacía mucho calor para deambular a esas horas por Sevilla, convencí a mi hijo para ir a los salones del Hotel EME, y allí tomar un café y descabezar un sueño de sillón. Conocía el hotel por su terraza, que tiene unas vistas sobre la catedral de Sevilla maravillosas, de esas que justifican el hecho de que te atraquen por beberte una copa, gracias a la idea peregrina, que no entendería un viajero del XIX, de que la belleza visual aumenta el precio de los alimentos. Mientras yo dormía una burguesa siesta de señor entrado en años, mi hijo se fue a dar vueltas por los alrededores, para familiarizarse con el clima de euforia dubitativa que reinaba en la ciudad, a la espera del partido.

El taxista que nos había llevado al centro desde la *fan zone* nos había recomendado que volviéramos cuanto antes a la zona del Villamarín, porque, cuanto más tardásemos, más difícil nos sería encontrar un taxi que nos llevara al campo de fútbol.

Todo el mundo sabe que los taxistas forman un subgrupo zoológico aparte entre los vertebrados, pero creo que los taxistas sevillanos constituyen una subespecie particular dentro del subgrupo, con caracteres a mitad de camino entre el gran visir y el bandolero. Su recomendación vino acompañada de toda una ristra de maldiciones e insultos hacia todos los hijos de la gran puta aficionados del Barça, por el hecho de que el último cliente le había hecho dar la vuelta en un lugar en donde él consideraba que no debía darse vuelta alguna. Además, nos comunicó solemnemente que él, a pesar de estar la

ciudad llena de potenciales viajeros, iba a dejar de trabajar a las dos de la tarde, y no iba a volver a salir con el taxi, para que se jodiesen todos los aficionados del Barça, y, de paso, los del Valencia también, debido a que él tenía su dignidad, una dignidad cuyos insondables fundamentos no llegamos a entender del todo. El fútbol, como se ve, también proporciona una ocasión para que cada cual saque a pasear por el mundo sus chifladuras propias, incluida la de un extraño orgullo nihilista, como el de aquel refrán que oía de pequeño en casa, cuando mis rabietas infantiles me hacían no comer: «Ahora no tomo rancho, que se fastidie el Capitán».

Llegamos a los alrededores del Villamarín con más de cuatro horas de antelación al comienzo del partido.

En un acontecimiento civilizado, ese hecho no debería generar ninguna incomodidad especial, porque para eso están los bares, los restaurantes, los hoteles, los bancos de los jardines públicos; pero una final de Copa, en España, no es un acontecimiento civilizado, sino más bien un desconcertante altercado sociológico con repercusiones de todo género: urbanísticas, alimentarias, psiquiátricas.

La ciudad tenía el aspecto de un gigantesco campo de refugiados contentos de su suerte, si es que esa contradicción en los términos puede emplearse. Los bares estaban imposibles, con colas de más de una hora para comprar una botella de agua o una cerveza, o para pegar una meada. Los restaurantes se habían convertido en almacenes de seres huraños dispuestos a matar por una silla o por un rincón en donde apoyar un codo sobre la barra. Los jardines se habían transformado en dormitorios improvisados, en donde la gente sesteaba sobre la hierba, con los arriates llenos de botes de bebida, y bolsas de plástico, y basura.

Imagino que quien lea estas páginas se hará la pregunta filosófica por la que empieza todo conocimiento profundo acerca de la existencia humana: ¿y todo esto es preciso?

Esa pregunta establece el asombro del pensador ante la realidad, como la clásica perplejidad ante el hecho de por qué existe algo en lugar de que no exista nada.

Y la respuesta que se me ocurre, después de fatigar los tratados, como diría Borges, el más antifutbolístico de todos los genios literarios, el que programó una conferencia sobre la inmortalidad del alma, en Buenos Aires, a la misma hora en que Argentina jugaba la final del Mundial del 78, la respuesta, digo yo, es que no es necesario todo eso, pero que eso es lo que

hay, y no hay otra, y hace falta cierto talante estoico y senequista para afrontar esa variante de la realidad.

En España, por lo común, se trata a la gente como a ganado en casi todos los acontecimientos multitudinarios. Es una tradición patria más, sin la cual no nos reconoceríamos como pueblo: en las fiestas patronales, en los conciertos de *rock*, en los festivales de verano, en las misas de domingo, en los desfiles de las Fuerzas Armadas. Si no nos trataran mal, con colas insufribles, con incomodidades, con absurdos inconvenientes, con mala educación, podríamos sufrir una ruptura óptica y desmoronarnos como individuos y como colectividad. A pesar de los pesares de la historia y de nuestro temperamento airado, somos un pueblo sumiso a las incomodidades cotidianas. No protestamos en los restaurantes, en los aeropuertos, en los hospitales, cuando se nos trata como a un rebaño de ovejas. Somos extremistas temperamentales: o el silencio o el Dos de Mayo; o sufrida impavidez o degollación.

Se podría tratar mejor a la gente, claro está, pero eso requeriría más trabajo, una mayor previsión, un poco más de vergüenza torera para con el prójimo. El hecho es que resulta mucho más barato tratar mal a la gente, y el beneficio es mayor. En esto soy de un marxismo elemental y cateto absoluto. La plusvalía es la verdadera explicación filosófica de por qué viajamos en aviones que parecen transportes porcinos, de por qué nos obligan a hacer colas soviéticas en la supuesta era digital, de por qué nos fuerzan a sudar hasta el desmayo en vez de regalarnos una sombra reparadora y benéfica. Es más barato tratar mal a la gente, y a la gente parece no importarle, parece no importarnos, como si acabáramos de encontrar un chollo en las rebajas de enero.

Derrengados y asfixiados por el calor, nos sentamos en el bordillo de un arriate, en un jardín de cuyo nombre no quiero acordarme ahora, copado por la hinchada valencianista. El parque, a unas manzanas del Benito Villamarín, parecía la retaguardia de un ejército en desbandada, o el campamento de ese mismo ejército antes de un gran combate victorioso: me figuro que para un espectador repentino, los instantes previos a una derrota se parecen mucho a los instantes posteriores a una victoria, porque el agotamiento y las caras de asombro siempre son semejantes.

(Aunque imagino que es mucho figurarse y mucho teorizar, sobre todo si tenemos en cuenta el detalle imperceptible de que nunca he estado en una guerra, a Dios gracias).

El caso es que todos los que estábamos allí parecíamos criaturas dejadas de la mano de Dios, esperando que pasara el tiempo de la forma menos ingrata, para poder encaminarnos al estadio y ver de una vez por todas la final de Copa.

Mientras estábamos tirados en aquel jardín, nos encontramos con dos conocidos de Serra, un vecino de la misma calle en la que tenemos nuestra casa de verano, y un policía municipal del pueblo, que no podían dar crédito a aquella coincidencia. Venir a Sevilla para encontrarnos, hay que ver.

Aunque siempre he sido propenso a dejarme conmocionar por los sobresaltos más o menos esotéricos que nos proporcionan las casualidades, tampoco me pareció para tanto, desde un punto de vista estadístico, que tres conocidos del mismo pueblo valenciano se encuentren en Sevilla, antes de que juegue un partido el Valencia CF. Se conoce que esto de las coincidencias y las casualidades afecta a cada cual de manera diferente, como el tiempo lluvioso o la ingestión de alcohol.

Digamos que me he convertido, a fuerza de ser un espectador perplejo de las casualidades y del azar, en un individuo bastante inmune a los asombros del azar y las casualidades. Como todo lo que me ha sucedido en la vida considero que ha sido debido a la casualidad, ya no me dejo impresionar demasiado por ellas, porque sé que rigen mi destino. Todo lo que se convierte en una costumbre se vuelve invisible a nuestros ojos. Uno se cansa, incluso, de lo excepcional, si lo excepcional se convierte en un hábito cansino.

Entramos en el Villamarín con cerca de dos horas de antelación al comienzo del partido, después de someternos a dos o tres controles de seguridad, que, dicho sea de paso, no fueron demasiado severos, me figuro que porque mi hijo y yo tenemos aspecto de buenas personas, de inofensiva gente de bien.

Siempre imagino que los policías nacionales y los guardias civiles poseen un ojo clínico con respecto a los maleantes, a los atracadores, a los terroristas. Supongo que hay unos caracteres lombrosianos entre los hinchas del fútbol que facilitan la inspección a los cuerpos de seguridad. Existen esos caracteres innatos, y algunos rasgos diferenciales más, como la inestabilidad de los aficionados borrachos como cubas, los cánticos pendencieros y las actitudes chulescas.

El Benito Villamarín, por fuera, es un estadio más, bastante feo, con ese aspecto granítico, tradicional hasta hace unos cuantos años, de casi todos los campos de fútbol españoles: un bloque de hormigón de mayor o menor altura, entre los edificios del barrio.

Mi recuerdo de Mestalla también es ese, en blanco y negro, en gris de infancia, hasta finales de los setenta, una montaña de hormigón que en su interior custodiaba un rectángulo verde impoluto y totémico, con gradas de hormigón, salvo en la tribuna y el anfiteatro, que contenían filas ordenadas de sillas de madera con asiento de enea. Una de mis ensoñaciones mitológicas de infancia consiste en ver los sectores de anfiteatro y tribuna, al concluir el partido, con la mayor parte de las sillas caídas, como las piezas de un *puzzle* gigantesco después de que un niño travieso hubiese desbaratado su dibujo.

Sin embargo, el Villamarín, por dentro, me pareció muy bonito, con un graderío poco vertical, o, al menos, menos vertical de lo que me esperaba, y con las sillas blancas y verdes que dibujan el nombre y la bandera del club. En los últimos años, se ha impuesto este modelo de decoración interior en los estadios de fútbol: sillas con los colores patrios, por así decir, y dibujos de los escudos, de los nombres de los equipos, de algún lema de naturaleza religiosa: *this is anfield*, *açò és mestalla*, dicen que nunca se rinde, coraje y corazón, y asuntos por el estilo.

Cuando la gradería está llena de espectadores, desaparecen los lemas, los colores fundacionales, los escudos de combate, de manera que esa decoración está destinada a mejorar la imagen del estadio cuando está vacío, o eso es lo que parece en una primera mirada simplificadora.

Claro que la función de un dibujo que solo se ve completo cuando el campo está vacío es contemplarse, sobre todo, cuando el campo está vacío; pero no solo. Esos colores, esos dibujos, esos lemas, están por debajo de los espectadores mientras se juega el partido con el estadio a rebosar. Los espectadores, literalmente, se sientan sobre ellos, pasan a formar parte, aunque no lo sepan, del lema, del dibujo, del escudo, y ese gesto simbólico adquiere un sentido especial, sobre todo para quienes permanecemos atentos al simbolismo de las cosas.

En la antigüedad, los artesanos que trabajaban en las catedrales —los maestros y peones talladores y escultores, los maestros y peones carpinteros y ebanistas, los «cubridores» de tejados y agujas con pizarras y metales preciosos— elaboraban con esmero y virtuosismo muchas partes invisibles de su tarea, minucias que el espectador no podía percibir en la distancia de las alturas, o que quedaban ocultas a la vista (como el labrado de la cara oculta en la aguja de una torre, o la filigrana en la parte inferior de la sillería del coro). Lo hacían por amor a su trabajo, por intimidad con la obra bien hecha; pero sobre todo porque, aunque el hombre no pueda ver todos esos detalles, Dios los ve.

La limitada perspectiva humana no nos exime de saber —digamos— lo ilimitado de la perspectiva divina. De igual manera, la limitada perspectiva del espectador de fútbol que se sienta sobre su silla en el estadio, y que borra el dibujo que las sillas componen, no lo exime de conocer la mirada de la historia, de la tradición de su equipo, y, sobre todo, no lo exime de saber el valor de los símbolos, que aspiran a sobrevivir al tiempo.

Una vez, hace bastantes años, durante la reforma de la casa en que vivíamos en Almirante Cadarso 28 (antes de mudarnos al 8: estamos presos de la misma calle, presos del Ensanche de Valencia), discutí con el encargado de la empresa que ejecutaba la obra, porque no quería alicatar con cerámica el suelo sobre el que iba a colocar la taza del váter. Así se ahorraba un par de azulejos.

Le dije que hiciese su trabajo como es debido, y me argumentó que nadie lo iba a ver. Le dije que Dios sí lo veía, y cuando puso cara de estupefacción, le resumí la idea del comportamiento de los trabajadores medievales. Cuando comprobé que su estupefacción aumentaba, insistí sin más en que terminase el suelo. El contratista, bastante irritado, concluyó con lo que debía de ser su razón más poderosa: «Como usted quiera, pero que conste que es para cagar encima». «Con más motivo», le respondí haciéndome el irritado también. «Tenga usted en cuenta que cuando no estemos en casa, será Dios el que cague en este váter». Algunas veces hay que recurrir a los argumentos de autoridad o a las explicaciones culturalistas, para no dejarse avasallar por el gremio de la construcción.

Nuestras entradas eran estupendas, una especie de tribuna baja (en la fila siete, real, del campo, contando lo que parecían sillas de obsequio, en donde había antiguos jugadores del Barcelona y sus familiares). Estábamos sentados entre el borde de un área y el centro del campo, en un lugar muy semejante al que tenemos en Mestalla, sobre la esquina del banquillo visitante, en la fila G de tribuna (que por razones que me resultan incomprensibles es la fila 4 del campo).

En el campo había un aura de gran noche. El clima, el aura, el magnetismo de un campo de fútbol, la electricidad estática sentimental que se genera en las gradas, es un elemento muy fácil de percibir para cualquiera que haya estado con cierto entusiasmo en un graderío; pero es también algo difícil de explicar.

Se trata de un estado de inminencia afectiva, de una suerte de suposición bienaventurada, de un hervor optimista que se contagia a gran velocidad entre los fieles. Ausiàs March, en su poema *Veles e vents*, utilizó una célebre

metáfora muy atrevida, para explicar la violencia del mar: «*Bullirà·l mar com la cassola en forn*». Yo he visto hervir a fuego lento, como la cazuela en el horno, los estadios de fútbol antes de que se inicien los partidos, ese hervor de grandes burbujas armoniosas, con su propia musicalidad, que se produce, por ejemplo, después de haber echado el arroz a una paella, cuando la buena marcha del guiso se comprueba más por el oído que por la vista, más por el ritmo de las pequeñas explosiones del caldo que por el control del tiempo. Los campos de fútbol también poseen ese estado de guiso en marcha, antes de que empiecen los partidos.

Después, ese hervor se convertirá en un incendio, o se apagará silenciosamente, ya sea por euforia o por desánimo deportivos; pero a mí me interesa, tanto como el clima que se genera durante el desarrollo del partido —según sean el juego y el resultado—, el aura previa a que comience el encuentro. Lo disfruto con una secreta voluptuosidad, como un placer clandestino. En cada una de las actividades que nos gustan, todos establecemos rituales propios, todos disponemos de recónditas razones para disfrutarlas. De lo contrario, no insistiríamos en ellas, las abandonaríamos al poco tiempo, y no las convertiríamos en parte de nuestras rutinas; es decir, de nuestra vida (porque la vida, la vida verdadera, consiste en un cúmulo de rutinas maravillosas). Amar algo consiste en incorporarlo a nuestras mitologías privadas.

Para torturarnos durante la espera, había dos locutores que se dirigían alternativamente a la hinchada del Barça y del Valencia, con consignas altisonantes, dos tipos ruidosos y sin ningún ingenio, que trataban de enfervorizar a las masas sin lograrlo, porque las masas ya veníamos de casa con los deberes hechos, cada cual con su grado de euforia preferido.

No sé en qué momento se pusieron de moda los llamados *speakers* en los espectáculos. Imagino que esa costumbre responde a la idea de que el público necesita ser dirigido, porque es tonto de solemnidad. De ahí que en la televisión aparezcan las risas enlatadas, para que la gente sepa cuándo debe reírse. De ahí que existan los aplausos congelados, para que la gente sepa cuándo tiene que aplaudir. De ahí que existan los abucheos precocinados, para que la gente sepa cuándo tiene que abuchear.

La idea tan extendida de que la masa es imbécil resulta tan discutible al menos como la idea de considerar que el individuo es inteligente. Se suele creer que la masa (que no deja, por cierto, de estar formada por individuos particulares) no razona, que obra guiada por la ceguera absoluta, por la ley de Lynch; mientras que el individuo resulta siempre un ser ejemplar, sentado en

su sillón de orejas, leyendo a Kant y formulando, en los descansos de su lectura, acertados juicios sobre la marcha del mundo y sobre los deberes de la humanidad.

La masa nunca es una sola masa. ¿De qué masa hablamos? ¿De la masa de un partido de tenis, de la de un concierto de música sinfónica en un teatro de Praga, de la de una manifestación en favor de los derechos del pueblo palestino, de la de un desfile militar en el Núremberg de los años veinte y treinta del siglo pasado? La masa acierta en masa y en masa se equivoca, siempre y cuando estemos a favor o en contra de lo que la masa defiende. Y el individuo es un genio o un patán, en virtud de lo que diga, y piense, y haga con su criterio individual. A decir verdad, cuando uno se para a pensar en el género humano, encuentra tantas razones para celebrarlo como para ponerse a llorar, tantos motivos para aplaudir como para sacarlo a gorrazos de la Historia.

Pero el caso es que se han puesto de moda los locutores que dan instrucciones, y el concurso de los cantantes, para amenizarnos, sin necesidad y sin que lo hayamos pedido, los instantes previos a los espectáculos, como una final de la Copa del Rey de fútbol.

Para arreglar del todo el asunto, cantó una canción David Bisbal, supongo que como gesto de neutralidad geográfica por un lado, y como concesión autonómica por otro, ya que estábamos en Andalucía.

Es curiosa la implantación de la música como ingrediente de acompañamiento en cualquier ámbito del universo. En los ascensores, en los teléfonos, en los gimnasios, en los restaurantes, en las clínicas dentales, en las clínicas dermatológicas, en las clínicas geriátricas. En los autobuses, en el metro, en el tren, en las estaciones, en las saunas, en las piscinas, en los tanatorios. Se ha popularizado una suerte de degradación de la música como *spray* ambientador. La música convertida en música de fondo. Mucho oír la música y muy poco escucharla.

Nunca me ha gustado la música en los toros, y no me gusta en el fútbol, ni antes, ni en los descansos ni durante el partido. La costumbre de las bandas de música en las plazas de toros y en los campos de fútbol me resulta cursi, pesada y reiterativa. Los toros y el fútbol, como tantas actividades, ya tienen su propia música, su música callada, de manera que abundar en ello mediante la inclusión de otra música cualquiera resulta absurdo.

Creo que la razón de fondo que explica todo esto es el hecho de que la gente no sabe muy bien qué hacer con su propia vida, no sabe muy bien qué hacer con sus silencios, como he dicho otras veces en este mismo libro. Para

no estar a solas con sus ideas, hace cualquier cosa, prefiere que se inmiscuyan en su mundo de cualquier manera, a ser posible con suavidad musical, con talco cancioneril.

No es que me muestre en contra de la música de fondo, al contrario. La música admite con admirable generosidad y eficacia el acto de convertirse en la banda sonora de nuestras actividades. Estoy en contra de la música en aquellos ámbitos que ya disponen de su música propia. Aunque la verdadera manera de escuchar música creo que es escucharla sin hacer nada a la vez, disponernos a escuchar música como actividad perfecta y absoluta, como ejercicio que necesita de toda nuestra atención. El fútbol tiene su música propia, en cada uno de los momentos en que estamos en el campo, una música que debe moldear y modular el pensamiento del espectador.

A lo mejor este criterio no hace más que manifestar una limitación propia, pero me gustan las actividades ejecutadas de una en una, concediendo a cada cual su importancia y su atención. Cuando leo poesía no me gusta escuchar música. Cuando escucho música no me gusta ver una película. Cuando veo una película no me gusta leer el periódico.

Mi mujer —con esa capacidad atribuida a las mujeres de poder realizar tres o cuatro actividades a la vez— puede ver una serie de televisión mientras mantiene una conversación a tres o cuatro bandas por el móvil, con sus amigas, y de paso leerse unos cuantos artículos del Código Penal que necesite para su trabajo del día siguiente.

A mí, si soy sincero, esa multidisciplinariedad (por llamarla de alguna forma) me inquieta bastante, me sume en profundos y atribulados abismos meditativos. Nunca sé del todo si soy un bobo muy limitado, o un orfebre de la atención. Sospecho que mi mujer puede hacer todas esas cosas, porque no le importa tener de la realidad una idea fragmentada, algo así como la idea que los antiguos acomodadores de los cines tenían de la película que echaban en el cine en donde trabajaban de acomodadores.

(Por cierto, ya no quedan acomodadores, otro oficio difunto que nos hace ver que el tiempo pasa, aunque algunos lo nieguen filosóficamente. Yo mido el tiempo en función de las tiendas que cierran, de los comercios que desaparecen, de los oficios que ya nadie practica. Los acomodadores. Debería existir ese oficio trasplantado a cualquier ámbito de la vida: un individuo que nos guía en la oscuridad y que nos coloca en nuestro lugar, que nos acompaña con eficiencia hasta nuestro asiento, para que veamos la peli. No se me habían ocurrido nunca las resonancias metafísicas de semejante empleo, y el empleo que podríamos hacer de un cuerpo de acomodadores celestiales).

Ganó el Valencia 2 a 1 la final. Pero pudo también haber empatado el Barça y habernos ido a la prórroga. Ganó el Valencia, pero con suerte pudo haber ganado el Barça. Ganó el Valencia 2 a 1, pero pudo haber goleado con algo más de acierto en los últimos minutos. El caso es que nos merecimos la victoria. Cuando el pez chico se come al grande (algo, recordémoslo, que solo sucede en el universo humano, el de las reglas, el de las leyes, el de las pautas, que tan mala fama tienen entre algunos), la Creación sonríe, aunque les joda a los hinchas del pez grande.

A la salida del campo, debíamos acudir deprisa a una avenida cercana en donde estaba aparcada la flota de autobuses que nos llevaría a miles de aficionados hasta la estación de Santa Justa, para coger el tren de regreso a Valencia.

El clima que se vivía en las calles era lo más parecido que puedo figurarme al del final de una guerra. La gente, ebria de felicidad, se abrazaba a los desconocidos. Las mujeres besaban a los hombres, los viejos acariciaban a los niños, los jóvenes saltaban y corrían sin dirección. Yo pensaba en las fotos y los testimonios que conocemos de la liberación de París, durante la Segunda Guerra Mundial, con su aire de apocalipsis festivo. Me acordaba de Hemingway, que alardeaba de haber contribuido a la liberación del bar del Ritz, donde parece que dejó a deber una cuenta interminable de copas.

En todos estos casos de caótica alegría colectiva, parece que se haya abierto una esclusa cerrada desde hace muchos años, una compuerta, una espita. A la gente, lo que más le gusta de verdad es armar bulla, meter ruido a la mínima ocasión, con cualquier excusa, ya sea política, deportiva, familiar, religiosa, ideológica (o todo juntamente).

El desbordamiento de la alegría irracional (si es que hay alguna alegría que no lo sea), el desencajonamiento aparatoso de las multitudes, son las características que unen, por paradójico que pueda parecer, el final de una guerra y la obtención de un título de liga, una boda gitana (o paya) y la celebración del día del Orgullo, las misas del Papa y los desfiles militares en la Plaza Roja, los Sanfermines y los discursos inacabables e insoportables de Fidel Castro, los mítines del partido de turno en el poder y la Feria de Abril.

Por encima de cualquier otra cosa, lo que entusiasma a la gente es salir a la calle a dar voces, a hacer aspavientos, a que los demás lo vean a uno haciendo aspavientos y dando voces. A hacer, como decía un buen amigo, esparajismos, que, aunque es prácticamente lo mismo que hacer aspavientos, tiene un punto más de locura absoluta, de desafuero municipal, por esa jota en mitad de la palabra, que suena como un arcabuzazo, como tos bronquítica en

mitad de la parsimoniosa ceremonia del té. Criaturas esparajismadoras. Esparajismantes.

Aquella noche de la final contra el Barça seguro que hubo gente que se hartó de follar con desconocidos, porque follar de manera indiscriminada, en ciertas ocasiones históricas, es el mayor entretenimiento de la población, después de haber tomado las calles en señal de júbilo.

Llegamos a Valencia, en el AVE, sobre las cinco de la mañana, tras veinticuatro horas exactas de viaje futbolístico. Yo estaba exhausto y satisfecho, y mi hijo eufórico y como una rosa, como corresponde a un chaval de trece años que tiene la fuerza de un caballo de deporte. No habíamos podido dormir en el trayecto de vuelta, porque los hinchas más recalcitrantes no dejaron de cantar y proclamar las glorias del Valencia CF por los vagones.

Para poder comprar en el bar del tren una miserable cerveza o un refresco no menos miserable, y un bocadillo de jamón y queso, había que hacer una cola de una hora, plantado en los pasillos del convoy. De manera que me abstuve de esa penitencia y dejé a Carlos a su suerte, para que derrochase un poco más su energía sobrante.

Soy muy poco partidario del griterío. La jarana no me sulibella más allá de unos segundos. No suelo participar del despiporre ecuménico que emborracha a la mayoría. Me irrita profundamente esa costumbre genética de los mediterráneos (y no solo de ellos) que consiste en fundamentar sus fiestas en el acto de hacer saber a los demás que se encuentran de fiesta, con todo el derecho a escandalizar, a molestar, a perturbar, a no dejar dormir, a no dejar descansar, a no dejar aislarse y no participar del desbarajuste festivo común.

Sin embargo, observar en mi hijo su cara de satisfacción, su alegría profunda por lo que acababa de vivir, me bastaba para dar por bueno todo lo que tuvimos que soportar. Uno bebe, contento, de todas las aguas de las que había dicho que no bebería, y lo hace con satisfacción, y, de paso, con humor hacia sus absurdas profecías remotas, y al reírse de uno mismo aprovecha para ponerse filosófico y estupendo durante unos minutos.

Se suele decir, generalizando sobre los afectos —con esa imprudente y certera fiabilidad que dan las generalizaciones—, que los padres quieren más a los hijos que no los hijos a sus padres. El argumento para defender esa aseveración se halla en el hecho, según se dice, de que los hijos son elegidos y los padres no. Los padres nos llegan caídos del cielo, impuestos, por así decir, los asigna el destino; mientras que los hijos constituyen un propósito, una obra propia, en sentido general.

Sin necesidad de meternos en profundidades dialécticas acerca del determinismo, sobre lo que podemos elegir y lo que no, sobre lo que el destino significa para cada cual, esa declaración respecto a los padres y los hijos parece bastante razonable, o, al menos, tan discutible como razonable.

Dando por hecho que exista amor entre padres e hijos (cosa que no siempre es cierta, como sabemos), no es descabellado afirmar que los padres amamos más a los hijos que no al revés. De hecho, uno solo puede llegar a comprender cuánto lo han amado sus padres, cuánto han sufrido por él, hasta qué punto ha sido la razón de sus vidas, cuando nos convertimos en padres y recuperamos una memoria que no podíamos recordar jamás, una edad nuestra que nos pertenecía, pero que no poseíamos. Quiero decir exactamente eso: recuperar una memoria imposible. Regresar, en un círculo perfecto de amor retrospectivo, hasta el instante en que fuimos recién nacidos, niños, y descubrimos a nosotros mismos en un tiempo remoto del que no podíamos tener noticia. Un descubrimiento del pasado que nos asalta en el presente, cuando tenemos a nuestros propios hijos, y comprendemos con la carne esos versos de Wordsworth: «El hijo es el padre del hombre».

Sí, los padres amamos más a los hijos de lo que los hijos nos aman, porque tiene que ser así. Las llamadas leyes de la naturaleza y la vida (tan fáciles de comprender y tan difíciles de explicar) no son ninguna estupidez: la sencilla apelación al origen nos carga a los padres de responsabilidades y pasiones, de deberes para con nuestros hijos, y de recompensas que esos deberes nos proporcionan. Hemos llegado antes, y los que llegan antes empujan el carro del heno.

Ahora bien, muchos tendremos la suerte, en el futuro, de comprender y aceptar, a través de nuestros hijos, esa evidencia de que los padres aman más. Y lo digo yo, que he tenido la suerte de que me correspondiesen unos padres a los que querer con absoluta devoción. Quien ama a sus padres tiene el convencimiento de que le han correspondido los mejores padres del mundo, por la misma razón de que quien es feliz es el hombre más feliz del planeta. El más feliz de la creación. El más feliz de la historia. El campeón de la felicidad, porque cada cual es el único hombre sobre la tierra, el irrepetible fundador del universo: de su universo propio.

Mi madre murió cuando yo tenía doce años y apenas la recuerdo. Es decir, me acuerdo mucho de ella, pero no guardo un gran número de recuerdos: me acuerdo mucho de ella sobre la base de unos cuantos recuerdos repetidos. Constituye una oquedad mitológica que el amor incondicional ha ido llenando con relatos, fotografías, recuerdos minúsculos, invenciones (porque la

memoria, la falsa y la fiel, la exacta y la imprecisa, constituye una fabulación, un relato creado por nosotros mismos y los demás). Siempre he sido un huérfano, como todos, un huérfano prematuro, al que su condición no le ha impedido ser el hombre más feliz de la tierra.

Recuerdo que supe de la muerte de mi madre, porque sorprendí a mi padre llorando en el cuarto de baño. Era la primera vez que lo veía llorar, y fue la última.

Esa generación de la guerra civil lloraba poco y era poco dada, en general, a la exhibición de los afectos. Mi padre no me dijo nunca que me quería, creo; pero me lo manifestaba a diario en mil detalles. Siempre me he sentido el hijo más amado del mundo, sin necesidad de que me lo dijeran ni una sola vez. Es un misterio de sencilla resolución en la vida práctica. El corazón sabe, sin necesidad de escuchar ciertos mensajes.

(No obstante, mi mujer y yo nos encargamos de repetirles a nuestros hijos, unas doscientas veces al día, que los queremos más que a nada en el universo, por si acaso, y hemos conseguido una suerte de empalagosa salmodia familiar entre nosotros cuatro —padres e hijos—, como música de fondo de nuestras vidas, que no se desgasta con las repeticiones y que no disminuye su carga de amor verdadero).

Hay quien no sabe verbalizar el amor, ni sabe manifestarlo; pero hay quien, a pesar de no verbalizarlo, resulta un maestro en el acto de transmitirlo. Mi padre era de los segundos, mediante gestos, miradas y acciones. Siempre procuró, desde la sombra, desde la intervención sutil, facilitarme todo aquello que me gustaba para que yo pudiera ser lo que me apeteciera. Pinturas y un caballete en mi época descabellada de pintor sin aptitudes. Libros a todas horas, para favorecer mi pasión de lector desordenado y de secreto aspirante a poeta. Instrumentos de música —varias guitarras, un saxofón— en los años en que soñaba con convertirme, como todos, en una caprichosa celebridad del *rock and roll* patrio. Material de deporte —las mejores botas, los mejores balones, las mejores equipaciones— para satisfacer mi incansable voracidad de futbolista niño. Y, sobre todo, cariño y devoción de padre siempre atento.

Cuando enfermé de leucemia, él ya estaba jubilado, y me acompañó a todas y cada una de mis consultas médicas y a todas las sesiones de quimioterapia, alerta y servicial, cuidadoso y serio. Pero esa es otra historia, a la que me gustaría dedicar alguna vez un libro. La enfermedad es un continente distinto, inabarcable, extraño, en el que todos nos adentramos en proporciones distintas durante nuestra vida, y del que todos tenemos conocimiento, en grados diferentes, como una banda sonora personal que

suenan en segundo plano, pero que quiere hacerse oír más de la cuenta, hasta que algunas veces lo consigue. La idea de las bandas sonoras que nos acompañan me parece muy real. Todos disponemos de una banda sonora íntima que suena a la vez del relato que erigimos de nosotros mismos. Nuestra historia —nuestra película— dispone de su banda sonora particular.

El día en que murió mi madre fui al colegio; porque en aquella época se iba al colegio siempre, pasara lo que pasara, y porque mi padre y mis tíos y tías no sabrían muy bien qué hacer conmigo en aquellas circunstancias. Imagino que prefirieron apartarnos a mi hermano y a mí de los preparativos fúnebres, a pesar de que ella había fallecido en el hospital de la Cruz Roja que estaba detrás del antiguo zoológico, a espaldas de los Jardines del Real.

Cuando iba a visitarla, recuerdo en los atardeceres los rugidos de las fieras, supongo que leones, dándome la bienvenida o despidiéndome con brutalidad melancólica. Qué raro es todo, sin necesidad de que tratemos de buscarle las rarezas al mundo. Qué extraño que uno de los recuerdos más persistentes respecto a la muerte de mi madre esté asociado al rugido de los leones. Leones en medio de la ciudad, en los años setenta. Leones que rugen en la puesta de sol, para que aparezcan casi cincuenta años después en las páginas de un libro.

Aquel día de la muerte de mi madre se ofició en la capilla del colegio una misa en su memoria, con los alumnos de clase. Yo me pasé la ceremonia llorando, de cara a una ventana con vidrieras de plomo en donde se representaba una escena del Calvario.

A última hora de la mañana el equipo de fútbol de nuestra clase tenía una competición interna. Mis compañeros daban por hecho que yo no jugaría; pero para su asombro pedí jugar. También recuerdo que hice un muy buen partido y que ganamos. Jugué todo el partido llorando, con una suerte de extraña rabia existencial que me hizo incansable.

Ante la muerte, siempre he reaccionado haciendo cosas que el luto —el luto social, no el luto interior— no suele permitir. He llamado a mis amigos y me he ido a pasear, o les he pedido que nos fuésemos al cine, o a hacer deporte. Qué sé yo: algo que me reafirmara en la vida. Algo que me anclara con más fuerza en el mundo.

El mejor homenaje que podemos hacer a los muertos es seguir vivos, para recordarlos. El mayor tributo que podemos rendir a los muertos es ser felices. Lo demás son pompas de jabón, pompas fúnebres. En los cementerios no hay nada. Los muertos viven en el cerebro de los vivos, a resguardo. Me gustaría

que a mi muerte no me dedicasen ni un instante de tristeza, ni un segundo de dolor, ni un soplo de naturaleza fúnebre.

Jugué aquel partido llorando, contra la vida, que me arrebatava a mi madre, y a favor de la vida, que era lo único que me quedaba. Lo único que nos queda mientras nos dura. El fútbol, me sorprende recordándolo, siempre ha formado parte de mi existencia, como una forma radical de vitalismo.

Esa idea —la de que el fútbol, para quienes lo amamos, constituye una manera íntima y universal de subrayar la vida, de homenajearla— es la que yo quería transmitirle a mi hijo viajando con él a Sevilla para ver la final de la Copa del Rey.

Una forma de festejarnos, de celebrar nuestro amor, de imprimir para siempre en su memoria el recuerdo de su padre, cuando aún era lo suficientemente loco y fuerte como para organizar el viaje más incómodo. El viaje más feliz.

El otro día, mientras hablábamos, mi hijo me dejó caer que no estaba seguro de si quería renovar el pase del Valencia el año que viene. Tenía dudas, porque pensaba que tendría muchos compromisos con sus amigos, muchas ocasiones para salir de fiesta.

La verdad es que me sentó como un tiro y me disgustó lo suficiente como para dejar de hablar del asunto y marcharme a dar vueltas por la casa, cabreado con el mundo, y, sobre todo, indignado con el tiempo. Así, en bruto, con la duración. Cabreado bergsonianamente hasta las trancas.

Uno da por hecho que nada dura para siempre. Claro. Uno da por supuesto que los hijos crecen y hacen su vida, y se marchan a hacer el idiota por el mundo. No faltaba más. Uno sabía de antemano que su hijo tendría pronto cien mil tentaciones más apetecibles que la de ir al fútbol con su padre a ver al Valencia. Es lógico. Ley de vida, y bla, bla, bla.

Pero no deja de ser una putada el hecho de que todas nuestras suposiciones se corroboren, que todas nuestras aprensiones cobren corporeidad.

El caso es que fue como si de repente se me echara el tiempo encima, como si recibiese una dosis de vejez para la que no estaba preparado. Como un pésimo diagnóstico repentino.

Sé que exagero, pero es que las exageraciones constituyen una forma práctica de entender los asuntos complicados. Exagerar es explicar, proyectándonos dentro de lo exagerado. Exagerar es comprender sin persona interpuesta, poniéndonos en el lugar del otro, ese otro que somos a toda hora del día.

Digamos que sufrí una aceleración temporal que no me correspondía, o que yo pensaba que no debía corresponderme aún. Me vi con veinte o treinta años más de los que tenía, con mis hijos mayores que vivían fuera de casa desde hacía mucho, incluso fuera de la ciudad o el país, con sus trabajos, con sus amores, con sus inquietudes solo suyas, y yo convertido en un hábito esporádico del afecto: esas llamadas telefónicas breves, de las que uno sospecha que siempre son inoportunas; esas comidas familiares esporádicas que se han de finalizar con rapidez, porque hay otros planes más urgentes; esas visitas con algo de culpabilidad mutua. En fin: la vida que nos aguarda;

pero antes de lo que la aguardábamos. Una mierda en vena, una sobredosis de realidad anticipada.

Estaba muy enfadado con el universo, en especial conmigo mismo, por dejar que me afectara tanto algo que ya sabía que iba a ocurrir. Aunque, en mi defensa, me decía que también conozco de antemano el hecho de que todos tenemos que morirnos, y no por saberlo deja de parecerme una falta de educación para con la humanidad en general, y para con un servidor en concreto.

Me disgustaba el hecho de que me hubiese pillado por sorpresa, de que fuese tan idiota como para dejarme avasallar por algo tan obvio. Por convertirme en un carcamal quejoso que se complace en su propia quejumbre.

Se lo conté a mi mujer unas horas después, ahorrándole el noventa por ciento de mis cavilaciones aprensivas. Me debió de ver tan abatido y tan descorazonado que, en un alarde de samaritanismo conyugal (ella, que es la persona de la creación a quien más floja se la trae el fútbol), me dio un beso y me dijo:

—No te preocupes, cariño. La temporada que viene me sacaré el pase yo también e iremos juntos.

Voy a realizar un inventario urgente de la intraideología (en su variante futbolística) de mis amigos y conocidos de la literatura, para que en el futuro se puedan juzgar su vida y su obra con respecto a un asunto tan importante.

Mi conocimiento es de primera mano, fraguado en visitas a los estadios con algunos de ellos, en partidos disfrutados por la televisión, en largas discusiones de sobremesa, en declaraciones públicas, en el intercambio de cartas y mensajes de WhatsApp, en inventarios estadísticos, en estudios de naturaleza psicoanalítica.

De la misma forma en que existe la intrahistoria unamuniana, existe la intraideología marzaliana, un estrato profundo de la ideología que estaría formado, en lo fundamental, por las preferencias sexuales, culinarias y deportivas de los individuos, una superestructura encubierta (valga la paradoja general) que resulta más trascendente que la propia ideología para el conocimiento de los individuos. Dime lo que comes, con quién y cómo duermes, y a quiénes animas, y te diré quién eres.

Declararse de izquierdas o de derechas dice en realidad muy poco, a estas alturas de la historia, sobre los individuos (al menos para mí). Precisamente porque la ideología no discrimina entre personas, y los agrupa bajo consignas, algunas veces nobles, y en muchas ocasiones huecas. Las consideraciones ideológicas son un atajo, por lo común, para hablar de lo que no tiene atajo alguno: la naturaleza de los individuos concretos.

Una conocida suele emplear en su conversación la cantinela del nosotros los de izquierdas debemos, nosotros los de izquierdas tendríamos, nosotros los de izquierdas necesitamos; aunque en su comportamiento habitual resulta ser una mujer de un autoritarismo salvaje, de una radicalidad caprichosa, y de una fatuidad que resulta desconcertante. La ideología, en gran cantidad de casos, constituye tan solo un adorno más, un ingrediente ornamental que se lleva encima, como un reloj de marca, como un abrigo de moda, como un pintalabios de temporada. En la sociedad del espectáculo, la ideología es una variedad de la cosmética.

Lo que me interesa es el comportamiento de las personas, por eso no me ha importado jamás que se consideren de derechas o de izquierdas, que las etiqueten en la izquierda o en la derecha. No podré entender nunca que un simpatizante de la izquierda se pueda sentir más cercano a un cretino que

comparta, supuestamente, sus convicciones, antes que a un buen tipo de derechas; y al revés. Para militar en una ideología hace falta llevarlo a cabo con la nariz tapada a toda hora. Más que un asunto de ideas, las ideologías siempre me han parecido una característica del temperamento.

Pero no quisiera dejarme llevar otra vez por las digresiones (que son en cierta forma la clave de mi temperamento y de mi ideología); así que vayamos de una vez a los asuntos serios. Hablemos de la intraideología deportiva del arte español, con ejemplos concretos.

FRANCISCO BRINES: Valencianista radical. Socio del Valencia desde su juventud. Partidario del fútbol como una variedad artística, uno de esos «placeres inferiores» de los que habla en uno de sus mejores poemas, placeres inferiores que son la vida a fin de cuentas. Siempre ha preferido los jugadores habilidosos y geniales, como por ejemplo Solsona, aquel mediocampista del Valencia que vino desde el Español, y al que también admiré en mi infancia. De vez en cuando ha escrito artículos futbolísticos en la prensa nacional. Recuerdo uno aparecido en *El País*, en el que hablaba del «mal dibujado Carrete», y de las hermosas piernas del «espigado Tendillo». Está claro: un esteta.

Aunque ha vivido en Madrid desde sus años universitarios —después de cursar en Deusto estudios de Derecho—, cada quince días regresaba a Valencia para ver a su madre, haciendo coincidir la visita con el partido que el Valencia jugaba en Mestalla.

En Bilbao, durante sus años de estudiante, solía asistir a San Mamés siempre que podía. Vio en la Catedral la mitológica victoria del Valencia, por 3-6, en el campeonato de Liga, el 22 de enero de 1950.

Más de cincuenta y cinco años después, cuando visitábamos juntos el Museo Guggenheim de Bilbao, coincidimos en el ascensor con una viejecilla encantadora y parlanchina. Paco, tan parlanchín y encantador como ella, rememoró en el viaje de ascensor sus años en Deusto, y al final de la conversación cantó sin titubeos la alineación legendaria de aquel Valencia victorioso: Pérez, Díaz, Monzó, Santacatalina, Puchades, Igoa, Seguí, Ibáñez, Asensi, Romero y Fuertes.

Para mi estupefacción, la viejecilla le hizo la réplica operística con firmeza wagneriana: Molinuevo, Areta, Aramberri, Nando, Manolín, Berasaluce, Iriondo, Venancio, Zarra, Panizo y Gainza.

Paco se quitó el sombrero que no llevaba y remató: «Sin sustituciones en ningún equipo».

No cabe la menor duda de que el bachillerato de aquella época, diseñado por Federico Carlos Sainz de Robles, era mucho mejor que los que vinieron luego.

CÉSAR SIMÓN: César era un apátrida futbolístico, no fue partidario jamás de ningún equipo en concreto. El fútbol, y tantas otras cosas, creo que le gustaban como excusa para elaborar teorías, por lo general con un punto de lúcido disparate. Paco Brines decía que César, como Claudio Rodríguez, poseía una «mente mágica», entendiéndolo por ello, deduzco, que los dos tenían un sistema bastante estrafalario de razonamiento.

A Claudio, uno de los poetas españoles del siglo xx que más admiro, lo traté menos, y casi siempre lo vi en su ya legendaria faceta cómica, a altas horas de la noche, y con bastantes copas encima. Ignoro si le gustaba el fútbol, pero me gustaría imaginar (a falta de otras informaciones) que, así como sé que le gustaba nadar en verano en las aguas broncas del Cantábrico, habría podido ser admirador del fútbol vasco: del Athletic, de La Real, del Arenas de Getxo. Alguien me desmentirá o me dará la razón pronto.

Miguel Ángel Velasco me contó en cierta ocasión —y después le pedí muchas veces que me la repitiese— la anécdota de que Claudio hablaba a menudo de sus largos contra las olas en las aguas del Norte, y que entonces aprovechaba para cantar la habanera de la ópera *Marina*, que pasó por devoción claudina a ser nuestro himno de combate a altas horas de la madrugada, cuando estábamos puestos:

Dichoso aquel que tenga su barca a flote,
y el agua meza su camarote.

Y oliendo a brea, y oliendo a brea,
al arrullo del agua se balancea.

César era del parecer de que existían universales deportivos, arquetipos en todas las competiciones, que se imponían en la historia, con rigor hegeliano. Decía que en el fútbol —aunque los datos lo pudieran desmentir—, los españoles siempre seríamos superiores a los franceses, por ejemplo; pero que los brasileños siempre lo serían sobre los italianos, y los alemanes sobre todos los demás. César negaba que su teoría de los universales fuera una simple variante de la famosa ocurrencia según la cual el fútbol es un deporte que se inventó en Inglaterra, que juegan once jugadores contra once, y cuyos partidos siempre gana un equipo alemán, incluso sin merecerlo.

Sus universales estaban basados en profundos conocimientos culturales, y en intuiciones de su mente mágica, que no necesitaban de argumentos para imponerse. Su fatalismo deportivo alcanzaba a muchos otros ámbitos, y no solo al fútbol. Por ejemplo, sentenciaba que España era una gran potencia europea de baloncesto, pero que estaba en la naturaleza de las cosas el hecho de que los por entonces yugoslavos siempre serían superiores; sobre todo mientras los portugueses —¡sí, los portugueses!— no se decidieran a practicar más en serio el baloncesto. La saudade portuguesa los podría haber hecho invencibles en el caso de haberse dedicado con más ahínco al deporte de la canasta.

César tenía esas cosas. En cierta ocasión, nos abroncó a Vicente Gallego y a mí con gran severidad, por escuchar *rock and roll* —«Esa música de tipos que se sacan la polla en el escenario»— en lugar de jotas aragonesas. Sí: jotas aragonesas. No zarzuela, ni ópera, ni, qué sé yo, corridos mexicanos: jotas aragonesas.

Y remataba su desaforada regañina diciéndonos: «Schopenhauer proclamaba: España, el país de las canciones. El país de las canciones, ¿entendéis? Schopenhauer».

Y se nos quedaba mirando con esa mirada de César, que parecía no mirar nunca lo que estaba en primer plano, sino algo que estaba por detrás de las personas y los objetos próximos, algo que los demás no percibíamos, pero que para él constituía la realidad más cercana.

Durante varios años teníamos una tertulia semanal en el Finnegans de la plaza de la Reina, con Paco Brines, Fernando Delgado, los Pre-Textos (Manolo Borrás, Manuel Ramírez y Silvia Pratdesaba), Enric Sòria —hasta que se marchó a vivir a Barcelona—, Juan Pablo Zapater, y los amigos que estuviesen de paso por la ciudad (Paco Díaz de Castro, Luis García Montero, Felipe Benítez Reyes).

Vicente Gallego era un asiduo, pero por entonces andaba mal de dinero, y no se dejaba invitar ni a cenar ni a copas, por más que insistiésemos en ello, de manera que solía venir a los postres de la cena, que siempre era en un restaurante chino de la ciudad; porque César había tenido una caída, después de un desmayo, y a consecuencia del golpe se le habían seccionado los filamentos nerviosos que conectan la pituitaria y el cerebro, y había perdido el olfato. Solo distinguía los sabores primarios, que se perciben a través de las papilas gustativas de la lengua: salado, amargo, ácido, dulce. La cocina china, con sus picantes y salsas, le resultaba agradable, más sabrosa. Durante

aquellos años, los tertulianos del Finnegans nos convertimos en los mayores expertos de toda la ciudad en restaurantes de comida china.

Recuerdo que una vez, Vicente y yo le contamos a César nuestras andanzas del fin de semana por las discotecas de la Ruta del Bacalao, con sus horarios imposibles, que empezaban en la tarde del viernes y acababan durante la madrugada del domingo al lunes, sin interrupción. César nos amonestó con severidad inflexible —en la que siempre había un punto de exageración cómica—, por buscar cohabitación en la oscuridad, como las sabandijas, a diferencia de él, que se jactaba de fornicar al aire libre, en plena canícula, como los mamíferos superiores. Así era César.

No me hubiera extrañado que encontrara las esencias del fútbol universal, por ejemplo, en un equipo de Regional Preferente. Pongamos por caso, el Villar del Arzobispo CF, el club del pueblo donde tenía César su refugio de montaña, una casa perdida en el monte, sin la más pequeña comodidad, en donde él se extasiaba en sus meditaciones solitarias, y adonde su mujer y sus hijos con los años no quisieron acercarse.

FERNANDO DELGADO: Indiferente ante el fútbol. Pero como a Fernando le encanta conversar es capaz de hacerse el interesado durante un rato, y seguimos la corriente a sus amigos locos. En épocas de Mundial o Eurocopa, se informa de la actualidad por cortesía hacia las masas, pero, si el fútbol desapareciese de la superficie del planeta, no derramaría ni una sola lágrima.

BENJAMÍN PRADO: Madridista acérrimo. Hablar con él de fútbol es siempre un motivo de diversión y alegría, porque es uno de los amigos de la literatura más ingeniosos. Aquí aparece mucho, como el lector habrá visto.

Me río recordando cómo en Oviedo, durante los días en que nos solemos reunir para el fallo del Premio Alarcos, argumentaba, contra Chus Visor, que el Real Madrid era el equipo del pueblo, y no el Atleti, denominado en los años cuarenta Atlético Aviación, horda deportiva que ametrallaba a los madrileños desde el aire.

Benjamín, como un servidor (como cualquiera a quien le guste el fútbol), también es gran partidario del Athletic de Bilbao. Que uno ame el Athletic de Bilbao en la distancia resulta como amar el Ajax, es decir, significa amar el fútbol de cantera, con unos principios inalterables, con una filosofía propia. El límite de mi nacionalismo llega justo hasta ahí, hasta la defensa de un equipo en el que solo juegan vascos.

Me encantaría que se hiciera realidad la entelequia de un Valencia solo con jugadores de la casa, con valencianos, pero para eso habría que llenar

Mestalla de espectadores con chapela. La filosofía del Bilbao empieza y termina en su afición, no es un ejemplo trasplantable a otro lugar.

Para entender lo que representaba la catarsis griega en el teatro, no basta con representar las obras del teatro clásico griego: tendríamos que llenar el teatro de griegos clásicos que llorasen, se tiraran de los pelos y purgasen sus pasiones a través de lo que sucede en escena.

Me temo que para entender al Athletic hay que acudir un domingo a San Mamés, después de haberse comido un chuletón de dos kilos, media merluza de pincho, una olla de alubias de Tolosa y unas cuantas docenas de pimientos de Guernika. Las llamadas idiosincrasias se adquieren gracias a severos esfuerzos individuales, hasta convertirse en históricas.

Benjamín me contó cómo consiguió años atrás los dos pases que tiene para el Bernabéu. Después de una lectura de poemas en Madrid, se lo llevaron a cenar los organizadores, y la conversación, como no podía ser de otra manera, derivó hacia asuntos futbolísticos.

En un momento dado, Benjamín lamentó que resultara imposible hacerse socio del Madrid, dada la lista de espera que el club poseía, en relación con los miles de solicitudes. Al escuchar su melancólica queja, uno de los invitados a la cena tomó la palabra, y le dijo que él le conseguiría sin falta los abonos que quisiera, porque su hermano era el abogado del Real Madrid. Benjamín solicitó dos para él, y dos para Luis García Montero. Al cabo de unos días, después de haberlos pagado por transferencia bancaria, les llegaron los pases a su casa dentro de un sobre. Para que luego los recalcitrantes digan que la poesía no es útil.

LUIS GARCÍA MONTERO: Madridista compulsivo, y, en segundas nupcias, hincha del Granada. O viceversa. Siempre que hemos coincidido por esos mundos, dando lecturas o participando en algún acto literario, y había partido del Madrid, del Valencia o de la selección (a veces en compañía de Chus Visor, y de Paco Brines, y de otros amigos) nos las hemos arreglado para encontrar una tele en la que verlos.

A Luis le gusta muy poco la comida refinada. A menudo, después de los actos literarios, los promotores, con la mejor intención, agasajan a los participantes con comidas y cenas en los restaurantes de la llamada nueva cocina (que ya empieza a ser, como poco, sexagenaria). Cuando el invitado es Luis, lo hacen sin saber que para él esas comidas y cenas constituyen un suplicio alimentario, que soporta con un educado estoicismo y con un ayuno casi completo.

De manera que si estoy presente me suelo adelantar a los organizadores y propongo que nos lleven a cualquier lugar donde nos den unos buenos huevos fritos con jamón, o una tortilla de patatas, o unas croquetas como Dios manda, platos, además, muy compatibles con la contemplación televisiva del fútbol. Digo esto porque Luis tiene más temple gastronómico que futbolístico. Puede explotar en público y dar un manotazo encima de la mesa, ante una cagada defensiva del Madrid o ante un gol cantado que se falle.

Luis no tiene una vida doméstica nada fácil, desde el punto de vista futbolístico: su mujer, Almudena Grandes, es atlética furiosa, cholista convencida. Por si ello no bastase, Elisa, la hija de ambos, los mortifica haciéndose seguidora del Rayo Vallecano. Hace falta mucho amor para sobrellevar algunos hechos de la vida cotidiana.

ALMUDENA GRANDES: Atlético radical, como he dicho arriba. Simeonista absoluta. Creo que para Almudena ser del Atleti es otra forma más de ser madrileña, tal y como ella entiende el madrileñismo: una forma de estar en el mundo como si estuviera en la Glorieta de Bilbao, y de estar en la Glorieta de Bilbao como si estuviese en cualquier otro lugar del mundo. Para mí Almudena es lo gato puro: sentido del humor sin ínfulas, pero sin dar un paso atrás, porque para eso una es de Madrid.

Su cholismo se explica por lo que creo que se explica el cholismo como cosmovisión: ha transformado el Atleti y ha hecho que pasara de ser un club lastimero y quejoso (el tercero o el cuarto en discordia) a convertirse en un equipo que inspira miedo en el mundo. Siguen siendo quejosos y lastimeros, por apego a su tradición y por estrategia argentina —siempre hiperbólica y sentimental—, pero ya nadie se los cree.

CHUS VISOR: Para mí, Chus es el Atleti, y el Atleti es Chus. Socio inmemorial, perteneció a la junta directiva del club durante la presidencia del doctor Cabezas, uno de los personajes más estafalarios de la historia del fútbol español, con el permiso de Jesús Gil, también presidente del Atleti (algo que algún día habrá de estudiarse en la bibliografía médica de naturaleza psicoanalítica). La filosofía ancestral del club, con su fatalismo y a la vez su orgullo inconquistable, se resume en algo que me dijo Chus en cierta ocasión. Prefería históricamente que el equipo no se clasificara para jugar las competiciones europeas; porque, para hacer el ridículo, mejor hacerlo solo en casa.

Paseando por Madrid con él, alguna vez me ha hecho mirar hacia los rascacielos edificados en la vieja Ciudad Deportiva del Real Madrid, después

de un escandaloso plan de recalificación urbana: «Mira, Carlitos, las torres de los chorizos».

En los últimos tiempos, le ha sucedido lo que a todos los atléticos: el cholismo y los éxitos recientes han aplacado su nihilismo castizo. Ahora disfruta como nunca llevando a su nieto, vestido con la camiseta del Atleti, a las gradas del Metropolitano, y contándole batallitas del mitológico Vicente Calderón.

FELIPE BENÍTEZ: Se la suda. Alguna vez, con la oportunidad de algún mundial, hace algunas pequeñas concesiones y se asoma al fútbol; pero su indiferencia con respecto a ese universo solo es comparable a la que siente con respecto a los automóviles, al hecho de manejarlos, y a la posesión del carnet de conducir. Felipe es de los pocos individuos sobre la tierra que no conduce. Teniendo en cuenta que vive en Rota, que ese pueblo gaditano está muy mal comunicado con el resto del mundo, y que ha sido y es uno de los autores más solicitados en lecturas, conferencias y congresos literarios, me ha parecido siempre un misterio físico y metafísico que no condujera.

Ahora bien, aunque el fútbol se la suda, ama el tenis, como yo. Los dos somos nadalistas irredentos, lo que no nos impide admirar a Federer, a Murray, a Thiem, a Tsitsipás, incluso a Djokovic (que tanto daño deportivo ha hecho a Nadal, y que tan malas formas ha demostrado con él), así como a los grandes tenistas del pasado.

En el tenis, las pasiones resultan más educadas, poseen mucha menos fiebre. Más aún: los excesos pasionales se consideran de mal gusto. El espectador de tenis puede ser casi cualquier cosa, menos un hincha, un forofo. El ambiente de la Copa Davis, que suele parecerse más al de una eliminatoria de fútbol entre selecciones nacionales, se considera de dudosa educación, de brocha gorda, más propio de patanes que de caballeros tenistas.

El espectador de tenis se diría que siempre viste con pantalones blancos y un jersey Fred Perry a juego, con cuello de pico de color verde. Se diría que el espectador de tenis está obligado a ir disfrazado de jugador de tenis a la vieja usanza, con raqueta de madera en un partido de dobles mixtos, mientras fuera de la pista aguarda, a la sombra, junto a la piscina, una mesa con martinis.

En el universo del tenis, la promiscuidad no solo no está mal vista, sino que consiste en una señal de conocimiento y elegancia. Se puede ser de Federer, pero también muy de Nadal (quienes, además, forman una pareja afectiva perfecta, que debería dar lugar, al final de sus respectivas carreras deportivas, a un matrimonio estable. Lo más lógico sería que Rafa abandonara

a Xisca Perelló y Roger a Mirka Vavrinec, y decidiesen vivir casados en una villa de Mónaco, o en un ático de Dubái con vistas al mar).

Se puede ser retrospectivamente de Borg, pero también de McEnroe, su doble en el espejo, su cooperador necesario. Se puede admirar a Orantes, pero también a Năăstase, y a Țiriac, y a Kodeš, y a todos los grandes. En el tenis impera un perfumado *fair play*, que convierte en prohibido el aplauso sobre el fallo del rival, un versallesco pase usted, no, pase usted, que se contradice con la intensidad física del tenis moderno, con la violencia del golpeo permanente, una variedad de la muerte española a bastonazos.

Felipe y yo soñamos con irnos juntos, en compañía de nuestras mujeres, al abierto de Roma, a ver buen tenis, y comer pasta, y pizzas, y pasear por el Foro, y beber negronis en las terrazas del Trastévere. No sé si lo haremos algún día, porque organizar un viaje a finales de abril o comienzos de mayo suele ser difícil; pero espero que sí.

Conviene tener deudas con nosotros mismos, planes ineludibles que no llevemos nunca a cabo. Hay que guardar en la cartera un puñado de pequeños sueños por cumplir: igual que todo lector, en su biblioteca, palpitantes en la oscuridad, posee esos libros inaplazables que sin embargo ha ido aplazando a lo largo de su vida, o que la casualidad ha ido aplazándole a él, hasta convertirlos en piezas totémicas.

Estoy convencido de que conviene morirse sin haber llevado a cabo algunos de esos asuntos que uno ha de llevar a cabo, sin falta, antes de morirse. Tengo tantos proyectos que estoy seguro de que no cumpliré ni el cinco por ciento de aquello a lo que aspiro. Me apetece escribir cientos de libros, para los cuales ya tengo argumentos, títulos, notas; pero no alcanzaré a escribir ni la punta de ese iceberg imaginario. Prefiero que se me queden balas en la recámara, antes que disparar las justas. Hay que sobreabundar, como receta de vida.

Lo dicho: a Felipe se la suda el fútbol.

VICENTE GALLEGO: Valencianista. Hasta los cuarenta o cuarenta y tantos años de su edad (cuando era, sobre todo, un gozador mediterráneo, por llamarlo de alguna manera), Vicente fue un aficionado bastante radical, con algo de ese aire amargo y determinista de los seguidores del Valencia, proclives al exabrupto, y a encontrar consuelo en eternas conspiraciones del Eje Madrid-Barça (conspiraciones en las que yo, libre de apetitos conspiranoicos, creo con cierta frecuencia).

El padre de Vicente, que era un tipo encantador, se tomaba muy a pecho los partidos del Valencia, y solía juzgarlos con una crueldad fatalista que le

generaba grandes disgustos. Como creo que sucede tantas veces en las gradas de Mestalla, aspiraba a tanto que todo le parecía poco.

A Vicente le gustaba discutir con él sobre el Valencia, y le divertía esa teatralidad extrema con la que su padre se quejaba del club —en el que no podía confiarse—, de los jugadores —que siempre eran unos malcriados niños perezosos— y de la climatología futbolística, por así decir —que estaba inalterablemente en contra de su equipo.

Lo recuerdo aquí, haciéndonos una paella sublime de marisco, en la terraza de su casa de Poeta Artola, mientras nos indica a Vicente, a su hermano Víctor y a mí cómo la única solución para que los jugadores del Valencia hagan lo que tienen que hacer —dejarse la piel en el campo, correr hasta caer rendidos— es quitarles el sueldo y propinarles a todos una prolongada somanta de hostias.

En los últimos años, Vicente ha profesado una suerte de sincretismo orientalizante profundo que ha dulcificado sus pasiones en general, y su pasión futbolística en concreto. Ahora las cosas las mira —digamos— desde el balcón de enfrente, con un desaforado descreimiento de todo desafuero, y eso no casa demasiado con el fútbol, que es una impura realidad terrenal. Ve el fútbol desde la sofrosine, que es como observar los naranjales de Algemesí bajo el punto de vista de un maestro de bonsáis. A fin de cuentas, al zen le va más el *go* que el balompié.

JUAN PABLO ZAPATER: Valencianista cabal, pertenece al sector de los radicales de espíritu que conservan siempre las buenas formas. Juan Pablo tiene un sentido de la caballeridad profundo que le impide blasfemar en las gradas: en los tebeos de posguerra habría sido uno de esos héroes de las hazañas bélicas que tomaban las trincheras enemigas mientras proferían exclamaciones del tipo «Malandrines», «Cáspita» o «Pardiez».

Todavía tiene una legendaria partida de botones todas las semanas con sus viejos amigos del colegio de los Dominicos, y con aficionados del barrio del Cabañal. Si no hubiera muchas más razones, ese solo hecho bastaría para quererlo. Con sesenta y dos años, desde hace más de cincuenta (salvo alguna pequeña interrupción, por el servicio militar), juega un torneo de fútbol con botones las noches de los viernes.

La verdad es que siempre he sentido envidia de esa fidelidad: una fidelidad al propio juego, a los amigachos y al intento desesperado de mantener viva la infancia, que es la razón primigenia por la que nos gusta el fútbol. Incluido el de botones.

Los botones eran la prolongación del fútbol que practicábamos los niños de mi generación cuando no podíamos jugar al fútbol. Los niños de mi generación a quienes nos gustaban el fútbol y los botones.

Jugábamos en el suelo de casa, en el suelo del patio del colegio, en las aceras de las calles. Las porterías eran cajas de zapatos cortadas por la mitad hasta formar los tres palos. La pelota era un botón blanco de camisa, que era convenientemente extirpado de las prendas de nuestros padres (me he llevado grandes broncas por dejar sin botones las camisas de mi padre, o por haber, incluso, agujereado la tela en el acto de la extirpación).

Los botones que simulaban los jugadores de campo solían ser más grandes, de fantasía, botones de abrigos, sobre todo, abrigos de mujer, que arrancábamos de la ropa de nuestras casas o que comprábamos en las paqueterías. Las merceras nos sacaban los catálogos de botones, que iban adheridos a cartones cuadrados de color gris. Los comprábamos al por mayor, sin saber si luego iban a ser buenos para el fútbol, si iban a poder deslizarse bien sobre los baldosines de cerámica de nuestras casas, o sobre el linóleo que por entonces se puso de moda, o sobre la madera del *parquet*, en las pocas casas que por entonces tenían suelos de *parquet* (por lo general haciendo un damero de cuadrados claros y oscuros).

Los botones de calidad debían correr bien sin montarse encima del botón que hacía de pelota, porque eso se sancionaba con manos. Además, un buen botón necesitaba poder elevar la pelota por encima de los botones rivales, y así disparar a portería. Nosotros jugábamos pellizcando el botón hacia delante o hacia atrás, o disparando a puerta, con otro botón, que llamábamos ficha.

Eran partidos de casi todo el día, a gatas por el suelo, que representaban en sí mismos una forma de la felicidad, y que, a su vez, significaban un sucedáneo perfecto del verdadero fútbol.

Jugábamos a narrarlos en voz alta como los locutores de la época, cada cual nuestro Matías Prats eufórico. «Barrachina controla el balón en la frontal del área y lanza un pase en profundidad a Claramunt, que controla la pelota con su acostumbrada magia, regatea a un defensa contrario, a dos, y pasa entre líneas a Óscar Rubén Valdez, que con la izquierda bate a Reinaaaaa, el portero del Fútbol Cluuuub Barcelooooonaaa».

Durante un tiempo, la modalidad del fútbol de botones se transformó, en mi círculo de amigos y familiares, en fútbol con chapas de botellas: botellas de cerveza, de gaseosa, de Coca-Cola, de lo que fuese. Aquellas chapas eran chapas usadas, por lo general, chapas que había que obtener abriendo con extremo cuidado las botellas, para no dañar los dientes metálicos. A menudo,

en las neveras de nuestras casas, todas las botellas estaban destapadas, perdiendo el gas de forma inútil, en heroico sacrificio deportivo, para engrosar las filas de nuestros jugadores.

Confieso que fueron años gloriosos para mí, porque mi padre, que entonces ya era subdirector de la fábrica de cervezas El Turia, me traía centenares de chapas idénticas sin usar, antes de ser prensadas sobre el gollete de las botellas. Chapas blancas con la estrella dorada de la variedad MÄRZENbier Turia Especial (así se escribía, con la mezcla de mayúsculas y minúsculas), o chapas de color gris con la estrella en rojo, de la Stark-Turia Export. Aquellas chapas no cometían manos jamás, nunca se tragaban el botón blanco de la pelota, y, además, como tenían los dientes abiertos, como en una suave falda, resultaban perfectas para elevar el balón en mis disparos.

Aquel privilegio de usar chapas vírgenes fue como el recurso de contar con dos jugadores extranjeros, que se impuso en el fútbol español de la época. Con los extranjeros y con los falsos oriundos (jugadores hispanoamericanos descendientes directos de españoles). Aquella moda de los oriundos y la picaresca subsiguiente, que quería hacer pasar por «español» de tercera o cuarta generación a cualquier hispanoamericano, dieron origen a divertidas anécdotas, como la de aquel recién llegado al fútbol nacional que declaró, al ser preguntado por sus familiares: «Sí, mi abuelito me hablaba mucho de España y de su infancia; él había nacido en Celta».

En aquellos años mitológicos, mi hermano y yo nos convertimos en imbatibles. Incluso desde el punto de vista estético, nuestros equipos resultaban superiores, con las once chapas idénticas, relucientes, sin estrenar, como un ejército en perfecto estado de revista; mientras que los equipos de nuestros amigos y primos estaban formados por una horda de chapas mestizas, mil leches, extraídas de aquí y de allá, con las bebidas que sus familias compraban a diario. Equipos de harapientos.

Fuimos acusados de hacer trampas y de emplear recursos que no estaban al alcance de cualquiera, lo que alteraba el campeonato; pero se trataba de pura envidia malsana, por no tener un patrocinador, como teníamos nosotros.

Además de propinarles unas palizas de campeonato —de campeonato familiar de chapas—, durante aquellos días enseñamos a nuestros primos y amigotes una lección inolvidable acerca del mercantilismo capitalista que empezaba a imponerse en el fútbol español. La letra con sangre entra.

Ahora bien, el fútbol de chapas nunca me pareció superior al de botones, y quedó sepultado en el tiempo, no sé por qué ni cuándo. Las modas son así, vienen y desaparecen, sin demasiadas razones, empujadas por el simple

apetito de cambiar las cosas, que es uno de los apetitos más inexplicables de la humanidad.

No sé tampoco cuándo dejé de jugar a botones ni por qué lo hice. Supongo que otras tentaciones suplantaron a aquella actividad heroica de andar tirados por el suelo, imitando partidos de fútbol. Pero me arrepiento. Me habría gustado conservar, como Juan Pablo Zapater, una partida inconquistable de botones, a través de los años, convertida en una estrafalaria manera de plantar cara al envejecimiento y a la muerte. Porque se trata de eso, y no de otra cosa.

PERE ROVIRA: Culé furioso. En sus magníficos diarios (*Diari sense dies, La finestra de Vermeer, Música i pols*) habla con frecuencia de fútbol.

Los partidos del Barça se han convertido para él, a través de los años, en un hábito vital; es decir, en una costumbre de vida que genera interés hacia el mismo hecho de vivir. Pere siempre ha sido un gozador terreno —cazador desde la infancia, en compañía de su padre (sobre todo de perdices, y de patos en el delta del Ebro)—, buen bebedor, partidario de la buena cocina tradicional, defensor de la literatura como instrumento sensualista para amar el mundo.

Hubo un tiempo en que Pere creó a su alrededor, en la ciudad de Lleida, no solo un grupo de discípulos y alumnos suyos que vivían y escribían con absoluta normalidad a su sombra, algunos en catalán y otros en español, sino que generó un clima de amistad y respeto entre poetas de toda España, que visitábamos Lleida para asistir a congresos, para dar lecturas o simplemente para encontrarnos y celebrar nuestra amistad. Esa amistad de vida y literatura generó intercambios y actividades de muchos escritores catalanes por el resto de España (Pere Rovira, Àlex Susanna, Txema Martínez Inglés, Josep Maria Rodríguez, Lorenzo Plana, Pere Pena). Se hicieron antologías, se tradujeron libros, se organizaron ciclos de conferencias y lecturas.

Hoy en día todo eso se ha terminado, por distintas razones (las distancias que la vida impone misteriosamente, la pereza que nos invade con los años — y que constituye un crimen—, las distintas crisis que han impedido que instituciones y empresas privadas patrocinen actividades culturales); pero sobre todo se ha terminado, a mi entender, por el envenenamiento del nacionalismo. Y sí creo que en Cataluña se ha roto un equilibrio de convivencia que existía anteriormente.

Pere, que es uno de mis grandes amigos de la literatura (y que lo seguirá siendo, por encima de todo), ahora recela de lo que denomina genéricamente «los intelectuales españoles», cuando no los critica de manera abierta, sobre

todo por no haber intervenido en el proceso independentista. Es decir, por no haber intervenido con su mismo criterio, a favor de la secesión. Pero lo cierto es que la mayor parte de sus amigos de la literatura no hemos comentado nada para preservar nuestra amistad.

Leyendo sus diarios, cuando aborda el tema de la independencia, uno comprende que no hay demasiada solución en este asunto, porque todo lo que a él le parece una imposición ilegítima (la Constitución, las leyes que nos hemos dado en democracia, los gobiernos salidos de las urnas), a mí me parecen los elementos que garantizan la aspiración a la igualdad entre todos los territorios de España (una España que, como han dicho los independentistas, les importa un pimiento, aunque no por importarles eso mismo deja de existir, porque una cosa son algunas palabras, y otra muy distintas los hechos).

Entretanto, los amigos que antes quedaban a cenar ya no quedan, las familias que antes podían hablar, durante las comidas, de ciertos asuntos, ya no pueden hablar, porque los participantes se levantan de la mesa; los trabajadores que antes hablaban en las empresas prefieren callarse, porque se prefiere pasar por un adepto al régimen indepe antes que por un *botifler*.

Ese es el termómetro de los dramas verdaderos: cuando los amigos ya no pueden ni quieren quedar a cenar, porque la cena se les atragantará por lo que se dice o por lo que se calla. La ceremonia social para mí más sagrada, más reconfortante y curativa —las cenas con amigos— se ha ido al carajo por culpa de ciertos políticos envenenadores profesionales, y se lo hemos permitido. Que Dios nos ampare.

El otro día me entristeció ver en la televisión un documental magnífico acerca de la casi invencible selección yugoslava de baloncesto que capitaneaban Dražen Petrović y Vlade Divac. Es la historia de cómo el nacionalismo furibundo que degeneró en la guerra de los Balcanes destroza la amistad de hermanos que los dos deportistas se profesaban.

Después de haber obtenido a lo largo de los años muchos triunfos con la selección yugoslava, se produjo un incidente célebre durante el campeonato del mundo de Argentina, en 1990.

Nada más terminarse la final contra la selección rusa, que Yugoslavia ganó por una paliza de noventa y dos a setenta y cinco, un aficionado saltó a la pista envuelto en una bandera croata, y Divac se la arrebató y lo echó de la cancha, porque, en su opinión, el partido y el campeonato los había ganado Yugoslavia, no Croacia.

Petrović, que por entonces ya se había manifestado como nacionalista croata, interpretó aquel gesto como una afrenta privada, política y social. El hecho fue que ya nunca más volvieron a ser los mismos amigos. Petrović no quiso reunirse con Divac ni hablar del asunto (pese a que los dos, por entonces, jugaban en la NBA y se enfrentaron en distintas ocasiones), y murió, como es fama, sin hacer las paces con Divac, en un accidente de coche, cuando volvía a Croacia desde Alemania, después de un partido de la selección croata, una vez dividida la vieja República Federativa Socialista de Yugoslavia.

En el documental hablan Kukoč, Rađa, Aleksandar Petrović (el hermano mayor de Dražen, también buen baloncestista, aunque no un genio como él). La sensación que me quedó como espectador es la del absurdo, la de un drama tan inevitable como fácil de haber evitado, la de dos jugadores que simbolizan el desencuentro envenenado de una buena parte de la ciudadanía yugoslava hasta entonces. Enrocamientos políticos que degeneran en aversión concreta.

Las palabras y los símbolos son fundamentales, lo creamos o no, lo sepamos o no, les concedemos toda la importancia del mundo, y no tenemos por lo general la inteligencia suficiente como para quitarles hierro, como para despojarlos de la fiebre que suelen llevar aparejados. Casi todas las guerras empiezan en la retórica, en la literatura. Casi todas las guerras empiezan con una bandera que se arría y otra que se iza.

El reportaje se cierra con la visita de Divac, pasados los años, a Croacia, a casa de Dražen. Por la calle reconocen al gigante serbio de dos metros y pico. Muchos lo miran con desconfianza y desdén, otros lo saludan con alegría y orgullo. Llega hasta casa de los Petrović, y habla con la madre de Dražen y con Aleksandar, y alcanzan una reconciliación que ya nunca servirá a los viejos amigos.

Divac visita más tarde la tumba de Dražen en el cementerio de Mirogoj, en Zagreb, y deja una fotografía de los dos, fundidos en un abrazo después de una victoria.

Nada es comparable, afortunadamente, entre los casos de Yugoslavia y España. Pero esa historia me parece que esconde una honda lección. Sin embargo, no aprenderemos.

ANTONIO JIMÉNEZ MILLÁN: Antonio es un buen ejemplo del mestizaje futbolero que me gusta. Un granadino que vive en Málaga desde casi siempre y que es un barcelonista impenitente. Durante años viajaba cada quince días desde Málaga a Granada, para ver jugar en Los Cármenes al equipo local, en

compañía de Luis García Montero (cuando Luis vivía en Granada de forma permanente).

Esa suerte de bigamia futbolística (o, a veces, de poligamia) solía ser frecuente antes. No se consideraba incompatible ser vallisoletano, por ejemplo, seguir con pasión al Valladolid y, además, ser hincha del Barça, o del Madrid, o del Athletic de Bilbao. Las segundas nupcias, por lo común, se establecían con los dos gigantes —Barcelona y Madrid—, porque su trascendencia, aunque pueda molestar a los monógamos absolutos, resulta imposible de negar.

Los niños siempre han llevado con una naturalidad desprejuiciada sus apetitos promiscuos, a diferencia de los adultos. La condición adulta parece que lleve aparejada, de forma irreparable, la pérdida de la flexibilidad física y espiritual, el endurecimiento de la cintura.

A un niño ovetense, pongamos por caso, no le resulta contradictorio ser fanático del Betis, igual que a un sevillano le resulta de lo más normal ser seguidor del PSV Eindhoven, o del Brujas, o de la Ponferradina. Para la mirada del niño no existen las incompatibilidades ni las restricciones, el único principio por el que se rige es el de su propio capricho. La infancia puede que sea la única época de la vida en que la voluntad schopenhaueriana —la voluntad de vivir— se manifieste de forma más desnuda y sencilla, con mayor claridad y clarividencia. Con todo su egoísmo sanador.

A la mayor parte de los adultos —ya he reflexionado sobre esto con anterioridad— les resulta impensable un cambio de preferencias futbolísticas. Incluso los más inteligentes suelen admitir que se nace y se muere con los mismos colores. Aceptan que se pueda cambiar de mujer o de marido cuantas veces se necesite. No ven como un disparate que se evolucione o se cambie en lo que respecta a las ideas políticas de un individuo (aunque esto se suele juzgar con irritación las más de las veces). Pero no se admite jamás que se cambie de devoción futbolística en mitad del viaje.

Creo que a la gente —incluso en los casos de mayor ductilidad ideológica— le gusta mantener un ápice de fanatismo animal, un resto de ciega energía intransigente, aunque sea en este ámbito de apariencias inofensiva.

Es como si el fútbol permitiera, sin demasiado escándalo, conservar un fondo ancestral de irracionalidad que no necesita justificarse. Hay quien compara la fe religiosa con la fe deportiva; pero no tienen tanto que ver, porque la fe religiosa, cuyo fondo es inexplicable, posee también siglos de refinamiento teológico, de sutileza verbal, en los que fundamentarse.

La religión está emparentada con la religiosidad futbolística, pero solo como lo están, pongamos por caso, los primeros balbuceos de una lengua literaria —las canciones junto a la hoguera, por poner nombre a ese fenómeno— con la literatura a la que hemos llegado a través de la historia. La pasión futbolística —la pulsión deportiva— tal vez sea uno de los impulsos más primitivos y elementales que posee el hombre, como la persecución del alimento, como la satisfacción del deseo, como la procreación, como la lucha contra el enemigo.

Antonio Jiménez Millán nunca ha sido un hincha: no podría serlo. Su temperamento es parsimonioso, flemático, y la flema no cuadra con esa figura. Un *hooligan* imperturbable no es un *hooligan*, sino una contradicción en los términos para uso literario, como el banquero anarquista de Pessoa.

Alguna vez se debería estudiar la influencia climatológica y cultural sobre los hábitos de los artistas malagueños, incluidos los malagueños de adopción. En ningún otro lugar del mundo he visto que se tomen con tanta calma extensiva los apremios de la vida cotidiana. Nunca he estado tan cerca de perder aviones, trenes, autobuses, como cuando he estado en compañía de algún amigo malagueño: de Antonio, de Lorenzo Saval, de José Antonio Mesa Toré, de José Luis González Vera. Cuando han estado todos juntos, he llegado a perderlos.

Entre las muchas características que constituyen la idiosincrasia malagueña (que no existe, salvo cuando queremos crearla, por hipérbole antojadiza, los escritores), una de las principales estriba en el desprecio que se siente allí hacia las imposiciones de la cronología. En la célebre Ciudad del Paraíso —como en el Paraíso original— el reloj es un artefacto que inventó el diablo para perder a los hombres. Tengo la impresión de que la provincia entera podría regirse bajo el siguiente lema nobiliario: Siempre es buen momento para llegar tarde.

Para ser un hincha, a Antonio siempre le ha faltado sentido del tiempo, respeto cronológico.

FERNANDO VALVERDE: Granadino. Ultra del Granada, condición que lleva con orgullo allí por donde va. Fernando viste siempre la camiseta de franjas rojas y blancas, horizontales, aunque parezca que vaya vestido de bonito.

Leí una vez —lo contaba Vicente Molina Foix— que durante una visita de Andy Warhol a España le organizaron al norteamericano una cena de homenaje, que se celebraba en el Casino de Madrid. Molina Foix lo fue a recoger, junto con algunos de los organizadores de la cena, al hotel Ritz, en donde se hospedaba.

Cuando lo vieron bajar de su habitación, vestido con pantalón vaquero y una camisa blanca, palidecieron. Con bastante vergüenza tuvieron que explicarle que la cena requería cierto protocolo, una etiqueta mínima. Temieron una reacción airada e iconoclasta por parte del gurú *underground*, una *performance* apocalíptica y madrileña del astro neoyorquino, un desplante que los ridiculizara y los hiciese pasar a la historia universal de la infamia.

Para su asombro, Warhol se mostró cortés y educadísimo, además de muy dócil. Subió a su habitación, y bajó cinco minutos después con traje y corbata. Ahora bien, durante el trayecto en taxi hacia el casino, le dio un codazo de complicidad a Molina Foix, y con una risita de pícaro de Chamberí le mostró, por debajo del pantalón de su traje, los vaqueros que se había puesto al principio.

Fernando siempre lleva, por debajo de la camisa, del jersey, de la chaqueta, incluso de la piel, la camiseta del Graná.

El pasado verano vino a Valencia, desde mediados de mayo hasta mediados de junio, para dar clases en el programa que la Universidad de Virginia (donde yo también trabajo) tiene en la ciudad, y nos vimos bastante, por la sede del Programa y fuera de ella.

Se estaban disputando entonces los últimos partidos de Segunda División, en los que el Granada se jugaba el ascenso a Primera. Coincidió su estancia con el hecho de que el Granada tenía un partido trascendental en Albacete. Aunque hay casi doscientos kilómetros de distancia, y aunque Fernando terminaba sus clases a las siete y media de la tarde y el partido era a las nueve, cogió un coche, llegó con el partido empezado y vio ganar en el Carlos Belmonte, el 20 de mayo de 2019, al Granada, por 0-1. Gol de Adrián Ramos. Al final de la temporada el Granada ascendió a Primera.

Entre los amigos más jóvenes es sin duda el más futbolero, con un punto de fanatismo chiflado que me encanta, y que le lleva lo mismo a hacerse fotos con el Papa de los Cármenes (que es una variedad nazarí de Manolo el del Bombo, imposible en otro lugar del mundo, un icono folklórico entreverado con aromas de Semana Santa y requiebros lorquianos a la luz de la luna), que a fundar en Charlottesville (sede de la Universidad de Virginia, en la que trabaja hoy), la Peña Granadinista en el Exilio, que cuenta con él como fundador, presidente, secretario, tesorero, accionista mayoritario y miembro único.

FERNANDO ARAMBURU: Donostiarra, hincha de la Real Sociedad afincado desde hace muchos años en Hannover. Como estudió en Zaragoza, y uno es

de donde ha cursado el bachillerato, como se sabe, y en no menor medida de donde ha hecho la carrera, también es zaragocista. Ha difundido alguna foto suya en las redes sociales, vestido con una camiseta del Zaragoza que le regalaron durante una visita reciente a la ciudad.

Uno es, en verdad, de muchas partes, de allí donde ha sido feliz sobre todo, de donde ha tenido una novia, de donde ha comido un cocido memorable, de donde ha visto un cuadro cuyo recuerdo lo acompaña en las horas felices y en las oscuras, de donde le han hecho un poco de caso, de donde ha visto el mar en excelente compañía, de donde no ha estado nunca y mucho que le pesa, de donde paró en un andén a fumarse un cigarro en mitad de la noche, de donde le decía su padre que había hecho el servicio militar, de donde ni se imagina, de donde entiende más o menos la lengua que hablan los nativos, de donde no entiende ni una sola palabra, de donde atan los perros con longanizas, de donde doblan las campanas y uno sabe que es por él, de donde da la vuelta el aire, de donde hacen paellas con caracoles y secreto ibérico, de donde todos somos un poco —*civis romanus sum*—, de donde ya te gustaría, de donde ni lo sueñes, de donde son los personajes de sus novelas favoritas, de donde nacieron sus escritores predilectos, de donde dicen las canciones, de donde suena la flauta, de donde cuecen mezcal, de donde destilan *whisky*, de donde cosechan buen vino, de donde crían toros de lidia y los toreadan en las plazas de toros, de donde hay dunas de arena, de donde las chicas toman el sol sin sujetador, de donde ha jugado Maradona, de donde hay caballos de deporte, de donde hay cocoteros, de donde ni fu ni fa, de donde vaya usted a saber, de donde hay agua fresca, de donde hay ríos en cuyas aguas uno no vuelve a bañarse dos veces, de donde nos hacen la vista gorda, de donde te tienen ley, de donde uno se pregunta qué coño estoy haciendo aquí, de donde caminen descalzos por la orilla, de donde viertan aceite de oliva sobre una rodaja de pan tostado, de donde no haya antropófagos en sentido general y particular, de donde nazcan grandes poetas, de donde abunden los cerezos en flor, de donde canten las cigarras, de donde canten los grillos, de donde canten los pájaros, de donde no sirvan bebidas en vasos de tubo, de donde se puedan decir estupideces sin que te miren demasiado mal, de donde uno pueda vivir a la vez como si fuese turista y como si fuese aborígen, de donde uno no tenga que decir cada dos por tres de dónde es, de donde a uno lo ignoren y lo tengan en cuenta según lo necesite, de donde la gente lea libros, de donde la gente escriba libros, de donde la gente no sea tan cursi como para creer que los libros son lo más importante, de donde a la gente le gusten las enumeraciones y los catálogos y los

repertorios, de donde uno pueda cenar con sus amigos sin que le metan prisas, de donde suene Bach, de donde suene Cervantes, de donde suene Pessoa, de donde cocinen bacalao, de donde haya buenas terrazas de café, de donde uno pueda mirar a la gente que pasa sin parecer culpable, de donde no te cacheen al entrar, de donde no te riñan al salir, de donde te vean con los mejores ojos, de donde te atiendan como si fueses irrepetible, de donde te cuenten cuentos, de donde te dejen dar la murga, de donde huela bien, de donde salga humo de las chimeneas, de donde haya bares que cierren más tarde de lo permitido, de donde no nos echen a gorrazos, de donde uno pueda darse una ducha caliente, de donde se usen plumas estilográficas, de donde todavía se manejen máquinas de escribir, de donde la gente no crea demasiado en los pecados capitales, de donde la gente no crea demasiado en los pecados veniales, de donde la gente no crea demasiado en los pecados, de donde te sirvan tu copa predilecta sin necesidad de pedirla, de donde haya piscinas silenciosas en las tardes de verano, de donde huela a jazmín por las noches, de donde silbes por la calle una vieja tonada, de donde puedas comer tortillitas de camarones y ortigas de mar, de donde te puedas duchar al sol con una manguera, de donde haya chiringuitos a la orilla del mar, de donde haya pueblos encalados, de donde los niños puedan jugar como si fuesen gatos, de donde se duerma la siesta, de donde se juegue al dominó por las tardes, de donde salga el sol por Antequera, de donde haya nieve perpetua en las montañas, de donde coman tiramisú, de donde uno ha nacido aunque no lo practique, de donde uno ha nacido aunque quién lo diría, de donde uno ha nacido por destino, de donde uno ha nacido a mucha honra, de donde uno ha nacido y querría morir, de donde uno ha nacido para apostatar, de donde uno ha nacido para que no se note. Uno es, en verdad, incluso de donde en verdad es.

Me imagino que ser hincha de la Real en Hannover le concede a alguien un grado superior de clarividencia extravagante para observar la realidad, una lupa de muchos aumentos para ver España desde la distancia y para verse a uno mismo lejano y próximo al mismo tiempo. La intraideología futbolística es como ese jersey necesario que uno siempre se lleva consigo para estar por casa, para estar en cualquier parte como si estuviese en su ciudad, para andar por el mundo como si no salieras del barrio.

Ser hincha de la Real en Hannover, supongo, ayuda mucho a deshannovizar el presente inmediato, igual que ser hannoveriano de adopción debe de servir para destxuriurdinizar las cosas cuando resulte necesario. El hecho de vivir fuera —fuera de tu pueblo, fuera de tu ciudad, fuera de tu país, fuera del mundo— le suele quitar grados de fiebre al hecho de vivir dentro.

Una amiga vasca —con esa estereotipada franqueza que se atribuye a los vascos— repetía un dicho salvaje, según el cual para ver bien las pollas se necesita la distancia justa, porque, cuando te las metes en la boca y las miras, bizqueas a la fuerza. Pues lo mismo sucede con la realidad, que necesita su distancia adecuada para verla con carácter ecuánime, ni demasiado dentro ni demasiado fuera, ni demasiado partidario ni demasiado descreído, ni con demasiado entusiasmo ni con demasiada frialdad. Conviene poner un punto de hannoverianismo en la vida de todos, a lo mejor.

El caso es que me gusta mucho el txuriurdinismo de Aramburu en la distancia, y no me hubiera importado practicarlo. Como no me hubiese importado tampoco ser beticista en São Paulo, o villarrealista en Melbourne, o armero en Islamabad, o pajarito en Kinsasa.

Existe un grado de cultivo de lo exótico que me resulta muy novelesco, muy literario: la posesión de una singularidad con sentido del humor. Hay un gusto por la exclusividad inocente que siempre me ha atraído. Cuentan que Lord Byron se jactaba entre sus amigos de poseer un barril de su propiedad, con su nombre, en la oscuridad fresca de una bodega jerezana. El sherry de Lord Byron. Como cultivar una afición al fútbol en territorio infiel.

Más que creer en un fútbol vasco, en un estilo histórico solo suyo, según argumentan algunos teóricos de la cosa, creo antes en una forma vasca de sentir el fútbol. Un entusiasmo hacia la cantera que no se discute, un culto hacia el esfuerzo como valor supremo y suficiente, por encima del resultado; una satisfacción curativa hacia lo propio que permite preferir la derrota con once chavales de aquí a la victoria con once de vaya usted a saber dónde. Como he dicho ya, solo me permito el campanilismo exacerbado en asuntos de fútbol.

Ahora bien, como suele suceder con casi todas las leyes inamovibles de las idiosincrasias, para cada característica específica que la demuestre se puede encontrar otra característica, también específica, que niegue la anterior. Para cada jugador que sustente la teoría de un fútbol nacional, existe un jugador que la pone en entredicho o que la dinamita.

El estereotipo del juego vasco aguerrido, con preponderancia física, lo niegan jugadores desvalidos y mágicos como Roberto López Ufarte, *le petit diable*, uno de los extremos más habilidosos que he visto en un campo de fútbol, y uno de mis héroes de infancia. Yo también fui muchas veces López Ufarte, cuando jugaba al fútbol en el patio del colegio.

El cliché del juego vertical que trata de centrar balones a la olla, para que los remate un aizkolari del área, no explica, por ejemplo, aquella Real

bicampeona de liga con los Arkonada, Górriz, Satrústegui, Zamora, Idígoras, Alonso, López Ufarte. Pero el equipo que mejor refuta el tópico del llamado fútbol vasco —que sería la floración en España del tópicamente llamado fútbol inglés— es un equipo catalán: el Barça del Dream Team, que era casi en su totalidad un equipo vasco en el exilio, con Zubizarreta, Alexanko, López Recarte, Begiristain, Goikoetxea, Julio Salinas, Bakero, entre otros. Aquel equipo era el gran Barça de Cruyff, uno de los estandartes históricos del juego de posición, aquel Barça en el que jugaba Guardiola, y que fue la semilla para el legendario Barça de Pep como entrenador.

El zaragocismo de Fernando también lo comparto en un rincón de mi intraideología sentimental, porque nadie a quien le guste el fútbol puede dejar de simpatizar con la leyenda de un club que está basada en un gol imposible, el celeberrimo gol de Nayim en la Recopa de Europa de 1995, al Arsenal, durante la prórroga, cuando faltaban diez segundos para el final del partido.

Fue un gol sin apenas posibilidades de que existiera, un balonazo con intención, desde Tayikistán, al ver adelantado al portero inglés, David Seaman, que cometió el error de su carrera, comiéndose esa pelota no solo con patatas de guarnición, sino con salsa parmesana, migas, chimichurri y judiones de La Granja.

Nayim controló con el pecho un rechace de cabeza de la defensa del Arsenal, dejó botar dos veces el balón, y lanzó un disparo cuyo resultado lógico, incluso encomendándose a la Virgen del Pilar, habría sido el de abatir dos o tres estorninos que volaran en aquel momento por el cielo de París, mientras departían en bandada amicalmente sobre la influencia grecolatina en la poesía de Baudelaire.

A Seaman le faltó un paso, retroceder un solo paso para haber despejado el balón por encima del larguero, un balón que caía llovido desde la estratosfera, con todo el tiempo del mundo para verlo llegar. Un solo paso, el paso de más que había dado Nayim, a setenta metros de distancia, para empalar aquella bolea antológica y ontológica (porque fundamenta el ser del zaragocismo).

El portero tuvo la mano blanda, la mano de mantequilla, que es lo último que puede tener un portero, alguien que debe ser siempre un manazas, un dedos de yunque. Puso la derecha como quien acaricia una flor, una ridiculez de mano que costó perder una Recopa de Europa, una cagada como para cortarte la mano y ya dejar de verla durante el resto de tu vida, y así evitar el hecho de que, cada vez que diese la mano en el futuro, su interlocutor pensara esta es la mano de mierda que nos hizo perder la final, para impedir que cada

día, al levantarse y abrir el grifo del baño, se dijese a sí mismo, mira, esta es la mano del desastre, la mano pecatriz que nos impidió vencer, para ahorrarse el castigo de que durante el resto de su tiempo sobre la tierra, al empuñar el tenedor o el cuchillo con aquella mano, le entrasen ganas de quemarla, de dársela a los perros, la mano sobrante, la mano gelatinosa, la mano de flan con que no supo despejar el balón por encima del larguero.

Seaman se quedó dentro de la portería, con cara de tonto, mascando chicle, recostado con una rodilla en alto, como si estuviera en la playa de Torremolinos, pensando en que había cometido la peor tontería de su vida, dándose cuenta de que aquel episodio iba a pesar en sus recuerdos futuros más que cualquier otra cosa, y siendo consciente, en un instante de absoluta ubicuidad interestelar, de que le haría falta acudir a centenares de sesiones psicoanalíticas para poder perdonarse por lo que había hecho.

En las grabaciones de la final, se ve a Miguel Pardeza (que había jugado de titular pero a quien habían cambiado en el transcurso del encuentro, y que después recogería la Copa como capitán) saltar al campo y abrazarse con Víctor Fernández, el entrenador, y con los compañeros. Pardeza es una bendita anomalía, uno de los escasos futbolistas escritores de los últimos tiempos, de los pocos futbolistas licenciados en Filología, de los casi inexistentes futbolistas lectores de verdad.

Así suceden las cosas en la vida, las cosas en el fútbol. Una de las innumerables gestas gloriosas del balón se cifra en aquella carambola a cinco bandas de Nayim, que para unos significa la leyenda mitológica y la euforia, y para los rivales un episodio que recordar no quiero.

En el 95, Fernando Aramburu ya vivía en Hannover, según creo. ¿Vería el gol de Nayim por televisión, mientras se jugaba el partido, o días después? Un gol así, vitoreado en el extranjero, debe de ser como la consumación de parte de la historia personal. El cierre de un círculo que empezó en Zaragoza, el día en que comenzó a estudiar Filología Hispánica en su universidad.

FÉLIX ROMEO: Nunca hablé de fútbol con Félix, no sé por qué. Imagino que sería porque con Félix había que hablar, sobre todo, de literatura, de los últimos libros que había leído, y esos libros eran todos los habidos y por haber, porque Félix lo devoraba todo y sobre todo tenía una opinión interesante, y, a menudo, estrafalaria e ingeniosa.

Por lo común, creo que le gustaba disparatar acerca de las celebridades del momento y oponerse a la opinión generalizada. Su actividad favorita consistía en descubrirnos autores que nadie había oído nombrar, y en echar por tierra la buena opinión que teníamos sobre los autores que habíamos leído.

Recuerdo una vez en que, durante una cena, alguien alabó el entonces libro de moda, que era *El vano ayer*, de Isaac Rosa. Félix, al escuchar el elogio, empezó a gritar: «¿El vano ayer?, ¿El vano ayer? ¡¡¡Al Bano ayer y Romina Power!!!». En su ocurrencia había un exabrupto y una reseña literaria comprimida.

Después de morir Félix me enteré (creo que por Manolo Vilas) de que tenía una especie de peña zaragocista cuyos miembros eran escritores. Consulté entonces con Ignacio Martínez de Pisón y me confirmó que se trataba de la Peña Milito (en honor de Gaby y Diego Milito, los famosos jugadores argentinos del Zaragoza).

Formaban parte de ella Félix, Ignacio Martínez de Pisón, Ismael Grasa, José Antonio Labordeta, Fernando Sanmartín, José Luis Melero, Rodolfo Notivol, Antonio Pérez Lasheras. En el caso de Ignacio, su participación como socio era esporádica, cuando volvía a Zaragoza desde Barcelona, en donde vive desde los años ochenta. Pardeza dirigía en aquellos tiempos la secretaría técnica del club.

Siempre he lamentado no haber hablado de fútbol con Félix, porque estoy seguro de que nos habríamos divertido muchísimo. No me cabe la menor duda de que habría elaborado teorías, sabias y locas al mismo tiempo, sobre el asunto. Esa mezcla de clarividencia y disparate, de lucidez y vocación humorística, la he interpretado siempre como quijotesca, y algo de quijotesco tenía Félix. Habría podido improvisar un largo discurso sobre —digamos— las pelotas y las letras, junto a un fuego, con un queso de Cabrales en las manos, como el mismo don Quijote, ante un público de cabreros asombrados y boquiabiertos.

Lo conocí en persona en Madrid, creo que en el año 96, durante la grabación de una entrevista para el programa cultural que dirigía José Antonio Labordeta, no sé si para Canal Satélite, y en el que Félix trabajaba como guionista. Deduzco que debió de ser en el 96, porque por entonces Félix, que cumplía una condena de dos años y cuatro meses, por insumiso, en el penal de Torrero, ya tenía concedido el tercer grado y podía salir de la cárcel durante el día, aunque tuviese que volver a dormir.

Comimos juntos, en los estudios de la tele, Félix, Labordeta y yo. Aquel Félix era el Félix enorme, muy gordo, vestido de negro de los pies a la cabeza, siempre con un gorro, el ya famoso colaborador del programa de televisión *La mandrágora*.

Conocer a Labordeta supuso para mí una gran alegría, porque había sido un personaje mitológico de mi infancia, cuando mi hermano, como buen

izquierdoso con vocación internacionalista, me convirtió en adicto a todos los cantautores habidos y por haber de la época.

Lo había visto actuar varias veces en sus conciertos en el Valencia Cinema de la calle Quart, y en el Teatre El Micalet, en Valencia, y tenía todos sus discos. «A varear la oliva no van los amos; a varear la oliva van los ancianos». Y sobre todo aquello de «Habrà un día en que todooooos, al levantar la vistaaaaaa, veremos una tierraaaa que ponga Libertad». De ese tono eran las ensoñaciones abstractas y progres que entonces encendían el corazón de la gente, y sobre todo que encendían mi corazón de niño más o menos progre y más o menos abstracto. Aquella formulación tan extraña, rozando el anacoluto —«... que ponga Libertad»— me extrañaba tanto como me hacía gracia, y hoy todavía me hace gracia y me extraña.

Recuerdo que hablamos mucho de la enseñanza en institutos. Por entonces yo daba clase de bachillerato en el I. E. S. de El Puerto de Sagunto, y a Labordeta se le iba a terminar al año siguiente el permiso de excedencia del que disfrutaba. No sabía qué hacer, si reincorporarse a la enseñanza o probar suerte en otros asuntos. Me pidió consejo, y le dije que no se le ocurriera regresar a las aulas.

Llevaba más de diez años de excedencia, y los alumnos que él había conocido no se parecían a los alumnos del momento. Con sesenta y un años, lo más normal sería que lo desquiciaran y se lo comiesen con ternasco aragonés. No es país para viejos la enseñanza, y a los sesenta y uno ya se es viejo para andar domando criaturas salvajes.

El caso es que al poco tiempo Labordeta se dedicó en cuerpo y alma a la política, como miembro de la Chunta Aragonesista, hasta terminar de diputado en el Congreso, otra forma de practicar la doma de criaturas salvajes y de terminar desquiciado.

Luego estuve con Félix bastantes veces, en mis visitas a Zaragoza, en congresos, en talleres de escritura. Recuerdo en especial unos días que pasamos en Córdoba, al principio de los festivales de Cosmopoética. Estábamos comiendo con Juan Bonilla, que por entonces vivía en Estados Unidos durante una temporada, cerca de Vermont.

«¿Vermont?», preguntó Félix. «¿Allí no es donde vive John Irving?» (del que los tres éramos fanáticos lectores). «Creo que sí», dijo Juan. Y entonces Félix, muy serio, como si cayese en la cuenta de una obviedad pecaminosa cometida por Juan, añadió: «Joder, ¿por qué no vas a ver a John Irving? Tienes que visitarlo. Ve a ver a John Irving, Juan. Ve a ver a John Irving».

Juan y yo nos mirábamos riendo, hasta que le dije a Félix: «Pero, Félix, ¿qué quieres?, ¿que se presente en la puerta de su casa y le diga: Hola, John Irving, pasaba por aquí y se me ha ocurrido venir a verte?». «Claro», respondió Félix. «Exactamente eso».

Desde entonces, cada vez que Juan Bonilla y yo nos encontramos, recordamos aquella comida, y terminamos diciéndonos el uno al otro: «Ve a ver a John Irving. ¿Cómo es que no has ido aún a ver a John Irving? Tienes que ir a ver a John Irving». Esa salmodia nuestra es una forma de mantener vivo a Félix en nuestros corazones.

A menudo congelo estados de la gente que quiero, de mi familia, de mis amigos, de mí mismo.

Porque hay que quererse a uno mismo y dejarse de estupideces mortificadoras, que, por lo general, no son más que poses destinadas a terceros. Necesitamos practicar el amor propio, pero no con el sentido tradicional de orgullo hacia la conducta propia, sino con el simple significado de cariño hacia nosotros mismos. Nadie que no se quiera lo necesario, lo razonable —ni poco ni mucho— puede querer lo necesario a los demás: más mucho que poco.

Hay que practicar la célebre caridad bien entendida que empieza por uno mismo, para después poder practicarla con el resto del universo. No me parece una mala fórmula la de querernos con devoción crítica, sin entusiasmos ni euforias, sin derretimientos innecesarios. Que ni se nos haga el culo gaseosa con nuestra figura, ni que nos atormentemos encima de una columna en el desierto, como los estilistas.

Por eso cristalizo anécdotas, criogenizo a miles de grados bajo cero momentos memorables compartidos con los mejores, para guardármelos y poder hacer uso de ellos cuando sea preciso. Se trata de una reserva sentimental, de una bodega de felicidades a la que acudir si el recuerdo lo necesita. Una colección de polaroids que mi memoria pone en marcha, como si fuese una antigua cámara de cine, mis veinticuatro fotogramas por segundo, mi super-8 milímetros para proyectar en la pared los domingos, mientras llueve en la calle.

En esas cristalizaciones, mis amigos están siempre como estuvieron, sin envejecer ni un ápice, sin estragos, sin haber desaparecido, pletóricos, como debe ser. Los niños somos siempre niños. Los jóvenes somos siempre jóvenes. Los adultos somos siempre adultos. Y todo vuelve a ocurrir como ocurrió.

Es una desgracia que no pueda legar mi Banco de Alegrías Privadas a la Filmoteca Universal, porque estoy seguro de que a muchos les sería de gran ayuda, a muchos les encantaría reconocerse a través de mis ojos, volver a verse desde mi punto de vista.

Algo semejante trata de hacer siempre la literatura, pero no creo que se pueda recuperar en las palabras toda la innumerable riqueza de mis imágenes cristalizadas, con su temperatura, con sus voces, con sus cuerpos en el espacio, con la materia alrededor, con la vida en marcha.

Me encantaría poder regalar esas cristalizaciones, decir a mis amigos: «Toma, esta es la imagen que conservo de ti, aquella noche de 1997, por ejemplo, cuando nos bañábamos a oscuras en la piscina de tu casa, bajo las estrellas. Toma mi congelación de nuestra amistad, de nuestro amor, de nuestro encuentro casual, de nuestra aventura común. Toma, y diviértete un rato, cotillea en mi archivo biográfico de situaciones felices».

A Félix lo tengo congelado para siempre otro día en Córdoba, una tarde de julio. Mi congelación tiene un mérito climatológico especial, porque debíamos de estar a más de cuarenta grados a la sombra, con ese calor cordobés que se fabrica, para uso de toda la provincia, en las calderas del infierno. Hay un calor cordobés —también lo he sentido en Dakar— que trasciende los límites de la temperatura y se convierte en un asunto ontológico, un calor que compromete todas las partes del cuerpo, toda la conciencia, y que obliga a *ser* el calor.

Habíamos ido a Córdoba tres o cuatro días para celebrar talleres literarios, organizados por Elena Medel. Recuerdo que una tarde, después de que alguien de nosotros terminara su intervención, subíamos en grupo algunos de los participantes y los alumnos por la calle Capitulares. Estaban Joaquín Pérez Azaústre, Elena Medel, Alejandra Vanessa, Castilla del Pino, Rodrigo Fresán y gente que solo conocía de vista, o que no conocía. Éramos once o doce, contando a Félix. Caminábamos despacio hacia algún bar, para administrarnos una cerveza rehidratante, por consejo médico. De repente, alguien gritó a nuestras espaldas: «Amiguitos, parad».

Era Félix, que había desaparecido durante unos instantes y que ahora corría hacia nosotros sosteniendo en sus manos, como un inexplicable malabarista, cucuruchos de helado para todos, cucuruchos de tamaño extra, con su bola de chocolate en la cúspide, o de vainilla, o de caramelo.

Félix nos repartió uno a cada uno, y se guardó cuatro para él solo, que engulló antes de que ninguno nos comiéramos el nuestro. Así guardo a Félix en mi galería de estrellas, feliz y excesivo, generoso y contento, dándonos

cucuruchos de helado para siempre, en mitad del Sáhara cordobés, y nosotros para siempre encantados de estar juntos en la tarde, con los labios dulces y agradecidos. Así lo quiero dejar en lo alto del recuerdo.

En los últimos años, sé que a Félix le fue bien, y me alegraba mucho de ello en la distancia. Tuvo una pareja al parecer magnífica, adelgazó, se le veía rejuvenecido en las fotos, vestido de otra forma, no siempre con el negro de su viejo uniforme. La última vez que hablamos fue por teléfono.

Estaba de paso por Valencia, me llamó, me dijo amiguito y me pidió que le recomendara un restaurante en la playa para comer. Lo mandé a La Marcelina, que es un clásico infalible entre otros clásicos.

Cuánto me habría gustado comer con Félix en la playa o en cualquier otro sitio, y disparatar sobre fútbol y literatura. Estoy seguro de que dispondría de un repertorio de iluminaciones locas y brillantes.

Pude haber conocido a John Irving en Madrid hará unos cuantos años. Estábamos los dos de promoción en la ciudad, llevados por nuestro común editor, Tusquets, aunque no nos habían alojado en el mismo hotel. Irving estaba en el Villa Magna y yo en el ramoniano Wellington, donde está la célebre torre de Velázquez en la que Gómez de la Serna tenía su despacho. Les había pedido a mis amigos de Tusquets que me lo presentaran en una cena, pero un serio problema dental de Irving con unos empastes lo impidió. (Un problema dental que en el Villa Magna no pudieron resolver, porque era domingo, pero que los mágicos responsables del Wellington solucionaron sin despeinarse).

Habría podido contarle durante la cena la recomendación preceptiva de Félix. ¿Por qué no vas a ver a Irving? Tienes que ir a ver a Irving, Carlos.

SERGIO ARLANDIS: Es el único escritor amigo que ha jugado en Primera División como profesional, algo que todos los colegas futboleros de España le envidiaremos siempre. Me imagino que, para los mitómanos, esa impresión se podría comparar con lo que hubiera sentido, por ejemplo, Emilio Salgari, si hubiese conocido, en las calles de Turín, a un pirata ya retirado de sus pillajes por los mares del Sur.

Sergio jugó de niño en el Colegio Salgui (donde jugó también mi hijo durante una temporada), un estupendo club de fútbol de cantera, de donde también había salido Fernando Gómez Colomer, el mítico capitán del Valencia. Después del Salgui, Sergio fichó por el Valencia y jugó en todas las categorías inferiores, hasta llegar al primer equipo. Jugó poco en el Valencia como profesional, apenas unos partidos, pero llegó a debutar en Mestalla, y eso imprime leyenda, como el bautismo imprime carácter. De eso también se

vive, aunque solo sea para contar batallitas de café a los jóvenes aficionados del barrio.

Viendo que en el Valencia no tendría sitio, fichó por el Tenerife de Primera, cuando lo entrenaba nada más y nada menos que Jupp Heynckes, quien al parecer le tomó aprecio cuando lo veía leer libros durante los viajes en avión del equipo. Con el Tenerife disputó una eliminatoria de cuartos de final en la Copa de la UEFA, contra el Olympiakos.

El acto de leer libros en los equipos de fútbol puede llegar a ser sospechoso. Los vestuarios son lo que son, y suelen estar más cerca de la Cueva de Alí Babá o del patio de Monipodio —por poner dos ejemplos de alboroto gremial— que del Círculo Lingüístico de Praga.

No sé si ya lo he contado, pero si es así lo vuelvo a hacer. Repetirse también constituye una forma de estar en el mundo.

Cuando invitamos a Juan Mata para que diera un recital de sus poemas favoritos, dentro del ciclo de poesía que Vicente Gallego y yo dirigíamos en el Palau de la Música de Valencia, la única condición que nos puso el futbolista fue que no hiciéramos demasiada publicidad, para evitar en lo posible las bromas de vestuario, y no pasar así a la historia del club como «el Poeta».

Abundando en el asunto, alguien me contó en cierta ocasión —ya lo he dicho también—, después de que lo invitasen a participar en los ciclos de charlas y conferencias que el Athletic de Bilbao celebra de vez en cuando, que casi nadie quería compartir habitación con Ánder Herrera, porque leía libros a menudo, en lugar de jugar siempre a la consola. El equipo, que debe ser masa, en el mejor sentido de la palabra masa —grupo cohesionado, tribu bien avenida—, también suele ser masa en el peor de los sentidos. El fútbol tiene las más profundas raíces infantiles, las de pertenencia a la patria verdadera de la niñez; pero puede compartir también algunos defectos del infantilismo.

Nunca vi jugar a Sergio, pero, por sus propios relatos, sé que fue un lateral derecho muy duro, con una capacidad física y una determinación que lo llevaban a morder a los contrarios, como un perro de presa. Sé que lo entrenó Kempes, uno de mis jugadores favoritos de todos los tiempos.

Estuve en Mestalla la noche en que Kempes debutó en un Trofeo Naranja, y del recuerdo de aquel partido me queda la lección indeleble de que las primeras impresiones, a las que tan aficionado soy, no siempre resultan de fiar. Pocas veces he visto un debut tan desastroso. Sin embargo, poco después Kempes, Mario Alberto Kempes, como había que llamarlo (igual que, a la

argentina, salmodiamos Diego Armando Maradona, o Diego Armando, «Pelusa», Maradona), Mario Alberto Kempes, «el Matador», se convirtió en una estrella mundial y en el ídolo de Mestalla.

A los grandes jugadores se los conoce, claro, por sus grandes estadísticas, por sus gestas, por sus hazañas concretas en concretos partidos especiales; pero creo que existe una característica común a todos ellos —una esencia, un aura— imposible de definir con precisión, y que consiste en el hecho de que cuando el balón está en sus pies, no solo sabemos que puede pasar algo especial, sino que termina pasando.

Son los dueños de un halo de energía propia, que el espectador percibe por capilaridad invisible —como si se anegaran de emoción su sistema nervioso y su perceptiva— y que contagia a la grada, que contagia a los televidentes, que contagia a quienes escuchan la radio, una certidumbre física y espiritual de que algo importante está ocurriendo en ese momento y que va a fraguar a continuación.

Eso lo he sentido —*en claridad segura de expresión*, por decirlo a la manera juanramoniana— con Valdez, con Kempes, con Cruyff, con Maradona, con Van Basten, con Cristiano, con Messi. Los genios disfrutaban de una imantación solo suya, su *centro rayeante* (volviendo a Juan Ramón) desde el que proyectan la fuerza y la gracia con la que juegan, con la que escriben, con la que actúan.

En Tenerife, Sergio Arlandis se hizo un estropicio en los ligamentos de la rodilla y ya no volvió a ser el mismo jugador. Poco a poco fue languideciendo desde el punto de vista futbolístico, hasta retirarse para siempre. Dejó el Tenerife y fichó por el Gandía, cuando estaba en Segunda, y allí volvió a sufrir, en su rodilla sana, una rotura total de ligamentos, la famosa tríada infeliz, que lo apartó del fútbol.

El apagamiento de los futbolistas, su ocaso deportivo hasta la desaparición, quizás es la parte más literaria de su carrera, porque a menudo tiene tintes trágicos. No se trata de que la literatura esté obligada a regodearse en lo trágico, sino de que la literatura, porque trata del hombre, de su corazón, de su aventura terrestre, antes o después está obligada a tratar lo trágico, porque todas las vidas están tocadas en mayor o menor grado por la tragedia, y todas acaban mal.

Muy pocos futbolistas —muy pocos deportistas— se retiran en la cúspide de su gloria y se convierten en felices y satisfechos rentistas jóvenes. Muchos prolongan su carrera en equipos de ligas menos competitivas, cuando no en

campeonatos de medio pelo, tratando de estirar el chicle de su celebridad, los últimos coletazos de su talento.

Por lo general, esos años de ocaso significan un sistema para ir amoldándose a la vida que les espera, un dulce declive bien retribuido, que no les exige grandes responsabilidades ni esfuerzos. Con un poco de profesionalidad y con el mantenimiento de un mínimo de su forma física, los futbolistas en retirada juegan más con el eco de su leyenda, con la sombra de su nombre, que con sus propias botas. Están en los equipos, a menudo, para transmitir ejemplaridad, para disipar el perfume de la gloria antigua.

Desde el punto de vista literario, me figuro una escuela de letras, en una universidad norteamericana, que contratara para su claustro a un premio Nobel moribundo, a un premio Cervantes gagá, para que diesen lustre a los actos de clausura anuales con su sola presencia. Futbolistas con toga y birrete, y un vaso de *whisky* en la mano, apoltronados en un sillón con vistas preferentes, en la arboleda del campus.

Antes los futbolistas de la Liga española se marchaban a jugar a México, y ahora se van a la China o al Japón. He advertido que en Hispanoamérica no les importa usar hasta el desgaste absoluto los artículos de segunda mano. Los cantantes que en España hace siglos que no triunfan, y que todos creemos muertos, viven declives dorados en Perú, o en Panamá, o en Honduras, o en Miami (que es una próspera variedad sintética y norteamericana de todos los países hispanos, en especial de Cuba).

Me encanta esa propensión a reutilizar lo que parece que no sirve, en lo material y en lo espiritual. No me gusta tirar las cosas. Tirar las cosas es de estúpidos nuevos ricos, de despilfarradores, de soberbios para con el mundo. Hay que reutilizarlo todo: la ropa, los automóviles, los cantantes, los escritores, los futbolistas, el amor, la amistad, las bolsas de plástico.

En mi casa no se tira nada, y muchos menos el pan, aunque se caiga al suelo: se recoge, se besa y se devuelve a la mesa en donde estamos comiéndolo, o al saco del pan duro, para hacer pan rallado más adelante. La energía no se crea ni se destruye, sino que se transforma, y ese principio de la termodinámica doméstica conviene aplicarlo lo mismo a un abrigo pasado de moda que a un poeta menor modernista, igual a un músico yeyé que a un vetusto galán del cine en blanco y negro. Todo sirve. Todo es cerdo. Todo es alimenticio.

Nos hemos creído mejores que en el pasado por el hecho de estar sometidos a estrenar cosas, a sustituir lo inmediatamente anterior por lo inmediatamente posterior, por entregarnos gustosos a la moda, al consumo

acelerado, pero lo cierto es que dicho presente es una fantasmagoría de sustituciones sin raíz, de intercambios sin sustancia las más de las veces.

Todo lo que vive debe vivir poco para que lo consideremos vivo, los pantalones y las noticias, los relojes y las maquinillas de afeitar. No existe ya en las sociedades avanzadas quien repare instrumentos, máquinas, utensilios. Lo que no se sustituye por algo nuevo se tira.

El zapatero remendón es una reliquia sociológica que se mantiene en las ciudades para que lo visiten los turistas, después de haber pasado por las franquicias de lujo, como persecución del color local.

El chapuzas, que era un humanista a su manera, un alquimista que reparaba el pequeño mundo del hombre, no existe ni siquiera en los zoológicos. De ahí que, en un mundo en donde solo tiene cabida lo último, lo recién fabricado, lo resplandeciente, hayamos terminado por decretar que solo tiene derecho a existir lo joven —los jóvenes, y los adultos que están obligados a creerse jóvenes aún, para pensar que existen—, quienes están en perfecto estado para seguir consumiendo. Solo tiene derecho a existir la condición clientelar. Los viejos resultan inservibles, los veteranos suponen un lastre, lo originario apesta, lo primitivo mancha.

Los futbolistas que pueden se retiran ahora a los morideros de lujo asiáticos, para prolongar sus carreras deportivas, engrosar sus cuentas corrientes, ver mundo y ampliar sus conocimientos gastronómicos. Fútbol de intensidad mediana y mucho *sushi*, mucho pez globo, mucha salsa teppanyaki.

Los hay también que ingresan como telepredicadores en las retransmisiones deportivas, por lo general para subrayar las evidencias de que los equipos que marcan goles juegan al ataque, y que los equipos que no los reciben suelen disponer de sólidos sistemas defensivos.

En el endogámico mundo del fútbol, los exfutbolistas célebres suelen gozar de cierto prestigio teológico, gracias al razonamiento pedestre de que si ellos estuvieron allí —sobre el césped, en los vestuarios, en los entrenamientos, en las salas de prensa— algo sabrán. Pero lo cierto es que eso solo sucede en contadas ocasiones, con individuos concretos excepcionales.

Por lo general, los jugadores poseen, en el mejor de los casos, un simple conocimiento epidérmico del asunto, una experiencia intuitiva, proporcionada por la práctica y el entusiasmo, no por la reflexión y la sabiduría. Considerar que los futbolistas son quienes más saben de fútbol es una superstición semejante a la de creer que los charlatanes y feriantes son además los mejores lingüistas.

Todos los gremios procuran defenderse de las incursiones ajenas, de los advenedizos —que son todos aquellos que carecen de pedigrí gremial—, de los paracaidistas caídos del cielo. Se trata de una respuesta antropológica contra la especie invasora, contra la tribu enemiga, contra el país agresor, un atavismo biológico que los siglos han refinado, pero que sigue siendo tan animal y feroz como el primer día del mundo. Los banqueros protegen a los banqueros. Los médicos protegen a los médicos. Los registradores de la propiedad protegen a los registradores de la propiedad. Los periodistas a los periodistas. Los políticos a los políticos. Los poetas a los poetas. Cierran filas entre los allegados, promueven la perpetuación de los apellidos ilustres, apadrinan a los integrantes de sus clanes. Perro no come perro. Orangután no come orangután. Buitre no come buitre (salvo en ocasiones de extrema precariedad alimentaria).

En realidad, todos los comportamientos tribales se basan en afinidades electivas, en lógicas correspondencias de intereses, en el sencillo empirismo de la simpatía y el provecho. No conozco ningún ámbito de lo humano en el que no se produzca. No creo que exista ningún estado de la existencia en el que no se ejercite el intercambio de poder: es decir, el intercambio de lo que cada cual puede hacer en su beneficio y en el de los demás. A veces a cambio de nada, y casi siempre a cambio de algo. No he visto un territorio libre de ese comportamiento, y no creo que pueda darse. En realidad, lo mafioso no es más que la exacerbación de una de nuestras principales inclinaciones genéticas.

En el universo del fútbol, como en todos los universos paralelos por los que deambulamos, ese corporativismo se exterioriza con fiereza. A los hijos de los futbolistas en activo se les extiende una alfombra roja para que se paseen por ella durante su infancia y juventud. Los sobrinos de los directores deportivos tienen muchas más posibilidades de hacer carrera que la mayor parte de la población. Los nietos de los exfutbolistas enraízan en las canteras con mayor fuerza. Todo el que pertenece al circo de las vanidades del fútbol, por más tangencial que sea esa pertenencia, trata de sacar partido: el que conoce a un utillero, el que hizo la mili con un masajista, el que coincide en el gimnasio con un guarda de seguridad del equipo. Cualquier contacto es bueno para medrar. Así en el fútbol como en el cielo.

En el fútbol de cantera ese chalanismo, ese intercambio de buhoneros itinerantes, significa la esencia de su funcionamiento. Por lo que respecta al fútbol profesional, no merece la pena ni analizarlo: los agentes y los

innumerables intermediarios mueven a su capricho el ajedrez humano de las competiciones internacionales.

El único consuelo que existe contra la tozudez de la realidad estriba en las excepciones, en el hecho de que, algunas veces, el talento personal y la fortuna se impongan a la costumbre. El juego del fútbol y su proceder, en ocasiones, solo respetan la aristocracia de las aptitudes (la inteligencia, la fuerza, la voluntad); pero lo cierto es que, en igualdad de condiciones, siempre se impone —en el fútbol de cantera y en el profesional— el álgebra del mercadeo generalizado.

El código invisible de la endogamia, las leyes de la consanguineidad terminan siempre por imponerse, y así no resulta extraño, por ejemplo, que los cuatro hijos de Zidane, sin excepción, hayan jugado en la cantera del Madrid, y que su padre, incluso, haya hecho debutar a uno de ellos en Primera División, siendo él mismo el entrenador del equipo, para asombro del mundo. El talento futbolístico no se transmite en los genes: a no ser el talento de utilizar en beneficio propio los grandes privilegios.

Sergio Arlandis sigue jugando al fútbol en un equipo de veteranos, uno de esos heroicos equipos que juegan por las noches partidos broncos de los que se sale dolorido y contento. Hace muchos años que me retiré de esas competiciones, que son una modalidad cinética y sudorosa de las reuniones de Alcohólicos Anónimos, y de las que me marchaba lesionado, como poco, para el resto de la semana. Es una maldición injustificada e injustificable el hecho de que nuestro cuerpo nos retire del fútbol, cuando mejor podría estar nuestra mente para practicarlo.

A los cuarenta y cinco, a los cincuenta y siete, a los sesenta y tres, un escritor está en plenitud de facultades, con una larga y profunda experiencia de su disciplina, con un conocimiento exacto de sus aptitudes y ambiciones, y puede entregarse a su trabajo sin descanso; pero un futbolista, cuando más sabiduría ha acumulado sobre el juego —digamos, siendo optimistas, a los treinta y tantos años— debe retirarse. Sea cual sea el grado de intensidad y calidad con que alguien lo practique, el cuerpo termina retirándonos del fútbol, mucho antes de que el cuerpo nos retire de la vida más activa; el cuerpo nos traiciona, mucho antes de que ese mismo cuerpo nos traicione para siempre. Para quienes amamos el fútbol, esa obviedad constituye una injusticia que no tiene explicación, y de la que nunca nos podremos curar.

Con la intención de no ceder del todo ante las imposiciones del destino, todavía hoy juego pachangas veraniegas de la tercera edad con los amigos de Serra. Son sonrojantes partidos de fútbol 8, o incluso de fútbol 5, en campos

alquilados de césped artificial, que nos sirven para no sucumbir al sedentarismo categórico, y para mantener un nivel de droga en sangre que nos permita considerarnos no retirados del todo.

Hace unos años invité a Sergio Arlandis a uno de nuestros bochinches futboleros (estaba también mi amigo Paco Lloret, el periodista deportivo). Sergio jugó envuelto en vendas, tobilleras, musleras, coderas, hombreras, rodilleras, como la momia de Nefertiti, y después del partido tuvo que marcharse al servicio de Urgencias del Hospital Clínico. Los exfutbolistas profesionales están hechos una birria, por lo común, como los toreros, con varias operaciones a cuestras, con roturas, con lesiones crónicas, hechos una braga sucia de adolescente viajera en el Interraíl.

Como quien tuvo retuvo, Sergio fue sobrado durante nuestro partido de excombatientes, pero casi tienen que ingresarlo en el servicio de traumatología del Clínico.

Estamos condenados al cuerpo, por suerte o por desgracia, por desgracia y por suerte, es el único continente capaz de contenernos. Todo lo que decimos, todo lo que soñamos, todo lo que pensamos, todo lo que somos, permanece ligado por fatalidad al cuerpo. No existe nada al margen de nuestro cuerpo. La percepción de la que hablan los filósofos, esa percepción que constituye el ser, no es ni más ni menos que nuestro cuerpo en ejercicio, nuestro cuerpo en marcha, nuestro cuerpo viviente. Un árbol es un árbol observado a través de nuestro cuerpo. Una idea es una idea concebida desde nuestro cuerpo. Una fantasía es una fantasía albergada en nuestro cuerpo.

La vida, la realidad, para cada uno de nosotros es un proceso digestivo, cómo pasa la realidad a través de nuestro cuerpo. Como indican las Upanishads, todo se reduce al hecho de comer, a la deglución, al acto de alimentar el cuerpo propio o de terminar siendo alimento para cuerpos ajenos. Mientras permanecemos vivos mantenemos la necesidad de comer, y cuando dejemos de estarlo mantendremos, con nuestro cuerpo, la necesidad que de comer tienen los demás. Así de sencillo y de complejo: comer y ser comidos. Ser cuerpo y dejar de serlo, con toda su grandeza y todo su misterio, con toda su sencillez enigmática y toda su poquedad elemental. El cuerpo, que todo lo puede y no podrá nada.

Por eso insisto y defiendo siempre nuestra condena al autobiografismo: una condena benéfica y gloriosa. Nuestra historia es la historia de nuestro cuerpo en el mundo. La Historia con mayúscula es la historia, en el mundo, de todos los cuerpos que han sido y serán.

De ahí que el arte, esa prolongación de nuestras capacidades corporales, no pueda ser más que una actividad autobiográfica, se practique como se practique y se entienda como se entienda. El científico acomete proyectos autobiográficos cuando analiza bacterias. El filósofo urde sistemas autobiográficos cuando ordena sus intuiciones. El pintor, por muy abstracto o figurativo que se muestre, deposita sobre el lienzo fragmentos de su autobiografía. El poeta, cante lo que cante, se canta a sí mismo.

Cuerpo eres: y masticas. Y en polvo te convertirás: mientras eres masticado. Todo lo que sucede mientras dicho proceso se desarrolla, en mi caso, es literatura.

Leí el otro día las declaraciones a la prensa de Jürgen Klopp, después de perder contra el Atleti (2-3) en el partido de Champions, y ser eliminados con toda justicia. El Atleti hizo un partidazo en Anfield, uno de los templos indiscutibles del fútbol mundial.

Me imagino que después de lo que hizo Marcos Llorente allí, uno puede morirse tranquilo, dando su vida por justificada: qué envidia, qué locura, salir desde el banquillo, marcar dos golazos y hacer una jugada extraordinaria para dar el pase del último gol, en Anfield, contra el actual campeón de la Copa de Europa (que es como me gusta llamar esa competición).

Si los dioses nos dejasen elegir nuestras gestas, no me importaría escoger para mi vida, en el ámbito del deporte, la de Llorente en Anfield. Dejar muda la legendaria grada Spion Kop, vencer a domicilio. En un partido retransmitido para todo el mundo, con la teatralidad ecuménica, por así decir, que eso representa.

Me figuro que el grado de exaltación sentimental que debió de sufrir Marcos Llorente resultará irrepetible en el futuro. No creo —y es injusto, y preocupante— que se puedan volver a conjurar los astros durante su existencia de una forma similar. Resulta casi imposible imaginarse, para un futbolista (para cualquier ser humano), otro acontecimiento parecido, o, simplemente, otro acontecimiento de cualquier otro género que pueda competir con una exaltación como la de Anfield, bajo la lluvia. Seguro que la vida le deparará muchas alegrías, muchos motivos de felicidad; pero ¿cómo podrán volver a juntarse, en un lugar como aquel, tantas circunstancias propicias, tantos pormenores incontables, para dar forma a aquella plenitud?

Bien pensado, hace falta ser un estoico para aceptar la condición irrepetible de los acontecimientos, y, sobre todo, de los acontecimientos en que parece que esté cifrada nuestra existencia. No me extraña que muchos deportistas, y muchos cantantes, y muchas celebridades, terminen destrozando sus vidas cuando sus carreras decaen y ya no vuelven a poder tocar con las manos la gloria de sus profesiones y oficios. Es como si nos dijese: ¿cómo poder seguir viviendo sin el favor de la divinidad? ¿Cómo poder seguir encontrando emoción en el mundo, después de haber marcado dos goles en Anfield, con el estadio hasta los topes, bajo la lluvia inglesa?

A lo mejor el destino debería haber sido un poco menos manirroto con Llorente, un poco más precavido: haberle regalado, qué sé yo, un solo gol; o dos goles, pero en un empate; o que el partido hubiese sido contra el Crystal Palace, o contra el Aston Villa, equipos con menos carga eléctrica de leyenda. Hay que tener cuidado con los regalos del azar, con el hecho de conseguir nuestros sueños; porque después nos podemos quedar huérfanos de por vida. Las famosas plegarias atendidas de santa Teresa de Jesús, que provocan más lágrimas derramadas que las no atendidas.

El caso es que Jürgen Klopp, después del encuentro dijo a la prensa que no entendía cómo el Atleti, con jugadores de gran calidad internacional, jugaban así, con una defensa de dos líneas de cuatro al borde del área y saliendo al contragolpe, dando a entender que no entendía cómo jugaban tan mal, tan feo, de forma tan cicatera.

Traducidas al español, las declaraciones de Jürgen Klopp quieren decir lo siguiente: no comprendo cómo el Atleti, con jugadores de gran calidad internacional, ha jugado así y me ha ganado, en lugar de haber jugado como a mí me habría encantado que lo hiciese, para haber ganado nosotros el partido.

Las excusas, en el deporte y en la vida, son ingenuas y tristes, argumentos infantiloides. Jürgenciño, te han ganado porque te han ganado, porque han marcado un gol más que tú, y porque han planteado mejor que tú el partido, y porque la suerte, ese ingrediente incomprensible que caracteriza la vida y el deporte, ha sido esta vez madrileña. Al azar le gusta de vez en cuando disfrazarse de oso y comer madroños, Jürgenciño (una fruta, por cierto, que ya no se come en casi ningún lugar, una fruta de mi infancia que no he vuelto a ver en los mercados, y que solíamos robar de los árboles).

Jürgenciño, Dios no juega a los dados: juega al fútbol, y esta vez se había vestido de negro atlético (aunque Dios seguro que llevaba la clásica camiseta rojiblanca por debajo de la negra, porque para eso Dios es omnipotente y puede vestir todos los equipajes que en el mundo han sido y serán, a la vez).

Klopp es un tipo inteligente y un buen entrenador, con un fútbol por lo común ofensivo y práctico, directo, pero no exento de estética, la estética vertical de lo inmediato. Él sabe que no es tonto, en un universo donde no abunda la gente brillante desde el punto de vista verbal. Ha dicho cosas con gracia, ingeniosas, como aquello (tan injusto a la vez) que reducía al absurdo el juego de posición de Guardiola: «Si en mi infancia hubiese abundado el juego del Barça, me habría dedicado al esquí».

Klopp habla bien, y está obligado a empuñar la alcachofa del micrófono cada día, por lo que corre el peligro de escucharse más de la cuenta. Klopp

logra repercusión internacional con sus declaraciones (porque un entrenador de fútbol famoso, hoy en día, tiene más adeptos que un gurú indostánico, más discípulos que Platón en la Academia), por lo que corre el riesgo de convertirse en un bocazas.

Por lo demás, resulta conmovedor que un adulto, un profesional, un tipo con el culo pelado de disputar encuentros trascendentales, cometa la misma ingenuidad que el niño de diez años que pierde su partido en el patio del colegio. El hecho de que los grandes entrenadores sufran también la pataleta infantil, la rabieta descontrolada no deja de parecerme enternecedor. El fútbol nos empuja hacia las emociones primordiales, y hacia la forma de sentir las como cuando éramos niños: a vida o muerte, con todo el cuerpo, con toda el alma.

Los partidos de fútbol tienen que acabarse. A los libros hay que ponerles fin. A todos. A los de poemas, a las novelas, a los ensayos, a las colecciones de aforismos, a los de cuentos, a las obras de teatro.

Por lo que respecta a los libros, se trata de una convención que a veces tiene sentido, y que a veces no lo tiene tanto, salvo por el hecho de ser una convención. Hay que terminar los libros, porque ni el autor tiene todo el tiempo del mundo para escribirlos, ni el lector para leerlos. Además, los escritores queremos ver publicadas nuestras obras alguna vez, estamos hartos de ellas, necesitamos desprendernos del sometimiento al que nos obligan (porque el escritor que tiene un libro en marcha no solo le dedica al día las horas de su escritura, sino buena parte del resto de las horas).

Sale de paseo y se lleva el libro a cuestas. Cena con amigos, y sienta su libro invisible en la silla contigua, para que le susurre cosas y para susurrárselas. Se acuesta con alguien, y el libro se acuesta con ese alguien y con él, en un impalpable trío de conciencia, sin la gracia malabarista de los tríos de verdad. Se marcha de viaje, y el libro se apunta, ya sea para dar la vuelta al mundo o para ir hasta la esquina, porque a un libro lo que de verdad le encanta, como a todas las cosas, es tener existencia, vivir en su escritor, cobrar protagonismo, aunque solo sea el protagonismo sumergido de aparecer en la mente de quien lo imagina.

Los libros en marcha son como esa representación del remordimiento, convertido en una diminuta criatura que se sienta en el hombro de alguien, con las piernas cruzadas y sonriente, para murmurarle ocurrencias que no lo dejen en paz. De forma que los libros se acaban también para dejar de corregirlos, para dejar de preocuparnos por ellos, para que dejen de pertenecernos y pasen a pertenecer a no se sabe quién.

Sin embargo, igual que muchas veces no deseo que se termine el libro que estoy leyendo, querría no terminar jamás el libro que trato de escribir.

A veces he soñado con encontrar el libro inacabable que me mantenga hechizado en su lectura para siempre. ¿Por qué no? Basta con un gran autor, con una gran obra, para hacerse una idea suficiente de lo que significa la literatura al completo, y para sentir del todo la emoción de los libros, ese temblor absoluto que nos embriaga a los lectores al leer lo que nos parece perfecto, esas páginas que nos conmueven y que nos hacen no querer estar en

ningún otro lugar, esas palabras que nos hacen creer que hemos asistido a una revelación que nos convierte en mejores y hace más intensa nuestra vida.

Por eso sueño con un *Guerra y paz* que no se acabe nunca. Con un don Quijote al que no se le terminen las andanzas, y que nunca tenga que ser derrotado en la playa de Barcelona por el Caballero de la Blanca Luna. Con un volumen de Pessoa, hecho de un número de poemas incontable. Sueño con *El libro de arena* con el que soñó Borges.

De manera parecida, también pienso a veces en no terminar jamás el libro que estoy escribiendo, en ser el autor de una obra única, la que traigo entre manos, que solo se pueda publicar en dos supuestos: después de mi muerte, o después de abandonar la escritura.

Ahora bien, un proyecto de ese tipo significaría terminar escribiendo un libro de miles de páginas, uno de esos mamotretos que espanta con solo verlo a buena parte de los lectores. El tamaño de algunas obras literarias representa no solo una descortesía para con el público, sino una muestra excesiva de arrogancia, por querer acaparar el tiempo de los demás con nuestras invenciones.

Sea como sea, el caso es que a mí los libros se me alargan, se me complican, se me demoran. Nunca he conseguido terminar uno en el plazo en que pensaba que lo terminaría a la hora de empezarlo. Al arrancar, suelo ser optimista, me veo con fuerzas para darle carpetazo en unos pocos meses, me imagino con la novela rematada, con el libro de poemas ya ordenado, con la colección de aforismos bien dispuesta; pero luego, por mucho que mantenga la pauta de escritura, todo se me retrasa, se me expande.

Para que el lector se pueda hacer una idea de mi metodología, diré que, en cierta ocasión, empecé una novela creyendo que la terminaría en menos de un año, y me llevó ocho ponerle punto final.

Cuando reflexiono sobre este fenómeno, concluyo que se debe a dos razones.

La primera es mi absoluta incapacidad para la planificación (entre otras muchas de mis incapacidades), y, sobre todo, para atenerme a ella en el caso de que dicha planificación haya existido. Escribo sin demasiados programas, sin anotaciones. Viajo, digamos, sin brújula, y me gusta extraviarme, andarme por cualquier rama, perderme para volver al camino más tarde, o para no volver de nuevo. Por esa razón, quien no sea partidario de los rodeos no debería aventurarse en lo que escribo. Nadie entre aquí que no sea paseante, podría figurar como lema de vida en el frontispicio imaginario de mi templo sin dioses.

La segunda razón consiste en el hecho de que disfruto más del propio avance de la escritura que del acto de concluirla. Aunque nunca se agota la ilusión de publicar —nunca debería agotarse—, es bueno perder pronto la urgencia de hacerlo. No sé cuánto se tarda de media, entre la población literaria española, en no sentir el apremio de publicar un libro; pero cuando se logra se escribe de manera distinta. No sé si mejor; pero sí con mucha más libertad en lo que se refiere al ritmo y la cadencia, que son muy importantes, porque el ingrediente musical de la escritura resulta imprescindible, por lo que atañe al fraseo, al conjunto de la obra, y al proceso privado de composición.

En cualquier caso, aunque mi capricho me sugiera que no hay, en definitiva, demasiados motivos razonables para que las cosas se terminen, estoy dispuesto a aceptar que debemos terminarlas. Nunca quiero que se acaben las fiestas; pero debemos acabarlas, porque los anfitriones también deben dormir. A menudo no quiero que se acaben los viajes, pero en casa nos están esperando, y nosotros añoramos también nuestras rutinas. Nunca quiero que se acaben las cenas con amigos, pero en algún momento los dueños del restaurante tendrán que cerrar, y limpiar el local, y preparar las mesas para el día siguiente. Mi desconuelo fundamental se cifra en el hecho de que amanezca, de que enciendan las luces, de que se quite la música.

Algunos partidos de fútbol no deberían tener un final. ¿Por qué noventa minutos, y no doscientos sesenta y seis? A veces, es tanta la emoción del encuentro, que uno fantasea con que se prolongue de forma indefinida. Cuando se impuso la norma de que, en la final de las competiciones internacionales, tras la prórroga, se desempatará a penaltis, en lugar de jugarse otro partido al cabo de dos días, se cometió un pecado mortal contra el entusiasmo feroz de los espectadores, en virtud de la razonable compasión que se debe tener hacia la resistencia física de los deportistas.

Los futbolistas profesionales, por otro lado, también confiesan en ocasiones que sienten la decepción de escuchar el pitido final del árbitro, cuando estaban en lo mejor del partido, cuando se hallaban en otra parte, en el éxtasis de su esfuerzo, en el abandono a su trabajo. Igual que cuando jugábamos los interminables partidos de nuestra infancia, después de seis o siete horas ininterrumpidas y nos llamaban para cenar. ¿Quién tiene la necesidad de comer, si está jugando al fútbol con amigos?

Seamos razonables, aunque sea a la fuerza. Los partidos y los libros se deben terminar. Y este termina aquí.

Prórroga

Primera parte

El 1 de mayo de 2017 organicé en mi casa de Serra una comida de amigos, la mayor parte escritores. Vinieron Antonio Cabrera y Adelina Navarro (su mujer), José Saborit, Lola Mascarell, Emilio Martín Vargas y su mujer, Noelia García, Eve Ferriols (la directora de la Biblioteca Valenciana). Estaban también mis hijos, Ángela y Carlos. Mi mujer, Ángeles, había invitado a dos amigos suyos, Jorge Carbó y Rosa García, un abogado y una economista, porque siempre conviene mezclar: las bebidas; la música y el silencio, el sol y la sombra, la ley y el arte.

Por lo demás, las comidas con amigos se rigen por una ley invisible semejante a las invisibles leyes de la cocina, una combinatoria de raros equilibrios y más raros contrastes destinados a crear concordia. La ciencia de organizar comidas con amigos es una disciplina que participa tanto de las matemáticas como de las artes florales.

Hoy es 9 de abril de 2020. Es decir, he tardado casi tres años en poder escribir sobre este asunto, y lo que ahora mismo estoy diciendo no sé si formará después parte de este libro.

Ya he dicho que en mi opinión las comidas y cenas con amigos constituyen uno de los mayores logros culturales de la humanidad. Esas reuniones, que son universales, y que han existido y existirán en todas las épocas, creo que significan una de las auténticas razones del significado de nuestra vida. Estamos vivos para poder reunirnos a comer y cenar con quienes queremos, con quienes nos sentimos acompañados en el mundo. No es una exageración. No quisiera que sonase a hipérbole literaria. Lo digo con rotundidad porque estoy convencido de que sucede así.

Trabajamos para poder llevar a nuestra mesa, en la mejor compañía que sepamos darnos (la de nuestra familia, la de nuestros amigos, la de quienes admiramos, la de quienes amamos, la de quienes respetamos, la de quienes consideramos que nos aman y respetan), buenos alimentos, buena bebida. Ganamos con nuestro esfuerzo el dinero que nos mantiene, para permitirnos cenar y comer, en nuestra casa o en la calle o en casa de los demás, mientras conversamos sin prisas acerca de lo que se nos antoje.

El sentido del trabajo, en la mayor parte de las ocasiones, estriba en poder abandonarlo. Trabajamos para poder dejar de hacerlo, y viajar, leer, tumbarnos al sol, escuchar música, hacer deporte, ver la televisión, y comer y

cenar; porque antes o después debemos alimentarnos, y preferimos hacerlo en compañía. Comer solos es engullir. Comer solos es un mero hábito de supervivencia. Comer solos no es comer. La cultura comenzó cuando el primer hombre, antes de la invención del fuego, partió su alimento y tuvo enfrente a un compañero de mesa, por decirlo así. La civilización empezó a fraguarse cuando los comensales primigenios, entre bocado y bocado, hablaron de las nubes que surcaban el cielo.

La felicidad nunca es un concepto, nunca se entiende de manera abstracta: necesita encarnarse, necesita corporeizarse en situaciones felices. Esa noche pasada con alguien, ese viaje de nuestra juventud, ese libro concreto que nos deslumbró, esos días en que nacieron nuestros hijos, esas comidas y cenas memorables, esa época en que vivimos en aquel país. Cada cual posee su repertorio de momentos felices para uso privado; pero lo cierto es que la felicidad necesita fechas exactas, protagonistas, objetos sobre los que depositarse, paisajes a los que regresar, poemas que aprender de memoria, anécdotas que repetir una y cien veces. La felicidad es una magnitud, y como tal exige medirse en asuntos concretos, porque forma parte de nuestro sistema físico.

Los recuerdos que compramos durante nuestros viajes, los llamados *souvenirs* (que tanta mala fama tienen entre los exquisitos, pero que ningún exquisito se resiste a tener), son desencadenantes de nuestra felicidad pretérita, grageas de tiempo que nos administramos para regresar a nuestros episodios felices.

Ese bibelot que hace caer la nieve falsa, al agitarlo, sobre una miniatura que imita la catedral de San Basilio, no solo es una forma de recordarnos que estuvimos allí, sino una fórmula para resucitar a aquel que fuimos, cuando estábamos delante de la catedral, y nos decíamos, durante un instante, que había merecido la pena viajar al otro lado del mundo para sentirnos plenos en un país lejano.

Igual que dispongo de unidades para la medida del dolor —los caupolicanes, los macbethes—, hace mucho que me pertreché de unidades para medir las magnitudes sensoriales positivas, la felicidad en movimiento. A esas unidades de medición las he llamado *euforias*.

De ese modo, cuando disfruto de un momento feliz, siempre me reservo un instante para decirme que lo estoy siendo, siempre me guardo un rapto de contemplación reflexiva que aumente esa felicidad, porque mi temperamento necesita, aunque sea durante un segundo, la consciencia de su plenitud. Acuérdate de esto, fíjalo con tu mejor memoria, dale los caracteres que se

merece, llévalo al álbum de tus hazañas íntimas, no permitas que se desdibuje, repítetelo y repíteselo a los demás, sálvalo para que te salve a ti también. Esas cosas me digo: a veces diciéndomelas en silencio, y otras veces sin necesidad de decírmelas, por simple inercia sentimental.

Mi manera de ser exige que en la cúspide de la experiencia me detenga a corroborar que estoy en la cúspide, como el montañero que, una vez ha hecho cima, se para a contemplar, aunque sea durante un relámpago, antes de descender, la nieve alrededor, y los picos que se levantan más abajo, y el azul oscuro del cielo de las cumbres. Sin saber que se está siendo feliz, nunca se puede ser feliz del todo, al menos en mi felicidad.

Las euforias son mis unidades personales de medición escalar para los episodios felices. Los mido del cero al diez, según la intensidad que les adjudico, sin demasiado afán matemático. Más que ser objetivo, intento ser justo con los acontecimientos, y ahora, mientras escribo, podría asignar un número concreto de euforias a los hechos que guardo en la memoria; aunque termino por inventarlos a bulto —*alfarrasando*, como hacen los tasadores de los campos de naranjas, al medir de forma intuitiva las toneladas de las cosechas, con su ojo clínico—, los catalogo sin demasiada precisión, diciéndome tan solo si los hechos fueron de muchas o de pocas euforias.

Podría repasar mis inventarios de excepciones, mis repertorios de magias mayúsculas y minúsculas y decir aquella tarde en la playa fue de diez euforias sobre diez, aquel mes en la Puglia fue de nueve euforias, aquel polvo fue de ocho euforias, aquel museo fue de siete. Pero, a fin de cuentas, los agradecidos, los buenos huéspedes del mundo terminamos por establecer una clasificación de episodios biográficos según dos únicos criterios: las cosas que merecen muchas euforias y las que merecen muy pocas, o ninguna.

La comida del 1 de mayo de 2017 en Serra fue de muchas euforias. Los amigos invitados fueron llegando a lo largo de la mañana, y cuando estuvimos todos nos fuimos a dar un paseo por el monte.

Recorrimos al principio la senda de la Tonyinera, que es un camino asfaltado junto a una espléndida casa en ruinas (valga la contradicción) que ha tomado su nombre de la mujer que la construyó cien años atrás, una pescadera que hizo fortuna en la comarca a principios del siglo XX, y que era famosa por la calidad de su *tonyina de sorra*: el atún en salmuera que vendía.

Hicimos un paseo clásico de la Calderona, por las pistas forestales de Monte Alegre, camino del castillo de Serra. Era una mañana espléndida, diáfana, con un sol que doraba los pinos y las piedras de rodeno de las montañas, sin sofocarlos, un sol que nos permitía ir en mangas de camisa,

pero sin sudar durante la caminata, con ese clima perfecto que a veces tiene mayo, y que yo extendería sin problemas a la mayoría de los meses.

He hecho ese paseo en cientos de ocasiones, desde niño. Solo, con Ángeles, con amigos de Serra y Náquera. He corrido cientos de veces por esas pistas.

Me gusta correr, y hubo un tiempo en que le dediqué mucha energía y entusiasmo a esa actividad, cuya mística siempre me ha atraído, como una forma cinética de la meditación, como una extraña manera de quietismo en marcha. Ahora me produce más pereza, como casi todo, aunque sigo corriendo por los montes de Serra y por el cauce del Turia, en Valencia. Me digo que no hay que sucumbir al abandono: es una forma de coquetería existencial. Todos sabemos de la inutilidad metafísica de todo; pero hay que procurar complacerse en la utilidad de aquello que nos gusta, sobre todo de aquello que suele considerarse inútil por la mayoría. El optimismo práctico constituye la más vieja de las medicinas, una hierba saludable anterior al conocimiento de las propiedades medicinales de las hierbas, anterior al desarrollo de la ciencia moderna: la receta del druida.

Durante el paseo, le íbamos preguntando a Antonio Cabrera por las plantas y los árboles, pero sobre todo por los pájaros. Antonio es ornitólogo aficionado desde muy joven, y ha procurado siempre culturizar a los cenutrios de sus amigos sobre esos enigmáticos personajes de la naturaleza.

De vez en cuando nos ha invitado a contemplar avistamientos de aves migratorias, o nos ha enviado fotografías de sus ejercicios de anillado de pájaros. Recuerdo que hace años llevaba a sus alumnos del Instituto Camp de Morvedre —donde hemos trabajado juntos durante diez o doce años—, y a los profesores que se apuntasen, al marjal que hay cerca de El Puerto de Sagunto, para hacer clases peripatéticas sobre la fauna y la flora de los humedales.

La combinación de poeta y ornitólogo de Antonio siempre me ha parecido tan extraña como oportuna, tan exótica como acertada. En el fondo, la poesía consiste en el acto de observar con detenimiento las manifestaciones de la realidad, un detenimiento que engrandece lo que es minúsculo en apariencia (otorgándole su justa medida), un sistema de agradecimiento verbal para con el mundo. Los ornitólogos son tipos que celebran, mediante la contemplación y el estudio, la existencia de las aves, zoólogos enamorados de casi todo lo que vuela. Por eso no me parece tan extraño que esas dos actividades terminen encontrándose en alguien (aceptando de antemano la extrañeza

generalizada de que los seres humanos nos intereseamos en profundidad en los asuntos de nuestro interés).

Bien mirado, todo contiene un grado enorme de extrañeza natural: ¿interesarse por los pájaros?, ¿interesarse por la literatura?, ¿interesarse por la numismática?, ¿interesarse por el coleccionismo de porcelanas chinas?, ¿interesarse por las palabras?, ¿por el fútbol? El universo es extraño de por sí, y la conducta de quienes habitamos en él, más extraña todavía.

A mí los pájaros me resultan simpáticos, por supuesto. Lo suficiente como para mantener con ellos una amistad a distancia, como con casi todas las variedades del reino animal. Me son gratos. Me sorprenden. Me gusta que estén en el mundo, pero no me entusiasman hasta el extremo de dedicarles mucha atención. Me encanta que decoren el mundo; pero no les concedería mucha más importancia. Sobre todo, por falta de tiempo para entregarles un interés profundo.

Uno de los mayores inconvenientes de la vida es disfrutar solo de una, lo que nos impide dedicarnos a muchos otros asuntos para los que tendríamos aptitudes e interés. Estoy seguro de que si me hubiesen inoculado el veneno de la ornitología desde pequeño, no me habría importado dedicarme al estudio de los pájaros; pero el caso es que esa inoculación no se produjo, y los pájaros, hoy en día, son solo para mí criaturas secundarias, complementarias, en el teatro universal.

Mis animales favoritos son los caballos y los perros, con mucha diferencia, y en ese orden. Me habría gustado disponer de una vida dedicada a los caballos, a criarlos, a montarlos, a cepillarlos y lavarlos, a estudiarlos. Hubo un tiempo en que me trastorné con los caballos y a punto estuve de comprarme uno de salto. No resulta demasiado lógico el hecho de que solo se nos haya concedido una vida: al menos necesitaríamos una docena de existencias largas, para dedicarlas al conocimiento, a la disipación, a la aventura, a la pérdida del tiempo, a los viajes.

He hablado con Antonio bastantes veces sobre los pájaros y sobre la atracción que ejercen en quienes los aman. Según él, el hechizo al que los pájaros someten a los ornitólogos y a los amigos de la pajarería universal, proviene del hecho de que son los únicos animales salvajes que se dejan ver, que no suelen huir del ser humano.

Lo normal en los animales, salvo en los que hemos convertido en domésticos, es que no quieran saber nada del gremio humano, que desaparezcan y hagan mutis por el foro, lo que parece un comportamiento inteligente, por la cuenta que les trae, a la luz de lo que ha hecho con ellos el

hombre. Sin embargo, los pájaros nos permiten verlos, se recrean en nuestra presencia, se gustan, por decirlo así.

Mi teoría, muy poco científica, es que los pájaros nos desprecian. Son una especie jactanciosa que no repara en los humanos, y en casi ningún animal terrestre, por el hecho de saber volar, una destreza, desde mi punto de vista, sobrevalorada, y en cuya leyenda tienen buena parte de culpa los escritores de todos los siglos.

El vuelo tiene más fama de la que se merece, más misticismo literario del que avalan sus resultados comprobables. A fin de cuentas, cuando hemos podido volar los hombres, hemos descubierto que no era para tanto, que apenas si consiste en el acto de moverse de otra forma para tener una perspectiva distinta de lo que de verdad nos interesa, que son los acontecimientos a ras de suelo.

Esto puede sonar a furioso etnocentrismo terrestre, pero no creo que sea falso, y no me importa demasiado a lo que suene. Me considero un humanista acérrimo, entendiendo por ello, también, el considerar la superioridad del hombre sobre el resto de las criaturas de la creación; una superioridad bien entendida que, en nombre de esa misma superioridad, nos debe exigir el cuidado de la naturaleza. *Noblesse oblige*. Sin embargo, el animalismo ideológico me resulta una supina memez.

Antonio ha dedicado magníficos poemas (algunos de los mejores de su generación, que es también la mía) a la contemplación atónita de la naturaleza: de los montes, de las aves, de las piedras, del aire. La exterioridad, con su vacío enigmático en el que nosotros depositamos nuestras emociones, ha suscitado siempre su canción reflexiva. Ese interés de emocionada contención, de frialdad emotiva, proviene de nuestro admirado César Simón, pero en la poesía de Antonio ha tenido un sello personal, una voz propia, nunca tan perpleja como la de César. La poesía de Antonio Cabrera siempre es, en su mágico rigor verbal, de una gran emotividad circunspecta: una circunspección que la vuelve doblemente emotiva.

Recuerdo que durante el paseo procuré hacer alardes de propietario rural de la sierra Calderona, y defender su superioridad ética y estética frente a la vecina sierra castellonense de Espadán, de la que Antonio siempre se ha mostrado entusiasta, y que ha estudiado desde el punto de vista ornitológico y ha cantado en sus poemas.

La verdad es que también soy un fiel espadanense, y me encanta pasear por sus alcornocales, y visitar pueblos preciosos como Aín, como Eslida, como Alcudia de Veo, como Algimia, como Matet, como Villamalur, como

Chóvar. (El gusto por las enumeraciones, por los catálogos, creo que es un signo de madurez literaria que se gana con la edad, aunque no puedo demostrar por qué). Pero en las reuniones de amigos procuro disparatar lo más posible, y sacar a relucir mi patriotismo calderoniano: calderonianismo de la Sierra Calderona, defendido calderonianamente, a capa y espada, como si se tratase de una causa de honor en las tragedias de don Pedro de lo Mismo.

Vosotros —argumentaba a voz en grito por los caminos de Monte Alegre, inspirado por la ira del capitán Archibald Haddock—, al preferir la Sierra de Espadán, antes que la Calderona, manifestáis una bajeza moral de índole botánica, sin precedentes. Me da vergüenza llamaros amigos, y que vengáis a mancillar la belleza milenaria de mis montes y mis árboles. En casa Marzal, fundada en 1961, no se consienten ni las blasfemias paisajísticas, ni las herejías filosóficas. *Vade retro*, coprófagos, nefelibatas, escolimosos. Sois unos remamahuevos. Los pinares espirituales de la Calderona son de una infinita superioridad ética con respecto a los alcornoques de Espadán, esa manifestación putrefacta del capitalismo arbóreo, porque están destinados a la extracción del corcho y a la extensión del maltrato a la naturaleza. Estáis justificando la violación de la flora nacional, al permitir que se arranque por la fuerza, a cuchilla, sin consentimiento previo, la corteza de esos árboles. En cambio, los pinares místicos de la Calderona erigen, en su gratuidad y pureza, libres del mercantilismo castellonense, un monumento eterno a la divinidad.

Uno de los privilegios indudables de la amistad verdadera consiste en que los amigotes nos permiten decir gilipolleces. Después de mis arengas de chovinismo vegetal, volvimos hacia casa, divagando sobre cualquier cosa, para tomarnos un aperitivo antes de comer.

Confieso que no soy el aperitivista perfecto. Solo me gusta el que se realiza inmediatamente antes de comer, como si se tratara de un plato previo a la comida, un entrante. Los aperitivos que practican algunos al mediodía, dos o tres horas antes de comer, me quitan el hambre, y participo en ellos con mala conciencia: no los disfruto como aperitivos, y me dejan caviloso sobre el futuro inmediato de la comida. Entregarse al aperitivo, como un buen aperitivo merece, puede llegar a saciarte, y a ser un desconsiderado con lo que venga después. El hecho de que me quiten el hambre de la comida lo considero una falta de delicadeza. No soy un entusiasta del aperitivo, en parte, por cortesía general básica (algo que debería incluirse como asignatura obligatoria durante la Primaria).

El caso es que hicimos un buen aperitivo, con pebreras, pepinillos y aceitunas en vinagre, con longaniza de Pascua de la carnicería de Aliaga,

hecha con su matanza pública propia (la carnicería eterna de la plaza Mayor, a la que mi madre me enviaba a comprar y a pelearme con todas las viejas que me arrebatan el turno); pero sobre todo aperitivizamos con patatas fritas y cerveza. En Valencia llamamos papas a las patatas fritas industriales, por regla general, y no patatas fritas, ni tampoco empleamos el horroroso *chips*. Papas, como si fuésemos una sucursal peninsular de Hispanoamérica.

En mi opinión interesada de maestro gastronómico de mi cocina —todos somos los expertos de nuestros fogones, los especialistas de la guía Michelin de nuestro estómago—, la cerveza con papas representa el mejor de los aperitivos, sin discusión. El más sencillo, el más al alcance de la mano, y, a la vez, el de mayor refinamiento, por su mezcla perfecta de liviandad y amargor, de salobridad crujiente y condición rubia y espumosa. Donde haya papas y cerveza que se quiten las ostras y el champán, por escoger un arquetipo de las supuestas exquisiteces. Siempre he considerado una bendición tener gustos sencillos. Soy un pequeñoburgués convencido de los buenos valores pequeñoburgueses, como el de considerar un lujo todo aquello que me gusta, por sencillo que sea, y no sentir ninguna atracción supersticiosa hacia la lujosidad.

Habíamos montado la mesa en el jardín de casa, porque hacía el suficiente buen tiempo como para comer al aire libre, aunque el espacio dispuesto para la mesa estuviera a la sombra. Durante el aperitivo, propiciado por la idílica combinación de las papas y las cervezas, hablamos sobre lo que se habla en las comidas entre amigos; es decir, de nada en concreto.

A Antonio le gustó el laurel de muchos brazos que domina el jardín. Lo plantó mi tatarabuelo varias generaciones atrás, y cada vez está más cerca, creo, de secarse para siempre. Cada verano le tenemos que cortar alguna rama muerta que amenaza con quebrarse y provocar un accidente. Alguna vez, las ramas secas han caído sobre la barandilla del jardín, partiéndola, o sobre la calle, cerca de los coches aparcados. Nunca he visto un laurel tan grande, vuelto un árbol de más de diez metros de altura.

Los antiguos, dijo Antonio, utilizaban las hojas del laurel para la adivinación del destino. A esa suerte adivinatoria la llamaban dafnomancia, porque el laurel es el árbol de Dafne, la ninfa que huyó de Apolo. Según parece, había dos formas de profetizar mediante las hojas del laurel. La más común consistía en arrojar las hojas al fuego y escuchar su canto: si hacían ruido y crujían, indicaban buenos augurios; pero si no cantaban, si permanecían sin hacer ruido, era señal de malos presagios. El otro método requería de un médium, que mascaba las hojas y entraba en trance, gracias a

los supuestos valores alucinógenos del laurel, para responder a las preguntas de los asistentes a la ceremonia dafnomántica.

Antonio sabe muchas cosas y siempre tiene puntos de vista inteligentes sobre las muchas cosas que sabe bien. Me gusta escuchar a los amigos sabios, y creo que hay que ponerlos en suerte para que hablen, como los peones ponen en suerte al toro durante la lidia. Ese poner en suerte a los amigos durante las conversaciones debería considerarse una variedad de la retórica amistosa, una forma encubierta de la *dispositio*.

Las amistades largas y saludables generan una complicidad dialéctica especial que llega a convertirse a veces en un espectáculo, con sus tintes serios y sus tintes cómicos. Los viejos amigos se ponen los unos a los otros en suerte de referir sus anécdotas famosas y sus chistes mejores, se dan la vez y se interrumpen a compás, se apostillan y se corean. Me gusta que se cultive esa variante de la opereta vienesa.

Cuando nos tomamos los aperitivos, José Saborit y yo fuimos en coche al club de la Carrasca, en Náquera, a recoger una fideuá que habíamos encargado para la comida. La cocina Lily, la mujer de Ricardo, el encargado del restaurante. Es rumana, pero ha conseguido un punto de valencianidad absoluta en sus arroces y fideuás. Hace unas paellas magníficas, y borda los arroces con lo que le pidas. A mí me gustan en especial el de bogavante, el *amb fessols i naps* (con alubias blancas, nabo, nabicol, pencas de acelga), el que hace con secreto ibérico y *revollons*, que es como llamamos por aquí los niscalos.

Lily es el ejemplo perfecto de que no existen las esencias patrias, ni siquiera respecto a ese tipo de esencias arroceras que tantas disputas provocan por aquí, cuando se discute la naturaleza arquetípica de la paella. Ocurre algo parecido con los bares tradicionales del centro de la ciudad, ahora regentados por propietarios chinos, que han vuelto a hacer las tapas de siempre y los bocadillos ancestrales igual que se hacían hace cuarenta años. A algunos eso les parece un signo de decadencia, y a mí una señal de vitalidad, de que la vida se abre paso tal y como ella quiere: la voluntad de vivir.

La fideuá constituye una solución de urgencia que suele complacer a todos los comensales, de forma misteriosa, por el mismo misterioso principio por el que los espaguetis gustan sin excepción a todos los niños. Debe de tratarse de un atavismo universal mediante el cual el sabor de la pasta ha generado una muesca genética en la memoria culinaria de la especie.

A mi mujer, Ángeles, no le gusta la paella, lo cual en una valenciana del barrio de Torrefiel constituye una anomalía biológica, y no sé si una traición

de carácter histórico. Las aborreció, dice, en la infancia, cuando la obligaban a comer todos los domingos las excelentes paellas de mis suegros. Cuando las hacemos en casa —porque no se niega a cocinarlas conmigo, o a hacerlas ella sola— se come la carne (el pollo, el conejo, el hígado de pollo) y la verdura (sobre todo el garrofón, y las variedades de judías verdes que más se emplean en la paella: el *roget* —que tiene algo de verdura con imprimaciones de loco pintor abstracto— y la *ferradura*).

Documentándome sobre el garrofón hace mucho tiempo, ya no recuerdo para qué, comprobé con espanto y sorpresa que esa especie de judión blanco, que yo imaginaba como una joya vegetal valenciana (me encantan su sabor y su textura, con un punto arenoso, y su forma de deshacerse en la boca, con una dócil resistencia), se cultiva en medio mundo y se utiliza en cientos de platos. Lo llaman, según los distintos países, frijol ancho, pallar, habón, frijolito de Cuba, judía de Lima, haba de Lima, patani de Filipinas, frijol mantequilla, poroto pallar, guaracaro, chilipuca colorada. La enumeración de sus distintos nombres parece un poema de Neruda, una «Oda al garrofón», muy merecida.

Está visto que no se puede ser original, ni siquiera en cuestiones herbáceas y leguminosas. Todos los orgullos de la exclusividad no son más que ensueños provocados por la ignorancia, lo sabemos (aunque en lo más profundo de mi sensibilidad gustativa me susurro que la variedad valenciana, el garrofón, cultivada con las aguas y la tierra locales, adquiere unas características únicas que yo sabría reconocer con solo verla hirviendo en la paella).

Para el transporte de la fideuá desde el club a mi casa, utilizamos el tradicional método de colocarla en el maletero del coche, sobre unas cuantas hojas de papel de periódico. Hay que tener cuidado con la prensa que se emplea, porque esos minutos de encierro de un arroz, o de una fideuá, en el maletero de un coche, mientras se generan vapores periodísticos alrededor, pueden arruinar el plato.

He observado que las páginas deportivas no suelen dañar el punto de cocción ni añadir un sabor intruso, por más que pudiera parecerlo. Aunque a menudo están teñidas de partidismo, las emanaciones deportivas se disipan también con facilidad, y no dejan en el aire la huella de otras secciones. Conviene abstenerse de utilizar las páginas de Política, las de Nacional y las de Economía. No pongo inconvenientes al uso de la sección de Sucesos, ni a la Cartelera.

He comprobado de forma empírica que, si están al alcance de la mano, los artículos del maestro Manuel Vicent, utilizados como base del transporte, proporcionan a los arroces y fideuás el punto óptimo, además de añadir el aroma y sabor de la leña de naranjo, incluso a las paellas que han sido hechas sobre aros de gas. No sé muy bien la explicación científica de este fenómeno, pero la atribuyo al hecho de que Manuel Vicent es uno de los escritores que mejor ha sabido impregnar su prosa con el concepto de la mediterraneidad hedonista.

Antes del plato principal, Ángeles había preparado, como entrantes, uno de sus platos estrella, la ensaladilla rusa, y distintos fiambres de Aliaga (jamón, lomo, salchichón, sobrasada).

Todos los años, el restaurante Casa Granero, de Serra, organiza una matanza pública en la calle, junto a la Torre del Señor de la Villa. Se mata el cerdo con electrodos, y el viejo Aliaga, su hija —Yolanda—, su yerno —Miguel— y los empleados de la carnicería lo desangran y destazan en un abrir y cerrar de ojos, con precisión quirúrgica, mientras la gente come torreznos y fiambres elaborados con la matanza del año anterior. Es una ceremonia que nos devuelve a los principios verdaderos de la vida en común, cuando las familias se reunían para proveerse de alimento, un rito de necesidad que trata de conjurar el hambre mediante la abundancia. Siempre que puedo asisto a la matanza de Serra, el primer lunes de febrero, y si por mí fuese, incluiría el ritual como asignatura extraescolar en todas las escuelas de España, para educar a los niños, sin melindres ni cursilerías, en asuntos importantes.

Emilio Martín había traído una caja de un tinto especial, el Lloráis Porque Sois Jóvenes, cosecha. El año anterior había ganado el premio de poesía Hermanos Argensola, de Barbastro, con un libro titulado así, y un bodeguero amigo le había etiquetado varias cajas, de manera que, quienes preferíamos el vino, bebimos ese vino literario durante la comida, y los demás bebieron cerveza o cava.

Dispusimos la paella, con la fideuá, en el centro de la mesa, porque a muchos nos gusta comérsola directamente, sin servirla en los platos. Este asunto suele generar controversia entre los comensales: algunos, porque son escrupulosos, prefieren que se les sirva; y otros porque, aunque les gustaría comer de la paella, no llegan desde su asiento, con la cuchara. Los hábitos civilizados de las democracias occidentales suelen arreglar ese problema mediante una decisión de aspecto equitativo: se sirve, y todo el mundo come de su plato. Yo prefiero el recurso a una solución picaresca de prestigio, y coloco la paella encima de la mesa, procurando que los dioses lares me

beneficien, y mi asiento tenga un acceso privilegiado sobre la comida. Es una variante del sálvese quien pueda, para uso doméstico.

Repartimos cucharas de madera para quien las quisiese emplear. Tengo en Serra una colección estupenda de cucharas de madera antiguas, de todos los tamaños. En la casa, desde siempre, ha habido un arcón mediano con cuberterías de plata, de acero inoxidable, de alpaca, de madera. El arroz y la fideuá comidos con cuchara de madera saben de una forma muy distinta. El tacto de la madera sobre la lengua se convierte en gusto, y al revés: el gusto de la madera proporciona a cada cucharada un tacto distinto —un sabor diferente— que nada tiene que ver con el de los cubiertos metálicos. El cambio de la madera por el metal, en ciertos casos, ha significado un retroceso gustativo.

No sé por qué, pero siempre que como con cucharas de madera me acuerdo de una anécdota que me contó Paco Brines. Según él, la comida más refinada y exquisita de su vida consistió en comer una paella, en la celda desnuda de un amigo monje, sentados en el suelo, con cucharas de madera. Bebían agua fresca con sabor a arcilla, de un botijo blanco, y de postre comieron, a mordiscos, las rodajas de un melón dulcísimo enfriado en una tina con hielo. Me viene siempre a la cabeza esa comida en la que no participé, pero a la que siempre me he sentido invitado por comunión narrativa.

Estoy seguro de que las mejores cosas hay que procurar disfrutarlas de manera elemental, intentando que nada alrededor nos distraiga. A menudo me digo que deberíamos disponer en casa de una habitación vacía, con las paredes pintadas de blanco, en la que solo hubiese una mecedora y una cama, para entregarnos allí, sin nada que se inmiscuyera, a la lectura, al amor, a la meditación, a escribir a mano. Las habitaciones vacías nunca lo están del todo, se abarrotan de nuestra conciencia, que no puede estarse inmóvil y que sufre *horror vacui*, de ahí que procure colmar con sus ocurrencias la realidad.

Las habitaciones vacías me recuerdan ese juego con el que Carlos Edmundo de Ory retaba a sus amigos (y que canta Juanvi Piqueras en un estupendo poema): ¿Qué hay en una habitación vacía? En apariencia no hay nada, pero por detrás de las apariencias se erige siempre algo distinto, si observamos con detenimiento. En una habitación vacía hay un enchufe de la luz. En una habitación vacía hay un rodapié de mármol. En una habitación vacía hay polvo sobre el suelo. En una habitación vacía hay aire enamorado. Y un rayo de sol que incide sobre la pared. Y una hormiga que atraviesa la habitación con una miga de pan en las mandíbulas. Y una grieta en el yeso del

cielorraso. Y todo lo que queramos imaginar y añadir, porque nada está vacío, aunque lo parezca.

De todas formas, deberíamos tener en casa esa habitación que parece vacía, para entregarnos a lo que más nos guste sin obstáculos, con voluntad esencial.

La fideuá estuvo estupenda, con abundancia de tropezones de sepia y calamares, con gambones jugosos. Cuando encargo una paella, una fideuá u otro arroz, empleo el método de reservar una o dos raciones más que el número de comensales confirmados, para que se pueda comer en abundancia. No hay nada más triste que dejar con hambre de arroz a los amigos, que quedarse uno mismo con hambre de arroz. Hay otras tristezas —las de la carne, las del pescado, las de lo que se coma—, pero la del arroz es especialmente triste, porque parece que se hubiera podido paliar con un par de cucharadas finales, con unos cuantos granos más.

Con las paellas y sus familiares hay que pecar siempre por exceso, como con el vino. Dejar a alguien, durante una comida, sin esa copa de vino que le apetece, es uno de los mayores ejemplos de mala educación que se pueden cometer. Aunque es recomendable que sobre de todo —y que se guarde para otra ocasión—, con el vino hay que ser especialmente exagerados.

Para no llevarse sorpresas desagradables, cuando se invita a comer a los amigos, en especial si son escritores, conviene calcular, como mínimo, que cada invitado podría beberse una botella de vino, una de cava, y media de destilados (*whisky*, grappa, orujos, tequila, mezcal). Quedarse corto en estos asuntos equivale a pecar por largo. El infierno está repleto de anfitriones que se quedaron sin bebida en mitad de una celebración. Y me parece muy bien que ardan por ese motivo durante toda la eternidad.

Hicimos una sobremesa inacabable, como exigen las grandes comidas, con copas de todo tipo, con los roscos de anís que había traído Adelina, con las cocas dulces que José y Lola compraron en la pastelería de Náquera, con helados.

La ceremonia de la comida, como cualquier otra ceremonia importante, se divide en ritos litúrgicos: los de entrada (aperitivos), los de comunión (primer y segundo plato), los de conversación, los de purificación a los postres y los de sobremesa (que son de acción de gracias). El rito que prefiero es el de sobremesa, procurando que se alargue lo más posible, incluso hasta el extremo de llegar a la noche y permitir que la comida se transforme en una cena improvisada sobre la marcha.

En realidad, las buenas comidas con amigos no deberían acabarse nunca, y en el intento de prolongarlas de forma indefinida se esconde la voluntad de que la alegría tampoco termine, de que la vida no acabe jamás. Comer es celebrar la existencia, el hecho de estar vivos ahora, y hacerlo con amigos es un doble acto de celebración: el de la existencia y el del mundo tal y como lo conocemos, el de la vida y el de todo lo bueno que la vida nos proporciona.

Nunca he terminado una gran comida con amigos sin que me invada un gran sentimiento de melancolía, de pérdida, sin decirme para mis adentros — y muchas veces en voz alta— que representa una traición el dar por concluida la fiesta, que resulta imperdonable no volver a brindar otra vez por nosotros y por todo lo que se nos pueda ocurrir en adelante.

A menudo mi mujer me tiene que sacar a rastras, enfadada, de esas comidas, pero quiero dejar constancia de que existe una razón filosófica que explica mi comportamiento. Si me resisto a dar por terminadas las comidas, y las cenas, y las apoteosis, lo hago en beneficio de la humanidad, porque alguien tiene que correr con el peso de aupar los corazones para gloria de nuestra especie. Puede parecer que me divierto, pero lo hago por el buen funcionamiento de la res pública.

Sobre las seis o seis y media de la tarde empezó a refrescar, y nos metimos en casa para encender la estufa y seguir la sobremesa cerca del fuego, en el comedor. En Serra tenemos una estufa de hierro fundido para calentarnos, con un tubo de ocho o nueve metros de altura, que sube por la pared en un espacio diáfano. Esa estufa constituye el cerebro de la casa. Iba a escribir el corazón, pero es más exacto el cerebro, el lugar desde el que se piensa el resto de las cosas, porque junto a las llamas se desata el pensamiento. Quien tiene una estufa, una chimenea, ha tenido esa experiencia. Quien la prendió lo sabe.

Nadie puede sustraerse al embrujo del fuego: ni al del fuego dócil, doméstico, domesticado, de las estufas, ni al del fuego desatado de los incendios, que nos infunde el terror admirativo de lo sublime, como explicó Kant.

El fuego es uno de nuestros atavismos fundamentales. Basta con contemplar las llamas durante unos segundos para sentirse el primer hombre, aunque el primer hombre no hubiese inventado el fuego todavía. Basta con contemplarlo, para saber la nostalgia que sentiría del fuego el primer hombre, incluso sin conocerlo, cuánto echaría de menos su amparo, su protección, su compañía, su utilidad. Basta con dejarnos hechizar por las llamas durante

unos instantes, para saber de la soledad del primer hombre, antes de ser el primer hombre que contempló el fuego.

Compramos esa estufa cuando hicimos la reforma de la casa de Serra. Antes había una chimenea en la vieja cocina —sí, en la cocina— que no resultaba muy útil, salvo para guisar de vez en cuando, con calderos, como siglos atrás, o para hacer alguna torrada de embutido. El caso es que con la nueva disposición que nos ideó Manolo Portaceli —el espléndido arquitecto que llevó a cabo la reforma del Teatro Romano de Sagunto, junto con Giorgio Grassi— pensamos instalar algún tipo de fuego en el salón. Al principio nos atrajo la idea de una chimenea al descubierto, pero la terminamos rechazando para que nuestros hijos, que entonces eran muy pequeños, no corrieran peligro, y por el hecho de que las chimeneas de obra, además de consumir mucha más leña, necesitan de vigilancia constante.

Nos decidimos por la estufa de hierro colado y no nos hemos arrepentido nunca, hasta el extremo de considerarla como un miembro más de la familia, además de como el cerebro de la casa. El simple hecho de pensar en encenderla me llena de alegría, me infunde un contento premonitorio. Y el acto de preparar el encendido me parece una forma de felicidad: felicidad táctil, pero también anímica. Cuando retiro de la estufa la ceniza antigua con una pala de acero inoxidable que me construyó mi suegro —que todo lo sabe construir—, y pongo un par de piñas secas en la estufa, y unas cuantas astillas, y una pastilla de encendido, y un par de tarugos de leña, y observo cómo la llama crece y se adueña de todo, puedo decir que soy feliz, que me siento colmado de una manera extraña, muy vieja y muy diferente a cualquier otra forma de colmarme.

Cuando el fuego aparece ante nosotros comprendemos la necesidad de que se nos complemente. Los cuatro o cinco elementos de la naturaleza —según las tradiciones— nos enseñan nuestras insuficiencias y nuestras servidumbres con respecto a los estados de la materia. Pero el fuego, que resulta más excepcional que la tierra, el agua y el aire, tiene sobre nosotros un influjo solo suyo. En mi caso, es ver un par de troncos ardiendo en la estufa, y se me achina la mirada, se me ponen zen las elucubraciones, me entran ganas de sentarme en la posición de loto, y proyecto escribir algún tratado de meditación ígnea.

Mi leña favorita, de entre las que se suelen encontrar por estas tierras, es la de carrasca, que arde lentamente, calienta mucho y tiene un perfume especial. A veces se encuentra la carrasca roja, que es como el caviar beluga de la leña seca, y que genera una llama dorada, como la que debió de

desprender la zarza ardiente que contempló Moisés en el Sinaí. También compro la de olivo y la de algarrobo, pero son menos frecuentes; y no me entusiasman para la estufa ni la de naranjo —que es la mejor para hacer paellas— ni la de almendro. Son leñas duras, pero carecen del *timing* de incandescencia que tiene la carrasca.

El *timing* (la tempística, que llaman algunos, con una palabra preciosa), el temple de la combustión, lo es todo en la hoguera, como en el toreo. La tempística de la carrasca es perfecta, parece que se mece en el fuego, que se duerme en las llamas mientras desprende calor, sin perder ni su forma ni su consistencia, se diría que arde sin arder, hasta que de repente se deshace desde dentro hacia fuera y se convierte en brasas al rojo vivo, al rojo blanco, que es la máxima coloración de los rojos del fuego.

Deberíamos aplicar la tempística de la carrasca a nuestra vida, su entereza ante la adversidad, su como si tal cosa en mitad de las llamas, su desprecio de las circunstancias desfavorables. Puestos a consumirnos, que sea de una pieza, hasta el final, y luego nada.

Ya digo que veo arder la leña y me precipito sin freno por la cuesta de los filósofos, que es la más inclinada de por aquí. Le debo un libro a la tempística. Como debo libros a tantas cosas sobre las que me gustaría escribir. Pero a la tempística, al ritmo con el que andar por el mundo, con el que bailar sobre las brasas, debería dedicarle un tratado cuanto antes.

La leña me la traen por encargo en un volquete, hasta la puerta de casa. Cuando digo la puerta de casa, quiero decir literalmente eso.

El vendedor llega con el camión y la descarga de golpe en medio de la calle, bloqueando el paso de transeúntes y coches. (Ese acto de creerse el dueño de la calle y de la circulación me asombra y me atrae a partes iguales, como si fuese una muestra, a la vez, de incivilidad y de civismo, de altanería y de determinista modestia laboral: entre un «la calle es mía» y el «no se acaba el mundo por ocupar la calle»).

Entonces, abro la verja de una escalera lateral y subimos la leña hasta un patio al que se accede tanto desde el primer piso de la casa como desde la calle. Hay que subirla a mano, muy deprisa —para no provocar la ira del vecindario—, en un ritual en el que colaboramos toda la familia con la ayuda del vendedor. Por lo general, subimos una tonelada —eso es lo que me dice el leñero que la trae en su camión— en veinte o veinticinco minutos de estiba loca que nos deja agotados y satisfechos, cuando vemos la leña bien amontonada para el resto del año. No dispongo de una leñera en condiciones, para guardar los troncos bien protegidos de la lluvia, bien distribuidos los

unos encima de los otros, pero no se puede tener de todo lo que a uno le gustaría, y, al fin y al cabo, tampoco llueve tanto por estos montes de la Calderona.

Al cabo de un rato de estar delante de la estufa, José Saborit y yo procedimos a ejecutar un capítulo imprescindible de la acción de gracias: cantamos por Nino Bravo. Nino es la quintaesencia hímnic. Nino es el gran jefe indio de las celebraciones. Nino es el puto amo del baladismo nacional. Nino es la encarnación mitológica del joven héroe romántico muerto antes de tiempo, sazónada con pato de la Albufera. Nino es el *power* puro del vocalismo de los setenta. Nino es Luis Manuel Ferri Llopis hasta que decidió llamarse Nino. Nino es el príncipe de los pantalones de campana y los chalecos ceñidos. Nino es el fundador del trío Los Hispánicos. Nino es el solista del grupo Los Súperson (con dos cojones, o con tres). Nino es el hijo de la musa Polimnia, pero podría serlo también de Poseidón, porque su voz rompe en olas. Nino es Tom Jones con verduras de la huerta. Nino es Engelbert Humperdinck, pero sin esa dificultad fonética del nombre, que nunca ha superado un español. Nino es la voz aterciopelada que no solo te arropa cuando duermes, sino que te besa en la frente y reza contigo el rosario. Nino es lo más, y lo más es Nino, que habría escrito Heráclito el oscuro, si hubiese tenido la suerte de cantar por Nino, y de ese modo habría pasado a llamarse Heráclito el transparente.

Cantamos —o mejor, cantuvimos— sus grandes éxitos: *Libre, América, Noelia, La puerta del amor, Mi tierra, Cartas amarillas*. No nos sabemos casi ninguna canción entera, porque a Nino hay que sabérselo de forma emocional, y no como los opositores a Notarías recitan el Código Civil. Nos enardecemos repitiendo los estribillos y los fragmentos célebres. Por lo común, cuando estamos metidos en harina hímnic, con la voz bien templada por las copas de la sobremesa, mezclamos las canciones en una interminable cinta de Moebius que puede conducirnos hasta las lágrimas, según sea la temperatura afectiva de la reunión. A algunos bebedores cenicientos les da por la introspección, por la rumia en voz alta de sus desdichas, por exteriorizar la negritud violenta que amasan en secreto. A nosotros, cuando nos emborrachamos, nos da por cantar por Nino.

Aquella tarde del 1 de mayo de 2017 estábamos en la cresta de la felicidad, o, mejor dicho, en la meseta de la felicidad (en una cresta mesetaria, un fenómeno de la geografía física que existe en mi escritura, en mi gratitud), porque éramos felices de forma sostenida, entre amigos queridos, junto al fuego.

Mi hijo Carlos, que por entonces tenía cerca de los once años y medio, se aburría con nosotros de esa forma en que se suelen aburrir los niños durante las reuniones de adultos: con un aburrimiento intermitente, que participa tanto de la perplejidad divertida como de la plúmbea indiferencia.

No soy especialista en nada, salvo en el hecho de no ser, en nada, especialista. La psicología me parece el reino de la obviedad, ese universo de la literatura de ciencia ficción en donde abundan los expertos que, pongamos por caso, cuando explican *a posteriori* un comportamiento narcisista y violento, suelen decirnos que el individuo cuyo comportamiento tratan de analizar manifiesta tendencias violentas y narcisistas. Todos tenemos nuestra psicología privada, supongo, porque tenemos nuestro propio cuerpo, y la historia de nuestra vida consiste en la historia de ese cuerpo que nos ha tocado en suerte. Los niños también tienen, me imagino, su psicología propia, sin necesidad de saber que la tienen ni de que venga un psicólogo a decírselo.

La única psicología en la que creo es en la que los novelistas atribuyen a sus personajes, en la que despliegan los poetas en sus poemas. Es decir, en una psicología privada, individual, sin aspiraciones científicas, con el solo propósito de mostrar una conciencia al desnudo, una inteligencia cambiante, el repertorio de pareceres con que una criatura real o de ficción trata de digerir la realidad.

No tengo ni la más remota idea de cómo pensaba el niño que yo fui, pero desde mi condición adulta aventuro que, cuando participaba en las reuniones de los mayores, debía de sentirse tan asombrado como distante, tan confundido como cercano. Desde la infancia, el mundo de los adultos parece —eso creo que me parecía— un espectáculo fascinante y absurdo del que los niños solo participan como espectadores sin derecho a opinar.

Por otra parte, si bien se mira, las acciones adultas están dirigidas al público infantil (hacia nuestros hijos, hacia los hijos de nuestras amistades), por la infundada razón de que los adultos tienen algo que enseñar acerca de la vida, cuando, en realidad, aquello que los adultos mejor enseñan acerca de la vida es que no saben muy bien qué hacer con la propia. La experiencia, más que una idea certera acerca del mundo, consiste en unas habilidades para manejarse en él sin sufrir demasiado.

Durante nuestra sobremesa eufórica, mi hijo trataba de combatir su aburrimiento mediante un sistema puesto en práctica cientos de veces con las visitas. Iba pidiendo a los invitados, uno por uno, que saliesen con él al patio que hay junto al jardín, para jugar al fútbol.

Por ese imaginario estadio deportivo suyo han pasado todos los amigos que han visitado la casa de Serra. El fútbol, para Carlos, como ya he dicho aquí, y como sucede con todos los niños a quienes les gusta, no constituye un juego, ni un deporte, ni un entretenimiento, sino que significa una manera de estar en el mundo, una forma de ser. La forma del Ser.

En la infancia se otorga el privilegio de creer en las cosas que amamos sin relativismos, sin medias tintas, sin objeciones. Los niños creen en las cosas, en sus cosas, como si sus cosas fueran lo único en lo que merece la pena creer. El absoluto no es un concepto para ellos, sino que reside en cada acción que acometen.

A menudo se cree que los niños son seres humanos en formación, hombres en proceso de crecimiento. Solemos decir que la infancia constituye una etapa de maduración en el camino que nos lleva a convertirnos en adultos, y esa idea tal vez sea cierta en lo que respecta a nuestra anatomía; pero no estoy seguro de que explique también nuestras facultades morales.

Tengo la impresión de que los niños vienen al mundo con algunos órganos espirituales completamente desarrollados y que más tarde, antes de alcanzar la madurez corporal, se atrofian, o desaparecen, y ya nunca vuelven a ser utilizados con la misma eficacia y con la misma intensidad.

Esto sucede, por ejemplo, con la fe, con el entusiasmo. Con la capacidad de perdón. Las ofensas no duran en los niños más que unos segundos. Los agravios se olvidan al instante. Las humillaciones no existen en su manera de sentir el universo, y esto es así no por el hecho de que dispongan de una menor capacidad de memoria, sino porque disfrutan del órgano del perdón en toda su compleja plenitud.

Carlos estuvo saliendo a pegar balonazos al patio con casi todos los amigos de aquella comida, incluso varias veces con algunos, incluidas las mujeres. Lola Mascarell y Eve Ferriols salieron a patear la pelota. Salió Adelina. Salieron Emilio Martín y José Saborit. Los únicos que no salimos fuimos sus padres, me parece.

Ángeles, porque abomina de todas las manifestaciones de especie futbolística, bajo cualesquiera circunstancias y motivos. Y yo, porque estoy excusado en virtud de ser el pelotero habitual de mi hijo, y por poder recurrir al argumento de que me debo a mis invitados en todo momento. Los anfitriones tienen el privilegio de delegar en las visitas sus deberes cotidianos.

En ese patio mi hijo y yo hemos jugado miles de veces, con pelotas de cuero, con pelotas de plástico, con pelotas de espuma, con pelotas de trapo, con pelotas de tenis, con pelotas de *rugby*, con pelotas de golf. Hemos jugado

con globos que hacían de pelotas, con latas de aluminio que hacían de balones, con bolas de papel de periódico. Con cualquier cosa a la que se le pudiera pegar una patada, porque en eso consiste el verdadero fútbol: una o varias personas que utilizan cualquier objeto y cualquier excusa para chutar a portería.

Carlos ha reventado contra las paredes docenas de balones. Hubo un tiempo en que los comprábamos en Decathlon de cuatro en cuatro o de cinco en cinco, porque sabíamos que no le durarían, dependiendo del azar, más de unas cuantas horas.

La verdad es que los balones sintéticos de hoy en día son una bazofia, a diferencia de los antiguos balones de cuero bien cosido, que soportaban meses, e incluso años, de inclemencias y adversidades. Jugábamos con ellos en campos de tierra, botaban sobre pedruscos, se empapaban de lluvia y barro, y seguían en un estado decente, con su hexágono blanquinegro reconocible. Ahora, después de dos balonazos contra la pared, los balones se descosen por su junta, y les asoma, como un chichón repentino, la cámara de caucho oscuro que hay en su interior, y al cabo de unas cuantas patadas revientan.

Mi hijo, como todos los niños del mundo, ha tenido la pared como íntima compañera de juego. A menudo no hay con quién jugar al fútbol, nuestros amigos están en sus casas, nuestros padres duermen la siesta, el universo está vacío, somos huérfanos, y solo nos queda la pared. Sin chutar contra la pared no se progresa en el fútbol, y su ejercicio nos ha vuelto a todos más fuertes, más pacientes, más preparados para soportar la soledad.

La pared es un espejo, pero de carácter asimétrico, de voluntad voluble. Siempre nos devuelve la imagen que le enviamos, pero lo hace a su manera, a su capricho, inventa, desafina. La pared contra la que jugamos al fútbol no es la cuarta pared del teatro, sino la primera de la vida, la única. El muro de los poetas, al que conviene acostumbrarse, para aprender que el destino procede como una pared contra la que se juega en la infancia.

Lo más parecido a la pared de nuestros pelotazos en soledad puede que sea un libro, otra variedad de espejo asimétrico en el que se refleja nuestra conciencia, y que nos exige interpretar las ideas que mandamos al texto y recibimos de él durante la lectura. Lichtenberg lo explicó con su legendario sentido del humor, al decir que un libro es un espejo, y que si un asno se refleja en él no podemos esperar que nos devuelva la imagen de un santo.

Cuando casi todos los amigos habían salido ya a jugar con Carlos y él parecía saciado con su ración de fútbol cotidiana, Antonio Cabrera dijo: «Vamos afuera, Carlitos, todavía no hemos jugado tú y yo».

Los demás seguimos como hasta entonces, a lo nuestro, que era lo de todos: charlar, brindar con cava, asistir al fuego.

Al cabo de un par de minutos, entró mi hijo Carlos y nos dijo: «Papá, sal, que Antonio se ha caído y se ha hecho daño».

Entonces cambió todo de repente.

Segunda parte

Cuando salimos, Antonio estaba caído en el suelo, muy cerca de la pared del fondo.

Habían estado lanzándose pases de una punta a otra del patio. Por lo que Carlos acertó a contar, a Antonio se le escapó el control de un balón durante el intercambio de pases, se dio la vuelta, corrió hacia la pared, tropezó y se fue de cabeza contra el muro. Debió de sufrir, con todo el peso de su cuerpo, un enorme latigazo cervical.

El suelo del patio es de lamas de madera, y cerca de donde había caído Antonio había un par que se habían abombado por las lluvias del invierno. No lo sabremos nunca, y no es que importe demasiado, pero puede que tropezara allí, o de cualquier otra forma.

Estaba acurrucado y hablaba con dificultad, con un hilo de voz muy débil. Nos dijo: «Tengo miedo; no puedo moverme».

A simple vista, en su inmovilidad sobre el suelo había algo extraño, una especie de quietud desfallecida. Aunque ninguno de nosotros tenía experiencia médica, supimos que no debíamos intentar moverlo.

Llamé por teléfono, corriendo, a mis viejos amigos Josepe Calabuig y Macu Guinot, un matrimonio de excelentes médicos que vive en Náquera, a dos kilómetros de Serra. Josepe es anestesista y reanimador, y Macu hematóloga; pero además se han curtido, en especial Josepe, practicando todo tipo de medicina por pueblos y hospitales, incluida la llamada medicina de catástrofes. Josepe me indicó por teléfono que tratásemos de mantenerlo entretenido, que le diésemos conversación, sin tocarlo para nada.

Olvidé durante muchos días ese detalle; pero Lola Mascarell me dijo que no pudo quitarse de la cabeza durante mucho tiempo que traté de recitar al alimón, con Antonio, el soneto de Quevedo «Amor constante más allá de la muerte».

Quevedo es mi poeta favorito, y ese soneto uno de mis poemas favoritos de Quevedo, pero no sé bien por qué elegí recitar poemas para estimular la atención de Antonio. Supongo que en un momento tan delicado, y siendo poetas muchos de los que estábamos allí, me pareció lo más normal recurrir a la poesía para persuadirnos de que nos encontrábamos más o menos bien.

Recuerdo haberle escuchado a Benjamín Prado que, cuando sufrió en compañía de Rafael Alberti su célebre y terrible accidente de coche por las

calles de Madrid, instantes después de que los embistiera un conductor que se había saltado un semáforo en rojo, al terminar de dar vueltas de campana y quedar boca abajo, Alberti preguntó: «Benja, ¿estamos vivos?». «Creo que sí, Rafael», respondió Benjamín. Pero como Alberti no se fiaba del todo de la percepción de su acompañante, comenzó a recitar en voz alta a Rubén Darío. Me imagino que Alberti pensó que la memoria de la poesía es la constatación inequívoca de que aún se está en el mundo.

A lo mejor me figuré también, instantes después del accidente de Antonio, que la poesía nos calmaría a todos, nos curaría a todos. Quién sabe. Cuento aquí con extrañeza lo ocurrido; aunque en definitiva cualquier tema de conversación hubiera resultado una extravagancia.

El miedo, el sobresalto y la incertidumbre habían acabado con las celebraciones. La súbita inyección de adrenalina —la presencia abrumadora de la realidad— nos quitó a todos de golpe la borrachera.

Josepe y Macu llegaron al cabo de unos diez minutos. Estaban de vacaciones, y los habíamos sacado de una comida similar a la nuestra en el club de La Carrasca. Al instante percibieron la gravedad del accidente.

Viendo que Antonio tenía severas dificultades para respirar, Josepe nos pidió unos almohadones y rectificó con cuidado y eficiencia su postura. Todos los médicos que participaron después en el caso estuvieron de acuerdo en que aquella intervención providencial en el lugar del accidente le había salvado la vida a Antonio. Si no hubieran llegado tan pronto y no lo hubieran asistido, habría muerto ahogado aquella tarde.

Inmediatamente después de haber telefoneado a Josepe y Macu, llamamos también al 112, que nos envió una ambulancia de urgencias. Sin embargo, no les dije a mis amigos que íbamos a llamar al 112, y ellos, durante el camino hacia mi casa, y a resultas del relato que habíamos hecho del accidente, llamaron al SAMUR y solicitaron una ambulancia también, con lo que al cabo de un rato nos juntamos con dos en la puerta de casa, para sobresalto de todo el vecindario, de todo el pueblo.

En mitad de aquel desbarajuste, Josepe me llevó aparte y me dijo que no le cabía duda de que el accidente era gravísimo, una lesión muy elevada, a la altura, por lo menos, de la tercera o la cuarta vértebras cervicales. A falta de las pruebas necesarias, y a falta de comprobar si se había producido sección de la médula espinal, o de si trataba de una inflamación producida por el traumatismo, su diagnóstico urgente era de tetraplejía.

Escuchar esa palabra me transmitió un abatimiento como muy pocas veces he sentido.

Por mucho que hayamos meditado sobre la fragilidad de nuestra vida, por mucho que nos repitamos a menudo que las cosas pueden cambiar de un instante a otro, como demuestra la experiencia, nunca estamos preparados para según qué cambios, para según qué acontecimientos. Sabemos que lo real definitivo es lo único que se puede esperar con absoluta certeza —las desgracias, la muerte—, pero lo real definitivo es lo único que siempre nos sorprende y sobrecoge.

Para encajar sin horror algunos golpes del destino, necesitaríamos vivir como esos anacoretas de los cuadros, en compañía permanente de calaveras, mortificando el cuerpo a toda hora, renunciando a todo aquello que llamamos la vida. Pero eso ni es vivir, ni es tratar a la vida con justicia.

No podemos soportar el hecho de pasar del todo a la nada, del cero al infinito. Hemos leído mil veces los lemas barrocos sobre la fugacidad de la existencia, *in ictu oculi*, así pasan las glorias del mundo, y de golpe anochece; pero una cosa es leerlos y otra sufrirlos, una cosa es conocerlos con la inteligencia y otra padecerlos con el cuerpo. Uno jamás piensa que a la completa alegría festiva pueda suceder, sin transición, la desolación completa.

Hay un abismo, inexplicable mediante las palabras (que son el único sistema del que disponemos para explicarlo todo), entre conocer el discurso de las cosas y que las cosas encarnen en nosotros. Y eso lo sabemos incluso los que estamos dispuestos a aceptar como razonable la idea de que las palabras son las cosas, y las cosas las palabras. Existe un grado de intelección de la experiencia que el lenguaje solo alcanza a rozar, porque sucede por debajo de la piel. El lenguaje es el fascinante método que se nos ha concedido, para decir que es la herramienta mediante la que tratamos de explicar que no podemos explicarlo todo mediante la herramienta del lenguaje.

Cuando llegaron las ambulancias, hubo algunos minutos de confusión absurda. Josepe hizo un rápido resumen de lo sucedido hasta entonces, y el médico al frente del servicio de urgencias reaccionó con un impropio ataque de cuernos, diciendo que todas esas cosas sobre la aparente lesión medular las tendría que juzgar él. En el caso de haber sido cualquiera de nosotros quien hiciera el diagnóstico, habría sido lógico que el médico dudara y nos amonestase por temerarios; pero Josepe se identificó como reanimador e hizo una exposición muy clara de los hechos. Hacía falta actuar con mucha rapidez, porque en este tipo de accidentes el tiempo transcurrido hasta la intervención de los especialistas resulta capital.

Incluso en las circunstancias más graves hay quien no está dispuesto a dejar pasar la ocasión de comportarse como un cretino. La exhibición del ego, en según qué situaciones, debería considerarse un delito penado con cárcel. Asusta pensar que nuestra salud, nuestra suerte, incluso nuestra vida, están sometidas también a la clásica discusión masculina sobre quién la tiene más larga y más gorda.

Recuerdo que casi todos los presentes no parábamos de entrar y salir desde la casa al patio, y desde el patio a la casa, y de cruzarnos los unos con los otros con las caras más tristes, negando con la cabeza lo que la realidad nos decía que había sucedido.

Decimos en voz alta que las cosas no pueden ser, para acostumbrarnos a lo incomprensible de que sean. Nos escuchamos a nosotros mismos negando que algo haya sucedido, para ir aceptando lo inaceptable de que sea cierto. La repetición en voz alta, y silente, nos proporciona un extraño alivio, es una rara forma de aplacar nuestras penas, como sucede durante el rezo con las letanías, con los mantras, con los rosarios. La repetición de las palabras, las consideremos sagradas o no, nos infunden sosiego y nos preparan para admitir las excepciones de la realidad.

El SAMUR se llevó a Antonio al hospital La Fe de Valencia. Lola Mascarell condujo el coche de Antonio, con Adelina, y José las siguió con el suyo, mientras de camino avisaba a los hijos de Adelina y Antonio. Nosotros recogimos como pudimos los restos de la fiesta, cerramos la casa y nos fuimos al hospital.

Adelina, la mujer de Antonio, como iba a suceder en el futuro inmediato, se mantuvo en todo momento tranquila, diligente y cariñosa.

Siempre ha sido —siempre lo he pensado— una persona de talante optimista y de comportamiento esperanzado, con un punto de energía adolescente; pero no es igual tratar a las personas en circunstancias llamémoslas normales que tratarlas en casos de excepción. Hay una máxima fortaleza íntima, que algunos atesoran sin hacer exhibición de ella, y que cuando se muestra nos deja admirados y nos reconcilia con la especie humana. La he visto a menudo en las mujeres: en la abnegación de las madres, de las abuelas, de las tías, de las esposas, una voluntad que a veces parece sobrehumana. La entereza que no necesita decir su nombre es la que mueve el mundo.

En La Fe ingresaron a Antonio en la planta de lesiones medulares, un servicio de vigilancia intensiva con enorme prestigio. El primer diagnóstico confirmó la gravedad del accidente, y la tetraplejia, al menos de momento. Se

le debían practicar muchas pruebas en los días posteriores, y esperar a que se redujera el hematoma que se había producido en la columna a consecuencia de la caída. Solo entonces se podría comprobar si había existido o no rotura de la médula. Si no hubiera existido, la propia médula se regeneraría a sí misma, según parece, de forma paulatina, a razón de unos casi imperceptibles milímetros al mes, y en muchos casos, con el tiempo y el trabajo de los fisioterapeutas, se recuperaría la movilidad perdida.

Caí en la cuenta de que en ese mismo servicio había sido ingresado años atrás un compañero nuestro del Instituto Camp de Morvedre, David Ayora, profesor de educación física. David es una fuerza de la naturaleza, un animal salvaje —nadador, corredor, esquiador—, un humorista permanente que se maneja en el mundo con elegancia.

(He visto muchos profesores de gimnasia parecidos, gente que lleva muy bien el inclinatio de la vida, y lo atribuyo al hecho de que practican deporte desde siempre, y a la visión que esa actividad les da del mundo, como un lugar que exige nuestro esfuerzo, pero que lo recompensa con la inmediata satisfacción física —porque a partir de cierta edad lo mejor del deporte es haber terminado de practicarlo).

Un buen día, jugando a la petanca con un grupo de amigos en El Puerto de Sagunto, David emprendió el trote después de su jugada, para acudir a la zona de reunión de las bolas. Entonces resbaló, se cayó hacia delante y se golpeó de frente la mandíbula contra la madera que delimitaba la pista de juego. Sufrió una lesión cervical que le produjo también una tetraplejia, de la que logró salir al cabo de los años. Hoy camina y hace una vida casi completa. Parece como si el destino tuviese un humor macabro que se complace en generar paradojas ridículas: David, que había practicado todos los deportes de contacto, todos los deportes de riesgo (yo había esquiado con él en el Pirineo catalán, viéndolo hacer el loco por fuera de las pistas, un año en que me apunté a la Semana Blanca del Instituto con los alumnos), se lesionaba jugando a la petanca. La petanca es la confirmación de que vivir es un deporte peligroso.

Durante las semanas siguientes, el principal problema que tuvo Antonio en la UCI fue el de no poder respirar con normalidad. Lo visitábamos durante unos pocos minutos de vez en cuando, sumidos en ese clima de ensueño incomprensible que tienen las salas de cuidados intensivos de los hospitales.

Cada vez que hablé con él, su preocupación más importante era saber cómo estaban mis hijos, sobre todo Carlos, si se había asustado, si estaba nervioso. Creo que a Antonio siempre le ha gustado en especial el pasar

desapercibido, de manera que el hecho de subrayar su presencia en ese momento, rodeado de máquinas, enfermeras y sondas representaba para él una descortesía imperdonable.

Como los problemas respiratorios aumentaron, le tuvieron que practicar una traqueotomía durante cierto tiempo; pero recuerdo que antes de aplicársela me dijo durante una de las breves visitas que quería escribir una oda al techo, su único horizonte en aquellos días. Había descubierto en él multitud de aspectos cambiantes, de posibilidades meditativas. En esa observación había una mezcla muy suya de severidad y sentido del humor, que explicaba su naturaleza profunda.

Jamás se me ha olvidado aquel proyecto suyo, que parece una fábula sobre la labor de los poetas. Un poeta es un individuo que mira su realidad próxima y la canta: lo mismo una flor o el mar que el techo de la sala de urgencias en donde está ingresado. Alguien que observa con curiosidad el mundo exterior y que extrae de él materia literaria. Todo es autobiográfico por necesidad, por obligación. Que yo sepa, Antonio no llegó a escribir nunca ese poema al techo; pero debería hacerse, aunque no pudiera ser el poema de Antonio Cabrera, y menos en sus circunstancias.

Cuando me entrego a esa ensoñación, clásica en mí y en este libro, acerca de lo que me gustaría escribir en el futuro, a veces aparece un libro de techos en homenaje a Antonio.

Si lo pensamos con rigor, todos debemos mucho a los muchos techos que nos han cobijado, a los muchos techos que hemos observado desde la cama, en nuestros desvelos, en nuestras siestas, en nuestros arrebujaientos meditativos de sofá. Deberíamos cantar y contar los techos del amor y del deseo, en casas a oscuras, en hoteles, en coches, al aire libre (porque el cielo también cabe bajo el concepto de techo sobre nuestras cabezas). Los techos de las aulas, de nuestros trabajos, de los restaurantes, de los museos, de las catedrales.

Los techos tienen muchas cosas que decir de nosotros, y nosotros muchas cosas que decir de ellos. La función de la literatura me parece que también consiste en eso: escoger un pedazo del mundo y contar cómo nos ha ido en él, cómo nos hemos llevado en su compañía. Ningún asunto es menor. Ningún tema resulta más digno que otro como materia literaria. Lo que convierte a un asunto en importante es la importancia de la mirada con que un escritor lo fija ante nosotros.

No sé con exactitud cuántos días mantuvieron a Antonio intubado con la traqueotomía, pero sé que fue para él una prueba muy dura e inquietante.

Teníamos noticias tuyas por Adelina y sus hijos, y por una amiga, Marta Miranda, que trabaja de enfermera en ese servicio de cuidados intensivos.

Por ella supe que, desde la tarde de su ingreso el 1 de mayo de 2017, todos los médicos, enfermeros, celadores y limpiadoras sintieron un afecto especial hacia Antonio, porque no solo tenía para ellos palabras de cariño y agradecimiento, sino también porque los sorprendía con sus observaciones fuera de lo corriente. En cierta ocasión le dijo a Marta que cada turno de guardia tenía su propia sonoridad, su propia música, con la percusión especial de sus pasos, con el coro de sus voces, con el ajetreo concreto de los instrumentales. Se podría decir que cada turno de guardia interpretaba de una forma distinta la partitura de la realidad, y él había llegado desde su cama a poder distinguirlos.

Debió de ser a finales de junio o comienzos de julio cuando decidieron trasladarlo al Hospital Nacional de Paraplégicos, de Toledo. Los médicos tenían miedo de que los problemas respiratorios se agravaran, y en ese hospital, uno de los mejores de Europa en el tratamiento de las lesiones medulares, podían implantarle, si hiciera falta, una especie de marcapasos abdominal para el control de la respiración. Allí iba a estar ingresado cerca de un año.

Lo visitamos a finales de julio o comienzos de agosto, en compañía de José Saborit, Lola Mascarell y Eve Ferriols. El hospital de Toledo —como casi todos los hospitales, con la excepción, tal vez, de los centros de maternidad— es un lugar terrible para los que llegan de fuera, aunque lo es mucho más para quienes viven en él, por supuesto. Quiero decir que lo que se ve allí produce en el ánimo una gran conmoción: gente de todas las edades postrada, cada cual con sus diferentes grados de inmovilidad. Sobrecoge ver a los jóvenes impedidos, en sus sillas de ruedas, en las bicicletas adaptadas para moverlas con las manos.

Pero a la vez los hospitales —también ese de Toledo— son ámbitos en los que se lucha a brazo partido contra el dolor, contra la enfermedad, contra la muerte.

Como cada cual, tengo mis aprensiones, pero no soy una persona hipocondriaca, quizá porque he tenido desde siempre familiaridad con los hospitales. Creo que hay que entrar en ellos con anteojeras ilusas, mirando solo lo que conviene, y tapándonos los ojos ante lo que no conviene mirar demasiado. En ellos hay que pensar de manera selectiva, prohibiéndonos las ideas lúgubres. Lo mejor de los hospitales nunca es el enfermo, sino el individuo que trata de curarse, el individuo que lucha por huir para siempre de

allí. Me gusta la palabra paciente, en su acepción de aquel que tiene paciencia, la paciencia necesaria para sanar; pero sobre todo en su sentido etimológico, el que aguanta, el que sufre sus padecimientos con entereza en busca de la curación.

Los hospitales —como las residencias de ancianos, como algunas barriadas dejadas de la mano de Dios, como los campos de refugiados e inmigrantes— constituyen extraños reservorios universales del dolor, en donde la vida discurre con unas reglas que no son del todo las reglas con las que discurre lo que solemos llamar vida.

A veces pienso avergonzado que toleramos la existencia porque existen esos reservorios, esos lazaretos en los que permanece confinada la parte más oscura del mundo. A lo mejor, si fuésemos conscientes de forma ininterrumpida de cómo es vivir en esos lugares, no seríamos capaces de soportar tal cúmulo de realidad. Necesitamos sentirnos impunes, obrar a menudo como si lo fuésemos.

No debemos saber más de la cuenta. Soy un firme defensor del conocimiento parcial de la desgracia, de la ignorancia medicinal. Hay ciertas cosas que es mejor no verlas, y si las vemos y las conocemos, haríamos bien en ocultárselas a los demás. La realidad no es mejor por el hecho de que buena parte de dicha realidad la hayamos barrido y depositado bajo la alfombra; pero al menos nos sirve para no desesperar. No se puede vivir en permanente estado de lucidez, porque no se puede vivir en estado de tristeza permanente.

Durante aquella primera visita a Toledo, no pudimos ver a Antonio hasta al cabo de varias horas. Cuando llegamos estaba durmiendo la siesta, y sus cuidadores, con buen criterio, no quisieron despertarlo, porque los pacientes deben someterse a sus rutinas.

Hacía muchísimo calor aquella tarde, pero en los pasadizos del hospital se soportaba bien. Estaban también con nosotros Adelina madre y Adelina hija, y por ellas supimos que Antonio había pasado unos días difíciles. La medicación que le suministraban le había producido extraños pensamientos, incluso alucinaciones, y había pasado por un estado de desánimo. Se había negado a comer y a que lo alimentaran por otros métodos, y había manifestado la idea de abandonarse. Sin embargo, le suprimieron parte de la medicación, y pronto recuperó su habitual equilibrio, la entereza senequista de su temperamento.

Nadie puede imaginar con exactitud, ni expresar con palabras, los padecimientos de Antonio; porque nadie puede ponerse en su lugar. Repito

que las palabras pueden llevarnos hasta cierto sitio —muy lejos—, pero un paso más allá solo hay silencio e incertidumbre. Nadie que no sea Antonio puede concebir su desgracia, ni siquiera un enfermo con una lesión idéntica, porque nunca podría estar en el cuerpo y la mente de Antonio.

He tratado muchas veces de pensar —como imagino que habremos pensado todos sus amigos y conocidos— qué habría hecho yo en el caso de que me hubiera sucedido a mí el accidente. Pero lo cierto es que no habría podido hacer nada, como Antonio, porque lo primero que se nos niega en esos accidentes es la acción, el hacer mismo. Se pasa, en una micra de segundo, del poder obrar al no poder, del uso del cuerpo como instrumento al hecho del cuerpo como cárcel. De la unión, más o menos armoniosa, entre la mente y el cuerpo, a la disociación absoluta. De no necesitar preocuparnos por los automatismos que nuestro cuerpo sabe, al preocupante estado de no saber qué hará a partir de ahora nuestro cuerpo. He tratado de pensar mucho en ello, y nunca he sabido qué pensar.

Me digo que no querría vivir encerrado en mi cuerpo, convertido, en un gran porcentaje de mí, en fisiología inerte; y sobre todo que no querría obligar a quienes quiero a tener que cargar conmigo de esa forma. Pero el hecho de imaginar que no aceptaría esa situación no significaba nada, porque no estaría en mi mano el poder de cambiar mi suerte.

Por lo demás, quién sabe lo que pensaría yo en el caso de verme sometido a esa prueba. Solo lo podría saber llegado el caso. He visto cientos de veces que nadie se quiere morir, ni siquiera en circunstancias en las que, desde nuestra salud, nos decimos que nosotros querríamos morirnos. Los viejos con un hálito de vida no se quieren morir. Los desheredados de este mundo no se quieren morir. Los enfermos crónicos no se quieren morir. Sabemos que en los campos de exterminio apenas hubo suicidas, porque nadie se quiere morir, aunque imagine que lo querría en según qué circunstancias. El porcentaje de gente que de verdad quiere morirse es ínfimo, e incluso en el caso de desearlo de corazón casi nadie se quita la vida. Es como si la voluntad de vivir desarrollara por sí misma argumentos y métodos para perpetuarse. Como si, llegado el momento, la vida biológica pudiese más que nuestra propia vida biográfica.

El cuerpo —y, claro está, la mente, la imaginación, el espíritu— sabe por nosotros cosas que no sabemos, y que no podemos llegar a imaginarnos.

Si esa desgracia de la tetraplejia les hubiera sucedido a quienes más amo, preferiría, mil veces antes, la carga de cuidarlos que el hecho de que desapareciesen, por lo que el deseo de no querer vivir, de no querer nuestras

desgracias, también inflige dolor a los demás y podría juzgarse como una manifestación de egoísmo, aunque sea un egoísmo más que permisible. Con todo ello quiero explicar que un acontecimiento así me parece una desdicha sin solución alguna.

Al fin vimos a Antonio cuando despertó de la siesta. Le dieron de merendar y lo sentaron en su silla de ruedas para que pudiésemos hablar con él en la sala de visitas. Por los corredores del hospital circulaban los enfermos en sus sillas de ruedas, la mayor parte empujadas por familiares. Pensé en una extraña ciudad recorrida por extraños carromatos, una secreta caravana de dolor.

Antonio se mostró de nuevo ejemplar, interesándose mucho más por nuestras cosas que por explicar las suyas. Estuvimos dispartando y riéndonos acerca de los asuntos por los que nos preguntó, y bromeó sobre una rehabilitadora, mezcla de monja alférez y ángel de la guarda, que lo trataba con dureza en sus sesiones de trabajo. Al parecer, había sido ella quien le había informado, el día en que ingresó en el centro, de que no consentía mariconadas en su servicio, y que se iba a encargar, como así fue, de que Antonio respirara por su cuenta sin necesidad de ningún marcapasos abdominal.

Antonio no había sufrido rotura de la médula, por lo que todos esperábamos que el tiempo, el trabajo con los fisioterapeutas y la sabiduría de la carne le fueran devolviendo la movilidad. Al parecer, unos días antes había podido mover algún dedo del pie, no se sabía si de forma voluntaria o como consecuencia de un espasmo.

Los traumatólogos de esta especialidad son los más prudentes del mundo, y jamás arriesgan un diagnóstico de optimismo infundado. Pero todos nosotros quisimos traducir aquel hecho como una buena señal, como una minúscula confirmación de que las conexiones entre la mente y el resto del cuerpo comenzaban a restaurarse. Si el pensamiento puede conectar la cabeza con un dedo del pie, que está al otro extremo del cuerpo, al otro extremo del mundo, como quien dice, es posible que pronto pueda empezar a enviar órdenes a otros lugares para que le obedezcan.

Nos dijo durante la visita que había conocido en el hospital a un famoso ornitólogo hispanoamericano —una autoridad en aves de la selva amazónica— que también recibía allí su tratamiento. Al parecer, había comenzado un estudio sobre los pájaros de los jardines del hospital y sobre las aves de paso que se avistaban.

Nos tuvimos que despedir después de un par de horas, porque Antonio se fatigaba mucho con las visitas. Debíamos también tener cuidado con las efusiones y los besos al saludarnos y decirnos adiós, ya que la repetición de esos ceremoniales le causaban a veces convulsiones dolorosas.

En Toledo nos alojábamos en un apartamento que nos había cedido Miguel Ángel Hoyos, un escritor y periodista de Televisión Española, amigo de Juanvi Piqueras. Cuando supimos que Antonio iba a ser ingresado en el Hospital Nacional de Parapléjicos, Juanvi habló con Miguel Ángel, y él, que solo conocía a Antonio como lector de su poesía, puso a disposición de los amigos que lo visitábamos su casa a la orilla del Tajo, cruzado el puente de San Martín.

Fue también Juanvi Piqueras, que por entonces trabajaba como jefe de estudios en el Instituto Cervantes de Argel, quien consiguió —por las extrañas correspondencias y casualidades espirituales que se entretienen en el mundo— una casa en Villaluenga de la Sagra, a veinte kilómetros de Toledo, para que viviesen en ella Adelina y sus hijos, durante toda la estancia de Antonio en el Hospital Nacional de Parapléjicos.

Juanvi hablaba a menudo acerca de la suerte de Antonio con sus amigos Jonatán Méndez y Amaya Macías, la cancillera de la embajada española en Argel, y también ellos, conmovidos por el relato de todo lo sucedido en los últimos meses, sin conocerlo de nada, sin haber leído ni una sola palabra de la obra de Antonio, pusieron a disposición de Adelina y su familia la casa de Villaluenga de la Sagra.

El conocimiento de la bondad desinteresada constituye una experiencia rotunda. El ejercicio invisible del bien, como si tal cosa, creo que proporciona una especie de confianza universal en la especie, una alegría cósmica que nos llena de esperanza. Uno no puede por menos de pensar que, se diga lo que se diga y ocurra lo que ocurra, el futuro del hombre está garantizado mientras existan individuos como Miguel Ángel Hoyos, Jonatán Méndez, Amaya Macías y Juanvi Piqueras, mientras se disipe por la tierra la energía de su ejemplo.

A menudo tendemos a atribuirles la condición angelical, por influjo de la retórica religiosa; pero eso representa quitarles mérito y restar valor a sus acciones. Al fin y al cabo, los ángeles se comportan angelicalmente —salvo el ángel caído—, porque no tienen más remedio, en eso consisten su destino y su vocación, son profesionales del altruismo. Los ángeles son funcionarios celestes. Las buenas personas, la gente óptima, son individuos de carne y

hueso, personas con nombre y apellidos que deciden actuar para que el mundo sea un lugar habitable, el mejor de los lugares posibles.

Aquella tarde nos tomamos unas cervezas con Miguel Ángel, en una terraza con vistas al Tajo, conocimos a su hijo, y charlamos sobre amigos comunes y sobre literatura. He conocido en distintos lugares gente como él, y siempre me ha parecido que tienen un idilio personal con el tiempo, un ritmo propio para relacionarse con la duración —otra vez la tempística, el *timing*—, como si el tiempo fuera una magnitud moldeable, con muchos más espacios de lo que parece, con intersticios, grietas, oquedades que los demás no vemos, y que si las viésemos no sabríamos usar. No es gente que viva en la sombra, sino que *son* la sombra: gente que da sombra al mundo, la sombra fresca.

Miguel Ángel es muy conocido en Toledo y tiene una relación estrecha con el Hospital, sobre cuyo trabajo suele dar informaciones siempre que puede en los telediarios del fin de semana. Hizo un reportaje sobre la estancia de Antonio en el centro, y del recital de poemas que dio para el resto de los pacientes, acompañado al oboe por su hijo Daniel. Allí se le escucha leer el único poema que publicó después del accidente, una invocación a la médula y sus poderes sanadores: «Médula, circula / hacia la vida, / deja pasar el tiempo / fluido de lo móvil. // Tú posees el fuego, enfócalo hacia el mundo / y que ardan los nervios, / enteros, / gloriosamente».

El poema está encabezado por los famosos versos de Quevedo: «Medulas que han gloriosamente ardido». Nunca lo hablamos, nunca le pregunté, pero son versos del poema «Amor constante más allá de la muerte», con el que quise mantenerlo despierto y entretenido instantes después de la caída en mi casa.

El poeta Antonio Lucas le hizo también en el hospital una larga entrevista que apareció publicada en *El Mundo*, el domingo 5 de noviembre de 2017. Grabaron además un reportaje para la televisión de la misma empresa. Los dos son espléndidos y constituyen un tratado sintético de ética personal, el mejor retrato de Antonio Cabrera. No lo puedo ver con la frecuencia que merece, porque me entristece de una forma malsana. Me lo administro completo muy de vez en cuando, pero lo recuerdo con frecuencia, como un doloroso reconstituyente.

Estremece leerlo, sobre todo a quienes quisimos y tratamos a Antonio. Esa entrevista sintetiza no solo su pensamiento, sino que constituye una inmejorable explicación de lo que creo que debe ser un artista: alguien que eleva un canto a la existencia mediante la práctica de su disciplina.

En sus declaraciones, Antonio dice que no sabe a esas alturas cuál será la relación que establecerá en el futuro con su cuerpo, pero que está seguro de algo, de que no piensa renunciar al mundo, a la vida, a las cosas que más ama: la música, la lectura, la naturaleza. La poesía, en su opinión, le ha salvado la vida, porque le ha concedido una actitud ante la realidad. Antes del accidente, su cuerpo era el que iba al encuentro del mundo, y ahora tendría que ser el mundo el que acudiese al encuentro de su cuerpo, pero no importa, porque su entusiasmo sigue incólume.

Las palabras que más me impresionan de la entrevista —sobre todo porque no son palabras, no son literatura, sino acción biográfica— son aquellas en las que confiesa que no ha sentido ni un instante de rabia por lo ocurrido, que no puede odiar su actual situación, sino solo aceptarla dejando atrás los acontecimientos pasados. Entiende que su poesía cambiará, porque la relación con el mundo exterior —tan importante en su obra— ya no será la misma. Cree que el yo de la reflexión se hará, por necesidad, más visible, la interioridad se verá obligada a asomar con mayor frecuencia.

En un momento de sus declaraciones se alegra de poder dedicar a partir de ahora más tiempo a la lectura y la escritura de poesía, sin estar obligado a malgastar sus fuerzas en la parte más tediosa de la enseñanza: la corrección de exámenes y la elaboración de informes. El amor a la vida, por encima de cualquier circunstancia, le hace sentirse conforme con su destino, y —le subraya a Antonio Lucas— sabe que puede decir eso sin esfuerzo, sin ninguna impostura, con la certidumbre de que no es una muestra de valor, sino de aceptación absoluta de la existencia.

Tengo el convencimiento de que he conocido a grandes hombres, uno de ellos Antonio. Me considero hasta hoy un tipo afortunado, en deuda permanente con la vida, entre otras razones porque me ha permitido tratar a grandes personas. Algunas de ellas aparecen en estas páginas con sus nombres y apellidos. A algunas las he tratado en carne y hueso, y a otras solo en espíritu, a través de los libros que han escrito y de lo que los libros han escrito de ellos.

Aunque siempre he preferido y preferiré la relación en carne mortal, no hago muchas distinciones intelectuales entre el conocimiento físico de los individuos y el conocimiento imaginario de los muertos y de las criaturas llamadas de ficción. Es una obviedad el hecho de que, cuando leemos una gran novela o la exhaustiva biografía de un artista, el artista y los personajes de la novela cobran más realidad física y espiritual que la mayor parte de

nuestros contemporáneos, a quienes nunca trataremos, de quienes nunca tendremos noticia.

Suscribo el parecer —tan lógico como repetido— de que Julien Sorel y Stendhal, don Quijote y Cervantes, Ana Ozores y Clarín, Anna Karénina y Tolstói poseen más realidad para un lector del año 2020 que un taxista malayo que conduce en esas mismas fechas por las calles de Kuala Lumpur.

Mis buenos amigos son algunos de esos grandes hombres, no me cabe la menor duda. Porque un gran hombre es aquel individuo que te muestra en su persona la grandeza de la vida, aquel que añade en su figura una razón más para amar el mundo. Sabemos que la vida es buena, también, porque nos apetece compartirla con los mejores.

Nuestros seres queridos —incluyendo nuestros amados fantasmas del arte— forman el verdadero Panteón de Hombres Ilustres. Cada uno de ellos significa el ejemplo de hasta qué extremos de perfección puede llegar la vida. Sin ese repertorio de grandes hombres, la existencia perdería su sustancia, mucho de su sentido, para cada uno de nosotros.

Antonio dejó el Hospital Nacional de Parapléjicos y regresó a Valencia en marzo de 2018. Se instaló con Adelina en un edificio del barrio de la Cruz Cubierta en el que ya vivían algunos de sus familiares. Aunque tuvieron que realizar obras para adaptar la casa a las servidumbres de alguien que se movía en silla de ruedas, la mudanza tenía mucho de provisional. Sus planes, en principio, incluían vender su piso de la Vall d'Uixó, donde vivían desde hacía más de veinte años, y comprar una planta baja cerca de la casa de su hijo Daniel, en el Ensanche de Valencia.

En la entrevista de *El Mundo*, Antonio dice con total convencimiento que no volverá a moverse. Incluso menciona un proyecto de libro que se titularía *La inmovilidad*. Sin embargo, creo que todos los amigos y familiares, por más desencantados que pudiésemos mostrarnos de puertas para adentro de nosotros mismos, albergábamos la esperanza de que se produjeran mejoras. Mover un brazo para escribir, alcanzar alguna independencia de cintura para arriba, cualquier cosa. Conozco casos en los que los enfermos con lesiones medulares han tardado dos años en empezar a mover los dedos de la mano, y han recuperado más tarde la movilidad casi por completo.

El hecho de que los médicos del hospital de Toledo lo mandaran a Valencia, para que siguiese allí su trabajo de rehabilitación, lo interpretamos la mayoría como la prueba de que no iba a poder mejorar mucho más en adelante. Si en el lugar en donde se obraban los milagros consideraban que no

podían hacer más por él, el milagro pasaba a convertirse en una posibilidad remota.

En los meses siguientes Antonio trasladó casi toda su biblioteca de La Vall hasta su casa de la Cruz Cubierta. Hablábamos de vez en cuando por teléfono, mucho menos de lo que habríamos debido.

Me avergüenza decir que no lo visité en esta época. De regreso a su vida cotidiana, mi vida cotidiana siempre encontraba un obstáculo para vernos con tranquilidad. A veces llamaba a Adelina para quedar, y Adelina, que tenía docenas de importantes conversaciones al día, no encontraba, como es lógico, el momento de devolverme la llamada. Otras veces planeaba una visita en compañía de amigos y no nos poníamos de acuerdo en el día y la hora. A menudo mis obligaciones con el trabajo, con mis hijos, con mis proyectos, fueron la excusa. La mala excusa.

Algunas veces planeábamos con tiempo una cena o una comida con Antonio, en algún restaurante de la ciudad, sin demasiados invitados, para que se encontrara a gusto; pero a última hora se frustraba por algún imprevisto de su salud. Su fragilidad física convertía en una aventura cualquier salida de casa.

Durante los días de Toledo, recuerdo una comida magnífica en un restaurante a las afueras de la ciudad. Fue el sábado 28 de octubre de 2017. Me habían invitado a participar en una conversación con Luis Landero, en el Círculo de Bellas Artes, y aprovechando la oportunidad planeamos comer con Antonio y su familia. Viajamos desde Valencia, de nuevo, Lola Mascarell, Eve Ferriols, José Saborit y yo, en AVE, y recogimos en Atocha a Luis Landero para tomar todos juntos un tren de media distancia hasta Toledo.

Adelina y sus hijos trajeron a Antonio paseando desde el Hospital, y comimos en un comedor acristalado que rezumaba luz.

Luis Landero es otro de los integrantes de mi Panteón de Hombres Ilustres, alguien con quien uno siempre tiene el convencimiento de estar llevando a cabo una celebración, alguien que tiene la virtud de convertir en una celebración cualquier pequeño encuentro. Es el más cervantino de los amigos, entendiéndolo por ello que posee el don de relatar historias siempre divertidas y oportunas, y que lo hace con un humor bondadoso que nunca hiere a nadie.

Ya he dado muestras de los caprichos de mi memoria con respecto a los acontecimientos. No sé cómo funciona la memoria de los demás, pero sé que la mía no suele generalizar con respecto a lo que recuerda, no acostumbra, por así decir, a establecer cuadros, a levantar resúmenes, sino que procede por

minucias, fijando una palabra, una imagen, que después sirven al recuerdo para dibujar una escena y reconstruir un clima a su alrededor. Mi memoria no relata: captura piezas.

No estoy seguro de quién de nosotros pidió sopa de pescado en aquella comida, pero recuerdo con nitidez que Antonio habló del *garum* de los romanos, y de cómo era muy apreciado en especial el que se preparaba en Hispania (sobre todo en las poblaciones de la bahía de Algeciras). El *garum* parece que consistía en una especie de jugosa salmuera elaborada con los intestinos de algunos pescados azules —como el atún, la caballa, la morena—, que se transportaba en ánforas hacia la metrópolis y que se empleaba en las mejores cocinas de Roma. Nadie puede saber a ciencia cierta a qué sabía el *garum* —como tampoco podemos saber a qué sabía el vino de los griegos y romanos—, pero yo tengo la certeza de su sabor, por encima de las vicisitudes de la historia: el *garum* sabía a nuestra conversación en aquel restaurante de Toledo, a nuestra reunión de amigos, cuyo jugo, macerado en la memoria, sirve para alimentarme en secreto.

Aquella tarde volvimos a Madrid en tren y nos tomamos una copa en la cafetería del Círculo de Bellas Artes, antes de nuestra conversación. La cafetería del Círculo es una de las que más me gusta del mundo. Su barra, con esa botillería panorámica que tiene a sus espaldas, de cuatro metros de altura, me parece la encarnación multicolor de las promesas festivas, de las conversaciones alegres. Recién llegados de Toledo nos encontrábamos contentos de haber podido estar todos juntos, y a la vez tristes por la situación y el destino de Antonio.

Pero entonces comprendí mejor que nunca que desde hacía tiempo el universo estaba generando un sinfín de minúsculos hechos que alejaban a Antonio, poco a poco, de su curso habitual. La vida que conocemos representa en buena medida acción, movimiento continuo, sea este movimiento real o aparente. A menudo, muchos de nosotros empezamos a no poder seguir el ritmo con el que la vida parece ejecutarse. Los viejos se quedan rezagados, impedidos por sus achaques y su debilidad. Los enfermos se sientan en el vagón de cola, preocupados por mantenerse enteros, y esperan el regreso de la salud. Los muertos se detienen para siempre y observan cómo se aleja el mundo a toda velocidad, sin saber qué piensan de nosotros, qué les parece ese alejamiento, si lo experimentan como un alivio o como el último episodio de su desesperanza.

Los hospitales levantan una frontera que separa a los enfermos de los que todavía no lo son, a los inmóviles de los que andan, a los que permanecen en

sus camas de los que salen al mundo en busca de no se sabe qué.

El caso es que nosotros visitamos a los enfermos, y después de nuestra visita los enfermos se quedan quietos en sus habitaciones, mientras nosotros nos marchamos a andar por las calles, con una mezcla de perplejidad y también de alegría, por no ser aquellos que se quedan dentro del hospital.

Visitábamos a Antonio y después nos íbamos sobre nuestras propias piernas a pasear nuestro desconcierto por el mundo. El hecho de vivir también es una suma de experiencias cinéticas, y llega un momento en el que el movimiento perpetuo de las cosas empieza a abandonarnos. Entonces comprendemos que somos nosotros los que empezamos a abandonar el mundo de las cosas.

Durante mucho tiempo no supe qué debía hacer con mis hijos respecto al accidente, si era mejor hablarles de él a diario, aparentando una naturalidad imposible, o si debía protegerlos mediante el silencio.

Carlos había sido la última persona que estuvo con Antonio antes de la caída.

Había vivido aquella desgracia como un sueño, sin alcanzar a comprender la gravedad de lo ocurrido ni sus consecuencias. No sé exactamente cómo vive un niño de once años algo así, cómo se lo explica, y dimos por sentado mi mujer y yo que eso dependería de la manera en que quisiéramos contárselo en adelante y hacérselo presente.

De manera que decidimos no insistir demasiado en el percance, para protegerlo. Pensamos que habría tiempo en el futuro para que lo entendiera bajo el punto de vista de un carácter más formado. Y así ha sido: en las ocasiones en que hemos hablado de lo que pasó, hemos procurado ahondar en el retrato de Antonio —como él habría deseado— y no en las circunstancias de la desgracia. Hoy, lo que pasó aquel 1 de mayo de 2017 no es algo que se adueñe de sus recuerdos. Se trata más bien de un brumoso sucedido que pertenece más a la memoria de sus padres que a la suya propia. Y creo que debe ser así. Nadie debería poseer recuerdos trágicos de infancia. Nadie debería almacenar espantos hasta no ser lo suficientemente maduro —¿cuándo se alcanza esa madurez?—, hasta no haber aprendido a convivir con ellos.

Después de aquel día le pregunté algunas veces a Carlos por lo que había pasado. Me atormentaba el hecho de que la caída se hubiese producido en un forcejeo, en un encontronazo con él, durante esos simulacros de partido que a menudo improvisaba en el patio de casa con algún compañero eventual de juego.

Pero su respuesta siempre fue la misma. Le había pasado el balón, no había podido controlarlo, se había dado la vuelta corriendo y había tropezado yéndose de cabeza contra la pared. Me parece que era la misma simplicidad de los hechos lo que me infundía más terror. Siempre me ha resultado difícil de aceptar la evidencia de que una casualidad de apariencia insignificante pudiese provocar una desgracia enorme.

Mi hija Ángela tenía por entonces quince años y medio, y ella guardó una impresión muy diferente de aquel día. Las niñas, a esa edad, poseen una madurez pasmosa, muy superior a la de los niños, adquieren con más claridad una idea general del mundo.

Por su naturaleza, ella siempre ha sido lúcida y reflexiva: incluso un punto más de lo aconsejable (porque a veces creo que resulta terapéutica la despreocupación como ingrediente del temperamento). No solo percibió con exactitud la tragedia de lo ocurrido, sino que no dejó de interesarse nunca por el desarrollo de la convalecencia de Antonio y por su suerte. Nos pidió que no pusiéramos al corriente a su hermano, pero que la mantuviésemos a ella informada, algo que hicimos sin exageraciones, sin el seguimiento diario de los primeros meses.

No sé qué recomiendan en estos casos los psicólogos, y no me importa demasiado, porque no le tengo apenas fe a esa disciplina. El conocimiento de las desgracias resulta inevitable: más tarde o más temprano se nos presentan, y no nos abandonan nunca más. Nadie puede evitarse, ni evitar a quienes ama, la caída en el tiempo. De manera que, ¿qué necesidad hay de anticipársela a los niños? La inocencia constituye un don supremo durante nuestra infancia. Cualquier intento de corromperla, de ponerle fin, me parece un pecado imperdonable. A esos padres que revelan a sus hijos antes de hora la verdad sobre la naturaleza trágica del mundo, los castigaría a recibir cien latigazos en galeras.

Ángela siempre ha manifestado la idea de que para ella lo más importante del mundo son las relaciones afectivas. A la hora de escoger una carrera, antepuso el estar cerca de casa, en compañía de quienes quiere, a la posibilidad de estudiar en otra ciudad, en otro país. Tengo la impresión de que a menudo ha cultivado preocupaciones impropias de su edad, pero esa impresión puede deberse al simple hecho de que los padres no podemos considerar como adultos a nuestros hijos, por más adultos que los consideremos. Ángela tiene lazos misteriosos con las fuerzas sentimentales del universo. A alguien que, como yo, no cree demasiado en las predestinaciones, le viene bien el correctivo de que el azar, bajo la especie de

mi mujer, decidiera que se llamase Ángela, que significa en griego la mensajera.

Ahora, la observo interesarse (en sus lecturas, en los vídeos que frecuenta en internet, en sus conversaciones) acerca de los influjos benéficos de las cosas, acerca del poder sanador de las palabras, acerca del magnetismo protector de los números.

Lo hace con una mezcla de fe e ingenuidad que me emociona y me divierte a partes iguales. Ella cree que me burlo de esa suerte de taumaturgia, y se enfada conmigo, porque le parece que no la tomo en serio. La verdad es que me burlo, pero más de mí mismo que de ella.

Defiendo el placebo como cosmovisión. Todo aquello que nos sirva para dulcificar la realidad y que nos haga sentirnos huéspedes satisfechos del mundo me parece necesario e importante.

Tengo una maravillosa hija adolescente que usa para su felicidad argumentos que a su padre —un adulto que lucha, como todos, para que no se le pudra por entero el corazón— le hacen sonreír; pero que también lo reconfortan, no solo porque a ella le resultan eficaces, sino también porque el hecho de que se los procure indica la hondura de sus preocupaciones. Por lo demás, entiendo sus intereses como lo que son —dudas y certidumbres filosóficas—, y compruebo que le han proporcionado una firmeza de carácter que se ha transformado en una voluntad disciplinada como pocas veces he visto, y que la hace ser capaz de lo que se propone.

Cuando me río de algunas de sus ideas —por caer debajo de lo que considero el folklore esotérico—, me río además de mi incapacidad para la candidez. Los jóvenes tienen el derecho de creer en lo que se les antoje, y la necesidad de hacerlo.

El otro día Ángela quiso llevar a cabo por sí misma un experimento lingüístico de alquimia molecular —llamémoslo así— que había visto en la conferencia de un científico japonés. Consistía más o menos en la comprobación del influjo verbal sobre el agua, y, por consiguiente, sobre el hombre, que como sabemos es un artefacto acuático en un enorme tanto por ciento.

En un tarro de cristal en cuya tapa estaba escrita la palabra «Amor», introdujo arroz hervido y agua, e hizo lo mismo en otro tarro con la palabra «Odio». Al cabo de unas semanas de enclaustramiento arrocerero, el tarro con la palabra «Amor» mostraba el contenido blanco, mientras que el tarro con la palabra «Odio» tenía el agua oscura y el arroz putrefacto.

—¿Y ahora qué tienes que decir? —me dijo Ángela, con una gran sonrisa desafiante.

—Pues que hay variedades de arroz, al parecer el Bomba, que han hecho el bachillerato y saben leer —respondí.

Algunos científicos defienden la inteligencia vegetal, cómo las plantas y los árboles se agrupan o separan para su defensa ante las agresiones, cómo se purgan a sí mismos, cómo deciden entrar en estado de letargo según lo necesiten. Parece que son capaces de medir la gravedad y los campos electromagnéticos, de establecer alianzas con ciertos animales, de emitir mensajes aromáticos en plantiñol (que es como bautizo aquí el idioma vegetal). Si las plantas son capaces de hacer todo eso, no sería de extrañar que el arroz hervido y el agua supiesen interpretar los sustantivos. Máxime en Valencia, dada la calidad de nuestra gramínea favorita.

A veces trato de hacerle entender a mi hija que la mejor mezcla temperamental para estar en el mundo consiste en el siguiente cóctel: tres centilitros de humor, dos centilitros de cinismo, y cinco centilitros de bondad. Conviene beberlo agitado, y sirve para cualquier momento del día y para cualquier situación. El cinismo se puede aumentar o disminuir según los paladares, pero nunca hasta hacerlo desaparecer del todo ni hasta el extremo de que apague el sentido del humor.

Ángela, que es incapaz del amargo de angostura (que es el cinismo de la coctelería), me mira entonces con descreimiento bondadoso.

El carácter de Antonio Cabrera pertenecía de lleno a ese género del que hablo, pero sin apenas cinismo, porque la mundanidad le resultaba de muy poco interés. Jamás se entregó a ningún tipo de frivolidad. Bien mirado, tenía algo de los pájaros que tanto amaba, un apetito de estar en el mundo, pero sin la necesidad de subrayarse, un gusto por el apartamiento, que no le impedía disfrutar de las compañías deseadas. La soledad es para los locos, le gustaba repetir, recordando a Nietzsche, que padeció una de las soledades más terribles de las que tenemos noticia.

El sábado 24 de noviembre de 2018 se presentó en la librería Ramón Llull su libro de aforismos *Gracias, distancia*, que publicó la editorial granadina Cuadernos del Vigía. Lo presentaron José Saborit, Eve Ferriols, Lola Mascarell y Miguel Ángel Arcas, su editor. La presentación estaba prevista para las 19.30, pero la librería estaba abarrotada desde mucho tiempo antes. Cuando llegué, muy cerca de la hora prevista, los participantes ya estaban en la mesa, y me senté en la escalera que conduce al altillo de la librería. Antonio se permitió alguna broma y leyó sus aforismos con un hilo de voz que

resultaba suficiente, y que a los espectadores nos infundía una cálida emoción. Ese fue su último acto literario en público.

Teníamos organizada una cena de amigos en una taberna cercana del barrio del Carmen; pero Antonio no se quiso quedar, porque estaba agotado por el esfuerzo emocional de la lectura y, sobre todo, por el clima afectivo que se había creado con tantos amigos, familiares y lectores curiosos.

Las presentaciones literarias, como todo el mundo sabe, responden a distintos motivos, casi todos ellos confesables y dignos de perdón: la difusión del libro, la venta de algunos ejemplares (muy pocos, porque, por un misterio irresoluble, los asistentes a las presentaciones no compran nunca el libro presentado), la breve satisfacción de la vanidad de los autores, el mantenimiento de una ceremonia cultural camino de desaparecer. Pero, sobre todo, las presentaciones, así las veo yo al menos, son una buena excusa para ver a los amigos y celebrarnos los unos a los otros. Los que asistimos a aquella del 24 de noviembre de 2018 lo hacíamos para manifestar nuestro cariño y nuestra admiración hacia Antonio Cabrera.

Apenas pude hablar con él y saludarlo, después de que terminara todo, cuando se refugió en el taxi que lo debía devolver a casa, aparcado junto al mercado de Mossén Sorell. Había amigos dentro del taxi, y me quedé junto a su ventanilla. Se encontraba muy débil, extenuado por aquella aventura en el mundo exterior, porque para él cualquier salida a la calle había pasado a convertirse en una epopeya.

Me preguntó qué me había parecido toda aquella parranda —eso fue lo que dijo: parranda—, y le contesté que había sido, más bien, un espléndido jaleo flamenco. Nos reímos los dos. Al poco, el taxi se lo llevó, y yo me marché a la cena, porque la vida debía seguir con sus ritos dispares. Aunque volvimos a hablar por teléfono, esa fue la última vez que coincidimos en el mundo.

Los aforismos de Antonio tienen la mejor de las virtudes en un género difícil: poseer voz propia, personalidad. La aforística —me gusta el neologismo, como si habláramos de Patrística— es una disciplina peligrosa por muchas razones, pero sobre todo porque no hay nadie que sea tan torpe como para no urdir un gran aforismo, o incluso dos. Lo difícil empieza a partir del tercero.

Creo que es la variedad de la literatura que más anónimos vuelve a sus autores. De ahí que parezca que los aforismos los haya escrito nadie (no que nadie los haya escrito), que «le hayan ocurrido» a ninguno: el ninguno y el nadie que somos todos. Se diría que los aforismos los escribe una voz

unánime, el lenguaje mismo, su caudal, su curso, el incesante fluir de las palabras que se construye a sí mismo desde la tradición. La brevedad ayuda a que suceda así, como ocurre con los refranes, con los chistes, con los epitafios: tienen autor, pero al instante de existir dejan de tenerlo y pasan a ser voces, lo que viaja en el aire. Tal vez los aforismos se escriben para eso: para que nadie se los pueda atribuir del todo, y para sustentar la idea que algunos defienden, según la cual la literatura carece en el fondo de autoría.

Sea como sea, a mí me gusta que exista detrás de las palabras el nombre de su autor; porque la literatura que prefiero encierra siempre la aventura de alguien concreto en el mundo. Se escribe para gritar contra el aire el socorrido «Yo también estuve aquí».

Los aforismos de Antonio son de autor, son suyos, casi siempre, y cuando no lo parecen, como ocurre a menudo con los aforismos, son al menos magníficos aforismos de todos.

Su poesía, que se siente tan cómoda en la meditación, tiene a menudo carácter sentencioso. Por otra parte, la formación lectora de Antonio debe mucho a la filosofía (a cuya explicación se dedicaba también como profesor de bachillerato). De ahí que el género del aforismo, cercano al pensamiento y a la poesía, tuviese que atraerle como escritor. En el fondo, las preocupaciones de sus poemas y de sus aforismos son las mismas: la perplejidad agradecida ante la realidad exterior, el milagro de nuestra conciencia en el mundo, el misterio del aire, de la luz, el misterio de permanecer nosotros en la luz, en el aire.

Antonio murió el 17 de junio de 2019, después de una serie de complicaciones neumológicas propiciadas por la debilidad habitual de su cuerpo.

En la ceremonia de incineración en el Tanatorio Municipal de Valencia sonó una canción de Dylan, su músico favorito. Tengo de aquella tarde un recuerdo extraño: confuso y nítido a la vez, hecho de intermitencias tristes.

Sé que me recogieron en coche Lola Mascarell y José Saborit y que fuimos juntos a la capilla ardiente. El acto se convirtió en un doloroso intercambio de lágrimas, abrazos y caras de orfandad. Algunos amigos vinieron desde el otro extremo de España. Adelina hija tuvo el coraje de hablar, y nos propinó a todos un puñetazo en el estómago.

«Es que mi padre», dijo con sencillez, «era lo que más quería. Es que con mi padre me divertía mucho. Es que mi padre me caía muy bien».

No es un mal resumen para una vida: que nos amen, que caigamos bien a los demás.

Después del accidente tardamos varios meses en poder subir a Serra. No nos encontrábamos con las fuerzas suficientes, e íbamos postergando el día de volver a pisar la casa. Cuando lo hicimos por fin, para las vacaciones de verano, tardé semanas en salir al patio del accidente, a pesar de que suele ser necesario, porque allí hay un cuarto de calderas para el agua caliente y la calefacción, y una nevera que utilizamos para las bebidas. Me las arreglaba para que saliesen otros.

Las lamas de *parquet* que se habían hinchado durante el invierno, y en las que pudo tropezar Antonio, volvían a estar impecables, lisas y bien machihembradas. La madera respira, tiene su vida propia, aunque se haya separado del árbol al que pertenecía. Desde entonces, cada año hace lo mismo, como si quisiera que no olvidase aquel 1 de mayo de 2017, como si me hablara al oído: todos los inviernos se abomba, se arquea y forma una pequeña cuña, y cuando llega el buen tiempo, con el calor, vuelve a su estado natural y recupera su alineamiento.

Aunque eso no cambiaría para nada lo ocurrido, me he preguntado mil veces, hasta la obsesión, tratando de descifrar la escena, si Antonio tropezó o no en el *parquet* del patio. Mi conclusión, que de nada sirve, es que tropezó de alguna otra forma, porque esas lamas están a la derecha de un patio rectangular, junto a la puerta del trastero, al lado de la pared. Si hubiese tropezado en ellas y se hubiese ido contra el muro, el cuerpo, por necesidad, habría caído orientado con la cabeza hacia la izquierda. Sin embargo, cuando salimos al patio, Antonio estaba al revés, con el cuerpo orientado hacia la derecha. Todo lo relacionado con aquel día es un tormento sin solución.

Creo que no soy aficionado a la pesadumbre, y no suelo mortificarme con hipotéticas modificaciones de lo inevitable; pero a la vez no puedo dejar de preguntarme qué hubiera pasado si no hubiese convocado aquella comida, si en el último instante Antonio no hubiera podido venir por cualquier motivo. Un cambio de opinión, un pequeño deber familiar, una molestia física, unas nubes que amenazasen tormenta en el cielo, una avería del coche: cualquiera de los minúsculos e innumerables acontecimientos que forman el curso del destino. Vicente Gallego y Sara, su mujer, por ejemplo, estaban invitados y hubiesen venido con seguridad, pero en el último momento Vicente tuvo que cambiar su turno de trabajo en aquel día festivo y no pudieron venir a mi casa.

Es verdad que la sucesión de hechos que llamamos la vida resulta imposible de modificar; pero al mismo tiempo sabemos que la trama de la vida no echaría en falta nunca la omisión de algún pequeño detalle. Que a Antonio no le hubiese apetecido salir a jugar al fútbol con Carlos. Que Carlos,

con el ánimo cambiante de los niños, se hubiera sentido harto de pelotear por aquel día. Que la pelota se hubiese quedado pegada al pie de Antonio, controlada. Que el tropezón hubiera significado tan solo un desequilibrio. Que la caída, como tantas caídas que hemos sufrido y sufriremos, hubiera tenido como consecuencia una torcedura, un moratón, un golpetazo. Que todo hubiera quedado en un susto.

Antonio salió de su casa en La Vall aquel 1 de mayo de 2017 y no volvió nunca más a pisarla. Cuando digo nunca más hay que leer y tratar de entender eso: nunca más. Nunca más entre sus objetos, entre sus libros tal y como los había dispuesto. Nunca más frente al paisaje que asoma desde sus ventanas. Nunca más en su sillón junto a su flexo de lectura, de los que habló en algún poema. Nunca más al lado de todo lo que queramos añadir. Nunca más.

Lo que sucedió me parece una de las manifestaciones más crueles que se pueda sufrir del destino. En un instante, pasamos de la alegría perfecta a la perfecta desolación. En un instante, la vida de Antonio y de su familia cambió para siempre de forma terrible. En un instante, para Antonio el mundo se transformó en un lugar hostil, y su cuerpo en su peor enemigo.

Este relato podría haber formado parte de cualquier otro libro —un diario, unas memorias, un ensayo—; pero debe estar aquí. Al fin y al cabo, lo que nos ocurrió a todos también tuvo que ver con el fútbol, que actuó como desencadenante lejano.

Cuando decidí contar todo lo que llevo escrito, imaginé otro final para la convalecencia del accidente. Como siempre tuve la esperanza de que Antonio recuperase la movilidad —aunque fuese de forma parcial, pero suficiente para proporcionarle una vida mejor—, mis ensueños me permitían pensar en una resurrección progresiva.

Planeaba terminar esta historia diciendo que Antonio había ganado la mitad de una batalla decisiva, y que ganaría pronto la otra mitad. Que me reservaba el derecho de volver sobre el asunto, para aplaudir el que hubiese vuelto a caminar por sí mismo. Que decidíamos regresar a Serra, y jugar otra vez al fútbol en el patio de mi casa, un día luminoso, para conjurar para siempre la fatalidad, para darle la espalda de una vez por todas a la mala suerte.

Pero no ha sido así. Y esa idea no dejará de atormentarme nunca. No se trata de que me hostigue la culpabilidad. En las manifestaciones absurdas del azar no suele haber culpables. Pero sí responsables. Así me siento. Pudo haber ocurrido cualquier otro día; pero fui yo quien organizó esa comida. Pudo

sucedier en cualquier otro lugar, pero sucedió en mi casa. Y eso no cambiará nunca.

He asociado el fútbol, en este libro y en mi vida, con muchos momentos de feliz intensidad, de alegría epidérmica y profunda al mismo tiempo. Pero ahora sé también que no podré dejar de relacionarlo nunca, aunque sea de forma tangencial, en mi conciencia, con el accidente de Antonio. La vida — resulta una obviedad— constituye una inexplicable combinación de lo terrible y lo maravilloso.

Mi único consuelo verdadero reside en la siguiente convicción: si Antonio Cabrera no se rebajó jamás a maldecir el mundo, a deplorar su suerte, ninguno de nosotros tiene derecho a hacerlo.

Sus cenizas están esparcidas en los montes de Chóvar, un pueblo de la sierra de Espadán, junto a unos cuantos almendros y algarrobos.



Carlos Navarro Marzal (Valencia, 1961) es un escritor español. Estudió Filología Hispánica en la Universidad de Valencia y fue codirector en sus años de existencia de la revista de literatura y toros *Quites* (1982-1992).

Poeta reconocido y premiado, uno de los principales representantes de la poesía de la experiencia, que dominó la lírica española en los años 80 y 90. Numerosos críticos incluyen también en este grupo la obra de autores como Luis García Montero, Felipe Benítez Reyes o Vicente Gallego.

Su obra poética alcanza su punto de mayor éxito con la publicación de *Metales pesados*, poemario que tras su publicación consigue los premios Nacional de Poesía y de la Crítica. El año 2003 obtuvo el Premio Antonio Machado de Poesía y en 2004 el XVI Premio Internacional de Poesía Fundación Loewe por su obra *Fuera de mí*.

Ha debutado en la narrativa con la novela *Los reinos de la casualidad* (2005), considerada como la mejor novela del año por el suplemento *El Cultural* del periódico *El Mundo*. Es también autor de los relatos *Los pobres desgraciados hijos de perra* (2010), finalista del premio Setenil.

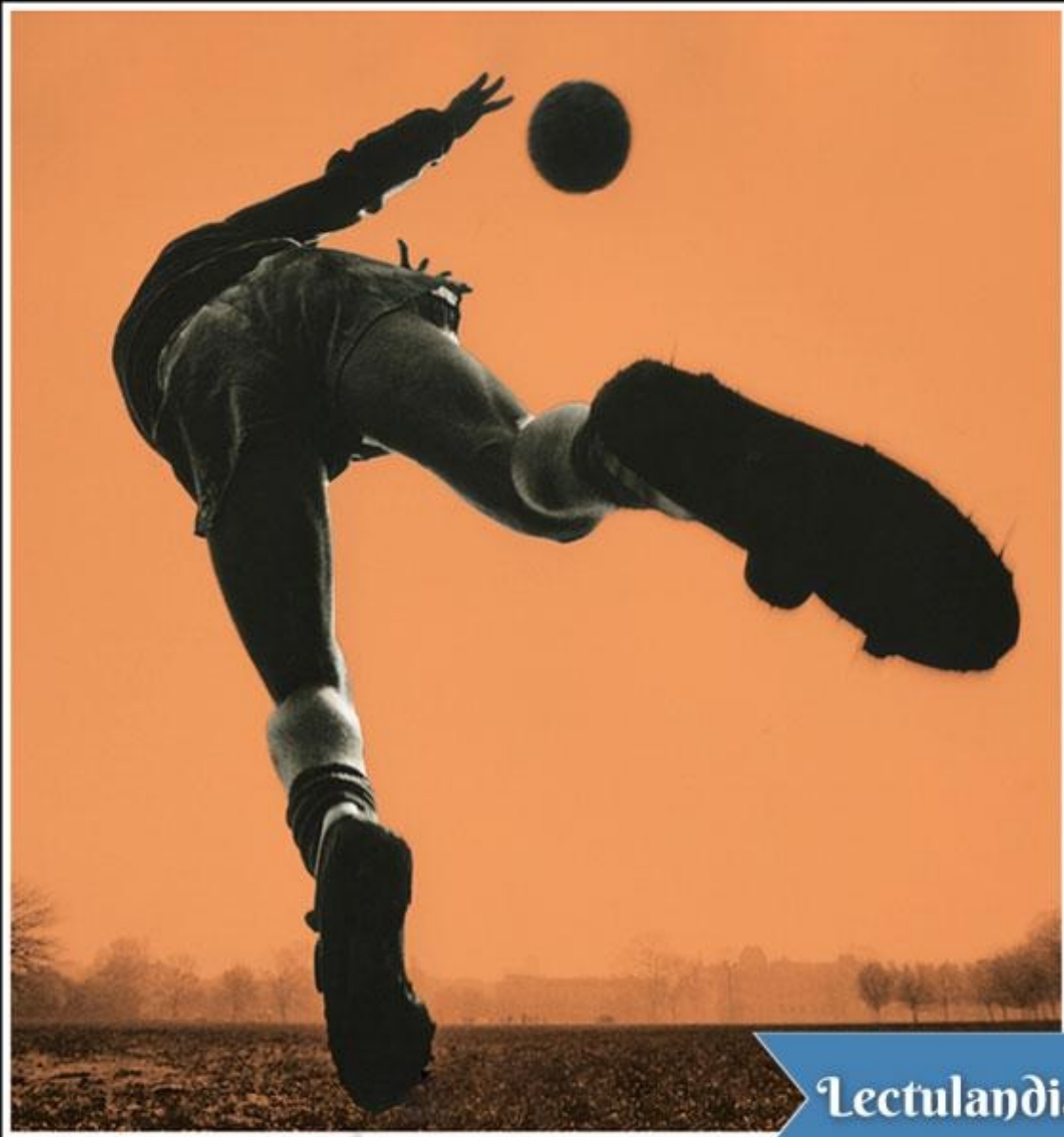
Tradujo del catalán la obra poética de Enric Sòria, Pere Rovira y Miquel de Palol.

Carlos Marzal



NUNCA FUIMOS MÁS FELICES

colección andanzas



Lectulandia